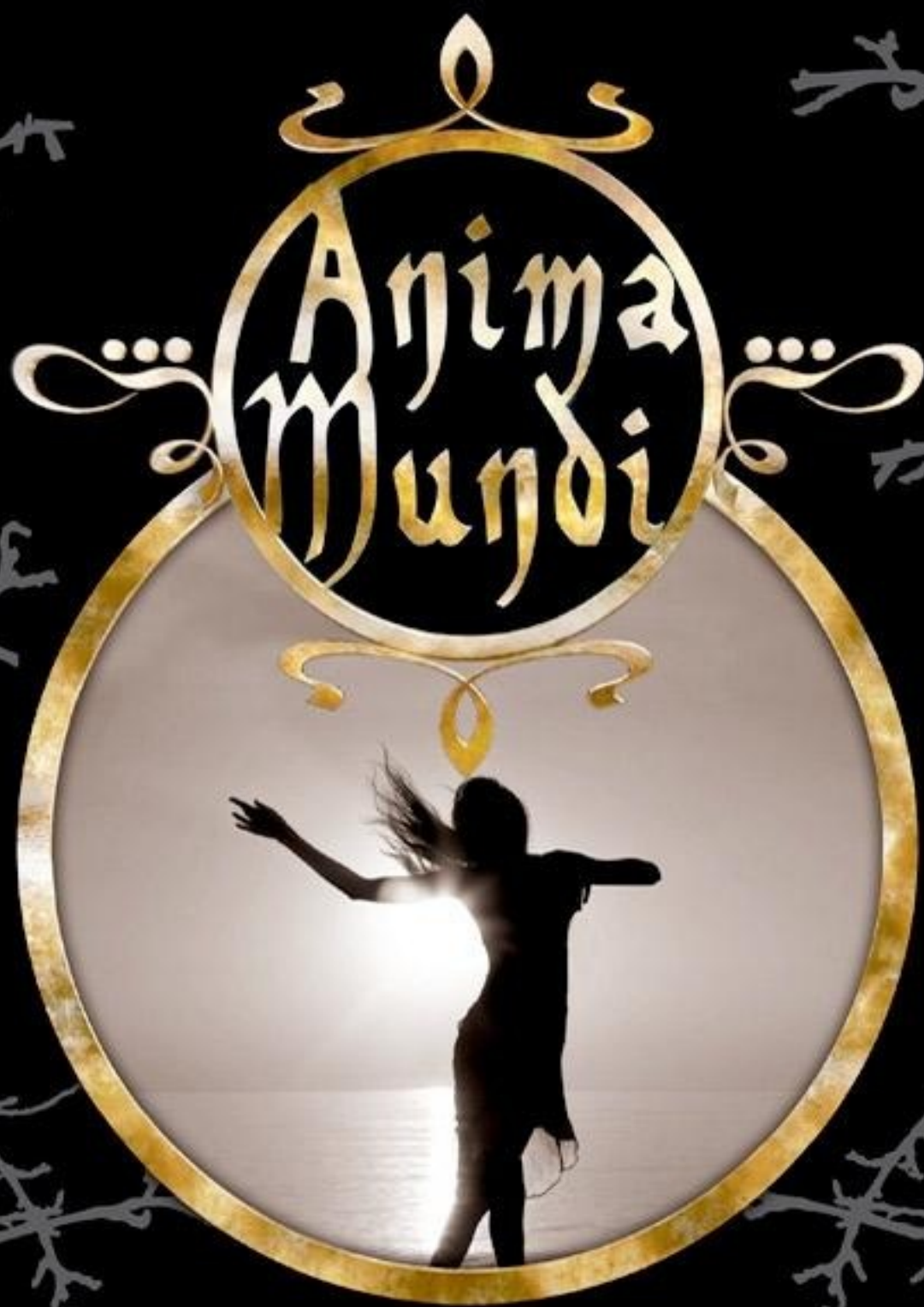


ELIA BARCELÓ



HIJOS de las ESTRELLAS

Los cuatro clanes unidos por la supervivencia.

O la destrucción. El desenlace

Lectulandia

Lena por fin descubre su origen y destino. Gracias a sus poderes y a su mentor, Sombra, que la guía por el universo, entiende y acepta su misión.

Su papel es clave para realizar el contacto y despertar el Ánima Mundi. Entonces un portal se abre pero algo cruel y perverso que pretende exterminar cualquier forma de vida quiere atravesarlo.

Los cuatro clanes karah, que han reconocido que Lena es el nexo, tendrán que unir sus fuerzas si quieren regresar a su hogar y van a necesitar la ayuda de haito mucho más de lo que habían previsto.

Demasiado peligroso.

¿Te atreves a desafiar a los cuatro clanes?

Lectulandia

Elia Barceló

Hijos de las estrellas

Anima Mundi-3

ePub r1.0

fenikz 29.04.16

Elia Barceló, 2015

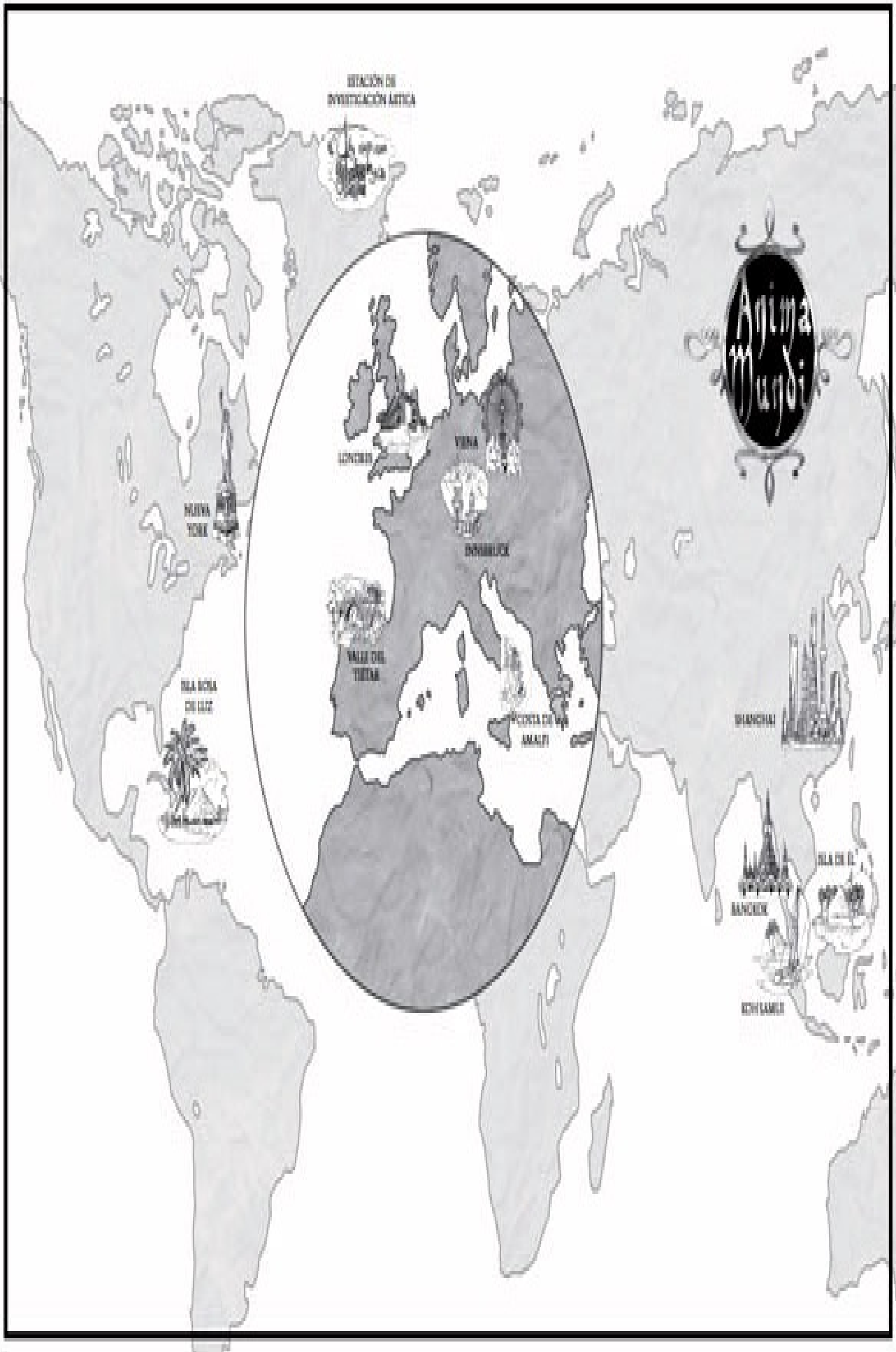
Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EPUBLIBRE

TERCER ANIVERSARIO





Dramatis personae

KARAH

Clan rojo:

Elemento: Tierra ◊ Palo: Oros ◊ Piedra: Rubí

<i>Personaje:</i>	<i>Arcano:</i>
El Shane (<i>mahawk</i> de su clan)	0 El Loco
Dominic von Lichtenberg	I El Mago
Eleonora Lavallo	XIX El Sol
Dr. Gregor Kaltenbrunn	XIII (carta sin nombre: es el Segador, la Muerte)
Miles Borman	No está representado por un Arcano
Mechthild Kaiser	No está representada por un Arcano
Flavia Brunelleschi	XVIII La Luna
Arek von Lichtenberg	X La Rueda

Clan negro:

Elemento: Fuego ◊ Palo: Bastos ◊ Piedra: Ónix

<i>Personaje:</i>	<i>Arcano:</i>
Imre Keller (<i>mahawk</i> de su clan)	IV El Emperador
Nils Olafson	VII El Carro
Alix Black	XV El Diablo
Iker Mendivil (Luna)	XVII La Estrella
Jeanette	No está representada por un arcano

Clan blanco:

Elemento: Aire ◊ Palo: Espadas ◊ Piedra: Piedra luna

<i>Personaje:</i>	<i>Arcano:</i>
Lasha Rampanya (<i>mahawk</i> de su clan)	XVI La Torre
Emma Uribe	II La Emperatriz
Albert de Montferrat	VI Los Amantes
Tanja Kurova-Gutridóttir	IX El Eremita
Bianca Bloom	XI La Fuerza
Aliena Wassermann-Lena	XXI El Mundo

Clan azul:

Elemento: Agua ◊ Palo: Copas ◊ Piedra: Aguamarina

<i>Personaje:</i>	<i>Arcano:</i>
Joelle (<i>mahawk</i> de su clan)	II La Sacerdotisa
Yerek	XX El Juicio
Nagai	XII El Colgado
Arúa	XIV La Templanza
Nele	No está representada por un Arcano
Rufus	
León	

HAITO

Jara Mendívil Ferrari
Princesa Karla
Alejandro Andrade (Gran Maestro de la *Lux Aeterna*)

Yamakasi:

Anaís	Lily
Maël	Alex
Gigi	Nico
Eric	

Familiares del clan blanco:

Joseph Fleury	Chrystelle Fleury
Willy Bauer	Max Wassermann
Daniel Solstein	Dr. Richard Thomas Brown

Familiares del clan negro:

Miss Fu	Mr. Chang
---------	-----------

Familiares del clan azul:

Miss Tittiporn

OTROS SERES

Sombra
Urruakhim
Ángeles atlantes: Israfel / Aliel / Nanael

The background of the page is a dark, muted brown color. Overlaid on this background are several dark, almost black, silhouettes of tree branches. The branches are scattered across the page, with some extending from the top and others from the bottom, creating a sense of depth and texture. The central text is white and stands out prominently against the dark background.

PRIMERA PARTE



Blanco. Atlantis (Pacífico Sur)

Lena y Max habían salido a dar un paseo por la playa. Era un día cubierto, cálido como siempre, pero muy húmedo; el mar parecía haberse convertido en un líquido diferente, más denso, más untuoso, de color gris acero, y las olas rompían mansas en la arena casi blanca, como si hubieran perdido la fuerza o el interés.

Era la primera vez en mucho, mucho tiempo, que padre e hija estaban juntos y en paz, sin ninguna sensación de peligro o amenaza, sin la pena constante por la ausencia de Bianca, que seguía siendo un agujero que nunca se podría llenar, pero ya no dolía tan intensamente como en los primeros tiempos.

Lena se cogió de la mano de Max, como cuando era una niña, y él le dio un ligero apretón agradecido.

—Aún no puedo creer que estés viva, pequeña —dijo él con un suspiro—. No puedes imaginarte lo que fue ver cómo ese salvaje te lanzaba los puñales al pecho y no poder hacer nada por evitarlo. —Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí en un antiguo gesto de protección.

—Ya ves que he sobrevivido.

—No me explico cómo, la verdad.

—El entrenamiento de Sombra, papá. Me limité a aceptar esos dos puñales como parte de mi cuerpo durante unos segundos y a expulsarlos después.

—Un entrenamiento así podría ser muy útil —comentó Max con una sonrisa—. Pero me temo que es algo exclusivamente reservado al nexo.

—Eso parece. De todas formas, creo que no todos los clánidas están igual de contentos que tú con el resultado. Después de lo de ayer no han tenido más remedio que aceptar que el nexo soy yo, pero es evidente que no les gusta la idea, especialmente al clan rojo.

—Ellos estaban convencidos de que el nexo era el bebé de Clara, como creíamos todos.

—Estoy casi segura de que fue mamá quien se pasó años difundiendo esos rumores para que todo el mundo me dejara en paz hasta que Sombra me hubiera encontrado. También formaba parte de los rumores el que yo tenía que ser la mentora

de Arek. Así se aseguraba de que nadie me mataría antes de tiempo si querían tener un nexo entrenado para el contacto. —Lena había recuperado su melena y ahora caminaba descalza por la orilla, mirándose los pies bañados por las olas que morían en la arena—. Resulta curioso darse cuenta de cómo era realmente mamá.

—¿A qué te refieres?

—La madre que yo creía conocer era sencilla, alegre, normal... muy enérgica y muy amante de la planificación y el control, pero normal. Y ahora voy descubriendo que era terriblemente manipuladora, mentirosa, tramposa, egoísta... la verdad es que no tiene ninguna gracia descubrir todo eso de golpe y cuando ella ya no está para poder hablarlo.

—¿Egoísta?

—Nos ha usado a ti, a mí, a Joseph y Chrystelle, a todo el clan blanco, a Imre Keller... literalmente a todo *karah* y parte de *haito* para conseguir lo que deseaba. Y eso desde hace siglos, papá. Llevaba siglos planeando con Joelle, y posiblemente con más clánidas que aún no he llegado a descubrir, cómo arreglar las cosas para ser madre de un nexo y tener una posibilidad de establecer ese contacto con lo desconocido. Ha mentido, traicionado, manipulado a todo el mundo; y no me extrañaría que hasta hubiera llegado a matar. —Hizo una pausa y se detuvo, mirando el horizonte, hasta que se giró hacia Max—. Es muy duro darse cuenta de todo eso, papá. Darse cuenta y, a la vez, seguir queriéndola como siempre, seguir echándola de menos. —Hizo una pausa, inspiró hondo y el silencio se estiró entre ellos. Max sabía que su hija aún no había terminado de hablar—. Y además... de alguna manera... sentir que la comprendo, que posiblemente yo haría lo mismo, que yo tampoco soy como siempre creí ser.

Max la miró unos segundos, apartó la vista y se encogió de hombros.

—Es que ya has empezado a acostumbrarte, Lena. A medida que vayas descubriendo tu lado *karah*, y piensa que eres solo *karah* a pesar de tu educación humana, te irás acostumbrando a aceptar que es así como *karah* hace las cosas. Además, vas a vivir varios siglos; antes o después encontrarás totalmente normal ese comportamiento. Y yo ya no estaré para recordarte que alguna vez también fuiste *haito*. Necesitarás rodearte de amigos que lo hagan, de humanos normales que te quieran y te recuerden tus orígenes. Pero ahora lo que importa es que estás bien y que todo puede ponerse en marcha.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé si quiero que todo se ponga en marcha, papá.

Max pareció sorprenderse por la reacción de su hija pero ella no lo notó porque había vuelto a bajar la vista a sus pies que iban dejando huellas húmedas en la arena llena de agujeritos hechos por los cangrejos.

—Le habrías ahorrado a Lasha muchos esfuerzos si él hubiera sabido que eres de su opinión.

—No soy de su opinión. Al menos no del todo. —Se encogió de hombros—. Es

solo que... que necesito un tiempo para pensarlo, que siento que he sido manipulada toda la vida para llegar hasta aquí con esa sensación de que no puedo hacer otra cosa más que lo que ha sido previsto para mí. No sé si quiero intentar abrir esa puerta sin saber lo que va a entrar por ella, ¿entiendes? La civilización que construyó la ciudad submarina es evidentemente superior a la nuestra, al menos en conocimientos tecnológicos. No quiero pensar como un militar descerebrado en una película de Hollywood viendo amenazas y peligros por todas partes, pero me siento como un aprendiz de brujo y tengo miedo de que, si hago lo que quieren de mí, luego, si pasa algo que no esperábamos, sea tarde para retroceder. ¿Tú no lo ves igual?

—Hija, yo soy *haito*. A mí no me seduce la idea de abrir la puerta a lo desconocido, así, sin más. *Karah* quizá tenga dos realidades entre las que elegir, pero la especie humana solo tiene esta y no podemos arriesgarnos alegremente. Pero, claro, a *karah* no se le ha pasado jamás por la cabeza consultar a la otra especie inteligente con la que comparte el mundo. Igual que los humanos jamás hemos consultado a los chimpancés o a las ballenas para hacer lo que queremos en este planeta.

—Creo que tengo que hablar con Lasha.

—Me ha dicho Emma nada más levantarme que de momento lo tienen encerrado en la ciudadela por haberte atacado. Todos los clanes están de acuerdo en privarlo de libertad hasta que se decida qué hacer.

—Intentaré hablar con él y seguiremos hablando nosotros, ¿te parece?

—Habla también con gente de los otros clanes y con Dani, con Ritch, con tus amigos humanos. Necesitas ver las dos partes antes de tomar una decisión.

Siguieron caminando en silencio bajo el extraño cielo grisáceo, bajo esa luz que no proyectaba sus sombras sobre la arena.

Al cabo de un rato, Lena volvió a cogerse de la mano de su padre y preguntó con voz ligera, tratando de quitarle importancia a lo que quería saber.

—¿Vas a contarme quién te ha hecho eso?

—¿Esto? —Max se llevó la mano libre a la cara, al ojo hinchado, a la nariz morada.

—Sí. Eso.

—No tiene gran importancia y, de hecho, di mi palabra de no contártelo, pero considerando que cuando me exigieron esa palabra yo estaba en un cuarto de tortura, no me siento obligado por el juramento. Fue tu otro padre.

—¿Mi otro padre? —A Lena la formulación le pareció casi escandalosa, primero porque Max hubiera usado la palabra padre y luego porque eso le confirmaba que él siempre lo había sabido y la única que no se había enterado de nada durante casi veinte años era ella—. ¿Imre?

—Exacto.

—¿Por qué?

—En un primer nivel, para que yo le dijera dónde encontrarte, cosa imposible

porque yo mismo no lo sabía. Pero en un nivel más profundo y más básico... más sincero... porque lleva muchos años deseando destrozarme la cara por haberle quitado a tu madre. La verdad es que no se lo reprocho.

—¡Qué raros sois los hombres! —dijo Lena sin poder evitarlo, pensando en las miradas asesinas que se lanzaban Daniel y Nils cuando creían que ella no se daba cuenta.

—¿Te parece que es propio de hombres? ¿No te has fijado en cómo te mira esa clánida negra?

—¿Alix?

—La única mujer que tienen en el clan. Me temo que ella también daría algo por quedarse sola contigo en algún lugar cerrado y soltar todo lo que tiene dentro. Tienes que llevar cuidado con ella, hija. He visto panteras más dulces que esa mujer. ¿Le has hecho algo concreto o es así de natural?

Lena se agachó a coger una concha, la lavó en la orilla y empezó a pasársela de una mano a otra, debatiendo consigo misma si contárselo a su padre o no. Al final se decidió a favor y le hizo un resumen de lo que sabía, del trato de Nils con Alix: ella seducía a Daniel para apartarlo de Lena y, en agradecimiento, Nils le daba un hijo a Alix, que era lo que más deseaba.

Max quedó un par de minutos en silencio, como solía hacer cuando recogía una información nueva; primero necesitaba procesar los datos, antes de dar una opinión.

—Es francamente llamativa la obsesión que *karah* tiene con los hijos; parece que la reproducción está en el absoluto centro de su existencia. La verdad es que lo encuentro un poco animalesco.

—Se supone que es el mayor imperativo de la naturaleza, ¿no? Por eso, entre los humanos, los machos tienen esa necesidad de sexo, para asegurar la supervivencia de la especie, para repartir su semilla. Eso nos contaron en biología al menos —añadió Lena al reparar en la mirada sesgada que le echó su padre.

—Supongo que es verdad. En parte. Pero en *karah* la procreación es... no sé bien cómo decirlo... casi la única razón de su existencia. Fuera del deseo de procrear casi no tienen impulso sexual, ¿lo sabías?

Lena sacudió la cabeza en una negativa y se quedó mirando a Max, esperando que continuara. Se sentaron en un banquito de madera carcomida bajo un techado de palmas en bastante mal estado, de cara al mar, mirando las grandes rocas grises y verdes, enhiestas como menhires, que parecían decorar la bahía.

—El sexo no les interesa demasiado salvo cuando sienten el impulso de intentar concebir. Lo encuentran... algo a medio camino entre poco digno y poco elegante, propio de animales, propio de *haito*. Algunos, muy pocos, los más perversos entre ellos, han acabado tomándole el gusto a las prácticas sexuales que nosotros consideramos normales: besarse, acariciarse, hacer el amor... pero la mayor parte de ellos desprecia ese comportamiento.

—Entonces, ¿tú y mamá...?

Max sonrió para sí mismo, sin mirar a su hija.

—Lamento informarte de que tu madre era, para estándares *karah*, bastante perversa.

Lena también sonrió.

—¡Menos mal!

—¿Y tú, pequeña?

—¿Yo qué? ¿Me estás preguntando si me gusta el sexo?

—Es lo que acabas de hacer tú. Pero no es una pregunta gratuita —añadió, poniéndose de pie y echando a andar lentamente hacia la orilla—. De hecho, lo que te estoy preguntando es si ahora que sabes que eres *karah*, *karah* por los cuatro costados, sin gota de sangre *haito*, has notado que eres diferente, si la herencia genética ha podido más que la educación y el entorno. O quizá también te estoy dando ocasión de sentirte mejor para el caso de que el sexo no te haya interesado mucho hasta ahora. Sabes que se trata simplemente de que no eres *haito* y por tanto esa reacción, o falta de reacción es normal.

—No, papá.

—No, ¿qué?

—Que nunca he tenido ese tipo de problema. Debe de ser la herencia de mamá —terminó con una sonrisa pícaro que hizo reír a Max.

—Me alegro por Daniel. ¿O debería decir por Nils?

Lena se quedó parada de golpe. Ni se le había pasado por la cabeza que su padre pudiera haber notado nada.

—Parece que ciertas cosas se repiten, hija. A tu madre también le sucedió. Dos amores, uno *haito* y uno *karah*. Mientras tanto lo sabes, ¿no?

—Yo siempre creí que tú eras el hombre de su vida.

—Yo también. Durante muchos años. Los primeros catorce antes de que decidiéramos casarnos y los siguientes diez, hasta que me confesó que no eras hija mía.

Hubo un largo silencio mientras caminaban de vuelta hacia la zona de los *bungalows* donde vivían. En otros tiempos, Lena habría intentado consolarlo, o abrazarlo al menos en silencio, pero ahora se daba cuenta de que a veces es importante esperar a que el otro termine de pensar o de explicarse antes de ofrecerle consuelo.

—De todas formas —habló Max al cabo de unos minutos—, estoy seguro de haber sido el hombre de su vida, Lena. —Suspiró—. El problema es que *karah* tiene varias vidas, no una sola como nosotros, los humanos. Y para Bianca era fundamental tener un hijo con un conclánida que a su vez fuera hijo de dos clanes. Era la culminación de todas las esperanzas de *karah*. Sin embargo, eligió quedarse conmigo, vivir conmigo una de sus vidas. No puedo quejarme —terminó con una sonrisa.

—Pero te mintió durante muchos años.

—Es lógico. Me mintió hasta que estuvo segura de que yo jamás te abandonaría.

—Y ¿no te parece rastrero?

Max se encogió de hombros.

—Me parece *karah*. —Notó la expresión de su hija, se encogió de hombros, levantó las manos con las palmas hacia arriba y, con su mejor expresión de buen chico, se apresuró a añadir—: Pirata.

Era una de sus frases favoritas de la película de *Piratas del Caribe*, cuando Will, indignado, le reprocha a Jack Sparrow: «¡Me habéis mentido!», y él contesta con absoluta inocencia: «Soy pirata». Entonces ella se rio y él le pasó el brazo por los hombros.

—¿Estarás hoy en el cónclave? —preguntó Lena antes de separarse.

—Aún no me lo han dicho. Es posible que no, que quieran discutir entre iguales sin presencia de familiares. Esto se está llenando de gente y, si se ponen más nerviosos, acabarán masacrándonos a todos para que no haya peligro de filtraciones.

—Si os tocan un pelo me negaré a colaborar.

—Gracias, hija.

—Oye —lo llamó antes de que se alejara—. ¿Podrías ir a ver cómo están mis amigos? Sé que llegaron ayer noche desde Bangkok y supongo que los habrán metido en algún *bungalow* con vigilancia. No sé si he hecho bien pidiendo que los trajeran, pero me asustaba estar sola aquí con todos los clanes.

—Descuida; iré ahora mismo. Luego te cuento.



Negro. Río de Janeiro (Brasil)

Oyó el sonido de la llave en la cerradura y, poniéndose en pie como un muñeco de resorte, agarró el bastón y recorrió el largo pasillo que llevaba a la puerta principal. Había estado esperando en el gabinete de la planta baja desde que, hora y media atrás, había recibido el mensaje de texto que le había enviado su hermano nada más aterrizar. Le había pedido a Florina que lo dejara todo preparado y luego le había dado la tarde libre. Llevaba mucho tiempo esperándolo y ahora que estaba a punto de llegar no quería que hubiese nadie más en la casa.

—¡Rufus! ¡Por fin! —exclamó al verlo entrar—. ¡No sabes cómo te he echado de menos!

—¡Y yo, León, y yo! Te juro que no veía el momento de llegar a casa.

—¡Bienvenido, hermano!

El recién llegado dejó caer la bolsa que llevaba colgada al hombro, abandonó la maleta en los escalones de la entrada y se lanzó a los brazos de su gemelo. Durante medio minuto, estuvieron simplemente abrazados, sintiendo la presencia del otro, palmeando las espaldas contrarias, asegurándose de la existencia del ser más importante de su vida. Era la primera vez que habían estado tanto tiempo sin verse y sentían la necesidad física de saber que el otro estaba por fin allí.

Luego se separaron y, extendiendo los brazos, se quedaron otro momento contemplándose, como si los tres meses de ausencia hubieran sido trescientos años.

—¡Ya puedes andar! —dijo Rufus, sonriendo, al darse cuenta de pronto de que su hermano ya no parecía necesitar la silla de ruedas.

—Aún llevo bastón, y me temo que para bailar la samba es pronto, pero voy mucho mejor —contestó León devolviéndole la sonrisa—. ¿Tienes hambre?

—Siempre, ya lo sabes.

—Florina nos ha preparado sus gambas a la bahaiana. Ven, ponte cómodo y cuenta cómo te ha ido. Siento no haber podido ir a recogerte al aeropuerto, pero aún no he intentado conducir.

—Da igual. Los taxis son un gran invento.

Subieron la amplia escalera hasta el salón de la vieja casa y Rufus se quedó un

momento mirando el mar, deslumbrado por su belleza, recuperando la vista de la playa de Copacabana, del Pan de Azúcar, de los cocoteros de siempre balanceándose suavemente en el aire cálido. León, consciente de la felicidad del regreso, lo dejó tranquilo, se sentó a la mesa y sirvió el Pinot Gris que había elegido para acompañar las gambas.

Cuando Rufus se dio la vuelta, la sonrisa iluminaba su cara.

—Me encanta estar en casa. Voy a lavarme las manos y vuelvo enseguida. Ya puedes ir sirviendo.

A pesar de que, por su aspecto, ambos estaban sobre los treinta y tantos años, seguían siendo tan iguales que la gente solía mirarlos varias veces, asombrada de su parecido. Los dos eran igual de altos, de pelo castaño claro y ojos de color caramelo, nariz recta y estrecha, y labios finos rodeados por un bigote y una perilla casi rubios.

Los dos tenían un aire indefinible de caballeros de otro siglo más pausado, no solo en su modo de vestir, en su amor por los chalecos y los relojes de bolsillo, sino, sobre todo, en su manera de moverse, de mirar, de sonreír; un siglo que aún se sentía en la casa donde se encontraban, en sus muebles y adornos, en la disposición de cada cuarto.

Mientras esperaba a su hermano, León se miró a sí mismo en los espejos enfrentados del comedor y no pudo evitar sonreír, como tantas veces. Ahora se veía en ellos repetido hasta el infinito; cuando volviera Rufus, serían cuatro los que se reflejarían infinitamente. Cuatro hombres iguales comiendo frente a frente en la mesa puesta con mantel blanco, porcelana de Meissen, cubertería de plata y copas de cristal de Bohemia.

Era bueno tener a su hermano de nuevo en casa. Sin él nunca se sentía completo, y no tenía costumbre de estar separado de él durante tanto tiempo, pero su accidente lo había estropeado todo y no habían tenido más remedio que hacerlo así: él había tenido que quedarse y seguir reuniendo y relacionando información mientras Rufus se iba de viaje en una búsqueda con pocas garantías de éxito.

Chocaron las copas mirándose a los ojos.

—Cuéntame —preguntó León con avidez, inclinándose hacia su hermano—. ¿Cómo está?

Rufus sacó el móvil del bolsillo, eligió una foto y le tendió el aparato.

—Preciosa, como siempre. Mejor que tú y que yo.

León observó críticamente la fotografía de una mujer de unos cuarenta años, de cabello ondulado color miel y brillantes ojos negros. No había vuelto a verla desde su infancia, pero seguía igual que en sus recuerdos.

—Es raro pensar que es nuestra abuela, ¿verdad?

—A ella no le parece nada extraño. Lo único que encuentra raro es que yo me empeñe en llamarla así. Lleva un par de siglos viviendo como *haito* pero dice que no ha conseguido acostumbrarse a la obsesión humana de recalcar el parentesco familiar. Pertenecemos al mismo clan y eso basta.

—Tú y yo solo somos mediasangres.

—A ella le da igual.

—Ahora se trata de saber cómo van a reaccionar los otros. ¿La has convencido? ¿Irá al cónclave? ¿Les hablará de nuestra existencia?

Rufus sonrió ampliamente, se metió en la boca una buena porción de gambas y arroz, y masticó cuidadosamente mientras asentía con la cabeza.

—No te creas que ha sido fácil —consiguió decir por fin—, pero sí. Al final la he convencido de acudir y... milagro de milagros... quiere que la acompañemos.

—¡Fantástico! ¡Increíble!

—Con la condición de que no se nos ocurra llamarla abuela ni en privado ni en público. Quiere que la llamemos simplemente Jeanette.

—¿Sigue llamándose Jeanette?

—Según ella, nunca ha sentido la necesidad de cambiar de nombre al cambiar de vida. Pero puede estar mintiendo, claro. Es posible que en sus documentos tenga otro nombre.

—¿Cómo la has localizado por fin?

—Con la pista que me enviaste de aquella carta que conservaba papá llegué hasta Bangkok y allí, como ya te dije por teléfono, recibí en mi hotel un mensaje sin firma dándome unos datos de contacto. Así que, en la base, he conseguido encontrarla porque ella quería verme, aunque al principio, cuando la llamé, pareció sorprendida. Luego envió a una familiar. Quería vernos a los dos.

—¿Te ha dicho para qué?

—No. Me figuro que después de tanto tiempo se siente un poco sola. Hace siglos que no se relaciona con su clan y, desde la muerte de papá, parece que algo en ella ha cambiado.

—Para *karah* debe de ser difícil aceptar la muerte —dijo León, cabeceando.

—La muerte siempre es difícil de aceptar. Pero para *haito* la muerte de un hijo es lo peor, por todo lo que tiene de antinatural; sin embargo, para *karah*, que se desliga de sus hijos en cuanto son capaces de valerse por sí mismos, la muerte de un hijo es como la de cualquier otro.

—Sí, puede que tengas razón, pero yo hablaba de la muerte en general. No tienen costumbre de que muera uno de los suyos, no les cabe en la cabeza. Casi no están sujetos a enfermedades; tiene que suceder algo terrible para acabar con una vida *karah*: que les corten la cabeza, que los quemén hasta que no haya más que cenizas, que los tiren a un río de lava... algo de esa envergadura... Como lo de padre. Devorado por las alimañas marinas. —Hubo un silencio en el que solo se oía el tintineo de los cubiertos contra la porcelana de los platos y los ruidos del tráfico que venían del exterior—. Supongo que tener que aceptar la muerte de uno de ellos los hace sentir vulnerables, equiparables a *haito*.

—Sin embargo, todos mueren. Su vida es mucho más larga, pero se acaba. Nosotros también moriremos un día.

—Sí.

Los dos perdieron la vista en el azul del mar que se extendía tras las cristalerías del mirador de su casa, la única casa colonial de tres pisos y jardín que aún existía en esa zona de Copacabana, llena de hoteles y de rascacielos.

—¿Habrá empezado ya el cónclave? —preguntó Rufus al cabo de unos minutos en los que acabaron las gambas y la botella de vino blanco.

—Estoy seguro. Descubrí los avisos hace ya casi una semana, por eso te escribí.

—¿Tendrá sentido ir ahora?

—Por supuesto. Y más si nos lleva ella. ¿Dónde vive?

—Tiene un rancho en Australia y está metida también en el negocio de la talla de diamantes. Y me figuro que, como todo *karah*, será propietaria de un par de bancos y participará activamente, a través de terceros, en el lucrativo tráfico de armas, por no hablar de petróleo y otras minucias.

León sonrió.

—¿Habéis quedado en algo concreto?

—Pasado mañana en Sídney. Desde allí tenemos que confiar en ella. ¿Podrás viajar?

—Sí. Puedo incluso sin bastón, pero llevarlo aún me da seguridad. ¿Te ocupas tú de los billetes y yo del equipaje?

—De acuerdo. Llevo tres meses dando vueltas por el mundo; estoy harto de hacer maletas.

—¿El destino final es Tailandia, como habíamos supuesto?

—Se ha negado a decírmelo y yo he hecho como que no sé nada. *Karah* es amante de los secretos; no me parecía adecuado que sepa ya cuánto hemos llegado a saber.

—Has hecho bien. Pondré ropa ligera.

—No te molestes en poner mucha. Jeanette me ha informado de que antes de reunirnos con sus conclánidas tendremos que pasar por un sastre para que nos vistan como corresponde.

León enarcó una ceja y, abandonando el brasileño, contestó en perfecto inglés de colegio de élite británico.

—Nosotros siempre vestimos como corresponde.

Rufus se rio del chiste.

—Me temo que un cónclave es algo muy especial, hermano. Diseños antiguos, colores rituales, los tejidos más valiosos. Lo mejor de lo mejor.

—Estoy deseando verlo.

Se separaron en el pasillo, sabiendo que el otro sentía exactamente la misma mezcla de emoción, alegría y nerviosismo.



Rojo. Atlantis (Pacífico Sur)

En el *bungalow* que les habían asignado, Flavia estaba sentada en una mecedora, con Arek dormido en brazos, mientras Eleonora, Dominic y Gregor continuaban una discusión que había comenzado ya durante el desayuno. Mechthild y Miles se habían marchado horas atrás sin dar explicaciones, probablemente para atender a sus asuntos en el mundo real, y el Shane, por una vez, llevaba casi una hora sin despegar los labios, asistiendo en silencio a la pelea de sus conclánidas, con la barbilla serenamente apoyada en el dorso de las manos que, a su vez, se apoyaban en la contera del bastón, como si estuviera en un partido de tenis que no le interesara particularmente. De vez en cuando cambiaba una mirada condescendiente con Flavia; una mirada casi divertida que parecía decir: «¡qué niños son todavía!».

—Repito —estaba diciendo Eleonora— que en la vida me he sentido tan humillada como anoche, cuando vi entrar al clan blanco con esa arrogancia, presumiendo de nexo y sin que ninguno de nosotros hiciéramos nada.

—¿Qué íbamos a hacer, maldita sea? —Dominic parecía a punto de perder definitivamente la paciencia—. Nos avisaron una hora antes de cómo estaban las cosas. Sabíamos que había quedado claro que Arek no es el nexo. Nos unimos a la protesta del *mahawk* blanco y apoyamos la exigencia de que Aliena demostrara quién es. Nos lo demostró y con eso se acabó la cuestión. A mí tampoco me gusta, Nora, pero sería de imbéciles negarse a aceptar la realidad.

—¡Es una humillación para el clan rojo! —insistió ella, tozuda.

—Te lo concedo. Pero no nos queda otro remedio que tragárnosla. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Que nos retiremos ofendidos y dignos? ¿Que digamos que no cuenten con nosotros? Y entonces ¿qué? El clan rojo tiene tanto interés como cualquiera en intentar el contacto. No somos niños rabiosos que patean cuando las cosas no salen como habíamos planeado.

—¿No te das cuenta de que nos necesitan para abrir esa maldita puerta, Eleonora? —intervino Gregor tratando de sonar razonable—. Haces como si el clan rojo estuviera hundido solo porque nos hemos equivocado en el asunto de Arek, y en esta ocasión no aportamos el nexo.

—¿En esta ocasión? —El sarcasmo de Eleonora era chirriante—. ¿Cuándo fue la última vez que el clan rojo aportó un nexo, tío Gregor? —enfaticó «tío» para dejarle claro que no estaba dispuesta a aceptar buenos consejos aunque quien los daba tuviera un par de siglos más que ella.

—No lo sé, evidentemente. Para contestar ese tipo de preguntas tenemos un *mahawk*. ¿Shane?

El aludido sonrió mostrando unos dientes que parecían haberse vuelto más picudos durante la noche.

—El nexo nunca pertenece a un solo clan —contestó con suavidad—. Esa es la gracia del asunto. Siempre hemos pensado que debe tener sangre mixta; pero la última vez que lo intentamos, con un conclánida que la tenía, de dos clanes, no funcionó, lo que me lleva a pensar, y os aseguro que no soy el único, que dos clanes son pocos. Es decir, que si Aliena es el nexo es probablemente porque desciende de los cuatro clanes. Y en ese sentido, también es miembro del clan rojo, por lo que no hay humillación de ningún tipo, querida Eleonora. Es una de los nuestros.

La mujer se quedó parada en medio del *bungalow*, mirando fijamente a su conclánida.

—Y ¿podrías decirme cómo es que desciende de nosotros? ¿Quiénes son sus padres y sus abuelos?

—No seas indiscreta, querida niña y sobre todo no seas *haito*. ¿Qué más da eso? ¿Has visto lo que puede hacer? ¿Has visto quién la acompaña? Esa es suficiente garantía. Ahora se trata de lo siguiente: tenemos nexo, tenemos a Sombra, bueno, lo tiene el nexo, pero así es como debe ser, estamos reunidos aquí todos o al menos casi todos los clánidas que existen. ¿Nos parece momento de intentar el contacto o vamos a boicotearlo? Esa es la pregunta clave. Sin el clan rojo, los otros clanes están atados de pies y manos. ¿Vamos a colaborar o no?

—La pregunta clave —dijo Flavia en voz baja para no despertar a Arek— es si de verdad nos necesitan, si tenemos algo que podamos aportar al éxito de la empresa y que nos coloque en igualdad de condiciones con los otros tres. Llevamos tanto tiempo pensando que teniendo a Arek no necesitamos nada más, que ahora tenemos que replanteárnoslo todo. ¿O se me olvida algo, Shane?

—Se te olvida, dulce Flavia, la confianza que deberías tener en el *mahawk* de tu clan. Que esté loco no significa que me haya vuelto imbécil.

—No estás loco, Shane, no es más que una pose.

—¡Oh, no, dulce, no! El Shane está efectivamente loco. Majara, grillado, como una cabra. Pero sigue siendo más inteligente que todos vosotros juntos, pobres corderos arrogantes. —Los miró a todos, pasando la vista de un rostro a otro con el desprecio de siempre—. El clan rojo, oídme bien, conclánidas, posee una hermosa colección de documentos donde se explica, de un modo bastante críptico, lo concedo, qué es lo que hay que hacer para abrir esa puerta misteriosa.

Todos se quedaron mirándolo, pasmados.

—¿Los tienes tú? —preguntó Dominic, perplejo.

—Evidentemente, criatura.

—¿Y de dónde los has sacado? —intervino Gregor.

El Shane se echó a reír con estridencia.

—Digamos que los tomé prestados al *mahawk* blanco cuando no miraba.

—¿Lo sabe él? —preguntó Eleonora.

El *mahawk* rojo sacudió la cabeza una y otra vez, de modo totalmente histriónico, y se cruzó los labios con el índice antes de añadir:

—Antes o después se lo imaginará. Tampoco es tonto, aunque cada vez piensa peor, porque se está muriendo.

Todos los presentes lanzaron una exclamación.

—¿No lo sabíais? Pues sí. Hasta nosotros tenemos que extinguirnos, conclánidas.

Hubo un largo silencio. El tema de la muerte era algo infrecuente en las conversaciones del clan rojo y cada uno trataba de digerirlo del mejor modo posible.

—¿No debería, entonces, tener un interés especial en establecer el contacto e intentar prolongar su vida? —preguntó Eleonora.

El Shane sonrió, mostrando de nuevo sus dientes afilados.

—Curioso que tengamos esa idea de que el paso a la otra realidad, si la hay, prolongará nuestra existencia. Pero si te apetece intentar convencerlo de ello, quizá consigamos tenerlo de nuestro lado.

—Podría hablar con él. ¿Os parece?

Todos asintieron con la cabeza.

—Sí, dulce. Quizá sea ya hora de que los clanes vuelvan a hablar entre sí. Mantennos informados. Además, os recuerdo que esta noche, en el cónclave, es más que posible que tengamos que tomar la decisión definitiva de si vamos a intentar el contacto y comprometernos en firme. La pregunta es: ¿queremos contactar con esa otra realidad de la que, al parecer, procedemos? Pensadlo, pensadlo, hijos míos. Si os parece, nos reuniremos aquí mismo al atardecer, cuando la luz es de nuestro color, para cerrar la postura del clan rojo.

El Shane se puso de pie, batió palmas y los ahuyentó como si fueran gallinas en el patio de una granja.

—¡Vamos, vamos, conclánidas, estáis en el paraíso, salid a disfrutarlo!



Haito. Atlantis (Pacífico Sur)

Cuando Ritch llegó a la zona que se extendía entre la playa y la alta pared de roca, la más alejada de los *bungalows* donde se alojaban los clánidas, los tres *traceurs* estaban practicando saltos con una construcción de palos que habían improvisado en la arena entre dos rocas de buen tamaño.

Se detuvo unos minutos admirando la gracia de sus movimientos, su flexibilidad, las líneas de sus cuerpos. Él nunca había tenido demasiado interés en el deporte y, salvo un par de veces por semana que dedicaba a nadar, nunca había hecho nada para mantener su cuerpo en forma. Era delgado por naturaleza, casi flaco, y hasta cierto punto siempre había pensado que ir al gimnasio con regularidad y preocuparse excesivamente del cuerpo era propio de estúpidos y analfabetos. Nunca había tenido ni tiempo ni ganas ni dinero —el dinero había sido el gran problema a lo largo de toda su vida— para gastarlo en desarrollar sus músculos; pero cuando veía a algunos deportistas, como en aquel momento a los *traceurs*, imaginaba que debía de ser muy agradable estar en posesión de un cuerpo rápido, flexible, resistente, en perfecto estado. Como su mente, que era lo único que él había entrenado año tras año, biblioteca tras biblioteca, laboratorio tras laboratorio.

Al cabo de unos minutos, los tres jóvenes se dieron cuenta de su presencia y se volvieron hacia él, sudorosos y expectantes, suponiendo que les traía algún tipo de mensaje. Habían llegado al atardecer del día anterior, les habían adjudicado un pequeño *bungalow* solo para ellos y les habían prohibido muy amablemente que se movieran de aquella zona hasta que alguien se pusiera en contacto y les explicara lo que estaba pasando.

Ahora se quedaron mirando al muchacho que llevaba un rato observándolos. Iba vestido con pantalones largos de algodón y una camiseta gris que mostraba una galaxia donde una estrella estaba marcada con un círculo rojo: «Der Dritte von links» (La tercera de la izquierda). Era más alto que bajo, delgado, pelirrojo y de sonrisa fácil. Al acercarse se dieron cuenta de que no era tan joven como parecía. Al principio habían pensado que sería de su edad, veintipocos; pero ahora notaban que seguramente estaba cerca o incluso un poco por encima de los treinta.

—Hola, tíos, soy Ritch —dijo en inglés, extendiendo la mano.

Anaís fue la primera en estrecharla diciendo su nombre, luego Maël, luego Gigi.

—¿Nos traes noticias? ¿Puedes explicarnos qué coño hacemos aquí? —preguntó Maël en cuanto acabaron las presentaciones—. Nos dijeron que Lena nos necesitaba y ni siquiera sabemos seguro si está aquí.

—Está. Tranquilo. Lo que pasa es que no habrá tenido aún tiempo de venir a veros.

—Sus múltiples ocupaciones vacacionales se lo habrán impedido —intervino Gigi con toda la ironía de la que fue capaz.

—Mirad, yo no tengo mucha idea de quiénes sois ni de cuánto sabéis de este asunto. Me he pasado por aquí para matar el tiempo y para ver si puedo hacer algo por vosotros, pero no me envía nadie oficialmente y además no soy más que un machaca, ¿estamos? Trabajo para el clan blanco y hago lo que me dicen.

—¿De qué trabajas? —preguntó Anaís.

Ritch se encogió de hombros.

—De formación soy geólogo y físico, pero de momento me tienen como si dijéramos en *stand by*.

—¿Tú sabes para qué nos han traído aquí? —preguntó Gigi.

—Al parecer ha sido cosa de Lena. Quiere tener cerca a sus amigos y de paso fastidiar un poco a *karah* dejando claro que es ella quien manda. También es posible que haya tenido miedo de que os maten por todo lo que sabéis, lo que ella misma os ha explicado. Al menos es lo que supone Daniel.

—¿Quién es Daniel?

—Su novio.

Los tres se miraron sin entender nada.

—¿Su novio no es el tipo ese del clan negro, un tal Nils?

Ritch negó con la cabeza.

—No. Su novio es Dani. Seguramente vendrá a veros luego; él o Max, el padre de Lena. Me figuro que antes o después alguien os dirá lo que podéis o no podéis hacer.

—O sea —dijo Anaís con cara de preocupación—, que eso significa que no somos libres, que no podemos marcharnos cuando queramos sin pedirle permiso a nadie.

—¿De aquí? ¿Marcharos de aquí por vuestra cuenta? —Ritch parecía estar entre escandalizado y conmovido por su inocencia—. ¿Vivos? Definitivamente no.

Anaís se llevó la mano a la boca, Maël se agarró las rastas con las dos manos perdiendo la vista en el cielo, Gigi apretó los puños en silencio.

—Nos hemos metido en un buen lío, chavales —dijo Maël por fin.

—Buscaremos... bueno... buscarán una solución; estoy seguro —añadió Ritch, conciliador—. Pero, por si acaso, quiero que sepáis algo fundamental: en esta isla hay una zona realmente extraña, lo que llaman la ciudadela o la ciudad submarina. No podéis entrar en ella —reparó en el destello de complicidad que pasó por los ojos de

los *yamakasi* y se apresuró a decir—, no porque esté prohibido, que lo está, o porque sea difícil, que lo es, sino porque la ciudad reconocerá que no sois *karah*, que no tenéis una gota de sangre *karah* y os devorará. Solo quería advertiros, por si acaso.

—¿La ciudad nos... devorará? —preguntó Anaís, cruzando la mirada con sus dos compañeros—. ¿Hablas en serio?

Ritch se pasó la mano por el pelo puntiagudo.

—Es algo difícil de explicar, pero para que os hagáis una idea, es como si esa ciudad fuera un organismo vivo, como si tratarais de entrar dentro de una ballena, o de un calamar gigante, por poner un ejemplo, algo así.

—¿Tú la has visto?

—Apenas. Mucho menos de lo que quisiera.

—Y ¿por qué a ti no te ha devorado? —Anaís lo miraba con total desconfianza y a pesar de ello Ritch pensó que era una chica muy guapa.

—Ya os lo he dicho, porque trabajo para el clan blanco. —Se dio cuenta de que no se fiaban de él. La conversación empezaba a volverse muy incómoda, porque al menos de momento no tenía intención de contarles más sobre sí mismo, de modo que decidió terminar—. Bueno, pues si no necesitáis nada, me marchó.

Anaís lo retuvo por la manga de la camiseta cuando ya se había dado la vuelta.

—Dile a Lena que queremos hablar con ella, por favor. Nos lo debe.

—Vale, se lo diré.

En cuanto Ritch se perdió entre los árboles, los *traceurs* se dejaron caer en la arena y se quedaron mirándose en silencio hasta que Maël preguntó en voz alta lo que todos se estaban preguntando en su interior.

—Y ahora... ¿qué hacemos?



Negro. Atlantis (Pacífico Sur)

En perfecto silencio, con la gracia y el sigilo de un depredador nocturno, Luna llegó al final del sendero que, entre la espesa vegetación tropical llevaba a la escarpadura. Una vez allí, guiándose por las marcas disimuladas que alguien había tallado en la roca, fue trepando hasta el lugar que le habían indicado en el mensaje, una pequeña laguna de forma casi redonda, azul oscuro. Hizo una pausa para sosegar la respiración y enseguida empezó a buscar la entrada que tendría que encontrarse muy cerca pero, al parecer, quedaba oculta por una de las cascadas que caían como estrechas colas de caballo desde las alturas.

El sol poniente aún doraba las cumbres y toda la zona que se extendía a su derecha, pero la laguna ya estaba en sombra y tenía que darse prisa si no quería tener que encontrar la entrada en la oscuridad.

Había recibido el mensaje muy poco antes, en el *bungalow* que compartía con los hombres del clan negro, ya que la única mujer presente, la que él había conocido como Viola y era actualmente Alix, prefería alojarse en el yate que los había llevado a la isla, cosa que todos ellos encontraban muy tranquilizadora aunque nadie lo hubiera dicho en voz alta.

Luna se había quedado dormido después de comer y, al despertar, alguien le había dejado entre las manos un mensaje en el que se le citaba con urgencia en una de las entradas menos conocidas de la ciudad submarina.

El mensaje estaba escrito en latín y, además de las instrucciones para llegar al lugar de la cita, decía simplemente: «Ven solo. Hoy mismo, al atardecer. Nadie debe saberlo. ¡Honor a tu clan!». Y, como firma, una simple inicial que lo había golpeado como un rayo y era lo que le había movido a obedecer de inmediato, menos por sentido del deber que por una arrasadora curiosidad, entreverada de alegría y de esperanza.

El papel, escrito a mano, con pluma y en tinta negra, con una elegante caligrafía antigua, iba firmado con una «R» mayúscula, picuda y temperamental, que parecía reinar sobre el resto de las letras.

Hacía mucho que Luna no había visto esa «R» que formaba parte de sus primeros

recuerdos. Siglos. Tantos, que él, como todos sus conclánidas, estaba convencido de que tenía que haber muerto tiempo atrás, alejado de su clan, de todos los clanes.

Y ahora, de golpe, aparecía allí, en Atlantis, nada más empezar el cónclave, alguien que decía ser él y que quería verlo con urgencia y con el máximo secreto.

La curiosidad le aceleraba el corazón. Y la esperanza. Casi no quería creer que pudiera ser cierto, que pudiera ser él de verdad.

El mensaje decía que la entrada estaba oculta detrás de la segunda cascada pero, considerando que la laguna era casi circular, resultaba un poco difícil decidir dónde empezar a contar, de modo que para cuando encontró la abertura que estaba buscando ya estaba completamente mojado y el mundo se estaba volviendo azul. Tendrían que darse prisa porque el cónclave empezaría apenas tres horas después, y antes de ello el clan negro había convocado una reunión en la que, según había creído comprender, se trataba de dilucidar qué podía aportar el clan a los conocimientos globales que permitirían abrir la comunicación con la otra realidad. No parecía estar nada claro que de verdad tuvieran algo que aportar y, en ese caso, quedarían por debajo de los otros clanes y, a sus ojos, serían poco más que huéspedes de los demás en el paso más importante que *karah* iba a dar en milenios.

Con cierta tristeza se había dado cuenta de que a él, de hecho, no le importaba demasiado cómo quedara su clan. Si habían sido tan estúpidos como para no haberse preocupado a través del tiempo de reunir la mayor cantidad posible de la información que necesitarían cuando llegara el momento, no podían ponerse ahora a lamentarlo.

Por supuesto no se le había pasado por la cabeza confesarles que él estaba en contra del intento de comunicarse con esa otra realidad.

Llevaba tanto tiempo apartado de los suyos que casi había perdido la identificación con ellos. Del mismo modo, tanto Imre como Nils lo trataban con cortesía pero no acababan de fiarse de él, y sus conversaciones estaban llenas de silencios, sobreentendidos y miradas sesgadas.

Viola, que ahora se llamaba Alix y estaba igual de hermosa y de temible que siempre, lo había mirado de arriba abajo y se había limitado a comentar «no te han sentado bien los años de salvaje, conclánida». Esperaba que siguiera así y no volviera a ponerse zalamera con él. Estaba claro que ahora su objetivo era Nils, pobre desgraciado.

Imre le había dado la bienvenida oficial al clan pero con frialdad, con distancia, sin mostrar sus cartas más que de un modo parcial. Luna no podía decidir si había sido porque era consciente de la camaradería que siempre lo había unido al *mahawk* blanco, en los tiempos en los que Ulrich von Finsterthal y don Juan de Luna hacían estragos por Europa, y eso lo convertía en sospechoso a ojos del clan negro o si se trataba de que Imre, con su larga memoria de los asuntos del clan, todavía recordaba con claridad que Luna, en su juventud, había sido educado y entrenado por el anterior *mahawk* negro y ahora temía que su lealtad siguiera perteneciéndole, a pesar de que hacía siglos que nadie sabía de él.

Detrás del salto de agua había una pequeña cueva y al fondo comenzaba una galería tan baja que Luna tuvo que ponerse casi a cuatro patas para poder avanzar por ella.

Echó una mirada sobre su hombro para asegurarse de que nadie lo había seguido, se cercioró de llevar la pequeña pistola que había comprado nada más llegar a Bangkok desde Koh Samui, se sujetó a la frente la lámpara de ciclista que había cogido de su mochila en previsión, y se introdujo en el estrecho pasadizo de roca.



Negro. Atlantis (Pacífico Sur)

El helicóptero aterrizó en la isla cuando ya el sol bajaba hacia su ocaso pintando de oro los flecos de las palmeras y de rosa la espuma de las olas.

Imre Keller, Nils Olafson y Alix Black siguieron su vuelo con la vista hasta que se posó frente a ellos y, lentamente, su rotor dejó de girar; luego se abrió la puerta, un hombre descendió con agilidad, ayudó a bajar a otro, curiosamente igual a él, que se apoyaba en un bastón y, luego los dos ofrecieron sus manos a una mujer rubia vestida con ropa deportiva.

—¡Bienvenida a Atlantis, conclánida! —saludó Keller—. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

La recién llegada se quitó las gafas de sol y lo miró de hito en hito.

—Tienes buen aspecto, Louis. Casi como entonces, en Nueva Orleans.

—Ahora soy Imre, querida. ¿Cómo debemos llamarte a ti?

—Jeanette, como siempre, aunque donde vivo ahora suelen llamarme Joanna. Déjame presentarte a Rufus y León, conclánidas nuestros.

Imre enarcó una ceja mientras Alix soltaba una breve carcajada, casi un ladrido.

—Pertenece al clan negro tanto si os gusta como si no —añadió la recién llegada.

—No son más que mediasangres —dijo Alix mirándolos con todo el desprecio del que era capaz.

Jeanette se encaró con Imre y era evidente que no bromeaba.

—No pienso permitir ese comportamiento en nadie, *mahawk*. Hemos venido a ofreceros todo lo que no habéis sido capaces de reunir vosotros porque pienso que en estos momentos cruciales para *karah* el clan debe estar unido, pero si vais a humillar a mis descendientes nos marcharemos en el mismo helicóptero que nos ha traído. Llevo dos siglos sin contacto con vosotros; no os he echado en falta en ningún momento. A Naïm le habría gustado estar presente en un cónclave. Ya que él no puede hacerlo, he venido yo, su madre, y he traído a León y a Rufus, sus hijos.

Antes de que Imre pudiera contestar, se adelantó Alix.

—Y ¿qué tienes que ofrecer que nos compense el tener que soportar su presencia

y esa estúpida manía de insistir en quién engendró a quién, como en la Biblia de *haito*?

—Basta ya, querida —dijo Imre, suave pero cortante. A él tampoco le gustaba el discurso que estaba usando Jeanette, ese énfasis *haito* en la genealogía, pero tenía muy claro que la posición del clan negro en el cónclave no era precisamente fuerte y habría dado la bienvenida a cualquiera que pudiera proporcionarles una ventaja—. Recibiremos a nuestros conclánidas perdidos como se merecen. Os agradecemos cualquier ayuda en estos momentos cruciales para el clan, como bien has dicho, Jeanette. Venid con nosotros. Os acompañaremos a vuestro *bungalow* y después nos reuniremos para hablar con calma antes de la sesión de esta noche. Estos son Alix y Nils. —Alix alzó la cabeza y apartó la vista; Nils, que no había dicho nada en todo el tiempo y ocultaba su mirada tormentosa tras unas gafas de sol de espejo, estrechó en silencio las manos de los recién llegados—. El antiguo Luna, Iker Mendivil ahora, que apenas acabamos de recuperar, ha vuelto a desaparecer como siempre, pero no puede haber ido muy lejos; lo veréis en la reunión o durante la cena.

Jeanette se colgó del brazo de Imre.

—Por lo que he oído —dijo en voz baja—, el clan negro no tiene mucho que ofrecer al cónclave.

—Según se mire —contestó, críptico.

Jeanette era miembro del clan, pero llevaba tanto tiempo alejada que le costaba hablar con ella de ciertos temas y no le gustaba tener que confesar lo que, al parecer, ella ya sabía.

—Querido Louis, perdona, ¿cómo has dicho que te llamas ahora? Ah, sí. Imre. Curioso nombre; creo que para mí siempre serás Louis. —Lo miró un instante, sonriente, recordando una época lejana, cuando el clan acababa de llegar a Nueva Orleans, después de una temporada en Boston, 1802 o 1803 probablemente, y ellos habían estado intentando, sin éxito, tener un hijo. El conclánida que le acababa de ser presentado como Nils Olafson, ese hombre atractivo y anguloso, de expresión amarga, era entonces un bebé que estaba empezando a andar y el clan deseaba crecer, a ser posible con una niña. Pero no pudo ser. Luego ella conoció a Jim, un clánida azul, y, para evitar el gran escándalo que habría supuesto tener un hijo con un miembro de otro clan, se marchó, abandonando a los suyos—. Verás —continuó, alejando los recuerdos—, mi hijo Naïm se pasó toda su vida no solo recopilando información, sino uniendo piezas para que dieran una imagen comprensible de *karah*, de quiénes somos, de nuestra historia, de nuestro origen, de nuestro futuro. Sus hijos, Rufus y León, han continuado la tarea. Te sorprenderá todo lo que saben. Pero deben ser tratados como conclánidas de pleno derecho. Si no eres capaz de garantizarlo, nos marcharemos para no volver y toda la empresa fracasará. No te engañes, Imre, el clan negro nos necesita.

El Presidente cerró los ojos unos segundos y apretó los labios. Ya había olvidado cómo era Jeanette: manipuladora y exigente, como todas las hembras del clan negro.

Pero si lo que decía era cierto, entonces también lo era que los necesitaban desesperadamente. Si ellos se retiraban llevándose todo lo que podían aportar a la empresa común, tendría que despedirse de su sueño y Ennis jamás tendría otra oportunidad. La echaba terriblemente de menos; llevaba varios días en Atlantis y estaba tan acostumbrado a visitarla a diario que se sentía extraño sin poder hacerlo.

—Te lo garantizo, conclánida. Rufus y León serán tratados como miembros del clan negro de pleno derecho mientras yo sea *mahawk* de este clan.

—Gracias, pariente —dijo ella, coqueta, dándole un apretón de brazo y ofreciéndole su más esplendorosa sonrisa—. Me alegro de haber vuelto. Tenemos mucho que recuperar.



Negro. Atlantis. Ciudad Submarina (Pacífico Sur)

Al cabo de unas decenas de metros la cualidad mineral del pasadizo de roca empezó a cambiar: sus manos ya no se apoyaban sobre una superficie dura, áspera y seca, sino sobre algo más flexible que cedía ligeramente bajo su peso y tenía una textura suave parecida a la de los troncos verdes del bambú.

También la oscuridad, solo aliviada por el haz de luz de su linterna, fue cambiando hasta quedar convertida en una penumbra verdosa, como si una tenue luminosidad se abriera paso a través de un techo de hojas y ramas en un bosque tropical.

El túnel por el que había entrado casi reptando se fue haciendo cada vez más ancho y más alto hasta que pudo ponerse de pie y apagar la luz artificial. Era como estar dentro del tallo de una planta o de la gruesa vena verde de un animal monstruoso, pero no había ni savia ni sangre en circulación, ningún tipo de fluido vital apreciable a simple vista.

Luna supuso que se encontraba ya dentro de la inexplicable construcción que llamaban la ciudad submarina y que, en esa zona, parecía haber invadido el reino mineral o llegado a una especie de simbiosis con él, como una planta gigantesca que hubiera echado raíces sobre la montaña central de la isla para fortificar sus cimientos.

Siguió avanzando con rapidez sin saber bien adónde lo llevaban sus pasos. El mensaje le había permitido llegar hasta allí, pero no daba más indicaciones.

Llegó a un lugar donde el pasillo que estaba recorriendo se bifurcaba en cuatro ramas, todas bañadas en la misma fosforescencia verde aunque en una de ellas la luz parecía estar a punto de virar al amarillo y en otra se apreciaban leves destellos rosados. Los dos pasadizos de enfrente corrían paralelos y muy juntos; los otros dos se alejaban a izquierda y derecha.

Como no tenía manera de saber hacia dónde dirigirse, se quedó donde estaba, esperando una indicación.

Aún no habían pasado dos minutos cuando se dio cuenta de que en el pasillo de delante de él, a la derecha, había algo en el suelo, a unos siete u ocho metros de la entrada. Se acercó a investigar, se agachó y descubrió una «R» mayúscula de plástico

negro tirada en el piso, una de esas letras que se pegan con un imán en la nevera. La recogió con una sonrisa, se la metió en el bolsillo y miró a su alrededor.

Justo enfrente de él, en la pared lateral, borrosa por las dos paredes traslúcidas que los separaban, distinguió una silueta oscura que parecía estar esperándolo. Se acercó y puso las dos manos en el tejido que ahora pulsaba con una vibración oscura.

—¡Honor a tu clan, conclánida! —oyó con tanta claridad como si el otro estuviera directamente frente a él, sin nada que los separara. No podía verle el rostro a su interlocutor ni distinguir detalles de su figura. Era como hablar con una sombra.

—Honor a tu clan, que es el mío, si eres quien yo creo —respondió Luna.

De modo misterioso tuvo la seguridad de que el otro sonreía.

—Lo soy, muchacho. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Seguimos sin vernos, por si no te has dado cuenta.

—Tiene que ser así por el momento. Nadie sabe que estoy en la isla y nadie debe saberlo todavía.

—¿Y yo?

—Tú eres diferente. Además, tengo una misión para ti. Como en los viejos tiempos.

—¿Qué has estado haciendo durante estos siglos? Todos creíamos que habías muerto.

—Mala hierba nunca muere. —Tenía la misma voz cultivada, dulce, grave que él recordaba, una voz que hacía que cualquier cosa que dijera sonara trascendental—. He estado preparando todo esto, Juan, todo lo que está a punto de suceder. Ha sido un trabajo de siglos.

—Hace mucho que nadie me llama así.

—¿Cómo debo llamarte?

—Desde que te fuiste he cambiado varias veces, pero los conclánidas insisten en llamarme Luna. Ahora soy Iker Mendivil, aunque tú puedes seguir llamándome Juan, o Luna, o Iker, como prefieras. Me hace recordar tiempos felices, maestro. Si eres mi maestro...

—¿Aún lo dudas?

—Tú me enseñaste a dudar.

—De acuerdo. Pregúntame lo que quieras, pero no pronuncies mi nombre, mosquito. Llámame R, sin más.

Luna sonrió para sí. Solo él lo había llamado mosquito en los primeros años, cuando vivían los dos solos, con una cohorte de familiares, en un castillo helado en mitad de Centroeuropa, antes incluso de que Eringard se instalara en sus vidas.

—¿Cómo está la libélula? —preguntó Luna en rumano.

—Tan bella como siempre. —La respuesta llegó en la misma lengua y después cambió al turco, el idioma que hablaron también entre sí durante los años que pasaron en Estambul—. Pronto la verás. Te ha echado mucho de menos, desde que nos vimos por última vez en Turquía. ¿Recuerdas aquella cena en casa, en el mirador sobre el

Bósforo, solos los tres, como una auténtica familia *haito*? —Rio suavemente—. Fueron hermosos tiempos, muchacho.

—Luego desaparecisteis.

—Sabías que era una despedida. Tú a Francia, nosotros a Roma. Aunque luego aún nos volvimos a ver durante un tiempo, en la corte de Francisco I, en Chambord, cuando ya eras don Juan de Luna.

—¿Qué me regalaste en Estambul, el día antes que nos separáramos?

—El discreto tatuaje que supongo que sigues llevando al final de la espalda: una versión simplificada de la Trama y dos letras, mi inicial y la tuya, una «R» y una «M». Entonces, aquella noche en Estambul, aún te llamabas Mihail.

Luna cerró los ojos e hizo una inspiración profunda. Casi podía sentir las perlas de agua resbalando sobre la copa dorada de vino enfriado con las últimas nieves guardadas en el pozo, la extensión azul del Bósforo frente a ellos volviéndose violeta primero y luego negra, el olor de las especias y del fuego que ardía en los pebeteros de la terraza, la sensación desgarradora y embriagadora a la vez de haber llegado al fin de una etapa, la primera de su vida, la de su aprendizaje antes de verse lanzado al mundo en solitario. Él había tenido la suerte de haber sido educado por aquel conclánida extraordinario y por su no menos extraordinaria compañera, a diferencia de la mayor parte de niños *karah*, que solían crecer en el seno del clan sin identificarse con dos personas, madre y padre, como hacía *haito*.

—¿Convencido?

—A vuestro servicio, maestro. —Luna hizo una reverencia.

—Espero que cuando termine todo esto volvamos a tener ocasión de abrazarnos y hablar de los viejos tiempos, mosquito. Pero ahora no hay más remedio que continuar. Primero unas preguntas. ¿Qué va aportar el clan negro? ¿Qué han conseguido reunir nuestros conclánidas desde que Imre es el *mahawk*? ¿Es correcta mi suposición de que estamos con las manos vacías?

—Eso me ha parecido comprender, efectivamente. Esta misma mañana Imre nos ha reunido y nos ha comunicado que tenemos un diario escrito por un conclánida en el siglo XVIII y unos cuantos papeles relativos al Tarot Visconti-Sforza y reunidos por uno de nuestros familiares en Milán en el siglo XVI que quizá se refieran a algo que llaman «arcontes» y que ninguno de nosotros sabe qué pueden ser.

—¿Eso es todo?

—Al parecer sí. Nos contó que después de varios siglos de buscar información sobre la apertura de las puertas, cuando entre él y una clánida blanca, Alma von Blumenthal, habían conseguido reunir una buena cantidad de documentos, todo desapareció durante la primera guerra mundial cuando Silber Harrid los robó y estuvo a punto de matar a Alma. Tú la conocerás aún como Mariana de Miraflores, probablemente.

—Sé incluso quién es en la actualidad. O quién ha sido —se corrigió—. Estamos hablando de Bianca Bloom, Wassermann de casada. La madre del nexo.

Luna soltó un silbido.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Mariana, después de un tiempo en Francia en el siglo XVIII cuando se relacionó mucho con el clan rojo, pasó a Austria, tomó el nombre de Alma von Blumenthal, se unió a Imre, que entonces se llamaba Ivan Nikolaievich Iliakof, y juntos reunieron una gran cantidad de información que ahora nos vendría perfectamente. El *mahawk* blanco consiguió robarla, estuvo a punto de matar a Imre y dejó a Alma por muerta. Por fortuna su familiar de confianza consiguió salvarla. Luego, cuando logró recuperarse, y después de un par de vidas que no hacen al caso, cambió su nombre a Bianca y tuvo a Aliena.

»Imre os ha dicho la verdad. Desde entonces, desde 1914, ha intentado averiguar dónde está escondida toda esa información y al parecer había conseguido descubrirlo y estaba desarrollando un plan para hacerse con ella cuando todo se precipitó y ahora nos encontramos casi con las manos vacías.

—¿Casi?

A Luna volvió a parecerle que podía ver la sonrisa de su maestro.

—Nosotros tenemos algo fundamental para abrir esa puerta, Juan, pero no está aquí. Hay que ir a buscarlo.

—¿Qué es?

—Un mapa.

—¿Un mapa? ¿De qué?

—De algo sin lo cual todo el resto de la información que puedan tener los clanes no sirve de nada. Nadie conoce su existencia. Confía en mí, Juan. Sabrás más cuando debas saber.

—¿Qué quieres que haga?

—Tienes que ir a Europa y conseguir ese mapa. Si aceptas, te daré los detalles.

—¿Tú eres partidario de que *karah* intente abrir la puerta entre los mundos, R? — preguntó Luna en un tono que intentaba no sonar escandalizado.

—Llevo siglos trabajando para que suceda, ya te lo he dicho.

—¿Por qué?

Le pareció oír un suspiro desde el otro lado, como si la suya fuera una pregunta que se hubiera planteado y respondido miles de veces.

—Porque hemos agotado nuestras posibilidades en esta realidad. El mundo nos pertenece, muchacho. Somos los más ricos, los más fuertes, los más poderosos... tanto que incluso podemos permitirnos vivir como eremitas si ese es nuestro deseo. *Karah* ha llegado al máximo y no le queda más que la involución. No nos quedan metas por conquistar, nos estamos extinguiendo como especie. Lo único que nos queda es la huida hacia delante, el último desafío de ver si somos realmente herederos de una especie superior y si seremos capaces de abrir esa puerta para que nuestros iguales vean que lo hemos conseguido y nos ofrezcan nuevos retos o un nuevo hogar digno de nosotros.

—O la destrucción final —dijo Luna, esperando que lo contradijera.

—O la destrucción final, efectivamente —confirmó el otro en voz firme, y añadió —, después de una lucha entre iguales. O incluso la victoria, ¿por qué no? —Hizo una pausa. Bajó la voz, que adquirió un tono más íntimo—. Antes eras un gran guerrero. El clan negro estaba orgulloso de ti. ¿Te has cansado de luchar, Juan? ¿Tienes suficiente con una casita en el campo, una hija *haito* y los recuerdos de tus días de gloria...? Y la lenta, larga espera de la muerte definitiva —añadió.

Luna sacudió la cabeza, molesto. Sonaba tan pobre. Todo lo que durante veinte años había sido lo más importante de su vida sabía a tan poco, de pronto, en boca de su antiguo mentor que sintió una punzada de vergüenza por haberse alejado de su clan, por haberse apartado de la lucha, de los ideales de su propia especie.

Hubo un largo silencio, como antes, como cuando él era aún adolescente y su maestro le ofrecía todo el tiempo del mundo para reflexionar, para tomar una decisión. La decisión correcta.

—Honraré a mi clan, *mahawk* —dijo por fin—. Pero mi hija debe quedar al margen.

—Te doy mi palabra.

Volvieron al silencio, mientras Luna trataba de apartar las dudas de su mente.

—Entonces, vamos a los detalles —urgió el maestro.

—¿Por qué te ocultas? —lo interrumpió Luna.

No hubo respuesta y Luna insistió.

—¿Llegaremos a vernos de nuevo? ¿Contestarás a mis preguntas?

—Te lo prometo, Juan. Ya no falta mucho. Tú tráeme ese mapa y todas las piezas caerán por fin en su lugar, después de cinco siglos de prepararlas. Acomódate. Voy a explicarte qué tienes que hacer.

Ambos se sentaron en el suelo, cada uno a un lado de la pared traslúcida y la hermosa voz procedió a explicar, en latín, todo lo que sería necesario hacer para proporcionar al clan negro el as que precisaba.



Haito. Azul. Atlantis. Ciudad submarina

Ritch llevaba ya diez minutos esperando donde le habían indicado cuando llegó su guía. Después de varios intentos y de la intervención de Emma, Él lo había autorizado por fin a visitar la ciudad submarina y había elegido a Nele, la más joven del clan azul, para que lo acompañara. Y para que lo vigilara, suponía Ritch, que estaba acostumbrado a la paranoia de todos los que de un modo u otro tienen la responsabilidad por una instalación de alta seguridad.

Por lo que había podido averiguar, aquel prodigio submarino había sido desde tiempos inmemoriales una especie de herencia del clan azul y siempre se las habían arreglado para mantener su existencia en secreto e incluso para no mostrársela ni siquiera a otros *karah*, de modo que el simple hecho de que lo dejaran echarle una mirada era un privilegio incalculable. Solo por eso había valido la pena dejarse alimentar y ligarse para siempre al clan blanco.

Nele saludó al estilo oriental, juntando las manos sobre el pecho e inclinando la cabeza. Llevaba un sarong azul, un collar corto de conchas, y su melena negrísima brillaba como el agua bajo el sol. A pesar de la sencillez de su atuendo y de que no iba maquillada, su presencia producía, como siempre en *karah*, una cierta sensación de irrealidad, como si fuera una imagen cinematográfica o un prototipo de ciborg.

—Soy Nele —dijo en inglés—. Me envía Él para mostrarte la ciudadela.

—Gracias. Y gracias también por hablarme en mi lengua. No sé muchas más; apenas un poco de español, para entenderme —sonrió—. Estoy deseando verla.

Entraron por una estrecha oquedad de roca y caminaron hacia abajo, en una oscuridad que se iba haciendo cada vez más intensa.

—¿Cómo es que no hay una entrada principal? —preguntó él—. ¿O sí la hay, pero preferís usar estos caminos?

—No. No la hay. No sabemos mucho de la ciudad, pero suponemos que no estaba pensada para ser representativa, con una entrada impresionante y cosas de ese tipo. Los clánidas que a lo largo de los siglos se han interesado por el tema escriben que la ciudad parece haber surgido como un lugar de supervivencia, en respuesta a una emergencia. Además, creemos que no ha sido construida.

—¿Qué quieres decir?

—Te irás dando cuenta. No está hecha con materiales conocidos. Es más bien orgánica, biológica.

—Sí, eso ya lo he notado. Pero ¿sabéis cómo nace, cómo crece? ¿Cambia?

—Se autorrepara, eso sí lo sabemos. Y a veces cambia en respuesta a alguna necesidad concreta, pero no sabemos contestar a lo que preguntas. No nace. Siempre estuvo aquí. O hace tanto que nació que nadie lo recuerda. Ven. Te enseñaré la burbuja.

A Ritch, como siempre, le dejó perplejo la falta de curiosidad que *karah* mostraba frente al mundo. ¿Cómo era posible tener un prodigio así en sus mismas narices y no preguntarse qué era, para qué servía, cómo funcionaba? A él le picaban las yemas de los dedos y le cosquilleaba el cerebro solo con la idea de que lo dejaran empezar a buscar respuestas para todas las preguntas que se le amontonaban dentro.

La oscuridad, que se había hecho casi completa, se rompió con el haz de luz de la linterna de Ritch.

—No —dijo Nele—. No es necesario, casi hemos llegado.

Él volvió a apagarla y la guardó en el bolsillo sin quitarle la mano de encima. Se sentía más seguro sabiendo que podía tener luz instantánea cuando la necesitara.

Poco a poco, el túnel de roca se fue llenando de una luminosidad violácea que iba aumentando de intensidad hasta que, al volver un recodo, la luz que procedía de la desembocadura del túnel, un arco estrecho, casi los cegó.

Cruzaron el umbral, Nele se hizo a un lado para no quitarle la vista y Ritch estuvo a punto de caer de rodillas.

Frente a él se extendía algo que parecía una playa inmensa de arena blanca, o un desierto plano, que terminaba en un horizonte abajo violeta y luego, conforme su vista iba subiendo, azul, turquesa, verde, amarillo, naranja, fucsia y rojo sangre. A su derecha, unos altísimos farallones de roca gris se alzaban casi verticales hacia el falso cielo de colores. A su izquierda, un lago, tan quieto que parecía pintado, reflejaba la luz como un espejo mágico. Era como haber entrado en un pisapapeles de cristal, aunque la sensación que producía no era la de estar encerrado en una quesera sino una versión en miniatura de la que se tiene estando en alta mar, o en medio de una inmensa pradera, cuando uno adquiere conciencia de estar sobre una superficie cubierta por una semiesfera.

—¿Estamos debajo del mar? —preguntó Ritch en un susurro, sin darse cuenta de que había bajado la voz.

—Sí. El mar está ahí, detrás de esas paredes de luz.

—¿De qué están hechas? ¿Cómo contienen el mar?

Nele se encogió de hombros.

—¿Puedo tocarlas?

—Sí, claro.

A Ritch no le parecía tan claro en absoluto, pero supuso que el clan azul tendría

experiencia de siglos al menos en lo que se podía hacer sin peligro y lo que no, así que avanzó casi corriendo hasta la pared más cercana, a su derecha, la que lindaba con las rocas por las que acababan de entrar, y apoyó la palma de la mano en la superficie de color que su cerebro se empeñaba en considerar inexistente, mientras recuerdos de películas de ciencia ficción pasaban por su mente.

La pared era sólida, flexible, y solo producía un leve cosquilleo en su piel, como si tuviera una carga eléctrica muy débil. ¿Un campo electromagnético de contención?

—Esto es fascinante —comentó entre dientes.

—Espera, te voy a enseñar algo que te gustará —dijo Nele sonriendo. Se dirigió a un punto de la arena que a Ritch le pareció totalmente arbitrario, batió palmas y gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «¡¡¡Unguan!!!».

Unos segundos después, sin que hubiera sucedido nada que Ritch hubiese podido apreciar, le hizo señas con la mano para que se reuniera con él.

—Quédate muy cerca de mí y no te muevas. Puedes abrazarme, si quieres.

Ritch la miró como si se hubiera vuelto loca. Era una chica guapísima, sí, y podía imaginarse peores cuerpos femeninos que abrazar; la idea de que esa preciosidad de pechos se aplastara contra el suyo no le parecía nada mal, pero no acababa de comprender qué rayos le estaba proponiendo.

—¿Abrazarte? —Se mordió los labios antes de preguntar «para qué». Esa sí que sería una pregunta estúpida si lo que ella le estaba proponiendo tenía algún tipo de componente erótico, cosa que no acababa de creer pero que tampoco se podía descartar.

—Para mantener el equilibrio, al principio.

—Bueno. Como tú veas. —Se acercó a Nele y la rodeó con sus brazos, como si fuera a besarla.

—No. Así no. Mejor te pones detrás de mí.

Le pasó los brazos por el talle, cuidando de no tocarla en lugares demasiado íntimos y esperó.

Aquello estaba empezando a resultar realmente raro. Ellos dos solos, en mitad de una extensión de arena, abrazados en plan película de Hollywood, mirando en la misma dirección a ¿qué? A lo mismo que minutos antes, porque no había nada distinto que ver.

Justo cuando acababa de formular ese pensamiento se sintió arrebatado, disparado hacia arriba por una fuerza como la de un tornado, o como la que él se imaginaba que debía de tener un tornado, con el viento soplando en sus oídos y un miedo de caer al vacío que lo hizo agarrarse al cuerpo de Nele con auténtica desesperación.

El suelo quedaba cada vez más lejos y Ritch, dentro del terror que sentía, tuvo tiempo de apreciar la burbuja desde arriba en los pocos segundos que duró el vuelo, hasta que el vehículo invisible que los sostenía los dejó a la altura de una repisa de la pared de roca que constituía el único muro «sólido» de aquel lugar.

Cuando sus pies volvieron a apoyarse en una superficie visible, Ritch, sin

avergonzarse lo más mínimo, se dejó caer de rodillas con un suspiro de felicidad. Nele lo miraba divertida.

—¿Quieres seguir o lo dejamos?

—Seguir, por supuesto —contestó sin pensarlo—. No me lo habría perdido por nada del mundo, pero necesito un momento, hasta que dejen de temblarme las rodillas.



Negro. Atlantis (Pacífico Sur)

Luna llegó sigilosamente a su cuarto cruzando los dedos para no encontrarse con ninguno de sus conclánidas antes de tiempo. Había algo que quería hacer antes de reunirse con ellos. Se metió en el armario ropero, sacó su tableta y escribió el nombre que su maestro acababa de darle: «Sankt Kyrill, Praga, República Checa, imágenes».

La pantalla se llenó de fotos variadas, de las cuales muy pocas tenían relación con lo que él estaba buscando. La mayor parte correspondía a la iglesia barroca llamada también Santos Kyrill y Methodius, pero cuatro de ellas mostraban lo que quería ver y confirmaban lo que ya sabía, lo que acababa de contarle R. La iglesia gótica, mucho más antigua, existía en efecto, estaba tapiada y probablemente había sido desconsagrada antes de ser cerrada a cal y canto en algún momento de la invasión rusa o del subsiguiente régimen comunista.

Todas sus puertas y todas las ventanas hasta una altura de más de quince metros habían sido cegadas con ladrillo a conciencia, sin dejar resquicio. Si el mapa que buscaban seguía allí, lo que resultaba evidente era que R tenía razón y no iba a poder entrar más que por arriba, por las aberturas del campanario, que seguían despejadas.

R aún no se lo había dicho todo, no por desconfianza sino porque era mejor que ignorara los detalles hasta el último momento. Era una de esas precauciones elementales que había aprendido desde su primera infancia.

—¿Estás seguro de que sigue allí? Un mapa es frágil. —Le había preguntado al enterarse de que había sido el mismo R quien, en el siglo XI había encargado y ocultado el mapa en el lugar donde se hallaba aún.

—Este no. Y sé que sigue allí. Estuve delante de esa iglesia hace menos de un año. El único problema es que no se puede entrar. Ya te he dicho que está clausurada. Solo se puede intentar trepando por la fachada. Tendrás que buscar a alguien que lo haga. Un par de especialistas en *buildering* serían perfectos. Luego habría que eliminarlos, claro está. Pronto te daré instrucciones precisas. Localizarás el mapa y volverás aquí lo más rápido posible. Ese será el as del clan negro. Por mucha información que los demás consigan reunir, sin ese mapa no se puede hacer nada.

Luna guardó silencio, asimilando la información que acababa de recibir. Medio

minuto después, al levantar la cabeza, su antiguo maestro había desaparecido.

Mientras volvía, pensó que el capricho de Lena de tener a los *yamakasi* en la isla había sido un regalo del cielo. No le iba a hacer falta contactar con ningún especialista en *buildering*. Gigi no se negaría a hacerle un favor y, en el peor de los casos, sabía seguro cuál sería el precio que pediría. Podía hacerle creer que estaba dispuesto a pagarlo. Quizá también fuera necesario llevar a Anaís; era muy arriesgado jugarlo todo a una carta. Si Gigi se accidentaba, era importante tener a alguien más. A Maël lo dejaría en Atlantis, como garantía, para tener un as en la manga con el que presionarlos si querían huir o se negaban a regresar.

Suponiendo que él decidiera dejarlos volver, pensó con una sonrisa.

Suponiendo que, a pesar de la prohibición de Lena de hacer daño a sus amigos, no siguiera el consejo de R y los eliminara en cuanto le hubieran conseguido el mapa.



Blanco. Rojo. Ciudad submarina. Atlantis

Después de que Él hubiese dado su permiso, Arúa acompañó a Eleonora a visitar a Lasha por un laberinto de pasillos estrechos que se curvaban grácilmente como tallos alrededor de un tronco central.

—Este sitio es enloquecedor —comentó Eleonora al cabo de un par de minutos—. No sé cómo no os perdéis en él.

Arúa sonrió.

—Pues claro que nos perdemos. ¿Cómo crees que hemos ido descubriendo la mayor parte de lo que hay aquí? Un conclánida entra en la ciudadela, se pierde, los demás salen en su busca y, en el proceso, encuentran una enormidad de sorpresas. Ni siquiera tenemos cartografiado todo lo que hay. Como es tan difícil descubrir para qué sirve lo que encontramos...

—¿Quién crees tú que construyó todo esto?

Arúa se encogió de hombros.

—Suponemos que *karah*, hace un par de miles de años. Seguramente hubo una catástrofe natural, una explosión volcánica quizá que desencadenó seísmos, tsunamis... algo que destruyó los lugares donde vivían, y tuvieron que refugiarse debajo del mar, en esta ciudad que crece sola, que está viva de algún modo; por eso nos reconoce. Si tienes sangre *karah*, la ciudad sabe que eres de los suyos y que tienes derecho a estar aquí y buscar refugio. —Se detuvo frente a un punto igual de liso y vacío que el resto de la pared del corredor—. Ya hemos llegado. ¿Quieres que te espere, para volver?

—No, gracias, no es necesario —contestó Eleonora en un impulso, aunque le daba miedo la idea de intentar la vuelta en solitario y perderse por aquel laberinto de pasillos vivos, pero no quería que nadie pudiera decir que una clánida roja necesitaba ayuda para salir de un lugar que, como *karah*, le pertenecía.

—Sigue la luz amarilla y encontrarás la salida con facilidad —contestó Arúa, que estaba a punto ya de poner las palmas de las manos sobre la superficie de la pared cuando Eleonora preguntó:

– Y ¿cómo salgo después?

—Pones las manos en la pared. La ciudad te abrirá.

—Y Lasha se agarrará a mí y saldremos los dos juntos.

—No. La ciudad sabe que debe ser retenido donde está. Créeme —insistió, al ver la cara de incredulidad de la clánida roja—. Él, quiero decir Joelle, sabe hacer esas cosas.

Al contacto con las manos de Arúa, la pared se retiró a ambos lados dejando libre la vista a un espacio redondeado y suave donde Lasha se acababa de poner de pie. Parecía que el *mahawk* estaba dentro de un balón o de un globo traslúcido.

Nada más entrar Eleonora, la pared volvió a cerrarse.

—Nunca creí que llegara a alegrarme tanto de ver a alguien vestido de rojo —dijo el *mahawk* blanco—. ¿Has venido a sacarme de aquí?

—Quizá, conclánida.

—Te ofrecería un asiento, pero no sé cómo se hace. Podemos pasear, si lo prefieres.

—¿Pasear? —Eleonora lanzó la mirada alrededor. Aquella esfera hueca tenía apenas el tamaño de un ascensor industrial, no parecía que pudieran darse más de tres pasos en ninguna dirección.

—Ven, te lo mostraré. Resulta, cuando menos, curioso. —Lasha le ofreció el brazo en un gesto tan natural que Eleonora lo aceptó, igual que lo habría hecho en el siglo XIX y así, juntos, echaron a andar a paso cómodo hacia una de las paredes que se limitó a alejarse frente a ellos, como si en lugar de una pared se tratase del horizonte—. ¿Lo ves? Es como si camináramos dentro de una pelota que rodara sobre el suelo.

—Curioso —concedió ella.

—Dime, conclánida, ¿qué quieres de mí? ¿A qué has venido?

—Dice el Shane que tu tiempo se acaba.

El ritmo de los pasos de Lasha perdió una décima de segundo antes de contestar.

—Así es.

—¿Cómo lo notas? Si me permites la pregunta... —Eleonora sabía que no debía perder tiempo, pero era algo que le interesaba personalmente y que nunca se hubiera atrevido a plantear delante de otros.

Lasha soltó una risa sin humor.

—Mi cerebro está empezando a fallar. Ya no pienso bien. Tomo decisiones erróneas, me equivoco, fracaso. Pienso como *haito*; me dejo llevar por impulsos momentáneos y luego no sé por qué he tomado esa decisión y no otra. No es agradable, conclánida, créeme. Tomar conciencia de la propia degeneración es algo profundamente doloroso y que, al menos en mi caso, estimula la furia. Siempre creí que tendría la elegancia de extinguirme con dignidad. Me equivoqué.

Eleonora guardó silencio con la esperanza de que el *mahawk* siguiera hablando, pero no lo hizo.

—¿No te convendría, entonces —preguntó por fin la clánida roja, viendo que Lasha no pensaba añadir nada más— intentar ese contacto?

—¿Tú también crees que los «nuestros», sean quienes sean, nos van a recibir con los brazos abiertos y nos van a prolongar la vida? No puedes ser tan estúpida, aun siendo del clan rojo. —Eleonora aguantó el insulto porque le interesaba lo que Lasha tenía que decir—. ¿Tú lo harías?

—Yo haría, ¿qué?

—Imagínate que ahora, de repente, se abre un agujero ahí mismo y viene gente de... donde sea, de otra realidad, te dice que es *karah*, como tú, que la realidad de la que vienen está muy mal, porque ellos mismos la han destruido, que se les está acabando el tiempo de vida y que quieren venir aquí a quedarse con nosotros. Y, además, que cuentan con que nosotros los ayudemos y les prolonguemos la existencia. —Soltó una carcajada—. ¡Figúrate, nosotros, los cuatro clanes, haciendo de hermanitas de la Caridad!

Ella apretó los labios. No le gustaba confesárselo, pero Lasha tenía toda la razón.

—Nos los comeríamos crudos, estimada conclánida, en cuanto nos diéramos cuenta de que eran más débiles. O cruzaríamos a su realidad, a ver si había algo que nos interesara de allí. Somos depredadores. Siempre lo hemos sido. Aparte de que somos unos ignorantes. Ni nosotros sabríamos prolongar la vida de ellos, ni ellos, con toda probabilidad, la nuestra. ¿Por qué van a ser superiores a nosotros? A lo largo de los siglos nos hemos contagiado de ese afán *haito* de creer que hay algo por encima de lo visible, algo superior, todopoderoso, magnánimo. —Hizo una pausa, le soltó el brazo a la mujer y siguió caminando, hablando casi para sí mismo—. Llevo cientos de años creando religiones y sectas, estableciendo creencias... porque sé que funcionan, porque sé que *haito* es manipulable a través de su necesidad de no encontrarse solo en el universo, a través de su sed de justicia divina. Pero precisamente porque he creado y destruido varias sectas sé que son construcciones, ficciones, mentiras, apreciada Eleonora. Las cosmogonías siempre, solo, son proyecciones de nosotros mismos. Igual que a *haito* le gusta creer en un padre protector que premia y castiga, a nosotros nos fascina la idea de que tenemos poderosos conclánidas un poco más allá, hermanos nuestros en otra realidad, a tiro de piedra como si dijéramos; conclánidas que están deseando que nos pongamos en contacto con ellos para ayudarnos y hacernos aún más longevos, bellos y resistentes. ¿No te das cuenta de que es una estupidez, de que es puro terror a la extinción?

Se cruzaron sus miradas y ella bajó la vista. Se pasó las dos manos por la esponjosa melena que le caía sobre los hombros como una cascada de fuego y sacudió la cabeza.

— Pero ¿qué nos cuesta probar, *mahawk*? ¿Qué vamos a perder?

Lasha no necesitó pensarlo. Lo había pensado ya muchas veces a lo largo de su vida.

—Posiblemente todo lo que tenemos. Nuestro mundo, nuestra forma de vida, nuestra independencia, nuestra existencia, quizá.

—Escúchame, Lasha...

—No —la interrumpió—, escúchame tú a mí. Si de verdad son superiores a nosotros, y son *karah*, nos tratarán como nosotros tratamos a *haito*. O peor. Seguramente mucho peor. ¿Para qué nos van a necesitar? Si nosotros, que somos apenas un puñado y llevamos siglos juntos, no nos soportamos, ¿por qué ellos van a ser diferentes?

—Pero... pero si ellos nos enviaron aquí...

—Eso es un mito. Aunque, de acuerdo, aceptémoslo como hipótesis de trabajo: ellos nos pusieron aquí. ¿Para qué? ¿Para librarse de nosotros porque éramos escoria? —Lasha cortó con un ademán brusco el gesto ofendido de Eleonora—. No sería nada raro. Es lo que *haito* ha hecho con sus congéneres varias veces en la historia, acuérdate de cómo fue poblada Australia.

»¿Para que cumpliéramos una misión? ¿Cuál? ¿Tú tienes la sensación de que hemos cumplido alguna misión, la que sea? No hemos hecho más que enriquecernos a costa de explotar a *haito* y esquilmar el planeta siglo tras siglo. No hemos creado ni construido nada. No hemos tenido artistas en los clanes, ni poetas, ni filántropos, ni siquiera auténticos científicos que hayan conseguido respuestas a cuestiones fundamentales. Hemos sido destructores, guerreros, señores de horca y cuchillo, príncipes de la iglesia, de las iglesias..., industriales, empresarios, banqueros, amos de políticos corruptos, traficantes de armas, manipuladores en beneficio propio... ¿Tú crees que si alguien nos envió, nos envió para eso? ¿Vamos a rendir cuentas de lo que hemos hecho en este mundo? —Sacudió la cabeza en una lenta negativa—. No, conclánida. Yo no.

»No he sido capaz de destruir al nexo y lo lamento. Pero al menos toda la información que conseguí reunir se ha perdido, por cortesía de vuestro *mahawk*, y jamás podréis intentar ese contacto.

Lasha no tenía la total seguridad de que la destrucción de la isla de la *Lux Aeterna* hubiera sido cosa del Shane directamente, pero decidió ver cómo reaccionaba Eleonora a la acusación de que el *mahawk* rojo era el culpable de que toda la información que ahora necesitarían los clanes se hubiera perdido.

Eleonora sonrió. Estaban frente a frente, mirándose a los ojos, aunque ella era mucho más pequeña que él.

—Lo intentaremos contigo o sin ti, *mahawk*. Tú eliges.

—Te estoy diciendo que no es posible.

—¿Crees que el Shane destruiría tu isla sin sacar primero los documentos? —preguntó la mujer con una sonrisa de cristales rotos.

Lasha agarró el cuello de Eleonora con ambas manos y con la fuerza de su furia la levantó del suelo. Los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente y empezó a patallar en un intento de liberarse, pero él tenía la potencia desatada de Silber Harrid, el gran guerrero vikingo. Toda resistencia era inútil.

Unos minutos después, cuando ya había cesado la lucha de la clánida, el *mahawk* dejó caer el cuerpo sin vida y se sentó en el suelo, a su lado.

No había querido matarla realmente; en principio le daba igual que siguiera con vida, pero el impulso destructor había sido imposible de resistir. A quien habría querido matar era al Shane, pero había sido Eleonora la que más a mano estaba.

Echó una mirada fría a su bello cadáver. *Karah* tenía una gran capacidad de regeneración; cabía la posibilidad de que, al cabo de un tiempo, los tejidos dañados se recuperaran por sí mismos, pero en la base no importaba. Si se empeñaban en abrir el contacto, todos morirían pronto de todos modos.

Se puso en pie y echó a andar, alejándose del cadáver de la conclánida roja; las paredes curvas lo acompañaron hasta que, unos metros más allá, pasaron sobre el cuerpo de la mujer dejándolo de nuevo solo en el interior de su esfera, haciendo planes para el poco futuro que le quedaba.

Eleonora, desmadejada sobre el suelo vivo de la ciudadela, pareció temblar por un momento, como si estuviera a punto de despertarse. Luego, lentamente, su cuerpo empezó a ser absorbido por la ciudad hasta que se fundió con ella y no quedó nada de la que había sido una clánida roja.



Negro. Nexo. Haito. Atlantis

Alix estaba sola, tomando café en la cubierta del yate del clan negro. Llevaba horas dándole vueltas a la escena de la noche anterior, cuando Nils le había dicho con claridad y sin malgastar una frase de más que nunca cumpliría su palabra, que podía olvidarlo para siempre.

Por un momento había temido que ese rechazo se debiera a que se interesaba por Jeanette, la conclánida recién recuperada a quien odiaba ya profundamente porque, después de tantos años de creer que ella misma era la única mujer del clan negro, ahora no había tenido más remedio que aceptar que existían más posibilidades de procreación de las que ella creía.

Pero no era eso; era mucho peor. Se trataba de una sensación que, aunque no estaba apoyada por nada objetivo, se le había clavado en el alma. Estaba casi segura de que Nils sentía algo por Lena. Algo que jamás sentiría por ella misma. No lo había dicho, ni siquiera lo había insinuado, pero flotaba en el ambiente como un hedor de putrefacción, y la humillaba profundamente.

Ahora todos sus planes habían vuelto a fracasar. Nils no era opción, a menos que pudiera extorsionarlo de algún modo. Luna jamás se dejaría convencer; ya lo había intentado dos siglos atrás hasta que él había preferido desaparecer. No quedaba más que Imre, pero eso era tan imposible como alcanzar las estrellas.

Pasaban los siglos y ella no conseguía tener ese hijo que deseaba por encima de todo. No le quedaba ya más remedio que empezar a plantearse la posibilidad de buscar una pareja fuera de su clan, por repugnante que lo encontrara.

Estaba perdida en una maraña de confusos planes cuando unas risas juveniles la sacaron de sus reflexiones.

Se levantó furiosa y se inclinó sobre la borda para ver quién se había atrevido a acercarse tanto a su yate.

Un chico y una chica que obviamente habían llegado nadando desde la playa estaban besándose apasionadamente agarrados al cabo del ancla.

Se quedó mirándolos fijamente durante un minuto, sintiendo una náusea primero imprecisa y luego cada vez más intensa ganarle la garganta. Siempre había

encontrado asqueroso ese comportamiento sexual aunque, a lo largo de su vida, había tenido que practicarlo en muchas ocasiones para pasar por humana o para conseguir lo que deseaba.

Estaba ya a punto de gritarles que se largaran de allí inmediatamente cuando la muchacha del agua levantó la vista y Alix la reconoció: era Lena. Y el chico era Daniel Solstein. ¡Buena pareja! El nexo de los cuatro clanes besándose con aquel patético *haito* a quien creía que amaba, como si una clánida de pura sangre pudiera ser capaz de amar a *haito*, por mucha educación humana que hubiera tenido en sus primeros años. Aquel comportamiento resultaba perverso, aunque le consolaba la idea de que mientras Lena estuviera encaprichada de Daniel, Nils tendría que sufrir.

—¡Honor a tu clan! —dijo Aliena desde el agua sonriendo ampliamente.

—¿No te da vergüenza comportarte como una miserable *haito*, siendo quien eres? —la respuesta de Alix fue automática, sin ningún tipo de reflexión.

La sonrisa se borró de la cara del nexo como si alguien le hubiera pasado un trapo por encima. El chico, que seguramente había notado el cambio en la tensión de su cuerpo, la abrazó con más fuerza y le dijo algo al oído. En ese momento se les unió otro joven que también había venido nadando; un muchacho de rastas que se agarró junto a ellos del cabo del ancla para recuperar el resuello y se quedó mirando hacia arriba, igual que los otros dos.

—El amor no tiene por qué dar vergüenza —contestó Lena, casi escupiendo las palabras. Aquella clánida le revolvía el estómago. No había podido evitar ver su imagen en la mente de Dani y sentir la atracción que él había sentido por ella en el hotel de Shanghái. Incluso en ese momento, con el rostro casi desfigurado por las extrañas emociones que sentía, Alix estaba tan esplendorosa que no parecía real.

—¡Amor! —dijo la clánida negra con todo el desprecio del que era capaz—. Esa falsa emoción con la que *haito* justifica las mayores estupideces cometidas por la especie. ¿Nadie te ha enseñado que *karah* no puede sentir amor?

—¡Esto es ridículo! —dijo Lena, soltándose del cabo y de Dani para regresar a la playa—. ¡Vámonos de aquí!

—¡No te atrevas a darme la espalda! ¡No he terminado de hablar contigo! —Alix echaba fuego por los ojos.

—Yo sí —gritó Lena mientras se alejaba del yate con poderosas brazadas.

Entonces, de repente, algo hizo clic en su cabeza y se giró de nuevo hacia el yate. Alix continuaba en la cubierta siguiéndola con la vista, odiándola; su odio era casi visible, como un rayo de niebla negra intentando clavarse en ella.

Sin saber exactamente cómo lo estaba haciendo, Lena se acercó a su mente, pero esta vez no aparecieron imágenes como había sucedido con el repugnante pedófilo del avión. Esta vez era una amalgama de colores violentos que espumeaban, entrechocando, salpicando con furia en una especie de remolino, un *Maëlstrom* personal, un sumidero de emociones.

A la vez que sentía hervir la mente de Alix, podía también notar la corriente

estable y segura que venía de Daniel, una superficie verde azulada, casi turquesa, tibia, tranquila; y la procedente de Maël, como un torrente de montaña, un fluido transparente, rápido, espumoso, terriblemente inquieto.

No le llevó más de un segundo decidirse. Siguiendo su primer impulso, ató el flujo de emociones que venía de Alix al torrente que surgía de Maël; buscó en su propio interior el color que tenía su amor por Daniel, ese verde fresco como de brotes de primavera, buceó buscando el de Nils, índigo profundo, color de noche, y dejó caer unas gotas entre la clánida y el muchacho francés.

Luego abrió los ojos de nuevo, a la tarde dorada de sol, y siguió nadando junto con Dani hacia la playa.



Haito. Negro. Atlantis

Maël sacudió la cabeza como si un insecto hubiera volado muy cerca de sus ojos y se pasó la mano por las orejas que, de repente, habían empezado a zumbarle. Aunque se había dado cuenta de que no era el mejor momento, había decidido acercarse al yate al ver a Lena nadando con su novio para ver si tenía la oportunidad de preguntarle qué iba a pasar con él, con Anaís y Gigi, pero no había podido ser; Lena y Dani se acababan de marchar después de discutir con la dueña del yate y él, sin saber bien por qué, continuaba allí.

Levantó la vista de nuevo hacia la mujer, que seguía inclinada mirando hacia abajo, y sus ojos se encontraron.

El mundo pareció detenerse en ese instante.

Se quedaron mirándose durante un par de minutos, sin hablar, sin moverse, sin poder arrancar la mirada del otro, hasta que ella dijo:

—No te muevas de ahí. Espérame.

Unos momentos más tarde, apareció de nuevo su rostro en la cubierta inferior, la más cercana al agua, y se repitió el juego de miradas, de silencios. Era la mujer más hermosa que Maël había visto en toda su vida. Incluso así como estaba, a contraluz, se apreciaba su piel de porcelana, su pelo abundante, liso, como una cascada de oscuridad, sus manos finas agarradas a la baranda. Y no solo eso, había una vibración, una especie de temblor del aire a su alrededor, como si estuviera rodeada de un aura reluciente. No podía dejar de mirarla. No sabía quién era pero sabía que haría cualquier cosa que ella le pidiera.

Entonces el rostro de la mujer se frunció en una mueca de rabia y su voz le ordenó en inglés:

—¡Vete! ¡Vete de aquí!

La sorpresa fue tan grande que Maël se soltó del cabo al que había estado agarrado porque aquella voz furiosa le había hecho el mismo efecto que un látigo estrellándose contra sus hombros. No quería irse, pero ella se lo acababa de ordenar.

—¡Espera! —gritó la mujer, cuando él ya había dado un par de brazadas alejándose del barco—. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿A qué clan perteneces?

—Me llamo Maël —dijo desde el agua—. No soy de ningún clan.

La maravillosa mujer frunció el ceño.

—¿Eres familiar azul?

Él sacudió la cabeza.

—¿Eres *haito*? ¿Humano? —Había auténtico horror en la voz de ella.

Movió la cabeza en una afirmación.

Ella unió las manos, palma contra palma y se las llevó a los labios, como sellándolos con el filo.

Maël volvió a mirarla pero ella parecía haberse convertido en piedra, de modo que, sintiendo un dolor en su interior tan intenso que a él mismo le sorprendió, se arrancó de aquel lugar, se dio la vuelta y empezó a nadar hacia la costa, alejándose del yate lo más rápido que podía.

Alix se quedó en cubierta, siguiéndolo con la vista hasta que lo vio salir a la playa y, aunque solo desde la distancia, pudo ver su cuerpo dorado por el sol, las rastas rubias que le llegaban a los hombros, anchos y fuertes, las caderas estrechas de nadador. Parecía un joven dios pagano. No parecía *haito*.

Pero lo era.

Nunca, nunca en todos sus siglos de vida había deseado a alguien como en ese momento.

Era vergonzoso, perverso, antinatural.

¿Qué le estaba pasando?

¿Qué les estaba pasando a todos?

Nils enamorado como un imbécil, como un miserable *haito*. Luna huyendo de ella, como había hecho los últimos dos siglos, con una hija *haito*, encantado de ser un padre normal. Jeanette haciendo de abuela y exigiendo que se tratara a sus nietos mediasangre como conclánidas de pleno derecho. Imre perdido en un mundo solo suyo al que nadie tenía acceso y en el que ya no entraban en consideración cuestiones básicas como la supervivencia del clan.

Y ella ahora...

¿Ella, qué?

Nada.

Ese mequetrefe, ese alfeñique era *haito*, un vulgar y miserable *haito*. No podía ser. No debía ser.

Sacudió la melena como un león, se arrancó la ropa como si se arrancara la piel y se lanzó al mar de cabeza, con la esperanza de que el agua le refrescara las ideas y apagara la hoguera que acababa de prenderse en su interior.



Haito. Atlantis

Cuando Maël llegó al *bungalow* que compartía con los otros *traceurs*, encontró a Gigi y a Anaís discutiendo acaloradamente. Nada más aparecer en la puerta, los dos se volvieron hacia él como si de su opinión dependiera la solución del conflicto, pero como hablaban a la vez y él estaba totalmente perdido en su recuerdo de la mujer del yate, tardó unos segundos en comprender lo que trataban de decirle.

—¡Es nuestra ocasión de salir de aquí! —decía Gigi, acalorado—. Esta tía es imbécil y no se da cuenta. ¡Díselo tú, Maël!

—¡Tú solo quieres aceptar porque te lo ha pedido Iker y eres tan memo que piensas que si haces lo que él quiere, podrás meterte en su cama! —Anaís se enfrentaba a Gigi, sin hacerle demasiado caso a Maël que, obviamente, no se enteraba de nada—. ¿No te das cuenta de que es un manipulador, un egocéntrico total, como toda esa caterva de cretinos supermillonarios que se creen superiores a nosotros?

—¡Iker no es un cretino supermillonario! Es... ¡Joder, Anaís!, nos lo acaba de explicar con toda la sencillez y la sinceridad del mundo: pertenece a otra especie, a una especie superior a la nuestra. ¡No es culpa suya!

—¡Pues si pertenece a una especie superior, que se busque la vida para conseguir lo que quiere! ¡Tan superior como es y resulta que necesita a unos pobres monos como nosotros para trepar por una fachada y conseguirle lo que hay dentro! ¡Después de como nos han tratado y de que estamos prisioneros aquí, ahora quieren extorsionarnos para que les saquemos las castañas del fuego!

—¿Cómo nos han tratado, a ver? Estamos en una isla maravillosa, tenemos un *bungalow* gratis, nos dan de comer...

—Igualito que los animales del zoológico, ¿verdad, Maël?

Hubo un corto silencio que Maël usó para frotarse con una toalla mientras los miraba alternativamente.

—¿Y si me explicarais de qué va la cosa?

—Iker ha venido a pedirnos un favor —comenzó Gigi.

—Iker ha venido a obligarnos a hacer algo que él o ellos necesitan —cortó Anaís.

—No nos ha obligado.

—¿Ah, no? Ha dejado caer que si colaboramos, dentro de poco nos dejarán libres. Pero, por si acaso pensamos jugar sucio, para asegurarse nuestra buena voluntad, quiere que vayamos solo Gigi y yo —Anaís miraba a Maël con una enorme intensidad, tratando de que comprendiera lo que realmente significaba aquella «oferta» de Iker—. Tú te quedas aquí en la isla. De manera que, si uno de nosotros aprovecha el viaje a Europa para escapar o para avisar a la policía, tú podrías tener un desafortunado encuentro con un tiburón. Es así como lo ha dicho, ¿no, Gigi? ¿O no has entendido esa parte? Yo, naturalmente, lo he mandado a tocarse lo que tiene entre las piernas. O vamos todos, o no vamos.

—No os preocupéis por eso. Yo me quedo en la isla —dijo Maël. Cogió una camiseta de su mochila y se la puso con toda tranquilidad mientras sus dos amigos lo miraban estupefactos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gigi.

—Que me quedo. ¿Qué parte de «que me quedo» no has captado?

Anaís se plantó delante de él y le pasó la mano a centímetros de los ojos en un movimiento de vaivén.

—¿Estás ahí?

—No somos siameses, tíos. Vosotros os vais a donde mejor os parezca y yo me quedo. No hay más que hablar. A todo esto, ¿adónde vais?

—A Praga —contestó Gigi, aún pasmado, mientras Anaís seguía agitando la cabeza en una negativa sin palabras—. Iker necesita que trepemos por la fachada de una iglesia tapiada, que entremos por lo más alto de la torre, donde están las campanas, y que saquemos un plano que, al parecer, alguien escondió allí hace siglos.

—Suená bien.

—Si esto fuera una película —murmuró Anaís casi para sí misma—, ahora sería cuando los espectadores se dan cuenta de que el chico de las rastas ha sido sustituido por un alienígena con el mismo aspecto.

—Entonces —Gigi se apoyaba alternativamente en un pie y en otro—, ¿le digo a Iker que aceptamos?

Anaís los miró a los dos, muy seria.

—Si voy a Europa, no pienso volver. Haré lo que sea por escapar, ¿entendido? Si de verdad cada uno va a su bola, como parece, yo lo que quiero es regresar a mi vida de siempre.

—Me parece correcto —dijo Maël—. Al fin y al cabo es lo que han hecho los demás: Alec y Nico primero y luego Eric y Lily. Si ahora te vas tú, estás en tu derecho. Pero Gigi y yo, por lo que sea, queremos quedarnos con esta gente. No creo necesario darte más explicaciones, Anaís.

La muchacha abrió la boca para contradecirlo y volvió a cerrarla. No podía comprender el comportamiento de Maël. Gigi se había encaprichado de Iker y por eso hacía tantas estupideces, pero Maël siempre había sido un poco más sensato. Picajoso y algo inestable, eso sí, pero solía pensar con la cabeza más que con los pies. Y ahora

estaba pensando claramente con el culo.

—En ese caso... —comenzó Anaís, pero se quedaron sin saber qué iba a decir porque en el mismo momento sonaron los móviles de los tres *traceurs* anunciando un SMS.

Gigi fue el primero en leerlo.

—Es de los padres de Eric, preguntando por su hijo y por Lily. Al parecer no saben nada de ellos desde que estábamos en Koh Samui y no han llegado con el avión que debían ni han avisado de ningún retraso.

—Pues si han perdido el vuelo, les va a costar una pasta sacar otro billete —dijo Anaís.

—Lily no es de las que pierden un vuelo. —A Gigi se le había puesto cara de preocupación.

—¿Entonces?

Todos habían recibido el mensaje de los padres de Eric con la misma pregunta y ninguno de ellos tenía respuesta.

—Voy a ver si encuentro a Lena —dijo Anaís, bruscamente—. Aparte de que nos debe un par de explicaciones, quiero contarle lo de Iker y preguntarle si sabe algo de nuestros amigos. Ella también estaba en Koh Samui la noche antes de que se marcharan.

—La noche en que nos contó todo aquello que entonces parecía una película —dijo Gigi en voz baja—. Te acompaño.

—No. —El tono dejaba bien a las claras que no había negociación posible—. Si quieres, la buscas en otro momento. Ahora yo —recalcó el pronombre— quiero hablar con Lena.

Salió del *bungalow* sin una mirada a los dos chicos, que se quedaron mirándose entre sí, indecisos sobre cuál debía ser su próximo paso.



Haito. Azul. Atlantis

Ritch nunca hubiera creído posible que a él le afectara el síndrome de Stendhal. De hecho, la primera vez que oyó hablar de ello pensó que le estaban tomando el pelo. Fue una de sus novias, estudiante de arte, la que le contó que en ocasiones, cuando una persona tiene una sensibilidad artística especial, al cabo de un par de horas en un museo siente mareos, palpitaciones y hasta puede llegar a tener alucinaciones debidas a un contacto excesivo con la belleza. En aquel momento Ritch lo encontró no solo increíble sino, además, ridículo.

Sin embargo, ahora, después de casi un día en compañía de Nele visitando la ciudad submarina, tenía la sensación de que estaba a punto de desmayarse, de que su cerebro no era capaz de absorber tantos prodigios como los que había visto en esas horas, de que tanta belleza lo estaba matando. Síndrome de Stendhal.

Al principio había intentado dar una explicación, aunque solo fuera aproximada, a lo que estaba viendo. Luego, poco a poco, a medida que el agotamiento mental iba embotando sus percepciones, se había limitado a dejarse impresionar por todo lo que Nele le enseñaba, como cualquier turista sin preparación que, frente a las pirámides de Egipto, echa atrás la cabeza y no se le ocurre más que decir: «¡Qué barbaridad, qué enormes son!».

Tendría que haber salido de la ciudadela horas atrás para darle a su cerebro la posibilidad de procesar lo que había visto, pero como no se fiaba en absoluto de *karah*, no quería arriesgarse a que de pronto decidieran que todo aquel esplendor que parecía realmente extraterrestre no era para ojos *haito* y le prohibieran volver.

Sintió que se mareaba y tuvo que apoyarse en una de las flexibles paredes del corredor a la vez que Nele decía:

—Y aquí es donde está confinado, al menos de momento, vuestro *mahawk*. ¿Qué te pasa, Ritch? ¿Te encuentras mal?

Claro que se encontraba mal, muy mal, pero su curiosidad era inextinguible, de modo que se forzó a contestar como si nada.

—Un poco de cansancio, nada grave. ¿Nuestro *mahawk*, dices? ¿El profesor Rampanya?

—Te suponía enterado. Los clanes decidieron, después de su ataque al nexo, confinarlo aquí hasta que se piense qué hacer.

—Sí, ya me acuerdo.

—¿Quieres visitarlo?

Ritch cerró los ojos unos instantes. Lasha Rampanya había sido su director de tesis y, durante dos años, había trabajado con él prácticamente todos los días; siempre lo había admirado como científico y se había pasado meses intentando que le permitiera colaborar con él en la estación ártica donde se rumoreaba que se estaban llevando a cabo experimentos de primera línea. El profesor siempre le había dado largas, aunque él estaba seguro de que estaba considerando seriamente la posibilidad de aceptarlo y que al final terminaría por ceder.

Sin embargo cuando, a su llegada a la isla, Rampanya se había dado cuenta de que Ritch era ya familiar del clan blanco, no había reaccionado favorablemente, había insultado a todos sus conclánidas por tomar esa decisión sin consultarle y se había negado incluso a hablar con él, que también estaba perplejo al darse cuenta de que el científico no solo era *karah*, y lo había sido siempre, sino que además era el *mahawk* del clan que lo había convertido en familiar.

—Si no te importa, Nele, sí me gustaría verlo unos minutos, por si necesita algo de su clan.

—De acuerdo.

La mujer puso las manos en la pared del pasillo y repentinamente una zona de la membrana se arrugó, arremolinándose como si fuera un líquido y dejó libre una abertura circular por la que ambos entraron a una pequeña sala esférica. Vacía.

Nele se giró hacia él con una cara de incompreensión tan grande que resultaba casi cómica.

—¿Dónde está? —dijo, casi sin aliento.

Ritch paseó la vista por el reducido espacio y negó con la cabeza.

—Aquí no, desde luego. Quizá te has confundido de... de celda.

Ella movió la cabeza varias veces.

—O se ha escapado —sugirió Ritch.

—Imposible.

—O lo han sacado para juzgarlo, o lo que hayan decidido hacer.

Nele salió del cuarto seguida de Ritch y cerró la pared a sus espaldas.

—Voy a averiguarlo. Te llevaré a la salida.

—Nele —preguntó él al cabo de un minuto, cuando ya se adivinaba la luz de atardecer al final del túnel que recorrían—, si en mi clan no saben nada, ¿puedo decirlo?

Ella parecía estar pensando en otra cosa y no le contestó.

—Desde aquí ya no tiene pérdida, Ritch. Sigue recto y saldrás casi a la playa. Nos veremos en el cónclave.

¿Tan preocupante era que el *mahawk* blanco no estuviera donde debería estar?

¿Tan peligroso lo encontraban? Al parecer sí.

Aún no había caído la noche, pero la luz ya era azulada cuando alcanzó la salida. Estaba agotado y, cuanto más lo pensaba, menos gracia le hacía la idea de que Lasha anduviera suelto porque si había sido capaz de intentar asesinar a Lena a la vista de todos sus conclánidas, lo más probable era que no se arredrara ante la idea de matar indiscriminadamente para huir de la isla. Y eso no era una cuestión académica; eso le afectaba a él directamente.

Volvió a preguntarse si había hecho bien aceptando la oferta del clan blanco y, como cientos de veces antes, volvió a responderse que sí. «Al fin y al cabo, todos tenemos que morir», se dijo. Y solo por haber visto la ciudad submarina, ya valía la pena el riesgo de morir un poco antes.

Ahora tenía que decidir si informar al clan blanco de la desaparición del *mahawk* o bien esperar a que el clan azul lo comunicara oficialmente.

Pero nada más salir del pasadizo al mundo exterior, un brazo fuerte como una boa se enroscó en su cuello y lo arrastró hacia la oscuridad de la selva.



Rojo. Atlantis

—¿Alguien sabe dónde se ha metido Eleonora? —Dominic paseaba arriba y abajo del *bungalow* con un *gin-tonic* en la mano, ya vestido para el cónclave—. No he vuelto a verla desde que se marchó a la ciudad submarina a hablar con Lasha.

—Con el niño no está —contestó Flavia, que entraba en ese momento—. Lo he dejado con esa familiar que nos ha traído Mechthild —añadió al darse cuenta de la mirada de preocupación de Dominic—. Está todo bien, Nico. Eleonora habrá ido a arreglarse para el cónclave.

—Resulta más que gracioso que hables del cónclave con esas ínfulas, querida mía. —El Shane estaba acucillado encima de la baranda de la terraza del *bungalow* como un pájaro de mal agüero.

Los dos clánidas rojos presentes lo conocían desde hacía tanto que sabían con toda seguridad que había algo que le preocupaba más de lo normal, pero ninguno de ellos quería indagar para no darle ocasión de explotar en uno de sus ataques de furia.

Por tanto, Flavia no reaccionó a la indirecta, sino que se limitó a preguntar:

—¿La has visto tú, Shane? ¿A Eleonora? ¿Y tú, Gregor?

Tanto el *mahawk* rojo como el doctor Kaltenbrunn negaron con la cabeza. Durante unos segundos, todos guardaron silencio hasta que el Shane bajó de la baranda de un salto, desplegó su cuerpo enflaquecido y se quedó mirando a sus conclánidas con esa extraña mueca que tan nervioso era capaz de poner a quien la recibía.

—Pues en ese caso, parientes, ya estamos todos. Eleonora sabe muy bien que antes de reunirnos con los demás, vamos a votar nosotros. Si no viene, cuenta como abstención. Yo tengo los votos de Miles y Mechthild. Ambos a favor. Los vuestros, conclánidas.

—A favor, por supuesto, igual que Eleonora. —Dominic parecía casi ofendido de tener que repetir lo que ya todos sabían.

—A favor —dijo Flavia.

—A favor —contestó Gregor.

—Perfecto, hijos míos. El Shane, a favor también —dijo solemnemente

poniéndose una mano sobre el corazón en una parodia de ciudadano ejemplar—. El clan rojo va. Verá, igualará y subirá la apuesta, sea cual sea. Por unanimidad. ¿Estáis listos para reuniros con los demás?

Flavia y Dominic se miraron y asintieron.

—Me sentiría mejor si estuviéramos todos —dijo ella antes de salir del *bungalow*.

—No es necesario, bella. Mechthild y Miles tienen asuntos que atender y, ya oíste ayer a Joelle, no forman parte de la baraja. Nosotros tres, más Eleonora, más Arek, somos la representación de Arcanos asignados a nuestro clan. Si faltara uno de nosotros, sería sustituido por uno de ellos dos, pero de momento nos bastamos.

—Me inquieta esa cuestión de los Arcanos, Shane. No consigo comprenderlo.

El Shane lanzó una estruendosa carcajada.

—Me admira tu inocencia, preciosa Flavia. Nadie, ¿me oyes?, NADIE comprende del todo qué significa el Tarot, qué tiene que ver con *karah*, por qué cada uno de nosotros encarna una de sus cartas; pero siempre ha sido así y, por lo que parece, es algo que sirve para que esa maldita comunicación entre este mundo y el otro pueda darse, de modo que no importa que tú o yo o quien sea lo comprenda o no, siempre que podamos usarlo. Además, dulce, no lo olvides, tú eres La Luna. Es natural que estés llena de dudas. Dominic... ¿ves? Dominic no tiene ninguna. Él es El Mago.

El recién nombrado inclinó la cabeza, confirmando lo dicho por su *mahawk*.


—¿Y tú, Shane? —preguntó Flavia antes de cruzar la puerta.

El *mahawk* volvió a reírse estrepitosamente.

—¿Quién dirías tú, pariente? ¿Quién?

Los dos conclánidas se quedaron mirándolo fijamente.

—¡El Loco, por supuesto, queridos! —gritó entre risas—. El Arcano cero, como era de esperar ¡El Loco! ¡El Loco!



Negro. Atlantis

Unos metros más allá, en los *bungalows* destinados al clan negro, Imre apretó la mandíbula al oír la lejana risa del Shane, cruzó una mirada con sus conclánidas y se dio cuenta de que todos habían reaccionado del mismo modo.

—Es una lástima que lo necesitemos —dijo Jeanette en un tono que le quitaba toda la importancia al comentario—. Siempre he pensado que estaría mejor muerto.

Nadie respondió.

—¿Procedemos a la votación? —preguntó Imre.

Alix sacudió la cabeza, no de manera negativa sino como cuando uno vuelve a la superficie después de haberse zambullido en el mar, como si estuviera forzándose a regresar a la realidad que la rodeaba.

—A favor —dijo Jeanette de inmediato.

—A favor —contestaron los gemelos casi a la vez.

Los ojos de Imre destellaron unos instantes, furiosos por el atrevimiento de aquellos mediasangre —¿cómo se atrevían a hablar como si fueran conclánidas de pleno derecho?—, por lo que para él seguía siendo una intromisión en los asuntos privados de *karah*. Se encontraron con la mirada desafiante de Jeanette y se desviaron al siguiente conclánida.

—¿Alix? —preguntó.

—Sí. Sí, por supuesto. A favor. Creo.

—¿Crees? ¿Te pasa algo, querida?

—No, no. ¿Qué me va a pasar? —El tono era desabrido—. Tengo otras preocupaciones, además de todo esto.

—Por supuesto. ¿Luna... perdona... Iker? ¿Tu voto?

—Acataré la decisión del clan, *mahawk*.

—¿Significa eso que te abstienes?

—Así es.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Todos sabéis muy bien por qué. Os lo he explicado durante la reunión, pero no parecéis dispuestos a aceptar mis argumentos. No me fío de lo que pueda pasar. No

quiero invitar a desconocidos potencialmente peligrosos a nuestro mundo. A mí me gusta todo esto —hizo un amplio gesto con los brazos— tal como es. No echo nada de menos, no quiero ir a otra parte. Aquí tengo todo lo que necesito. —Luna llevaba horas tratando de llegar a una decisión aceptable para sí mismo, que le permitiera negarse, como era su deseo y, a la vez, le permitiera honrar a su clan y a la palabra dada a R. Por eso, después de mucho pensarlo, había decidido abstenerse—. Pero comprendo que otros queráis intentar ese contacto. Honraré a mi clan y colaboraré en lo que sea necesario, pero luego desapareceré y esta vez trataré de asegurarme de que nadie me encuentre.

El clan negro acogió en silencio las palabras de Luna. Al cabo de unos segundos, con un carraspeo, Imre continuó:

—¿Nils?

Nils estaba junto a la puerta, mirando hacia fuera, hacia el reflejo de la luna sobre el mar, casi dándoles la espalda. Esta vez había decidido prescindir de trajes ampulosos de épocas pasadas y vestía esmoquin negro con camisa negra.

—En contra.

Sus palabras cayeron en el silencio como una piedra en un estanque. Se oyó una inhalación general.

—¿En contra?

—Ya lo habéis oído.

—¿Por qué no has dicho nada en la reunión, si tan en contra estás de nuestros propósitos?

—Porque os conozco lo bastante como para saber que los argumentos no sirven de nada. Cada uno tiene sus motivos, sus planes y sus secretos, conclánidas —enfaticó la palabra «secretos», pasando la vista por todos ellos hasta detenerse en Imre, que no reaccionó—. No nací ayer. Creo que Luna tiene razón y que no nos conviene abrir ese contacto pero, al contrario de lo que ha decidido él, yo no honraré a mi clan. No colaboraré. Cedo mi lugar en la mesa, y en la Trama, y en la lista de los Arcanos.

Imre lo miraba fijamente. Una mirada sombría, herida, perpleja.

—Eres El Carro, Nils. Joelle nos ha dicho que eres fundamental en la Trama. No puedes renunciar. Te necesitamos. Tu clan te necesita. No puedes traicionarnos.

—¡Venga ya, *mahawk*! No me insultes.

—¿Vendrás al cónclave?

—¿Al de ahora? Sí. Quiero oír la respuesta de los clanes. Quizá haya sorpresas.

—¿No puedo convencerte de que cambies de opinión?

Nils se quedó mirando a Imre con fijeza. A pesar de haber sido testigo de aquella vergonzosa conversación entre *mahawks*, todavía le costaba creer que su propio *mahawk* hubiera hecho un trato con el Shane para destruir a *karah*. Tenía que haber alguna explicación plausible. No podía ser que Imre Keller, el Presidente, fuera, sin más, un simple traidor.

—Si tienes tiempo, podemos hablar mañana. Tal vez sí puedas darme algunas respuestas que necesito.

El *mahawk* negro inclinó la cabeza, asintiendo, y uno tras otro salieron a la noche, hacia la ciudad submarina.



Blanco. Haito. Atlantis

Lena acababa de vestirse con la ropa que Chrystelle le había dejado sobre la cama — el primer vestido de su vida en el que, aunque fuera de modo muy discreto, se combinaban los colores de los cuatro clanes— cuando entró Daniel con cara de preocupación.

—No encuentro a Ritch por ningún sitio. ¿Sabes tú algo?

Ella negó con la cabeza. Aún estaba dándole vueltas a la conversación que había tenido con Anaís y se sentía cada vez más incómoda en la posición de tener que equilibrar los deseos e intereses de tantas personas, tanto *karah* como *haito*. Ella siempre había sido una chica independiente; nunca había querido obedecer órdenes de nadie, pero tampoco había deseado jamás dar órdenes ni decidir nada que afectara a otras personas; y ahora, de pronto, todo eran presiones por todos lados para que tomara decisiones, para que mostrara su poder.

Anaís se sentía ofendida, con razón, por haber sido traída a la isla contra su voluntad y estar siendo tratada como un rehén. Y al parecer ahora Luna quería obligarla a trabajar para el clan negro sin asegurarle siquiera que de ese modo se ganaría su libertad.

Lena le había prometido hablar con el clan negro y cerciorarse de que lo que estaban haciendo era por el bien de todos, pero no sabía cuándo iba a poder hacerlo, ya que el cónclave estaba a punto de empezar y, por lo que Anaís le había dicho, Luna quería que salieran hacia Europa en cuanto terminara para poder estar de vuelta cuanto antes.

—Supongo que el clan blanco habrá votado a favor de intentar el contacto —dijo Dani tratando de quitarle importancia al comentario para que ella no pensara que quería espiar—. Bonito vestido, a todo esto.

—Gracias. Sí. Todos a favor, salvo Lasha que está encerrado y que de todas formas sabemos cómo piensa, y yo que me he abstenido, entre otras cosas porque soy el nexo. Y porque me faltan datos, claro. —Se acercó a él y le pasó los brazos por el cuello—. ¿Tú qué harías, Dani? Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Él se encogió de hombros mientras la abrazaba.

—Yo esperarí­a un poco. Creo que todo est­a yendo demasiado r­apido. Si llevan dos mil a­ños sin nexo, esperando a que se den las mejores condiciones, no veo d­onde est­a la prisa ahora, por qu­e, de repente, todo tiene que resolverse en un par de d­ías. Aparte de que, por razones que cualquiera puede comprender, no me parece ni medio decente que en una decisi­on que puede afectar a toda la humanidad, incluso a todo lo que vive en este planeta, a nadie se le haya ocurrido consultar a los humanos.

—Son demasiados —dijo ella solt­andose de su abrazo para girarse hacia el tocador, donde estaban los pendientes que pensaba ponerse.

—¡Ah, vaya!, es por cuesti­on de n­umeros.

—No solo de n­umeros, Dani. Es tambi­en cuesti­on de procedimiento. ¿Qu­e quieres que hagamos, que organicemos un refer­endum, una consulta popular? ¿A todos los pa­ises de la Tierra? Primero tendr­iamos que informar y para eso tendr­iamos que mostrarnos. Somos muy pocos y, aunque casi todos son multimillonarios y superpoderosos, en cuanto *haito* supiera que existimos, nuestra vida no valdr­ia nada. Nos cazar­ian, nos meter­ian en laboratorios y nos har­ian de todo para descubrir qu­e somos y c­omo llegar a ser como nosotros.

—¡Ah­a! Ahora, de repente, hablas de «*haito*» como si nunca hubieras tenido nada que ver con la humanidad, con los vulgares mortales que somos nosotros. Y de un momento a otro, la chica que yo conoc­ia, comprometida, valiente, y partidaria de la democracia, encuentra pesado y fastidioso eso de preguntarle a la gente qu­e quiere, si no le importa abrir las puertas de su mundo a algo que no se sabe qu­e es. Te est­as volviendo cada vez m­as *karah*, Lena. Y la verdad... no s­e si me gusta.

—T­u tambi­en tienes sangre *karah*, Dani. Llevas nuestro *ikh­or*. No puedes hacer como que eres un simple *haito*. ¿O piensas que, si nos descubren, a ti te van a dejar volver a casa con tu familia como si no hubiera pasado nada? A ti te har­an las mismas cochinas que a cualquiera de nosotros para averiguar c­omo funciona nuestra sangre, por qu­e mejora a *haito*.

—Vuestra sangre no mejora nada.

—Hace que vivas m­as y que seas m­as guapo. ¿No te parece bastante?

—Nunca he querido ser m­as guapo. Y lo de vivir m­as es algo que he aceptado para poder estar contigo. Ya no s­e si he hecho bien.

—Pues no tiene vuelta atr­as, as­i que m­as vale que te hagas a la idea.

Daniel la mir­o fijamente, vestida con un traje que casi parec­ia de novia, arrogante, fr­ia, tan distinta de la Lena que ­el hab­ia conocido, de la Lena de la que se hab­ia enamorado. Pero ella ten­ia raz­on. No hab­ia vuelta atr­as. Lo ­unico que pod­ia hacer en esos momentos era marcharse sin una palabra. Nadie lo iba a echar de menos en el c­onclave.

Lena lo vio darle la espalda y estuvo tentada de llamarlo y pedirle perd­on, pero el orgullo le pudo. Si no era capaz de aceptar la verdad, tendr­ia que aprender, igual que hab­ia hecho ella; y si hab­ia dejado de quererla, tampoco pod­ia hacerse nada. Al fin y al cabo, ella solo estaba viviendo la primera de sus vidas; habr­ia muchas m­as.



Azul. Atlantis

Joelle paseó la vista por sus conclánidas con un suspiro de satisfacción. Casi lo habían conseguido. Después de tantos siglos, había llegado el momento.

La votación del clan azul había arrojado el resultado previsto: todos a favor, ninguna abstención. Y ahora, como toque final que apenas si podía creer, el regalo inesperado de la presencia de Eringard, la conclánida perdida que todos creían muerta y que había regresado justo a tiempo para el cónclave.

Miró con cariño la figura velada de azul que se sentaba entre ellos. Todos la habían aceptado sin dudar porque Joelle, su *mahawk*, la avalaba. Ahora se reunirían con los otros tres clanes y todo daría comienzo.

Había aparecido en su *bungalow* de madrugada la noche anterior, cuando ella aún estaba trabajando con las cartas, preocupada porque indicaban que no todo iba a ser tan fácil como esperaba. Al levantar la vista de los arcanos que brillaban suavemente a la luz de la vela, de pronto vio a alguien en la puerta, inmóvil como una estatua, azul como la noche. Sintió que su corazón dejaba de latir por un segundo y estuvo a punto de gritar.

—Joelle —dijo una voz que creía haber olvidado—. Por fin ha llegado el momento.

Un segundo después estaban abrazadas.

La recién llegada iba vestida de azul profundo y llevaba un turbante en la cabeza que le cubría casi todo el rostro dejando solo los ojos descubiertos, pero eran unos ojos que Joelle habría reconocido en cualquier parte. Eringard. La conclánida que todos creían perdida.

Solo ella sabía, aunque nada más que de manera aproximada, qué había estado haciendo los últimos siglos: trabajando un día tras otro para preparar el paso que estaban a punto de dar.

Llevaba años soñando con el momento del encuentro y, desde que había empezado la reunión de los clanes, no pasaba día en el que no pensara cien veces en dónde estaban los conclánidas que faltaban, los que, con ella, lo habían puesto todo en marcha siglos atrás.

Y ahora, por fin, Eringard estaba allí.

—Siéntate, hermana. —La cogió de las manos y la llevó hasta la mesa donde había estado trabajando—. Dime, ¿ha venido también Ragiswind?

—No pronuncies su nombre, Él. Sí, pero de momento se oculta, como he hecho yo hasta ahora. Se mostrará pronto, no te preocupes. Yo, si te parece bien, ocuparé mañana mi lugar en el cónclave.

—¡Qué alegría, Eringard, por fin! Espera, esto hay que celebrarlo. —Abrió un frigorífico disimulado tras unas puertecillas de bambú y sacó una botella de champán—. Lo tenía guardado desde que envié la convocatoria del cónclave —sonrió—, por si acaso.

Eringard se soltó la parte delantera del turbante, le devolvió la sonrisa, y bebieron después de chocar las copas.

—¡Lástima que no esté Bianca con nosotras para compartir este momento!

—Lo raro no es que ella esté muerta, sino que tú y yo hayamos conseguido llegar vivas hasta hoy.

—¿Quién crees que la mató, Eringard?

—Los rumores apuntan al clan rojo, pero yo siempre he estado convencida de que lo más probable es que lo hiciera su propio *mahawk*, Lasha. Ya intentó matarla al comienzo de la primera guerra mundial en Europa. Antes o después, debió de darse cuenta de que había sobrevivido y seguía haciendo planes para concebir un nexo y entonces la mató. Solo que él pensaba que el nexo aún no había sido engendrado, que aún tenía tiempo para destruir todas las posibilidades.

—Al menos nosotros hicimos bien nuestra parte. —Joelle volvió a servir las copas—. Los rumores que creamos hicieron que el clan rojo eligiera para procrear con ella a Clara, la muchacha que el clan azul había conseguido producir.

—¿Qué conclánida fue el encargado del plan?

—Nagai. Es uno de los más jóvenes y se prestó a consagrar veinte años de su vida a la realización de esa parte del plan. Fue una buena idea por parte de Ragiswind permitir que el mismo Nagai eligiera a la mujer en la que engendrar la falsa esperanza del clan rojo. Parece que ellos, ahora, la tienen empleada en uno de sus negocios.

—¿A quién? ¿A la madre de Clara?

—Sí.

—¿Y la muchacha? ¿Muerta?

—Lógicamente. El clan rojo hizo lo que habríamos hecho los demás: librarse de testigos inmediatamente. Ahora el bebé está en su clan, con Eleonora y con Dominic como padres ante la ley.

—¿Quién es el niño? —preguntó Eringard inclinándose sobre las cartas que seguían extendidas sobre la mesa.

Joelle separó una y se la mostró.

—La Trama —dijo Eringard con un hilo de voz y una entonación casi de veneración religiosa.

—La Rueda, se la suele llamar; pero sí, en la base es la Trama, con los símbolos de los cuatro clanes y el Anima Mundi.

—¿Y si Arek es representado por esta carta, no debería ser él realmente el nexos?

—No. Arek es el impulso fundamental, lo que ha hecho que todo se ponga en marcha. El nexos es la carta XXI, el Mundo, lo que hará que lleguemos por fin al lugar que nos pertenece —Joelle separó el arcano XXI y se lo mostró a Eringard—. ¿Ves? Aquí tienes al nexos, que nos representa a todos, elevándose del suelo para ascender al cielo, rodeada por los símbolos de los clanes y de una corona de laurel.

Eringard suspiró y apuró la copa.

—Llevo tanto tiempo esperando esto que no acabo de convencerme de que ha llegado el momento. Tengo miedo de que al final falle algo, Él; de que no lo hayamos previsto todo, de que no seamos ya capaces de manejar todas las situaciones que puedan presentarse. Bianca era una conclánida tan entregada, tan enérgica... como Ragiswind; alguien que no desfallecía jamás, que sabía exactamente adónde queríamos llegar y qué hacer para conseguirlo... y era joven, mientras que nosotros tres ya tenemos poco tiempo por delante.

—Bianca fue crucial sí, pero antes de morir hizo todo lo que necesitábamos. Por ahora todo ha funcionado como deseábamos, hermana. Espera. Te mostraré algo que nadie ha visto nunca y quizá te tranquilice.

Joelle abrió el armario, entró en él y sacó de la pequeña caja fuerte de última generación, que se ocultaba en la pared del fondo, un pergamino enrollado. Nadie hubiera supuesto que en un *bungalow* de bambú cuya puerta ni siquiera tenía cerradura, existiera algo así.

Extendió el pergamino sobre la mesa, sujetándolo con la vela y un par de piedras de la playa con las que solía jugar para concentrarse.

Era un árbol genealógico como los de *haito*, lleno de nombres de antepasados de los clánidas actuales, en los cuatro colores, con líneas uniéndolos a veces, otras tachándolos, otras medio borradas.

Eringard soltó de golpe el aire que, al parecer había estado reteniendo.

—Ya nadie se acuerda de todo esto —comentó Joelle, suavemente—, ni tiene importancia, de hecho, pero quiero enseñarte algo para que te sientas mejor. Usaré términos *haito*, no te ofendas. Mira —su dedo señaló un nombre femenino en el siglo XVII, Beatrice di Mirafiori—, esta era Emma, clan blanco, hace un par de siglos, ¿ves? —Su dedo se desplazó a un nombre masculino de la misma época, cardinale Della Rovere, actualmente, el Shane.

Eringard sonrió sin apartar la vista del diagrama. El dedo de Joelle bajó una línea.

—Resultado de su unión medio siglo más tarde, cuando ambos se habían instalado en España y eran Beatriz de Miraflores y el cardenal Guerrero, Mariana, nuestra querida Bianca, hija mixta del clan blanco y el clan rojo. Como supongo que recuerdas, esta unión fue totalmente casual, cuando nosotras aún no habíamos empezado a planear nada. Ahora mira —su índice subió de nuevo un par de líneas

más arriba, al siglo XII— esto lo conoces de primera mano.

Eringard pasó el dedo con mucho cuidado por su propio nombre y el nombre de Ragiswind, unidos por una línea de trazos negros y azules.

—Producto de esta unión...

—Rurik —la interrumpió Eringard con expresión soñadora—. Nuestro pequeño, maravilloso Rurik que entró a formar parte del clan negro. Hace mucho, mucho tiempo que no lo he visto, creo que desde que nos marchamos de Roma, cuando él era Leonardo Malastesta.

—Ahora es Imre Keller. Está aquí, podrás verlo mañana en el cónclave. Ahora, desde que Ragiswind desapareció, él es el *mahawk* negro.

—Sí, eso lo sé —suspiró—. Sigue.

—Queda poco. Fíjate, a partir de aquí, todo lo demás es lo que nosotros cuatro, Ragiswind, Bianca, tú y yo planeamos. Mariana se convirtió en Bianca en el siglo XX, su unión con Imre tuvo éxito, y nació Aliena, Lena, nuestro nexo, producto de una madre blanca y roja y un padre negro y azul; con sangre blanca de Emma, roja de Shane, negra de Ragiswind, azul tuya. Sus abuelos, por usar un término *haito*.

—¿Lo sabe ella?

—Sabe que tiene sangre de todos los clanes. No sabe con certeza quiénes son sus antepasados. Ha sido criada como *haito* y pensé que no sería conveniente que empezara a pensar en Emma como su abuela o en Shane como su abuelo, ni que tuviera la sensación de que debía decantarse por ellos, al ser «de su familia». Sabe que Imre es su padre, pero eso no importa porque para ella su padre verdadero es Max Wassermann. ¿Ves como todo va bien, querida?

Eringard asintió.

—Ya que estamos hablando de estas cosas...

—¿Sí? ¿Quieres preguntarme algo? —Joelle inclinaba la cabeza como animándola.

—Es pura curiosidad... no tienes que contestar. —Se aclaró la garganta—. Cuando, hace tiempo, decidimos que tú te encargarías de aportar, de entre los miembros del clan azul, el conclánida que engendraría a la madre del falso nexo, es decir, a Clara, y a Arek a través de ella —Joelle asintió, dándole ánimos para seguir—, tú elegiste a Nagai. —Joelle volvió a decir que sí con la cabeza—. ¿Nagai... es hijo tuyo?

Hubo unos instantes de silencio. Joelle pasó las yemas de los dedos distraídamente por el pergamino y perdió la vista en el horizonte del mar que ya empezaba a iluminarse de rosa.

—Sí —dijo por fin—. Mira —pasó el dedo por su propio nombre en el diagrama, luego lo desplazó a Yerek y rozó por fin el nombre de Nagai—, clan azul puro. Yo quería participar también en el plan, hermana. Tú y Ragiswind, Emma, Bianca... todos estabais directamente implicados en el mayor proyecto de todos los tiempos; no solo vuestros clanes sino vosotros mismos. Yo también quería que mi sangre

estuviera en él. Tuve la suerte de poder reproducirme con Yerek y envié a Nagai a Austria.

—Es decir, que en términos *haito*, Arek es tu nieto.

—Rojo y azul. Y *haito*. Es menos que mediasangre, pero ellos lo han aceptado como conclánida y lo están alimentando. Aunque yo tampoco acabo de entenderlo, Arek forma parte del plan y es uno de los arcanos, como nosotras.

Se apretaron las manos sobre la mesa mirándose a los ojos, sonriendo. Joelle guardó el pergamino y acompañó a Eringard a la puerta.

—Aún tenemos un par de horas para dormir. Aprovéchalas.

Luego, el día había estado lleno de trabajo y ahora por fin el clan se había reunido, había dado la bienvenida a la conclánida perdida y la votación había sido unánime.

Joelle se puso en pie y, precediéndolos, con una sensación de orgullo e inminencia que la colmaba, se dirigió a la ciudadela.



Haito. Blanco. Atlantis

Por un instante, Ritch tuvo la completa seguridad de que iba a morir. El brazo que se enroscaba en su cuello era tan fuerte que, en la casi completa oscuridad del bosque tropical, habían empezado a destellar diminutas estrellas frente a sus ojos y notaba que en cuanto aumentara apenas un poco la presión, se le rompería la tráquea. De todas formas, a pesar de que parecía inútil, empezó a debatirse con todas sus fuerzas, dando patadas e intentando librarse del brazo que, como una boa, lo estaba arrastrando hacia las tinieblas.

Curiosamente, por debajo de la poderosa corriente de miedo que sentía y de los movimientos espasmódicos que intentaba realizar, sentía una gran curiosidad y le extrañaba no haber empezado a ver pasar imágenes de su vida anterior, como había leído que solía suceder cuando la muerte está próxima.

Al contrario, por su mente pasaban cortos destellos de fantasías, de situaciones que nunca había vivido, imágenes de personas que acababa de conocer: la chica morena del pelo corto que daba volteretas frente a una catedral sonriendo misteriosamente; Daniel abrazado a Lena con el rostro desfigurado por el dolor; Alix, la fría clánida negra, llorando desesperada, de rodillas, frente a un hombre tendido en el suelo; el espantoso *mahawk* rojo vestido con una capa escarlata, caminando por una autopista llena de coches que habían chocado unos contra otros, los coches llenos de muertos descoyuntados, hombres solos caídos sobre el volante, familias enteras congeladas en un sueño eterno, niños pequeños con el chupete en la boca, adolescentes con los auriculares puestos, todos muertos, con los ojos abiertos, como sorprendidos; y la risa del clánida llenando el caos, su risa reverberando en el atardecer, rojo como su capa...

Rojo. Todo estaba empezando a volverse rojo frente a sus ojos. Era el final.

Curioso.

Un final rojo.

De pronto una voz conocida a su oído, grave, redonda, apenas audible.

—No grites. Voy a soltarte, pero si gritas o tratas de huir, te mataré. ¿Lo has entendido?

Intentó decir que sí pero su garganta no era capaz de producir sonidos, de modo que se limitó a asentir con la cabeza. En cuanto se vio libre del brazo, se dejó caer al suelo y se llevó las dos manos al cuello. Seguía doliendo.

Un instante después, el hombre que había estado a punto de matarlo se acuclilló frente a él. Sus anchos hombros se recortaban contra el cielo estrellado, su pelo de plata brillaba débilmente en la oscuridad.

—Doctor Rampanya —la voz de Ritch era un graznido ronco.

—Perdona, Ritch; creo que me he pasado un poco —Ritch consiguió sonreír mientras seguía masajeándose el cuello—, pero no tenía otra opción. Necesito tu ayuda.

—Hace años que se lo digo, Doc.

—Sígueme. No podemos quedarnos aquí.

—Me esperan para el cónclave. No debe de faltar mucho.

—De eso se trata. Tengo una misión para ti y quiero que estés presente, pero primero hay un par de cosas que debes saber. Vamos a algún lugar donde podamos hablar a solas. ¿Confías en mí?

—¿La verdad? —Ritch tomó el silencio por asentimiento—. Hace dos años le habría dicho que sí, sin condiciones; ahora ya no estoy tan seguro. Desde que conocí a *karah* ya no me fío de nadie. Pero aún confío en usted lo bastante como para querer oír lo que tenga que decirme. Y sé seguro que si quiere matarme no voy a poder impedirlo, o sea, que le sigo.

—Siempre he sabido que eres un chico listo.

Con una rapidez impensable en alguien tan grande, Lasha se escabulló entre los árboles seguido de Ritch.



Blanco. Atlantis

—¿Enfermo? ¿Qué quieres decir exactamente con que está enfermo? —Emma miraba a Chrystelle como si se hubiera vuelto loca de repente.

—Tiene más de cien años, Emma, bastantes más. No sé qué tiene, pero no se ha levantado en todo el día, dice que se encuentra muy mal y que quiere volver a casa. Le ha salido algo en la piel, una especie de erupción, como una alergia, y le molesta la luz. Lo he dejado en la cama con la cara tapada con un pañuelo, respirando con fatiga. Hay que llevarlo a París, a que lo vea nuestro médico. Quizá aún se pueda hacer algo. Y si no... al menos estar juntos en casa.

La nueva *mahawk* del clan blanco dejó caer la cabeza sobre el pecho con un suspiro. Resultaba difícil de aceptar que Joseph pudiera morir.

—¡Pobre Joseph! ¡Pobre viejo! —murmuró—. Precisamente ahora que estamos a punto de dar el gran paso. —Hizo una pausa, pensando en la mejor solución—. Podemos llevarlo a una de nuestras clínicas. El clan rojo tiene una de las mejores.

Chrystelle sacudió la cabeza.

—Deja que nos marchemos, Emma. Ahora que ya no hay que cuidar de Arek y que todo va por buen camino, ya no nos necesitas. Tenéis a Max, a Ritch y a Daniel.

—¿No quieres llevarlo a París y volver tú aquí?

Chrystelle sacudió la cabeza mientras luchaba con las lágrimas que le llenaban los ojos.

—No voy a dejarlo solo ahora.

—¿Aunque te pierdas el saber qué hay más allá?

—Yo no soy de los vuestros, Emma. Siempre he sabido que, aunque lo consiguiéramos, es algo reservado a los clánidas. Yo, de todas formas, no pasaré al otro lado.

Emma la miró a los ojos.

—Tienes razón. Podéis marcharos.

Se estrecharon las manos. Las dos sabían que era probablemente la última vez.

—Os echaremos de menos, Chri-Chri.

Ella sonrió entre las lágrimas antes de salir del *bungalow*.

—Gracias por todo, queridos. —Emma, que acababa de darse cuenta de que ella era ahora *mahawk* de los suyos, dijo aún alzando la voz—: El clan blanco os agradece todo lo que habéis hecho.

No llegó a saber si Chrystelle había alcanzado a oírla.



Haito. Blanco. Atlantis

La playa estaba desierta. A lo lejos destacaban algunas luces en los *bungalows* pero en la zona rocosa donde Ritch y Lasha salieron del bosque a la arena no había más que oscuridad y el suave murmullo de las olas que rompían en la arena.

—¿Sabes nadar?

Ritch asintió en silencio. De hecho era de las pocas actividades deportivas que dominaba.

Lasha se zambulló como una foca, rápido y sin levantar espuma. Ritch fue tras él.

Al cabo de unos cientos de metros alcanzaron el yate que había traído al clan blanco a la isla, pero en lugar de subir, Lasha nadó sigilosamente hasta la chalupa que estaba atada a estribor y se izó sin dificultad aparente; luego tendió la mano a Ritch y ambos se dejaron caer en el fondo del bote.

—No hay guardias en el yate —dijo Lasha—, pero aquí estamos más seguros.

Ritch no dijo nada; se limitó a seguir respirando hasta que su corazón volvió a latir con la velocidad habitual. Los clánidas blancos habían comentado que Lasha estaba a punto de morir, pero nadaba como un tiburón que va de caza.

—Escucha, Richard; me habría gustado contarte todo esto con calma, con tiempo para contestar a tus preguntas, con la perspectiva de ofrecerte después entrar en la familia. Sí, ya sé —interrumpió con un gesto—, para eso ya llegó tarde; ya eres familiar nuestro. No sé cuánto sabes y la verdad es que en estos momentos me da igual. Voy a contarte lo básico y luego te pediré que hagas algo. Solo te pido que no me interrumpas; apenas hay tiempo.

Ritch lo animó a continuar con un gesto.

—Soy uno de los clánidas más viejos; nací en el siglo x, en lo que hoy es Noruega. Me llamaban Silber Harrid cuando era jefe de un puñado de guerreros vikingos, los mejores que han visto los siglos. Ya ni recuerdo con precisión cuántas vidas he vivido; para nuestros propósitos basta que sepas que durante mucho tiempo fui siempre guerrero, soldado, como quieras llamarlo. El combate fue siempre mi vida; he matado a más hombres de los que puedo recordar, casi todos *haito*.

Ritch estuvo a punto de repetir «¿casi?», pero se contuvo a tiempo. Lasha no

pareció notar lo.

—A pesar de ello, cuando uno vive en lo que ahora se llama la Edad Media, en aquella época no la llamábamos nada especial, como puedes imaginar —añadió, como si a él mismo le hubiera hecho gracia la idea—, junto a la guerra constante hay otro factor que lo impregna todo, la vida y la muerte, el comportamiento, la forma de vestir, de pensar, de todo lo que puedas imaginarte: la religión.

»Me di cuenta muy pronto de lo fácil que resultaba manejar a *haito* a través de sus temores, de sus creencias, de su necesidad de no sentirse solo en este mundo sin ningún sentido ulterior que justifique su existencia. Podría haber entrado en la Iglesia, como hicieron otros conclánidas, el Shane, por ejemplo, que fue cardenal unas cuantas veces, pero yo estaba acostumbrado a ser jefe de asalto y por eso decidí fundar una orden de monjes-guerreros que me sirvió para guardar los tesoros que había ido amontonando con el tiempo y, sobre todo, para poder depositar los retazos de información que iba obteniendo, con la esperanza de conseguir un día reunir todo lo que *karah* supiera sobre la existencia de esa otra realidad y, mucho más importante, la manera de entablar contacto con ella. No porque me interesara ni mínimamente el abrir esa condenada puerta, sino justo al contrario: para que no pudiera abrirse jamás.

»Ni qué decir tiene que mis monjes no tenían ni idea de ello, pero habían jurado por Dios defender con su honra y con su vida los secretos de la orden, cosa que hicieron durante los dos siglos de su existencia, hasta que yo mismo decidí trasladar mis tesoros a otra parte, los denuncié al Papado y los destruí. Supongo que habrás oído hablar de los Templarios y de su brusca desaparición en el siglo XIV. Llevaban un manto blanco, claro, —soltó una breve carcajada— y una cruz patada que solía ser roja porque yo en aquella época me llevaba muy bien con esos conclánidas... en *karah* las alianzas cambian con mucha rapidez, como habrás podido notar en el poco tiempo que estás con nosotros.

»En fin, te cuento esto para que veas que llevo casi mil años recogiendo una información que yo ahora había conseguido poner bajo la tutela de otra secta de mi invención, la Rosa de Luz, o *Lux Aeterna*. Hasta hace unas horas, yo pensaba que todo acababa de ser destruido por el *mahawk* rojo, lo que no me parecía demasiado mal porque con eso podía yo morir con la garantía casi total de que nadie conseguiría abrir la puerta que comunica los dos mundos.

Hizo una pausa y sacudió la melena con un gesto inconsciente, casi animal, que puso un escalofrío en Ritch.

—Hace apenas un par de horas me he enterado de que esa información que tanto me costó encerrar y que yo creía perdida para siempre, gracias a las bombas que el Shane sembró en mi bella isla caribeña, se encuentra en manos del clan rojo. Y de que piensan utilizarla. —Respiró hondo—. Conozco bien esos documentos. Dicen mucho, pero no lo dicen todo. Entre otras cosas, se necesita un mapa. Un mapa que, a pesar de los siglos que llevo buscando, nunca conseguí encontrar. Sin ese mapa nadie

puede saber dónde colocar a los arcontes que son necesarios para que se dé el contacto.

—¿Qué son arcontes? ¿Quién tiene el mapa? —preguntó Ritch, sin poder evitar la interrupción.

Lasha sonrió ante la impaciencia de su antiguo estudiante, como hacía en la universidad.

—Los arcontes, si lo he entendido bien, son los clánidas que cada color escoge entre los suyos para que representen a su clan en la Trama. Tres por clan, en el centro el nexo; todos juntos la Trama, el Anima Mundi.

Los dos se miraron a los ojos en la penumbra estrellada sintiendo una especie de magia crecer a su alrededor.

—Pero sin mapa —continuó Lasha en voz ronca—, nadie sabe dónde tienen que colocarse esos doce clánidas. Es posible que alguien haya tenido más suerte que yo y sepa dónde está ese maldito mapa. Es más que posible que hoy en el cónclave se hable de ello y que, si alguien lo tiene, os lo muestre o, al menos, diga que sabe dónde está. Quiero que robes y destruyas ese mapa, Richard, cueste lo que cueste. Pero primero quiero que me digas todo lo que se hable en el cónclave. Nos encontraremos a medianoche o cuando acabe la reunión en el mismo sitio donde te he interceptado hace un rato. Luego haremos planes.

Lasha se preparaba ya para volver al agua cuando Ritch lo interrumpió.

—Doc, espere. ¿Por qué hay que destruir ese mapa? ¿Por qué se niega de ese modo a la posibilidad de un contacto? ¿No quiere saber si va a funcionar? ¿No quiere saber qué hay más allá, aunque solo sea por curiosidad científica?

—¡Maldito mocosito! ¡Tú y tu puñetera curiosidad! ¿No puedes limitarte a hacer lo que se te ordena?

—No, Doc —contestó Ritch con toda sencillez, negando con la cabeza, casi como si le apenara—; nunca he podido, usted lo sabe. Yo no soy uno de sus guerreros; yo me hago preguntas constantemente y nunca he sido bueno obedeciendo.

—¡Piensa con la cabeza, estúpido! ¡Hace un momento me has dicho que desde que conoces a *karah* ya no te fías de nadie! Somos crueles, traidores, inútiles, ególatras... tienes toda la razón. Pero no somos más que un par de docenas. Si esa otra realidad está llena de gente como nosotros, ¿qué crees que le va a pasar a este precioso planeta *haito* donde has tenido la suerte de nacer?

—Pero usted es *karah*, ¿por qué no quiere usted?

Lasha dio un bufido.

—Porque llevo más de mil años aquí, y me gusta, y quiero que este lugar y vuestra estúpida especie destructora y autodestructiva tengan la posibilidad, al menos la posibilidad, de seguir adelante y mejorar y quizá llegar al punto en el que ya no sea necesario tanto dolor.

Volvieron a mirarse a los ojos.

—Haré lo que pueda —dijo por fin Ritch.

—¡Vámonos! Vas a llegar tarde.

Se dejaron caer suavemente al agua, que se cerró sobre sus cabezas.



Nexo. Blanco. Negro. Rojo. Azul. Atlantis

Nada había cambiado en la sala del cónclave pero de algún modo difícil de concretar, todos los clánidas sentían que se había producido un cambio sutil en el ambiente. Quizá fuera simplemente que había menos participantes o que había algunos nuevos o bien que se había evaporado la novedad de la primera vez.

Lena echó una mirada a su alrededor. Su propio clan se había reducido enormemente: en el lugar del *mahawk* que había ocupado Lasha, se sentaba ahora Emma, resplandeciente con un vestido blanco sembrado de pequeños brillantes. Nadie sabía dónde estaba Lasha y eso los tenía a todos nerviosos de un modo impreciso. Joseph y Chrystelle estaban volando hacia tierra firme en el helicóptero para, desde ahí, seguir a París. Después de la discusión que habían tenido en su *bungalow*, Daniel no se había presentado en la ciudadela. De momento solo estaban ella misma, Emma, Albert y Tanja. Max y Ritch eran los únicos familiares. Este último mirando nerviosamente en todas direcciones, como si estuviera esperando que alguien apareciera de un momento a otro.

El clan rojo se había reducido mucho también: solo Dominic, Flavia, el doctor Kaltenbrunn y el Shane, su *mahawk*, estaban presentes. Por lo que parecía, ni Miles, ni Mechthild y, mucho más extraño, tampoco Eleonora, habían considerado necesario acudir. No había ningún familiar en los asientos reservados para ellos.

El clan azul había aumentado en un miembro. Además de Él, la *mahawk*, Yerek, Nele, Arúa y Nagai, estaban presentes tres familiares y una conclánida más, desconocida para Lena: una mujer con el típico aspecto esplendoroso e intemporal de *karah*, de pelo cortísimo, envuelta en un enorme chal de color índigo sobre un vestido añil. Al cruzarse sus miradas, la clánida azul inclinó la cabeza esbozando una sonrisa y Lena tuvo la sensación fugaz de haberla visto antes sin poder precisar dónde. Captó también un revuelo de pensamientos en su mente pero no pudo leerlos con claridad porque en ese mismo instante el clan que faltaba hizo su aparición en la sala.

También el clan negro había aumentado, al contrario que el blanco y el rojo. Imre, que parecía haber perdido peso y haberse afilado en las veinticuatro horas pasadas, ocupó su lugar como *mahawk*, tenso y preocupado. Luego se sentaron Luna, una

mujer rubia desconocida para Lena, Alix, con los labios tan apretados que prácticamente formaban un corte en su rostro, y Nils, pálido y con gafas oscuras. Detrás de ellos, en los bancos reservados a los familiares, junto a *Mr. Chang* y *Miss Fu*, tomaron asiento dos hombres obviamente gemelos que lo observaban todo con la expresión maravillada de los niños en el circo.

Lena no pudo evitar dirigir su mente hacia Nils. No sabía qué le pasaba pero era evidente que había algo que lo tenía no solo preocupado sino a punto de estallar. Sin poder evitarlo, le envió una caricia mental que aún no tenía practicada pero que debió de surtir efecto porque Nils levantó la cabeza y la miró casi maravillado mientras una leve sonrisa se insinuaba en sus labios. Ella se la devolvió abiertamente, disfrutando de ver cómo toda la cara de Nils se iluminaba.

Justo en ese momento algo aleteó en su mente y Lena se volvió hacia dentro. Sombra quería comunicarse con ella.

Por primera vez desde que lo conocía se dio cuenta de que ahora le resultaba posible combinar las dos realidades o los dos planos; era capaz de seguir presente en la sala del cónclave, darse cuenta de todo lo que sucedía allí, de lo que se decía a su alrededor, de las miradas que se cruzaban sus conclánidas y, a la vez, estar con Sombra en otra parte y dedicar toda su atención a lo que tenía que decirle.

Con un estremecimiento notó que, si seguía practicando y se esforzaba un poco, también llegaría a ser capaz de seguir el pensamiento de una o varias personas mientras veía la situación desde fuera y, a la vez, acompañaba a Sombra a alguna parte.

No estaba segura de que le gustara realmente descubrir en su interior ese tipo de capacidades. Se estaba alejando cada vez más de lo que era normal en un ser humano y, a juzgar por la reciente discusión con Dani, ella no era la única en notarlo.

—*Tienes que abrir el cónclave, Lena. Declararlo abierto, solicitar la posición de los cuatro clanes y empezar a tomar decisiones de orden práctico. Ya habéis perdido demasiado tiempo.*

—*¿Por qué? ¿Hay una fecha fija para intentar abrir esas puertas?*

—*No hay una fecha fija, pero Madre ha sido informada de que las circunstancias son correctas, de que el paso es viable.*

—*¿Madre? ¿Quién es Madre?*

A pesar de que la conversación que mantenían no era exactamente con palabras, Lena tuvo la seguridad de que su pregunta sonaba nerviosa y asustada porque era justamente así como se sentía. Aquel «Madre», por alguna extraña razón, le resultaba realmente ominoso.

—*Es una manera de decirlo para que tengas una asociación con la realidad a la que Sombra se refiere. ¿Recuerdas el momento de la aparición del urruahk en la casa del clan rojo?*

—*¿Cómo se puede olvidar algo así?*

—*En ese momento el urruahk supo que existía un nexo viable y envió la*

información. Es posible que también consiguiera saber que hay suficientes clánidas como para que se dé el contacto.

—No me has dicho quién es Madre.

—Eso no importa por el momento. El cónclave tiene que comenzar. Aún tenéis mucho que hacer.

—¿Me ayudarás, Sombra?

—No necesitas ayuda.

—¿Me ayudarás si la necesito?

El silencio fue la única respuesta, un silencio tan profundo que Lena sintió que podría haber estado flotando en mitad del espacio exterior, a millones de kilómetros de cualquier rastro de vida. Sombra se había marchado. No. Mucho más. Había dejado de estar, de existir, de lo que fuera. Al menos por el momento. ¿Regresaría?

Con dificultad, luchando contra la angustiosa sensación de miedo que le había dejado la conversación, volvió de nuevo su atención a la realidad que la rodeaba. No debían de haber pasado ni cinco segundos. Nils seguía sonriéndole inseguro, Imre la miraba con fijeza como envuelto en una niebla negra, Max, que era quien mejor la conocía, se había puesto de pie, dispuesto a acercarse a ella; debía de haber notado que algo acababa de asustarla. Lena lo tranquilizó con un gesto de la mano mientras se levantaba para dirigirse a sus conclánidas.

—¡Honor a *karah*, parientes! ¡Honor a los clanes! —dijo solemnemente—. Es la segunda vez que nos encontramos aquí, en la ciudadela, en Atlantis. Todos habéis tenido veinticuatro horas para meditar vuestra decisión. Decidme, *mahawks*, en nombre de vuestro clan, ¿cuál es vuestra palabra? ¿A favor o en contra?

Dos voces femeninas y dos masculinas contestaron: «A favor», aunque era evidente que el resultado de la votación del clan negro no había sido unánime y que el clan rojo estaba algo inquieto por la ausencia de varios de sus miembros.

—En ese caso, podemos proceder. ¿Quién quiere ser el primero en aportar la información reunida?

Todos se miraron, esperando que fuera otro clan el primero en hablar. Por fin, la mujer del clan negro a quien Lena no conocía se puso en pie.

—Conclánidas, mi nombre es Jeanette; tengo el honor de pertenecer al clan negro. Algunos me conoceréis quizá como Madeleine D'Orléans. Cuando aún vivía en Francia, antes de la Revolución, nuestros caminos se cruzaron varias veces antes de que mi clan decidiera establecerse en América. —Lena captó un destello en la mirada de Albert y en la de Flavia; Nagai sonreía como perdido en recuerdos agradables; el Shane la miraba como una persona normal miraría a una araña grande que cruzara la mesa lentamente—. Como tal vez recordéis, después de una primera etapa, muy breve, en Boston, nos trasladamos a Nueva Orleans. Nuestro clan es especialmente cerrado y siempre hemos tenido a gala no mezclar nuestro *ikhôr* con nadie, ni siquiera con otros clánidas. Sin embargo ha sucedido en algunas ocasiones. —Los demás miembros del clan negro miraban a Jeanette como si acabara de perder

la razón.

—Esas explicaciones que solo conciernen a la intimidad del clan son inadmisibles, conclánida —dijo el *mahawk* negro poniéndose de pie—, y no conducen a nada.

—Calma, Louis, perdón, Imre. Hay una razón. Es necesario que explique ciertas cosas.

—Continúa, Jeanette, por favor —dijo Lena, lo que le valió una furiosa mirada de su padre biológico.

—Estamos hablando de mediados del siglo XIX. Conocí a Jim, un conclánida azul, a quien tal vez recordéis como Tanoé —los miembros del clan azul sonrieron—; estuvimos juntos durante mucho tiempo, hasta que él murió, demasiado pronto, en un accidente. Tuvimos un hijo, Naïm, que se crio aquí, en Atlantis, como clánida azul por decisión conjunta de Jim y mía. Más tarde Naïm se unió a una mujer *haito*, se casó con ella, y tuvieron a Rufus y León —los aludidos se pusieron de pie e inclinaron la cabeza en un respetuoso saludo—, mis nietos.

Por toda la sala se oyeron inhalaciones y bufidos poco disimulados.

—Lamento que os sintáis insultados por la elección de vocabulario, pero yo los siento como los hijos de mi hijo y, por tanto, os guste o no, son mis nietos. —Hizo una pausa mirando, desafiante, a su alrededor. Iba vestida de negro y oro, como una madrastra de cuento infantil—. Pero no os he contado todo esto para airear intimidades, como mi *mahawk* parece pensar. Os lo he dicho, simplemente, para que sepáis que Naïm dedicó toda su vida, su corta vida, no solo a reunir información como han hecho otros conclánidas, sino a tratar de entender quiénes somos, de dónde venimos, para qué estamos aquí. —Se oyeron murmullos por toda la sala—. Rufus y León han continuado la obra de su padre y, por eso, me atrevo a decir que en estos momentos son los que más saben de *karah* y los que más cerca están de poder contestar a las preguntas que puedan surgir.

—Son mediasangres —dijo el Shane con una suavidad que, paradójicamente, sonó mucho más insultante que si hubiese gritado.

—Te doy la razón —añadió Emma.

Jeanette miró a Imre, esperando. Durante unos segundos se cruzaron sus miradas con la misma fuerza que dos manos unidas en un pulso sobre una mesa.

—El clan azul —dijo Joelle— estaría orgulloso de aceptarlos si al clan negro le disgusta la idea. Al fin y al cabo, son descendientes de uno de los nuestros.

Jeanette sonrió a los conclánidas azules, inclinando la cabeza. Luego se volvió hacia Imre hasta que, al final, el *mahawk* negro se puso en pie.

—Me permito recordaros, parientes, que nuestra prioridad es abrir esa puerta, no discutir entre nosotros por asuntos de pureza de sangre, como ha hecho *haito* tantas veces a lo largo de su historia.

Varios de los asistentes mostraron su acuerdo cabeceando brevemente.

—¿Deseáis uniros a nosotros? —insistió Joelle, dirigiéndose a los gemelos—.

Tanoe y Naïm son conclánidas nuestros.

Jeanette miró a Imre, que desvió la mirada, molesto, y a sus nietos, que asintieron brevemente con la cabeza.

—De acuerdo —dijo la clánida negra—. Acepto que Rufus y León pertenezcan al clan azul. Llevo tanto tiempo desligada del mío que había olvidado su arrogancia y su inflexibilidad.

—*Frangor, non flector* —dijo Luna en latín—. El lema de nuestro clan, ¿recordáis, parientes? «Me romperé, pero no me doblegaré». ¡Menuda gilipollez de lema! —añadió entre dientes.

—En ese caso —resumió Lena—, si estamos todos de acuerdo, ruego a León y a Rufus, miembros de pleno derecho del clan azul, que dirijan la palabra al cónclave.

Los aludidos, elegantemente vestidos con trajes de terciopelo negro, camisa azul pálido y cadena de reloj cruzándoles el chaleco, avanzaron hasta colocarse frente al nexo. Los clanes blanco y azul a su izquierda, el negro y el rojo a su derecha, todos los ojos fijos en ellos. Los hermanos eran como dos gotas de agua, solo distinguibles porque uno de ellos se apoyaba ligeramente en un bastón.

—¡Honor a los clanes, parientes! Gracias por confiar en nosotros —dijo Rufus con toda la solemnidad de la que fue capaz.

—Como acaba de decir Jeanette —continuó León, apretando con la mano derecha la contera de su bastón, que figuraba un delfín de plata con ojos de zafiros— llevamos toda nuestra vida, que no es tan larga como la vuestra, haciéndonos preguntas y tratando de contestarlas. Desgraciadamente, muchas de ellas siguen sin respuesta, por lo que tendremos que seguir investigando mientras nos alcancen las fuerzas. Rufus y yo, al contrario de lo que suele ser habitual en el carácter *karah*, quizá precisamente por nuestra mezcla de sangre *haito*, siempre hemos sido curiosos.

—Entre los clánidas, algunos somos científicos de todo corazón —interrumpió Tanja, molesta—, como es mi caso y el de otros parientes. La curiosidad no está reservada a *haito*.

Gregor asintió vehementemente, buscando la mirada de su conclánida blanca.

—Por supuesto —concedió León—, pero no me negaréis que ese desinterés general es una característica bastante habitual en *karah* —continuó sin esperar respuesta—. En fin. Seré breve. Desde tiempos inmemoriales, y no he elegido esa palabra por azar, me refiero realmente a tiempos de los que no guardamos memoria, me refiero a miles de años, quizá cientos de miles de años, *haito* ha narrado mitos y leyendas en los que, de modo casi obsesivo, aparecen tres tipos de seres: los humanos mortales, los dioses inmortales y una tercera clase, los que en unas mitologías son mezcla de humano y dios, y en otras tradiciones son seres absolutamente distintos de los humanos. Todos habréis oído hablar de los *titanes*, por ejemplo, en los mitos griegos, o de los *nefilim*, en las antiguas historias hebreas, o los *kami* japoneses, los *djinns* del mundo árabe, los *güi* chinos, los *quinametzin* mesoamericanos, o los *álfar*, en la tradición germánica y escandinava, a los que se suele llamar elfos. Estos son, tal

vez, los que más se acercan a la realidad: bellos, longevos, procedentes de un lugar llamado *Álfheimr* que, lógicamente, solo significa: el hogar de los elfos y se supone que está en el cielo.

»Nosotros estamos convencidos de que todas esas narraciones se refieren a *karah*. Es decir, que *karah* existe sobre la superficie del planeta al menos desde que los humanos tienen recuerdo de sí mismos; porque muchas de esas historias fueron de transmisión oral hasta que no hace tanto, quizá cinco o seis mil años, empezaron a ponerse por escrito.

»Parece evidente que *haito* haya inventado la existencia de uno o varios dioses, es un concepto que necesitan para explicarse su mundo y la existencia de ciertos fenómenos naturales, para regular su comportamiento social, para mantener su esperanza, para sobrellevar el peso de la existencia, sobre todo cuando esa existencia es difícil y dolorosa. No tiene nada de extraño que en una sociedad de funcionamiento patriarcal aparezca la figura de un dios-padre que premia y castiga, que ayuda, que decide aunque los humanos no puedan comprender sus motivos. Y, paralelamente, en otras sociedades más orientadas al matriarcado, la deidad suprema es una gran madre que ayuda, consuela, fertiliza y también castiga ciertos actos.

Lena sintió un escalofrío al oír la palabra «madre» de labios de León.

—Lo que ya no parece tan evidente es el concepto de otro tipo de seres que no son ni divinos ni humanos y que, en la mayor parte de las mitologías que hemos estudiado mi hermano y yo, no sirven absolutamente para nada ni son responsables de ningún sector concreto; quiero decir, que no se trata de figuras como Venus, que se ocupa del amor, o Marte, que tiene la guerra a su cargo. Son simplemente seres distintos a los humanos, más bellos, más fuertes, más longevos, que no están sujetos a enfermedades y que, en muchos casos, son capaces de cambiar de forma y transformarse en animales u otros seres, hacerse invisibles, leer los pensamientos o incluso atravesar objetos sólidos como puertas y muros.

Nils miró a Lena y por sus labios pasó una fugaz sonrisa. Ella sabía que Nils estaba pensando en cuando él la había visto atravesar la puerta blindada para huir de Villa Lichtenberg; lo que no sabía era que a Nils también le habían pasado por la cabeza sus propias habilidades de indetectabilidad recién adquiridas y que, para los otros conclánidas, no eran más que leyendas. También Joelle miró a Lena con expresión de respeto recordando la prueba que había tenido que pasar, cuando tuvo que cruzar el muro de roca para encontrarse con ella, ya dentro de la ciudadela.

—Nuestra conclusión es que *karah* existe desde hace muchos miles de años y, con el tiempo y el contacto con *haito*, ha ido perdiendo facultades, de manera que en estos momentos solo conserva ciertas características: la belleza, la longevidad, la rápida curación y, quizá individualmente, otras que han requerido entrenamiento y esfuerzo. Nuestro padre, Naïm, por ejemplo, era capaz de levitar durante unos minutos, igual que el anterior *mahawk* blanco.

—¿Lasha es capaz de levitar? ¿Quién os ha dicho eso? —preguntó Emma de

golpe.

—Naïm. Al parecer, él enseñó a Lasha.

—¿Para qué quería Lasha aprender algo así?

—Según Naïm, Lasha quería ser capaz de presentarse frente a *haito* como un ser angélico. No sabemos más del asunto.

De un instante a otro, el Shane empezó a reírse como un poseso, dando palmadas en la mesa como si alguien acabara de contar un chiste magnífico mientras murmuraba entrecortadamente: «¡Lasha haciendo de ángel! ¡Era el puñetero Lasha! ¡Ahora ya está todo claro! ¡Era el mismo Lasha el que se disfrazaba de ángel en la isla de los pirados!».

León se quedó mirándolo sin saber si continuar con su explicación hasta que Dominic se atrevió a poner una mano en el hombro del Shane intentando que se calmara y Lena lo animó a seguir hablando.

—Sabemos que durante mucho tiempo algunos clánidas pensaron que *karah* era una especie descendiente de los Neandertales o incluso de otro tipo de homínido que desapareció hace unos treinta mil años coincidiendo con la aparición del *Homo sapiens*. Nuestras investigaciones, sin embargo, nos permiten asegurar que *karah* no tiene nada que ver ni con el *Homo neanderthaliensis* ni con el *Homo sapiens*, ya que el genoma de *karah* es diferente. Somos, o quizá mejor, sois —dijo León pasando la vista por todos los asistentes— otra especie, una especie distinta. Y por mucho que hayamos trabajado para responder esa pregunta que seguramente os estáis haciendo ahora, no hemos conseguido saber de dónde ha surgido *karah*. Lo único que nos parece lógico es que exista realmente esa posible comunicación entre mundos, o planos de existencia, o realidades, como preferáis llamarlo, y que los primeros clánidas llegaran aquí a través de esas puertas que, al parecer, desde entonces han estado cerradas.

—¿No ha habido nunca un contacto documentado? —preguntó Tanja inclinándose sobre la mesa, como si el acercarse unos centímetros a los gemelos fuera a ayudarla a comprender.

Ambos sacudieron la cabeza.

—No consta fehacientemente. Están las leyendas que todos conocemos de semihéroes que descienden a los infiernos o al submundo, o que son arrebatados a los cielos, pero no son más que leyendas y en ningún caso se explica qué hay más allá. —Los hermanos se miraron y Rufus tomó la palabra—. La única posibilidad de contacto reciente que hemos podido hallar... —León sonrió para sí mismo, Rufus se dio cuenta y explicó—: con «reciente» me refiero a unos dos mil años atrás. —Los clánidas aceptaron la precisión con total naturalidad, sin pensar que dos mil años fueran demasiado, apenas dos vidas—. Repito, lo único que creemos que puede haber sido un intento de contacto reciente fue la existencia de Jesucristo.

Lena se cubrió la boca con la mano para ahogar una exclamación y, al cabo de un par de segundos se dio cuenta de que era justo lo que habían hecho los familiares

presentes. Su educación *haito* seguía uniéndola a los humanos; ninguno de los conclánidas parecía haberse sorprendido demasiado.

—¿Significa eso —preguntó Kaltenbrunn— que Jesús de Nazareth era de los nuestros?

—León y yo pensamos, igual que pensaba Naïm, que Yeshua fue el último nexo que produjo *karah*, pero algo debió de salir mal, bien en el cónclave, bien en el intento de contacto, y *haito* consiguió asesinarlo antes de que pudiera abrir las puertas.

—Jesús era *karah* —dijo Arúa en voz baja, maravillada—. ¿Estáis seguros?

—No, evidentemente no podemos estarlo, pero si lo era, eso explicaría por qué fue capaz de resucitar al cabo de un par de días y por qué predicaba diciendo que él era el camino, ¿recordáis «nadie va al Padre sino por mí»? Es una perfecta metáfora del puente, del contacto con la otra realidad, con una realidad superior, solo accesible a través del nexo.

Y, además, pensad que nadie sabía con seguridad de dónde procedía, por quién había sido engendrado. A *karah* no le preocupa ese tipo de cosas, ¿no es cierto? La mayor parte de vosotros ni siquiera sabe quiénes fueron el hombre y la mujer que os engendraron; sabéis a qué clan pertenecéis y eso basta. Jesús era de la casa de David, es lo que sale en todos los textos, eso es lo único que, al parecer, importa.

—Clan rojo, posiblemente —dijo Dominic, con una amplia sonrisa.

—Pura especulación —le contestó Albert, picado—, aparte de que, si he entendido bien, el nexo es nexo porque tiene sangre de los cuatro clanes y en ningún caso pertenece a uno solo.

Mientras el clan rojo y el blanco empezaban a discutir, Lena recordó lo que, tiempo atrás, Sombra había empezado a contarle durante su estancia en España: que su último alumno había sido asesinado y que uno de los errores que habían llevado a su destrucción había consistido en un exceso de información a destiempo. Si Jesús había entendido mal a Sombra y había creído comprender que ese acceso a otro mundo mejor estaba abierto a toda la humanidad... ese podía haber sido el origen de la religión cristiana y, a la vez, la causa de su propia muerte en la cruz.

—En cualquier caso —continuó Rufus, que no quería provocar una disputa con sus opiniones—, en estos momentos la cuestión es que, desde hace al menos dos mil años, nadie ha intentado establecer contacto con el otro lado. Hubo un intento fallido hace unos siglos, aquí mismo...

—Efectivamente, lo sé de primera mano porque me pasé meses viajando hasta este maldito lugar. Una miserable pérdida de tiempo —interrumpió el Shane como al desgaire—. Por suerte tuvimos la compensación de ver cómo Atlantis devoraba al supuesto nexo que, evidentemente, no lo era. No creo que nadie se acuerde ya. Quedamos pocos de aquella época: Lasha no nos honra con su presencia, Ragiswind sigue ocultándose de nosotros... —cabeceó teatralmente—. ¿Te acuerdas tú al menos, bella Joelle?, creo que por entonces ya habías nacido.

—Sí, Shane. Me acuerdo, pero considero que no hace al caso en estos momentos.

—Me permito discrepar, querida; yo creo, por el contrario, que es muy, pero que muy pertinente que todos tengamos claro que nos hallamos en el interior de un ser vivo sobre el que no tenemos el menor control y que puede inmovilizarnos, devorarnos o transformarnos a su capricho sin que tengamos la menor idea de por qué, ya que su lógica es totalmente distinta de la nuestra. —Sonrió satisfecho al notar que un escalofrío de temor pasaba, como si de una brisa se tratara, por los rostros de todos los presentes.

—Atlantis no daña a los suyos —dijo Yerek con menos seguridad en la voz de la que hubiera querido.

—Dejémoslo pues —concedió el Shane—, y continuemos.

León volvió a tomar la palabra.

—Hemos reunido una apreciable cantidad de documentación sobre el procedimiento de contacto, pero queremos pedir a todos los clanes que nos permitan consultar la que cada uno ha podido conseguir para tener todos los datos posibles. Para evitar susceptibilidades, vamos primero a explicar lo que nosotros sabemos o creemos saber; lo que falte, al menos así lo esperamos, estará contenido en la información que puedan aportar otros clanes.

»Todos habéis oído hablar del Anima Mundi. —Los presentes asintieron con la cabeza; la repentina tensión en todos los cuerpos dejaba claro que León acababa de tocar un punto sensible—. Todos os habréis preguntado alguna vez en la vida a qué se refiere ese término. En los documentos que obran en nuestro poder, en las leyendas que hemos escuchado y transcrito, en algunas cartas de conclánidas muertas hace siglos, esas dos palabras “Anima Mundi” aparecen muy pocas veces y siempre revestidas del mayor secreto. Nosotros creemos saber a qué se refieren —León hizo una pausa, miró a su hermano y fue este quien continuó—. El Anima Mundi es el conjunto de los cuatro clanes, todos los miembros de *karah*, reunidos con un nexo, en Atlantis.

El Shane empezó a hacer palmas al estilo ruso, golpes lentos y muy espaciados que le permitían mirar a su alrededor con su expresión más teatral.

—¡Bravo, mediasangres, bravo! Si no es por vosotros, nunca nos habiéramos enterado. ¡Wow! ¡El Anima Mundi somos nosotros mismos! ¡Menudo secreto! ¿No se os ha ocurrido echar una mirada hacia arriba y ver esa esfinge de luz que flota sobre nosotros, con los símbolos de los cuatro elementos, de los cuatro clanes, y que es igualita que la que todos conocemos del arcano x del Tarot? —El *mahawk* rojo rompió en carcajadas que ponían el vello de punta a los presentes—. Para obtener esa información no era necesario haber estado tanto tiempo escuchándoos. Será porque tengo poca carne en las posaderas, estimados mediasangres —añadió frotándose la parte aludida—, pero podríamos habernos ahorrado un buen rato de cónclave.

—Eso no es todo, *mahawk* —dijo León tratando de no mostrar su irritación—. El Anima Mundi no es solo una representación simbólica de los cuatro clanes; es una

realidad. Se trata de una especie de energía que surge cuando *karah* encuentra un nexo y hay doce conclánidas, tres por clan, dispuestos a convertirse en arcontes para intentar el contacto. Creemos que, cuando esa energía procedente de cada uno de los arcontes se produce, se focaliza y se libera, eso es lo que abre las puertas.

—¡Aaaah! Eso ya es otra cosa... Tratándose de ¿cómo has dicho, mediasangre...? ¿Arcanos? ¿Arácnidos? ¿Arcángeles?, y de grandes cantidades de energía que nadie sabe qué es ni de dónde sale, como en las películas, rayos láser de colorines y una buena música de fondo con muchos graves... buuummm, buuummm, buuummm...

—Deja ya de hacer el payaso, Shane —interrumpió Kaltenbrunn con una mueca de desagrado—. Ha dicho arcontes, y yo al menos tengo interés en saber de qué se trata.

—¡Yo sé de qué se trata! —gritó el Shane fuera de sí, sacando de una bolsa unos cuantos pergaminos que procedió a extender sobre la mesa—. ¡Mira! Aquí lo tienes —pasó un dedo huesudo por encima de unas palabras y leyó en voz alta—: «Los arcontes serán en número de doce», ¿lo ves? Arcontes. Doce. No nos han dicho nada nuevo. El clan rojo ya lo sabía.

—El clan rojo lo ha sabido después de haber robado al clan blanco esos documentos que nuestro *mahawk* tenía guardados —dijo Albert en voz firme.

Emma lo miró, sobresaltada; no tenía ni idea de qué estaba hablando. ¿De verdad eran del clan blanco esos documentos? ¿Lasha había estado siempre en posesión de la guía para abrir el contacto y les había hecho creer que todo eran leyendas sin fundamento? Y Albert, ¿cómo lo sabía él? En ese momento Albert le devolvía la mirada sin pestañear, pero Emma lo conocía desde hace hacía tanto tiempo que estaba segura de que estaba tratando de comunicarle que tuviera un poco de paciencia y se lo explicaría todo cuando se quedaran solos, así que dejó que fuera él quien siguiera hablando.

—¿Y si así fuera, apreciado conclánida blanco, si de verdad se tratara de documentos robados, qué pasaría? —El Shane mostraba los dientes en una mueca animal, unos dientes que parecían más largos y amarillos que una hora antes.

—Ahora da lo mismo, Shane. Lo importante es reunir todos los fragmentos del mosaico, pero quizá más adelante podamos hablar de ello en privado.

—Será un placer, bello hermano —dijo el *mahawk* rojo haciendo un mohín y tirándole un beso—. Cuando tú quieras. Siempre a tu disposición.

—Continuad, conclánidas —intervino Lena en voz cortante, dirigiéndose a los gemelos—. Basta de teatro.

—¿No os habéis preguntado nunca por qué la Trama es el símbolo de *karah*?

Las miradas que empezaron a cruzarse dejaban bien claro que no era una pregunta que se hubieran hecho jamás.

—Yo siempre pensé —habló por primera vez la nueva clánida azul, que aún no se había presentado— que la Trama era el símbolo de los cuatro clanes porque, contados desde el centro los círculos o las rosetas o como queráis llamarlas, siempre son

cuatro. El centro es el uno y luego hacia arriba hay tres más, hacia abajo otros tres, a la izquierda y a la derecha: siempre cuatro, como las casas, como los colores, como los elementos. Perdonad. Es posible que algunos de vosotros no me conozcáis o no me recordéis; he estado ausente tanto tiempo... Soy Eringard. Me honra pertenecer al clan azul.

Imre levantó la vista de la mesa como si le hubiera picado un escorpión.

—¿Eringard? ¿La misma Eringard que yo recuerdo de cuando yo era Rurik?

—La misma —confirmó inclinando la cabeza—. He tenido muchos nombres, como todos nosotros, pero he decidido volver a ser Eringard para acudir al cónclave.

—¿Has venido sola? —Imre parecía haber olvidado que estaban en público, que muchos pares de ojos estaban atentos a las miradas que ellos dos se cruzaban.

La mujer sonrió.

—De momento. Solo de momento.

Era tan evidente que no quería decir más, que Imre apartó la vista y volvió a concentrarla en el tablero de la mesa. Estaba deseando salir de allí, librarse de las bufonadas del Shane, de las negras miradas que le lanzaba Nils, de la angustia que le producía el estar lejos de Ennis. Pero antes de marcharse tenía que hablar a solas con Eringard; hacía demasiado tiempo que no se habían visto, había demasiadas preguntas que responder.

—Volvamos a nuestro asunto, conclánidas —animó Arúa—. Hablábamos del cuatro, de la Trama como símbolo de los clanes.

—Y no solo, no solo —intervino el Shane, causando una ola de fastidio en todos los presentes—, ¿nadie recuerda que en China el cuatro es el número de la muerte? ¿Por qué será? ¿Por qué seráaa que el número de *karah* significa muerteeee? —canturreó—. Los chinos deben de conocernos bien...

—Es muy interesante, sí, *mahawk*, pero no pensamos que en este momento sea relevante para lo que tratamos de explicar. Nosotros creemos que la Trama ha representado a *karah* desde siempre porque es precisamente el esquema del contacto con la otra realidad. Según nuestras conclusiones, cada clan debe elegir a tres miembros como representantes de su color. Esos tres miembros se llaman «arcontes» una vez colocados en la Trama. El nexo ocupa su lugar en el centro y entonces, de alguna manera que no hemos conseguido averiguar, se da el contacto. La Trama —en forma de medallón, de tatuaje, de anillo, de lo que sea— nos recuerda de modo esquemático cuál es la disposición del nexo y los arcontes.

—Pero... pero —preguntó Flavia, mirando a unos y a otros— ¿dónde tienen que colocarse esos... arcontes?

Era evidente que Flavia había expresado lo que todos estaban pensando. Los hermanos extendieron sobre la mesa un gran papel donde había sido dibujado el esquema de la Trama.

—¿Veis? Aquí, en este círculo central, el nexo. Luego en el siguiente círculo hay cuatro posiciones que tienen que ser ocupadas por cuatro clánidas, uno por color.

Después otro círculo, otros cuatro clánidas. Y en el último círculo, otros cuatro. Trazando dos líneas que cortan el centro, tenemos cuatro brazos con tres posiciones por brazo, más el nexa. Creemos que cada clan debe ocupar un brazo de la cruz, digamos a la derecha del nexa se sitúan tres arcontes blancos y a la izquierda tres azules, encima del nexa tres negros y debajo tres rojos... o cualquier otra combinación. Eso es algo que aún no hemos conseguido averiguar, si hay alguna combinación concreta que sea necesaria para que funcione el contacto. ¿Alguno de vosotros sabe más?

Todos se miraron entre sí sacudiendo la cabeza. Hubo un largo silencio.

—¿Dónde se colocan espacialmente... geográficamente... esos arcontes? —A su pesar, Nils empezaba a estar interesado en lo que estaba sucediendo y casi no había podido evitar la pregunta—. ¿Aquí mismo, en Atlantis? ¿Significa eso que si nos colocamos en fila unos detrás de otros, tres por clan, podríamos empezar ya?

Rufus y León negaron con la cabeza.

—Hay una leyenda. Puede que no tenga ninguna relevancia, pero con el tiempo hemos aprendido a leer los mitos y las leyendas con mucho cuidado. Esa leyenda dice que Atlantis es solo el lugar del cónclave; si fuera de Atlantis se reúnen clánidas de distintos colores en presencia de un nexa, eso desencadena la aparición de los *urruahkhim* y con mucha frecuencia todos acaban siendo destruidos.

Nils se puso en pie de un salto.

—¡Lena! ¿Te acuerdas, Lena? ¡Eso es exactamente lo que sucedió en Amalfi! ¡Vosotros también estábais! —dijo, dirigiéndose a Gregor Kaltenbrunn y a Flavia Brunelleschi que lo miraron, sorprendidos, ya que al parecer no se habían dado cuenta de que Nils había entrado en Villa Lichtenberg—. Estaba yo, clan negro, vosotros dos, clan rojo, junto con otros dos de vuestro clan, y Lena, que entonces creíamos solo una clánida blanca o una mediasangre y más tarde se reveló como el nexa. ¡No es una leyenda, es la realidad! Aquel monstruo que apareció de pronto era un *urruahk* y estuvo a punto de matarnos a todos. ¿No recordáis esa necesidad repentina de huir, de dispersarnos, de separarnos?

Gregor y Flavia asintieron lentamente con la cabeza, recordando el terror que les había producido aquel extraño encuentro con el *urruahk*.

—Pero —comenzó Lena, sin saber muy bien adónde iba— si desde Atlantis no podemos intentar el contacto y fuera de aquí no podemos reunirnos en ningún sitio sin que aparezcan esos seres, ¿cómo lo vamos a hacer?

Imre había estado mirando fijamente el dibujo de la Trama.

—En el esquema el nexa está solo. Todos están solos. El primer círculo de arcontes está alejado del nexa —dijo casi para sí mismo—, el segundo está aún más lejos, y el tercero mucho más. En mi opinión, mirando ese esquema, los clánidas no tienen que estar juntos en ningún momento. Se trata simplemente de saber dónde tiene que situarse el nexa y luego, a partir de ahí, de ese centro, dibujar un círculo a su alrededor y colocar a los primeros arcontes. Luego otra vez, y otra vez, hasta tener

formada la Trama, pero en la realidad.

—Entonces, lo que hace falta es un mapa —dijo Ritch—. Tiene que haber un mapa que diga, al menos, dónde empezar, dónde situar al nexo.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¡Oh! ¡Perdonad! Se me había olvidado que no soy más que un familiar y debo guardar silencio. Ya me callo.

—Tiene toda la razón —apoyó Nele, pasando la vista por el cónclave—. Es evidente que necesitamos un mapa donde esté marcado al menos el punto que debe ocupar el nexo. ¡Sigue, Ritch!

—¿No hay ningún mapa en toda la ciudad? —preguntó el joven científico dirigiéndose a Nele, que era la clánida con la que más confianza tenía—. Lo más lógico es que, tratándose de algo tan importante, esté guardado aquí.

Los miembros del clan azul se miraron unos a otros y negaron con la cabeza. En ese momento Luna se puso en pie, carraspeando para llamar su atención.

—Conclánidas, yo tengo una idea de dónde puede estar ese mapa que necesitamos.

Imre lo miró, perplejo. Luna se encogió ligeramente de hombros, como si no fuera una traición, sino apenas una pequeña travesura haberle ocultado esa información al *mahawk* de su clan.

—Si me lo permitís —continuó—, iré a buscarlo y lo traeré lo antes posible, pero necesitaré un par de días porque, si mis noticias son correctas, está al otro lado del mundo. También necesitaré llevarme a los *haito* amigos de Lena.

—Lo que sea necesario —dijo Imre.

—No estoy de acuerdo en que te lleves a esos *haito* —exclamó Alix, furiosa.

—Y ¿por qué exactamente, Alix? —El Presidente empezaba a tener la sensación de que, por razones que escapaban a su comprensión, todos sus conclánidas empezaban a comportarse como cretinos y a hacer lo que les daba la gana sin contar con él ni pensar en el bien del clan.

Lena ya había hablado con Anaís y por tanto sabía desde hacía unas horas que Luna tenía ciertos planes para ellos. Había pensado negarse a que los *traceurs* lo acompañaran a Europa, pero ahora se daba cuenta de que no era un capricho de Luna sino que se trataba de algo fundamental para *karah*. Por lo que fuera, Luna necesitaba a los *yamakasi* para conseguir el mapa.

—Necesitamos ese mapa, conclánida —dijo Lena, tajante—. Haz lo que haga falta para conseguirlo, pero vuelve aquí con mis amigos sanos y salvos. Protégelos con tu vida. Sabes que puedo castigarte sin que puedas hacer nada por evitarlo. Lo sabes, ¿verdad?

Luna asintió con una sonrisa. Recordaba perfectamente el momento en el que Lena le había roto las piernas sin siquiera acercarse a él cuando estaban con el grupo de *traceurs* en la cabaña de Koh Samui. Si algo le habían enseñado sus varias vidas como guerrero era a no subestimar nunca a un enemigo. Y Lena era un enemigo muy

poderoso a pesar de su aspecto de jovencita inofensiva.

—Volveré lo antes posible.

—Creo que, hasta que Luna regrese, lo mejor será tomarnos un tiempo para reflexionar sobre lo que hemos oído —dijo Lena, dirigiéndose al pleno—. Rufus y León, os quedaremos muy agradecidos si os dedicáis a estudiar toda la información que cada clan pueda suministraros. Ruego a los demás que piensen, que intenten buscar soluciones a los problemas que acabamos de oír, que se hagan preguntas. Si alguno de vosotros tiene alguna otra información oculta en otro lugar, ahora es el momento de ir a buscarla. Nadie os reprochará nada; lo importante es tenerla cuanto antes. Nos reuniremos de nuevo dentro de una semana; quizá entonces podamos resolver todas las dudas y ponernos realmente en marcha. ¡Doy por terminado el cónclave del día de hoy, parientes! ¡Honor a los clanes! ¡Primero es *karah*!



Blanco. Haito. Nexo. De viaje

Las horas siguientes a la clausura de la sesión del cónclave, a pesar de que era más de medianoche, fueron muy ajetreadas. No todos los clánidas tenían pensado viajar y la mayor parte de ellos no tenía nada especial oculto en ningún lugar del mundo pero, por puras cuestiones de orgullo y prestigio, a muchos de ellos les parecía importante dar la impresión de que tenían algo que solucionar urgentemente en beneficio de todos ellos.

Uno de los primeros en marcharse, sin despedirse de nadie ni dar una pista a la gente de su clan de su próximo paradero, fue el Shane. Poco después Luna, como había anunciado, se reunió con Gigi y Anaís y los tres se marcharon en helicóptero.

Lasha, sin que nadie se apercibiera, se había ido nada más recoger la información que Ritch le había suministrado sobre lo que se había dicho en el cónclave.

—Pero si ni siquiera sabemos adónde van... —había intentado protestar Ritch.

—Eso es asunto tuyo —contestó Lasha haciendo señales con una linterna a la pequeña embarcación que se había acercado a la isla a recogerlo—. Tú te enterarás de adónde van y los seguirás para estar allí cuando recuperen el plano.

—¿Cómo me voy a enterar? Estoy seguro de que los *yamakasi* no lo saben y no creo que Luna me lo vaya a decir voluntariamente.

Lasha esbozó una sonrisa de tiburón.

—No, Luna no te lo va a decir; lo conozco desde hace siglos, hemos sido camaradas mucho tiempo. Pero sé quién te lo puede decir: el nexo. Ella lo sabe.

—¿Lo sabe?

—Seguramente no sabe que lo sabe, te lo concedo, pero estoy seguro de que no tiene más que entrar en la mente de Luna y averiguarlo. Eso es algo que tiene ser capaz de hacer. Dile al nexo que te gustaría estar cerca de ellos para asegurarte de que no le pasa nada a los jóvenes humanos; te creará.

—Si es capaz de leer la mente, sabrá que no es verdad.

—Entonces tiene que serlo cuando hables con ella. Piensa en que quieres protegerlos, ayudarlos; no pienses en el mapa. Piensa que no te fíes de Luna y que no quieres que le haga daño a la chica.

—Eso no será difícil. —La imagen de Anaís, entrecerrando los ojos con suspicacia, pero tan bonita, llenó de un momento a otro sus pensamientos. No tendría que mentir al decir que quería asegurarse de que no le hicieran daño.

—Toma este móvil —le dijo Lasha antes de subirse al bote—. Así estaremos en contacto. Solo hay un número en la lista; el mío. ¡Ah!, y cuando sepas adónde vas, mándame un SMS y te diré dónde conseguir un arma.

—¿Un arma?

—¿Cómo piensas proteger a los humanos y quitarle el mapa a Luna? ¿Pidiéndolo por favor?

—Yo no sé usar un arma.

—No tiene pérdida. El agujero hacia el tipo que quieres cargarte.

—Nunca he matado a nadie.

—No te preocupes. Es prácticamente imposible que consigas matar a Luna. Es zorro viejo. Pero el arma te dará cierta seguridad y lo mismo se te ocurre algo. Siempre has sido un muchacho ingenioso. Yo, mientras tanto, iré a buscar algo que convencerá a Luna de que debe entregarnos ese mapa. ¡Ándate con ojo!

Saltó al bote, palmeó el hombro del tipo que había venido a buscarlo, apagó la linterna y, moviendo los remos con una suavidad casi increíble en alguien de su tamaño, se perdió en la oscuridad del mar.

Ritch sabía que no era precisamente un momento adecuado para ir a ver a Lena, pero no podía perder tiempo si quería llegar a donde fuera no mucho más tarde que Luna y los *traceurs*, de modo que se dirigió a su *bungalow* rezando por que hubiera luz dentro. Si no, tendría que esperar hasta la mañana.

La había. Con un suspiro de alivio, tocó a la puerta, aunque estaba entreabierta. Se oía un suave murmullo de conversación, lo que lo alegró particularmente: así podía matar dos pájaros de un tiro y decirle a Daniel que tenía que marcharse un par de días.

Empujó la puerta y pronunció el nombre de Lena con tono de disculpa mientras se acercaba al dormitorio.

Nada más llegar al dintel se dio cuenta de que no había llegado en buen momento. Lena, vestida con un camisón blanco de tirantes, se giró hacia él, molesta por la interrupción, apartando con rapidez la mano de la mejilla de Nils, el tipo del clan negro, que con cara de muy pocos amigos, se lo quedó mirando como si fuera un insecto particularmente desagradable.

—¿Sí? —preguntó ella. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero su tono era glacial.

Ritch se quedó mudo. Nunca la había visto tan *karah*, tan agresiva, tan distante. No sabía qué hacer y empezó a mover la cabeza en una negativa mientras iba dando pasos hacia atrás tratando de mostrar que sabía que había aparecido en mal momento y que volvería al día siguiente.

¿Qué pasa?

Para su estupefacción, la voz no había entrado por sus oídos; más bien había

sonado en algún punto entre sus ojos. Supo que no era necesario darle muchas vueltas a la formulación de lo que quería saber, así que su pregunta se coaguló en una especie de: *¿Adónde ha ido Luna con los yamakasi?*

Sintió que ella estaba mirando en su interior y, de repente, tuvo ganas de gritar y sacudirse. Resultaba realmente desagradable notar que otra persona estaba paseando su mente por la tuya, como si estuvieras atado a un poste y alguien metiera la mano por dentro de la pernera de unos pantalones muy anchos y te tocara donde quisiera sin que le hubieras dado permiso para hacerlo. Intentó concentrarse en el recuerdo de Anaís, en su sonrisa desconfiada, de chica dura.

Han ido a Praga. ¿Vas a ir tras ellos?

Si me lo permite el clan...

¿Es por Anaís?

A eso no tuvo que contestar. Notó que enrojecía sin posibilidad de controlar su reacción. Lena pareció darse por satisfecha.

Sí, vete. Llámame si me necesitas.

¿Cómo?

Igual que ahora. Vete ya. ¡Buen viaje!

Cuando se encontró de nuevo en la puerta supo que la conversación había sido casi instantánea y tuvo la impresión de que el clánida negro ni siquiera se había dado cuenta de que habían hablado. Si se podía llamar hablar a lo que acababan de hacer.

Se marchó meneando la cabeza.

Era sencillamente fascinante.



Haito. Blanco

Apenas una hora después, Ritch, con el permiso de Emma, que acababa de llamar de vuelta al helicóptero con el que se habían marchado Joseph y Chrystelle, se estaba abrochando el cinturón del asiento cuando alguien tocó con los nudillos en el cristal del aparato.

Daniel, con una pequeña mochila colgada del hombro lo miraba suplicante.

Con un gesto al piloto para que le concediera unos minutos, Ritch volvió a bajar y se alejó unos pasos para que el sonido del rotor le permitiera entender lo que decía su compañero.

—Me voy contigo a donde vayas.

—Me temo que no somos libres de ir y venir cuando queramos, tío. ¿Lo has hablado con Emma?

Dani sacudió la cabeza.

—¿Con Lena?

La expresión de Daniel se hizo amarga.

—Lena ya no tiene tiempo para mí. Parece haberse dado cuenta de que ella es *karah* por los cuatro costados, mientras que yo no soy más que un miserable *haito*. No aguanto un día más aquí. Me largo.

—Pero... —Ritch no sabía realmente qué decir—. Si te vas... ¿cómo vas a alimentarte?

—Como lo he hecho toda la vida.

—No es posible, tío. Ahora llevas *ikhôr* del clan blanco. Ni siquiera sabemos qué te puede pasar cuando no consigas otra dosis.

—Me da igual. Aparte de que Lena no es la única *karah* en este mundo. Por favor, Ritch, sácame de aquí. Ya me buscaré la vida.

Ritch tomó la decisión sin darle muchas vueltas. Estaba científicamente comprobado que lo que llamamos intuición no es nada esotérico, sino simplemente un conjunto de datos que nuestro cerebro relaciona antes incluso de que nuestra mente consciente los haya reconocido como variables que entran en la resolución del problema.

—De acuerdo. Vente conmigo. Diremos que yo te pedí ayuda porque no me sentía capaz de enfrentarme yo solo a Iker, o a Luna, como lo llaman ellos.

Daniel le palmeó un hombro y ambos se acomodaron en el helicóptero, se abrocharon los cinturones y se pusieron los cascos para poder hablar.

—Así que vamos a buscar a Luna.

—Ahá.

—¿Se sabe dónde está?

—En Praga.

—Bonita ciudad.

—¿La conoces?

—Sí.

—Genial. Así también puedo decir que te necesitaba para eso, porque yo apenas hablo lenguas extranjeras y no conozco las ciudades europeas.

—Oye, Ritch —preguntó Daniel al cabo de unos momentos, cuando ya Atlantis se había perdido en la noche—, ¿puedo preguntarte a qué vamos?

—No me gusta la idea de que el clan negro se lleve a los *yamakasi* como si fueran esclavos. Y me gusta mucho menos pensar que los van a obligar a arriesgar su vida para algo que a ellos ni les va ni les viene.

—¿Emma te ha dado permiso para ir a Europa por eso? ¿Para cuidar de dos *haito*? —El tono de Dani decía bien a las claras que no se creía en absoluto lo que su amigo le estaba contando.

Ritch guardó silencio durante tanto tiempo que Daniel desvió la vista hacia la oscuridad exterior, suponiendo que no pensaba contestarle. Estaba en su derecho y lo importante era que lo había sacado de aquella maldita isla.

Al cabo de un rato, Ritch, que había estado sopesando si debía decirle la verdad a Daniel o si era mejor callar, acabó por elegir un camino intermedio y hacer una pregunta a su vez:

—¿Te has llegado a enterar de lo que se ha hablado esta noche en el cónclave? Como no has venido...

—No tenía ganas de ver a Lena haciendo de reina de Saba. Al fin y al cabo, todo lo que se está debatiendo allí solo es cosa de *karah*. No piensan contar con nuestra opinión para hacer lo que quieren hacer. Esa ha sido la pelea con Lena.

—¿Ah, sí?

Daniel se encogió de hombros, molesto.

—Les importa un bledo lo que pensemos nosotros, los humanos. Me atreví a decir que habría que buscar una manera de consultar a *haito* y Lena... bueno, conoces a *karah*... puedes imaginarte la reacción.

—De eso se trata precisamente. Escucha...

Ritch le contó rápidamente lo que se había hablado y decidido en el cónclave.

—Por eso Luna se ha ido ahora a Praga, a recuperar ese mapa que debe de estar escondido en algún lugar casi inaccesible por medios normales, si es que necesita a

los *traceurs* para sacarle las castañas del fuego. Estoy casi seguro de que piensa matar a Gigi y a Anaís en cuanto tenga el mapa.

—¿Anaís? —preguntó Dani mirándolo en la penumbra rojiza de las lucecillas del helicóptero. Algo en el tono de voz de Ritch al pronunciar el nombre de la chica le había llamado la atención.

—No me hago ilusiones, pero, en fin, ya sabes cómo es cuando ves a alguien y, sin saber por qué, sientes una especie de tirón, de cosquilleo... No es que me haya enamorado de ella así, de sopetón, como en los cuentos, pero, vamos, te haces una idea...

—Vale. Lo entiendo. Anaís parece una gran chica pero, con tu permiso, colega, no me creo que el clan blanco te deje ir a Europa por amor.

Ritch suspiró. Estaba claro que él no había nacido para ser agente doble ni espía sencillo ni nada de nada, así que decidió decirle la verdad. O al menos parte de ella.

—De acuerdo. Mira, a Emma le he dicho que quería ir a Praga para ver si puedo ayudar a los *yamakasi* y mediar para que Luna no les haga daño, Lena me ha autorizado para eso. A Emma ese tipo de cosas, como bien supones, le parecen una estupidez y solo ha estado de acuerdo cuando le he prometido que trataré de hacer una copia de ese mapa y entregársela a ella antes de que Luna lo presente en el cónclave. Es evidente que no se fían un pelo unos de otros y, por lo que sea, Emma quiere tenerlo todo personalmente controlado. Además, están tan preocupados con la desaparición de Lasha que yo creo que no se ha enterado realmente de lo que yo le estaba diciendo. Al fin y al cabo no soy más que un familiar que han adquirido recientemente. Hay cosas más importantes.

—¿Cómo que Lasha ha desaparecido? ¿No lo tenían encerrado en la ciudadela?

—Sí. Pero de alguna manera ha conseguido escapar.

Daniel pensó en silencio durante unos minutos. El cielo a su alrededor se iba volviendo rosado. Era como estar volando dentro de una perla gigantesca.

—Una última cosa, Ritch.

—¿Sí?

—Me creo todo lo que me has dicho. Estoy seguro de que eso es lo que le has prometido a Emma para que te deje ir, y de que quieres hacer lo posible para que no le pase nada a Anaís pero, perdona, tío, tampoco eres el Gran Hulk; no va a servir de mucho que quieras protegerla porque no tienes ni puta idea de cómo hacerlo. —Ritch lo miraba fijamente, tratando de no mostrar ninguna expresión en particular—. Todo lo que me has contado me suena a verdad, pero me falta una pieza, ¿sabes? Si no quieres decírmelo, no me lo digas, pero no me tomes por idiota, ¿vale? Además, somos familiares del mismo clan, los dos somos *haito*, los dos tenemos una mente científica y yo pensaba... pienso... que somos amigos, ¿no? Si me lo cuentas, puedo ayudarte en lo que sea.

—Pero tu lealtad está con Lena, ¿no es así?

Daniel abrió la boca y volvió a cerrarla. ¿Era o no era así? ¿Qué tipo de lealtad?

—Espero no tener que elegir nunca —dijo por fin, despacio, como si pesara cada palabra, a pesar de que estaban solos—, pero si tuviera que hacerlo, mi lealtad está con mi especie. No quiero poner en peligro nuestro planeta, nuestra existencia. Ellos dicen: «Primero es *karah*», ¿no? Pues yo digo: “Primero somos los humanos”.

—*Haito* —murmuró Ritch.

—No. Así es como nos llaman ellos. Nosotros somos la humanidad. Y eso está por encima de todo.

Ritch sonrió ampliamente. El sol acababa de salir y sacaba reflejos de fuego de su cabello pelirrojo.

—Entonces voy a contarte a qué vamos a Praga, compañero.



Nexo. Negro. Atlantis

Después del cónclave, Lena se había retirado a su *bungalow* sin hablar con nadie, inquieta y angustiada, tanto por la pelea que había tenido con Daniel como por todo lo que se había dicho en la reunión y por la repentina desaparición de Sombra.

Todo el mundo desaparecía. Dani no había acudido al cónclave. Su padre había estado presente pero había sido el primero en marcharse. Sombra le había dicho lo que tenía que decirle y se había esfumado. Chrystelle y Joseph ya no estaban en Atlantis. Nils no estaba esperándola a la salida, como había deseado y temido ella. Los *yamakasi* se habían marchado con Luna a Europa.

Estaba de nuevo sola, más sola que nunca entre aquella gente que, de hecho, era su gente pero que no sentía como parte de sí misma.

Quizá debería reclamar la educación de Arek, quedarse al pequeño y criarlo a su manera, para tener a alguien que la quisiera por encima de todo, vengar a su amiga y castigar al clan rojo además. Teniendo a Arek nunca volvería a estar sola. Tendría un hijo y podría construir con él una relación como la que había tenido ella con su madre.

Aunque... por otro lado... siempre que lo mirara tendría presente que era hijo de Dominic, y estaba segura de que eso le haría muy difícil la convivencia. Hasta que entró en contacto con el clan rojo nunca había odiado a nadie, pero después de lo que le habían hecho a Clara no se sentía capaz de sentir y pensar como hasta ese momento. Se había convertido en otra cosa y, cuando lo pensaba, tenía la sensación de que el quedarse a Arek sería más un acto de revancha que de amor.

La idea de tener un hijo, sin embargo, algo que nunca se le había pasado por la cabeza hasta entonces, empezaba a abrirse paso en su mente. Un hijo para su clan.

La formulación del pensamiento la sobresaltó.

«¿Para qué clan?», se preguntó a sí misma, con una mezcla de disgusto y sorpresa. ¿Un hijo para el clan blanco? ¿Qué le había dado a ella el clan blanco, salvo angustia, miedo y caos?

Sin embargo... era más que probable que su lado *karah* estuviera empezando a despertar y en ese caso todo era posible. No se puede ir en contra de la fisiología.

Max le había dicho que para *karah* la reproducción era lo más importante de la existencia y el sexo una compulsión destinada simplemente a procrear. ¿Qué era lo que había dicho exactamente, cómo lo había definido...? «Yo lo encuentro un poco animalesco...». Eso era, «animalesco». Pero inevitable para *karah*, al parecer. Irreprimible. ¿Era así como ella se sentía ahora, cuando pensaba en la idea de tener un hijo? ¿De tener un hijo con Nils?

En cualquier caso, lo que resultaba evidente era que su lado *karah* no había evolucionado aún hasta el extremo de imaginarse teniendo una relación sexual con un conclánida que no fuera Nils, incluso sabiendo que para ellos era lo normal. Le daba auténticas náuseas la idea de acostarse con Albert, por muy guapo que fuera, o con Lasha, o con Yerek o con Imre que, además, era su padre biológico. Eso sí que le parecería animalesco.

Se quitó el vestido y, lentamente, también la ropa interior, los zapatos, los pendientes y los adornos que llevaba en el pelo como si, al quitárselo todo, pudiera quitarse también lo que se le había ido pegando durante el cónclave, durante los últimos meses, desde que había dejado de ser una chica normal para convertirse en... lo que fuera ahora; prefería no tener que definirlo.

Se dio una ducha rápida, se puso un camisón ligero, blanco, de tirantes, y salió a la veranda, a mirar la luna sobre el mar.

Con tantas cosas que le había enseñado Sombra, no se le había ocurrido enseñarle a estar en paz consigo misma, a no sufrir por lo que sucedía a su alrededor. Había veces en las que solo le gustaría ser un instrumento de precisión perfectamente calibrado para hacer lo que tenía que hacer y nada más. Un instrumento sin sentimientos, sin deseos, sin más meta que servir a un fin.

Se sacudió involuntariamente, sintiendo que la recorría un escalofrío. ¡Qué pensamientos tan horrorosos! ¿Cómo era posible querer algo así? ¿Cómo era posible estar cambiando tanto, ser consciente de ese cambio y no ser capaz de hacer nada por detenerlo?

Se rodeó el cuerpo con los brazos tratando de dejar la mente en blanco. ¿Dónde estaría Dani? ¿Dónde estaría Nils?

Como respondiendo a su pregunta, una sombra se separó de las sombras que rodeaban el *bungalow* y se quedó quieta, bajo la luz de la luna, esperando a que ella la reconociera.

—También puedo marcharme, si lo prefieres —dijo en voz baja, al cabo de unos segundos de silencio.

Ella le tendió la mano, sin palabras. Nils la envolvió en un abrazo protector, como un manto que no quería volver a quitarse.

—Me pareció verte sonreír en el cónclave —le susurró al oído—. Tenía que probar.

Lena asintió con la cabeza contra su pecho. Nils estrechó más el abrazo.

—¿Lo sientes tú también? —preguntó él.

Ella volvió a asentir, maravillada por las sensaciones que estaba experimentando. Había abrazado y besado a Nils antes, cuando era Lenny, un compañero de instituto, y cuando era ya un conclánida negro. Sabía que le atraía de un modo tan intenso que parecía peligroso, pero ahora era más, mucho más de lo que había sentido nunca. Solo con estar allí en la veranda, de pie, estrechamente abrazados, era como si el tiempo se hubiera detenido, como si estuvieran solos en el universo, como si todo, de golpe, tuviera un sentido que unos minutos antes no existía, que ni siquiera parecía posible.

Nils y ella eran uno solo, una llama radiante en la oscuridad, un haz de luz en las tinieblas, una pulsión vibrante que subía de intensidad hasta hacerse casi imposible de resistir, la unión del blanco y el negro, la perfección. Nunca había sentido nada así.

—Quédate conmigo —susurró Lena.

—Siempre. Si tú quieres.

Se besaron durante una eternidad, en Atlantis, el patrimonio de *karah*, de los cuatro clanes, hasta que él la tomó en brazos y, juntos, entraron en la casa.

Cuando él la dejó de nuevo en el suelo, en su dormitorio, levantó la vista, velada por las lágrimas y se encontró con Ritch que, pálido y nervioso, con una clara conciencia de haber llegado en mal momento y de saber que estaba molestando, la miraba sorprendido.

Unos segundos de conversación telepática bastaron para arreglar la situación. Ni siquiera Nils se dio cuenta de que habían estado en contacto.

Entonces Ritch se marchó y Lena volvió a perderse en brazos de su conclánida.



Negro. Haito. Praga (República Checa)

Por la ventanilla del taxi que los llevaba al hotel, Anaís veía pasar la ciudad como si fuera un espejismo. Ya había perdido la cuenta de las horas que llevaban de viaje, primero en helicóptero hasta Santiago de Chile, luego en avión de línea a Frankfurt y de allí, después de una larga espera que recordaba casi entre sueños, a Praga, ese fantasma de ciudad que ahora se insinuaba en la penumbra de las calles solitarias — ¿iba a amanecer o se estaba haciendo de noche?—, casi abandonadas, con sus bellísimas fachadas modernistas y sus oscuras iglesias erizadas de pináculos.

Nunca había estado en Praga y, en circunstancias normales, habría estado pegada al cristal deseando que se detuviera el taxi para lanzarse a descubrir todas las maravillas que encerraba aquella hermosa ciudad. Pero habían pasado demasiadas cosas, estaba agotada y, aunque la simple idea de encontrarse de nuevo en Europa debería llenarla de alegría, se limitaba a pasar la vista por la superficie de los objetos y no pensaba más que en acostarse en una cama limpia y cerrar los ojos. Ya ni siquiera tenía miedo, a pesar de que estaba segura de que Iker cumpliría su amenaza si tenía la sensación de que era necesario.

—No llevo armas —les había dicho a ella a y Gigi nada más salir de la isla— porque tenemos que pasar demasiados controles hasta llegar a nuestro destino, pero no os engañéis. He sido guerrero casi todas mis vidas, bueno, esa mezcla que hoy ya no está de moda de soldado-poeta, digamos, y puedo matar de cien maneras sin necesidad de herramientas. Y además de la habilidad y la experiencia, no tengo ningún tipo de traba moral, ni temo a los remordimientos, ni creo en el castigo de la vida ultraterrena. Os aseguro que matar no me plantea ningún problema. De modo que procurad portaros bien y os llevaré sanos y salvos de vuelta a Atlantis. Si tratáis de escapar o de poner en peligro el éxito de la misión, moriréis, así de fácil. ¿Me he explicado con claridad?

Ella había asentido en silencio. El memo de Gigi había mirado a Iker con una mezcla de miedo y fascinación que a Anaís le resultaba casi insultante: mirada de víctima, de masoquista, de perdidamente enamorado. Solo recordar su expresión le daba ganas de vomitar.

En todo el viaje no habían hablado mucho, pero ella tampoco había conseguido dormir y ahora se sentía embotada, lenta, como si hubiera envejecido veinte o treinta años en unas horas.

El taxi se detuvo a la puerta de un hotel elegante de aspecto clásico, casi imperial. Al apearse se dio cuenta de que iba vestida con un traje oscuro de chaqueta y pantalón, de buena calidad. Una ojeada a sus compañeros le permitió comprobar que los tres iban elegantemente vestidos y, de repente, recordó que Iker les había comprado ropa nueva en una tienda del aeropuerto de Frankfurt. No sabía por qué y, de momento, tampoco le importaba.

Tanto Iker como Gigi llevaban ahora el pelo recién cortado, ya que en el aeropuerto habían pasado también por la peluquería donde a ella se habían limitado a recortarle mínimamente las puntas y a ponerle una mascarilla. Le parecía un poco raro ese afán de Iker de embellecerlos pero le daba lo mismo; casi no se tenía de pie.

Estuvo a punto de olvidarse en el taxi el bolso que al parecer había sustituido a la mochila que solía llevar, pero consiguió darse cuenta de que debía de ser suyo y lo cogió: cuero fino, italiano, de marca, el tipo de objeto que siempre había encontrado ridículo y se había jurado no poseer en la vida.

Unos minutos más tarde, un botones uniformado los acompañó a sus habitaciones en el tercer piso, una gran *suite* con varios dormitorios y un salón común. En cuanto se marchó el botones, Iker los miró a ambos con una cierta preocupación en el rostro.

—¿Os encontráis realmente así de mal?

—¿Cómo de mal? —preguntó Gigi, que había apoyado el hombro contra la pared y no parecía ser capaz de despegarse de allí.

Iker lo agarró sin miramientos y lo puso frente al espejo. El cristal reflejaba una cara palidísima, casi verdosa ya, con ojeras oscuras y labios agrietados. A pesar del nuevo corte de pelo, parecía seriamente enfermo.

—Así.

—Sip. Así me siento. Pura mierda.

—Entonces supongo que no es momento de volver a salir y que echéis una ojeada al edificio que tenéis que escalar.

—Supones de puta madre —contestó con la voz pastosa.

Anáis no lo había visto nunca de traje y corbata y, aunque estaba agotado, de alguna manera ella lo encontraba más guapo de lo normal. Le encantó su respuesta. Por un instante se había temido que estuviera dispuesto a volver a salir a la calle para hacer lo que Iker quería.

—¡Serás gilipollas! —dijo Anáis en un susurro, casi a la vez que Gigi.

Iker se giró hacia ella con un relámpago de furia en los ojos, pero ella le sostuvo la mirada y él decidió ceder. No serviría de nada llevarlos al límite; tenía que dejar que se repusieran para estar en las mejores condiciones lo antes posible.

—De acuerdo. Vamos a dormir. —Iker le pasó a Anáis el brazo por los hombros para acompañarla a su cuarto pero antes incluso de cruzar el umbral, ella se soltó con

brusquedad y le cerró la puerta en las narices.

Él se echó a reír. Siempre le habían gustado las mujeres con carácter.



Negro. Rojo. Atlantis. Shanghái

Aprovechando la pausa del cónclave y que nadie sospecharía nada si se marchaba un par de días, Imre había decidido volver a Shanghái con Chang y Fu. Echaba de menos su jardín secreto, su vida normal, su aislamiento. La avioneta los recogería a mediodía.

Aún estaba dudando sobre si intentar hablar con Nils, que parecía realmente afectado por algo que no podía imaginar, pero no se había presentado en el desayuno, nadie parecía haberlo visto, y él no tenía ganas en esos momentos de cargarse con un problema más. Estaba seguro de que el Shane hablaba muy en serio. Su locura lo llevaba a la obsesión y, cuanto más se acercaba el momento de intentar el contacto, más deseoso estaba de que empezara la gran obra de destrucción que tenía prevista.

También él tendría que empezar a hacer planes para honrar la palabra dada al Shane, pero algo en su interior se rebelaba ante la idea de destruir a sus conclánidas. La desaparición de *haito* era algo que no le preocupaba apenas; todas las especies llegan antes o después a la extinción, pero masacrar a *karah* era un cuestión muy diferente. Matar a un conclánida era algo que requería un enorme esfuerzo moral, algo que no era nada fácil de superar. Siempre había supuesto que no era simplemente un tabú de comportamiento social sino una especie de mecanismo de supervivencia profundamente implantado en *karah*. Eran tan pocos y tenían tantos problemas para reproducirse que no podían permitirse matarse unos a otros como hacía *haito*. Pero, si la posibilidad de alcanzar el otro lado con Ennis y poder ofrecerle, quizá, el milagro de volver a la vida, pasaba por masacrar a todos sus conclánidas, así tendría que ser.

Claro que siempre había también otra solución.

Se quedó parado de golpe, rígido, con la vista perdida en el mar, inmensamente azul a través de la ventana del *bungalow*, mientras el germen de idea que le había acudido a la mente se iba desarrollando.

Si mataba a un solo conclánida, ya no sería necesario matar más.

Se trataba simplemente de matar al Shane.

Pero había hecho un pacto con él. Sus sangres se habían mezclado. Había dado su palabra. Su honor estaba en esa palabra dada.

¿Traicionaría su palabra para evitar la masacre de *karah*? Él no era un traidor, nunca lo había sido; era algo que le repugnaba profundamente, pero ¿no era también una traición, una traición mayor, asesinar a sus parientes? Si mataba al Shane era uno solo para salvarlos a todos.

Además, incluso pensando en cuestiones de tipo práctico nada más, no podía matar a sus conclánidas antes de que se estableciera el contacto; necesitaban doce arcontes, tres por clan. Al parecer, cuando el Shane le había propuesto el trato, no sabía que el nexo no bastaba para abrir las puertas. Seguramente pensaba que sería suficiente con conseguir que el nexo hiciera lo que ellos dos deseaban, colocarse junto a la muchacha —a un lado el Shane vestido con sus mejores galas y al otro Imre con Ennis en brazos— y cruzar esa misteriosa puerta, dejando atrás al resto de *karah*, igual que a todo *haito*. Todos muertos.

Pero ahora había quedado claro que no funcionaba así. Tenía que hablar con Shane, explicarle la situación y cambiar de planes.

O bien librarse definitivamente de él.

Metió su tableta en la bolsa, echó una mirada por el cuarto para asegurarse de que no olvidaba nada importante y, ya estaba a punto de salir del *bungalow* cuando sonó su móvil. Extrañado, porque se trataba de un aparato cuyo número solo tenían los miembros del clan negro que, en esos momentos, estaban todos en la isla, echó un vistazo a la pantalla. «Desconocido».

Decidió cogerlo, a pesar de todo.

—¿Sí?

—¡Sorpresa, conclánida!

La voz del Shane le hizo apretar los dientes. ¿Cómo había conseguido su número?

—Te lo concedo. Me has sorprendido. ¿Qué quieres? Estoy a punto de marcharme y tengo poco tiempo.

—Cada día eres más brusco, querido. Seré breve. ¿Recuerdas nuestra reciente conversación?

—Habla.

—No va a ser necesario. Mira esto y no creo que haga falta hablar mucho más.

Imre apartó el móvil de la oreja; la pantalla mostraba el rostro sonriente del Shane con un fondo de vegetación tropical. ¿Lo estaba llamando desde la selva del interior de la isla?

—¿Me ves?

—Claro que te veo.

—Pues ahora sigue mirando, mira esto, pariente.

La imagen quedó difuminada por el movimiento hasta que quedó estable mostrando un rostro femenino dormido. Ennis.

—¡Saludos de la bella durmiente!

Imre soltó un rugido.

—¿Cómo has conseguido entrar ahí? ¡Sal de ahí inmediatamente! ¡No te atrevas a

tocarla!

—Me temo que, desde donde estás, ibas a poder hacer más bien poco por evitarlo, si de verdad quisiera hacerlo, apreciado *mahawk* —soltó una risita—; ni siquiera tus empleados pueden entrar en este reducto que has creado para tu dulce amor. Pero sabes muy bien que mis gustos no van por ese camino. Aparte de que, aunque lo he probado, nunca he sido aficionado a la necrofilia.

Las venas del cuello de Imre parecían a punto de estallar.

—No te sulfures, querido. No voy a hacerle nada. Solo quería recordarte nuestro trato. Tienes tantas cosas que requieren tu atención, estimado Presidente, que a veces se te olvida alguna de tus promesas, es natural, lo comprendo perfectamente. Por eso he considerado necesario este pequeño recordatorio.

—Cumpliré mi palabra. Te lo juro. Pero sal de ahí de inmediato.

—Claro que cumplirás. Te tengo cogido por las pelotas, querido, lo que nunca te ha gustado, salvo cuando yo era Virginia y tú Leonardo —volvió a reírse, esa risa roja que a Imre le daba ganas de matarlo—. Supongo que piensas venir a toda prisa, ¿no? Te espero impaciente.

—Tenemos que hablar, Shane. —Imre trataba de controlarse para evitar la escalada de la agresividad del *mahawk* rojo; si lo provocaba ahora, era muy capaz de matar a Ennis—. Las cosas han cambiado desde ayer noche. No puedo cumplir ese maldito trato porque necesitamos arcontes, ¿no lo ves?

—Doce arcontes, Imre. —Su voz se había hecho dulce y grave, como si le estuviera hablando a un niño un poco corto de entendederas—. Necesitamos d-o-c-e. Los otros sobran.

—De acuerdo. Dame dos días. Yo te llamaré. Y sal de ahí ahora mismo o no hay trato. Si le pasa algo a Ennis, te buscaré debajo de las piedras, te encontraré y desearás no haber nacido.

—Eso ya me ha pasado varias veces. Lo de desear no haber nacido —precisó, con una mueca reflexiva—. Espero tu llamada, querido. No me falles.

Cuando cortó la comunicación, el Shane se quedó mirando la figura inmóvil de la mujer. Seguía siendo muy bella. Lo que le había arrebatado esa especie de muerte que se había adueñado de ella era la vivacidad, el movimiento, el entusiasmo, pero a cambio le había proporcionado una serena perfección que la hacía parecer una estatua de Bernini.

No se podía negar que *karah* era una especie muy bella. Y muy dura. El accidente que había sufrido debería haberla matado y, sin embargo, ahí seguía, respirando levemente, desconectada de todo y teniendo que ser alimentada por vía intravenosa, —echó una mirada al sistema automático que se encargaba de ello—, pero más o menos viva, su naturaleza *karah* luchando para recomponer lo que había quedado destruido. Realmente prodigioso.

Con delicadeza, le pasó la mano por la mejilla. Estaba fría pero no helada, la piel era suave, firme, joven todavía.

Curioso pensar que, en términos humanos, aquella mujer yacente fuera hija suya, su pequeña Mariana, nacida en Toledo en el siglo XVII, cuando él era el cardenal Guerrero y Emma se llamaba Beatriz de Miraflores.

Recordaba de un modo lejano la alegría, el orgullo que había sentido cuando nació; le habría gustado reclamarla para el clan rojo, pero poco antes había nacido Imogen, la actual Eleonora, y él, en un arrebató de generosidad, había decidido concederle a Beatriz, sin lucha, la custodia de la niña y su pertenencia al clan blanco.

Desde entonces no había vuelto a relacionarse con ellas y ahora ni siquiera Imre recordaba que el Shane había sido el progenitor de la mujer que tanto le importaba.

Soltó una carcajada que reverberó en la selva falsa, oculta en las profundidades de Shanghái, en el sótano del inmenso rascacielos desde donde el Presidente controlaba su imperio. Se acababa de dar cuenta que, para estándares *haito*, Imre era su yerno mientras que unos siglos atrás había sido su amante. Se lo diría en cuanto lo viera. Estaba deseando ver la cara que ponía.

Con una última caricia a los labios cerrados de la bella durmiente, la figura roja del Shane se perdió entre las frondas.



Negro. Haito. Praga (República Checa)

Salieron del hotel cerca de la hora de la cena, después de haber dormido más de ocho horas, lo que a los *traceurs* les había parecido poco y a Luna le había parecido desesperante. Por fin había decidido despertarlos porque estaba deseando llevarlos a ver el edificio que tendrían que escalar y necesitaba saber qué equipo les iba a hacer falta para poder comprarlo al día siguiente, en cuanto abrieran las tiendas.

Tenía mucha prisa por cumplir con R, entregarle el maldito plano, recoger a su hija, que seguía disfrutando de la hospitalidad de la princesa Karla, y retirarse de nuevo a su valle. Había sido una distracción bienvenida, pero no le sentaba bien el contacto con sus conclánidas. Cuando llegó Silber Harrid a proponerle la aventura ya se había olvidado de por qué los había abandonado y le había parecido divertido aceptar. Ahora recordaba de nuevo con toda claridad por qué había decidido retirarse a un pueblecito. Allí nadie le decía lo que había que hacer ni existían esas luchas por la supremacía, por el honor, por el prestigio, por *karah*. Siempre había odiado las grandes palabras, las que *haito* tendía a escribir con mayúsculas y siempre eran una excusa para quitarle la libertad a los individuos y, casi siempre, para llevarlos a la muerte, aunque eso era lo de menos.

A pesar de que estaban prácticamente secuestrados, Gigi y Anaís parecían contentos caminando delante de él por las calles de Praga, invadidas de turistas de todas las nacionalidades que, a esa hora en la que todo se vuelve azul, cansados de visitar monumentos, buscaban un lugar para cenar.

Cuando se hubieron alejado del hotel, Luna los hizo subir a un taxi y dio la dirección con absoluta naturalidad.

—¿También hablas checo? —preguntó Gigi, admirado.

—Estuve por aquí hace tiempo, cuando la Gran Guerra.

—¿Qué gran guerra? —preguntó Anaís sin poder evitarlo—. ¿La primera, la de 1914 a 1918? —Lo miraba casi escandalizada porque, aunque sabía que *karah* vivía mucho más tiempo, le costaba creer que ese tipo que hasta hacía muy poco parecía un chico de su edad y ahora, con el nuevo peinado, daba la sensación de estar sobre los treinta y pocos, pudiera haber vivido a principios del siglo xx.

Luna se echó a reír.

—No, preciosa. Me refiero a lo que vosotros en la escuela llamáis la guerra de los Treinta Años, de 1618 a 1648. Supongo que mi pronunciación será un poco anticuada pero, como veis, me ha entendido.

Gigi y Anaís se miraron en silencio.

—Pero entonces... —comenzó Anaís— entonces, ¿tú cuándo naciste?

—En mil cuatrocientos y pico. No lo sé con precisión. Antes del descubrimiento de América en cualquier caso. —De repente dijo algo en checo que debía ser una indicación para el taxista porque se detuvo de inmediato, Luna pagó y se bajaron del taxi—. Por eso seguramente mis gustos artísticos no han pasado del gótico. ¡Mirad qué preciosidad!

Los tres echaron atrás la cabeza para ver una gran iglesia de piedra oscura que se alzaba al fondo de la placita desierta a la que el taxi los había llevado. No debía de ser una zona turística porque, a pesar de que la plaza era bonita, con sus grandes castaños en el centro rodeando una pequeña fuente, no había bares ni terrazas con mesas. Ni siquiera había gente del barrio disfrutando de la agradable noche de verano en los cuatro bancos del jardín.

La iglesia era imponente en su esbeltez, sus dos torres, una ligeramente más alta que la otra, recortadas a contraluz sobre un cielo donde se destacaban varias nubes alargadas de un rosa violento. La fachada había sido tapiada a conciencia con un muro liso de obra que llegaba hasta un altura de cinco o seis metros.

—San Cirilo —dijo Luna—. Al menos así se llamaba cuando aún funcionaba como templo cristiano. Luego, no sé bien por qué, en la época comunista lo desconsagraron, lo tapiaron y nadie lo ha vuelto a usar para nada, que yo sepa.

—Y el mapa, ¿está ahí? —preguntó Anaís.

Luna asintió con la cabeza.

—¿Estás seguro?

Volvió a asentir, aunque no lo estaba en absoluto. R le había asegurado que el mapa seguía ahí; no podía mostrar ninguna duda frente a los que tenían que trepar hasta la torre para conseguirlo.

Los dos *traceurs* se desentendieron de Iker y avanzaron hombro con hombro hasta el pie de la iglesia, con la cabeza echada hacia atrás, fijándose en los detalles de la fachada y comentando en voz baja lo que les llamaba la atención. Luna los seguía a unos metros de distancia, fascinado por la idea de que aquellos dos chavales fueran capaces de trepar por esa superficie. Suponiendo que lo fueran. Desde detrás de ellos, Luna veía a Anaís sacudir la cabeza una y otra vez en una negativa mientras Gigi gesticulaba y señalaba hacia arriba.

—¿Pasa algo, chicos?

—Esto no es lo nuestro, Iker, te habrás dado cuenta tú mismo; en Koh Samui empezaste a entrenarte con nosotros, tienes que haberte fijado en que no es lo que solemos hacer. Para esto necesitarías expertos en *buildering* —Anaís hablaba con

seguridad.

—¿No es lo mismo?

—No.

—Pero ¿podéis hacerlo?

—Sí.

—No.

Las respuestas sonaron a la vez. Iker los miró, con una pizca de diversión.

—Claro que podemos —dijo Gigi, con total seguridad—. No lo hemos hecho nunca, pero se puede hacer. Yo diría incluso que, una vez superado ese muro postizo, nunca hemos tenido tantos asideros en toda nuestra vida de *traceurs*.

—Esto es para escaladores, para *urban climbers* —insistió Anaís.

—¿Adónde tenemos que llegar?

Luna cogió a Gigi por los hombros y señaló la torre de la derecha donde, a través de una abertura se destacaba contra el cielo de poniente, ahora rojo y violeta, la silueta de las campanas.

—Allí. Al campanario. Entráis por ese arco y ya estáis.

—Y una vez allí, ¿qué hay que buscar?

—Os lo diré mañana, antes de subir. —Los dos *traceurs* se miraron, preocupados.

—¿Mañana?

—Antes de amanecer. No es plan que os vean los vecinos y llamen a la policía.

Anaís sacudió la cabeza.

—Ni lo pienses. Incluso este descerebrado al que le has sorbido el seso sabe que necesitamos un par de días de venir aquí horas y horas a mirar, a calcular la ruta que pensamos seguir, a estudiar fotos de la fachada en internet, a hacer las nuestras... Joder, Iker, esto nos puede costar la vida, ¿sabes? No es como dar un par de volteretas en el parque. Hay que prepararse bien.

—Podemos comprar todo el material de escalada que queráis: cuerdas, clavos, mosquetones... yo que sé... lo que haga falta.

—Sí, ya... el dinero lo puede todo —dijo Anaís, asqueada—. ¡Vámonos a cenar! Ya no se ve ni torta. Mañana más.

Los dos hombres se quedaron mirando la figura de Anaís que se alejaba hacia la calle principal y un instante después salieron corriendo detrás de ella.



Negro. En vuelo

Imre Keller puso el respaldo del asiento en posición vertical mientras la azafata se llevaba la taza de café vacía con una sonrisa particularmente esplendorosa destinada a que aquel hombre tan atractivo se fijara por fin en ella, cosa que no había podido conseguir en las diez horas que había durado el vuelo.

Estaba acostumbrada a atender a los pasajeros de primera clase, poderosos hombres de negocios, políticos de incógnito, estrellas del espectáculo... pero pocas veces había visto a un hombre tan magnético como el que ahora miraba por la ventanilla moviendo la muñeca lentamente antes de cada trago de *whisky*.

Iba vestido enteramente de negro, con traje y camisa, sin corbata, y había algo en su mirada que lo hacía a la vez peligroso y fascinante. Era evidente que se trataba de un hombre muy poderoso, acostumbrado a dar órdenes y que esas órdenes fueran acatadas sin rechistar.

—¿Puedo servirle algo más antes de que aterricemos? —se animó por fin a preguntar. Si no hacía algo pronto, aquel maravilloso ejemplar desaparecería de su vida para siempre.

—No, gracias —dijo, tendiéndole el vaso vacío, sin sonreír.

—¿Conoce usted la ciudad? ¿Le gustaría visitar algo en particular? —Era un poco arriesgado, pero no se perdía nada por intentarlo.

Ahora el hombre sí sonrió, una sonrisa como de lobo, tremendamente atractiva, mirándola de frente con unos ojos tan negros y brillantes que parecían arder.

—¿Estaría usted dispuesta a servirme de guía?

La azafata bajó la vista, azorada, y asintió con la cabeza. De repente se le había secado la garganta.

—¡Lástima! —dijo el pasajero sin dejar de sonreír—. Mi esposa no ve con buenos ojos que otras mujeres quieran enseñarme la ciudad. Habrá que dejarlo para otra ocasión. Gracias de todos modos.

La muchacha sintió que enrojecía hasta la raíz del cabello y se retiró a toda velocidad. ¿Por qué había tenido que hacerle creer ese tipo que le gustaba la idea de que ella lo acompañara, cuando sabía que la iba a rechazar? ¡Qué vergüenza más

espantosa! Nunca, nunca volvería a exponerse tanto.

Imre se quedó mirando a la azafata hasta que desapareció tras la puerta de los lavabos. ¡Estúpida *haito*!

Cuando salió del avión unos minutos después, la muchacha no estaba despidiendo a los viajeros. Debía de estar aún encerrada en el baño pensando qué había hecho mal. Claro que no podía saberlo.

Él había venido a matar a un hombre, no a flirtear con una mujer.



Blanco. Atlantis

Emma estaba inquieta y, aunque no quería confesárselo, también estaba empezando a hartarse de aquel paraíso tropical, de que siempre hiciera buen tiempo y hubiese flores por todas partes. Albert estaba encantado y salía todos los días a pescar o a bucear, pero ella no podía evitar un nerviosismo casi constante que no la dejaba concentrarse en nada.

Había intentado calmarse caminando por el interior de la ciudadela, tratando de descubrir cosas nuevas o de adivinar el funcionamiento de otras, pero la impaciencia no la dejaba pensar y acababa regresando más nerviosa y frustrada que al principio, con la sensación de que todo aquello le venía grande, que se parecía demasiado, aunque fuera diferente, a los misteriosos artefactos enterrados en los hielos del norte y cuyo sentido nunca había conseguido comprender.

Encontró a Lena sentada en la terraza de su *bungalow*, abrazándose las rodillas, mirando al mar.

—Supongo que no sabrás nada de Lasha —dijo sin saludar siquiera.

Lena sacudió la cabeza.

—¿Puedo sentarme un momento?

—Claro. —Lena bajó los pies del banco y se hizo a un lado para dejarle sitio a la nueva *mahawk* de su clan. Emma se sentó con un suspiro—. ¿Te pasa algo? Pareces preocupada.

—Estoy nerviosa, no sé por qué. Me preocupa que la ciudad haya dejado salir a Lasha y me preocupa no saber dónde se ha metido ni qué está tramando. Me resulta raro que se hayan marchado Joseph y Chrystelle. Tampoco está Richard... cada vez somos menos y tenemos menos familiares —volvió a suspirar—. Bueno... al menos están Max y Daniel.

—Dani no está —dijo Lena sin apartar la vista del horizonte.

—¿Cómo que no está?

—Debe de haberse ido durante la noche con uno de los que se han marchado de la isla.

—No tiene derecho a marcharse. —Emma estaba perpleja por el atrevimiento del

joven *haito*. Al menos Richard había pedido permiso.

—¡Ja!

—No te preocupes, Lena. Volverá. En cuanto empiece a sentir la necesidad de ser alimentado, volverá.

—¿Cuándo puede pasar eso?

Emma calló durante unos segundos.

—Apenas lleva *ikhôr* nuestro, sí; no es lo que se dice urgente. Pueden pasar unos cuantos años... veinte o treinta quizá.

Lena se echó a reír, aunque su risa no parecía divertida.

—Ya te darás cuenta de que para nosotros dos o tres décadas no son mucho —añadió Emma algo picada—. De todas formas, debes castigarlo cuando regrese, Lena. Un familiar no debe olvidar jamás cuál es su lugar, aunque lo hayas elegido como pareja temporal.

En ese momento Nils salió a la terraza, descalzo y vestido solo con una prenda negra que tanto podía ser un bañador como unos calzoncillos.

—¿De dónde sales tú, conclánida? —preguntó Emma, sobresaltada.

—De dentro. —Se acercó a Lena y le acarició la cabeza con dulzura, haciendo caso omiso de la presencia de Emma.

—Hay café en la cocina, *müsli* y algo de fruta —dijo Lena. Nils volvió a entrar en el *bungalow* mientras Emma miraba fijamente a su conclánida enarcando una ceja—. No es asunto tuyo, *mahawk*, de modo que no empieces a hacerme preguntas porque no pienso contestar.

Emma se puso en pie tratando de que no se le notara lo ofendida que se sentía por el comportamiento de Lena.

—Si vieras a Lasha...

—Te avisaré, por supuesto, pero no creo que esté por aquí cerca. ¡Honor a *karah*!



Blanco. Haito. Costa del Adriático

Hacía un calor espantoso en el puerto deportivo. El termómetro de la farmacia, colocado a la sombra en la calle lateral, marcaba 41°C, de modo que Lasha decidió meterse en la primera cafetería con aire acondicionado que le saliera al paso en lugar de acercarse paseando hasta la zona del palacio como había pensado hacer en un principio.

Siempre le había gustado más alquilar un pequeño yate que instalarse en un hotel. Por un lado se sentía mejor cerca del agua y por otro tenía una sensación de libertad que ningún hotel del mundo podía proporcionarle. Aparte de que, en un barco, en mitad de un puerto concurrido, nadie se fijaba en él ni le ofrecía mil cosas inútiles con tal de ganarse una propina.

Se instaló en una mesa del fondo al lado de las grandes cristaleras y pidió una cerveza grande antes de sacar el móvil y marcar uno de los pocos números que había en la lista. Tuvo que dejarlo sonar varias veces hasta que una voz juvenil y sorprendida contestó por fin.

—¡Ulli! ¡Qué sorpresa! ¿Dónde te habías metido? ¿Llamas de parte de papá?

Lasha sonrió al oírse llamar Ulli, la forma más idiota posible de llamar a un hombre de su tamaño, pero ese era el papel que había tenido que adoptar para tratar con Jara Mendivil.

—¡Hola, preciosa! No. Hace días que no sé nada de él. ¿No te ha llamado?

—No. Y no coge el teléfono. —Jara sonaba realmente preocupada.

—Creo que me dijo algo de un retiro que pensaba hacer, uno de esos entrenamientos de artes marciales que tanto le gustan —improvisó—. Pero, escucha, la cosa es que estoy cerca de aquí; he tenido que venir por un asunto de trabajo y he pensado que, ya que tengo la posibilidad, me gustaría invitarte a comer o a cenar, lo que mejor te venga.

—¿Estás por aquí?

—Sí, a unos treinta kilómetros —mintió. Desde la cafetería veía el conjunto de edificios donde suponía que ella se encontraba en esos momentos—. Vamos, si tú sigues viviendo en plan esplendor total en el palacio de los príncipes. ¿Sigues ahí,

no?

La chica soltó una risita.

—Aquí sigo. Le digo a Karla todos los días que ya va siendo hora de que me marche, pero parece que me han cogido cariño, los dos, ella y su marido, y la verdad es que estoy a gusto. Están siendo las mejores vacaciones de mi vida. Papá prometió venir a recogerme pero ya te digo, no sé nada de él.

—¿Cuándo te parece que nos veamos? —insistió Lasha al notar que Jara parecía estar dándole largas—. Tu padre me dio algo para ti y no quiero marcharme sin cumplir el encargo.

—¿Algo?

—Vamos, Jara, hay cosas que no quiero decirte por teléfono. Elige tú el sitio y la hora y allí estaré.

Hubo un silencio en el que Lasha casi oía pensar a la muchacha. No sabía por qué pero la hija de Luna parecía desconfiar de él por algo que no se le ocurría. ¿Le habría dicho alguien que el bueno de Ulli no era ni tan tonto ni tan inofensivo como parecía? ¿Quién podía haberle dicho algo así? ¿El mismo Luna?

—¿Puedes estar en Reinaldo's a la una? —habló Jara por fin.

—Claro. Sin problemas.

—Ulli...

—¿Sí?

—Nada. Ya te preguntaré luego.

—Hasta ahora mismo, princesa.

Lasha cortó la comunicación, dio un largo trago a la cerveza y se quedó pensando un momento.

La noche antes había recibido un sms de Ritch con una sola palabra: el nombre de la ciudad a la que habían ido Luna y los *traceurs*. Ahora debería llamar a Ritch, pero prefería darle un poco de tiempo para llegar a la República Checa e instalarse; además no tenía sentido hablar con él antes de poder darle información sobre el paradero exacto de Luna y para saber eso, primero tenía que encontrarse con Jara. Su vida se estaba volviendo muy complicada y ni siquiera sabía si le daría tiempo a hacer todo lo que aún tenía que hacer.

Lo que sí hizo fue llamar a un número de Praga para informar de que un conocido suyo pasaría próximamente a recoger la llave que él había dejado allí en depósito.

Se terminó la cerveza y, suspirando de fastidio ante la idea de tener que volver a salir al calor infernal de aquel puñetero puerto mediterráneo, se puso la gorra y las gafas de sol y abrió la puerta. Quemaba como un horno.



Rojo. Atlantis

—¿Tienes que irte tú también, Gregor? —Dominic estaba en el *bungalow* viendo a su conclánida llenar una pequeña maleta.

El médico contestó sin darse la vuelta.

—Tengo que ir a controlar un par de cosas a Suiza, pero dentro de cuatro días, como máximo, estoy de regreso. ¿Por qué no te vas tú también un tiempo?

—¿Cómo me voy a ir, si no sé dónde se ha metido Nora? —dijo casi furioso—. Estoy empezando a preocuparme de verdad.

Kaltenbrunn dejó lo que estaba haciendo, se giró hacia su conclánida y se quedó esperando a que siguiera hablando.

—Sé que suena ridículo pensar que pueda haberle pasado algo en esta isla que parece el paraíso de Adán y Eva antes de la caída —continuó Dominic, tratando de quitarle importancia a la angustia que sentía—, pero no es normal no saber nada de ella en más de veinticuatro horas, y que ayer noche no asistiera al cónclave y que no me haya dicho nada si ha tenido que marcharse de aquí para algo.

—Y entonces, ¿qué sugieres?

Dominic sacudió la cabeza un par de veces.

—¡Vamos, di lo que estás pensando! —insistió el doctor.

—No se me va de la cabeza la mirada de Lena cuando eliminamos a su amiga *haito* en el quirófano. Dijo que se vengaría, ¿no te acuerdas?

El doctor Kaltenbrunn hizo una mueca despectiva.

—Eso es lo que se dice cuando uno se siente impotente para evitar algo. Es lo que se llama «el derecho al pataleo». Luego, la mayor parte de las personas olvidan rápido o, aunque recuerden, ya no les parece justificada la venganza.

—Me temo que no podemos decir que Lena forme parte de esa «mayor parte de personas» de la que hablas. Ha sido educada como *haito*, pero es pura *karah*, y nuestra especie no es precisamente de las que olvidan fácilmente las ofensas. Gregor, esa muchacha tiene sangre de los cuatro clanes, incluso del nuestro. ¿Cómo es posible que yo no me diera cuenta en Innsbruck, cuando parecía tan evidente que Clara era la elección perfecta? Imagínate si Arek, en lugar de haber sido engendrado en una

mediasangre como Clara, hubiera sido engendrado en Lena, en el nexo.

—Sí. Quizá hubiera podido ser un nexo él también.

—Un nexo con conciencia de ser *karah* desde su nacimiento, educado por el clan rojo... —La voz de Dominic se hizo soñadora.

—Baja de las nubes, Nico. Decías que podría ser que Eleonora haya sido víctima de Lena. ¿Te basas en algo?

—No. Es solo que no se me ocurre quién más podría tener algo serio contra ella. Además, no pensaba en que la hayan asesinado.

—¿No? Entonces, ¿qué?

—No sé, Gregor, no me hagas caso. Vuelve pronto, anda. Esto empieza a parecer la canción de los *Diez negritos*. Mechthild y Miles en Europa, el Shane Dios sabe dónde, Eleonora desaparecida, ahora te vas tú... y el clan rojo se reduce a Flavia y a mí.

—Y Arek —añadió Gregor Kaltenbrunn con una sonrisa—, no lo olvides. El clan rojo es el único que ha conseguido reproducirse en el siglo XXI.

—Y Arek —repitió Dominic sonriendo.



Blanco. Negro. Costa del Adriático

Cómodamente instalado en la popa del pequeño yate que había alquilado, Lasha perdió la vista en el lejano horizonte donde se insinuaban algunas lucecillas de la costa italiana. Detrás de él, al este, la oscuridad era casi completa y la costa albana ya no se distinguía de la masa del mar. La temperatura era por fin soportable, el vino estaba fresco y el único sonido a su alrededor era el de los cabos chocando contra el mástil, un campanileo tranquilizador que algunas veces le recordaba a los cencerros que llevaban las vacas en los pastos alpinos. Suspiró de puro alivio, de felicidad por haber salido de aquella extraña prisión orgánica y encontrarse de nuevo en un barco, en mitad del mar. Quizá no le quedara mucha vida, pero si podía pasarla así, valdría la pena: el mar, el viento, la sensación de que había hecho lo que tenía que hacer y había sido un éxito. Al menos hasta ese instante.

Sacó el móvil, comprobó que tuviera cobertura y marcó el número de memoria.

—¿Llamo en mal momento? —preguntó con exagerada cortesía nada más oír la voz de su camarada.

—¿Ulrich? —Luna se echó a reír ruidosamente—. Espera un segundo, deja que salga de este maldito bar; hay demasiado ruido. ¿Tú no estabas encerrado en la fortaleza viva de Atlantis, compañero?

—Exactamente. Lo estaba, y ya no lo estoy.

—No sé cómo lo habrás conseguido, pero ¡sigues siendo el mejor!

—¿Dónde estás, Luna?

—¡Qué más da! A mí ya todas las ciudades me parecen iguales. —Estaba claro que solo trataba de ganar tiempo con su respuesta.

—No te vayas por las ramas. Sé que has ido a buscar un mapa para el cónclave. —El silencio al otro lado se hizo tangible. Casi podía ver a Luna pensando quién se lo habría dicho, cuánto podía saber del asunto, dónde estaría Silber Harrid en esos momentos si ya no estaba en Atlantis—. Ahora lo que me gustaría saber es por qué. Si no recuerdo mal, tú y yo jugábamos en el mismo equipo. Creo recordar oírte decir que tú tampoco querías colaborar para que consiguieran abrir esas puñeteras puertas.

—Recuerdas bien —dijo por fin.

—¿Entonces?

—Entonces han sucedido cosas que me han hecho cambiar de opinión. O no... no realmente. Digamos que han sucedido cosas que me han llevado a colaborar marginalmente, temporalmente, con el otro equipo.

—Ahá. Temporalmente. ¿Durante cuánto tiempo?

—No te debo ninguna explicación, Ulrich. —Por primera vez su tono era el del antiguo don Juan de Luna, orgulloso, distante.

—Quizá no me debas ninguna explicación, cobarde traidor, pero sí me debes lealtad. Teníamos un pacto.

—Agh, vamos a dejarlo, viejo. Me has pillado a medio cenar. —Don Juan de Luna acababa de esfumarse, dejando solo al nuevo Iker Mendivil, una especie de *hippy* del siglo xx que al parecer había perdido el concepto del honor. Por eso decidió jugar un poco.

—Cuánto lo siento, excelentísimo don Juan. No era mi intención estropearos la velada, amigo mío. —Dejó la ironía más evidente y, sin abandonarla del todo, su tono se hizo directo, pragmático—. No te preocupes, Iker, le diré a tu hija que te hemos pillado en mal momento y que tus lealtades han cambiado. Estoy seguro de que lo entenderá.

—¿Mi hija? ¿Dónde está Jara? ¿Qué le has hecho a Jara?

—Nada. Tranquilo, compañero, no le he hecho nada. Todavía. ¿Qué me sugieres que le haga? ¿Sexo? ¿Droga? ¿Violencia?

—¡No se te ocurra tocarle un pelo de la ropa, hijo de puta! ¡Te dije que mi hija tenía que quedar al margen!

—También me dijiste que estábamos en el mismo bando. Mira, piénsalo con calma y llámame mañana a este número. Ahora lo voy a desconectar para poder dormir tranquilo, igual que tu niña. Puedes acabar de cenar y ya mañana me dices lo que hayas decidido.

—¿Qué quieres? ¿Qué coño quieres? —Luna parecía realmente furioso, lo que hizo sonreír a Lasha. No era fácil sacar a don Juan de Luna, ahora Iker Mendivil, de sus casillas, pero daba la sensación de que él aún era capaz de conseguirlo con relativamente poco esfuerzo.

—¿Qué quiero? Es muy sencillo, camarada. Que le entregues ese puto mapa a quien yo te envíe a recogerlo. Sin haber hecho ninguna copia. Directamente, ¿está claro?

—Y ¿qué le digo a los parientes?

—Eso es asunto tuyo, Luna, pero podrías decirles que no lo has encontrado, que no estaba allí... Estoy seguro de que se te ocurrirá algo. En fin, hasta mañana.

—¡Ulrich! ¡Espe...!

Lasha cortó la comunicación, abrió el móvil, sacó la batería y entró a ver cómo estaba la muchacha. Seguía profundamente dormida, atada y amordazada. Calculó que la anestesia le duraría otras cuatro o cinco horas, de modo que se fue a dormir él

también, arrullado por las suaves olas del Adriático.



Negro. Rojo. Londres

Un criado, posiblemente familiar, tan extraño como su amo le abrió la puerta. Iba vestido con una especie de uniforme en tonos rojos como si fuera un *collage* de elementos de diferentes épocas. Su pelo, violentamente negro, se disparaba en todas direcciones en picos de inspiración *punk* pero, a pesar de ello y de llevar los ojos muy maquillados, su porte era de una elegancia intachable.

Era la primera vez que Imre visitaba la casa del Shane y, como le sucedía a las pocas personas que tenían el honor de ser invitadas, en el primer momento quedó sobrecogido por la abrumadora sensación que producía el entorno: más de tres pisos abiertos en torno a una especie de teatro adonde se asomaban una terraza tras otra abarrotadas de muebles y objetos y en cuyo centro un esbelto ascensor totalmente transparente subía y bajaba como una lágrima, destellando bajo las luces. El techo era sencillo sin embargo: una gigantesca lámina de cristal que dejaba ver el movimiento de las nubes.

Como era de esperar, el color básico era el escarlata, pero había tantísimos objetos extraños y preciosos dispuestos sin orden aparente que los colores se superponían y los ojos iban pasando de uno a otro sin acabar de decidir si lo que estaban viendo era un museo, o un gabinete de maravillas o un centro comercial para clientes muy raros. O lo que era realmente: la quintaesencia del Shane.

A Imre, con sus gustos puristas, aquella casa le parecía una aberración y le hacía desear salir de allí cuanto antes.

—¡Bienvenido, *mahawk*! ¡Honor a *karah*! —sonó una voz potente a sus espaldas.

Imre se giró con la mano tendida para estrechar la de Miles que, con su mejor aspecto de banquero, se acercaba a él fingiendo una sonrisa. O quizá no fuera fingida, quizá todos los británicos de clase alta sonrieran así, sin mover el labio superior y sin que sus ojos se iluminaran. Hacía demasiado tiempo que no trataba con británicos y no lo recordaba con claridad.

—Ha sido una sorpresa saber que estabas en Londres. Ven, acomódate como puedas. Nuestro *mahawk* tiene un extraño concepto del confort doméstico como, sin duda, habrás notado. Pero me figuro que estos objetos de aquí deben de ser sofás.

Ambos se sentaron con precaución. El mayordomo se les acercó discretamente.

—¿Deseas tomar algo, Imre?

—No, gracias, Miles. Me marcho enseguida.

El banquero hizo un gesto al mayordomo y este desapareció, sigiloso como un gato. Imre pensó que debía de ser el único mayordomo del mundo que seguía resultando elegante vestido prácticamente de payaso como iba. Tuvo una punzada de nostalgia de su propio *Mr. Chang*, con su rostro impasible y su esbelta figura de seda negra. Pronto volvería a Shanghái.

—Tú dirás, *mahawk*.

—¿Qué haces tú en esta casa? —Le había venido muy bien que Miles lo hubiera citado por teléfono en la casa del Shane, pero le seguía pareciendo muy extraño que el *mahawk* rojo hubiera permitido que un conclánida entrara en sus dominios sin estar él presente. Aunque quizá sí lo estuviera de algún modo: todo estaba lleno de cámaras, unas más visibles que otras, y era más que probable que el Shane tuviera acceso a cualquier cosa que sucediera en su hogar.

—Recoger un encargo de Shane. —Imre observó que Miles no lo llamaba «el» Shane, como todos, sino que se limitaba a usar su nombre como un nombre propio—. Y tú, ¿a qué has venido?

Imre suspiró. No quería hacerlo. No le veía ningún sentido a lo que tenía que hacer, pero era la única manera que se le había ocurrido de honrar su palabra y, de paso, mostrar al Shane lo absurdo de su deseo.

—Yo también tengo que cumplir un encargo del Shane.

Miles enarcó una ceja con tanta elegancia que Imre se sintió de pronto metido en el set de una película hablando con un actor que estaba haciendo el papel de un aristócrata inglés.

Pero él también tenía que hacer su papel.

—Te lo mostraré.

Del bolsillo derecho sacó una navaja estilete con cachas de ébano que lo había acompañado durante muchos años.

—He venido a matarte.

—No digas tonterías.

—Te lo he advertido para que puedas defenderte.

Miles se limitó a cabecear mirando la navaja con cara de fastidio, como si le molestara profundamente que Imre se hubiera pasado al comportamiento absurdo y teatral propio del Shane.

Un instante después, antes de que Miles hubiera notado qué estaba pasando, Imre se la había clavado dos veces en el corazón y otra vez en el vientre. De un salto, pasó detrás del conclánida que se retorció tratando de entender qué le estaba sucediendo, y le cortó el cuello. El chorro de sangre salpicó la estatua de una Venus rodeada de palomas, poniendo color en las rosas de mármol que florecían a sus pies.

Con un *haito* habría bastado, pero *karah* era más resistente y no podía dejarlo

ahora y arriesgarse a que se recuperase del ataque, de manera que abrió su maletín para sacar la herramienta que acababa de comprar: una motosierra de pequeño tamaño que le permitiría descuartizar el cadáver con relativa rapidez.

Se desnudó. No quería mancharse y además sabía por experiencia que pronto tendría mucho calor y estaría más cómodo sin ropa.

Hacía mucho tiempo que no había tenido que ensuciarse las manos de ese modo; habían pasado siglos de su última batalla, cuando la sangre chorreaba por el codo abajo y el hombro dolía durante varios días del esfuerzo de matar; cuando uno procuraba no dañar las ropas de los enemigos para poder llevar a casa un buen botín de guerra.

Pero ahora el olor de la sangre ya no lo excitaba, ni se sentía particularmente orgulloso de estar asesinando a un conclánida.

Sin embargo, tenía la esperanza de que al haber empezado por un miembro del clan rojo, el Shane se diera cuenta de que su plan no solo no era necesario sino que, además, era absurdo. ¿Qué más le daba que *karah* siguiera viviendo como siempre, si ellos dos —y Ennispasaban al otro lado?

No le llevó más de una hora terminar el trabajo.

En una ocasión el mayordomo apareció al fondo de una de las terrazas del primer piso y se quedó unos minutos quieto como un maniquí observando a Imre en silencio. Luego se retiró.

Era evidente que no pensaba llamar a la policía.

Cuando Miles Borman se hubo convertido en un montón de trozos de carne sanguinolenta, Imre oyó un suave zumbido a sus espaldas. Levantó la vista con curiosidad: una gran pantalla se estaba despegando de la pared y se orientaba en su dirección. Unos segundos después, el rostro del Shane en primer plano lo miraba fijamente.

Imre lo saludó con una mínima inclinación de cabeza, en silencio.

—¿Se puede saber qué haces en mi casa?

—Cumplir tu encargo, como ves, conclánida.

Por las paredes de las salas que lo rodeaban, muchos de los cuadros se habían convertido repentinamente en pantallas que mostraban a Imre desde distintos ángulos: erguido, ensangrentado y orgulloso como una imagen de Satán.

—Sí, ya veo. ¿Puedo preguntar por qué has empezado por el clan rojo?

Imre se encogió de hombros.

—Si tienen que morir todos... por alguien había que empezar. Y además, Miles nunca me cayó bien.

El Shane echó atrás la cabeza y soltó una risotada.

—A mí tampoco, conclánida —dijo cuando pudo volver a hablar—. ¿Y ahora?

—Había pensado en Mechthild. —El Shane frunció el ceño—. Cuando ella no esté, aún sois cuatro: Flavia, Dominic, Eleonora y tú mismo. Incluso sobra uno.

—Creo que deberías seguir ahora por otro clan.

—Eso es cosa mía, Shane. Si lo hago, lo hago a mi manera.

Hubo un silencio. Los dos hombres se miraban fijamente a los ojos.

—Ya hablaremos luego. Ve a ducharte —dijo por fin el Shane—. Recordarás que la sangre, cuando empieza a coagularse, es aún más difícil de quitar.

—Buen consejo. Ah, me temo que acabo de arruinar una excelente alfombra nepalí. Le diré a tu mayordomo que se encargue de hacerla desaparecer.

—Estás en tu casa, conclánida. ¡Honor a *karah*!

Imre le dio la espalda al Shane y se internó entre los muebles que llenaban la sala como un explorador en la jungla.



Haito. Praga (República Checa)

Dani y Ritch caminaban lentamente por el centro histórico de Praga paseando la vista por la belleza que los rodeaba pero con el pensamiento perdido en otra parte. Ritch no podía evitar que su mano, metida en el bolsillo de una gabardina ligera que se había comprado a propósito, tropezara constantemente con el revólver que llevaba allí desde hacía menos de una hora. Le daba auténtica grima el objeto y su primer impulso había sido meterlo en la mochila hasta que Dani, con una sonrisa casi de lástima, le había hecho notar la falta de sentido de meter un arma en un lugar de difícil acceso. Como la cosa tenía lógica, se había resignado a llevarla en el bolsillo, pero ahora estaba debatiendo consigo mismo si pedirle a Daniel que se hiciera cargo él. Al fin y al cabo, hacía muy poco que había salido del servicio militar y aún debía de conservar cierta familiaridad al contacto con armas de fuego.

Daniel, por su parte, aunque apartaba el pensamiento una y otra vez como si se tratara de un mosquito zumbón, no hacía más que darle vueltas a su última conversación, más bien pelea, con Lena. ¿Tendría que haber cedido? ¿Era remotamente posible que ella tuviera razón, que *haito* debiera quedar al margen de algo en lo que le iba algo tan básico como la pura supervivencia, que *karah* supiera lo que le convenía a todos sin contar con nadie más?

No. No era posible. Ella no tenía razón y alguien tenía que decírselo.

Siguiendo las indicaciones de Lasha habían ido, nada más levantarse, a una tiendecilla de la Mala Strana donde un tipo de grandes bigotes engomados con aspecto de haberse escapado de un cuadro de dragones imperiales les había entregado, después de identificarse con una contraseña, un paquetito envuelto para regalo. También habían aprovechado para preguntarle —el hombre apenas hablaba inglés pero dominaba el alemán— por tiendas de equipo de escalada, ya que, después de mucho discutirlo entre ellos, habían llegado a la conclusión de que si Luna necesitaba a los *traceurs* para conseguir el famoso plano eso podría significar que estaba en un lugar de muy difícil acceso, incluso para alguien tan ingenioso y experimentado como Luna. Era lo único que se les había ocurrido de momento para no perder el tiempo mientras esperaban a que Lasha consiguiera averiguar dónde se

hospedaban o cuál era el edificio donde estaba oculto el plano.

Luego habían entrado en un bar muy concurrido a tomar un café; en los lavabos, habían sacado el revólver del paquete y Ritch, con gran renuencia, había acabado por metérselo en el bolsillo.

—Creo que te toca llevarlo a ti un rato —estaba diciendo ahora mientras echaban atrás la cabeza para admirar las torres de la iglesia Teyn.

—La verdad es que para ser estadounidense no eres muy aficionado a las armas.

—No todos los americanos somos de la Rifle Association —contestó Ritch, un poco picado—, y aparte de que no me gustan las armas, por si no te has dado cuenta, es ilegal tener una. Si nos pilla la policía, lo tenemos claro.

Daniel se encogió de hombros y no contestó. Echó a andar de nuevo mirando el mapa, tratando de orientarse para llegar a la segunda de las dos tiendas que les había nombrado el tipo de los bigotes. En la primera no habían conseguido averiguar nada.

Ritch se quedó ligeramente atrás, atendiendo una llamada de móvil, mientras Daniel volvía a pensar qué le convenía hacer, por qué después de haberle dado la espalda a Lena y haberse marchado de Atlantis, seguía implicado con toda aquella historia de los clanes, por qué estaba acompañando al americano en una misión que a él ya no le concernía. Sabía que muy probablemente, en un futuro, los clanes acabarían por tomar la decisión de encontrarlo y matarlo, pero también estaba seguro de que ahora tenían cosas más importantes que hacer y probablemente confiarían en que fuera él quien regresara para pedir ser alimentado, cosa que, al menos de momento, no pensaba hacer.

La mano de Ritch se posó en su hombro, agitada.

—Sé dónde están —dijo. Su cara estaba tan pálida que las pecas parecían brillar con luz propia—. La iglesia de San Cirilo. Tenemos que darnos prisa. El profesor Rampanya también viene hacia acá pero aún está lejos. Me ha dicho que lo más probable es que Luna no quiera perder tiempo y que ya estén en ello. Tenemos que conseguir ese mapa como sea.

Dani notó que se le secaba la boca de golpe. Un momento después, Ritch le había metido la mano en el bolsillo de la cazadora y ahora la pistola estaba allí, contra su cintura. La sentía pesada y caliente aún de la mano del americano.

—Tú sabes usar estos trastos, colega —le dijo Ritch en voz baja—. Yo trataré de razonar con él.

Estuvo a punto de soltar una carcajada. Razonar. Razonar con un tipo que llevaba varios siglos siendo un asesino.

Ritch le estaba abriendo la puerta de un taxi y, ayudándose de papel y lápiz, se afanaba en explicarle al conductor que querían ir a Sankt Kyrill.

Bajaron por una calle lateral en cuanto las torres de la iglesia aparecieron en su campo de visión. Esforzándose por parecer turistas sin ningún interés concreto, salieron a una placita tranquila con bancos de madera y viejos castaños.

—¿Y ahora?

Ambos llevaban puestas las gafas de sol y dirigían la mirada a todas partes buscando a los *traceurs* o a Luna.

—Ahí —susurró Dani.

Desde donde estaban, bajo uno de los copudos árboles, veían a Anaís señalando algo con el brazo extendido y a Gigi, un par de metros más atrás, asintiendo con la cabeza. De Luna no había ni rastro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ritch en un susurro—. ¿Dejamos que nos vean? Daniel sacudió la cabeza.

—Parece que aún están calculando las posibilidades. Si queremos hacernos con ese mapa tenemos que esperar a que suban y lo encuentren. No tiene ningún sentido que nos vean ahora. Además, si esperamos, lo mismo llega Lasha y se encarga él de todo. Sería lo mejor, ¿no crees?

Ritch lanzó la vista hacia arriba, hacia las torres que parecían clavarse en el cielo.

—Yo preferiría evitar que tuvieran que hacerlo, la verdad.

—Pero si dejamos que el mapa siga ahí, antes o después, alguien lo recogerá y entonces ya no habrá obstáculo para que intenten abrir esa maldita puerta. Es fundamental que lo traigan aquí abajo. Está claro que ni tú ni yo podríamos hacerlo.

Ritch bajó la vista al suelo y no contestó. Dani tenía razón, pero seguía sin gustarle la idea de que Anaís tuviera que trepar por esa fachada para sacarle las castañas del fuego a todos.

—Saben hacerlo —insistió Daniel—. Claro que es peligroso, pero ellos pueden.

—Sí, ya —contestó Ritch con muy poco entusiasmo—. De todas formas, no quiero perderlos de vista. Vamos a ver si hay algún bar por aquí.

No lo había, de modo que decidieron separarse en un intento de cubrir la mayor parte de la fachada de la iglesia, ya que los *traceurs* se iban moviendo de un sitio a otro, probablemente en busca del mejor recorrido para llegar arriba. Luna seguía sin aparecer, lo que resultaba inquietante. ¿Por qué los *yamakasi* no aprovechaban su ausencia para huir? ¿O es que solo estaba escondido, vigilándolos?

Había poca gente por la calle y todos parecían ser vecinos del barrio; los miraban con relativa curiosidad unos instantes y después seguían a lo suyo sin volver la vista atrás.

Ritch se apoyó contra una puerta antigua bajo un saledizo que le permitía estar a la sombra. Aunque quedaban ya pocas horas de sol, hacía calor. Al empuje de su hombro, la puerta se abrió dejando libre el paso a un corredor oscuro con olor a humedad. Dio dos pasos hacia dentro. Desde allí controlaba perfectamente el lugar donde estaban ahora los dos *traceurs* sin que nadie lo viera.

Vio a Gigi doblar a la derecha y desaparecer detrás de la mole de San Cirilo. Anaís siguió donde estaba, haciendo fotos a algo que él no podía distinguir.

En ese momento se giró hacia atrás, en su dirección, y sin verlo, caminó hacia la zona de sombra con la cámara colgada del cuello, mirando las fotos que acababa de tomar.

Él dudó un instante entre mostrarse y quedarse quieto, con la esperanza de que ella, concentrada como estaba en las fotos de la fachada, no percibiera su presencia. Vista así, de cerca y sin que ella lo notara, aún le gustaba más. Parecía una mujer resuelta, segura de sí misma, con un cuerpo ágil y fuerte y unos ojos oscuros llenos de luz.

—¿Qué coño haces tú aquí? —susurró en ese momento Anaís, sin levantar la mirada de la cámara. Disimulaba tan bien que Ritch tardó un par de segundos en darse cuenta de que efectivamente estaba hablando con él.

—He venido a protegerte —dijo sin pensar e, inmediatamente, se mordió los labios por lo idiota que sonaba la cosa; ¡ni que él fuera James Bond!—. A tratar de protegerte —se corrigió—. Me manda el clan blanco. O más bien, lo he pedido yo y me lo han permitido.

—¿Por qué? —volvió a preguntar, aparentemente enfrascada en la cámara.

«Menuda pregunta. ¿Cómo contesta uno a una pregunta así en dos palabras?», pensó Ritch, angustiado.

—Dani y yo creemos que *karah* no tiene derecho a decidir cuestiones que afectan a toda la humanidad sin consultarnos. Estamos tratando de ponerles las cosas difíciles.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, se giró hacia la iglesia y se quedó mirándola. Para cualquier pasante ocasional, una muchacha joven, seguramente estudiante de arte, fijándose bien en los detalles de la construcción.

—Sois valientes, tíos. Gilipollas, eso sí, pero con un par. Dos pringadillos *haito* en contra de todo el poder de *karah*. ¿Qué puedo hacer para colaborar?

Ahora fue Ritch el que sonrió, aunque ella no podía verlo.

—Necesitamos ese plano. Pero no para dárselo a ellos. Para memorizarlo y destruirlo.

—Haré lo que pueda.

—¿En qué hotel estáis? —preguntó, recordando de golpe que Lasha quería saberlo.

—En el Imperial.

—¿Cuándo vais a subir?

—Mañana al amanecer. Iker no hace más que darnos prisas, pero ha debido de recibir una mala noticia, porque está medio histérico. Llevad cuidado. Es capaz de todo. Y ahora vete de aquí, antes de que Iker te vea. —Anaís echó a andar muy despacio hacia la iglesia.

—Oye —chistó él—. Si salimos de esta... ¿puedo invitarte a cenar?

Ella, de espaldas, levantó los dos pulgares en silencio. Con su imbatible optimismo, Ritch supuso que le había dicho que sí.



Azul. Atlantis

Rufus y León habían estado trabajando con Joelle desde la noche del cónclave para intentar decidir quiénes serían los arcontes que participarían en la Trama, independientemente de dónde estuviera el punto central que ocuparía el nexo y que no conocerían hasta que regresara Luna de Europa con el mapa.

Se trataba de elegir tres clánidas por color, consultarlo con cada clan, y asegurarse de que esos tres clánidas fueran la mejor representación posible, atendiendo a sus arcanos en el Tarot.

El clan blanco quedó claro muy pronto porque su escasez de miembros no permitía muchas posibilidades. Era evidente que no contaban con Lasha, que siempre había estado en contra de establecer el contacto y que, además, ahora estaba desaparecido. Lena era el nexo y no podía ocupar otro lugar. Solo quedaban Emma, Tanja y Albert. Si le sucedía algo a uno de ellos, todo el plan se haría imposible.

Por parte del clan rojo había más donde elegir, pero después de muchas consideraciones decidieron que los clánidas más adecuados serían Flavia o Eleonora, Dominic y el Shane. Las consultas no habían podido ser definitivas porque muchos de los miembros del clan se habían ausentado de Atlantis y era necesario esperar su regreso para tomar una decisión final.

El clan negro, después de una conversación bastante tensa que Joelle había mantenido con Alix, había estado de acuerdo en aportar a Nils, Alix y Luna o Jeanette. Por lo que les habían comunicado sin ninguna explicación, Imre no deseaba en ningún caso participar en la Trama.

Por el clan azul se desplazarían al lugar que fuera necesario Joelle, Yerek y Nagai.

—¿Crees que ahora está bien, Él? —preguntó León cuando terminó de dibujar el plano.

Ella pasó la vista lentamente por los nombres, los colores y los arcanos.

—Sí, creo que sí. Al menos eso espero.

—¿Qué crees tú que pasaría si la composición no fuera la correcta? —Rufus la miraba con una cierta preocupación.

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea. Desde que simplemente el contacto no funcione hasta que una trama defectuosa pueda crear algún tipo de energía descontrolada que desencadene un tsunami o alguna catástrofe natural.

Los gemelos se miraron y tragaron saliva. Joelle sonrió.

—Lo más probable es que no llegue a ser nada tan trágico, pero es algo que no debemos descartar.

—¿No tendríamos que advertirlos a todos?

—¿A todos? ¿A quiénes? ¿A *karah*? ¿A *haito*? ¿Advertirlos de qué? —Joelle se había puesto seria de repente—. ¿De una de mis ideas locas que no se basa en ninguna experiencia previa? No. No avisaremos a nadie. ¿Está claro?

Los dos hombres volvieron a mirarse, dubitativos.

—Os recuerdo que ahora pertenecéis al clan azul. Soy *mahawk* de vuestro clan. No os estoy preguntando nada; os estoy informando de lo que vamos a hacer. Quiero creer que honraréis vuestra palabra.

—La honraremos, *mahawk* —dijeron ambos casi a la vez—. Nuestra curiosidad es tan grande como la tuya —añadió León.

—No es una cuestión de curiosidad. —La boca de Joelle se había convertido en una línea dura cortando su rostro—. Es una cuestión de supervivencia.

—O de muerte —dijo Rufus con suavidad.

—O de muerte —confirmó ella.



Blanco. Haito. De viaje. Praga (República Checa)

Como la inútil de la muchacha había acudido a la cita sin llevar encima el carné de identidad y el tiempo no bastaba para conseguir papeles falsos, Lasha no había tenido más remedio que olvidarse del avión para llegar a Praga, de modo que, después de haber cruzado Italia y parte de Austria, llevaban ya un par de horas en un tren nocturno que había salido de Innsbruck a las dos y media de la madrugada, lo que había forzado al *mahawk* a tener a la chica moderadamente sedada para evitar problemas.

Ahora estaba medio dormida en la litera, suspirando y llorando de vez en cuando como la estúpida *haito* que era, por muy valiosa que le pareciera al que se consideraba su padre.

Siempre, ya desde sus tiempos de Silber Harrid, había detestado la debilidad, y en los dos últimos siglos *haito* había avanzado increíblemente en esa dirección. Todos, hombres y mujeres por igual, se consideraban con derecho a gemir y llorar y a comportarse como niños de pecho, sin ningún tipo de dignidad; para cualquier memez mínimamente dolorosa hacía falta anestesia, para cualquier cambio anímico había que tomar pastillas que evitaran el sufrimiento.

A veces pensaba si no sería mejor permitir que los suyos intentaran ese contacto y dejar que todos corrieran el riesgo de ser destruidos. Quizá la especie que sustituyera a la humanidad fuera más fuerte y menos vergonzosa.

Llegarían a Praga a las once y veinte de la mañana, demasiado tarde para poder intervenir si Luna, como le había informado Ritch por SMS, forzaba a los *traceurs* a escalar la fachada con la primera luz. ¡Maldita muchacha! ¡Todo ese retraso por su culpa! Pero era fundamental llevarla consigo; era la única arma efectiva de la que disponía para presionar a su antiguo camarada. No había más remedio que tener paciencia y esperar.

Sentado en el único sillón del compartimento, con una pistola en el regazo, perdió los ojos en la oscuridad de la noche y se dispuso a descansar hasta que llegaran a Praga.



Negro. Berlín (República Federal de Alemania)

Casi a la misma hora, Imre Keller estaba en el aeropuerto de Berlín impecablemente vestido y con el aspecto que debía tener un importante hombre de negocios a las cinco de la mañana: algo cansado pero alerta.

En la sala Vip se sirvió un café con manos que no temblaban y se instaló en un cómodo sillón dándole vueltas al mensaje de Alix: «He dejado claro que tú no quieres formar parte de la Trama. Las opciones son: Nils, Luna y yo, o Nils, Jeannette y yo. Dime cuando puedas qué prefieres. Joelle me ha pedido tu número pero no se lo he dado. Ya me dirás». En principio, le daba absolutamente igual quién fuera en representación de su clan. Lo único que le importaba era estar libre para colocarse junto con Ennis lo más cerca posible del nexo, de manera que en cuanto se abriera la conexión, ellos pudieran ser los primeros en colarse al otro lado, antes incluso de que los del otro lado fueran capaces de reaccionar. Si algo había aprendido a lo largo de su vida era que quien es el primero en moverse tiene más posibilidades de ganar. Y en esta situación concreta ganar no era cuestión de simple prestigio, como tantas otras veces. Esta vez ganar podía significar la diferencia entre volver a tener a Ennis o perderla para siempre.

Por eso, aunque había empezado a darse asco a sí mismo, estaba cumpliendo con el plan del Shane, al menos de momento, hasta que pudiera encontrarse con él cara a cara.

Matar a Mechthild había sido ridículamente sencillo. *Karah* se había confiado tanto en los últimos siglos que ya ni siquiera tomaba auténticas medidas de precaución. Aunque... ¿cómo iba a pensar su pobre conclánida que ofreciéndole alojarse en su casa se estaba poniendo en peligro?

La había llamado nada más llegar a Berlín, le había dicho que acababa de llegar a Alemania en busca de algo que era necesario para completar la información que estaban reuniendo y ella lo había invitado a cenar en su casa.

Siempre había sabido que Mechthild se interesaba por él, y él ahora le había dado a entender, muy discretamente, que el clan negro estaba tan desesperado por la falta de descendencia que empezaba a considerar la posibilidad de procrear fuera del clan.

Ya desde la copa de bienvenida le ofreció quedarse a pasar la noche en su enorme casa frente al lago. Lo demás resultó realmente fácil: unas gotas en el vino de la cena, una inyección cuando ya la había llevado a la cama irremediadamente dormida, una hoguera en la barbacoa, en la zona más alejada del jardín, con suficiente gasolina para alcanzar temperaturas capaces de destruir los huesos hasta hacerlos casi irreconocibles en poco más de cuatro horas, un paseo por el lago de madrugada en el pequeño bote de remos, los huesos sueltos, calcinados, cayendo lentamente hacia el fondo del lago.

Antes de irse, a beneficio de las criadas que dormían en la casita de la servidumbre y se habían retirado temprano a órdenes de su señora, una nota manuscrita en el salón:

«Querida Mechthild, gracias por tu hospitalidad. He tenido que marcharme antes de lo que te dije por negocios urgentes. Ha sido una deliciosa velada. Espero que podamos repetirla pronto en Shanghái.

Imre».

Les sorprendería no encontrar a su ama por la mañana, pero suponía que estarían habituadas a las idas y venidas de la señora. Estaba seguro de que Mechthild no era de las que daba muchas explicaciones al personal de servicio y le constaba que viajaba constantemente.

Sacó el móvil y tecleó un mensaje para el Shane: *«Two down. How many to go?»*.

Si todo salía como lo había planeado, el próximo sería el *mahawk* rojo y no tendría necesidad de matar más.



Negro. Haito. Atlantis

Alix llevaba un par de horas en el gimnasio del yate intentando tranquilizarse a fuerza de quemar energía. Detestaba tener que confesárselo pero desde que había visto a ese *haito* un par de días atrás no había conseguido que su mente se apartara de él, y eso era algo que no le había sucedido nunca en todos sus siglos de vida.

Era como si se hubiese metido sin darse cuenta en una obra de Shakespeare, en *El sueño de una noche de verano*, y alguien le hubiera dado uno de esos mágicos filtros de amor que hacen que una persona se enamore perdidamente de lo primero que ven sus ojos, sea lo que sea. De un asno, en la obra. De un *haito*, en la realidad.

Aunque... ¿era amor lo que sentía? No tenía experiencia en ello. Había sentido obsesiones muchas veces, compulsiones obsesivas, como la que un par de siglos atrás la había llevado a perseguir a Luna buscando procrear con él, o más recientemente esa fijación con tratar de tener un hijo con Nils. Sabía lo que era una obsesión y sabía manejarla. Pero esto era diferente. No habría podido decir en qué, pero la diferencia era algo que sentía en todo su cuerpo e incluso en alguna parte que hasta ahora nunca había existido y que quizá pudiera llamarse alma.

Se había resistido a buscar a ese *haito* porque su dignidad de clánida negra estaba por encima de cualquier compulsión, pero no sabía cuánto tiempo más podría seguir resistiendo la necesidad de enfrentarse con él y saber qué le estaba sucediendo.

Por encima del ruido de la cinta sobre la que estaba corriendo oyó el inequívoco carraspeo de su familiar de confianza, Ivo, un *haito* grande y silencioso que impresionaba con su sola presencia.

—¿Qué pasa? —contestó, desabrida—. ¿Otra vez la *mahawk* azul al teléfono?

—No, ama —todos sus familiares, desde su infancia, allá por el siglo XVII, la habían llamado «ama». Ahora Ivo lo hacía solo en la intimidad; cuando estaba en público era *Miss Black*—. Es un muchacho joven que ha venido nadando. No lo conozco, pero me figuro que será familiar blanco o quizá azul. Su nombre es Maël Delange.

Alix sintió un golpe en el estómago, tan fuerte que apagó la cinta de un puñetazo y se dobló en dos.

—Y ¿qué quiere? ¿A qué ha venido? —preguntó cuando pudo hablar de nuevo.

—Quiere verte, ama, aunque ni siquiera sabe tu nombre. Me ha dicho que necesita ver a la señora, a la bella señora del pelo negro. ¿Quieres que lo eche?

—¡No! —su respuesta fue más vehemente de lo que le habría gustado. Se frotó el pelo y la cara con la toalla que llevaba al cuello—. Dile que me espere en el bar de cubierta. Salgo enseguida.

Ivo se marchó sin rechistar y ella soltó de golpe el aire que había estado reteniendo. ¿Qué se habría creído ese estúpido mocosito *haito*? Y ¿cómo era posible que ella estuviera sintiendo palpitaciones solo porque él estaba allí fuera, a pocos metros, esperando verla?

Ahora debería ducharse, secarse el pelo, maquillarse ligeramente, ponerse algo que lo impresionara y salir a ver qué narices quería. Pero detestaba la idea de estar arreglándose para él y que él se diera cuenta. Sería mejor salir así como estaba, sin más. No era más que un miserable *haito* impresionado por su belleza de clánida negra.

Subió a toda velocidad las escaleras hasta la segunda cubierta con una mezcla de emociones desconocida para ella: alegría, rabia, ilusión, deseo, furia... alternando segundo a segundo en su interior. Abrió la puerta como un torbellino y salió a un atardecer que parecía incendiar el mar a su alrededor.

Él la esperaba de pie, vestido solo con un breve bañador negro de nadador y las rastas rubias acariciándole los hombros. Sus ojos se dilataron al verla y, por un instante, Alix tuvo la impresión de poder observarse a través de los ojos del muchacho, como él la veía: una fuerza de la naturaleza, una magnífica pantera negra brillante de sudor, con el pelo húmedo y los pezones erectos.

Se quedaron un minuto mirándose en silencio, sintiendo una tensión casi insoportable creciendo entre ellos, una tensión que tenía que resolverse de alguna manera más contundente que las simples palabras.

Alix dio un paso hacia él, sin saber exactamente qué pretendía con ello. Un instante después estaban besándose casi con furia.

—Tenía que venir —dijo él, sin aliento—. No sabía si tú... —Ella le acarició la mejilla, negando con la cabeza, con una sonrisa dolorosa tensándole los labios—, pero llevo dos días sin dormir, no puedo hacer nada... tenía que verte, aunque no soy más que un humano normal. Lo siento. No puedo evitarlo, de verdad. Me iré, si quieres.

Era un resumen tan exacto de lo que había estado sintiendo ella que volvió a besarlo, lo enlazó por la cintura y, juntos, bajaron a su camarote.



Nexo. Atlantis

Lena estaba a punto de darse un baño en el mar con Nils cuando, de repente, todo desapareció a su alrededor y se encontró en medio de una negrura cristalina donde brillaban miles de estrellas. Tuvo un instante de pánico e incluso le dio tiempo a formular la idea de qué pensaría Nils de su desaparición, antes de darse cuenta de que no flotaba sola en las tinieblas.

Sombra estaba a su lado. Sombra con su aspecto más inquietante, el que había conocido una eternidad atrás en el hotel de París, esa nube oscura y cambiante que a veces parecía estar hecha de insectos o de pájaros y otras veces era simplemente un niebla amenazadora con un aura tan extraña que se podía interpretar como maligna.

—*Ya has descansado bastante* —oyó decir a su maestro—. *Tienes que ponerte en marcha otra vez.*

—*¿Adónde? ¿A qué?* —Sin saber por qué, le asustaba la idea. Se había acostumbrado a pensar que ya no habría más sorpresas hasta el momento de intentar el contacto.

—*Vas a entrar en el Nido. Tiene que aceptarte. Después darás el paso definitivo para el contacto cuando los arcontes estén en su lugar.*

—*¿Qué es el Nido?* —Igual que en el cónclave, cuando Sombra había dicho que Madre había sido informada, la palabra hizo saltar todas las alarmas en su mente.

—*Pronto lo verás. No debes tener miedo. Perteneces a él por nacimiento, por designio. Te aceptará.*

—*¿Vendrás conmigo?*

—*Sombra te acompañará hasta donde sea posible y necesario.*

Flotaban entre las estrellas, girando perezosamente, como fragmentos de un naufragio, recogiendo destellos de soles lejanos, en medio de la belleza helada del universo. A pesar de lo terrorífico del lugar y de la extraña compañía, Lena se sorprendió a sí misma sintiéndose casi en paz, lejos de su vida, por encima de todo lo que la había hecho sufrir hasta el momento.

—*¿Puedo pedirte una cosa, Sombra?*

—*Pide.*

—¿Puedes hacer que sea feliz?

Hubo un larguísimo silencio que Lena ya esperaba.

—*Define feliz* —dijo Sombra por fin.

Lena suspiró, sabiendo que ese era precisamente el problema, que ni ella misma sabía en qué podía consistir la felicidad que añoraba.

—*Estar en paz, quizá* —se atrevió a formular.

—*¿Sin deseos? ¿Sin remordimientos? ¿Sin planes? ¿Vivir en un presente eterno sin conciencia de pasado ni futuro? ¿Vivir para un solo fin predeterminado?*

Lena estuvo a punto de decir que sí, que eso estaría bien, pero alcanzó a morderse la lengua inmaterial antes de decirlo porque se dio cuenta de golpe que eso sería convertirse en algo muy parecido a Sombra y, por tanto, muy alejado de la humanidad. Quería ser feliz, sí, pero no quería ser Sombra.

—*Ese es el camino que estás recorriendo, Lena* —dijo el maestro—. *Si esa es la felicidad a la que aspiras, hay muchas probabilidades de que la alcances. Si te esfuerzas y practicas, lo conseguirás.*

—*Y dejaré de ser humana.*

—*Evidentemente. Pero no insistas en aferrarte a ese espejismo, Lena. Tú no eres humana. Eres karah. Solo te sientes haito por la educación que has recibido. También le sucedió al nexo anterior.*

—*¿A Yeshua?* —preguntó, temiendo haber transgredido algún límite.

Sombra contestó como si le pareciera natural que ella lo supiera.

—*Sí. Fue educado de una manera muy similar a la tuya y cuando supo quién era malinterpretó muchas cosas. A ti no te pasará. Sombra se ha ocupado de que no suceda.*

—*O sea* —dijo ella en un ataque de humor, sabiendo seguro que el maestro no lo entendería, pero sin poder evitarlo—, *que no llegaré a convertirme en diosa.*

—*Para haito quizá sí. Sucede con frecuencia, pero no es algo que deba preocuparte. ¡Ven, Lena!*

—*¡Sombra, espera!* —De pronto el terror la ahogaba hasta dejarla paralizada—. *¿Estoy preparada? ¿Crees que puedo hacer... lo que sea que tengo que hacer ahora?*

—*Sí. Has aprendido bien.*

—*Espera, espera... una cosa más* —Lena se sentía como una niña pequeña que sabe que de un momento a otro se quedará sola en la oscuridad de su cuarto, que su madre está a punto de salir de la habitación y entonces aparecerán todos los monstruos. No podía evitar intentar alargar el momento de separarse—. *¿Es peligroso?*

—*Sombra estará contigo.*

Aunque no respiraba, tuvo en ese momento la sensación de que necesitaba inspirar profundamente antes de aceptar, y lo hizo.

—*De acuerdo.*

En el instante mismo de pronunciar mentalmente esas palabras de aquiescencia,

Lena se dio cuenta de que Sombra no había contestado a su última pregunta, pero ya era tarde para volverse atrás.



Negro. Haito. Praga (República checa)

La iglesia de San Cirilo se destacaba débilmente de la oscuridad. Sus viejas piedras parecían recoger la primera luminosidad del horizonte del este y reflejarla hacia la placita solitaria donde solo Gigi, Anaís y Luna se movían como sombras esperando a que la luz fuera suficiente para intentar la escalada.

Ahora no era cuestión, como de costumbre, de rapidez y seguridad, de elegir el camino más directo para superar el obstáculo y dejarlo atrás. Esta vez se trataba, como Anaís había intentado explicar sin ningún éxito a los dos hombres, de una escalada urbana con una meta muy concreta, con un camino predeterminado, mucho más lento y arriesgado de lo que solían hacer, donde el impulso obtenido de un movimiento no se invertía directamente en el siguiente, sino que uno debía tratar de afianzarse en cada paso antes de dar el próximo.

Gigi y ella iban calzados con pies de gato, llevaban una bolsa de magnesio, y habían decidido usar arneses y una cuerda muy elástica con un buen edi para bloquearla en caso de caída, sobre todo en el descenso.

Anaís volvió a ponerse magnesio en los dedos porque, a pesar del fresco de la madrugada, le sudaban las manos. Se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, tratando de concebir un plan para no tener que trepar por esa fachada, para huir de los clanes y retomar su vida de siempre, pero lo único que había conseguido era ir enfadándose cada vez más con Iker y con todo *karah*, sin llegar a nada productivo. Lo único que le hacía sonreír de vez en cuando era el recuerdo de la sonrisa pecosa de Ritch y la idea de que quizá pudieran empezar algo juntos, si sobrevivían a todo aquello. Pero de todas formas la furia seguía creciendo en su interior y ahora estaba ya que echaba humo.

—¿Listos? —preguntó Iker en voz baja.

Gigi asintió con la cabeza. Anaís hizo una mueca de exasperación.

—¿Piensas decirnos por fin qué es lo que tenemos que buscar y dónde lo encontramos?

El clánida le dio un pequeño móvil a cada uno.

—Solo hay un número grabado. Cuando estéis junto a las campanas, me dais un

toque y os guío.

—Es una delicia ver hasta qué punto te fías de nosotros.

Iker se encogió de hombros.

—¿Y si ahora te digo que no subo? —Anaís estaba empezando a perder el control aunque sabía que no era lo más adecuado para lo que tenía que hacer.

Iker sacó un revólver tan pequeño que resultaba casi ridículo en su mano y lo puso contra la frente de Anaís sin alterar su expresión serena. Se miraban fijamente a los ojos.

—Entonces te mato.

—Y subes tú, ¿no? —La muchacha estaba ya tan furiosa que empezaba a darle igual todo. Se había criado en un barrio periférico de París, hija de inmigrantes; no era la primera vez que alguien le apuntaba con un arma.

—No. Sube Gigi, pero tú no volverás a subir a ninguna parte.

—Pues, ¿sabes qué te digo?, que vale, que me mates. ¡Mátame, gilipollas! ¿No me has oído? ¿Tú te crees que voy a hacer lo que a ti te dé la gana porque me estás apuntando con esa mierda? Sé que nos vais a matar igual, si no nos matamos en esa puta fachada. ¿Qué te has creído, hijo de puta? No me da la gana de dejar que me obligues a hacer algo por cojones, por miedo a morir. No me da miedo morir, ¿me oyes? ¡Que suba tu puto padre!

Anaís se había prometido a sí misma tiempo atrás, ahora que había conseguido salir del barrio y tenía un trabajo serio en un hospital, no volver a relacionarse con gente como la que la había rodeado durante toda su infancia, no volver a hablar como ellos, no volver a recordar que alguna vez estuvo a merced de la gentuza que se creía importante en cuanto tenía en la mano algo que podía matar; pero no había podido evitar caer en las viejas costumbres.

Luna la miró con un destello de admiración en los ojos, pero antes de que ella pudiera pensar que había ganado, desvió el revólver hacia Gigi y se lo puso en la sien. Al chico se le desorbitaron los ojos.

—Entonces lo mataré a él antes, para que aprendas, gatita. Y luego a ti, si insistes. No sois irremplazables. El mundo está lleno de gente, ¿sabes? Y si *karah* ha esperado miles de años, un par de días no van a ser problema.

—Anaís... —empezó a tartamudear Gigi— no dejarás que me mate, ¿verdad? Podemos hacerlo, podemos trepar por esa fachada, tú y yo, como tantas veces... Anaís... por favor... Iker... no me mates... no quiero morir, Anaís... tengo ventitrés años... no quiero morir...

Luna sonrió mirando fijo a la chica.

—En tu mano está...

Anaís escupió al suelo, se metió el móvil en el pequeño bolsillo trasero de las mallas y se giró hacia la iglesia que ahora empezaba a parecer una nube perlada con la primera luz.

Luna guardó el revólver y los acompañó hasta el punto que habían elegido para

comenzar la escalada.

Ocultos en el mismo zaguán donde Ritch había estado la tarde anterior, Daniel y Ritch habían estado tratando de adivinar qué estaba pasando debajo de los castaños, pero aún estaba demasiado oscuro para distinguir detalles, de modo que en el momento en que el trío salió de entre los árboles y se dirigió hacia la fachada, ambos soltaron un suspiro de alivio. Todo parecía ir bien.

Oyeron el tintineo de metal sobre metal y se miraron. Los *traceurs* debían de estar clavando un par de apoyos en el muro liso que tapiaba el primer piso de la iglesia para poder usarlos como escalera hasta llegar al borde, a unos diez o doce metros del suelo, donde ya podrían trepar ayudándose de las estatuas que adornaban la fachada. Nadie pareció haberlo oído. Todas las ventanas que daban a la plaza siguieron oscuras.

Cuando volvieron la vista de nuevo hacia la iglesia, después de su gira por las ventanas y balcones, Anaís ya había empezado a trepar y estaba agazapada en un nicho, junto a la estatua de un arzobispo, una sombra casi indistinguible de las otras sombras.

Se oyó de nuevo un martilleo. Al parecer habían decidido trepar con cuerda. Los mosquetones que la chica llevaba al cinto tintineaban ligeramente en el silencio.

Un momento después, ella se curvó hacia fuera, se sujetó en un reborde y se izó hasta el siguiente punto de ascensión mientras Gigi ocupaba el que ella había dejado libre.

Ritch sentía las manos sudadas y no dejaba de pensar que le gustaría tener un dios al que pedirle protección para su chica. No se habían dado siquiera un beso en la mejilla, pero él no podía evitar pensar en ella como «su chica» y odiaba tener que ver cómo se estaba poniendo en peligro sin que él pudiera hacer nada para ayudar.

Luna seguía el progreso de los *yamakasi* con la mente dividida entre la escalada y la furia quemante que no le daba tregua desde que había tenido que decirle a Lasha dónde estaba para evitar que le hiciera daño a Jara. Sabía que llegarían pronto. El que no hubieran llegado aún había sido una suerte que no podía esperar que durase mucho.

Lo único que le daba algo de tranquilidad era que estaba claro que el antiguo guerrero ya no era el mismo. Ni siquiera había insistido en saber dónde se alojaban. Si no conseguía llegar a Praga mientras ellos estuvieran en San Cirilo, luego desaparecerían, asegurándose de que no pudiera encontrarlos.

Y entonces tendría que hacer algo para rescatar a su hija de las garras de Silber Harrid.

Enviaría a Gigi y Anaís de vuelta a Atlantis con el mapa y le daría a Lasha una copia falsa a cambio de Jara. Eso lo detendría por un tiempo. Quizá quedaría satisfecho destruyendo el mapa y lo podría convencer de que él había ganado.

Pero no. Su antiguo hermano de armas, aunque ya cerca de la muerte y por tanto quizá algo confuso en ocasiones, no era tonto. Se daría cuenta enseguida de que ese

mapa no era más que una copia inexacta. Y mucho peor: que cualquiera que llegara a las torres de San Cirilo podría copiarlo todas las veces que quisiera. Y que destruirlo definitivamente era prácticamente imposible.

Ragiswind, su mentor y casi padre, era el clánida más brillante que habían dado los siglos. Lo había previsto todo. ¿Cómo, si no, podía haber sobrevivido un mapa que tenía más de mil años?

Decidió confiar en su intuición y reaccionar cuando llegara el momento. No tenía ningún sentido volverse loco haciendo planes basados en mil eventualidades.

A pesar de que cada vez había más luz, Luna no distinguía bien a los escaladores. Toda la fachada era una amalgama de sombras y solo cuando había movimiento podía distinguirse algo. Echó atrás la cabeza y creyó dar con ellos ya muy cerca del campanario. Las cosas iban bien. Pronto lo llamarían.

Gigi se detuvo unos momentos para recuperar el aliento agarrado a una santa de piedra que llevaba una palma en la mano. La vista desde allí era impresionante: toda la ciudad derramándose hasta el río y más allá como una cascada de piedra, tejas y ladrillos; el Moldava empezando a centellear bajo primera la luz, los destellos del sol en cristales y adornos de cobre, los pájaros volando enloquecidos de alegría... A pesar de que no estaba haciendo aquello por gusto, sonrió, agradecido por estar vivo y por poder disfrutar de ese momento. Le habría gustado cruzar la mirada con Anaís, pero ella estaba aún más arriba, seguramente a punto de colarse en el campanario.

Se preguntó una vez más qué clase de mapa podían haber ido a buscar, qué clase de mapa podía haber sobrevivido a mil años de estar oculto en un campanario abierto a todos los vientos y las tormentas. Quizá estuviera en un cofre de hierro, bajo una losa de piedra, pero en ese caso, ¿cómo iban a levantarla entre los dos?

Oyó el agudo silbido de Anaís y alzó la cabeza con cuidado. No podía ver nada desde allí, pero era la señal que habían convenido para que él supiera que ella había llegado, de modo que permitió que su sonrisa se hiciera más ancha, volvió a ponerse magnesio en las manos y siguió trepando hacia arriba.



Negro. Praga

Ragiswind caminaba con paso elástico y resuelto por las callejas de la ciudad antigua de Praga disfrutando de todos los recuerdos que las viejas piedras despertaban en él. Muchos de los cambios que había experimentado la hermosa ciudad le disgustaban, pero en la penumbra de antes del amanecer todo quedaba difuminado y los horrores urbanísticos no destacaban tanto.

Luna se iba a llevar una sorpresa, pensó con un punto de diversión, pero aquel mapa era demasiado importante como para arriesgarse a perderlo y si algo había aprendido a lo largo de los siglos era que nada da mayor tranquilidad a la hora de resolver un problema que saber que está en buenas manos, y las mejores manos son casi siempre las propias. Como había dicho recientemente Napoleón, el pequeño *haito* con aspiraciones que ya llevaba un par de siglos enterrado, cuando buscas una mano que te ayude, mira al extremo de tu propio brazo. Era lo que siempre había hecho él.



Nexo. Atlantis


En Atlantis, Lena apareció en su *bungalow*, que estaba vacío, y se apresuró a vestirse y recoger las cosas que su madre le había dejado en herencia; todas aquellas tonterías que, sin embargo, le había encargado llevar siempre consigo.

Sombra le había permitido esos minutos para que pudiera vestirse, sabiendo que a los humanos les parecía importante llevar ropa para realizar casi cualquier actividad.

Después de llenarse todos los bolsillos del pantalón, echó una mirada circular a su cuarto con la sensación de que no volvería a verlo. Se le apretó la garganta, se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que forzarse a tragar la saliva que se le había acumulado. ¿Volvería a ver a Nils? ¿Dónde estaría Dani ahora, sin saber que ella estaba a punto de enfrentarse a lo desconocido? También le habría gustado despedirse de su padre, pero no tenía tiempo de ir a buscarlo, así que garabateó una nota diciendo que tenía que marcharse con Sombra.

Reprimió un sollozo, agarró la mochila y, sin apartar la vista del azul del mar, dijo interiormente: «Estoy lista».

Un segundo después estaba en la ciudadela.



Haito. Praga

Anaís se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el muro y dejó caer la cabeza mientras su respiración se iba tranquilizando. Lo había conseguido. Había habido un momento en el que había estado segura de que acabaría atravesando una de las grandes vidrieras para caer como un pelele de trapo en el oscuro interior de la iglesia hasta aplastarse contra las lápidas funerarias del pasillo central, pero la ruta que habían elegido se había revelado realmente inteligente y todo había ido bien.

Volvió a ponerse en pie para ayudar a Gigi, cuya cabeza había aparecido frente a ella. Cuando ambos estuvieron sanos y salvos en el campanario, chocaron las manos y se abrazaron.

Unos cuantos pájaros desconocidos que al parecer habían pasado allí la noche, salieron volando de golpe, asustados por el ruido y la invasión de su espacio.

—Anda —dijo ella—, llámalo tú. Yo no quiero oír la voz de ese capullo.

Gigi estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Iker no había tenido ningún reparo en amenazarlo y estaba seguro de que lo hubiera matado si lo hubiera creído necesario. De alguna manera, ya no lo encontraba tan atractivo.

—Iker —dijo en voz fría—. Estamos dentro. ¿Ahora qué?

Allí no parecía haber nada. Las cuatro enormes campanas ocupaban casi todo el espacio. En el suelo había otras dos algo menos gigantes y que no estaban colgadas. El viento silbaba entre ellas.

—¿Cómo? —Iker habló durante mucho tiempo. Anaís vio como poco a poco el rostro de Gigi se transformaba en una máscara de sorpresa—. Sí, claro que lo entiendo. Se lo cuento a Anaís y vamos a ver si damos con ello.

Gigi guardó el móvil y se quedó mirando a su amiga.

—Venga, di, ¿dónde está el mapa?

—Ahí —la cabeza de Gigi señaló en dirección a las campanas—. En una de ellas.

—¿En una de ellas? ¿Dónde?

—Dice que en todas hay algún tipo de relieve: símbolos cristianos, fechas, santos, etc. Son relieves que se fundieron cuando se fabricaron las campanas, usando unos moldes de cera, no me he enterado bien. La cosa es que forman parte del bronce de la

campana, por eso no se pueden robar ni destruir. Ni siquiera un incendio vulgar acabaría con ellas.

Anáis lo miraba con la boca abierta.

—Nosotros tenemos que mirar bien todos los relieves, identificar el que representa un mapa y luego copiarlo con el papel de seda y el carboncillo suave que llevo aquí. Me lo dio antes de subir sin explicarme para qué era.

—¡Joder!

Gigi sonrió. Era muy raro que Anaís se quedara sin palabras.

—¡Venga, vamos a echar una mirada!

—Si está en una de esas campanas enormes, no hay nada que hacer. No podemos alcanzar de ninguna forma la parte de arriba, que es donde están los dibujos, ¿los ves? Los dos forzaron los ojos para distinguir apenas unos relieves lejanos.

—Entonces vamos a empezar por las dos que están en el suelo. Tu ve cruzando los dedos, porque si bajamos de vacío, nos liquida.

Anáis sonrió fugazmente. Daba la sensación de que Gigi empezaba a entender las cosas.

Se agacharon junto a una de las campanas que, a pesar de ser más pequeñas que las otras, les llegaba casi a los hombros, y empezaron a mirar desde abajo para no pasar nada por alto. Luego, ya en la zona superior, encontraron unos relieves que representaban a unos santos con aureolas en las cabezas y palmas en las manos, un escudo de armas desconocido, y unos números romanos, probablemente una fecha: MDXXII. Cuando terminaron de darle toda la vuelta, se quedaron mirándose.

—Parece que esta no es —dijo Gigi—. Vamos con la otra.

La otra era casi igual de grande pero daba la sensación de ser más vieja. El bronce era casi negro y resultaba muy difícil distinguir los relieves porque tenía varios y eran muy intrincados. La fecha, sin embargo, era legible con cierto esfuerzo: MXI.

—¿Tú entiendes lo que dice aquí? —preguntó Anaís.

—Sí. —Gigi había hecho muchos años de latín en el instituto—. Pone 1011.

—¿1011? ¿Esta campana se fabricó en el siglo XI?

—Eso dice.

Los dos sacaron el móvil y empezaron a fijarse en los relieves a la luz de la linterna, cada uno por una parte de la campana. De pronto Anaís hizo una inspiración y Gigi se apresuró a reunirse con ella.

—¿Qué hay?

—Mira. Esto es un mapa del mundo, ¿no?

Gigi tardó un poco en contestar. Nunca había visto nada tan raro, pero al cabo de un minuto concedió:

—Sí. Desde un punto de vista poco frecuente, pero sí.

Cada país dibuja sus mapas desde su propio punto de vista, de manera que cuando uno está en Estados Unidos, Estados Unidos ocupa el centro del mapa y los demás países se sitúan a su alrededor. Y cuando el mapa es australiano, Australia está en el

centro. Todos los europeos encuentran normal que Europa esté en la mitad de la lámina, con las Américas a la izquierda —el oeste— y Asia a la derecha —el este—, con África abajo —el sur— y el Ártico arriba —el norte.

Sin embargo, el mapa que ahora estaba frente a ellos tenía como centro un pequeño punto en medio del océano mientras que a su derecha se extendían las Américas, a su izquierda Asia y mucho más a la izquierda, casi en el borde del relieve, Rusia, Europa y al final España.

Dentro de España, en el centro, había un punto marcado con una pequeña flor de cuatro pétalos. En otros lugares había también lo que podían ser marcas semiborradas por el tiempo y la erosión.

—¿Te das cuenta? —preguntó Anaís con un hilo de voz.

—¿De qué?

—Está Australia. Y América del norte y del sur. Y toda África.

Gigi la miró fijo sin saber adónde quería llegar.

—¡Es un mapa del siglo XI! ¡Todas esas tierras no habían sido descubiertas!

Gigi lanzó un silbido.

—Al parecer, *karah* sí conocía todo el planeta. Me pregunto cómo. —Pasó el dedo por el punto central del que todo partía—. ¿Y esto?

Ella puso también la yema del dedo junto a la de Gigi, con los ojos brillantes de emoción.

—Esto es Atlantis.



Rojo. Nueva York. Estados Unidos

El Shane llegó a su despacho directamente en el ascensor privado, sin que ninguno de sus empleados se hubiese dado cuenta de su presencia. Si algo le gustaba en el mundo era dar sorpresas, y si estas eran desagradables, tanto mejor.

Sabía que todos sus subordinados lo temían y lo odiaban casi a partes iguales, aunque suponía que el miedo ganaba por puntos. Ahora llevaba ya varias semanas sin aparecer por el edificio de 90 plantas desde el que se controlaba la mayor parte de la industria alimentaria del país y estaba casi seguro de que los dos millares de personas que trabajaban en él habían conseguido creerse que no volvería. *Haito* tiene una increíble capacidad para olvidar lo que le asusta, pensó mientras iba encendiendo todas las cámaras con las que controlaba los diferentes departamentos.

Naturalmente no conocía personalmente ni a una docena de los empleados que trabajaban a sus órdenes, pero era agradable saber que todos ellos dependían de su voluntad, incluso de su capricho, que si elegía a cualquiera de ellos basándose en una intuición o en que le resultaba simpática la corbata que llevaba o el color de su vestido podía convertirlo en millonario o hundirlo para siempre en la miseria. Siempre le había gustado jugar a ser dios.

Se sirvió un agua mineral con gas, comprobó con satisfacción que, a pesar de que hacía más de un mes que no aparecía por allí, las finas rodajas de limón estaban recién cortadas, se miró al espejo del baño y se regaló su mejor sonrisa, la que se dedicaba solo a sí mismo.

Había usado los últimos días para rejuvenecer y engordar un poco, se había cortado el pelo, se había teñido de un rubio tan blanco que casi parecía plata y había elegido un traje de corte conservador de un color burdeos muy oscuro con aguas negras, «en homenaje a mi honorable aliado, el querido Imre Keller», se dijo con otra sonrisa. Le encantaba la idea de haber convertido a Imre en un asesino en pleno siglo XXI.

Ahora iba a darle una alegría a su asistente personal, una bruja elegantísima que parecía hecha de alambre de espino y a la que todo el mundo odiaba, pero que temblaba en su presencia de un modo discreto y satisfactorio.

Pulsó un botón del mando que le permitía comunicarse con todos los empleados de la casa, sin quitar la vista de la cámara que enfocaba a Olivia Harris, impecable en un traje rojo, recto, que enfatizaba lo perfectamente plano de su pecho.

Nada más darse cuenta de quién la llamaba, la mujer se llevó una mano al cuello y se quedó blanca como la pared. Un segundo después, estaba de pie, alisándose el vestido y haciendo inspiraciones destinadas a calmarse. Cogió su tableta junto con una carpeta negra de piel y, estrechándolas contra su cuerpo a modo de defensa, se dirigió al despacho del jefe supremo.

—¡Maravillosos buenos días, Ms. Harris! —Le dijo el Shane nada más verla entrar, con una sonrisa llena de dientes—. Está usted esplendorosa. Pase, pase.

—Buenos días, *Mr.* Lancaster. No le hemos visto llegar.

Era delicioso ver cómo se esforzaba por parecer natural y encantada de verlo.

—Ya sabe que no me gusta tener que saludar a ochocientas personas antes de llegar al despacho.

—Lo comprendo, señor. Tampoco yo soy muy aficionada a los saludos.

—Usted es casi tan sociópata como yo. Por eso la elegí. Bien, no perdamos tiempo.

La mujer se sentó frente a su jefe con la tableta en las rodillas.

—He decidido que vamos a conceder una beca de viaje a todas estas peticiones.

—El Shane desplegó sobre el escritorio, en abanico, un par de docenas de cartas.

—¿A todas? —Sabía que era una pregunta idiota pero se le escapó sin querer.

—A todas. Primero porque sí, por puro capricho; segundo porque tengo entendido que nos sirve para desgravar impuestos y además el departamento de publicidad de la empresa puede usarlo en nuestro beneficio.

—Así es. —La Ms. Harris empezó a recoger las cartas y a meterlas en la carpeta después de echarles un rápido vistazo a medida que las iba guardando—. ¿No ha concedido ninguna beca a proyectos de investigación?

—No.

—¿Todas son becas de viajes?

—Ya se lo he dicho.

—Coros..., grupos de teatro..., equipos de fútbol, de baloncesto... ¡Algunos solicitaban viajar a Europa, a Australia...! —La mujer no conseguía entender la lógica de su jefe que, normalmente, no estaba dispuesto a conceder un céntimo a lo que él llamaba «estupideces supuestamente culturales»—. Estamos hablando de muchísimo dinero, señor.

—Todo es correcto.

—Perdone que insista, pero va a resultar carísimo para los pocos beneficios que nos puede reportar.

—Estoy de buen humor, señora Harris. Usted sabe muy bien que no es frecuente en mí. Vamos a añadir, además, una gran cena de despedida a todos ellos antes de que emprendan sus viajes por el mundo.

—¿Una cena?

—¿Está usted volviéndose sorda, querida? —El Shane ladeó la cabeza como un pájaro maligno a punto de atacar. La Ms. Harris bajó la vista—. Enviará usted a cada uno de esos grupos una carta en la que les comunicará que Santivalley Enterprises les regala la noche antes de su viaje una cena que organizaremos para ellos, en sus respectivas ciudades.

La secretaria apretó los labios con fuerza y tecleó en su tableta las indicaciones recibidas.

—Como guste, señor.

—Usted no me conoce bien, Ms. Harris, pero siempre he sido aficionado a los regalos de despedida.

Algo en su tono dejó claro que no necesitaba nada más, de modo que se puso de pie y salió del despacho tiesa como un palo, pensando que el señor Sean Lancaster, el jefe supremo, se había vuelto definitivamente loco.



Negro. Praga (República Checa)

Ragiswind llegó a la plaza de San Cirilo cuando la primera luz empezaba a pintar de rosa y oro las torres de la iglesia. Se metió en un portal, paseó la vista por las sombras que aún quedaban bajo los castaños, distinguió la figura de Luna apoyada en uno de los troncos y sonrió. El muchacho siempre había sido de fiar, a pesar de todo.

De todas formas, Eringard pensaba, como él, que no podían dejar ningún cabo suelto ahora que habían conseguido llegar tan lejos y por eso había venido a Praga después de tanto tiempo.

Recordaba con absoluta claridad el momento en que, en aquella misma plaza, había echado una última mirada a las campanas que guardaban uno de los mayores secretos de *karah*.

Él entonces era joven, apenas doscientos años; no había encontrado aún a su compañera; aún no había concebido su plan. Y sin embargo, desde que Nephtys, su aya, le habló del pasaje, en su primera infancia, no había dejado de soñar con la posibilidad de abrir la puerta entre los mundos.

Nephtys era hija de un médico egipcio que había recalado en Hispania huyendo de una masacre por asuntos de herencias; era *haito* y, cuando él empezó a comprender el mundo a su alrededor, era ya también la familiar más antigua del clan negro y la persona más sabia que había conocido en la vida. En su época, a finales del siglo X todos la creían una poderosa maga porque nadie estaba preparado para creer que una mujer pudiera saber más que los hombres más instruidos. Si no hubiera sido por su clan, que la convirtió en familiar, probablemente la iglesia la habría mandado matar acusada de brujería. Pero protegida por el clan y viviendo en su castillo como aya del joven señor, Nephtys pudo desarrollar toda su inteligencia y recoger gran cantidad de información sobre los clanes.

Noche tras noche, con el viento aullando entre las rocas, cuando la casa quedaba tranquila y él se arrebujaba a su lado en la inmensa cama con sus pesadas cortinas que apenas si protegían del frío y las corrientes de aire, con el fuego rugiendo en la chimenea de la estancia, le había ido contando las leyendas y los mitos de *karah*, estimulando su imaginación, pintándole futuros esplendorosos en los que él,

Ragiswind, acabaría por conseguir que naciera un nexo y que ese nexo abriera de par en par las puertas que los separaban de lo desconocido, del feudo que era suyo por derecho.

Fue ella la que le explicó que el nexo debe tener sangre de los cuatro clanes, que cinco clánidas de cada clan están representados por unas figuras mágicas que, a través de sus símbolos, los definen y los colocan en una trama de poder; así se enteró de que él mismo era el número v, el Sumo Sacerdote, y que estaba llamado a dominar lo visible y lo invisible.

También le enseñó que el tiempo no cuenta cuando lo que se pretende conseguir vale realmente la pena, que el secreto es necesario para sobrevivir, que ningún precio es demasiado alto para conseguir que *karah* cumpla su destino, que el peso de los misterios se hace más llevadero cuando se comparte con una mujer porque es así como funciona la naturaleza, aunque, en la época en que Nephtys lo estaba enseñando, las mujeres eran poco más que animales de carga.

Cuando cuarenta noches después de su iniciación como guerrero, a los dieciséis años, Nephtys lo visitó en su cámara, él apartó de un empujón a la muchacha que dormitaba en su cama, regalo de sus vasallos, y le gritó que los dejara solos. Como buen clánida negro, nunca había querido rebajarse a usar a una *haito*, ni siquiera le había resultado jamás atractiva la idea, pero sus conclánidas consideraban que era necesario dar una impresión de normalidad, de modo que había aceptado el presente y le había permitido compartir su cama. Pero en el momento en que entró su aya, con una patada a la muchacha como la que le habría dado a un perro molesto, se puso en pie para saludar a la recién llegada.

El aya le echó a la chica por los hombros una de las pieles de oveja que cubrían el lecho, le habló suavemente al oído y la acompañó a la puerta.

—Nunca maltrates a una mujer, Ragiswind, aunque sea *haito*. Las mujeres son la mitad de la vida. —Pasó el índice suavemente por la frente del joven, que estaba desnudo frente a ella, y lo bajó por el filo de la nariz, por la mitad de los labios, por el centro del pecho, hasta el ombligo y el vello púbico—. ¿Cuál de las dos mitades de ti mismo preferirías conservar si tuvieras que elegir, la izquierda o la derecha?

—Eso es absurdo, aya —había contestado él—. Estaría igual de muerto con una o con otra.

—Exactamente. Hombres y mujeres son mitad y mitad de un todo que es más grande que las dos partes juntas. *Haito* es tan ignorante que sus hombres temen a las mujeres y las maltratan; ellas intrigan contra sus hombres y el todo merma y no florece. El día que encuentres una compañera digna de ti y seas digno de ella, todo podrá dar comienzo. Busca una mujer de otro clan, únete a ella, intenta tener un hijo o una hija. Procura que dos conclánidas de las otras casas hagan lo mismo y, con el tiempo, habrá un nexo. Yo ya no lo veré, pero mi orgullo es haberte ayudado a cumplir tu destino.

Buscó en la escarcela que llevaba colgada a la cintura y le entregó un rollo de

pergamino.

—Este es el mapa del mundo como es en realidad. Ahí encontrarás el punto exacto donde debe colocarse el nexo y otros puntos que no he conseguido llegar a saber qué son. Pero tú lo averiguarás. No permitas que nadie lo vea hasta que llegue el momento. Busca el modo de guardarlo para que nadie lo pueda destruir. Mil años si es preciso.

Esa fue la última vez que vio a su aya porque, cuando regresó de una campaña contra los moros de Al-Andalus, Nephtys había muerto, dejándole una arqueta que contenía todo lo que a lo largo de los años había conseguido averiguar. A partir de ese momento, él se había dedicado a pensar una manera de ocultar el mapa hasta que un día, en Praga, el tañido de las campanas de la misa de resurrección le dio la idea definitiva y su secreto quedó a salvo.

Muchos *haito* habían muerto para ello: el maestro campanero y sus dos oficiales, así como sus mujeres, el capataz de la cuadrilla que colocó las campanas en su lugar y una tabernera a la que este había dicho algo de un dibujo raro que las adornaba y que no parecía cristiano, el párroco que las bendijo... todos los que hubieran podido poner en peligro el mapa que le había sido confiado por sus antepasados.

No había sido fácil imaginar un modo de preservar algo tan frágil como un mapa para que pudiera ser utilizado mil años después, pero el clan negro lo había conseguido y ahora, por fin, lo llevarían a Atlantis, averiguarían dónde debían colocarse los arcontes y el pasaje se abriría ante ellos. Nephtys podría estar orgullosa de él.

Alzó de nuevo la vista hacia las torres; una figura se deslizaba ágilmente hacia abajo.

Salió del portal donde se había ocultado, cruzó en unas zancadas silenciosas hasta donde Luna esperaba con los ojos clavados en las alturas y cuando estaba a punto de ponerle una mano en el hombro, este se volvió rápido como un destello y Ragiswind tuvo que retorcerle la mano para evitar que le clavara una daga en las costillas.

—¡Maestro! —exclamó Luna dejando caer el arma.

—¡Buenos reflejos, mosquito! Los años no pasan por ti.

Se abrazaron durante unos segundos hasta que Luna se apartó sin soltarlo del todo para poder verlo bien.

Hacía tanto que no se habían visto que los dos necesitaron un cierto tiempo para encontrar en el rostro del otro los rasgos que llevaban grabados en la memoria. Luna llevaba ahora el pelo corto y las mejillas con una ligera barba de dos o tres días; aparentaba unos treinta y pocos años. No quedaba ni rastro del aspecto de mosquetero que había tenido hasta hacía apenas unas semanas.

Ragiswind parecía un hombre de cincuenta, delgado pero fuerte, tan elegante como siempre, con el pelo abundante, muy negro, peinado hacia atrás, sin brillantina, pómulos altos y unos ojos ligeramente oblicuos que brillaban como joyas. Por primera vez Luna pensó que había un gran parecido entre Ragiswind y el actual Imre

Keller, aunque buscar parecidos en *karah* siempre estaba condenado al fracaso, ya que podían cambiar considerablemente a voluntad.

—Estáis igual que siempre —dijo Luna, reconociendo la chispa en los ojos oscuros de su maestro.

—Error, querido mío, soy enormemente viejo. No me queda mucho tiempo, pero si tenemos un poco de suerte, bastará.

—¿Qué hacéis aquí? Juré llevaros el mapa a Atlantis.

—Lo sé. No es que desconfíe de mi mejor alumno, no temas. Pero hay demasiada gente a la que le importa la destrucción de ese mapa o al menos retrasar en lo posible su hallazgo, de modo que me lo llevaré yo mismo. Tú te ocuparás de hacer desaparecer a todos los *haito* que hayan tenido conocimiento de él y, si es necesario, neutralizarás a Harrid como te parezca necesario.

—Ahora se llama Lasha.

—Sí. Y llegará pronto, estoy seguro.

Luna también estaba seguro pero no quería que su maestro supiera que Lasha tenía en la manga el as de Jara secuestrada. Ragiswind nunca había tenido piedad por nadie y él no pensaba suplicarle por la vida de su hija. Lo resolvería él solo lo mejor que pudiera, de modo que casi era mejor entregarle el mapa enseguida y dejar que se marchara antes de que apareciera Lasha.

Los dos jóvenes *haito*, en su descenso, estaban ya cerca del muro que tapiaba la iglesia.

—Voy a echarles una mano —dijo Luna.

Ragiswind lo detuvo.

—Que vengan ellos aquí. Te espero en ese portal. Luego mátalos, mosquito, ocúpate de Lasha y vuelve a Atlantis. Te necesitaremos para la Trama.

Luna asintió con la cabeza, en silencio.



Rojo. Azul. Atlantis

Consumido de inquietud, Dominic, después de haberlo hablado con Flavia, decidió tragarse su orgullo de clánida rojo y preguntar a la *mahawk* azul, la única *mahawk* que quedaba en la isla, descontando a Emma, con la que no pensaba hablar, si tenía alguna noticia de Eleonora.

Había intentado contactar con ella de todas las formas posibles y en todos los lugares donde pudiera haberse metido, pero no había tenido ningún éxito. Nora había desaparecido por completo.

Al parecer, lo mismo había sucedido con Miles y con Mechthild; tampoco estaban localizables y nadie sabía dónde podían haber ido. Se habían marchado de Atlantis para dejar en orden ciertos asuntos y no habían vuelto a comunicarse con sus conclánidas.

Por un momento había pensado en la posibilidad de una especie de conjura entre ellos tres que quizá incluyera al Shane, dejando a Gregor, a Flavia y a él mismo al margen, pero no se le ocurría ninguna razón plausible para ello.

Al final se había limitado a preguntar por Eleonora al Shane, que se había negado a decirle dónde estaba él en ese momento y para qué se había marchado de la isla, pero los sistemas de rastreo de Dominic eran efectivos y le habían permitido averiguar que el *mahawk* rojo estaba en su oficina de Nueva York, disfrazado de alto ejecutivo. Habían hablado apenas un par de minutos pero había bastado para que su inquietud se acrecentara considerablemente, ya que le había dado la impresión de que el Shane sabía muy bien dónde estaba Eleonora o qué le había sucedido, pero se negaba a decírselo con claridad.

—Creo, estimado Dominic —había dicho por fin, poco antes de colgar—, que Arek va a tener que prescindir de su madre oficial. La última vez que vimos a la dulce Eleonora fue cuando se dirigía a visitar al *mahawk* blanco en su prisión, ¿no es cierto? Ahora Lasha ha conseguido liberarse de Atlantis y nadie sabe dónde está. Suma dos y dos, querido.

Sin embargo, había tenido la sensación de que había algo más que, por lo que fuera, estaba poniendo al Shane de muy buen humor, como si la desaparición de

Eleonora fuera parte de un plan que estuviera saliendo a pedir de boca.

Por eso no tenía más remedio que preguntar a Joelle, con pocas esperanzas, pero al menos sería algo que tachar de la lista para poder descartarlo y seguir pensando.

La *mahawk* estaba en su *bungalow* con las cartas del Tarot extendidas sobre la mesa cuando él llegó. Las recogió con un movimiento fluido, como los de los prestigitadores, y las guardó en un paño de seda violeta.

—¿Has estado consultando las cartas respecto a mi pregunta?

Ella alzó la vista. Sus bellos ojos grises parecían tristes.

—Sí, pero solo para confirmar lo que suponía por pura lógica.

—¿Lógica?

—Eleonora fue a visitar a Lasha. Sorprendentemente, la ciudadela dejó salir al *mahawk* blanco y nadie ha visto a tu conclánida desde entonces. Parece lógico que Atlantis haya cambiado a uno por otro.

Dominic se quedó sin habla, mirando fijamente a Joelle.

—¿Por qué? —preguntó por fin con la boca seca.

—Lo ignoro. Nadie sabe por qué Atlantis hace lo que hace.

—Hablas de ese maldito laberinto de corredores y salas incomprensibles como si fuera un ser vivo.

—Lo es, Dominic. A veces pienso que está mucho más vivo que todos nosotros, que tiene un propósito que a nosotros nos falta.

Joelle recordó con un escalofrío el momento en que la sala del cónclave «despertó» cuando los símbolos estuvieron colocados en su lugar. No pensaba decírselo al clánida rojo pero últimamente, cada vez que entraba en la ciudadela, tenía una sensación inconfundible de que algo se acababa de poner en marcha, como cuando, estando a bordo de un vehículo, se enciende el motor y todo vibra y ronronea esperando el momento de partir.

—¿Está viva Eleonora, Joelle? —preguntó Dominic con voz ronca—. ¿Crees que volverá?

La *mahawk* desvió la vista un instante hacia las cartas cubiertas por el paño de color índigo.

—No lo sé, conclánida. Pero creo que no. Creo que, por lo que sea, la ciudad la ha devorado.



Nexo. Sombra. Atlantis

Lena caminaba junto a Sombra, que había vuelto a adquirir un aspecto humano, por uno de los muchos pasillos de la ciudadela en un silencio tan absoluto que creía oír el fluir de su propia sangre en los oídos.

—¿Por qué vamos a pie a donde sea, Sombra? —preguntó al cabo de un rato, más que nada por romper el silencio—. ¿No podríamos haber saltado?

—Nadie puede saltar al interior del Nido. Madre lo protege.

—¿Ni siquiera yo?

—Ni siquiera el nexo.

Lena se mordió el labio, pillada en falta. Se daba cuenta de que se estaba volviendo orgullosa, prepotente... Había dicho «yo», como si ella fuera algo especial simplemente por ser ella, Aliena Wassermann. Y Sombra la había puesto en su lugar dejándole claro que la única importancia que tenía se debía al puesto que ocupaba en esos momentos. Ella era el nexo y solo como nexo tenía ciertos privilegios que desaparecerían si dejara de serlo.

No estaba segura de cómo sabía todo eso, pero cada vez entendía más cosas a partir de una simple palabra de su mentor.

Acabaría hablando como él, diciendo «el nexo quiere» o «el nexo ha decidido» para hablar de sí misma, en lugar de decir «yo».

—¿Qué va a pasar ahora? —siguió preguntando.

—Sombra no puede saberlo.

—¿No lo has hecho más veces?

—No. Esta es la primera en la que el nexo ha llegado tan lejos. Sombra conoce las rutinas y también sabe que no puede ir más allá.

Antes de que Lena tuviera tiempo de sorprenderse llegaron a una sala casi esférica llena de una especie de niebla rosada donde flotaban jirones de otros colores que giraban perezosamente, se mezclaban y se deshacían como nubes de verano. Era a la vez tremendamente bello y, sin poder explicarse por qué, tremendamente terrorífico.

—Aquí es —dijo Sombra—. A partir de este punto seguirás sola. Aquí empieza el

viaje.

—¿Volveremos a vernos?

—Si el Nido te acepta, Sombra te recogerá para llevarte al lugar donde Madre espera y después al Nudo central.

—¿Y si no me aceptan? —Le habría gustado que la pregunta sonara en un tono más firme, pero estaba temblando y el temblor se comunicaba a su voz.

A Sombra debió de parecerle evidente la respuesta, porque no contestó una sola palabra. Se limitó a mirarla fijamente con sus ojos de niebla negra y algo en el interior de Lena sintió una especie de caricia mental. Suave. Muy suave. Como una cascada de colores cálidos con tacto de seda desliziándose por su interior.

—Si Sombra fuera *karah* o *haito* te desearía buena suerte, pero en la creación de Sombra la idea de la suerte no fue tenida en cuenta.

Lena deseaba desesperadamente que alguien la abrazara antes de lanzarse a lo desconocido, pero sabía que era ocioso pedírselo a su maestro, de modo que se abrazó a sí misma, inspiró hondo y se limitó a decir:

—Hasta pronto, Sombra.

Pero él ya no estaba.



Negro. Haito. Praga (República checa)

—¿Lo tienes? —Luna tendía la mano, ansioso, hacia Gigi.

El *yamakasi* asintió con la cabeza, sacó el papel doblado del bolsillo posterior de los pantalones y se lo entregó con una cierta renuencia. Anaís seguía parada junto al muro de la iglesia.

Luna dio un rápido abrazo a Gigi y se apartó de él.

—No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida.

Anaís vio a Iker salir a la carrera hacia el otro extremo de la plaza y aprovechó la distracción para dejar caer al suelo el otro papel donde había copiado el mapa a toda velocidad mientras Gigi emprendía el descenso, orgulloso de ser él quien le llevara al clánida negro lo que deseaba tener.

Sabía que Ritch estaría en el mismo portal donde se habían visto el día antes, pero no podía arriesgarse a que la vieran dirigiendo la vista hacia allá, de modo que dejó caer un mosquetón encima del papel para que no saliera volando, y echó a andar hacia Gigi sin mirar atrás.

Un instante después, Iker se reunió con ellos.

—Enhorabuena, tíos. Sois buenos de verdad.

—¿Y ahora? —preguntó Anaís.

—Ahora... lo siento, chavales. Para vosotros acaba aquí el viaje. —El clánida tenía la pistola en la mano con algo que debía de ser un silenciador y los miraba como si de verdad lo lamentara—. Tengo otras cosas de qué ocuparme.

Gigi y Anaís se miraron anonadados. Estaba claro que pensaba matarlos allí mismo después de lo que habían hecho por él. Anaís había visto unas cuantas veces en su vida esa mirada resuelta, que no admitía escrúpulos ni razones.

Ambos cerraron los ojos, esperando un milagro o el disparo que pondría fin a sus vidas.

En el momento en que acababa de levantar el brazo para dispararle a Gigi, sonó una detonación y la pistola de Iker salió volando mientras él soltaba una palabrota y la sangre los salpicaba a todos. Unos segundos más tarde, tironeando de su amigo que no entendía nada de lo que estaba pasando, Anaís había conseguido ponerse a salvo

en el portal donde suponía que estaba Ritch mientras Iker, arrodillado en el suelo, se agarraba el hombro para detener la hemorragia.

—Gracias —dijo Anaís sin aliento, lanzándose sobre Ritch que la abrazó sin pararse a pensarlo.

—Ha disparado Daniel —corrigió—. Yo no habría sabido. Me daba terror pensar en herirte a ti.

—¡Vámonos de aquí antes de que se recupere! —Daniel echaba miradas angustiadas al clánida que, bajo los castaños, se esforzaba por no gritar de dolor.

—¿Lo vamos a dejar ahí tirado? ¡Está herido! —dijo Gigi, blanco como la pared, a nadie en particular—. ¿Y si se desangra?

—Yo, por mí, como si se lo come un tigre. La vida es dura, que diría *karah* cuando se trata de la vida de *haito*. —Anaís tenía una expresión de furia que la hacía aún más atractiva a ojos de Ritch—. ¡Vámonos! Tenemos que ir al hotel a recoger nuestros pasaportes antes de que llegue él. ¿Tenéis el plano?

Ambos asintieron.

Con una última mirada a los castaños que protegían al clánida herido de miradas indiscretas desde balcones y ventanas, Daniel, Ritch, Anaís y Gigi se perdieron en las callejuelas del barrio medieval de Praga.



Nexo. Atlantis

Poco a poco la niebla que llenaba la esfera en la que se hallaba Lena fue siendo absorbida por las paredes hasta que tuvo la impresión de encontrarse dentro de una canica de cristal que fue haciéndose transparente hasta que desapareció por completo.

Ahora estaba en un inmenso lugar, tan grande que no se veía el final y no parecía posible que estuviera en el interior de la ciudadela. Le vino a la cabeza la antigua leyenda de la casa de Baba Yaga, que era mucho más grande por dentro que por fuera. Ahora, de golpe, parecía posible.

El silencio seguía siendo total. La temperatura era agradable y la luz rosada, tan tenue que no habría sido bastante para leer.

Lena esperó de pie en el mismo lugar donde estaba a que alguien se pusiera en contacto con ella para darle algún tipo de instrucciones.

Mientras esperaba, fue pasando la mano por los bolsillos que encerraban sus pertenencias, todas aquellas cosas absurdas que Bianca le había dejado en herencia: un móvil viejo, un artículo de periódico, una linterna, un dado, una pistola falsa, una caja de cápsulas desconocidas, sus pasaportes y tarjetas, la foto de una tumba... No tenía más que eso. Eso, y todo lo que Sombra le había enseñado que ahora, de pronto, parecía no servir para nada.

Agarró con la mano izquierda el medallón de la Trama que Joseph y Chrystelle le habían dado en París al comienzo de todo, y que siempre llevaba puesto, para que su solidez la reconfortara en aquel lugar tan alejado de lo humano. Las piedras lanzaban destellos que se perdían en las profundidades sin reflejarse en ninguna pared.

Al cabo de un rato sin que sucediera nada, cuando incluso el nerviosismo y la expectación la habían abandonado, se miró las manos: un anillo blanco, de piedraluna; uno negro, de ónix o de obsidiana; Dani; Nils; la pulsera que había sido de Clara, con su llavecita de oro rematada por un rubí pulido como una gota de sangre.

No quería pensar en todo ello. Tenía que concentrarse.

Volvió a repasar sus posesiones, reparó en el recorte de periódico y trató de leerlo en la penumbra, para tener algo que hacer. Ahora se daba cuenta de que nunca lo

había leído; nunca había tenido tiempo. Sacó también la pequeña linterna con un suspiro de alivio y agradecimiento por haber pensado en ir a recoger sus cosas, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y empezó a leer.

En el artículo se narraba brevemente la historia del naufragio del *Titanic*, en 1911, la recuperación del contenido de la caja fuerte del buque y el posterior robo de una de las joyas más emblemáticas de las que habían sido recuperadas: el llamado Collar Misterio que nunca se había conseguido averiguar a quién perteneció.

Las joyas habían sido expuestas en un gran museo neoyorquino y, a pesar de todos los sistemas de seguridad, el Collar Misterio había desaparecido mientras que todas las demás alhajas seguían allí. «Un misterio más en una sucesión de misterios», terminaba el artículo.

Lena apagó la linterna y giró el medallón entre sus manos. Era evidente que Joseph y Chrystelle le habían mentado. No se trataba de ninguna copia. Lo que ella llevaba al cuello era el auténtico, el original. Una joya de platino y diamantes que representaba la Trama.

Clavó la vista en el medallón y le pareció que lo veía por vez primera. Lo que para cualquier otra persona habría sido una filigrana modernista, puro Art Nouveau de diseño floral, era para ella en esos momentos una confirmación evidente de la existencia de *karah*: un círculo central, el lugar del nexo; tres círculos hacia arriba, tres hacia abajo, tres a la derecha, tres a la izquierda: tres Arcontes por clan, colocados unos sobre otros a intervalos regulares, unidos entre sí cuatro a cuatro por círculos; tres círculos concéntricos rodeando al nexo.

Cuando consiguieran sobreponer esa Trama a un mapa del mundo, una vez que supieran dónde estaba el punto central, sabrían dónde colocar a los Arcontes; ella ocuparía su lugar y entonces... ¿qué?, ¿qué sucedería? ¿Cómo se abriría aquel pasaje a lo desconocido? ¿Sería como en sus pesadillas, doloroso, terrorífico?

Sacudió la cabeza, asustada por su propio pensamiento y se puso en pie. Había venido para algo, tenía que moverse, algo tenía que ocurrir. Sombra le había dicho que el Nido tenía que aceptarla. ¿Era aquello el Nido? ¿Aquella extensión en penumbra sin principio ni fin?

¿O estaban limitándose a observarla, a comprobar que fuera ella realmente el nexo que buscaban? ¿Quiénes? ¿Otros *karah* de los que no tenían conocimiento? ¿Otro clan?

Miró a su alrededor tratando de decidir en qué dirección emprender la marcha. Daba igual. No había nada en ninguna parte. Lo mismo daba tirar una moneda al aire o jugárselo a los dados.

La idea la dejó clavada en su lugar.

Dados.

Jugárselo a los dados.

Ella tenía un dado.

Hacía tiempo que no le había prestado atención pero recordaba que era verde, de

plástico transparente, y tenía una especie de ojos de alien en lugar de puntos. ¿Se lo había dejado su madre en herencia para eso, para que ahora pudiera decidir su camino?

Antes de que le diera tiempo a meter la mano en el bolsillo para buscarlo, la pernera izquierda de sus pantalones se iluminó con una brillante luz verde. Era evidente que el dado, si de verdad era un simple dado, acababa de encenderse, quizá estimulado por sus pensamientos.

Venciendo el miedo que sentía, con manos temblorosas, consiguió sacarlo del bolsillo que llevaba en la parte exterior de la pierna, junto a la rodilla. En la palma de su mano despedía una luz que iluminaba como un foco a su alrededor.

Se preguntó de dónde habría sacado Bianca un objeto así y cómo había averiguado que a ella ahora podría serle útil.

El dado giró un par de veces sobre sí mismo, pareció orientarse, se separó de su mano y se quedó flotando en el aire frente a ella, a un par de metros de distancia, a la altura de su rostro. Lena lo miraba maravillada sin saber qué hacer.

De pronto el dado salió disparado en una dirección.

Ella echó a correr, siguiendo la luz verde que era ahora como el rayo láser de un puntero.

De vez en cuando el dado se detenía, la esperaba y seguía volando.

Había perdido por completo la noción del tiempo —solo sabía que el corazón le latía como si estuviera a punto de estallar— cuando, de repente, el dado se detuvo, redujo la intensidad de su luz y se posó en el suelo, frente a ella.

Se agachó a cogerlo y, cuando volvió a ponerse en pie y dirigió la vista al frente se quedó helada.

Delante de ella había una calle desierta que solo podía ser austriaca, aunque no era una calle que ella reconociera. Era de noche y no había un alma. Los adoquines brillaban, húmedos de rocío o de lluvia, las farolas tenían un nimbo anaranjado alrededor de la lámpara, como si fueran cerillas iluminando la noche. Había una ligera niebla que venía del río (no sabía qué río era ni dónde se encontraba, pero estaba segura de que era un río ancho, poderoso, como el Inn) y se enganchaba en los portales, en las fachadas de colores, ahora apagados por la penumbra anaranjada de las farolas. Era como una foto antigua, en tonos sepia, pero su realidad era innegable. En alguna iglesia cercana sonaron dos campanadas. A su derecha se distinguían las frondas oscuras de un pequeño parque.

Era tan extraño que un escalofrío le recorrió la espalda. No sabía si prefería volver atrás, al mundo laberíntico de Atlantis o seguir adelante hacia esa ciudad fantasma que no podía estar ahí.

Pero era evidente que aquello era lo que había estado esperándola, que no tenía más remedio que entrar o al menos intentarlo. Entrar en esa calle y averiguar a dónde la llevaban sus pasos.

Vacilante, con el dado ahora apagado en una mano y la otra aferrando el

medallón, avanzó hacia aquella calle misteriosa.



Haito. Blanco. Praga

Daniel, Ritch y los dos *yamakasi* estaban en la estación central de Praga después de haber pasado por el hotel y, a toda velocidad, haberse cambiado de ropa y recogido sus pasaportes. El poco equipaje que llevaban lo habían dejado en la habitación para no tener que dar explicaciones a la salida.

Acababan de pedir información sobre trenes a París y a Viena, aunque aún no habían tomado realmente la decisión de qué pensaban hacer, aprovechando la pequeña ventaja que suponía el haber dejado a Luna fuera de combate por el momento.

Se habían instalado en el primer piso de una cafetería que tenía una especie de terraza interior elevada sobre la estación, de manera que lo podían ver todo desde arriba, como en un palco: el ir y venir de los viajeros, los trenes que llegaban y salían, las largas colas en las diferentes ventanillas.

—Yo preferiría coger un vuelo a París —estaba diciendo Gigi, a pesar de que unos minutos atrás había dicho que no quería irse todavía—. Es más rápido y no me dará tiempo a pensar si he hecho bien.

—Los vuelos son nominales, imbécil. Te encontrarían enseguida. —Anaís tampoco había tomado una decisión y la incertidumbre la volvía agresiva.

—Nos encontrarán de todas formas, si quieren.

—Pero —intervino Daniel— yo no creo que quieran. Al menos por el momento. Tienen cosas más importantes en qué pensar y además, ¿quién nos iba a creer si fuéramos por ahí diciendo que en este mundo hay unos cuantos seres de otra especie que dominan el planeta? Tienen periódicos, cadenas de televisión, productoras de cine... controlan los bancos, la investigación científica, los carburantes, la alimentación... Lo pueden todo pero me figuro que en estos momentos sus preocupaciones son otras. Si nos largamos ahora, yo creo que nos dejarán en paz.

—*We slip through the cracks...* —murmuró Ritch.

—¿Cómo dices? —Anaís le cogió la mano sobre la mesa.

—Que somos tan insignificantes que podemos desaparecer por las grietas, como las cucarachas.

Anaís cabeceó lentamente, reflexionando.

—Puede que tengas razón. No sé, Ritch. La verdad es que no sé qué hacer. Quiero volver a casa, pero después de todo lo que ha pasado, tampoco puedo limitarme a volver al hospital y al entrenamiento, y hacer como que todo ha sido una película. Y además... —Lo miró a los ojos y luego bajó la vista.

—Además ¿qué? —insistió él.

—Nada. —Hubo unos instantes de silencio. Él seguía mirándola y apretándole la mano. Los otros dos miraban en distintas direcciones, a la multitud que llenaba la estación—. Que te he conocido... —siguió ella en voz muy baja, acercándose a su oído—, y si me voy ahora... tú vas a volver allí, ¿no?

Ritch sonrió y, con la mano libre, le acarició la mejilla.

—No tengo más remedio. Soy familiar blanco. Pero tú podrías venir conmigo y ser familiar también. Ahora que han perdido a Joseph y a Chrystelle nos necesitarían a los dos. Los convenceré.

—Explícamelo, Ritch.

Mientras ellos hablaban, Gigi se puso bruscamente de pie.

—Voy a comprarme el billete. No aguanto más. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Me voy a casa. Me voy a Roma, a ver a mis padres.

—Espera, hombre, déjame acompañarte —dijo Dani, sorprendido por tanta vehemencia.

—No. Deja. Necesito estar solo. ¡Estoy harto de todos vosotros!

Daniel lo siguió con la mirada, preocupado. Entendía muy bien que quisiera estar solo. Al fin y al cabo le pasaba un poco como a él: la persona que quería lo había traicionado y le había dejado claro que no le importaba un pimiento. Eso dolía. Dolía tanto como para querer devolver el golpe costara lo que costara, aunque fuera haciéndole daño a alguien que no tenía la culpa de nada.

Echó una mirada a Ritch y Anaís que cuchicheaban con las cabezas muy juntas en la esquina de la mesa y pensó que debería dejarlos solos, pero no quería separarse mucho de ellos. Últimamente todo pasaba demasiado deprisa y no convenía estar solo, como el imbécil de Gigi.

Lo buscó con la vista en la cola de los billetes de largo recorrido. Allí estaba, con la cara enterrada entre las manos como si estuviera llorando.

La estación estaba llena de gente, una gran termitera de humanos que se movían sin ningún propósito aparente, diminutos seres que un gigante puede aplastar con su bota en un ataque de furia. Todos *haito*. Sin saberlo siquiera. Todos explotados y manipulados por dos docenas de *karah* que se creían superiores por ser más ricos, más longevos, más bellos.

Y era precisamente *haito* quien les había dado ese poder al establecer esos estándares. ¿Por qué tenía que considerarse superior a alguien solo porque tuviera más dinero o fuera más guapo?

¡Estúpidos humanos! Capaces de traicionar a los suyos por dinero, por vivir más,

por tener más poder o parecer más jóvenes. ¡Qué especie más despreciable!

Gigi se iba acercando lentamente a la ventanilla. Ya no lloraba; había sacado las gafas de sol y mordía una de las patillas, como reflexionando.

De pronto la mirada de Daniel se posó en una figura inconfundible: un hombre de casi dos metros, con el pelo de plata recogido en una trenza a la espalda. El *mahawk* blanco.

A su lado, sostenida por él de la cintura como si fuera sonámbula, caminaba tropezando una chica joven con el pelo recogido en una cola de caballo y gafas oscuras. Él y Ritch sabían que estaba a punto de llegar para hacerse cargo del mapa, pero no había dicho nada de que pensara venir acompañado. ¿Quién sería la muchacha?

Sin importarle interrumpir la romántica conversación de sus amigos, le dio una patada a Ritch por debajo de la mesa y, cuando lo miraron, señaló con la barbilla en la dirección del gigante blanco.

En ese momento, la mirada de Lasha, que cubría metódicamente la estación como si la estuviera escaneando, se posó sobre la figura de Gigi en la cola.

—Lo ha reconocido —dijo Daniel en voz baja.

—No importa —susurró Anaís—. Supongo que sabe que estamos aquí con Iker por lo del mapa.

—¡Vamos! Hay que ir con él. No me fío de ese tipo.

Tardaron apenas dos minutos en pagar, bajar las escaleras y salir de la cafetería. Cuando llegaron a la cola de los billetes de largo recorrido, una señora se estaba inclinando sobre Gigi, que había caído al suelo, y hablaba con las demás personas.

—Pobre chico —estaba diciendo en inglés—. Ha debido de marearse. Se ve que le ha pasado algo muy doloroso. Me ha parecido verle llorar y le he preguntado si podía ayudarle, pero me ha dicho que no era nada. Pobrecillo. A ver, ayúdenme a darle la vuelta. ¿Alguno de ustedes tiene una botella de agua?

Antes incluso de que lo girasen en el suelo, la mancha de sangre empezó a extenderse a su alrededor.

Ritch detuvo a sus compañeros.

—¡Vámonos de aquí! —susurró.

—¡Hay que hacer algo! —contestó Anaís también en susurros.

—Está muerto, ¿no lo ves?

Ella miró a Ritch con el rostro desencajado, luego a Dani, que movió la cabeza en una negativa.

—Tiene razón, Anaís. No podemos hacer nada.

Ella era enfermera. No era la primera vez que había visto a un ser humano muerto. Sabía que sus amigos tenían razón y que no había nada que hacer, pero le costó un gran esfuerzo darle la espalda a Gigi, a lo que había sido Gigi y ya no lo era, rodeado de desconocidos. Lo recordó diciendo: «No quiero morir, Anaís, solo tengo veintitrés años», y tuvo que morderse los labios para no gritar, para no arrodillarse a

su lado y abrazarlo.

Sabía, sin embargo, que si no se marchaban de allí con rapidez, ellos serían los próximos, de modo que tragó saliva, apretó los labios y asintió con la cabeza.

Cuando empezaban a sonar los primeros gritos, los tres compañeros estaban ya casi en la salida de la estación. No había ni rastro de Lasha.



Negro. Rojo. Haito. Atlantis

En Atlantis, Nils llevaba dos noches sin dormir. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, estaba profundamente preocupado y no sabía qué hacer. A pesar de que le había prometido que hablarían a solas después de la última sesión del cónclave, Imre había desaparecido antes de que él pudiera hacerle la pregunta que lo quemaba por dentro y no contestaba a sus llamadas ni estaba localizable de ninguna otra manera.

Lena había desaparecido y aunque había dejado una nota diciendo que estaba con Sombra, eso no lo tranquilizaba particularmente.

Se sentía absurdo, inútil, impotente, y en ocasiones la furia le cortaba la respiración y lo forzaba a echarse al mar con un arpón en la mano buscando algún enemigo al que matar. Pero cuando regresaba, aunque estaba agotado, no conseguía encontrar el descanso y, harto de dar vueltas en la cama, acababa por irse a caminar a la playa, deseando que toda aquella pesadilla tuviera un final.

La noche anterior, en uno de esos paseos, se había encontrado a Dominic, que también estaba tenso y demacrado, con una preocupación evidente que, sin embargo, no acabó de confesarle. La desconfianza entre los clanes estaba tan establecida que Nils no podía culpar a su conclánida roja por no haberle explicado la situación. Tampoco él lo había hecho.

De todas formas, por lo que pudo entender, sus problemas no eran tan distintos: ambos estaban inquietos por la imposibilidad de localizar a algunos conclánidas. Y si no se engañaba, también Dominic empezaba a pensar que había un propósito detrás de esas desapariciones. Y también él había perdido a su compañera.

Esa había sido la única pregunta que se había permitido hacerle su conclánida: si él sabía algo de Eleonora.

Fue en ese momento cuando Nils se dio cuenta de que, efectivamente, hacía bastante que no veía a la bella Eleonora con su melena roja.

¿Era remotamente posible que la conversación entre Imre y el Shane estuviera dando esos frutos? ¿Habría muerto Eleonora a manos del *mahawk* negro? ¿Por qué? ¿Qué interés podría tener Imre en matar a sus conclánidas, justo en el momento en que estaban a punto de establecer el contacto que llevaban dos mil años deseando?

¿Y Lena? ¿Dónde estaría? ¿Allí mismo, en Atlantis? Lo más probable era que hubiese tenido que marcharse con su mentor a hacer algo que él ni siquiera podía imaginar. O que estuviera dentro de esa incomprensible y maldita ciudad viva. Si de verdad estaba ahí, no podría encontrarla jamás.

Para ver de calmar su inquietud, después de darle muchas vueltas, había decidido buscar a su padre *haito* y hablar con él. Quizá él tuviera más información. Quizá estuviera dispuesto a compartirla, aunque Lena le había contado que Imre había encerrado y torturado a Max, con lo que lo más probable era que no estuviera demasiado bien dispuesto hacia al clan negro.

Lo encontró leyendo frente al mar, en uno de los *bungalows* del clan blanco. Levantó la vista del *e-book* que tenía entre las manos y se quedó mirándolo, a la espera, sin levantarse, sin sonreír. ¡*Haito* arrogante! Por un momento Nils no supo cómo saludarlo y acabó por murmurar un «Honor a *karah*», sabiendo que era un modo bastante estúpido de empezar cuando era él quien había venido a pedir información.

—Honor a quien lo merece, señor... Olafson, ¿no es cierto?

—Sí. Puede llamarme Nils, si lo prefiere. Soy... un buen amigo de Lena, de... de su hija —añadió como concesión a los sistemas sociales humanos.

—Lo sé. Lena y yo hablamos mucho, ¿sabe?

Nils se sentó en un sillón de caña, junto a Max, para no tener que mirarlo de frente cuando abordara el tema que realmente le preocupaba.

—¿También de ese tipo de asuntos? —preguntó, sorprendido.

—De todo tipo de asuntos. Sobre todo de los que son importantes para su felicidad.

—¿Yo soy importante para su felicidad? —Se le escapó una pequeña sonrisa complacida.

—Parcialmente, sí.

—¿Parcialmente?

—Sé muy bien que usted sabe que no es el único importante para ella. No se haga el ignorante.

—Ella se ha decidido ya. A mi favor. —Le salió un tono cortante que no había pretendido usar. Wassermann no se inmutó.

—Lo dudo mucho.

Nils se puso en pie, molesto por el giro que estaba tomando la conversación, y dio dos pasos hacia los escalones del porche.

—¿No ha venido a preguntarme algo... Nils? ¿Piensa marcharse sin hacerlo?

El clánida negro se giró hacia él.

—De hecho, sí. Quería preguntarle si sabe algo de Lena.

—Sí. Dejé una nota en su *bungalow*, supongo que para los dos. O para todos. El nexo está con su mentor. Es todo lo que sé.

—Gracias —Ya había vuelto a girarse para salir del porche cuando volvió a

preguntar—: ¿Sabe cuándo volverá? —Max lo miró impasible—. ¿Sabe si volverá? —añadió, mordiéndose el labio inferior.

—Espero que sí. Pero ni usted ni yo podemos hacer nada. Y más vale que se vaya haciendo a la idea si aún no lo ha pensado: lo más probable es que ese maldito contacto que tanto desea *karah* acabe por matarla.

—¿Matarla? —Nils tenía los ojos desorbitados.

—¿No le ha contado nunca Lena sus horribles pesadillas cuando su madre la llevaba de vacaciones a todos los nodos que conocía o que creía conocer?

Nils asintió en silencio y tragó saliva.

—Me ha contado sus pesadillas infantiles, pero Lena no sabía que esos lugares eran nodos.

—Yo tampoco lo sabía. Me acabo de enterar. El caso es que ella sufría horribilmente, y eso que no eran más que sueños. Lo más probable es que cuando se coloque en el nodo central y se dé el contacto, ella quede consumida por esas fuerzas desatadas. —Max hablaba con amargura pero con gran control—. Al parecer, para eso ha nacido.

—¿Para morir?

—Como todos. Incluso *karah*.

—¿No podemos hacer nada?

—Podríamos oponernos a todos ellos, salvarla de las garras de *karah*, y tratar de huir y ocultarnos hasta el final de nuestros días. ¿Lo ve factible, clánida negro? —La ironía le resultó a Nils tan dolorosa como si le hubiera clavado físicamente un estilete. Era evidente que eso no era opción—. Piénselo, si quiere. Si se le ocurre algo, aquí estaré, dispuesto a todo.

—La quiere de verdad, señor Wassermann. —No había rastro de pregunta en el tono de Nils, sino una especie de admiración perpleja, como si se acabara de llevar una sorpresa con la que no contaba en absoluto.

—Bastante más que usted, señor Olafson, créame, bastante más.



Haito. Azul. Atlantis

Cuando se quedó solo, Max dejó el libro, se quitó las gafas y se cubrió los ojos con las manos. Comprendía que aquel muchacho estuviera desesperado. Aunque no fuera un muchacho en absoluto sino un clánida mucho más viejo que él, un *karah* de más de doscientos años, no podía evitar verlo como un hombre joven enamorado de su hija, que era más joven aún.

Él prefería a Daniel con mucha diferencia pero entendía perfectamente la fascinación que *karah* podía ejercer, ¿quién iba a comprenderla mejor que él? Y Lena era *karah*. Era absolutamente comprensible que se sintiera atraída por un conclánida. Era su pareja natural.

En esos momentos, como tantas veces desde la muerte de Bianca, habría deseado no haberla conocido nunca aquel verano en París; haber llevado una vida normal con una mujer normal; haber tenido hijos que fueran realmente suyos, no una especie de préstamo condescendiente por parte de unos seres superiores e incomprensibles.

Pero entonces se habría perdido el amor de Bianca, y el de Lena, y su vida no habría sido ni la mitad de rica.

De ese modo, sin embargo, la época de la felicidad había pasado ya. Joelle se lo había dejado bastante claro.

—Lena es el nexo, Max. —Le había dicho apenas unas horas antes, cuando él había ido a buscarla para pedir ciertas respuestas que llevaba mucho tiempo buscando—. No ha nacido para enamorarse, para reproducirse, para ser feliz como lo entiende *haito*. Ni siquiera como lo entiende *karah*. Su nacimiento obedece a razones más poderosas. Ha nacido para establecer el contacto, para ser el puente, el camino, el paso a la otra realidad. Ni siquiera sabemos si sobrevivirá a su tarea. Una vez que se dé el contacto, es posible que Lena quede destruida. Creo que debes saberlo. Saber al menos que existe esa posibilidad.

—¿Desde cuándo sabes eso? —había preguntado él, paralizado de angustia.

—Desde siempre. Aunque no lo sé seguro, solo lo intuyo. Te lo digo para que te prepares.

—¿Lo sabía también mi mujer?

—¿Bianca? —Joelle había esbozado una sonrisa extraña—. Me resulta raro oírte hablar de ella en esos términos. Sí, claro. Ella siempre lo supo, desde antes de que naciera Lena. Hace más de quince años me llamó para contarme que por primera vez la había llevado a un nodo y, a pesar de lo pequeña que era, había reaccionado a las fuerzas contenidas en ese lugar. Estaba como loca de alegría.

Max tardó unos segundos en comprender lo que le estaba diciendo Joelle.

—Lo de las pesadillas de Lena en los viajes ¿no era casual? —Max estaba cada vez más perplejo y angustiado.

Joelle sacudió la cabeza lentamente.

—No, claro. Bianca estuvo aquí una larga temporada hace ya tiempo, antes de tu época. Entre las dos, uniendo informaciones de acá y de allá, conseguimos elaborar una lista de lugares que podrían tener un significado especial. Ahora sabemos que muchos de ellos son nodos, lugares donde se cruzan las líneas de energía que entran en sintonía con *karah*. Suponemos que es ahí donde se deben colocar los arcontes cuando empezamos a tejer la Trama. Bianca y yo pensamos que cuando naciera un posible nexo habría que exponerlo a esos lugares para ver si reaccionaba.

—Es decir, que cada vez que mi mujer elegía un lugar de vacaciones, uno de esos extraños lugares que se le ocurrían de pronto sin saber por qué, como decía ella, era perfectamente consciente de que la niña iba a tener unas pesadillas espantosas o incluso algo más que pesadillas.

—Así es.

—Mi mujer era un monstruo.

—No, Max. Era la madre del nexo, si quieres que lo ponga en palabras que puedas comprender.

Max había estado a punto de tener un ataque de furia.

—¡Soy perfectamente capaz de comprender cualquier palabra que uses, *mahawk*! Lo que aún no soy capaz de asimilar, después de tantos años y tantas crueldades, es cómo sois capaces de hacer tanto daño incluso a los vuestros.

—Eso no es patrimonio de *karah*. Tampoco los humanos sois un modelo de amor y de empatía. No fue *karah* quien inventó eso de que «el fin justifica los medios». Y *haito* mata indiscriminadamente a *haito*, mientras que *karah* no mata a los suyos.

—¿Ah, no? Y entonces, ¿quién mató a Bianca, dime? No querrás hacerme creer que fue en realidad un accidente de tráfico, ¿verdad? Tuvo que ser un conclánida porque solo *karah* sabría que para matar a *karah* es necesario una destrucción completa. Por eso se preocupó de que el coche se quemara hasta no dejar más que hierros ennegrecidos. ¡Ni siquiera pudimos enterrar su cadáver!

—Entiendo tu rabia, Max, pero no es necesario que grites.

—¿Quién fue, Joelle? Me debes al menos eso: un nombre.

—No lo sé, Max, te lo juro.

—Pero lo imaginas.

Joelle desvió la vista hacia el mar. Le temblaban ligeramente los labios.

—Sí. Lo imagino.

Max guardó silencio, esperando, hasta que al fin la *mahawk* azul dijo en un susurro:

—Siempre he supuesto que fue Lasha, que esta vez lo consiguió.

—¿Por qué?

—Porque Bianca era la que más sabía sobre cómo abrir las puertas, Max. La mató a ella y luego trató de matar a Clara, pensando que era la madre del futuro nexo. El *mahawk* blanco no sabía que Lena era la persona a quien habría que destruir para impedir el contacto. Bianca lo organizó todo para proteger a Lena y al final no pudo protegerse a sí misma, pero sí consiguió que *karah* tenga un nexo. Deberías sentirte orgulloso.

—¿De haber sido engañado hasta ese punto? ¿De haber contribuido a la destrucción de mi hija?

—No es tu hija.

—¡Claro que lo es!

—Sí —Joelle sonrió despectivamente—. Igual que Yusuf era el padre de Yeshua.

—Yo no soy san José y Lena no va a ser Jesús. No consentiré que la sacrificuéis.

—¿Y qué piensas hacer para impedirlo?

Nunca, en toda su vida se había sentido Max tan humillado y tan impotente como bajo la mirada gris y risueña de la *mahawk* azul.

—Déjalo, Max —insistió ella—. Todos te hemos tomado cariño con los años, pero estamos hablando de asuntos que no te conciernen, de asuntos de *karah*. Déjalo. No te empecines. Tú seguirás siendo alimentado, tendrás una larga vida, podrás incluso empezar de nuevo, volver a casarte, tener otros hijos, casi como nosotros. Y te cabe el honor de haber contribuido a la mayor empresa de la humanidad. Como decís vosotros, querido, «no hay parto sin sangre», y este parto va a ser lo más grande que han visto los siglos.

Se había dado la vuelta en silencio y se había marchado deseando poder destruirlos a todos con la furia ardiente que burbujeaba en su interior.

Cuando llegó Nils buscando otras respuestas, esa furia se había enfriado ya dejándolo sereno en apariencia, congelado por dentro, lleno de un deseo de venganza que amenazaba con reventarle el corazón.



Nexo

Cuando su pie derecho se despegó del suelo flexible de la ciudadela para posarse sobre los adoquines de la calle imposible, Lena sintió un escalofrío. Miró por encima del hombro, pero seguía sola. Atlantis no había enviado a nadie a decirle lo que tenía que hacer.

Cruzó el umbral y, al volverse de nuevo, no vio más que la misma calle detrás de ella. El lugar en el que se encontraba un momento antes se había esfumado a sus espaldas. Estaba dentro y ya no había nada más. Todo el resto había desaparecido.

Echó a andar a buen paso en la dirección que le habían marcado, ligeramente hacia arriba, con el río, que no veía pero sí podía oler, a su derecha, las casas apagadas y envueltas en niebla a su izquierda. Sus pasos hacían ecos contra las fachadas y con cada paso que daba tenía la sensación de ir desligándose de sí misma, de estar entrando en un sueño que no le pertenecía.

Creyó oír pasos detrás de ella, pero se volvió y seguía sola en la calle donde la niebla fingía formas que se arremolinaban un instante para enseguida desaparecer.

«¿Dónde estoy?», pensó.

De un momento a otro se quedó quieta, clavada en medio de la calle.

No conseguía recordar cómo había llegado allí ni qué había venido a buscar. Su cabeza estaba llena de niebla.

Dio un par de pasos, notando cómo se iba vaciando, cómo los recuerdos se escurrían de su mente y la abandonaban. «¿Qué hago yo aquí? —pensó—. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?».

Se detuvo, vacilante. Al final de la calle había un oscuro jardín, una reja de hierro que le cerraba el paso.

¿Una reja de hierro?

¿Por qué «una reja de hierro» le decía algo que no era capaz de precisar?

Se esforzó por recuperar ese recuerdo apretando los ojos cerrados. Sabía que era importante. Una reja de hierro.

No. No era «una reja de hierro». Era «una verja de hierro». ¿Qué significaba «una verja de hierro»?

De repente, unas palabras muy amadas, repetidas noche tras noche desde su primera infancia se iluminaron dentro de su mente:

Cruza la verja de hierro oxidado; chirría al abrirse y un pájaro negro levantará el vuelo cuando te internes en el cementerio de mármoles caídos y olvidados.

Eran las palabras de «Cómo volver a casa»; las extrañas instrucciones que su madre le había grabado a fuego en la memoria desde que tenía uso de razón, las palabras que había repetido noche tras noche desde que tenía memoria.

Te encontrarás en un lugar extraño. No sabrás cómo has llegado hasta allí porque tus recuerdos se difuminan como árboles en la niebla. Tus pasos crean ecos en el pavimento de adoquines, y las fachadas antiguas, en sepia, en blanco y negro, te miran con ojos hostiles desde sus ventanas oscuras. Sabes que estás sola. No hay nadie más.

Sigue caminando. Aunque oigas otros pasos que te siguen y no veas a nadie. Avanza confiada porque estás en el camino que te lleva a casa.

Cruza la verja de hierro oxidado; chirría al abrirse y un pájaro negro levantará el vuelo cuando te internes en el cementerio de mármoles caídos y olvidados. Síguelo. Te esperará posado en alguno de los árboles desnudos que podrían ser castaños.

Era eso. Exactamente eso. Su madre, de algún modo, había sabido lo que le esperaba, lo que en un futuro lejano iba a necesitar.

Puso la mano contra la reja sintiendo el frío y la humedad del metal, y empujó con fuerza, agradecida por el chirrido que las instrucciones prometían.

Los mármoles del cementerio fosforecían, blancos, en la oscuridad. La calle por la que había llegado parecía de pronto muy lejana, como si estuviera perdiendo luz y realidad.

Un cuervo graznó sobre su cabeza, asustándola, aunque lo esperaba. Lo siguió con la vista hasta que consiguió distinguirlo posado en la rama de un árbol de flores blancas.

Ahora tendría que encontrar la tumba que prometían las palabras tantas veces repetidas:

Busca la tumba donde una mujer sin rostro llora bajo su pelo suelto. Lleva varios siglos esperando a que llegues y te dejará pasar. A su espalda se abre la puerta de una pequeña cripta.

Siempre le había asustado la idea de una mujer sin rostro y ahora, en la oscuridad de aquel lugar, tuvo que forzarse a seguir caminando mientras sus ojos volaban de un mausoleo a otro, de una tumba a otra, buscando una escultura concreta, sin poder decidirse.

Te dejará pasar.

Eso decían las palabras.

Pero era una estatua. ¿Cómo la iba a dejar pasar una estatua? ¿O era otra cosa?

Aquel cementerio estaba lleno de esculturas: ángeles, santos, niños, cruces...

¿O habría una mujer de carne y hueso esperando su llegada?

De pronto recordó la fotografía que Bianca le había dejado junto a las otras cosas sin sentido. Era la foto de una tumba del cementerio de Mühlau, el favorito de su madre. Habían ido allí en una ocasión; ella conocía esa estatua.

Allí estaba. Una mujer de piedra blanquecina sentada sobre una tumba donde florecía un rosal de diminutas flores blancas como estrellas perfumadas, una mujer vencida de dolor, con el rostro cubierto por el pelo suelto. Eso era.

Lena se acercó con cuidado, como si temiera despertar a la mujer doliente. Ahora sabía qué había venido a buscar.



Negro. Haito. Blanco. Praga (República Checa)

Maldiciendo como el soldado que fue en la guerra de los Treinta Años, Luna se arrancó la camisa, la retorció y, con ella, hizo como pudo un torniquete en el brazo herido para que dejara de sangrar mientras su naturaleza *karah* empezaba a reparar los daños.

No había podido ver quién le había disparado, pero eso ahora tenía menos importancia. Ragiswind tenía el mapa y para él lo fundamental era llegar al hotel, tratar de recuperarse un poco y empezar a elaborar un plan para liberar a Jara de las garras de Lasha. Después... ya lo pensaría. Después, quizá se limitara a desaparecer de nuevo a pesar de que Ragiswind le había pedido que volviera a Atlantis.

Miró el reloj y volvió a maldecir. Al parecer no solo había perdido el conocimiento durante un rato sino que una gran mancha de sangre se extendía por la pequeña glorieta empedrada bajo los castaños. Eso no había manera de arreglarlo, salvo huyendo de allí a toda velocidad.

Recogió la pistola, que había salido volando cuando el tirador le acertó en el hombro, comprobó que tenía suficiente dinero para sobornar a cualquier taxista y una hora después del disparo estaba entrando en el Imperial con el rostro ceñudo que había ido perfeccionando a lo largo de los siglos y que siempre había evitado intromisiones de *haito*.

Al entrar en su cuarto, cerró la puerta con doble vuelta de llave, se apoyó en la pared y se permitió unos segundos de alivio. Esperaba que la herida no necesitara puntos de sutura; no había traído ningún equipo consigo. Ahora lo primero era lavarla bien, ver qué hacía falta, tomar un alcohol fuerte del minibar y decidir los pasos siguientes. Nada que no hubiera hecho docenas de veces en su vida.

Le zumbaban los oídos y notaba una leve náusea ganarle la garganta. Necesitaba sentarse o tumbarse un rato, descansar. La bañera. Se tumbaría en la bañera llena de agua tibia. Luego ya se vería.

Trastabilló hacia el baño sin encender las luces. La cama estaba hecha y las cortinas echadas. Sin embargo flotaba en el aire, mezclándose con el discreto ambientador de limón, un leve olor a sudor, a miedo. Quizá el propio.

La puerta del baño estaba abierta.

Jara, atada y amordazada, con los ojos desencajados, lo miraba desde la bañera vacía.

Comprendió su mirada un segundo demasiado tarde y, cuando se dio la vuelta, algo se abatió contra su cabeza y dejó de pensar.



Nexo

En el cementerio, frente a la estatua de la mujer llorosa, Lena volvió a susurrar para sí misma las familiares palabras de «Cómo volver a casa» que la llevaban a un tiempo más sencillo y más hermoso, cuando ella aún no era el nexo y sus padres eran solo unos padres un poco raros que la adoraban y se empeñaban en enseñarle cosas que ninguna de sus amigas sabía.

Te encontrarás en un lugar extraño. No sabrás cómo has llegado hasta allí porque tus recuerdos se difuminan como árboles en la niebla. Tus pasos crean ecos en el pavimento de adoquines, y las fachadas antiguas, en sepia, en blanco y negro, te miran con ojos hostiles desde sus ventanas oscuras. Sabes que estás sola. No hay nadie más.

Sigue caminando. Aunque oigas otros pasos que te siguen y no veas a nadie. Avanza confiada porque estás en el camino que te lleva a casa.

Cruza la verja de hierro oxidado; chirría al abrirse y un pájaro negro levantará el vuelo cuando te internes en el cementerio de mármoles caídos y olvidados. Síguelo. Te esperará posado en alguno de los árboles desnudos que podrían ser castaños.

Busca la tumba donde una mujer sin rostro llora bajo su pelo suelto. Lleva varios siglos esperando a que llegues y te dejará pasar.

A su espalda se abre la puerta de una pequeña cripta. Entra, cierra tras de ti y, si alguien quiere saber cómo te llamas, dile que tu nombre es Lan Rheis.

Frente a ti se descorrerá un muro. Baja la escalera que, como una serpiente, se enrosca sobre sí misma; siente las verdes escamas bajo la palma de tu mano.

El pasillo será largo y está lleno de puertas. Siempre es la última y siempre hay una que no puedes ver.

Si tienes que elegir una piedra, coge sin dudar la piedra de luna. Si no

hay piedra de luna, toma el ónix. Si te encuentras con alguien que ha sido privado de libertad, ayúdalo a alcanzarla si está en tu mano. Si te hacen una pregunta, di la Verdad.

Hay lugares que están llenos de preguntas y otros en los que no hay más que respuestas. Debes saber qué sed has venido a saciar.

Las voces surgirán en las cavernas, voces antiguas que pueden confundirte. No las escuches, ellas no saben del presente, que es su futuro. Los animales del bosque se acercarán a olerte; descubrirás sus ojos amarillos en las tinieblas, pero no debes tener miedo, tú eres la niña blanca y negra, y ellos lo saben.

Sabrás lo que buscas cuando lo veas. Tómallo. Agradece. Agradece a todos los que con su vida, siglo tras siglo, prepararon tu llegada.

Regresa entonces, confiada y serena, a cumplir tu destino de luz.

Ahora le extrañaba no haber preguntado nunca para qué tenía que memorizar todas aquellas palabras, pero siempre había sido un secreto entre su madre y ella, un juego misterioso que las unía entre sí, separándolas de todos los demás. Recordaba que una vez, siendo muy pequeña, había querido saber por qué debía contestar que su nombre era Lan Rheis.

—Porque es tu nombre verdadero —había dicho Bianca, acariciándole el pelo—. Tu nombre antiguo que nadie más conoce.

Habían terminado de leer una novela de magos donde todo el mundo tenía un nombre verdadero y secreto, y por eso no le pareció tan extraño.

—¿Y el tuyo, mamá?

Bianca había sonreído.

—Yo soy Lan Nanna.

—¿Y papá?

—Él no tiene nombre secreto.

—¿Por qué?

—Porque es de otra familia, preciosa. ¡A dormir!

Esa era la única vez, que ella pudiera recordar, que habían hablado del tema y, desde entonces, no había vuelto a pasársele por la cabeza.

Ahora, en aquel cementerio nocturno, Lena notaba una confusa mezcla de sentimientos enfrentados. ¡Cuánto le habían mentido! ¡Cuánto le habían ocultado a lo largo de su vida! ¿Era posible que ese fuera realmente su nombre verdadero, su nombre *karah*? Nunca había oído a otros conclánidas hablar de ello, pero quizá fuera un secreto absoluto.

Sacudió la cabeza con determinación; se estaba dejando llevar por pensamientos que la distraían de lo que la había traído a ese extraño lugar. Estaba retrasando el momento de ver si realmente había una entrada en la pared trasera del mausoleo, si de verdad había una escalera enroscada que llevaba al largo pasillo de las puertas

cerradas. ¿Era miedo o solo cansancio?

A su alrededor, como surgidos de la nada, apareció un círculo de ojos radiantes, unos rojizos, otros amarillos... sintió un escalofrío, una punzada de miedo. Pensó en Blancanieves perdida en el bosque; pero ella no estaba perdida. Todo era una ilusión. Aquellos seres que no podía ver sabían que ella era la niña blanca y negra.

Extendió las manos frente a ella para ver las dos sortijas que llevaba en los dedos: la piedraluna y el ónix. Todo había sido previsto, de modo que avanzó hacia la mujer de piedra, acarició su cabello frío, dio la vuelta a la tumba y, como esperaba, se abrió la puerta de una cripta y el muro se descorrió.

Echando una última mirada por encima del hombro, entró en la oscuridad. A sus espaldas se cerró la puerta suavemente y, por un instante, las tinieblas la tragaron. Luego, poco a poco, una luminosidad verdosa empezó a permitirle distinguir los contornos de una escalera enroscada sobre sí misma que, como predecían las palabras, fingía el lomo de una serpiente de escamas verde esmeralda y azul turquesa.

Apoyó la mano en las frías escamas y, lentamente, empezó a bajar los peldaños hasta llegar a la cabeza de la serpiente, que tenía ojos de rubíes, cuernos de obsidiana y largos colmillos de marfil.

Allí empezaba el pasillo, un largo corredor salpicado de puertas, todas diferentes: unas de madera sólida, pequeñas y macizas; otras altas, estrechas, claras; otras metálicas, otras de ricas telas adornadas con borlones y dorados.

Siempre es la última y siempre hay una que no puedes ver.

Igual que en la lejana visita al notario, al principio de la locura. La última. De modo que avanzó mirando a izquierda y derecha, preguntándose qué habría detrás de cada una de ellas, pero sin dejarse llevar por la curiosidad de abrirlas.

Al final del pasillo se detuvo frente a una puerta sin ninguna particularidad, como la de cualquier apartamento moderno. Mordiéndose los labios, alargó la mano y apretó la manivela conteniendo la respiración.

Estaba cerrada con llave.

Estuvo a punto de gritar de frustración.

Metió las manos en los bolsillos y sacó todas las llaves que su madre le había dejado, pensando que una de ellas tendría que servir para abrir aquella puerta, pero cuando ya las tenía en la mano se dio cuenta de que la puerta no tenía cerradura. Las llaves abrirían quizá pisos y casas y apartamentos de muchos lugares del mundo exterior, pero estaba claro que allí las cosas funcionaban de otra manera.

Sin saber exactamente por qué, al cabo de unos segundos de indecisión, se limitó a llamar con los nudillos. ¿No quería entrar? Pues cuando uno quiere entrar en alguna parte lo que hace es tocar hasta que alguien le abre.

El sonido pareció extenderse por un lugar inmenso, haciendo ecos cada vez más lejanos. Lena cambió su peso de un pie a otro, sintiendo el miedo apoderarse de ella. ¿Se suponía que tenía que atravesar la puerta como había hecho en Atlantis? ¿Era eso? ¿Tenía que volver a demostrar que ella era el nexo y podía hacer cosas que

estaban vedadas al resto de los mortales?

En ese momento, algo aleteó en el interior de su mente; una presencia que no era Sombra; un coro de susurros lejanos que le hacían preguntas incomprensibles. Voces muertas. Hablando en lenguas muertas, olvidadas.

La recorrió un escalofrío.

«No las escuches —se dijo—. *Ellas no saben del presente, que es su futuro*».

Y de pronto una voz, una única voz, clara en su cerebro. Femenina. En alemán, la lengua de su infancia.

—¿Tu nombre?

—Lan Rheis —contestó con la garganta seca, sin vacilar.

Sintió la aprobación del ser que preguntaba y, al mismo tiempo, sintió que ese era su verdadero nombre, que ella era y siempre había sido Lan Rheis.

—¿Qué has venido a buscar?

«Sí, buena pregunta —pensó—. *¿Qué he venido a buscar?*».

—La solución —dijo, sabiendo que era una respuesta insuficiente. No hubo ninguna reacción—. *Karah* quiere... queremos... abrir la puerta que comunica con... con la otra realidad —añadió cada vez más deprisa—. Sombra me ha dicho que tengo que venir aquí, que el Nido tiene que aceptarme y luego... luego no sé.

Tuvo la sensación de que alguien la miraba desde el fondo del pasillo, pero cuando se volvió no había nadie. Solo las puertas seguían allí, cerradas.

¿Cómo decían las palabras? *Si te hacen una pregunta, di la Verdad.*

¡Eso era lo que estaba haciendo! Al menos la única verdad que sabía; no tenía otra.

Apoyó la frente en la madera de la puerta. Si no había más remedio la atravesaría. No iba a regresar sin saber qué había al otro lado.

La verdad... ¿la verdad de qué?... ¿qué verdad?

Sin despegar la frente de la puerta, con los ojos cerrados, empezó a balbucear en voz baja como si ordenara sus pensamientos mientras hablaba.

—De acuerdo. Diré la verdad. No sé a qué he venido, no sé qué quiero, ni siquiera sé si de verdad deseo que se abra ese camino a la otra realidad. Tengo miedo, tengo mucho miedo, y me siento sola. Me he criado como *haito*; no me gusta *karah*, no quiero ser *karah*. Dani tenía razón. No podemos hacer algo que afecta a toda la humanidad y no consultarlo con los demás. ¿Quiénes somos nosotros para poner en peligro a todo un mundo? No sé qué hago aquí. Mi madre murió antes de explicarme lo que tengo que saber. Necesito que me ayuden, que alguien me ayude, que me diga lo que está pasando. Esa es la única verdad.

—¿Qué has venido a buscar? —Volvió a sonar la voz en su cerebro, como si no hubiera oído nada de lo que Lena había confesado. ¿Qué podía hacer ahora? Había dicho la verdad y no había servido de nada.

Si te hacen una pregunta, di la Verdad.

Eso era también lo que le había dicho Yerek cuando ella estaba a punto de

atravesar la roca para encontrarse con Joelle por primera vez. *Si te encuentras con cualquier barrera en Atlantis, di la verdad.*

Di la verdad.

Di. La. Verdad.

—¿Qué has venido a buscar? —insistió la voz exactamente en el mismo tono, sin impaciencia. Lena sintió que aquella voz no tenía ninguna prisa, que preguntaría y preguntaría hasta recibir la respuesta que esperaba, o la contraseña, como en un móvil, como en un ordenador, la clave que permitiera desbloquear la entrada.

Di: La Verdad.

—La Verdad —dijo de golpe, comprendiendo.

La puerta se abrió.

Era así de fácil. El «Cómo volver a casa» se lo había indicado todo el tiempo. A nadie le importaba su verdad, sus preocupaciones, su dolor. Ni a *karah* ni a Atlantis. Era un simple juego de palabras. Un estúpido juego de palabras para detener a los tontos como había sido ella hasta ese instante.

Inspiró dos veces. Profundamente.

Entró.



Haito. Praga (República Checa)

En el aeropuerto de Praga, Anaís, Ritch y Daniel se habían sentado en una cafetería de la zona de salidas y se miraban en silencio. Aunque todos se sentían como si les hubieran dado un mazazo en la cabeza, la presencia de los otros era un pequeño consuelo.

—Tengo que llamar a mis padres —dijo Dani al cabo de un rato de mirar fijamente su vaso de té frío—. Debe de hacer por lo menos una semana que no saben nada de mí. He perdido por completo la noción del tiempo.

—Yo también debería —dijo Anaís—. Pero la verdad es que no sé qué decirles, y tampoco estamos acostumbrados a llamarnos tanto. Lo que pasa es que ahora, después de lo... —tuvo que tragar saliva— después de lo de Gigi... creo que tendría que llamar.

Ritch le puso una mano en el hombro y le dio un suave apretón. Él no tenía a quién llamar, lo que por un lado resultaba muy triste pero por otro era un alivio.

—No quiero meterme en vuestra vida, pero me parece que primero tendríais que decidir qué vais a hacer, a dónde queréis ir.

—Tú vuelves a Atlantis, ¿no? —preguntó Dani.

Ritch asintió con la cabeza.

—No tengo adonde ir, si no. Me he comprometido con ellos y además, me quema el alma pensar en todo lo que tienen delante de sus ojos sin hacerle puñetero caso. Tanja me prometió dejarme trabajar con ella e incluso llevarme a la estación polar. Y como estoy solo en el mundo... no tengo otros planes.

—¿Y si nos vamos tú y yo a alguna parte? —preguntó Anaís.

—¿De vacaciones, quieres decir? —Ritch ensayó una sonrisa que no acabó de cuajar.

—Sí. O no. No sé. No sé lo que digo.

—Vente conmigo, Anaís. Ven a Atlantis.

Estaban cogidos de las manos y se miraban con tal intensidad que Dani se levantó y se fue a mirar el monitor de salidas por hacer algo. Le quemaba por dentro ver a una pareja que quería seguir junta. El fantasma de Lena daba vueltas y vueltas en su

interior. Había tratado de convencerse de que lo mejor era olvidarse de todo, volver a su vida de siempre, terminar con aquel asunto..., pero no podía. Tenía que confesarse a sí mismo que seguía enamorado de ella, que lo de marcharse de ese modo había sido una estúpida reacción infantil; que lo único que tenía sentido era volver y hablar con ella. Y si después de una larga conversación decidían que no había futuro, entonces se ocuparía de olvidarla, pero no antes de haberlo intentado.

Una vez tomada su decisión, hizo una inspiración profunda, sacó el móvil y habló con su familia con toda naturalidad, inventando sobre la marcha que la empresa que lo había contratado para el verano lo estaba enviando mucho de viaje y que no podría acercarse a Innsbruck hasta finales de septiembre. Tuvo la suerte de pillarlos de vacaciones comprando en un supermercado de la Costa Blanca, con lo cual se alegraron de tener noticias suyas y de que todo fuera bien, pero no tenían la tranquilidad de hacer preguntas incómodas, de modo que enseguida se despidieron entre risas y besos.

Cuando volvió a la mesa, Anaís tenía los ojos brillantes en una cara que seguía estando muy pálida y Ritch parecía una gamba cocida, con todas sus pecas marcadas como una salpicadura de chocolate. Era evidente que habían aprovechado el rato de intimidad para empezar a conocerse mejor y que acababan de besarse.

—Vuelvo a Atlantis —dijo Daniel, muy serio.

—Nosotros también —dijo Ritch con una sonrisa que parecía iluminar el aeropuerto—. Anaís y yo volvemos a Atlantis.

—Y ahora la pregunta del millón —rompió ella la solemnidad del momento—. ¿Cómo vamos a volver? Aquello está en el otro extremo del mundo y a mí me quedan unos doscientos euros en el banco.

Por primera vez en toda su vida, Ritch se permitió decir la frase que llevaba soñando desde que tenía uso de razón:

—El dinero no es problema.

Y añadió, frente a la mirada de incompreensión de Anaís:

—Tenemos el mapa. Hemos cumplido nuestra misión. Los clánidas blancos son unos cabrones, como todos los otros, pero tienen dinero a espuestas. ¿Queréis ir en primera a Santiago de Chile?



Nexo

Detrás de la puerta no había más que una pequeña habitación casi vacía, de piedra, como si estuviera en el sótano de un castillo medieval. O en una cripta.

En el centro, una sólida mesa de madera oscura, y en el centro de la mesa una cajita de nácar. Aquello empezaba a parecer la caza del tesoro, ese juego que tanto le gustaba cuando era pequeña y que su madre le organizaba siempre por su cumpleaños: a lo largo de una o dos horas, iba encontrando pistas y papelitos que la iban llevando de un lugar a otro hasta descubrir por fin el tesoro escondido, su regalo.

Pero ahora no tenía ánimos ya para ese tipo de juegos. Estaba empezando a cansarse de tanta dilación y tanto misterio. Quería encontrar la pista definitiva, regresar y ponerse en marcha para terminar de una vez.

Abrió la caja y estuvo a punto de gritar de frustración. Dentro no había más que un papelito doblado, con unas letras claramente dibujadas en tinta de color violeta:

A.R.C.x12:Tx4

Le dio la vuelta, pero no había ningún mensaje más. Al parecer aquello era todo.

Sabrás lo que buscas cuando lo veas, decían las palabras de «Cómo volver a casa». ¿Era realmente eso lo que había venido a buscar? Aquello no le decía absolutamente nada y, si era un acertijo como el de la puerta, lo más probable era que se tratase de una estupidez que no le iba a servir de nada. Al fin y al cabo, su madre tampoco podía saberlo todo ni había podido preverlo todo. Bianca no era el nexa. ¿Cómo habría podido saber lo que ella iba a necesitar más allá de un cierto punto?

Pasó la vista por el pequeño cuarto tratando de imaginar qué otra cosa podría ser lo que estaba buscando, pero no había nada.

Encogiéndose de hombros, se metió el papelito en el bolsillo y se dio la vuelta para marcharse. Ahora ya ni siquiera tenía miedo; solo estaba cansada, harta, casi furiosa.

Por el rabillo del ojo vio el brillo de la caja de nácar sobre la mesa. Era del color

de su clan, era lo que le había dejado su madre después de tomarse muchas molestias. Volvió sobre sus pasos, la cogió en un impulso y se la metió en la bolsa. Si salía de todo aquello, siempre podía usarla para guardar pendientes.

Cerró la puerta tras de sí y, ya a punto de enfilear el pasillo para volver por donde había venido, creyó notar un movimiento junto a las escaleras de caracol; más que un movimiento era como si el aire se estuviera desplazando sin nadie que lo moviera y, junto a esa extraña sensación, un espejeo de color, como un reflejo en el agua de un estanque.

Se quedó quieta donde estaba, esperando, sintiendo de nuevo el miedo atenazarle el estómago y la garganta. ¿Qué era aquello, por Dios, qué iba a pasar ahora?

Poco a poco, dirigiéndose hacia ella en perfecto silencio, se fue coagulando una figura vagamente humana que iba adquiriendo cada vez más consistencia hasta que, cuando se detuvo a un par de pasos, empezó a resultar reconocible. Era una conclánida, pero en esta ocasión, por primera vez desde que Lena la conocía, no iba vestida de su color. Llevaba un vestido largo gris con adornos violeta, y algo había cambiado en su expresión que ya no era altiva y enérgica como de costumbre, sino distante y algo soñadora.

—Eleonora... —preguntó Lena, vacilante, y la voz le salió ronca—. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

La mujer la miró fijamente a los ojos sin cambiar de expresión y dio un paso hacia ella. Lena retrocedió sin pensarlo.

—No tengas miedo —dijo la figura que era Eleonora y a la vez no lo era—. Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Al Nido.

Continuó acercándose hasta que sus rostros estuvieron a apenas unos centímetros y entonces Eleonora avanzó aún más y sus cuerpos empezaron a fundirse, como si entraran el uno dentro del otro, superponiéndose, mezclándose, confundiéndose.

No era doloroso pero todo en Lena se revolvía de asco y de miedo ante aquel contacto inmaterial, aquella infiltración en lo más íntimo de su ser. Trató de apartarla físicamente, pero era imposible, era como luchar contra el viento; el proceso había comenzado y no había marcha atrás. Su mente se agitaba como un pez fuera del agua, tratando de volver al elemento conocido, rechazando el contacto con aquello para lo que no tenía nombre y que le recordaba a las peores pesadillas de su vida.

Sintió que alguien le pedía calma y confianza, alguien que no usaba palabras ni una lengua humana; trató de tranquilizarse sabiendo que Sombra la había preparado para ello, que no permitiría que le hicieran daño, que todo estaba previsto, pero era horroroso, lo peor que le había pasado en la vida.

De pronto fue como si la hubieran dejado caer en el centro de un huracán de sonido. Los mismos bramidos pulsantes que recordaba de la aparición del *urruahk* en la casa del clan rojo empezaron a sonar ahora a su alrededor de un instante a otro pero

multiplicados por cien, con un tono que sin saber por qué ella sentía de euforia. Euforia, ¿por qué? ¿Porque había venido? ¿Porque la habían encontrado? ¿Porque se habían dado cuenta de que ella era el nexo y la aceptaban? ¿Porque había algo que faltaba e iban a destruirla?

Sin saber si eran sus ojos o los de Eleonora los que miraban, se arriesgó a abrirlos y, a su alrededor, vio algo tan absolutamente incomprensible que los volvió a cerrar, aterrorizada por el caos que había entrevisto en aquellas presencias que giraban y se transformaban y bramaban en torno a ella, por los cuatro costados. *Urruahkhim*.

Los cuatro *urruahkhim*, como había dicho Sombra.

Era como en Villa Lichtenberg. Más que terror, como parecían haber sentido los clánidas, lo que ella sentía era pura incomprensión. Su cerebro no era capaz de entender lo que estaba viendo; aquellos seres no tenían arriba y abajo, delante y detrás, ni un volumen o un tamaño aprehensible. No se trataba de que tuvieran garras o cuernos o mandíbulas llenas de dientes. No eran monstruos surgidos de la imaginación de un ser humano. No se parecían a nada, absolutamente a nada que ella hubiera visto jamás. No tenían nada que un humano pudiera asociar con un depredador. Sin embargo eran Destruidores. Eran letales.

Nils los había llamado arcángeles. Mensajeros y Destruidores.

Sería posible. ¿Por qué, si no, en el Antiguo testamento, cada vez que un arcángel se le aparecía a alguien, sus primeras palabras eran «No temas»? Porque, evidentemente, la primera reacción de cualquiera era el terror más abyecto.

Pero ahora no deseaban hacerle daño, ni querían expulsarla de allí como la otra vez en la casa del clan rojo. Ahora solo querían reconocerla, integrarla, quizá incluso darle la bienvenida. Creía sentir algo positivo pero no podía estar segura. La avalancha de sensaciones era excesiva para su conciencia; no era capaz de procesar todo lo que llegaba a sus sentidos, ni siquiera fundida con aquella otra conclánida que, ahora empezaba a captarlo, no era Eleonora, sino un ser incomprensible que había usado su apariencia para poder acercarse a ella y sostenerla mientras durase el reconocimiento de los *urruahkhim*. Quizá era la misma Atlantis, la ciudad hecha mujer, dibujando un plano completo de su cuerpo y de su mente, calibrando si era el instrumento adecuado para el contacto.

Poco a poco, el bramido de los *urruahkhim* se fue haciendo más soportable hasta quedar convertido en un zumbido suave, tan grave que se sentía como una vibración en todas las moléculas pero resultaba hasta cierto punto agradable o al menos algo más tranquilizador. También habían dejado de dar vueltas enloquecidas en torno a ella.

Lena se atrevió a abrir los ojos una rendija pero no había nada que ver. El pasillo había desaparecido con todas sus puertas; ya no había cripta, ni escalera, ni cementerio en mitad de la noche. También había desaparecido la falsa calle de la falsa ciudad que había creído la suya. Solo ella, invadida por la otra, flotaba en la nada rodeada por la oscuridad profunda de aquellos seres ahora inmóviles excepto por su

continuo fluir.

Recordó que Sombra había dicho que posiblemente el *urruahk* de Villa Lichtenberg era quien había informado a Madre de que existía un nexo viable. ¿Era Madre la que ahora la estaba invadiendo? ¿Eran aquellos seres los que formaban el Nido que tenía que aceptarla?

Quedaban las preguntas, pero por fortuna el miedo había desaparecido ya, aunque sabía con toda seguridad que las fuerzas telúricas que la rodeaban eran de tal magnitud que ella era menos que un microbio. Lo sentía en cada átomo de su cuerpo, pero no le importaba porque había dejado de pensar en sí misma y en su supervivencia.

Entonces, cuando ya empezaba a dejarse flotar sin deseos ni preocupaciones, fuera del tiempo y desligada del espacio, un dolor agudísimo se extendió por su cuerpo, el cuerpo que casi había olvidado ya, partiendo de un punto en mitad del pecho que pulsaba como un corazón enloquecido enviando olas de tormento en todas direcciones.

Se llevó las manos al pecho tratando de arrancarse lo que se le había clavado allí y la taladraba con ese dolor lancinante, y al hacerlo, se dio cuenta de que el medallón de la Trama, esa hermosa joya que había creído de platino y diamantes era en realidad algo orgánico que acababa de pegarse a su piel como un hierro candente y se estaba clavando en su pecho, hundiéndose en su carne, sacando zarcillos blancos, como brotes de una planta, que se introducían en su cuerpo, se estiraban y la iban invadiendo en todas direcciones.

Gritó. Gritó de dolor, de terror, de repugnancia. La Trama siguió su proceso, imperturbable, hundiéndose en ella hasta que lo que había sido el medallón quedó cubierto por la piel, y entonces la cadena, una vez perdido el medallón, cayó a las tinieblas, inútil ahora.

Y de pronto el dolor, igual que había comenzado, cesó sin dejar siquiera recuerdo.

No tuvo tiempo de disfrutar el alivio. Se sintió caer por un tobogán vertical, tan liso que no sentía fricción ni paredes, solo la sensación de la velocidad de la caída, y de pronto, cuando ya pensaba que se estrellaría cuando acabara el túnel, algo la recogió, la abrazó, la acunó contra un pecho imposible y cálido que la confortaba de todos sus sufrimientos.

—El Nido te acepta —susurró la voz de Sombra. Dulce. Tan dulce como nunca la había oído—. Ahora puedes descansar.

Entreabrió los ojos. El rostro anguloso de Sombra, como esculpido en tinieblas móviles pero reconocible, estaba muy cerca del suyo, mirándola con una expresión que no le conocía. ¿Orgullo, quizá? ¿Afecto? Sus brazos la acogían como si ella fuera una recién nacida y era como estar reclinada en una nube oscura, caliente, a salvo de todo.

—Duerme, Lena —le dijo.

Y se durmió.



Negro. Blanco. Haito. Praga (República checa)

Cuando despertó, estaba desnudo, amordazado y atado a una silla de la habitación del hotel. La herida del hombro había dejado de sangrar pero le dolía terriblemente, igual que la cabeza, que le latía con fuerza donde presumiblemente Lasha lo había golpeado. Paseó la vista a su alrededor: Jara dormía (¿o estaba inconsciente?) en un sofá con las manos atadas a la espalda y un esparadrapo cubriéndole la boca. Se maldijo en silencio por haber permitido que Lasha arrastrara a su hija a los manejos de *karah*, pero tampoco habría podido evitarlo con facilidad. Una vez encontrado él mismo, era inevitable que el gigante diera también con ella.

—¿Has dormido bien, compañero?

Lasha ocupaba todo el vano de la puerta. Estaba mordisqueando una pata de pollo y lo miraba casi divertido con aquellos ojos transparentes que tanto miedo podían dar.

Luna asintió con la cabeza, lo que puso pinchazos y estrellas de colores en todo su cráneo.

—Siento haberte dado tan fuerte, hermano, pero estaba realmente furioso contigo. —Se acercó a él en dos zancadas y le arrancó el esparadrapo que cubría su boca. El tirón le hizo sangrar el labio superior—. A ver si nos vamos entendiendo... dime ¿quién tiene el mapa?

—Yo no.

—Sí, ya me he dado cuenta. Por eso estás desnudo, porque me he entretenido, mientras dormías, en buscar por tu ropa. ¿Dónde está?

—Ha cambiado de manos. Un conclánida ha venido a buscarlo y ahora ya estará volando hacia Atlantis. Has perdido, Ulrich, acéptalo.

Lasha agarró a Luna por el cabello, lo puso en pie y le dio un rodillazo en los testículos. Jara abrió los ojos, espantada, al oír el grito de su padre que se retorció de dolor sobre la alfombra.

—Somos un equipo, don Juan de Luna. Si yo pierdo, tú pierdes. No me explico que se te haya olvidado.

Desde el sofá, Jara miraba la escena con ojos desorbitados. No entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando. El gigante de pelo blanco que siempre

le había parecido un poco simple se había revelado como un criminal y ahora parecía que su padre compartía o había compartido con él toda clase de negocios sucios a lo largo de los años. No podía conjugar la imagen que siempre había tenido de su padre —ese hombre bueno, cariñoso, un poco loco, con esa locura que ella siempre había achacado a su pasado *hippy* y al consumo de ciertas drogas en su juventud— con la que empezaba a surgir ahora: un hombre que regresaba al hotel con una herida de bala en un hombro y que, al parecer, no encontraba extraño que su antiguo amigo fuera un secuestrador. ¿Sabría también que era un asesino? Aún le daba náuseas recordar cómo, nada más bajar del tren en Praga, le había clavado un cuchillo en la espalda a un chico que estaba haciendo cola, sin que hubiera existido la mínima provocación.

—Y ¿qué piensas hacer, bellaco? El mapa está fuera de tu alcance —estaba diciendo ahora su padre desde el suelo con los dientes apretados—. ¿Me vas a matar? ¿Para qué? ¿Por rabia, como un niño malcriado?

—No necesito matarte a ti, Luna. Puedo ver que te dolería bastante más que matara a esa patética *haito* a quien llamas hija. ¡Qué bajo has caído, conclánida!

Jara tragó saliva. ¿Qué significaba todo aquello? Mientras los hombres hablaban, ella continuó con lo que había estado haciendo antes de que Ulrich la drogara de nuevo: frotando una muñeca contra otra para tratar de soltar las ligaduras que le apresaban los brazos. Por fortuna, el tipo debía de haber quedado convencido de que era tonta e inofensiva y no se había molestado en atarle juntos los brazos y los tobillos, ni le había pasado una cuerda por el cuello como había hecho con su padre.

—Si le haces algo a mi hija, te aseguro que no morirás de muerte natural. —Luna se puso de rodillas con esfuerzo; la herida del hombro se le había vuelto a abrir pero él no parecía hacerle mucho caso—. ¡Déjalo ya, Harrid! ¿No te das cuenta de que no hay nada que hacer? Todos los conclánidas están de acuerdo. Tú estás a las puertas de la muerte de todas formas. ¿Por qué esa obcecación, camarada? ¿Qué más te da a ti ya? Has vivido más de mil años. Ahora viene otra época, otra fase en la que tú no estarás. Deja que decidan los que van a vivirla.

Lasha se pasó la mano por la frente, por los ojos, se tambaleó ligeramente y acabó sentándose en un sillón, frente a su antiguo compañero de armas. No lograba acostumbrarse a esos vahídos que le daban de vez en cuando, como si fuera una damisela romántica. Era humillante.

—¿Te encuentras mal?

—Se me pasará. Siempre se me pasa, antes o después.

—Vamos a Atlantis, Ulrich. Si tienes que morir, ¿no prefieres morir entre los tuyos?

Lasha cerró los ojos con fuerza. Odiaba confesárselo a sí mismo pero estaba agotado. Por una vez en su vida no tenía ganas de luchar. Había algo en su interior que lo estaba consumiendo; se sentía más débil con cada hora que pasaba.

Pero había recibido el mensaje de Ritch. El muchacho se había hecho con el

mapa. Ahora quedaba por saber si lo había destruido como él le había ordenado o si había decidido venderlo al mejor postor. Ritch siempre había sido pobre y el dinero es un poderoso acicate en ocasiones. Él había respondido al mensaje recordándole sus órdenes y desde entonces no había vuelto a saber nada. Si ahora había decidido presionar a Luna era sobre todo para ver por qué lo había traicionado, pero lo único que estaba sacando en limpio era que había cambiado de opinión. Así de fácil. Por curiosidad tal vez. Por la opinión del grupo. Por lealtad a *karah*. Al fin y al cabo, no era frecuente que *karah* se pusiera de acuerdo en algo y casi era de esperar que el único disidente fuera él mismo, Silber Harrid, el clánida más viejo y el que más siglos llevaba siendo *mahawk*. ¿Podía Luna tener razón? ¿No sería mejor confesarse vencido y morir entre los suyos?

Sacudió la cabeza como si acabara de caer al agua.

No. *Karah* no muere entre los suyos. *Karah* se aleja para morir. Sin embargo, antes de alejarse, antes de dejarse morir, su honor le exigía un último intento. No era solo obcecación, como decía Luna. Él sabía, sabía en lo más profundo de su ser, que aquella maldita puerta les traería desgracia, que el mundo que conocían estaba amenazado como no lo había estado jamás.

Moriría, sí, pero moriría habiendo echado un último puñado de arena en el engranaje, si era lo único que estaba a su alcance.

Volvería a Atlantis y haría lo último que aún estaba en su mano hacer.

Se levantó, aún vacilante, y cogió un cuchillo de caza que había sobre una mesa de madera noble, tan pulida que, con el reflejo, parecía que los cuchillos eran dos.

—¡Nooooo! —gritó Jara sin poder evitarlo antes de saltar hacia el gigante en un intento de salvar a su padre. Había conseguido aflojar las ligaduras y se había arrancado la mordaza silenciosamente pero ahora no había sido capaz de controlarse y acababa de perder el factor sorpresa.

El hombre se volvió hacia ella con la velocidad de un relámpago y la derribó de un manotazo, casi sin mirarla, como si no fuera más que una muñeca de trapo. Luego se agachó junto a Luna y, de un tajo, cortó la cuerda que le sujetaba las muñecas.

—Empieza a enseñar a la idiota de tu hija todo lo que debe saber para venir con nosotros.

—¿Con nosotros? ¿Adónde vamos?

—De vuelta a Atlantis.

Se miraron a los ojos y se abrazaron unos instantes.

—Buena decisión, Harrid. No te arrepentirás. Cuenta conmigo hasta el final.

—Vístete —dijo Lasha dándole la espalda, antes de salir del cuarto—. No tengo tiempo que perder.



Azul. Negro. Blanco. Rojo. Atlantis

—O sea, que prácticamente estamos como estábamos —dijo Joelle, frustrada.

Miró uno tras otro a Emma, Eringard, Jeanette, Nils, Flavia, Rufus y León que habían levantado la cabeza del mapa después de haberlo contemplado durante largo rato.

—Bueno... —comenzó León—, tanto no. Recapitulemos: en este mapa tenemos varios puntos claramente marcados, y pensad que estamos hablando de un mapa del siglo XI que, sin embargo representa el mundo como ahora sabemos que es. Lo que significa que no ha quedado obsoleto a pesar de su antigüedad, y que *karah* lo conocía ya entonces. ¿Desde el espacio, quizá?

»Podemos suponer que estos puntos más grandes representan lugares de particular importancia para *karah*. Fijaos: este debería ser Bangkok o el sur de Tailandia, el lugar donde desde siempre ha habido intereses del clan azul, ¿no es cierto Joelle? —La aludida asintió con la cabeza pero no ofreció ninguna explicación de por qué siempre había sido así—; este otro está tan al norte que prácticamente se sale del mapa. —Emma levantó la cabeza y se quedó mirando a León que, sin darse cuenta, siguió hablando—. En este caso es lógico suponer que quien dibujara el mapa original sabía perfectamente que existe algo importante para *karah* entre los hielos del norte, como ahora sabemos que es el caso. —Emma cabeceó en silencio e, imitando a Joelle, tampoco ofreció explicación alguna.

Rufus tomó la palabra, relevando a su hermano en la interpretación del mapa.

—Aquí vemos Atlantis, que es el punto central a partir del cual se han dibujado las masas continentales y aquí tenemos el que probablemente sea el nodo central. —Puso el dedo sobre el punto que había en el centro de España—. Vemos con toda claridad que hay una marca diferente aquí: está marcado con una estrella. Yo diría que podemos suponer que el nodo donde hay que colocar al nexo está en algún lugar del centro de la península Ibérica. Es decir, que algo sí que hemos avanzado.

Joelle soltó un bufido y dijo entre dientes:

—Sí... en algún lugar...

—Lena sabe dónde es —dijo Nils—. Ya ha estado allí. Con Sombra.

Todos lo miraron esperando más información. Nils levantó las palmas de las manos.

—Es todo lo que sé. Habrá que esperar a que ella regrese para saber más.

—Y, si esas pequeñas marcas diseminadas por todo el mapa significan algo, tenemos muchos otros puntos... —añadió Rufus.

—Que no sabemos para qué sirven... —Joelle estaba empezando a impacientarse—. Siempre pensé que una vez que estuviéramos todos reunidos, las cosas serían más fáciles. Si la posibilidad de este contacto había sido prevista, no me explico que no nos den más facilidades.

—Al parecer todos hemos leído demasiadas historias de *fantasy*, y esperamos cosas que solo suceden en las películas y las novelas. —Flavia se pasó la mano por el pelo, con un suspiro—. Y ¿ahora? ¿Alguien sugiere algo?

—Tenemos el mapa —dijo Rufus—, con el lugar del nexo. Sabemos que hay que colocar a tres clánidas en las cuatro direcciones formando la Trama. De hecho solo nos falta por saber a qué distancia tienen que colocarse los primeros. Cuando sepamos eso, se mide esa distancia a partir del centro, y luego otra vez y otra vez hasta tenerlos todos. Comprobamos que esos puntos estén marcados en el mapa y vemos si, todos juntos, dibujan la Trama. O bien dibujamos primero la Trama y la superponemos al mapa para ver dónde caen los lugares en los que hay que colocar a los arcontes.

—Pero para eso necesitamos saber cuál es la escala, querido hermano. Las dos cosas, el mapa y la Trama deben tener la misma escala para que tenga sentido.

Rufus asintió con la cabeza, pensativo.

—¿A alguien se le ocurre de dónde podemos sacar esa información? —Eringard los miraba a todos como si pensara que alguno de ellos lo sabía y no quería decirlo. Todos sacudieron la cabeza.

Emma guardó silencio. En el *bungalow* del clan blanco, Albert, Tanja, Ritch y Daniel estaban concentrados en la copia del mismo mapa que los familiares habían traído de Praga, tratando de encontrar la solución al acertijo. Pero ellos habían sido más rápidos; antes de marcharse los había oído decir exactamente lo mismo: que era necesario conocer la escala para decidir dónde colocar el primer círculo de arcontes. La diferencia era que en el clan blanco el ambiente era estimulante: aquello era un desafío y todos estaban disfrutando con él, mientras que en la reunión donde ella se encontraba en esos momentos la situación parecía haber llegado a un punto muerto. Solo los mediasangres parecían tomarse todo aquello como una aventura. Algo debía de haber en *haito* que los hacía disfrutar de la lucha contra la ignorancia, algo que estaba ausente en *karah*. La insaciable curiosidad de la especie, suponía. Como los monos. Esa era la diferencia fundamental: *karah* quería que funcionara, sin importarle cómo. *Haito* quería saber, aunque no consiguieran hacerlo funcionar. Se puso de pie.

—No puedo más, conclánidas. Necesito una pausa. Tal vez dentro de un par de

horas consiga pensar con más claridad. Os comunicaré lo que se me ocurra.

Emma se marchó dándole vueltas a una idea que le preocupaba profundamente: ¿cómo era posible que el artefacto encontrado entre los hielos apareciera ya en un mapa del siglo XI? ¿*Karah* lo había descubierto ya entonces y lo había olvidado después?

En cualquier caso, el que su localización apareciera en el mapa parecía dejar claro que aquel hallazgo sí tenía relación con *karah*, con los clanes; no era algo fortuito que ellos habían tenido la suerte de encontrar y habían conseguido ocultar a ojos *haito*, sino que desde siempre estaba allí esperándolos, esperando a ser descubierto y comprendido. Cosa que aún no habían logrado hacer. Tenía que hablar con Tanja inmediatamente. Había que llevar a Ritch allí. Él era *haito*, vería las cosas de otra manera, sin prejuicios, con ojos limpios, con curiosidad de mono. Quizá allí se ocultara la pieza que les faltaba, la última información que necesitaban.

Poco a poco todos fueron abandonando también la reunión hasta que solo quedaron Jeanette, León y Rufus dándole vueltas a las posibilidades.

—Si el mapa que necesitamos es efectivamente este —empezó a decir León pensando en voz alta, sin saber bien a dónde iba—, ahora tenemos que averiguar cuál es el modelo de la Trama que combina con el mapa.

—No te entiendo —dijo Jeanette.

—Deja hablar a León. Él tampoco se entiende todavía, pero es su manera de pensar.

—Todos hemos visto el símbolo de la Trama muchas veces a lo largo de nuestra vida —continuó León cada vez más excitado, hablando directamente a su hermano—, pero si te preguntan así, a bote pronto, cuál es el que mejor, o no, cuál es el que *realmente* representa la Trama, ¿tú qué dirías?

—El medallón. Sin ninguna duda.

—Hablamos del mismo, supongo. El medallón que el nexo lleva colgado al cuello.

—Exacto.

—Que es el mismo que uno de los clanes le robó a nuestro padre en 1912.

—Eso es.

—Vuestras informaciones no son exactas, hijos —intervino Jeanette—. Quien lo robó fue Emma.

—¿Emma? ¿La *mahawk* blanca? ¿Estás segura?

—Completamente. Solo que entonces no se llamaba Emma, por supuesto. Pero la cosa es más complicada de lo que pensáis. Vuestro padre, Naïm, se embarcó en el *Titanic* para hacerse con ese medallón.

—Nosotros creíamos que padre tenía la joya y alguien se la robó durante el naufragio.

—No.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Que la joya, que había sido patrimonio del clan negro durante siglos, desapareció en algún momento de principios del siglo xx. Vuestro padre se enfureció y marchó a Europa a buscar información que pudiera llevarlo a recuperarla. Llegó a nuestros oídos que la había robado Emma en Viena, aprovechando la relación de su hija, Alma von Blumenthal, la que luego sería Bianca, con el Gran Duque Iliakof, el actual Imre. Al parecer, mientras ellos dos disfrutaban de su amor en la corte del Imperio austro-húngaro, Emma decidió llevarse la Trama lo más lejos posible, a América, no sabemos por qué ni para entregarla a quién. Naïm se enteró y decidió intentar recuperarla durante el viaje. Me envió un cable desde el *Titanic* el mismo día de la partida, el 10 de abril, diciendo que en Southampton la había visto subir al buque y que trataría de recuperar la joya en Cherburgo o en Queenstown, antes de cruzar el Atlántico. El 14 de abril, por la mañana, el mismo día de su hundimiento, me llegó la última noticia en la que, de manera cifrada, por supuesto, me decía que no iba a ser tan fácil porque el medallón estaba en la caja fuerte del transatlántico y quizá fuera mejor esperar a que Emma llegase a tierra antes de intentarlo. Esa misma noche, el *Titanic* chocó contra el iceberg y nunca volvió a saberse de Naïm.

—Y Emma se salvó.

—Evidentemente. Solo murieron cuatro pasajeras de primera clase. Hombres, sin embargo... más de cien. Mi hijo entre ellos. —El tono de Jeanette era amargo a pesar del tiempo transcurrido. Los gemelos se miraron, ligeramente azorados por esa muestra de sentimientos *haito* en una clánida. Continuó hablando, ahora ya con un claro tono de diversión que dejaba muy claro lo que le alegraba el fracaso de Emma—. Sí. Ella se salvó, pero perdió la Trama, que quedó en la caja fuerte del *Titanic*, en el fondo del mar.

—¿Y cómo volvió a aparecer?

—Encontraron el barco hundido en 1985, a casi cuatro mil metros de profundidad; unos años después, localizaron la caja fuerte. Consiguieron averiguar a quién pertenecían todas las joyas, salvo la nuestra, a la que, por eso, pusieron el nombre de «Collar Misterio». En 1991, durante una exposición de los tesoros hallados en el *Titanic*, alguien la robó; suponemos que un conclánida, pero por desgracia no de nuestra casa. Ahora ya podemos aventurar que fue el clan blanco quien burló los sistemas de seguridad del museo y se hizo con el medallón.

Los gemelos quedaron unos segundos en silencio. Siempre habían sabido que su padre había muerto en el naufragio del *Titanic*, pero hasta ese momento habían pensado que le habían robado a él y que probablemente el ladrón lo había tirado al mar incluso antes del hundimiento del buque.

—¿Sabes de dónde salió ese medallón, Jeanette? ¿Quién lo fabricó? ¿Por qué es tan importante que lo lleve el nexo? —preguntó León.

Jeanette sacudió la cabeza en una negativa. Nunca lo había sabido y, a decir verdad, nunca había tenido el mínimo interés en saberlo. Para ella se trataba simplemente de una cuestión de prestigio, de honor: el clan negro siempre había sido

dueño del medallón y no le resultaba nada agradable tener que aceptar que otro clan se lo había robado.

—Solo sé que ha estado en nuestro clan desde tiempos inmemoriales. Ragiswind, nuestro *mahawk*, fue siempre su custodio.

—¿Qué estás pensando, hermano? —preguntó Rufus, intrigado—. ¿Qué importancia le ves?

—No lo sé realmente; es más bien una corazonada, pero si ese medallón es tan importante para todos los clanes y además tiene que ser ese, el original, quizá sea porque es el que tiene el tamaño modelo.

Rufus sacudía la cabeza rítmicamente.

—No es posible. Es mucho mayor que el mapa, en proporción. Si los superponemos, todos los puntos de la Trama se salen del mapa.

León suspiró, dejando caer la cabeza.

—Tienes razón.

—Sin embargo la idea... la idea es atractiva, León. Déjame darle un par de vueltas.



Negro. Haito. Atlantis

Alix salió del agua con una sonrisa en los labios. Jamás habría imaginado que fuera posible sentirse feliz durante tanto tiempo seguido, pero cuando miraba a Maël algo se iluminaba en su interior y todo lo que sucedía empezaba a teñirse de una luz especial.

No conseguía explicárselo. Llevaba en el mundo desde el siglo XVII y nunca, nunca, había sentido una cosa así. Le había costado superar la vergüenza de tener esos humillantes sentimientos por un simple *haito*, pero las circunstancias le habían sido propicias. Estaban en medio de la nada, aislados del mundo, y todos los conclánidas tenían cosas más importantes que hacer; nadie se iba a preocupar por lo que sintiera ella, igual que nadie parecía tener interés en averiguar qué estaba haciendo Maël con su tiempo. Sus compañeros se habían marchado con Luna días atrás, Imre tampoco estaba en la isla, Nils la evitaba como siempre, cosa que ahora la ponía de muy buen humor, y Jeanette, la única clánida negra aparte de sí misma, era como una línea paralela sin ningún punto de contacto con ella.

Había tenido suerte y podía dedicarse a disfrutar de la compañía de Maël. Y lo más maravilloso, esta vez sin plantearse la necesidad de la procreación, ni cuestiones de prestigio, de honor de clan, de vencer y derrotar. Era como haber vuelto a la vida después de haber estado muerta durante mucho, mucho tiempo.

Se quedó de pie en el agua, escurriéndose la melena con las dos manos, disfrutando de la brisa del atardecer, del olor a humo, de los colores que la puesta del sol hacía danzar en el agua.

Él estaba acuclillado en la arena, a orillas del lago donde ella acababa de bañarse, preparando una pequeña hoguera. Habían traído algo de comer y una botella de vino y pensaban pasar la noche allí, en una tienda de campaña diminuta, lo que para Alix era una experiencia absolutamente nueva.

Levantó los brazos al cielo y, por primera vez, comprendió esa necesidad de *haito*, que siempre le había parecido absurda, de dar gracias a Dios, a cualquier dios, por el milagro de la vida, de la naturaleza, del amor. Ella no era creyente pero empezaba a entender algunas cosas que hasta ese momento le habían estado vedadas.

Como el amor.

Hacía ya un tiempo que no se avergonzaba de la palabra. Ni del sentimiento.

Amor.

Sonrió.

Maël levantó la vista de la hoguera, la vio sonreír y se lanzó a la carrera contra ella; la derribó en el agua y, entre gritos y risas, acabaron jugando en la orilla como dos cachorros mojados y felices.



Rojo. Nueva York (Estados Unidos)

El Shane miró el teléfono con un suspiro de impaciencia. Pronto podría hacer la llamada necesaria para poner en marcha la primera parte de su plan. Desde que lo tuvo listo, supo que quería encargarse personalmente de la primera llamada y de la última. Las otras no eran más que pura rutina y podían ser delegadas con toda tranquilidad.

Muy pronto, en treinta y cinco lugares del planeta minuciosamente elegidos y todos directa o indirectamente controlados por él —mataderos, restaurantes, servicios de *catering*, grandes empresas de alimentación, consorcios farmacológicos— empezaría a introducirse en los productos un nuevo componente, creado por sus laboratorios, que eclosionaría en un plazo que podía variar entre dos y doce días.

Una vez ingeridos los alimentos «preparados», los primeros síntomas eran tan similares a los de la gastroenteritis que nadie podría pensar en otra causa. Después, el contagio se producía por el aire y al cabo de unos días la mitad de la población del planeta estaría infectada con una enfermedad, lenta y mortal en casi todos los casos.

Entonces sus laboratorios lanzarían al mercado un fármaco nuevo —Reddest— con el aviso de que aún estaba en periodo de pruebas. Cuando ese fármaco entrara en contacto con el virus en el sistema de un ser humano provocaría una reacción que llevaría a la muerte en un plazo de dos a cuatro horas.

Para garantizar que los primeros afectados contagiaran a la mayor cantidad posible de *haito*, su empresa, Santivalley, había regalado viajes por el mundo a un par de cientos de personas —coros, equipos de baloncesto juvenil, de fútbol americano, grupos de teatro y de danza, *boy scouts*...—, después de haberlos invitado a una deliciosa cena de despedida antes de abandonar su país.

Soltó una risita al recordar la expresión de perplejidad de su asistente personal, la muy honorable y odiosa señora Olivia Harris.

La epidemia, al ser pluricéntrica, sería casi imposible de controlar y mientras tanto *karah* conseguiría entrar en contacto con lo desconocido y dar el mayor paso en la historia del planeta.

Pero para eso había que esperar aún un poco más. Flavia le había dicho que iban

avanzando en la resolución del acertijo y que todos suponían que en cuanto regresara Lena de donde se hubiera metido con su mentor, todo podría ponerse en marcha.

Así que tenía que regresar a Atlantis y seguir esperando allí hasta saber dónde iban a ser colocados los arcontes. No podía desencadenar una epidemia global antes de que sus conclánidas hubieran ocupado los lugares que les correspondían. Se imaginaba a cualquiera de ellos tratando de llegar a la localización correcta entre el pánico y la locura de una ciudad como México D.F., por ejemplo, y suponía que sería más fácil cruzar el Atlántico a nado.

Primero todos los clánidas viajarían a sus respectivos destinos en un mundo en paz, o en la relativa paz de la que gozaba por el momento. Luego desencadenaría la peor masacre de la humanidad.

Pronto. Muy pronto.

Por muy impaciente que estuviera, no había más remedio que esperar a que las circunstancias lo permitieran. Entonces él conseguiría lo que llevaba varias vidas imaginando: se convertiría en la Muerte Roja. Y destruiría el mundo.

Pero de momento había que esperar y, mientras esperaba, disfrutar de los movimientos de Imre. Se había reído mucho al recibir su mensaje: «*Two down. How many to go?*». Como si él no supiera cuántos conclánidas sobraban, considerando que solo necesitaban a doce para abrir el pasaje... Aunque lo que estaba claro era que Imre no deseaba matar más, que le parecía totalmente superfluo además de salvaje, sin contar con la repugnancia natural de *karah* ante la idea de asesinar a un conclánida.

El *mahawk* negro aún no se había dado cuenta de que no tenía ningún sentido salvar la vida a los clánidas en un mundo que muy pronto estaría totalmente limpio de *haito*.

Su primera idea para limpiarlo había sido usar una serie de explosiones nucleares para destruir efectiva y duraderamente toda vida sobre el planeta. Sin embargo luego había cambiado de idea a favor de una Tierra sin humanos pero con toda su riqueza y diversidad biológica intactas. Podría darse el caso de que *karah* quisiera regresar en algún momento y no era demasiado inteligente destruir todas las posibilidades de retirada o de refugio. Aparte de que él nunca había tenido nada en contra de los animales y la vegetación.

Lo único que sobraba era *haito*: esa especie agresiva, avasalladora, violenta, cruel, que no tenía ningún inconveniente en matarse masivamente entre sí, que torturaba y asesinaba y destruía todo lo que fuera en contra de lo que tenía por verdadero; que mataba en nombre de Dios después de haberlo definido como un ser justo y amoroso; que estaba convirtiendo en una cloaca el planeta en el que vivía. No se habían merecido sobrevivir a *karah*. Y por eso también morirían todos los clánidas que no participaran en la Trama, los que no estuvieran a favor del contacto, por identificarse demasiado con *haito*.

En un futuro cercano, las ballenas recorrerían de nuevo océanos limpios de

sonidos extraños, volverían a cantar, volverían a encontrarse y reconocerse; los lobos regresarían de sus refugios y procrearían sin trabas en bosques donde sus presas vivirían libres sin la protección de los granjeros; los tigres extenderían sus dominios; los elefantes morirían de viejos con sus colmillos en la boca; los caballos volverían a ser salvajes; los perros no tendrían amos que obedecer. Las abejas se extenderían por las praderas, junto a las mariposas y las libélulas. Los ríos se recuperarían, sin fábricas que vertieran sus desechos en ellos. Los glaciares esculpirían nuevos valles. La lluvia sería limpia y la nieve blanca. Los bosques, inmensos. La Tierra sería de nuevo un paraíso azul flotando en el espacio.

El rojo perduraría en las flores y en las puestas de sol.

El Shane soltó una carcajada, riéndose de sí mismo y de la cursilería de sus pensamientos. Todo aquello parecía un anuncio del partido de los verdes o de cualquier secta de iluminados.

Lo que sí era cierto era que el rojo perduraría.

En la sangre de las presas cazadas por sus depredadores.

Y el plástico. Y los desechos radiactivos. Esos también perdurarían.



SEGUNDA PARTE



Blanco. Atlantis

Lena despertó en su propia cama, en uno de los *bungalows* del clan blanco, en Atlantis, y en el primer momento deseó hundirse de nuevo en las tinieblas del sueño para no tener que recordar todo lo que ya empezaba a iluminarse en su mente y a imaginar todo lo que aún le quedaba por pasar.

Se llevó las manos al pecho y palpó con cuidado buscando el punto donde el medallón se había incrustado en su cuerpo, pero no pudo encontrarlo, aunque tuvo la sensación de que había unos bultitos en el esternón que antes no estaban allí. Se preguntó qué le pasaría ahora, en qué cambiaría su vida y su cuerpo con aquella cosa dentro de ella.

Gimió de angustia y, antes de caer de nuevo en el terror, se concentró en calmarse. Todo había sido previsto, todo iba por buen camino. Sombra se lo había asegurado.

Los rayos del sol se colaban entre las persianas de caña y era necesario empezar el día, hablar con los conclánidas, preparar el viaje. Se vistió con rapidez, cogió el mensaje que había encontrado en la cripta y salió a una mañana espléndida, como siempre en Atlantis. En unos pasos se plantó en el *bungalow* central del clan blanco y, para su sorpresa, se encontró con que el clan estaba reunido allí. Faltaba Lasha, lógicamente, y también Tanja y Ritch, pero estaban Albert, Emma, Willy, Max... y Daniel.

Todos se pusieron de pie al verla y, al cabo de unos segundos, todos se lanzaron, sonrientes, a abrazarla.

Dani le dio un abrazo largo y fuerte, como dándole a entender que no había pasado nada, que había decidido volver y estar con ella. Lena le devolvió la presión, contenta de tenerlo allí, aunque parte de su mente estaba viendo la escena como desde fuera, como si se tratara de una película y no de su propia vida.

—Has cambiado, Lena —le susurró Dani al oído—. No sé qué es, pero hasta tu cuerpo ha cambiado.

Ella se soltó, impaciente.

—¿Qué hacéis todos aquí? ¿Dónde están los demás? —preguntó antes de sentarse

a la mesa con ellos.

—Tanja, Ritch y Anaís se han ido a la estación polar —contestó Emma—. Se nos ha ocurrido que allí puede haber ciertas respuestas que necesitamos.

—¿Anaís?

—Ahora es familiar nuestra.

—¿Qué esperáis encontrar en esa estación? Y ¿cómo se os ocurre permitir que un miembro del clan blanco, uno de los tres miembros que pueden ser arcontes en la Trama, se haya ido de aquí? ¿Y si tiene un accidente? ¿Y si Lasha la asesina? Sigue suelto, ¿no? —Para su propia sorpresa, Lena reaccionó casi con violencia. Le parecía extremadamente irresponsable el comportamiento de su clan.

Todos se miraron, perplejos.

—Sí —dijo Dani—. Nadie sabe dónde está en estos momentos.

—¿Y los demás? ¿Están todos en Atlantis?

—Casi todos —dijo Albert—. Salvo tres conclánidas rojos que han desaparecido: Mechthild, Miles y Eleonora.

—Eleonora está en la ciudadela, pero ha sido absorbida por Atlantis; ya no es realmente ella —informó Lena, de pasada. Se oyeron inspiraciones y murmullos—. ¿Falta alguien más?

—Imre llegó de madrugada, en buque, con un extraño contenedor que nadie sabe para qué sirve. El Shane acaba de aterrizar.

—Entonces, en cuanto recuperemos a Tanja podemos empezar, ¿no?

—Si tú tienes información sobre la colocación de los arcontes, sí. —Emma parecía molesta.

—¿No lo habéis resuelto en mi ausencia? ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Diez días —dijo Albert con voz suave.

Lena se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Tanto?

Los demás asintieron con la cabeza.

—Yo llegué a pensar que no volverías, cariño —dijo Max, tratando de controlar su emoción.

—He traído esto —dijo poniendo sobre la mesa el papel cifrado que había encontrado en la cripta del mundo ilusorio que había recorrido en el interior de la ciudadela—. No sé qué significa, pero a lo mejor ayuda a Rufus y León, si son ellos los que están intentando resolver el acertijo. Por otro lado trataré de hablar con Sombra. Él tiene que saber dónde colocar a los arcontes. Es imposible que no lo sepa. No es posible que todo este sistema esté en manos de ignorantes como vosotros, de gente que, viviendo más de mil años, ni siquiera se ha preocupado de guardar la información necesaria a través de los siglos.

Emma abrió la boca para responderle de mala manera, lo pensó mejor y la volvió a cerrar. Hasta cierto punto, aunque le fastidiara oírlo, aquella mocosa tenía razón.

—Me reuniré con vosotros cuando tenga nueva información de Sombra —dijo en

un tono que no admitía réplica—. ¿Puedo hablar contigo a solas un momento, Daniel?

Él asintió y ambos salieron del *bungalow* seguidos por la mirada de todos los presentes. Todos notaban que se había operado un cambio importante en Lena; ya no era una muchacha joven e inexperta. No se trataba de que hubiera madurado o envejecido. Lo que impresionaba era que se notaba con claridad que ahora se había convertido en otra cosa.

—He estado pensando en lo que me dijiste, Daniel. —Vio su cara de incompreensión y añadió—: Lo de que no es justo que *haito* no tenga la posibilidad de dar una opinión al respecto.

Él sonrió.

—Tenías razón —continuó Lena—. El problema es que no nos queda tiempo y que el riesgo para nosotros, para *karah* y sus familiares, es terrible. De modo que se me ha ocurrido algo que podría funcionar hasta cierto punto, que está a medio camino entre lo que tú y yo queremos hacer realmente.

—¿Tú sabes lo que yo quiero hacer?

Ella sonrió ante su perplejidad.

—Sí. No te ofendas, pero puedo incluso saber qué estás pensando y sintiendo en este mismo momento, si quiero. No te agobies, no quiero hacerlo y no lo voy a hacer. Aún me queda decencia y sé que los pensamientos y sentimientos de los demás son tabú. Sobre todo cuando se trata de personas que me importan.

—Gracias.

—Pero no necesito entrar en tu mente para saber qué piensas de ese tema. Y con la mitad de mí misma sé que tienes razón, que habría que consultar a los humanos. Lo que pasa es que mi otra mitad me dice que es una locura, que ese conocimiento no creará más que pánico y nos destruirá a todos. Por eso el camino intermedio que se me ha ocurrido es el siguiente, a ver qué te parece: buscaremos a un escritor que narre nuestra historia como obra de ficción; luego ese escritor se ocupará de que una editorial importante publique la novela; después los lectores tendrán ocasión de votar en línea si están a favor del contacto o no.

—Y luego tú harás lo que te dé la gana de todas formas —se le escapó a Dani—. Perdona, Lena.

—Sí, no te disculpes, tienes razón. Evidentemente la decisión la tomaré yo. Soy el nexo, Dani. Es mi responsabilidad.

—¿Has pensado ya quién sería el escritor?

—Sí. Mi escritora favorita. La conocí hace un par de años, cuando vino al instituto a hablarnos de sus novelas; me gustó y me leí toda su obra. Casualmente, también vive en Innsbruck, como nosotros.

—Nosotros ya no vivimos en Innsbruck, ni en ninguna parte. Nosotros casi ni vivimos ya. —Pretendía ser gracioso, pero a Lena le sonó amargo.

—Acompáñame a Austria, Dani. No tenemos mucho tiempo, pero hay que

hacerlo. Hablaremos con ella, le plantearemos la cuestión; yo creo que aceptará.

—Pero ¿cómo le vamos a contar todo lo que ha pasado, y cosas que le han sucedido a otros clánidas que ni tú ni yo sabemos, y lo que pasará después? Aparte de que necesitaríamos días para hacerlo y ella, muchos meses para escribirlo.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Déjalo de mi cuenta. Parece que aún no sabes todo lo que soy capaz de hacer. ¿Vendrás conmigo?

—Al fin del mundo si hace falta.

—Es posible que sí haga falta —dijo ella en voz muy baja, acercándose para besarlo—. Es posible que para el fin del mundo falte ya muy poco.



Blanco. Atlantis

Albert se destapó una cerveza, dio un largo trago, y sonrió al paisaje que lo rodeaba. Después de tantos años de estación polar, aquello estaba resultando una bendición. Ya había olvidado lo buena que podía ser la vida. El mar brillaba, el cielo estaba perfectamente azul, aquí y allá saltaban los peces que, apoyados en su aleta caudal, recorrían decenas de metros por la superficie, como si estuvieran haciendo esquí acuático, antes de volver a sumergirse. Tenía dos cañas montadas en la popa de la pequeña embarcación y cerveza fría en la nevera. En Atlantis, cuando volviera por la tarde, estaría esperándolo Emma, pero ahora ya no como colega y conclánida, sino como pareja, igual que varios siglos atrás. La vida era maravillosa. Y ahora que todo era tan perfecto, tanto que él querría que todo siguiera así durante mil años, ahora *karah* había decidido que este mundo no era suficiente, que tenían que alcanzar otro, sin saber cuál ni para qué.

Siempre había pensado que esa era una curiosa característica tanto de *haito* como de *karah*: esa necesidad de estar siempre en marcha, de querer alcanzar cosas que ni siquiera sabían para qué les iban a servir una vez alcanzadas. Él lo llamaba «el síndrome del Coyote», por la figura de dibujos animados que capítulo tras capítulo persigue al Correcaminos, una especie de avestruz flacucha que se ríe de él, sin alcanzarla jamás. Y cuando, en un par de ocasiones, consigue atraparla, su perplejidad es tan grande por haberlo logrado que la suelta de inmediato y sigue persiguiéndola, porque se acaba de dar cuenta de que el sentido de su vida está en la caza, en la persecución de su meta, no en alcanzarla. Cuando la alcanza, no sabe qué hacer con ella. Por eso la suelta y vuelve a empezar.

Así eran los humanos; y cuando pensaba en humanos no hacía diferencia entre *haito* y *karah*. Eran igual de estúpidos para muchas cosas.

Una de las cañas empezó a sacudirse y Albert, entusiasmado, se levantó para empezar la lucha con el pez que hubiera picado. Esperaba que fuera grande y fuerte, y que le costara esfuerzo sacarlo del agua.

Lo era. Las sacudidas que daba ponían a prueba toda su fuerza y su pericia de pescador de caña. Como en siglos pasados, esa noche Emma y él cenarían un pescado

traído por él a casa.

El dolor en el riñón derecho fue como un relámpago de fuego. Se dobló sobre sí mismo, soltando la caña de golpe. El pez se perdió en el mar arrastrando la caña y el sedal.

Medio segundo después, otro relámpago le rajó el estómago, extendiéndose hacia el vientre. La sangre, surgiendo a borbotones, empezó a salpicar la cubierta haciendo resbaladiza la superficie que pisaba con los pies descalzos.

Un brazo nervudo como una maroma se enroscaba en su cuello y lo obligaba a permanecer de espaldas a su atacante que clavaba una y otra vez el cuchillo sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Hacía dos vidas que no luchaba. Estaba convencido de que la época de la violencia individual en la que cada hombre tenía que saber matar había pasado ya.

Alguien estaba tratando de matarlo, en Atlantis, en medio del océano. ¿Por qué? ¿Para qué?

Le vino a la cabeza lo que habían comentado en la última reunión: Miles y Mechthild habían desaparecido sin dejar rastro. ¿Habría alguien matando conclánidas?

Los recuerdos automatizados de su cuerpo le permitieron forcejear, a pesar del dolor que se iba extendiendo por todas partes, hasta que consiguió quitarse de encima a su atacante, apoyar la espalda en el suelo —el rayo de dolor en los riñones fue paralizante— y enfrentarse a su asesino.

—¡Lasha! ¿Tú? —graznó, incrédulo.

El gigante blanco debía de haber llegado nadando a la embarcación; la melena de plata le caía, mojada, sobre la cara tallada en piedra. Sus ojos entornados parecían dos trozos de hielo.

—Es necesario, Albert. Ahora del clan blanco solo quedan Emma y Tanja. La puerta no se abrirá —dijo Lasha con los dientes apretados mientras trataba de cortar el cuello—. Lo siento, conclánida.

Albert no perdió aliento contestándole. Trató de pasar la pierna derecha entre sus cuerpos para darle una patada a Lasha que le permitiera librarse de él por un instante y ponerse de pie, pero ya había perdido mucha sangre; notaba que las fuerzas le estaban abandonando con rapidez. De momento lo único que estaba consiguiendo era proteger su cuello para que Silber Harrid no lo degollara, pero no creía poder hacerlo durante mucho tiempo.

Lo que era evidente era que no podía contar con la ayuda de nadie. Estaban en medio del mar. Y Harrid había venido a matarlo. No cejaría hasta que lo consiguiera.

Se arriesgó a soltar una mano para palpar a su alrededor en busca de algo que le permitiera golpear a su enemigo. Sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura del cuchillo que usaba para limpiar los peces y, con la máxima velocidad que le permitían sus fuerzas, lo clavó sin mirar dónde. Lasha rugió mientras la sangre empezaba a manar de su hombro. Albert soltó una maldición; no lo había alcanzado en ningún

punto vital, y la energía lo estaba abandonando; empezaba a ver doble, con un velo rojo que cubría el rostro distorsionado de Lasha, todo lo que había en su campo de visión.

Aprovechando el movimiento que hizo Lasha para quitarle el cuchillo de un manotazo, se escurrió por la cubierta embadurnada de su sangre hasta chocar con una caja. Su conclánida saltó sobre él, aplastándolo con su peso.

—¡No te resistas, Albert! ¡Déjalo ya! He venido a matarte y lo voy a hacer. Lo siento, viejo.

Sujetándole el cuello contra la cubierta con la mano izquierda, se apartó lo bastante de él como para levantar el gran cuchillo de caza que lo degollaría.

Albert pensó fugazmente que en una película ahora la cabeza de Lasha volaría en pedazos antes de asestarle la puñalada mortal. Él se incorporaría trabajosamente sobre un codo y vería a Emma, bella y salvaje como una amazona, bajando el rifle humeante, satisfecha de haber salvado a su amor. Él se desmayaría en sus brazos y en la siguiente escena lo estarían subiendo a una ambulancia mientras otros se ocupaban de meter a Lasha en una bolsa con cremallera.

Pero no estaban en una película.

El cuchillo de Lasha se abatió sobre él, como un trazo de luz de mediodía contra su cuello expuesto. Sintió un gorgoteo, un ahogo repentino, un relámpago ardiente, un calambre sacudiendo todo su cuerpo, y se hundió en la oscuridad.

El *mahawk* blanco no perdió tiempo. Se apoyó brevemente en la amura para recobrar el aliento y con un brusco gesto que le llenó la cara de sangre ajena, se apartó el pelo de los ojos.

Tendría que haber sido Tanja. Siempre pensó que sería Tanja la que tendría que morir, pero al llegar a Atlantis se había encontrado con que se había marchado con Ritch a la estación polar, y no había tenido más remedio que decidir rápido. Emma no salía nunca de la isla. A Albert, sin embargo, era fácil encontrarlo solo. La elección era clara, pero le había dejado un poso de amargura. Albert era el único conclánida que no merecía morir y sin embargo, como tantas veces a lo largo de la historia, le había tocado a él para que otros pudieran alcanzar la meta deseada.

Ahora solo quedaban él, Emma y Tanja. Él no participaría en la Trama. Dos clánidas blancas no bastaban; hacían falta tres. Se había acabado.

Se levantó, ató el cuerpo de Albert con una soga larga que sujetó junto a la caña de pescar, y lo lanzó al mar, que empezó a teñirse de rojo a su alrededor. Luego izó el ancla, puso en marcha el motor y empezó a navegar lentamente en círculos, dando tiempo a las alimañas marinas a olfatear la sangre.



Blanco. Estación polar

—¿Es peligroso? —preguntó Ritch en voz más baja de la que hubiera querido cuando Tanja abrió la compuerta que separaba el laboratorio propiamente dicho del extraño artefacto que se encontraba al otro lado de la gruesa pared de acero.

Ambos iban vestidos con trajes de máxima seguridad y, a través del pequeño visor, apenas podían ver un fragmento de lo que estaba directamente frente a ellos.

Tanja sacudió la cabeza en una negativa.

—Hasta ahora por lo menos, no lo ha sido. —Su voz sonó con un toque de diversión en los auriculares de Ritch—. Sígueme. Ten los ojos abiertos y procura no tocar nada. Lo que más me importa es tu primera impresión. Nosotros llevamos demasiado tiempo mirándolo y, como nos hemos acostumbrado, ya no nos dice nada. Cuando tú tengas una opinión, te diré la mía y contrastaremos.

—Perfecto.

Ritch tragó saliva, dio un paso largo para alcanzar a Tanja, que ya había atravesado la puerta, y aún tuvo tiempo de cruzar, a través del visor, una mirada con Anaís, que cerró la compuerta tras ellos no sin antes haberle tirado un beso. Era evidente que tanto Anaís como él estaban asustados, pero, al menos en su caso, el miedo se mezclaba con unas enormes ganas de aullar y dar saltos de alegría. Llevaba años tratando de convencer al profesor Lasha Rampanya de que lo dejara colaborar en aquello y nunca se lo había permitido; así que en el momento de cruzar el umbral la sensación de triunfo fue arrolladora.

Un segundo después todas las sensaciones habían dejado paso al simple asombro porque lo que se encontraba al otro lado de la esclusa era sencillamente imposible. No se parecía a nada que hubiera visto antes y sin embargo su cerebro se empeñaba en buscarle similitudes, simplemente para hacerle pensar que lo que estaba viendo tenía algún sentido. Su mente comparaba aquello con una enorme medusa amojamada, como si alguien la hubiera puesto al sol, a secar con sal; o con el interior de un gigante momificado lleno de venas, huesos, fibras o cables; o con un baobab o una sequoia llenos de raíces colgantes, pero vistos desde dentro después de que se hubieran fosilizado.

Las luces de las linternas que llevaban en la frente y en la mano izquierda saltaban de acá para allá iluminando corredores a veces estrechos, a veces amplísimos, de donde partían otros conductos unidos entre sí como haces de espigas o manojos de venas por las que ya no corriera ningún fluido desde un tiempo tan lejano que apenas si se podía contar. Todo tenía un ligero parecido con Atlantis, pero lo que había frente a sus ojos parecía infinitamente más antiguo y menos humano.

El silencio era tan absoluto que el siseo de su propia sangre en los oídos resultaba inquietante y eso hizo que Ritch se pusiera a silbar *On the mood* con suavidad: para tener algo que oír que no fuera tan ominoso como lo que le rodeaba.

—Tenía razón Emma —comentó Tanja, sonriendo para sí misma—. Nos hacía falta gente joven.

—Si lo dices por el silbido, no silbo por juventud, sino por puro miedo. También lo hacía hace siglos cuando para llegar a mi residencia de estudiantes tenía que pasar por la tapia del cementerio.

—Aquí no hay muertos, Ritch.

—Aquí *todo* está muerto... aunque...

—¿Sí?

—Nada. No sé. —Hubo un silencio mientras avanzaban en la oscuridad—. ¿A ti todo esto no te recuerda a nada?

—Espera un poco. Aún tienes que ver algo más.

Siguieron caminando, dejando atrás varias encrucijadas, pasando por lugares donde en el suelo o en las paredes se distinguían unos extraños bultos de un color amarronado algo más claro que el resto de las superficies. Ritch tenía que contenerse para no alargar la mano y tocarlos, tratando de averiguar qué textura tenían, pero Tanja le había dejado muy claro que solo podía mirar.

Al cabo de un rato llegaron a una especie de claro del bosque o sala de columnas, dependiendo de qué tipo de metáfora le resultara más cómoda al contemplador, y Tanja se detuvo.

—Este es el centro. Lo demás, en todas direcciones, es más o menos como lo que has visto hasta llegar aquí.

Ritch echó hacia atrás la cabeza y dejó de silbar de un segundo a otro. La altura de aquella sala era incalculable. Los haces de luz de sus linternas se perdían en la oscuridad siguiendo las nervaduras de aquellos extraños árboles muertos sin darles siquiera una idea de dónde terminaba la bóveda.

—No tiene fin... —dijo Ritch en un susurro.

—Esa es la impresión que produce, sí. Pero lo tiene: veintidós metros con ochenta y dos centímetros. Poco más el Baldaquino de la Basílica de San Pedro de Roma, o como un edificio de diez pisos.

—No es posible que algo de este tamaño esté debajo del hielo y se corresponda con los planos que me has enseñado y que no se vea desde fuera ni haya sido detectado.

—Ya. Pero así es. ¿No recuerdas la leyenda tradicional rusa de la Casa de Baba Yaga, que era más grande por dentro que por fuera? Pues lo tienes delante de tus ojos. Ninguno de nosotros ha conseguido entenderlo en los últimos cuarenta o cincuenta años.

—Al menos esto, al contrario de la casa de Baba Yaga no va a ir a ninguna parte. Supongo que ha estado quieto aquí desde que lo encontrasteis.

—Sí.

—Según los planos que vimos anoche, esta sala circular es el centro de otros cuatro círculos —Tanja asintió con un «aha»—, es decir, un plano esquemático de la trama. —El «aha» volvió a repetirse—. ¿Qué hay en el suelo de esos círculos?

Por un momento, Tanja se quedó sin saber qué decir.

—Ni idea. Nada.

—¿Podemos mirar?

Ritch se alejó en busca de uno de los círculos que rodeaban al primero, se agachó y dirigió ambas linternas hacia el suelo que, visto de cerca, parecía estar hecho de hojas muertas aplastadas y comprimidas.

—Mira, aquí se ven como unas líneas. Otros cinco círculos: uno en el centro, cuatro rodeándolo. Fractales —dijo entre dientes. Se puso en pie y siguió mirando desde arriba; luego caminó hasta la siguiente sala. El suelo también estaba marcado de modo casi imperceptible con un dibujo de la Trama—. Me pregunto qué pasará o qué pasaría en un pasado remotísimo cuando algo o alguien se colocaba en el círculo central del círculo central de este... lo que sea.

—Artefacto lo hemos llamado siempre.

—Creo que es un error, Tanja. Para mí es evidente que esto no ha sido construido por nadie. No es un artefacto, en mi opinión. Esto es, o fue, algo orgánico.

—¿Un ser vivo? ¿Un animal?

Ritch se giró lentamente, iluminando las paredes, pensando en voz alta.

—Vivo... supongo que sí. Animal... no creo, aunque, claro, nunca se sabe.

—Un ser vivo, dices. ¿Y nunca se ha encontrado otro igual?

—O desaparecieron todos sus congéneres, o vino él solo de otro lugar.

—¿Un extraterrestre? ¿Un ser orgánico venido del espacio?

—No necesariamente venido del espacio. Puede haber llegado hasta nosotros desde un universo paralelo, a través de un agujero de gusano, de un portal dimensional... no me tomes muy en serio, Tanja, me encantan las ideas locas —añadió al tener la impresión de que Tanja se tensaba a medida que él iba desgranando posibilidades que sonaban a comic de superhéroes.

—Volvamos a la estación. Allí hablaremos con más comodidad —propuso la mujer.

—Y... a todo esto... yo juraría que sí hay otro igual en la Tierra, Tanja. Igual o al menos parecido.

Ella se detuvo, se giró hacia él y lo miró fijamente.

—¿Te refieres a Atlantis? ¿Tú también lo crees?

Apenas se veían más que los ojos a través de los visores, pero las arruguillas que habían surgido en sus contornos delataban la sonrisa que se extendía por los dos rostros.

—A mí me parece evidente —dijo Ritch—. Solo que Atlantis aún está viva y es más grande. Podría ser hija de esta. Podría ser que hace varios miles de años... ¿no llegasteis a datarlo a través del hielo?...

—Basándonos en las mediciones de la capa de hielo, treinta mil años, mes arriba mes abajo —contestó Tanja, de buen humor, echando a andar de nuevo.

—Pues eso, sería posible que hace treinta mil años, este organismo empezara a fallar, se reprodujera, y su descendiente se independizara del organismo madre y navegara hacia aguas más cálidas abandonando al antepasado que, poco a poco, se fue momificando o fosilizando o como quieras llamarlo.

—Entonces, tú dirías que este en el que estamos ahora está muerto.

Ritch se detuvo un instante, como escuchando.

—Siento tener que darte una respuesta tan poco científica, Tanja, pero no estoy seguro de ello. Comparándolo con Atlantis, parece muerto, claro. Sin embargo... algo me dice que no, que aún no. No puedo saberlo, evidentemente; es una especie de intuición. —Calló un momento y añadió con cierta sorna—: Lo que pasa es que yo soy buenísimo teniendo intuiciones. ¿Y si solo estuviera en *stand by*, como si dijéramos? Esperando algo...

—¿Algo? ¿Qué?

Hubo un silencio mientras seguían caminando de vuelta a la estación.

—Quizá lo que espera todo *karah*...

—¿Al nexo?

—A mí me gustaría probar.

Volvió a caer el silencio sobre ellos.

—Quizá —continuó Ritch— si traemos a Lena, aquí esté guardada toda la información necesaria para que se abra esa condenada puerta que os lleva a maltraer. Sería lógico, ¿no crees? Por probar...

—Hablaré con los conclánidas.

—Escucha, Tanja, si todo esto estaba pensado para que pudiera establecerse una comunicación entre... bueno, no sé bien, entre «esto» y «aquello»... no sería demasiado inteligente confiar en que *karah* recordaría todas las instrucciones a lo largo de treinta mil años, ¿no crees? Tienen que estar guardadas en alguna parte, listas para activarse cuando haga falta.

—¿Tú crees?

—Cada vez estoy más seguro. Pero no se van a activar para cualquiera, lógicamente, mientras que si viene el nexo y este ser lo reconoce...

—¿Cómo lo va a reconocer? —interrumpió Tanja.

Ritch se encogió de hombros.

—Ni idea. ¿Cómo supo Sombra que Lena es el nexos?

Se miraron de nuevo, ya delante de la compuerta. Anaís les abrió desde el lado del laboratorio, esperó a que terminara la ducha antibacteriana, abrió la siguiente esclusa y los ayudó a quitarse los trajes.

—Creo que fue el medallón —dijo Tanja de pronto.

—¿Cómo dices? —Ritch, abrazado a Anaís, parecía haber olvidado que había quedado una pregunta en el aire.

—Que creo que Sombra reconoció a Lena por el medallón de la Trama que llevaba colgado del cuello.

—No es posible que fuera solo por eso.

—No te sigo.

—La que no os sigue soy yo —intervino Anaís—. ¿Podéis explicarme de qué estáis hablando?

La pusieron en antecedentes con un par de frases y volvieron al núcleo del problema.

—Quiero decir —explicó Ritch— que no es posible que Sombra aceptara como nexos a cualquiera que llevara el medallón; no tendría sentido.

—A cualquiera que llevara el medallón y tuviera sangre *karah* de los cuatro clanes —precisó Tanja—. Eso limita bastante las posibilidades.

Anaís sirvió tres vasos de zumo de arándanos rojos y se sentaron a la mesa de la cocina. Ritch se masajeaba la frente con la mano izquierda una y otra vez.

—¿Y si ese medallón no es una joya común? ¿Y si tiene algún dispositivo emisor que contacta con Sombra al activarse? —preguntó al aire.

—Y ese dispositivo, según tú... ¿cómo se activa?

—Yo qué sé. Al contacto con el nexos, quizá. Por un proceso químico. Al tocar su cuerpo, analiza su composición y, si los parámetros son correctos, se activa y lanza una señal.

Tanja se quedó pensativa.

—Quizá por eso hubo tantas luchas y tantas persecuciones para conseguir la joya original... porque una copia no habría servido de nada, por buena que fuera —dijo lentamente, como si formulara las palabras a medida que su cerebro le iba ofreciendo una imagen comprensible del pasado.

—¿A qué luchas te refieres? —preguntó Anaís.

Tanja hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia al asunto.

—Ragiswind siempre fue el depositario del medallón. Estaba obsesionado con él, sin que la mayor parte de nosotros pudiéramos comprender por qué. En algún momento del siglo XVI o XVII, no recuerdo bien, la joya desapareció. Creo que fue por esa época cuando Ragiswind abandonó a su clan y le perdimos la pista a él y a Eringard. Entonces fue cuando Emma empezó a buscar el medallón. Fue preguntándonos a todos si sabíamos algo de él. Por entonces ella se llamaba Beatrice o Beatriz y estaba muy unida al Shane, que era cardenal, y al clan rojo en general,

pero como sucede en *karah*, al cabo de dos siglos cambiaron las alianzas y se alejó de ellos; pero siguió buscando el medallón junto con Bianca. Al final, no sé bien cómo, lo consiguió, y ya en siglo xx se embarcó en el *Titanic*, supongo que para alejarse de Europa y quizá también del clan rojo. Desde entonces, por lo que parece, lo hemos tenido nosotros, los blancos, en nuestro clan.

—¿Cómo que «por lo que parece»? —preguntó Anaís.

—A mí todas esas cosas nunca me han interesado, la verdad. Pero he oído que durante mucho tiempo, desde que lo robaron del museo donde estaba expuesto entre los tesoros rescatados del *Titanic*, fue Bianca quien lo tuvo guardado, supongo que a la espera de que un hijo suyo fuera realmente el nexo y pudiera pasarle la joya para que Sombra pudiera reconocerlo y convertirse en su maestro. Y hace unos treinta años también el Shane se puso en contacto con nosotros tratando de averiguar algo de ese medallón. Pero yo no sabía nada de eso. O sea —añadió más para sí misma que para la pareja que la escuchaba—, que sí sería posible que ese medallón sea algo especial que une al nexo con la ciudad viva de Atlantis... y quizá con lo que tenemos aquí. ¡Es increíble, Ritch! Un par de días en la estación y ya hemos avanzado más que en los últimos treinta años.

—Solo en especulaciones —dijo él con una sonrisa modesta, pero sintiéndose obviamente halagado—. Siempre le dije al doctor Rampanya que yo podría ayudar.

—Lasha siempre ha sido un cabezota y, además, siempre se ha opuesto a todo lo que tuviera relación con nuestras «supersticiones *karah*». Solo ahora nos hemos enterado de que él sabía que no eran leyendas ni supersticiones, sino realidades que abrían caminos que no pensaba dejarnos recorrer. Pero se ha terminado; él se está muriendo y nosotros abriremos esa puerta que conduce a lo desconocido.

—¿No te da miedo, Tanja? —preguntó Anaís estrechando la mano de Ritch. La mujer le sostuvo la mirada con sus ojos intensamente azules.

—Claro que me da miedo, pero la curiosidad puede más. Nunca hemos sido gran cosa como científicos; *karah* no parece estar preparada para el pensamiento analítico y cuesta mucho hacerlo a pesar de todo; pero nos gusta arriesgar y recorrer senderos peligrosos.

—¿Y si eso lleva a la destrucción de todo el planeta? —insistió Anaís.

—No lo creo probable. Ninguna especie inteligente inventaría un medio de contacto que pudiera destruir el lugar con el que quiere entrar en relación.

Anaís y Ritch se miraron con una de esas miradas típicas entre parejas que venía a significar «¿se lo decimos?».

—Los humanos somos una especie inteligente y hemos creado energías que pueden destruirnos y destruir los lugares a los que queremos llegar —dijo Ritch suavemente.

—Yo no hablaba de *haito* —contestó Tanja con naturalidad, como si no los estuviera insultando—. Si estos artefactos u organismos están pensados para que *karah* tenga la posibilidad de contactar con los suyos en otro lugar, es seguro que no

pueden dañarnos.

Los dos jóvenes se encogieron de hombros, faltos de interés. Estaba claro que no tenía sentido discutir con un clánida sobre la superioridad de *karah* sobre *haito*.

—Pues a mí sí que me asusta. —Anaís se levantó, poniendo punto final a la conversación. ¿Vienes, Ritch? Quiero tumbarme un rato hasta la hora de la cena.

Él se levantó mirando a Tanja, indeciso. Quería quedarse a solas con Anaís en la habitación que les habían asignado, pero también quería participar en las decisiones que pudieran tomarse.

—Ve, anda, ve —animó Tanja—. Yo llamaré a los míos y trataré de hablar con Lena sobre tu idea de que venga aquí.

—Si hago falta para hablar con ella o lo que sea, llámame, ¿de acuerdo?

Pero Tanja ya se había enfrascado en su ordenador y no contestó.



Rojo. Negro. Atlantis

El Shane estaba de muy mal humor, de un humor rematadamente malo. En su ausencia de Atlantis, las cosas no parecían haber avanzado casi nada. Los dos mediasangres que el clan azul había adoptado seguían intentando descifrar ridículas pistas que no los llevaban a ninguna parte; el nexo estaba reunido con su clan y no había comunicado ningún tipo de información; Dominic y Flavia, como un padre y una abuela *vulgaris*, se dedicaban a hacerle cucamonas al pequeño Arek sin perder aún la esperanza de recuperar a Eleonora; Mechthild y Miles seguían igual de muertos que cuando los había liquidado el *mahawk* negro; Imre había regresado a la isla pero se había encerrado a cal y canto, de modo que aún no había logrado hablar con él; Lasha estaba perdido por el mundo, quizá muriéndose en algún lugar más solo que una farola en un bosque; el clan azul seguía su plácida vida de isleños como si nada tuviera demasiada importancia; Albert, por lo que le habían contado, salía de mañana a pescar y volvía al anochecer; Nils hacía otro tanto, pero debajo del agua; Luna había vuelto la noche anterior pero aún seguía durmiendo; Alix no se dejaba ver, aunque por algunas palabras sueltas de los familiares del clan azul se había enterado de que tenía un nuevo amante y eso la entretenía lo suficiente como para no participar en nada.

Las cosas no avanzaban. Él se aburría. Y cuando se aburría se ponía de mal humor, y el mal humor lo volvía agresivo.

De modo que, cuando ya casi había decidido despertar a Luna para que le contara cómo le había ido su escapada al viejo mundo, vio pasar a Alix bajo las palmeras, cogida de la mano de un *haito* joven y eso volvió a pintarle una sonrisa en el rostro. No había visto a su conclánida negra desde que se habían encontrado en un aeropuerto cuando él iba —¿o volvía?— de destruir la isla de cartón piedra de los ángeles atlantes que Lasha se había inventado. Decidió curiosear un poco y ver si conseguía hacerla saltar. Alix Black tenía tan mal carácter como él mismo y en otros siglos había demostrado ser una digna contrincante. No tan buena como Imre, pero aceptable. Se escabulló a toda velocidad por detrás de los *bungalows* para salirles al paso, como por casualidad.

—¡Adorable Alix! ¡Cuánto tiempo sin vernos! —exclamó al ver a la pareja.

Por primera vez desde que la conocía, Alix sonrió sin doblez, como si de verdad se hubiera creído que el Shane estaba encantado de verla.

—Hola, Shane. ¿Ya has arreglado todos tus asuntos en el continente?

—Sí, dulce. Ya no tengo nada que hacer, y me aburro considerablemente. ¿No quieres presentarme a tu nuevo familiar?

—No es un familiar, Shane; al menos aún no. Es... mi amigo —soltó una risita de colegiala que dejó perplejo al *mahawk* rojo—, mi amante, mi novio... como quieras llamarlo.

—¿Tu... prometido, quizá?

—Suenan un poco anticuado, pero sí, algo así. Se llama Maël Delange.

El muchacho tendió la mano al Shane que se la estrechó mirándolo fijo a los ojos con la cabeza ladeada.

—¡Qué bonito! Mmm... Delange... —Lo pronunció como si fuera un bombón deshaciéndose en su boca—. Suena exactamente como De L'Ange... «Del Ángel». Parece que estás encantada con él, querida conclánida... incluso te ha endulzado un poco ese carácter tan desagradable que siempre has tenido.

—Sí, Maël me sienta bien, *mahawk*, pero ya hemos hablado bastante y empiezas a resultar tan pesado como siempre.

—¿Acaso estás... enamorada, dulce conclánida? ¿Enamorada de un sucio *haito*? No hay más que ver los ojitos que le pones. ¡Qué vergüenza, Alix! ¿Cómo has podido caer tan bajo?

Alix, que ya se había girado, tirando de Maël, para marcharse, se volvió de nuevo hacia el Shane.

—Ya basta. Ni te importa ni estoy enamorada.

—Salta a la vista que lo estás, aunque tienes razón en algo: no es de mi incumbencia. Es solo que resulta muy gracioso ver a la orgullosa clánida *née* Viola Visconti di Montenegro, coladita por un muchachito *haito* trescientos años más joven.

Maël la miró, como sorprendido.

—No le hagas caso, Maël. El *mahawk* rojo es puro veneno; siempre lo ha sido.

—Sí, lo concedo, pero ahora estoy diciendo la pura verdad. La prueba de que es cierto es lo que te escuece, queridísima. ¡Alix está enamorada de un *haito*! ¡Alix está enamorada de un *haito*! —El Shane empezó a chillar como un niño de seis años en el patio de un colegio—. ¡Alix está enamorada de un *haito*!

—¡Cállate! —siseó Alix, furiosa, mientras por encima del hombro empezaba a notar el movimiento de gente que había interrumpido sus quehaceres o que se estaba acercando lentamente para enterarse de qué estaba pasando.

—¿Y si no? ¿Qué piensas hacer si no me callo? ¡Alix está enamorada de un *haito*! —repitió a voz en grito dando saltos de mono alrededor de la pareja.

—¡No estoy enamorada, maldita sea!

—¡Oooh! ¡Pobre *haito*! ¡Qué decepción, ¿verdad, muchacho?! Ahora dice que no

está enamorada de ti. —Chasqueó la lengua contra los dientes, como regañándola—. ¡Qué cruel puede ser la bella Alix! Ahora que tenemos público, ya no eres su prometido... ¿es así? Tan poco dura el amor...

—¡Deja de hablar de amor, monstruo! ¡Tú no sabes lo que es eso!

—Tú tampoco. ¿O sí? ¿O ahora que has encontrado al señor Delange, de golpe, sí que lo sabes y estarías dispuesta a dar tu vida por él?

—¡No digas estupideces, Shane!

Poco a poco, a una cierta distancia, se habían ido reuniendo unos cuantos familiares y clánidas que miraban la escena sin intervenir.

—Si yo ahora te dijera que me apetece matarlo, ¿tú qué dirías, Alix?

—No se te ocurra, *mahawk*. Maël es mío.

El muchacho volvió a mirar a Alix como si no la conociera. No sabía si todo aquello era una broma o una pelea sin importancia normal entre conclánidas o algo seriamente peligroso. Lo que sí sabía era que no quería estar allí. Pero Alix había dejado de mirarlo y parecía no tener ojos más que para aquel espantapájaros macabro que daba saltos a su alrededor.

—Entonces, ¿no estás enamorada de él?

Alix echó la cabeza atrás y soltó una carcajada con todo el desprecio que pudo fingir. Imre y Nils habían aparecido entre las cabañas y seguían la escena en silencio. No podía confesar delante de ellos su amor por Maël; sería la peor humillación de su vida.

—¿Eso es que no?

—¡Pues claro que no, estúpido! ¿Cómo voy yo a estar enamorada de un *haito*?

—Curioso... —El Shane volvió a inclinar la cabeza hacia el lado derecho, mirándola con interés—. Yo habría jurado que sí, que por algún milagro, la arrogante y fría Viola que yo conocía, la actual Alix Black, esta vez se había enamorado de verdad. ¡Qué lástima!

Con la rapidez de un relámpago, el Shane se giró hacia Maël y, sin que él pudiera imaginar lo que iba a suceder, le clavó un estilete en el corazón. Sostuvo el cuerpo del muchacho con el brazo izquierdo y, suavemente, lo depositó en el suelo. Los rubíes de la empuñadura destellaban al sol.

Por un momento, el silencio fue total. Todo pareció haberse detenido en ese instante, como en una fotografía inmovilizada para siempre: la sonrisa amarilla del Shane, los ojos desorbitados de Alix, las palmeras silueteadas contra el cielo, las personas que contemplaban la escena sin reaccionar.

Y de pronto todo se quebró con el grito de Alix, un aullido agudísimo que pareció trizar el silencio.

Se abalanzó sobre el cuerpo de Maël, tendido sobre la arena, lo tomó en sus brazos y empezó a mecerse con él pronunciando su nombre con la garganta ronca.

—*Quod erat demonstrandum*. He ganado —dijo el Shane mirando a su alrededor, como si se tratara de un juego de petanca—. Sabía que lo querías, pero como te

negabas a confesarlo, he tenido que dejarlo claro.

Alix se inclinaba sobre el cadáver de Maël, olvidada de todo lo que no fuera su propio dolor.

Lentamente, conclánidas y familiares fueron acercándose a ella, sin intervenir, mirándose los unos a los otros. El Shane, una vez satisfechos sus impulsos, había perdido interés en la situación y, aprovechando la presencia de Imre, se acercó a él, sinuoso como una serpiente.

—No quiero hablar contigo, Shane —dijo el *mahawk* negro apretando los puños—. Ahora lo único que deseo es estrangularte, de modo que aléjate de mí si aún aprecias tu vida.

El *mahawk* rojo soltó una risita al ver el rostro ceñudo de su conclánida. Sabía que hablaba perfectamente en serio y que nada le daría más placer que matarlo, pero no se atrevería a hacerlo en público y además a él no le apetecía concederle esa satisfacción, de modo que hizo una reverencia frente a él y se apartó de su lado.

—Como gustéis, estimado conclánida —dijo, burlón.

Se había instalado en el grupo un silencio tenso, rasgado por los sollozos de Alix. Todos se miraban sin saber qué hacer, impotentes frente a la muerte y el dolor.

Entonces llegó Lena, abriéndose paso entre ellos. Se quedó quieta frente al muchacho muerto reclinado en el regazo de la clánida y en un segundo pasaron por su mente cientos de imágenes desde el momento en que lo conoció, nada más llegar a Bangkok, cuando aún no sabía casi nada de sí misma, cuando aún no había visto Atlantis ni sabía lo que le esperaba, cuando no era más que una pobre chica sola, asustada, y necesitada de amigos en quienes confiar.

Maël la había ayudado, había querido protegerla, le había dado la posibilidad de quedarse con ellos en el hostel cuando ella no sabía adónde ir, la había acompañado al Mango Tree cuando iba a reunirse con la familiar azul... incluso había trepado con Anaís a la fachada de edificio de oficinas para tratar de ayudarla si alguien quería hacerle daño. Y después, en Koh Samui, cuando llegó rota y aterrorizada después del salto desde Shanghái a la isla tailandesa, Maël se había quedado con ella velando su sueño mientras ella se reponía, y luego le había dado su último paquete de galletas de chocolate.

Y ahora estaba muerto. El haberla conocido, el haber querido ser amigo suyo le había costado la vida. Si no lo hubiera traído a Atlantis, si en Koh Samui no le hubiera contado nada de la existencia de *karah*, ahora habría vuelto a París después de sus vacaciones, y seguiría vivo.

Ella había pensado que le hacía un favor haciendo que Alix, aquella clánida que todos los hombres consideraban tan atractiva, se enamorara de él. Pero eso había causado su muerte.

Una buena intención con un resultado trágico; por jugar a ser dios.

Entró en la mente de Alix, ahora confusa y agitada, y buscó entre los momentos que ella y Maël habían pasado juntos en los últimos días. Era evidente que habían

sido felices, que se querían, que el amor, ese sentimiento nuevo para ella, había cambiado muchas cosas en su vida y su comportamiento aunque, por desgracia, no tantas como para no sentirse humillada en público al confesarlo. El maldito orgullo de *karah*.

Se acuclilló al lado de Maël y le cogió una mano. Alix cruzó con ella su mirada violeta; sus ojos estaban ahora enrojecidos e hinchados; ya no era la clánida distante y orgullosa, retorcida y traidora que había hecho el pacto con Nils unas semanas atrás. Ahora parecía una niña destrozada por la pérdida de su mundo, mirándola a ella como mira un niño a su madre.

Lena sintió que Alix le pedía algo imposible, que hiciera algo, que lo arreglara, que cambiara todo aquel dolor impotente por la felicidad que había conocido.

Pero no podía hacerlo. ¿O sí?

En el avión había sido capaz de matar. ¿Sería ahora capaz de hacer lo contrario? ¿Estaba en su mano? Y, si lo estaba... ¿era lo correcto?

A través del tacto de la mano muerta de Maël, que aún estaba caliente, se dejó llevar por un flujo ascendente como si despegara en una corriente de aire con unas alas muy frágiles. Aún era posible. Maël aún estaba ahí. Primero tendría que activar su cerebro para que no sufriera daños y luego reparar los tejidos de su corazón traspasado por el puñal del Shane, pero eso sería más fácil, ya lo había hecho antes, con Luna, cuando unió de nuevo los huesos de sus piernas que ella misma le había roto, y también con su propio cuerpo, cuando hizo desaparecer las dagas que Lasha le lanzó nada más empezar el cónclave y logró autorrepararse.

El tiempo parecía haberse detenido. No tenía ninguna sensación de urgencia, ni miedo de que pudieran interrumpirla. Haría su trabajo con calma, con amor, hasta que estuviera hecho. Y para los que contemplaban la escena desde fuera no habrían pasado más de unos segundos.

Fue como si lo despertara haciéndole cosquillas suaves en la nariz, soplándole en la cara. Lena sintió un ligerísimo temblor recorrer el cadáver, como una suave brisa haciendo ondular un campo de trigo.

De pronto Maël abrió los ojos, sorprendido, y ella aprovechó ese instante para coger la empuñadura de la daga y sacarla de su pecho. Luego cruzó sus propios labios con el índice y sonrió a su amigo que la miraba sin comprender mientras Alix se cubría la boca con las manos sofocando un grito.

Lena se levantó, se sacudió la arena de las perneras de los pantalones y se quedó unos segundos contemplando el horizonte, tratando de sacudirse también el cansancio de lo que acababa de hacer. Ni siquiera ella lo comprendía, pero empezaba a notar que los demás se habían dado cuenta y rodeaban a Alix y a Maël entre maravillados y horrorizados. Pronto se volverían hacia ella cargados de preguntas, exclamaciones, opiniones que no quería escuchar. Tenía que marcharse de allí enseguida.

Echó a andar hacia la selva antes de que los demás pudieran reaccionar y detenerla. Necesitaba ocultarse un rato, estar sola, pensar en lo que acababa de

suceder.

Por el rabillo del ojo vio que Daniel la miraba con preocupación y que Nils iniciaba un movimiento para acercarse a ella. Con un gesto rápido los detuvo a ambos y se alejó a pasos largos mientras la envergadura de lo que había sucedido empezaba a abrirse paso en su mente.

«Acabas de resucitar a un muerto, Lena —gritó algo en su interior—. ¿Qué más piensas hacer? ¿Adónde vas a llegar? ¿Qué viene ahora?».

La recorrió un violento escalofrío y, como tantas veces en los últimos tiempos, deseó que llegara por fin el momento de establecer ese contacto y, quizá, como Juana de Arco, ser consumida por el fuego.



Negro. Atlantis

Imre siguió a Lena con la vista hasta que se internó en la selva. Lo que acababa de suceder lo había dejado conmocionado. Si realmente era lo que parecía, eso significaba que Lena era capaz de devolver la vida a los muertos; y eso, además de ser algo que sacudía todos los cimientos de su existencia, abría una perspectiva que hasta hacia unos minutos habría sido impensable.

Si esa conclánida que él había engendrado era capaz de resucitar a un cadáver, tenía que estar dentro de lo posible que pudiera sacar a Ennis del coma en el que se encontraba. Despertar a alguien que aún está vivo debería ser más fácil que resucitar a un muerto.

Y entonces...

Entonces todo podría ser diferente. No sería necesario establecer ese contacto y correr el riesgo de que lo que esperaba al otro lado fuera peligroso para la Tierra. No necesitaría el apoyo del Shane y eso lo libraría de tener que cumplir su palabra y destruir a sus conclánidas. Podría volver a vivir con Ennis y esta vez nadie lo impediría, ni Max Wassermann ni nadie.

Solo se trataba de convencer a Lena de que, al menos, lo intentara. Al fin y al cabo se trataba de su propia madre, la que había creído perdida para siempre. Tenía que estar dispuesta a hacerlo.

Ahora sería necesario esperar un poco más, hasta que volviera de su paseo en solitario, dejarla descansar unas horas y luego plantearle la cuestión.

Y llevarla a ver a Ennis, por supuesto. Para que Lena, como un hada en un cuento, despertara a su madre de aquel horrible sueño.



Nexo. Haito. Atlantis

Sentada a la orilla de la pequeña laguna circular, oyendo el refrescante sonido de la cascada que se rompía en espumas justo enfrente de ella, Lena empezó a sentirse más calmada, más dueña de sí misma. Lo que había hecho era incomprensible, quizá hasta escandaloso, pero había sido la decisión correcta, volvería a hacerlo si fuera necesario, no había por qué darle más vueltas.

Además, dos mil años atrás, el otro alumno de Sombra, el otro nexo, su predecesor, también había sido capaz de hacerlo y lo había hecho. Al parecer era algo que los nexos podían hacer cuando era necesario.

Se estremeció. Poder de dar la muerte. Poder de dar la vida. Era demasiado para un ser humano.

Pero tú no eres humana, oyó la voz de Sombra en su interior sin saber si de verdad le estaba hablando o si solo era un recuerdo.

Apartó el pensamiento con rabia. ¡Pues claro que era humana! Era, simplemente, una humana diferente; un paso más en la evolución de la especie quizá. Si no hubiera sido humana, no habría sentido la empatía necesaria para darse cuenta del dolor de Alix, de lo absurdo de la muerte de Maël; no habría tenido ningún interés en ayudar, en cambiar la situación para que todos fueran más felices. Era humana, pero distinta; igual que había humanos de varios colores, y tamaños, y mentalidades. No había por qué seguir pensando en ello.

Se daría un baño en la laguna y luego iría al *bungalow* a hablar con su padre, y a ver si había noticias de Ritch. Después prepararía el viaje a Austria que le había prometido a Daniel. Le parecía que lo correcto sería contactar primero por *e-mail* con la escritora y averiguar cuándo podría recibirla; lo difícil iba a ser qué decirle en ese *e-mail* para no contar nada que pudiera ser demasiado revelador y asegurarse, sin embargo de que lo tomaba en serio, de que no pensaba que había sido escrito por una loca.

Quizá lo mejor sería decirle que acababa de escribir su primera novela y le gustaría llevársela personalmente para que le diera su opinión. Al fin y al cabo, cuando fue a su instituto, les dijo que podían ponerse en contacto con ella cuando

quisieran y que siempre se alegraba de que hubiese jóvenes que quisieran llegar a ser escritores.

Ya se estaba desnudando para darse el chapuzón que se había prometido a sí misma cuando la sorprendió la llegada de una chica desconocida, una muchacha de su edad con pantalones cortos y camiseta blanca, con la melena recogida en una cola y la nariz y los ojos enrojecidos de llorar.

—Perdona —dijo en inglés en cuanto la vio—. Pensaba que estaba sola.

—Aquí no está uno nunca solo —se le escapó—. No, no lo digo por ti —añadió al ver su expresión dolida—. A todo esto, creía que ya conocía a todo el mundo en esta isla. ¿Quién eres tú?

La chica se acercó apretando fuerte en la mano el paquete de pañuelos de papel.

—Me llamo Jara Mendívil.

—¿Española? —preguntó Lena en español.

La chica sonrió y cambió inmediatamente de idioma con cara de agradecimiento.

—Sí. ¿Tú también?

—En parte. Mi madre era casi española. Es un poco complicado. Yo soy Lena.

—¡El nexo! —Jara dio un paso atrás abriendo mucho los ojos.

—Vaya, parece que no me puedo ocultar. ¿Eres familiar?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Soy hija de Iker Mendívil; bueno, hija adoptiva, pero siempre ha sido mi padre; me crio desde que tenía unos meses. Me acabo de enterar de... de todo esto, de quién es él realmente... de quiénes sois todos. *Karah* —añadió bajando mucho la voz como si estuviera pronunciando una palabra prohibida.

—Comprendo que estés así y créeme que sé cómo te sientes. —Lanzó una mirada significativa a su rostro hinchado—. Para mí también fue un *shock*. Yo tampoco sabía nada de todo esto hasta hace poco.

—¿No?

—No. Nos parecemos bastante, ¿sabes? Me criaron como *haito*. Tuve una vida normal. Mi padre tampoco es mi padre biológico. Pero no te preocupes; te acostumbras a todo. Verás como dentro de poco ya no te parece tan raro. ¿Qué haces aquí, Jara? ¿Por qué te ha traído Luna?

—¿Luna?

—Tu padre, Iker. Aquí todo el mundo lo llama así. Fue el nombre que tuvo en el siglo XVI o XVII.

Jara se sentó en una piedra y dejó caer la cabeza.

—Es que no consigo creerme todo lo que me está pasando. Es demasiado.

Lena sabía que Jara tenía necesidad de hablar, de contarle todo lo que le había sucedido hasta llegar a aquella isla perdida en mitad del Pacífico, pero no tenía ni ganas ni paciencia para escucharla. Anaís habría sido perfecta para eso, pero Anaís se había ido con Ritch a la estación polar, y Chrystelle, que también era buena escuchando, tampoco estaba. Emma no era famosa por su paciencia y los clánidas, en

general, no eran muy dados a escuchar problemas de otras personas. De Albert, que solía ser bastante paciente, no se sabía nada desde el día anterior cuando había salido de pesca. Quizá podría pedirle a Dani que le hiciera un poco de caso a aquella pobre chica a la que todo aquello le venía tan grande. Al fin y al cabo, Dani no tenía mucho que hacer hasta que se marcharan a Innsbruck.

—Anda, vente conmigo —le dijo—. Te voy a presentar a mi novio, que también es medio español. Cuéntaselo todo a él; estará encantado de conocerte y tendréis mucho de qué hablar. Yo tengo que hacer otras cosas ahora; luego me reuniré con vosotros para cenar, ¿de acuerdo?

Jara asintió en silencio. No era lo que había esperado, pero era mejor que nada.

—Mi padre me había dicho que tu novio era un tal Nils, de su mismo clan, del clan negro —dijo Jara como sin darle mucha importancia.

—¿Y quién crees tú que mejor sabe quién es mi novio, yo o tu padre?

Jara se rio.

—Son unos cotillas —dijo Lena, volviendo a sentir que la rabia le subía por el esófago. ¿Qué narices se habían creído todos?—. Aparte de que yo puedo tener perfectamente dos novios, ¿no te parece?

—La verdad, si con uno ya hay tantos problemas —dijo Jara pensando en Víctor, que la había hecho sufrir durante casi dos años— no sé para qué querrías tener dos, pero supongo que se puede hacer. Sobre todo cuando eres el nexo.

—¿Qué tiene eso que ver, según tú? —Caminaban una al lado de la otra, pero no se miraban, metidas en sus propios pensamientos, como si hablasen cada una consigo misma.

Jara se encogió de hombros.

—Mi padre me ha contado cosas increíbles de ti, de lo que puedes hacer, de lo extraordinaria que eres. Cosas que solo me creo porque me las dice él; de cualquier otro no me habría creído nada.

—¿Y qué?

—Que si eres tan diferente a los demás y puedes hacer tantas cosas que no están a nuestro alcance, no veo por qué tiene que ser raro que puedas querer a dos en lugar de querer solo a uno.

Lena se detuvo un momento y miró a su compañera, sorprendida. Aquella chica había puesto en palabras con toda sencillez lo que ella misma apenas se atrevía a confesarse a sí misma. Esa era, justamente, la pregunta crucial: ¿Por qué podía ser absolutamente extraordinaria hasta el punto de dar la muerte y la vida, de atravesar paredes de roca y de saltar de continente en continente, y sin embargo se empeñaba en comportarse como cualquier muchacha normal, sintiéndose culpable por estar dividida entre dos amores, entre dos hombres, uno *karah*, uno *haito*?

—Gracias, Jara —le dijo con toda sinceridad, un momento antes de entrar en uno de los *bungalows* buscando a Dani—. Me has ayudado mucho más de lo que puedes imaginarte. Nos veremos luego.



Nexo. Atlantis

Apenas dejó a Daniel y a Jara, Lena se encaminó a la ciudadela a toda velocidad en un intento de evitar que alguien pudiera tener la idea de hablar con ella. No tenía tiempo ni interés en hablar con nadie.

Desde que había regresado del extraño viaje por los laberintos de Atlantis, muchas cosas habían cambiado en su interior, pero lo que más notaba era la sensación de que algo como un reloj, como un tictac imparable se le había disparado dentro; como si de pronto el tiempo se le estuviera acabando. No lo comprendía, pero tampoco era necesario: era simplemente así y así había que aceptarlo.

Sin embargo, su parte humana, que aunque cada vez era más débil, seguía existiendo, le decía que era importante contar su historia, hacer que *haito* comprendiera lo que había venido sucediendo desde tiempos inmemoriales, lo que estaba sucediendo ahora y en el pasado cercano, y lo que, muy probablemente, llegaría a suceder mucho antes de lo que imaginaban. Para eso era fundamental dedicar al menos un día a hablar con la escritora que se ocuparía de narrarlo, y para tener ese tiempo no había más remedio que negociarlo con Sombra que, estaba segura de ello, no vería la necesidad de hacerlo de esa manera.

También se le había ocurrido entrar en contacto mental con la mujer que iba a escribir la historia, pero corría el riesgo de que ella pensara que era una ficción que había surgido en su mente de escritora y que no le concediera la atención necesaria, o que dejara el proyecto para más tarde, o que le pareciera demasiado traído por los pelos, o que, pensando solo en cuestiones económicas, decidiera que se trataba de una novela que no iba a poder colocar en ninguna editorial, que no se iba a vender lo suficiente, y que, por eso, la dejara estar para concentrarse en otras novelas más sencillas.

No. Era fundamental visitarla, hablar con ella, mostrarle directamente todo lo que había sucedido ya y todo lo que estaba a punto de suceder. Entonces no tendría más remedio que creerla y obrar en consecuencia. Para lograrlo, también tendría que usar una técnica que no había practicado nunca, pero tenía confianza en el entrenamiento de Sombra y estaba segura de que funcionaría. Al menos funcionaría si no se había

equivocado con el carácter de la escritora y con su capacidad de aceptar cosas incomprensibles. Pero ahora lo importante era hablar con su maestro. Confiaba en que estuviera dispuesto a ello.

Una señal acústica procedente de uno de sus bolsillos la sobresaltó. ¿Qué rayos era eso? Buscó el lugar de donde le había parecido que salía el sonido y, con un absurdo alivio, sacó su móvil y se quedó mirándolo como si fuera la primera vez que lo veía. Hacía tanto tiempo que nadie se había comunicado con ella por móvil que casi se había olvidado de qué era aquel trasto que de todas formas siempre llevaba consigo junto con todos los demás cachivaches de su herencia.

Era el número de Ritch. Un mensaje de texto:

«Te necesitamos en la estación polar. Creemos haber encontrado algunas respuestas y es fundamental que vengas TÚ en persona a comprobarlas lo antes que puedas. Es muy importante, Lena. Besos».

Sonrió al ver la última palabra. Un simpático toque humano. Guardó el móvil preguntándose qué narices habrían encontrado, pero ahora tenía otras cosas que hacer; ya contestaría a su vuelta de la ciudadela.

Entró en Atlantis por un lugar que cualquier otro clánida no habría reconocido como una entrada; pero ella parecía haber adquirido un estatus especial desde que la ciudad la había incorporado como si le perteneciera y la Trama ya no era un medallón que colgaba de su cuello sino algo vivo que se había fusionado con su cuerpo.

De algún modo, Atlantis era ahora parte de sí misma y sabía que podía moverse por su interior con igual seguridad que si estuviera en su casa de Innsbruck. Nada más acercarse a una pared de roca cubierta de finas venas verdes y azules, que solo de lejos parecerían parte de la vegetación, supo que no tendría más que seguir caminando y atravesaría la aparente barrera sin ningún esfuerzo.

Entró con la misma facilidad con la que habría cruzado una cascada, pero sin mojarse y, una vez dentro, se limitó a formar en su mente la imagen de Sombra y se sintió transportada hacia el interior de la ciudadela como si flotara en una corriente de aire que la levantara un metro sobre el suelo. Era una sensación desconocida y deliciosa que le hacía sentirse como una niña en un parque de atracciones.

El viaje duró pocos minutos y terminó en una sala circular cubierta por una cúpula que parecía no tener fin y en cuyo fondo brillaban unos puntitos que podrían ser estrellas, aunque era de todo punto imposible. Sin embargo, algo en ella le decía que lo que estaba viendo al final del techo era realmente el espacio exterior. Se quedó mirándolo fascinada durante unos momentos hasta que tuvo la sensación de estar a punto de caerse hacia arriba, de ser succionada por aquellas tinieblas transparentes y heladas salpicadas de estrellas.

Bajó la vista, hizo unas inspiraciones lentas y la sensación de mareo desapareció.

En mitad de la sala, por lo demás vacía, una espesa niebla negra se curvaba sobre sí misma en volutas que subían y bajaban lentamente mientras eran iluminadas por delgados haces de luces de colores cambiantes surgidos de ninguna parte que

transformaban el remolino de niebla en algo bellamente hipnótico.

Recordó que una de las veces que había estado en el interior de la mente de Sombra, en aquel misterioso lugar que recordaba a una catedral de carne, venas y huesos, también se había quedado prendada de una visión similar, solo que en aquella ocasión la niebla era blanquecina y había una especie de música acompañando los movimientos de la sustancia etérea que iba siendo iluminada.

Ahora no había más que silencio y la sensación de inminencia que había aprendido a identificar con Atlantis, como si allí siempre estuviera a punto de suceder algo inimaginable.

—¿Sombra? —Lena lanzó la pregunta hacia la cúpula, sin usar la voz. La respuesta fue instantánea, tanto que casi se asustó.

—*Bienvenida, nexo de los clanes. ¿Estás preparada para comenzar?*

Aunque su cuerpo no se había movido un milímetro, Lena sintió que retrocedía un par de pasos.

—*No, aún no. Necesito algo más de tiempo.*

—¿*Para qué?*

—*Mira en mi interior.*

Como otras veces, la sensación fue de una suave brisa que la recorriera por dentro, algo que le resultaba cada vez más agradable.

—*No es necesario informar a haito* —dijo Sombra cuando hubo leído su mente y se hubo enterado del plan de Lena de contactar con la escritora—. *Madre lo hará cuando llegue el momento.*

—¿*Quién es Madre, Sombra?*

—*Es solo una palabra elegida para que haito tenga buenas asociaciones y no rechace el contacto por miedo. No significa ni ser femenino ni progenitora. Ni siquiera es un solo ser.*

—*Entonces, ¿qué es? Y ¿por qué se oculta?*

—*No se oculta. En cuanto se establezca el contacto, se mostrará.*

—¿*No puedes enseñarme una imagen suya, algo que yo pueda entender?*

—*Madre no es inmediatamente comprensible para un cerebro karah.*

—¿*Y para haito sí?*

—*Tampoco. Más adelante, cuando el Nido os sienta, os ofrecerá algo que podréis comprender.*

—¿*Qué quieren de nosotros, Sombra?* —Su voz interior sonó tan asustada como se sentía.

—*Sombra no puede saberlo.*

—¿*Por qué no?*

Hubo un largo silencio, pero Lena ya estaba acostumbrada a esas extrañas pausas en la comunicación, y se limitó a esperar.

—*Sombra* —dijo el maestro por fin— *solo es un ser creado para actuar como mentor y protector del nexo. Lo creado no puede ejecutar más que las funciones para*

las que fue concebido, ¿entiendes?

—No —dijo Lena con toda sinceridad.

Hubo otra pausa.

De repente, en el cine interior de Lena apareció la imagen de un aspirador doméstico de los más modernos, de los que carecen de cable y recorren una casa sin ser dirigidos por nadie, cubriendo toda la superficie del suelo. Luego apareció una Lena mucho más joven, pasó junto al aspirador y le dijo: «Hazme el desayuno». El aparato, como era de esperar, siguió aspirando el polvo del suelo sin inmutarse.

La Lena real no pudo evitar reírse.

—*¿Lo ves? El aparato cumple con la función para la que ha sido previsto, pero no puede hacer otras cosas que cualquier humano haría sin dificultad.*

—*¿Tú eres un aspirador?* —se le escapó.

—*No. Era una analogía.* —Lena se echó a reír a carcajadas, como siempre que Sombra era incapaz de ver lo gracioso de una situación—. *Ahora lo entiendes, ¿verdad? Sombra ha sido creado para hacer muchas cosas que el nexo necesita, pero hay funciones que no posee porque no son necesarias.*

—*¿Y yo?*

—*Tú, ¿qué?*

—*¿Yo he sido creada? ¿Hay funciones que no necesito dominar?*

—*Sí.*

—*Sí, ¿qué?*

—*Sí a las dos preguntas.*

Aunque siempre había sabido que había montones de cosas que jamás sería capaz de hacer, últimamente había aprendido tantas habilidades y eran tan increíbles, que de algún modo encontraba casi insultante que ahora Sombra le dijera que también ella había sido creada con limitaciones, para cumplir cierto tipo de tareas.

—*Yo no he sido creada, Sombra* —contestó algo picada—. *Yo he nacido.*

—*Has nacido de dos clánidas, nacidos de clánidas. Todos karah. No hay una gota de sangre haito en tu cuerpo.*

—*Y eso, ¿qué tiene que ver?*

—*Karah, como Sombra, ha sido creada para realizar unas funciones bien definidas. Y el nexo mucho más. Tú eres el nexo.*

—*Lo sé, lo sé; estoy harta de oírlo.*

Como una niña furiosa, le dio la espalda a las espirales de niebla y estuvo a punto de taparse los oídos con las manos aunque sabía que era un gesto absolutamente ridículo que no le serviría de nada. Sombra guardó silencio, como siempre que no había una pregunta por responder.

—*¿Podrías volver a la apariencia humana, Sombra? Por favor...* —pidió al cabo de unos minutos.

Cuando se volvió de nuevo hacia él, Sombra era el hombre alto, calvo y ceñudo, vestido de negro, que conocía, con sus ojos estrechos y casi oblicuos de inquietante

mirada. Aunque parecía un psicópata asesino, se alegró enormemente de verlo.

—*¿Puedo preguntarte algo más?*

—*Pregunta.*

Lena se mordió los labios, sopesando si decir o no lo que llevaba tiempo dando vueltas por su interior.

—*Ese... contacto... ¿me matará?*

Los ojos de Sombra estaban fijos en los suyos.

—*Sombra no lo sabe.*

—*Pero ¿qué crees tú? A tu anterior alumno el contacto lo destruyó, ¿no es cierto?*

—*Sí. Al menos en apariencia. Luego regresó durante un tiempo.*

—*O sea, que el Nuevo Testamento dice la verdad. Murió y volvió a la vida.*

—*Tú misma has comprobado que lo que haito llama vida y muerte es algo reversible y mucho más simple de lo que suponen. Nada muere nunca definitivamente.*

—*Tengo miedo, Sombra.*

—*Lo tendrás mientras te sirva. Pronto dejarás de tenerlo.*

Como tantas veces, la respuesta le sonó por un lado críptica y por otro tranquilizadora, de modo que decidió cambiar de tema. Sombra no podía comprender los sentimientos de alguien que teme estar a punto de morir, de ser sacrificado por algo que no desea realmente que suceda.

—*Me han pedido que vaya a la estación polar. ¿Debo hacerlo?*

—*Sí. Tienes que hacerlo de todos modos.*

—*Pero primero quiero ir a Innsbruck. Necesito hablar con esa escritora. ¿Me lo impedirás?*

—*Sombra no debe impedir nada, si no va contra las funciones para las que fue creado. Significa un retraso en el tiempo, pero eso también es reversible. Ve a Innsbruck y de allí a Nuuk, en Groenlandia. Si es necesario, Sombra te encontrará y te llevará al norte.*

Lena sintió que la conversación había terminado y casi gritó antes de que Sombra se alejara de ella.

—*¿Sabes tú dónde tenemos que colocar a los arcontes en la Trama?*

Aunque era absolutamente imposible, Lena creyó detectar un matiz de diversión en la voz de su maestro.

—*El nexa decide cuál es su Trama. Sombra hace lo demás.*

Antes de poder contestar a su mentor, Lena se dio cuenta de que había vuelto a quedarse sola. Pero ahora, al menos, sabía a dónde tenía que ir, y algo que antes ignoraba: que era ella la que tenía que decidir quién formaría parte de la Trama.



Negro. Atlantis

Mientras Lena se perdía en la selva que rodeaba la zona de los *bungalows*, Nils e Imre, dándose cuenta de que no era momento de intentar hablar con ella, habían echado a andar hacia la playa, en un silencio que a los dos les parecía tenso, muy distinto del que solían disfrutar cuando estaban juntos.

Ambos estaban conmocionados por lo que acababan de presenciar pero no sabían cómo abordar el tema, ni si el otro también sentía la necesidad de hacerlo. El carácter cerrado y distante de *karah* seguía siendo un obstáculo incluso entre personas del mismo clan que llevaban siglos compartiendo sus vidas.

—Por fin nuestras leyendas empiezan a acercarse a la realidad —dijo Nils casi para sí mismo, dando ocasión a Imre de aceptar la conversación o guardar silencio.

—¿Tú crees?

—Si a ti una resurrección no te parece lo bastante sobrenatural, *mahawk*... no sé qué más podría ofrecerte Lena.

Imre soltó una especie de resoplido por la nariz.

—El nexo es capaz de hacer todo tipo de cosas extrañas, sí. Mucho más de lo que yo hubiese podido imaginar nunca. Y es cierto que no es la única: el Shane, además de matar y torturar mejor que ninguno de nosotros, también parece tener ciertos poderes. —Captó la mirada de Nils y añadió—: Nada extraordinario, pero alguna que otra cosa; lo conozco bien y desde hace mucho tiempo. Lasha, por lo que nos contaron, es o era capaz de levitar. Y tú, querido conclánida, no eres aún el hombre invisible, pero tengo que reconocer que has progresado mucho...

Nils solo dudó un instante. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a si era inteligente confrontar a Imre con lo que sabía de su trato con el Shane y acababa de decidir que no podía callar un segundo más; llevaba demasiado tiempo tratando de comprender qué estaba pasando.

—Sí, he progresado, efectivamente, pero me gustaría no haberlo hecho. —Imre lo miró, sorprendido, tanto por la amargura en su tono como por toda la tensión de su cuerpo—. A veces, protegido por el manto de la invisibilidad se descubren cosas que habría sido mejor no saber.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas como que el *mahawk* rojo y el *mahawk* negro están conspirando para destruir a los suyos. ¿O me equivoco?

Imre cerró los ojos unos instantes mientras apretaba los labios. Jamás hubiera querido que Nils, precisamente Nils, se enterara de aquel vergonzoso trato entre él y Shane, pero ahora ya no podía hacer nada por evitarlo. No tenía sentido mentirle.

—No, Nils, no te equivocas, pero supongo que no sabes de qué se trata.

—Se trata —dijo el clánida más joven, con los dientes apretados—, de que por lo que he podido averiguar, nuestro *mahawk*, mi mentor, el hombre en el que he confiado siempre, ha estado matando conclánidas para cumplir su parte de un repugnante trato con el peor monstruo que ha dado *karah* en toda su existencia; que tú, Imre, has asesinado a Eleonora, Miles, Mechthild y Albert. Hasta el momento. Y que, por lo que supongo, piensas seguir matando hasta que no queden más que los arcontes necesarios para la trama.

—¿Albert? —Imre parecía escandalizado.

—No te hagas el loco. Hace más de veinticuatro horas que no se sabe nada de él. Salió a pescar y no ha regresado, dicen. Yo ayer a mediodía estaba buceando y vi cómo alguien hacía girar su barco en círculos para que los tiburones devorasen su cadáver.

—No era yo. No he matado ni a Eleonora ni a Albert. Te lo juro.

—A los conclánidas rojos sí.

—A los rojos sí, como advertencia a Shane.

—¿Por qué, Imre, por qué? ¿Qué te ha llevado a matar a tus propios conclánidas? ¿Qué ha podido ofrecerte el Shane para que traicionas a los tuyos?

—Contéstame a una pregunta, Nils. —El joven inclinó brevemente la cabeza, en silencio, asintiendo—. ¿Matarías por Lena?

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver eso ahora? No te vayas por las ramas, *mahawk*.

—Contéstame. Si ella estuviera a punto de morir, y matando conclánidas pudieras salvar la vida de Lena, ¿lo harías?

Nils calló, perdió la vista en el horizonte del mar mientras se imaginaba a sí mismo matando a Dominic, a Kaltenbrunn, a Alix, a Arúa... a cualquiera de sus conclánidas a cambio de que Lena estuviera a su lado, y un segundo después había contestado.

—Sí.

Imre le dio una palmada en el hombro.

—Lo sabía. Ven, voy a enseñarte el mayor secreto de mi existencia. Luego creo que me comprenderás mejor.



Nexo. Azul. Atlantis

A la salida de su entrevista con Sombra, Lena se dirigió, antes que nada, a la cabaña donde Joelle tenía algo parecido a un estudio, donde solía sentarse a meditar sobre las cartas del Tarot y donde, por lo que le había contado, muchos años atrás, se había encontrado regularmente con su madre, cuando aún se llamaba Ennis, para planear lo que sucedería si el nexo llegaba a nacer.

Tenía cada vez más prisa por salir de la isla aunque era dolorosamente consciente de que nunca encontraría un lugar más hermoso, pacífico y acogedor que aquel. Pero el nexo no había sido concebido para disfrutar de la paz y la belleza del planeta sino para propiciar el contacto con el Nido.

Se tocó el esternón con la mano izquierda tratando de sentir el medallón por debajo de la piel. Ya no se notaba nada. Ella y la Trama se habían convertido en uno solo. Reprimió un escalofrío y siguió caminando por el sendero arenoso que llevaba a la playa de poniente.

Joelle, Rufus y León estaban en la veranda, rodeados de papeles sobre los que habían ido colocando piedras de todos los tamaños para que no salieran volando, y tomando un té probablemente de hibisco ya que la jarra de cristal parecía estar llena de sangre diluida. Los tres alzaron la vista, nerviosos, al verla llegar porque suponían que venía a pedirles unos resultados de los que carecían.

—No vengo a pedir nada —se apresuró Lena a decir—, salvo una cosa muy simple y que ya tenéis lista. Quiero ver vuestra relación de arcontes para ver si coincide con la mía.

—¿La tuya? —Él parecía francamente sorprendida.

—Sé por Sombra que soy yo quien debe crear la Trama.

—Yo la he creado consultando las cartas. —Joelle no quería sonar ofendida, pero no pudo evitar un ligero tono molesto.

—Las cartas son una gran ayuda, efectivamente, *mahawk*, y no es que desconfíe de ti, pero tengo que decidir yo quién tomará parte como arconte y quién se quedará fuera.

Se cruzaron sus miradas y Lena recordó de pronto el momento en que se habían

conocido, cuando Él era la poderosa *mahawk* del clan azul y ella no sabía nada ni de sí misma ni de su futuro. En aquel momento, Joelle era una figura de autoridad y asombro. Ahora se había convertido en una simple conclánida renuente a ocupar el lugar que le correspondía.

—Por lo que veo, tu madre no te educó para honrar a tus mayores —dijo la clánida azul, molesta—. Si ella estuviera aquí, no aprobaría tu comportamiento.

—Si ella estuviera aquí, sería mi conclánida, *mahawk*, como lo eres tú, y no le correspondería opinar sobre mi manera de hacer las cosas. Ambas trabajasteis para hacer que naciera un nexo. No pensaríais que el nexo iba a estar en vuestro poder y se iba a limitar a obedeceros, ¿verdad? El nexo solo responde ante sí misma.

Al cabo de un instante, la mujer bajó la vista, se levantó, entró en la cabaña y volvió a salir con una hoja en la mano. Sin leerla aún, Lena le dio las gracias y volvió a marcharse, seguida por tres pares de ojos, dos pares preocupados, un par ofendido.



Negro. Azul. Atlantis

Eringard miró una vez más por encima del hombro, se aseguró de que nadie la había seguido, y, apartando unos arbustos, se agachó y entró en un pasadizo de roca por el que casi gateando al principio y luego inclinada, llegó a una cueva redondeada desde donde se veía el mar enfrente y muy abajo. Vista desde el agua, aquella gruta era solo un pequeño agujero oscuro a veinte metros de la superficie, sin acceso posible.

Ragiswind la esperaba, sonriente. Se dieron un abrazo y se sentaron en dos piedras, frente al océano.

—Cuéntame —pidió el hombre.

—Los mediasangres del clan azul tienen el plano que les trajiste desde Praga pero siguen sin saber interpretarlo porque, aunque suponen que deben superponer el esquema de la Trama al mapa del mundo, no saben cuál es la escala correcta. El nexo, que ha regresado de su viaje al interior de Atlantis, ha traído una clave que al parecer Bianca dejó allí para ella, pero nadie sabe lo que significa.

Ragiswind se pasó una mano por la mandíbula, como cuando llevaba barba y ese gesto le ayudaba a pensar.

—Por lo que parece, esa muchacha sabía mucho más de lo que nos hacía creer a todos.

—¿Te refieres a Bianca?

—Sí, claro. ¿Qué dice esa clave?

Eringard metió la mano en un bolsillo y le tendió un papelito copiado por ella del original.

A.R.Cx12:Tx4

Ragiswind sonrió. Ella lo miró, curiosa.

—No me digas que sabes qué significa.

—Por supuesto que lo sé. Y tú también, si te esfuerzas mínimamente. Lo primero son siglas.

Eringard sacudió la cabeza.

—En latín —animó él.

Ella siguió mirando el papel.

—*Atlantidae*... —comenzó Ragiswind.

—*Atlantidae*... R... R podría ser tu nombre, ¿no? *Ragiswindis*... —dijo en tono dubitativo; él sonrió mientras Eringard iba comprendiendo—. ¡Carta! *Atlantidae Ragiswindis Carta* ¡El mapa de la Atlántida de Ragiswind, doce veces, la Trama cuatro veces!

—¡Eso es! Hay que ampliar doce veces el mapa y cuatro la Trama antes de superponerlos.

—¿Qué Trama? ¿El medallón? Pues no va a ser posible porque el nexo ya no lo tiene. Siempre lo ha llevado colgado del cuello y ahora, desde que ha vuelto de Atlantis, ya no lo lleva. Pero tú tienes una copia, ¿verdad?

Ragiswind negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿No?

—Sí, claro que la tengo. —La tranquilizó él—. Pero hay algo mejor, ¿no te acuerdas? Bianca hizo tatuar el medallón con sus medidas exactas en el cráneo de la niña. No habrá problema. Además, mientras tanto estoy convencido de que todo esto nunca ha hecho falta. Sombra será quien coloque a los arcontes; estoy casi seguro de ello.

—¿Será también quien los elija? Siempre hemos pensado que Joelle es la única que tiene la autoridad moral necesaria para que su elección no sea cuestionada. Y nosotros tenemos que formar parte de esa Trama. Llevamos muchos siglos trabajando para ello, Ragiswind.

—Déjalo en mis manos, bella. Pronto me mostraré a los conclánidas y volveré a ocupar mi lugar. Ahora regresa con ellos.

Se besaron ligeramente en los labios y Eringard salió de la gruta.



Blanco. Atlantis

—Albert ha desaparecido —fue lo primero que dijo Emma cuando vio entrar a Lena en el *bungalow*.

Era la segunda vez en el mismo día que Lena había visto esa mirada de desesperación en el rostro de una conclánida. Primero Alix, ahora Emma. Y luego decían que *karah* no tenía capacidad de amar...

—¿Qué quieres decir exactamente, Emma? ¿Que se ha marchado de la isla sin avisar? ¿Que nadie sabe dónde está?

—Que temo que quien sea que está asesinando conclánidas lo haya matado. No lo sabemos con seguridad pero ese tipo de noticias vuela.

—¿Cómo que «asesinando conclánidas»? ¿De qué me hablas? Ya os dije que Eleonora forma parte de... —estuvo a punto de decir «el Nido», pero se contuvo a tiempo; no era momento de ponerlos aún más nerviosos hablando de cosas que ni ella misma era capaz de explicar— de Atlantis. La ciudad la ha elegido por lo que sea y la ha... digamos absorbido. No la ha asesinado nadie.

—No me refería a Eleonora, aunque no me extrañaría que antes de que Atlantis se la quedara, la hubiera asesinado nuestro *mahawk*. He hablado con el clan rojo y lo último que saben de ella es que fue a visitar a Lasha cuando estaba encerrado en la ciudadela después de atacarte a ti en el cónclave. Desde entonces no ha vuelto a verla nadie. Pero yo ahora hablaba de que también Miles y Mechthild han desaparecido, y los rojos creen que alguien los está matando. Por eso temo por Albert.

—¿Por qué iban a querer matar a Albert?

—¡Eso es lo que menos me importa! ¡Yo lo que quiero saber es si está vivo! ¿Lo sabes tú?

Lena sacudió la cabeza en una negativa.

—Pero lo puedes averiguar, ¿no? ¿No tienes poderes especiales... nexo? —Al parecer Emma era el tipo de persona a la que el dolor y la inseguridad volvían agresiva—. Además, si no estás dispuesta a averiguarlo por la sencilla razón de que Albert pertenece a tu clan, puedo darte una buena razón para tratar de hacerlo: si de verdad ha muerto —Emma arrugó la cara reprimiendo un sollozo—, jamás

conseguiremos abrir la puerta. De nuestro clan, y sin contarte a ti porque eres el nexa, solo quedamos Tanja y yo.

—Y Lasha.

—Que se está muriendo y que preferiría suicidarse a colaborar en lo que todos deseamos. —Hubo una pausa mientras las dos mujeres se miraban en silencio—. Por favor, Lena... por favor. En términos humanos soy tu abuela. Ayúdame. Ayúdame a saber, por favor.

Lena podía sentir con claridad el esfuerzo que le estaba costando a Emma pedirle ayuda, rebajarse incluso a usar términos humanos como «abuela» con la intención de ablandarla, de apelar a sus supuestos sentimientos *haito*. Emma nunca había rogado nada a nadie. Albert debía de ser alguien muy importante para ella.

Cerró los ojos y se plegó hacia dentro, desligándose del exterior para buscarse primero dentro de sí misma y luego proyectarse de nuevo hacia fuera convertida en algo diferente de la Lena de todos los días.

Buscó por la isla y sus alrededores como un ave rapaz que vuela en círculos concentrándose en el movimiento de una posible presa, atenta a descubrir en alguna parte la luminosidad azul que su mente asociaba con Albert, pero no pudo encontrarla. Estaba claro que Albert ya no estaba en Atlantis ni en sus alrededores, pero cabía la posibilidad de que se hubiera marchado de la isla.

Quien sí estaba, escondido en la selva, tumbado en una roca, con la respiración entrecortada y la vida escapándose de su cuerpo era Silber Harrid, el gigante blanco. Lena pasó por su mente como una brisa cálida dándole un momento de respiro sin que él supiera lo que estaba pasando. Vio con toda claridad lo que había sucedido. No era posible hacer nada ya. Sin contar con el mismo Lasha, que estaba agonizando, el clan blanco había quedado reducido a dos miembros.

—Lasha ha matado a Albert, Emma —dijo Lena con suavidad—. Lo siento —añadió en un reflejo de educación social, porque lo cierto era que no sentía ningún tipo de dolor por la pérdida de su conclánida. Lo que sí sentía con claridad era que tenían un problema más que resolver porque faltaba un arconte del clan blanco.



Rojo. Haito. Atlantis

—¡Querida niña! ¡Qué sorpresa más inesperada! —El Shane soltó una aguda carcajada que puso carne de gallina en todo el cuerpo de Jara—. ¡Qué estupideces digo! ¡Claro que es inesperada! Si no, no sería sorpresa, ¿no te parece? Dime, dime, pequeña, ¿qué haces tú aquí, en este paraíso? Nos vamos encontrando de isla en isla como en el juego de la Oca, y siempre poco antes de la gran catástrofe... eso tiene que significar algo, ¿no? Estamos hechos el uno para el otro...

Jara tenía los brazos cruzados contra el pecho y se los frotaba para que el hombre que ella había conocido como duque d'Este en la isla de la *Lux Aeterna* no se diera cuenta del miedo que tenía al verlo. Mientras tanto sabía que era un conclánida de su padre, aunque de otro clan, que era *karah* y que probablemente tenía varios siglos y en algún momento había sido efectivamente duque y muchas otras cosas, pero seguía siendo un monstruo y tenía la sensación de que en el tiempo que hacía desde la última vez que se vieron aún se había vuelto más loco.

Ahora no estaba tan extremadamente delgado, parecía más joven, se había arreglado el pelo e iba vestido con cierta normalidad, con vaqueros rojos y camisa roja con estampado de flores blancas, pero el brillo de sus ojos era incluso más diabólico de lo que ella recordaba. Se dio cuenta, al mirarlo, de que una de sus pupilas no era redonda; tenía como una gota negra que colgaba hacia abajo, dándole un aspecto decididamente maligno.

—¿Has venido a visitar a tu padre, querida? —insistió él con una voz tan cariñosa que ella volvió a sentir un estremecimiento—. Clan negro, si no recuerdo mal.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Se salvó por fin la hermana princesa? —El hombre de rojo hablaba y hablaba como si no le molestara que ella guardase silencio y estuviera encogida en su presencia—. Los ricos suelen tener suerte, sí. Pero te diré un secreto si eres capaz de guardártelo para ti. Pronto no le servirán de nada su dinero ni su posición. Muy pronto, lo que sucedió en la isla de los pirados será apenas un aperitivo. Muy pronto todo, pero todo todo todo todo —canturreó— desaparecerá en una ola de muerte roja. ¿Has leído el relato de Edgar Allan Poe, «La máscara de la muerte roja»? —Se

acercó a ella, bajando la voz—. Te diré un secreto, querida Jara: ¡la Muerte Roja soy yo! —Volvió a reírse estrepitosamente—. Yo que tú me quedaría en esta isla para siempre, pequeña. Aquí quizá tengas alguna posibilidad de sobrevivir. Y quizá, si algún día me canso del otro mundo y vuelvo, podamos comenzar de nuevo y convertirnos en los padres de la nueva humanidad. ¿Te imaginas, preciosa niña? Tú y yo de Adán y Eva en el Paraíso. ¿No te parece sencillamente genial?

Extendió hacia ella un brazo fibroso, fuerte como un tentáculo, y metió su mano, casi una garra, en la melena de Jara.

—Imagínate, dulce —le dijo, acercando su boca al oído de la muchacha—, tu cuerpo y mi inteligencia. ¡Qué hermosos niños podríamos producir!

—Aléjate de ella, Shane —Luna había aparecido de repente entre los cocoteros con un arco entre las manos; el arco llevaba una flecha montada.

—¿Me estás amenazando, clánida negro? —El Shane se colocó detrás de Jara, sin soltarle la melena.

—No, Shane, todavía no. Aún no me parece necesario. Estamos hastiados de ti, *mahawk*. Piérdete o vete a distraerte con los tuyos; ellos tienen que aguantarte; nosotros no. Si tanto te aburres, vete a matar ballenas a besos, pero déjanos en paz.

El Shane se echó a reír, soltó a Jara y, doblado sobre sí mismo, empezó a darse palmadas en los muslos.

—Me rindo, Luna, me rindo —dijo cuando pudo hablar—. Iré a ver qué puedo hacer con las ballenas. Pero te daré un consejo antes de irme: disfruta de tu niña lo que puedas. No queda mucho tiempo.

Un segundo después, se había perdido entre los árboles y Jara estaba abrazada a su padre, temblando.



Blanco. Nexo

Lena se acuclilló junto al gigante que agonizaba en medio de la selva y, con suavidad, le puso una mano en la frente. Estaba helada a pesar del calor del ambiente.

—Vete —susurró el hombre con los labios apretados—. Déjame morir en paz.

—He venido a ayudarte.

—No quiero ayuda.

—No puedo dejar que mueras, *mahawk*. *Karah* te necesita.

—Ya no soy *mahawk* y no quiero servir a *karah*. No voy a colaborar en esa locura. *Este mundo es mi mundo* —dijo con un énfasis que le costó un claro esfuerzo—. Quizá no sea gran cosa, pero es el mío, y es todo lo que tenemos. Lo que tenemos *todos*: *karah* y *haito*. —Se mordió los labios. Lena podía ver cómo el dolor se abría paso en su cuerpo recorriendo sus nervios como un resplandor azulado desplazándose sobre hilos de plata—. Tú que puedes hacer tantas cosas... sal del planeta, míralo desde fuera, haz que los demás lo vean como es: pequeño, solitario, increíblemente hermoso... una burbuja de pura vida en un océano de tinieblas heladas... hay que salvarlo, conclánida. Es nuestro patrimonio, nuestro hogar. —Le cogió una mano y se la apretó con fuerza durante unos segundos; luego la presión se aflojó y cerró los ojos—. No podemos arriesgarnos a que se destruya el único lugar donde podemos sobrevivir.

—Quizá no sea el único —dijo Lena en voz baja.

—¿Estás dispuesta a arriesgarte?

Lena se sintió desgajada en dos mitades. No. No quería arriesgarse. Su mitad humana le decía que aún era demasiado pronto para abrirse al contacto con algo desconocido e incomprensible, que el peligro era demasiado grande, que todavía no estaban preparados para un paso así. Y a la vez era lo que más deseaba en el mundo: crear la Trama, ocupar su centro, sentir las fuerzas desencadenadas a su alrededor, abrir ese pasaje y enfrentarse a lo que existiera más allá: a Madre, al Nido, a algo más grande que todo lo que hubiera podido soñar hasta ese momento de su existencia. Tenía que hacerlo. Todo su ser gritaba por hacerlo cuanto antes. Había nacido para ello, para conducir, para canalizar todas aquellas fuerzas y abrir su mundo a la otra

realidad.

—Tengo que hacerlo, conclánida.

Lasha esbozó una sonrisa torcida. No tuvo que hablar para que Lena supiera lo que estaba pensando: «Habéis perdido; es demasiado tarde; no hay bastantes clánidas blancos; se acabó».

Pero él no sabía que ella era capaz de dar la vida; de devolver la vida; de resucitar.

Recordó lo fácil que había sido con Maël. Entrar, buscar su esencia, reparar los daños, traerlo de vuelta.

Cerró los ojos y con parte de su mente se sumergió en el cuerpo del hombre que agonizaba junto a ella, buscando cómo curarlo, dónde estaban los centros que habría que reparar en primer lugar, antes de que fallara todo el sistema, tratando de urdir rápidamente un plan de emergencia.

La sorpresa estuvo a punto de paralizarla.

Nunca había entrado en un organismo *karah*. Lo que había en el interior del *mahawk* blanco no era en absoluto parecido a lo que conocía de Maël. Nada era como esperaba y por unos segundos ni siquiera supo cómo reaccionar o dónde aplicar sus poderes de regeneración.

Por eso su madre nunca le había permitido que fuera a un médico. Por eso *karah* jamás se dejaba curar por *haito*, pasara lo que pasara.

Pensó a toda velocidad, desesperadamente.

Ella había conseguido reparar los huesos rotos de Luna en Koh Samui y no se había dado cuenta de que las cosas fueran diferentes en su caso. Pero entonces no había visto el plano general; se había limitado a concentrarse en unir los fémures que ella misma había destrozado para castigarlo.

El organismo de Lasha, sin apartarse radicalmente del funcionamiento de un cuerpo *haito*, estaba claramente emparentado con Atlantis, incluso en su mero aspecto, y no estaba fallando por un accidente puntual que pudiera repararse sino que, sencillamente, había llegado a su fin natural. No había nada que hacer. Todo lo que constituía a Lasha se estaba desintegrando con rapidez y no era susceptible de ser regenerado. Él lo sabía. El núcleo central de su ser, su personalidad única, sonreía irónicamente ante la impotencia de ella, que no conseguía aceptar su incapacidad para volver a traerlo a la vida.

Desde dentro mismo de su cuerpo, Lasha miró a Lena, viendo lo que ella veía, imaginando lo que debía de estar sintiendo al darse cuenta de que no había nada que hacer, que había llegado demasiado tarde para devolver la vida a un clánida que tenía más de mil años.

Con dolor, poco a poco, la energía vital lo iba abandonando; pero él era un guerrero, siempre lo había sido. Aunque sus varias existencias lo hubieran arrastrado por otros derroteros, Silber Harrid era, sobre todo y por encima de cualquier otra cosa, un jefe de asalto. Estaba acostumbrado al dolor. Atravesar el dolor era el precio

para alcanzar el Walhalla. Pronto acabaría todo.

—*Espera* —oyó que Lena le decía sin palabras una vez que hubo aceptado la imposibilidad de sus deseos—, *no te vayas aún, tengo que preguntarte algo.*

—*Pregunta, pero date prisa, no me queda mucho tiempo.*

Lena volvía a sentirse como una simple *haito*, llena de preguntas, necesitada de respuestas; y también, de algún modo, tenía la sensación de que Lasha, para quien ya era tarde, habría podido ser un aliado con el que le habría gustado contar, quizá incluso un amigo.

—*¿Por qué mataste a mi madre en lugar de matarme a mí?* —Había muchas más preguntas, pero esa era la que realmente le quemaba por dentro.

—*Yo no maté a tu madre.* —Hablar sin palabras articuladas le ayudaba a expresarse con mayor claridad; su garganta ya no le permitía producir más sonidos que algún gruñido ocasional cuando el dolor era demasiado intenso.

—*Tú mataste a Bianca, en Viena, hace dos años. No me mientas.*

—*No... No miento. Pude haberla matado en la primera guerra mundial en la frontera de Austria con Italia, en aquel glaciar, pero ni siquiera supe entonces si lo había hecho. Luego le perdí la pista. Yo, como el clan rojo, como todos... pensaba que la muchacha austriaca... esa jovencita... esa chica que era amiga tuya...*

—*Clara.*

—*Sí, Clara... pensaba que ella iba a ser la madre del nexo. Que había tiempo. Intenté matar a Clara en su instituto...*

Lena vio en su interior, como en una serie de fotografías, el momento en el que justo en la puerta del instituto, hablando de la función de Navidad, la cabeza del profesor de música estalló en una lluvia roja. Luego su cadáver en el suelo, con el anorak azul y la melena rubia, mientras Clara, que acababa de quedarse embarazada, iba al baño. Entonces ella aún no sabía nada de *karah*, no podía imaginar por qué alguien podría querer matar a Clara, o a ella misma.

—... *no funcionó, pero pensé que daba igual, que habría otras ocasiones... ya entonces yo empezaba a fallar... a morir por dentro... pero aún no me había dado cuenta... Fallé. Un contratiempo sin importancia, creí entonces. Una derrota real... como otras veces... antes de una victoria... una derrota... Y sin embargo... sin embargo he conseguido lo que quería...*

—*¡Traidor!* —le gritó Lena sin voz, al darse cuenta del regocijo que él experimentaba al sentir que había vencido, que había conseguido frustrar todos los planes de *karah* y retrasar de nuevo en unos siglos la posibilidad de abrir el contacto —. *Primero mataste a mi madre y ahora destruyes toda su obra.*

—*¡No maté a tu madre! Yo ni siquiera estaba en Europa cuando sucedió; llevaba varios años sin salir de la estación polar. Mira en mi mente; tú puedes ver en mi interior. Lo habría hecho si hubiera sabido lo que sé ahora, pero no lo sabía y no la maté.*

—*Entonces... ¿quién lo hizo? Y ¿por qué?*

—*No lo sé, Lena. Ya no importa. Vete. Déjame morir.*

—*Puedo calmarte el dolor.*

Él no contestó. En su mente se formó un concepto, un nombre, una sensación. Silber Harrid. El jefe vikingo que fue en su primera vida.

Lena alisó el interior de Lasha, como si pasara la mano suavemente por el lomo de un gato malherido. Lo sintió suspirar y relajarse un tanto. No había querido pedirle que lo ayudara; era demasiado orgulloso. Seguía siendo el guerrero que fue.

Siguió acariciándolo por dentro, ayudándolo a morir, como él había visto hacer cientos de veces a cientos de mujeres arrodilladas junto a cientos de hombres heridos en combate; pero ahora era su propia muerte. Lena le ofreció la imagen que buscaba: una bella mujer de largas trenzas rubias y ojos muy claros que le sonreía, que le ayudaba en el tránsito. «Ya miras más allá del horizonte», le decía la muchacha, las palabras rituales frente a la muerte. «Vendrá la muerte y me hallará riendo», contestaba él en una lengua olvidada. ¡Tantas veces, tantas veces lo había oído y ahora era el momento, ahora, por fin, era verdad! Él era Silber Harrid y estaba dispuesto a morir riendo.

—*¿Puedo pedirte algo?* —dijo antes del final. Si hubiese hablado con voz, habría sonado tan débil como una suave brisa haciendo temblar apenas las hojas de un álamo.

Ella asintió.

—*Llévame fuera de la Tierra. Déjame ver mi hogar antes de morir.*

Lena no sabía cómo hacerlo. Sombra no le había enseñado conscientemente esa habilidad, pero no podía ser tan difícil; ni siquiera se trataba de saltar, sino de moverse un poco, con suavidad, solo en espíritu, mientras sus dos cuerpos quedaban en el claro de la selva, con la humedad, los mosquitos y la gritería de los monos soliviantados por el calor.

Como en un sueño, Lena abrazó a Lasha, a la esencia de Lasha que ya no pesaba como hubiera pesado su cuerpo. Se sonrieron.

Luego empezaron a elevarse, lentamente primero, luego más y más rápido hasta que la isla de la que habían partido se convirtió en una diminuta mancha verde y marrón en la inmensidad del océano y luego desapareció en el infinito azul. El horizonte se curvó de pronto y en un instante el mundo bidimensional de arriba y abajo, de cielo y tierra, se convirtió en el mundo de enfrente: un disco enorme llenando todo su campo de visión; un cielo invertido intensamente azul cruzado por nubes blancas y mullidas. Y de pronto el sol destellando en el borde del planeta que flotaba por debajo ellos contra un cielo inmenso, de un negro transparente, despiadado, tachonado de estrellas como helados diamantes, bello y sin alma.

Desplegado bajo sus pies inexistentes, el planeta Tierra flotaba frente a ellos como un perfecto juguete al que ningún hijo de las estrellas habría podido resistirse: una burbuja de absoluta belleza; una pompa de jabón irisada y frágil, azul y blanca, y verde, y marrón, y dorada.

—*No hay rojo* —dijo Lasha en un susurro, y rompió a reír—. *¡Cuánta belleza, Lena! ¡Cuánta belleza!* —Su voz se quebró.

—*El rojo está dentro de nosotros* —dijo ella, hipnotizada por el espectáculo que se desplegaba frente a ellos—. *En nuestra sangre. En nuestro corazón.*

—*Cuida de todo esto, conclánida.* —La esencia de Lasha se iba difuminando, como una niebla que desaparece al calor del sol—. *Gracias por traerme aquí. Es el mejor regalo que nadie podría desear. Siento no haberte conocido mejor. Es hora de morir.*

—*Harrid...* —susurró ella—. *Harrid...*

Ya no hubo respuesta.

Como tantas otras veces, estaba sola frente a la inmensidad.



Haito. Negro. Atlantis

Max había terminado de recoger sus cosas cuando entró Daniel, que también tenía la maleta lista, buscando sus gafas de sol.

—¿Sales de viaje? —preguntó Dani, sorprendido.

—Voy con vosotros a Austria. Aquí ya no hay nada que hacer. Pero no te preocupes, no molestaré. Podéis sentaros juntos en el avión y ni notaréis que yo también estoy por allí —añadió al ver la expresión del chico.

—No, hombre, no es eso. Es solo que... —No se le ocurría qué decir, pero tampoco quería que Max pensara que estorbaba, aunque hasta cierto punto fuera verdad. Se había hecho la ilusión de tener unas horas a solas con Lena sin tener que compartirla con todo el mundo, como siempre.

Max le dio una palmada en el hombro antes de salir a la veranda cargado con su mochila.

—Lo entiendo, no le des más vueltas. Disfruta de estar con ella todo lo que puedas, mientras dure.

Dani cogió las gafas de encima del sofá y, sin decidirlo, se sentó un momento mirando a su alrededor. Probablemente era la última vez que estaría allí, pero no creía que fuera a echarlo de menos. Aunque en cuanto al paisaje era lo más cercano al paraíso que había visto nunca, no había sido feliz allí; para él aquella isla había sido más bien un lugar de maravillas inquietantes que le gustaría olvidar si pudiera. Lo malo era que no iba a poder.

Dentro de una hora salían para Europa y luego, según le había explicado Lena, irían a la estación polar y de allí probablemente a España o a donde Sombra dijera que era necesario ir. Después, cuando los demás clánidas hubieran ocupado sus lugares y se hubieran convertido en arcontes de la Trama, ya no era posible saber, ni siquiera imaginar qué más pasaría. Quizá después de eso el mundo como lo conocían dejaría de existir.

Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Había veces que no acababa de creerse lo que le estaba pasando. Y mientras tanto el resto del mundo seguía viviendo como si todo fuera de lo más normal, como si nada fuera a cambiar nunca en sus

vidas. ¿Habría algún cambio de conciencia cuando Lena consiguiera convencer a esa escritora de narrar la historia de *karah*?

No. Seguramente no. Nadie se tomaría en serio una historia que parecía ficción, y ni siquiera se haría muy famosa porque, al ser real, carecía de muchas cosas que los lectores estaban acostumbrados a leer: magia, luchas a espada, enemigos claros a quienes derrotar...

Se había alegrado cuando Lena le había ofrecido llevar a cabo ese plan, pero ahora ya no estaba seguro de nada. Ahora casi habría preferido seguir adelante con los proyectos de *karah*, terminar de una vez y ver qué pasaba.

Lena había estado muy rara. Estaba cada vez más y más extraña, como si la muchacha de la que él se había enamorado se estuviera hundiendo en una resina que iba cubriendo su personalidad y transformándola en otra persona que parecía la misma por fuera pero que era mucho más dura y cerrada, más lejana, más *karah*.

Estaba seguro de que estaba tremendamente preocupada por algo, pero le había preguntado y Lena le había dicho que tenía muchas cosas en la cabeza pero que no pasaba nada de particular.

Y ahora Max le aconsejaba que disfrutara de ella mientras durara. ¿Qué rayos quería decir con eso? ¿Que estaba seguro de que Lena lo iba a dejar? ¿Que pensaba que se iba a acabar el mundo? ¿Sabía también él más de lo que estaba dispuesto a contarle?

Se puso en pie maldiciéndose en su interior por darle tantas vueltas a todo, por no ser capaz de tomar las cosas como venían y vivir día tras día sin pensar constantemente en lo que pasaría después. Ser como Maël, quizá, que tenía que saber que su relación con Alix no podía durar y sin embargo seguía adelante como si fuera a ser eterna.

Pensó fugazmente en cuántos humanos de los que conocía iban a quedar destrozados o al menos seriamente dañados por su contacto con *karah*. Max por supuesto. Joseph, Chrystelle, Maël, Jara. Todos.

Tal vez Anaís consiguiera salvarse porque ella había tenido la suerte o el sentido común de enamorarse de otro humano, aunque ahora tanto Ritch como ella fueran familiares.

Se le ocurrió que era absurdo que unos seres racionales como los humanos no fueran capaces, sin embargo, de influir en sus sentimientos lo suficiente como para no enamorarse de quien no les convenía. Biológicamente, ¿para qué servía el amor? La atracción sexual era necesaria para reproducirse y estaba pensada para que las combinaciones genéticas de la progenie fueran las adecuadas; pero el amor era, desde el punto de vista biológico, un lujo absolutamente innecesario.

A lo mejor por eso *karah* no se enamoraba, para no debilitarse como especie. Ellos solo pensaban en procrear, y a ser posible dentro del mismo clan para fortalecer la herencia.

Con un suspiro, echó una última mirada al *bungalow* antes de salir a la veranda.

No tenía sentido seguir pensando en esas cosas. Con lógica o sin ella, él quería a Lena y la querría mientras fuera posible. Ya estaba demasiado implicado en todo como para tratar de liberarse, aparte de que, incluso si llegara a conseguirlo, se pasaría la vida pensando en lo que había perdido, diciéndose que había elegido mal. Y eso significaría dejarle el campo libre a Nils que después de todo acabaría por quedarse con Lena, por la simple y dolorosa razón de que ellos vivirían varios siglos más, cuando él ya hubiera muerto de viejo.

Tenía que aprender a aceptar eso. No había más remedio. Pero dolía terriblemente. Tanto, que a veces pensaba que sería mejor renunciar ya mismo y llevar su vida en otra dirección, lejos de *karah*, lejos de Lena.

Se puso las gafas y salió a la veranda a esperarla como habían quedado. Max ya no estaba. El que sí estaba era Nils. Sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Se saludaron apenas con un movimiento de cabeza.

No era posible que Lena hubiera decidido llevar también a Nils a Europa. No se sentía capaz de aceptar eso, y no quería preguntarle tampoco.

—Estoy buscando a Lena —dijo Nils antes de que Daniel pudiera decidir si quería hacerle la pregunta.

—Estaba terminando de recoger sus cosas.

—¿Sale de viaje? —Era evidente que la noticia lo había pillado por sorpresa. La angustia en su voz desató cierta compasión en Dani. Él se habría sentido igual si hubiera sido al revés. Sin embargo, la compasión no bastó para evitarle una respuesta que sabía que le iba a doler.

—Sí. Nos vamos a Europa.

—¿Tú y ella?

—Sí. Y Max.

—Tengo que verla antes de que se marche. Es muy importante.

—Supongo que irá a despedirse de ti.

—Es muy importante para *karah*. No es algo privado.

—Creo que estaba despidiéndose de Emma —le dijo Daniel, al darse cuenta de que no mentía. Nils estaba conmocionado y parecía verdad que estaba buscando a Lena por algo más importante que su propio deseo de estar con ella.

—Gracias. Es fundamental que la encuentre antes de que se marche de Atlantis.

—¿Ha pasado algo grave? —Sin poder evitarlo, Dani se estaba contagiando del nerviosismo que irradiaba Nils. Porque cuando un clánida estaba nervioso eso significaba que había habido una catástrofe; los clánidas no se alteraban prácticamente por nada.

—No es algo que pueda comentar con un familiar de otro clan.

Daniel tragó saliva y se mordió la lengua para no decirle «¡que te den, gilipollas!». Era lo que de verdad le habría gustado, pero eso no haría más que complicar las cosas. Se echó la mochila al hombro, sin contestar, y decidió marcharse

a esperar a otra parte. Ya lo encontrarían.

En ese momento llegó Lena cargada también con su mochila. No se había arreglado ni había nada en ella que no hubiese estado media hora antes, pero sintió cómo su corazón daba un salto al verla.

—Nos vamos, Dani. ¡Hola, Nils! ¿Me buscabas?

—Sí. Tengo que hablar contigo.

—Habla.

Nils echó una mirada significativa en dirección a Daniel.

—En privado.

—No puedo perder tiempo, conclánida. Di lo que tengas que decir.

—No delante de él. De un familiar del clan blanco —añadió a modo de explicación—. Es un mensaje que no me pertenece.

Lena bufó, exasperada; lanzó una mirada de disculpa a Dani y se alejó un par de pasos seguida de Nils.

—Tú dirás.

—Imre necesita verte antes de que te marches. No sabíamos que pensabas abandonar la isla sin despedirte. Si no, te habríamos avisado antes.

—No puedo entretenerme, Nils. Que me lo diga por *e-mail* o que me llame.

El clánida negro sacudía la cabeza.

—No es posible, Lena. Hay algo que tienes que ver tú misma. Es algo muy, muy importante. Créeme, te conviene.

—¡Estoy harta de secretos, Nils! Ha surgido un terrible problema que aún no sé cómo solucionar, tengo un plan que cumplir, y no tengo tiempo que perder en más juegucillos de clanes.

El clánida negro la cogió de los dos brazos y, sacudiéndola ligeramente, la forzó a mirarlo a los ojos.

—Es algo que te interesa a ti, Lena. Te lo juro. —Inspiró hondo antes de seguir—. Se trata de Bianca. De... tu madre —añadió como para dejarle clara la importancia de la situación, aunque a él la palabra le resultara extraña hablando con una conclánida.

Ella lo miró sin saber cómo reaccionar.

—¿De mi madre? —preguntó por fin. Él se limitó a afirmar con la cabeza, en silencio.

—Ven conmigo. No tardaremos.

—De acuerdo.

Nils le pasó el brazo por los hombros, para conducirla hacia donde tenían que ir. Se inclinó hacia su oído y le susurró:

—No te vayas con él, Lena. Déjalo aquí. Yo te acompañaré a donde tengas que ir.

Ella se sacudió el brazo de Nils con violencia; giró la cabeza y se encontró con la mirada de reproche de Daniel.

De un instante a otro se separó de ambos, enfadada, les hizo un gesto de que se acercaran que no admitía réplica y mirándolos alternativamente, con voz serena pero

cargada de fuerza les dijo:

—Para que quede claro de una vez por todas. Oídme bien porque no lo repetiré. Os quiero a los dos, a cada uno de una manera, a cada uno por otras razones. Os necesito a los dos, pero podría vivir sin vosotros si fuera necesario. No perdáis tiempo y energía tratando de ganar y eliminar al contrario. No funcionará y os odiaré por ello.

Los dos hombres se miraron, perplejos. Nadie les había hablado así jamás.

—Ya no soy una chica normal, si es que alguna vez lo fui. Soy el nexo —siguió Lena— como bien sabéis. Eso me convierte en otra cosa. Entenderé que no queráis aceptar el trato, pero si queréis quedaros cerca de mí, tendréis que aceptar que sois dos. No os pido que estéis juntos, ni que seáis amigos, pero tenéis algo muy importante en común: los dos me queréis, o al menos eso me habéis dicho; y yo os quiero a los dos.

Daniel y Nils seguían oyendo a Lena sin atreverse casi a respirar. Ella no les dejaba tampoco tiempo de responderle.

—Estamos en una situación terrible; han surgido cosas que aún no sabéis. No sé qué va a pasar ni cómo vamos a solucionar los problemas. Tengo mil cosas en la cabeza y además... —Hubo un instante en que los dos estuvieron seguros de que iba a guardar silencio sobre lo que había estado a punto de decirles. Lena pareció luchar consigo misma y al final añadió—: Sí, creo que es mejor que lo sepáis: lo más probable es que no sobreviva a ese contacto y quiero ser un poco feliz en el tiempo que me queda. —La expresión de Daniel fue de horror; la de Nils de dolor.

—¿Ya lo sabías? —preguntó Lena a Nils al darse cuenta de que no estaba sorprendido.

—Hablé con Max. Es lo que él teme.

—¿Lo sabíais todos? ¿Y nadie me había dicho nada? —intervino Daniel.

—No es seguro Dani. De hecho nadie lo sabe. Pensaba hablarte de ello en el viaje.

—Entonces no lo hagas, Lena. No te expongas a ese contacto. No pueden obligarte. —Dani le había cogido la mano y la miraba implorante.

—Yo pienso como él —dijo Nils cogiéndole la otra mano—. Déjalo estar. Deja que *karah* produzca otro nexo.

—Ya lo hablaremos después. Aún tengo mucho que pensar. Ahora hay otras cosas que hacer. —Retiró las manos con suavidad y volvió a encararse con ellos.

—¿Me he expresado con claridad? ¿Me habéis entendido?

Los dos asintieron sin palabras.

—¿Estáis dispuestos a aceptarlo? No quiero haceros más daño, pero es posible que me quede muy poco tiempo... —se le quebró la voz y en sus ojos apareció un brillo húmedo— y no quiero perderlo en tonterías.

Abrió los brazos, invitándolos a acercarse a ella. Un par de segundos después, los tres estaban abrazados, aunque para Daniel y para Nils, el otro sobraba.

—Gracias —dijo ella, sonriendo—. Me hacía mucha falta. Dani, reúnete con mi padre y con Jara; yo voy con Nils a ver qué quiere Imre. Volveré lo antes posible.

—¿Jara viene con nosotros?

—Sí. El Shane está empezando a volverse realmente loco y Luna quiere alejarla de aquí. La acompañaremos a Europa. ¡Vamos, Nils! Hay que darse prisa.



Nexo. Negro

El helicóptero los dejó en la cubierta de un buque de carga a unos diez minutos de vuelo desde la isla.

Aparte de Imre, nadie los estaba esperando y tampoco se cruzaron con nadie mientras recorrían la distancia que los separaba de un enorme *container* pintado de amarillo que parecía ser todo el cargamento de aquella nave.

No había pasado mucho tiempo desde que Lena había visto al *mahawk* negro, desde la última reunión del cónclave, antes de que los clánidas hubieran vuelto a dispersarse para poner en orden sus asuntos, pero el cambio que se había operado en él era evidente. Había adelgazado, tenía unas ligeras ojeras, estaba tenso y, aunque seguía teniendo un inmenso atractivo ahora era un atractivo oscuro, como si lo habitara una terrible obsesión.

—Gracias por acudir, Lena —habló por fin a la entrada del *container*—. Voy a mostrarte algo que seguramente te impresionará, pero es necesario. No te digo más. Lo que vas a ver habla por sí mismo. Las palabras luego.

Imre abrió el cerrojo más extraño que Lena hubiera visto en su vida, descorrió la puerta y la dejó pasar primero. Luego entró él mientras Nils volvía a cerrar, quedándose fuera.

Ella se detuvo en el umbral, digiriendo lo que veía: una jungla en miniatura encerrada entre las paredes de metal que, de pronto, ya no parecían paredes porque el juego de luces fingía un horizonte reducido de lianas, troncos, orquídeas y grandes hojas de palma.

Imre se puso a su lado, la cogió suavemente del codo y la fue conduciendo hacia el centro del extraño laberinto. El agua goteaba desde las hojas más altas, el calor era más húmedo que el que habían dejado en el exterior, la luz era verdosa, filtrada por la vegetación. De fondo se oía una música tan lejana que el oído creía estar inventándola.

Se detuvieron frente a una especie de gran caja de cristal con una tapa traslúcida a través de la cual se adivinaba una forma humana.

Imre manipuló un control y el cristal se hizo diáfano revelando el rostro de la

mujer yacente.

—¡Mamá! —se le escapó a Lena, que inmediatamente se cubrió la boca con las manos—. ¿Está...? —Ni ella misma sabía qué quería preguntar—. ¿Está... viva?

Imre se había situado frente a ella, al otro lado del sarcófago y había alzado la tapa. Ahora se pasó una mano por la frente, como si le doliera.

—Técnicamente, sí. Es decir, tiene constantes vitales. Su corazón late, su sistema mantiene las funciones básicas, pero igual podría estar muerta porque su consciencia no es accesible.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Lena preguntaba sin apartar la vista del rostro de su madre, tan bello, tan pálido, tan perfecto. Un rostro que pensaba que jamás volvería a ver.

—Desde su accidente en Viena.

—Nos dijeron que su cadáver quedó calcinado en el incendio. Chocó contra un camión cisterna, un transporte de gasolina.

—No me quedó más remedio que organizarlo así.

—¿Por qué? ¿Por qué, Imre? Yo pensaba que la querías.

—La quería y la quiero, Lena. Más que a cualquier otro ser o cualquier otra cosa en este mundo. Por eso fue necesario.

—¿Por qué la mataste?

Él alzó la vista, sorprendido.

—¿Yo? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo iba yo a matar a Ennis?

—¿Entonces? ¿No era eso lo que me estabas diciendo?

Imre volvió a pasarse la mano por la frente, retirando el pelo hacia atrás.

—¡No! ¡Claro que no es eso! No es fácil de explicar, pero lo intentaré. Para eso te he traído. —Hizo una pausa, como para organizar sus pensamientos—. Sabes que Ennis y yo estuvimos juntos mucho tiempo en el pasado, ¿verdad?

—Sí, conclánida, todo eso lo sé. Ella misma me dejó escrita vuestra historia.

—¿Hasta dónde?

—Hasta que se decidió por Max, le prometiste dejarle cien años de plazo y ella te prometió volver contigo a la muerte de él. Cuando ella ya sabía que estaba embarazada de mí, pero prefirió no decírtelo y educarme como *haito*.

—Bien. Eso me ahorra bastantes explicaciones. Verás: hace poco más de dos años empecé a tener sueños... más bien pesadillas en las que Ennis estaba en peligro y me necesitaba; pesadillas constantes. Noche tras noche me despertaba con el corazón en un puño, sabiendo que no eran más que obsesiones mías sin ninguna relación con la realidad, pero que no me dejaban vivir en paz. Le había prometido no buscarla, no averiguar nada de su nueva vida, dejarla en paz hasta que ella volviera a mí, y yo soy hombre de palabra. Luché contra mí mismo durante meses hasta que un día decidí que la única manera de recuperar la calma era ir en persona a asegurarme de que Ennis estaba bien. Discretamente, claro, sin que ella me viera. No quería arriesgarme a que pensara que había faltado a mi promesa. Contraté a un detective de mi

confianza y me enteré de que ella acababa de marcharse de Innsbruck y estaba en Viena, en su piso del tercer distrito.

—¿Mi madre tenía un piso en Viena?

—Sí. En la Baumgasse.

Lena miró a Imre y volvió a bajar la vista hacia Bianca que llevaba un sencillo vestido blanco y parecía un ángel dormido; más joven y más guapa de lo que ella la recordaba. Más lejana también, como si no fuera ya la madre que ella conocía.

—Cuando la vi salir al balcón estuve a punto de gritar de alegría. Hacía casi veinte años que no la había visto y seguía igual de maravillosa que siempre. Yo había tomado una habitación en el hotel de enfrente y, mirando con los prismáticos, era como tenerla al alcance de la mano. —Se detuvo un instante, perdido en sus pensamientos, con una sonrisa insinuándose en sus labios; luego, con una ligera sacudida de hombros, continuó—: Abrió las puertas del balcón de par en par y la vi preparar una mesa para un té o un café; era evidente que esperaba visita.

Unos minutos después paró un taxi junto al edificio y se bajó un hombre alto, con un traje de lino claro, que abrió con su propia llave y entró sin que pudiera verle la cara. Una vez arriba, para mi mala suerte, se sentaron de manera que el hombre me daba la espalda y me tapaba casi siempre a Ennis que parecía sonriente y relajada.

Los estuve mirando con los prismáticos, odiándome a mí mismo por no haberlo pensado antes y no haber tenido la precaución de instalar un micrófono para saber de qué hablaban, aunque trataba de conformarme pensando que al fin y al cabo yo había prometido quedarme fuera de su vida y que la conversación que mantenían no era asunto mío. Yo solo había cedido a mis pesadillas y estaba en Viena simplemente para asegurarme de que Ennis estaba bien. Acababa de comprobarlo, así que esa misma noche me marcharía.

Dejé los prismáticos, llamé a Fu, le pedí que me consiguiera un vuelo y, cuando volví a mirar el hombre había desaparecido. Ennis seguía allí, ahora de frente a mí sin nadie que me impidiera verla, con la cabeza caída sobre el pecho y la taza volcada en la mesa. «¡La ha envenenado!», fue lo primero que pensé; el veneno es algo que *karah* usaba mucho en siglos pasados.

En menos de dos minutos estaba junto a ella, pensando a toda velocidad. No estaba muerta todavía, aunque su respiración era irregular y muy débil, y apenas si sentía los latidos de su corazón. Tenía que sacarla de allí porque si quien había intentado matarla era un conclánida, que era lo único lógico, volvería para deshacerse totalmente de su cadáver, y yo no sabía cuánto tiempo me quedaba.

Cogí la taza, la guardé para poder averiguar de qué veneno se trataba y buscar un antídoto, y no tuve más remedio que llamar a mi equipo de confianza. Hay cosas que nadie puede solucionar solo. —Esbozó una extraña sonrisa que hizo sonreír también a Lena—. Sacamos a Ennis de la casa y me la llevé a Shanghái. Mi equipo arregló el accidente que sufrió el coche de tu madre.

—¿Quién era la mujer que se quemó en el accidente? —Lena tenía la boca seca y

la voz le salió extraña.

—No lo sé. No entré en detalles con mi equipo.

Hubo un silencio hasta que Imre retomó su historia.

—No podía llevarla a una clínica por obvias razones, de modo que monté... todo esto... en Shanghái, en mi propia casa, bajo vigilancia de un médico de confianza, dispuesto a esperar lo que fuera necesario. *Karah* suele sobrevivir a cualquier cosa que no destruya completamente el cuerpo; pero hace falta mucho tiempo. Ella ya sobrevivió al ataque de Silber Harrid en el glaciar, pero estuvo veinte años sin contacto con el mundo exterior.

—Sí, me lo contó en su carta. Joseph la cuidó hasta que volvió a la vida.

—Es lo que he estado haciendo yo todo este tiempo. Cuidarla y esperar, y confiar. Por eso quiero —se corrigió—, por eso quería intentar ese contacto, Lena. No por mí, ni por *karah*... Por ella. Por si en ese otro lugar pueden curar a Ennis y hacer que despierte.

Lena cruzó los brazos sobre el pecho y se abrazó a sí misma, dándole vueltas a lo que acababa de oír. Lasha no le había mentado; no había sido él el asesino de Bianca. Imre lo habría reconocido; era evidente que el hombre alto del traje de lino no era Lasha. Entonces, ¿quién? Y ¿por qué? Aunque ahora sabía mucho más, las preguntas de siempre seguían ahí.

Acercó una mano temblorosa a la mejilla de su madre mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—¿Puedo? —preguntó con voz estrangulada.

—Claro. —La voz de Imre tampoco sonaba firme.

La piel de Bianca estaba fresca, pero seguía siendo suave, viva, como si durmiera.

—Mamá... —susurró—. Mamá... estoy aquí... ¿Puedes oírme?

Imre sacudió la cabeza en una negativa. Lena siguió insistiendo.

—Mamá... soy yo... Soy Lena.

—¿Puedes curarla, Lena? —preguntó Imre con los ojos brillando como brasas.

—No lo sé.

—Has conseguido resucitar a ese muchacho de Alix.

—Maël es *haito*. —No quería dar más explicaciones, no quería tener que contarle el final de Lasha, su propia impotencia frente a ese organismo que se deshacía frente a sus ojos.

—Comprendo.

«No. No comprendes —pensó Lena—, pero da igual». Volvió a acariciar el rostro dormido de su madre preguntándose si valía la pena intentarlo, si no sería mejor dejarlo todo como estaba, y a ella misma le pareció escandaloso el pensamiento. ¿No quería que su madre volviera a la vida? Se sintió dudar. Ahora sabía que su madre, la que ella había creído siempre su madre, no era lo que pensaba. Bianca la había concebido y criado como un instrumento para uso de *karah*; en la mente de Joelle había encontrado recuerdos que decían bien claro que Bianca y ella pensaban que el

nexo sería consumido por las fuerzas desatadas en el contacto. Y no les preocupaba. Su madre había sabido siempre que la había traído al mundo para ser sacrificada, para que *karah* pudiera alcanzar la otra realidad, aunque ella muriera en el contacto.

Si ahora conseguía despertarla, ¿qué sucedería? ¿Seguiría intentando engañarla, manipularla? ¿Se daría cuenta de que su hija se había convertido en otra cosa y no se le podía mentir y engañar?

Volvió a mirarla, sintiendo cómo regresaba el amor que siempre había sentido por su madre, los recuerdos de tantos y tantos días felices, aunque ahora aparecieran mezclados con otros menos luminosos. ¿Cómo podía siquiera plantearse no intentar ayudar a su madre a volver a la vida, ahora que se había convertido en un ser especial y diferente, alguien que, en determinadas circunstancias, era capaz de hacer cosas como resucitar a un cadáver?

Ahora, como le sucedía a todos los adolescentes, se había dado cuenta de que no todo era tan simple como siempre había pensado; que sus padres, además de padres, eran también personas, con sus propios intereses, sus propios planes, sus propias mentiras.

Y además, todo lo que ahora sabía le había llegado de segunda mano, a través de otras personas, de otros puntos de vista, quizá de otros propósitos y planes que Bianca no podía rebatir. ¿Desde cuándo se fiaba ella más de otros que de su propia madre? ¿No era posible que Joelle le hubiera mentido, como los demás?

Por los párpados cerrados de Bianca pasó un estremecimiento y Lena se sobresaltó. ¿Sería posible despertarla, despertarla y abrazarse a ella como antes, hablar con ella, preguntarle todo lo que quería saber, oír de su boca que siempre había sabido que su pequeña iba a ser algo especial y que estaba esperando el momento adecuado para empezar a entrenarla? En ese momento pensó que daría cualquier cosa por acurrucarse con ella en el sofá, cerrar los ojos, oler su perfume y oírla decir: «Lenutschka, preciosa, mi Alienitschka, mi tesoro; ahora sabes quién eres».

Antes de ponerse a sollozar en presencia de Imre, se sonó fuerte la nariz, hizo una inspiración profunda e intentó volver a pensar como *karah*. Los sentimientos *haito* no la iban a llevar a resolver el problema común.

Si era capaz de hacerlo, intentaría con todas sus fuerzas traerla a la vida, aunque solo fuera para hablar con ella, para preguntarle a la cara todo que lo tanto le preocupaba. Y su clan tendría tres arcontes.

Si no lo conseguía... ¿qué pasaría entonces?

Si Bianca seguía en coma o como se llamase aquel estado de muerte en vida, ¿podría participar en la Trama? Si podía, tenían a los tres arcontes blancos que hacían falta y ella tendría que ocupar su lugar y exponerse a las energías devoradoras cuya existencia ya había adivinado en el tiempo que había pasado con Sombra durante su entrenamiento.

Por otro lado, si en ese estado comatoso no podían usarla en la Trama, seguía faltando un arconte y no sería posible intentar el contacto. Entonces ella, Lena, sería

libre de vivir su vida como quisiera mientras *karah* intentaba producir no solo otro nexo sino otro miembro puro del clan blanco, cosa bastante difícil porque, con la muerte de Albert y de Lasha, se habían quedado sin varones.

Sintió que se mareaba y tuvo que agarrarse a la pared del sarcófago. Aquello era demasiado para ella. En menos de veinticuatro horas le habían pasado cosas que llenarían toda una vida y ahora, además, tenía que tomar una decisión que era todavía más terrible que la de abrir o no la puerta del otro mundo. No se sentía capaz.

—Lena —oyó la voz de Imre como desde muy lejos—. Inténtalo al menos. Mira si puedes hacer algo, por favor. Si pudieras ayudarla no tendríamos que abrir esa puerta.

Eso le hizo abrir los ojos, sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque mi único interés es curar a Ennis. Si ella vive, yo ya no necesito seguir ese camino. —Por un instante pensó presionarla contándole su propio trato con el Shane. Si Lena conseguía que Ennis volviera a la vida, él estaría dispuesto a matar al Shane para que el *mahawk* rojo no pudiera llevar adelante su plan de destruir a toda la humanidad, con lo que tanto *haito* como *karah* se salvarían. Pero decidió dejarlo para más adelante. La pobre muchacha, por extraordinaria que fuera, ya tenía un peso enorme sobre sus hombros. Guardaría esa arma de presión para más tarde si se hacía necesario.

—¿Y los demás conclánidas, que llevan mil años esperando el momento?

Imre se encogió de hombros.

—¡Pobres borregos! Los llevaremos por donde queramos.

—¿Mi padre lo sabe? —interrumpió Lena.

—¿Tu padre? ¿Wassermann? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Si sabe qué? ¿Que Ennis no está muerta? Por supuesto que no. Ya sabe demasiado para mi gusto de asuntos que solo conciernen a *karah*.

Hubo un silencio incómodo punteado por las gotas de agua que caían sobre las grandes hojas.

—Déjame sola, *mahawk* —dijo Lena por fin—. Veré lo que puedo hacer.



Haito. Negro. Rojo

—Así que has decidido marcharte, dulce corderita. —El Shane miraba a Jara con una sonrisa que un desconocido hubiese podido tomar por sincera. Ella bajó la vista, nerviosa, y se apretó contra su padre, que le pasó el brazo por los hombros.

Estaban en la veranda de uno de los *bungalows* junto a la pista de aterrizaje, esperando con Max y con Daniel a que se les uniera Lena, que nadie sabía dónde estaba ni para qué se había ausentado.

—Es una lástima que no quieras creer lo que te digo, pero ese ha sido mi mayor problema a través de los siglos, que nadie cree lo que digo. ¡Qué bien comprendo a Casandra! Pero en mi caso sé seguro que no ha sido un castigo de Apolo y sin embargo... por mucho que avise y que proclame la verdad, nadie me cree. Estarías mejor aquí, dulce. La princesa de hielo, la blanca Tanja, al menos, se ha ido a un lugar seguro, en el Polo. Siempre ha sido muy inteligente... No me ha dado tiempo a recuperar nuestra amistad de otros tiempos. ¡Lástima! En fin... os lo repito: todos estaríais mejor aquí, suponiendo que queráis conservar vuestra pequeña y miserable vida.

—Deja de darnos la lata con tus visiones apocalípticas, Shane —Luna parecía realmente fastidiado.

El Shane soltó una corta carcajada, como un ladrido.

—Bien, queridos, está claro que molesto, así que me marchó. Un último consejo: cuando empiece ese apocalipsis del que Luna se está burlando en estos momentos, habrá en las farmacias un producto de mi invención que os hará las cosas más llevaderas. ¿Podéis adivinar su nombre? —Inclinaba la cabeza hacia un lado, mientras pasaba su mirada de escalpelo por los ojos de todos—. Reddest, queridos. REDDEST. Rojo como yo, más rojo, rojísimo... —Volvió a reír—. Me despido de vosotros para siempre jamás. ¡Adieu!

Hizo una profunda reverencia mientras los espasmos de risa seguían sacudiendo su esqueleto, se puso las gafas oscuras, dio media vuelta y se marchó haciendo molinetes con su bastón.

—Ese hombre me da una grima horrorosa —dijo Jara reprimiendo un escalofrío.

—Sí. Nos pasa a todos. Pero casi todo lo que dice son historias que se cuenta a sí mismo para creerse importante. No hay que hacerle mucho caso. —Luna apretó cariñosamente el hombro de su hija.

—Pues la destrucción de la isla de la Rosa de Luz no fue ningún cuento, papá. Los mató a todos.

—Sin embargo yo estoy más tranquilo si te vas de aquí, peque. Por eso te mantuve siempre alejada de *karah*; no somos buena compañía. Es mejor que vuelvas a casa y me esperes allí.

—Preferiría irme con Karla. En su palacio me siento más segura.

—No sé...

—Yo también creo que estará más segura lejos de España —intervino Max—. No puedo jurarlo, pero es muy probable que Sombra lleve a Lena a la Cueva del Águila y que sea allí donde se coloque el centro de la Trama.

—¿La Cueva del Águila? —Padre e hija se quedaron mirándolo, sorprendidos—. Nosotros hemos vivido toda la vida a unos kilómetros de allí.

—Al parecer ese lugar siempre estuvo habitado por diferentes tribus porque sus chamanes sentían que había en la zona una energía particular. Quizá tú mismo elegiste retirarte en esa zona por razones parecidas, sin saberlo conscientemente.

Luna se encogió de hombros como sin darle importancia a la cuestión mientras a la vez pensaba que si efectivamente Lena iba a abrir la Trama desde el Valle del Tiétar, lo más sensato sería que su hija estuviera muy lejos de allí, por si acaso.

—Como quieras, Jara —concedió—; puedes irte con la princesa siempre que estemos en contacto, por lo que pueda pasar.

—¿Creéis que hay algo de verdad en lo que ha dicho el Shane? —Jara los miraba a todos con los ojos muy abiertos.

Los tres hombres tardaron un segundo más de lo que hubiera resultado tranquilizador en empezar a mover la cabeza negativamente.

—No —dijo Luna por fin—. No es lo mismo poner unas cuantas bombas en una isla perdida que desencadenar el fin del mundo. Además, hace tiempo que el Shane se retiró de la política; no creo que tenga suficientes contactos como para lograr una hecatombe atómica.

—Él habló de la Muerte Roja —dijo Jara casi en un susurro. Era el relato de Poe que más miedo le había dado en su vida. Y era como el Shane: bello, decadente, letal.

—Por supuesto. Ya le gustaría a él. El *mahawk* rojo es el más teatral de todos nosotros. Deja de preocuparte, cariño. Dentro de unas horas lo verás todo desde un punto de vista más alegre.

Jara asintió, forzando una sonrisa. No sabía bien por qué pero tenía la sensación, poco frecuente, de que esta vez su padre se equivocaba.



Nexo. Blanco

En el interior del *container*, una vez se hubo quedado sola, Lena volvió a acariciar suavemente el rostro de su madre, le cogió una mano, hizo una inspiración profunda, cerró los ojos y, tratando de borrarlo todo de su mente, salvo el deseo de encontrarla, se sumergió en las tinieblas buscando la esencia de la que había sido Bianca.

Esta vez el *shock* no fue tan intenso como el que había sentido con Lasha porque ahora sabía más o menos qué se iba a encontrar y ya no esperaba un organismo humano como el que habían estudiado en el instituto en clase de biología.

Todo parecía funcionar lo suficiente como para mantener la vida. Hidratación y alimentación le eran suministradas por gotero. De lo demás daba la impresión de que el mismo organismo de Bianca era el que se encargaba mientras, poco a poco, tan lentamente como iba pasando la vida de un clánida, todo iba siendo reparado. Quizá dentro de menos de cien años todo quedaría en perfectas condiciones pero Imre, por lo que fuera, no estaba dispuesto a esperar tanto tiempo. Tal vez le estuviera pasando lo mismo que a Lasha, que sintiera que su vida no tardaría en acabar... ¿cuántos años tendría Imre? Debía de ser uno de los clánidas más viejos, por lo que había oído decir...

Borró los pensamientos que la distraían de lo fundamental y siguió buscando huellas de la presencia de su madre en aquel cuerpo que era como una ruina de algo que fue muy hermoso. El veneno debía de haber sido terriblemente corrosivo y había dañado todos los órganos vitales pero ya se habían recuperado lo suficiente como para poder cumplir sus funciones sin demasiado esfuerzo. El problema era que ella misma, su personalidad, su conciencia, su alma... como quisiera llamarse aquella chispa vital que hacía que Bianca fuera Bianca había desaparecido o estaba tan oculta que Lena no podía encontrarla.

—¡Mamá! ¡Mamáaaa! —llamó con toda la fuerza de su mente, proyectando su deseo por todas las galerías que se ramificaban por dentro de Bianca como un bosque de lianas—. ¡Mamáaaa... soy yo, Lena! ¡Contéstame! ¡Dame una señal si me oyes!

Le pareció recoger un eco lejano y se quedó quieta, esperando oírlo de nuevo, pero el eco no se repitió.

—¡Mamáaa... te estoy buscando! ¿Cómo puedo llegar a ti? ¡Mamá... dime, ¿qué puedo hacer?!

Otra vez el eco, como un crujido de hojas secas, como algo que se arrastra entre las hojas de otoño, un sonido seco, crepitante, prolongado...

—¡Mamá, ¿eres tú?!

Algo insinuándose en su mente. ¿Un sonido? ¿Un dibujo?

—¡Mamáaa! Sigue, mamá, creo que te oigo. ¡Sigue!

El crujido de las hojas. No, del fuego. La crepitación de la madera seca en el fuego de una chimenea. El olor del fuego. Una serpiente arrastrándose entre la hojarasca. Una copa antigua..., de metal..., dorada. Sangre en la copa o un vino muy espeso. Una cuartilla de papel de cartas, como el de los hoteles elegantes, con un membrete en relieve, unas bellas cursivas que no conseguía leer, que se deshacían frente a sus ojos como si estuvieran escritas en el agua.

Bianca estaba en algún lugar de aquel cuerpo, pero muy lejana, muy débil, tratando de hacerle llegar un mensaje, ¿o era solo su imaginación?

—¡Dime qué puedo hacer! ¡Ayúdame, mamá!

La estaba perdiendo, el esfuerzo estaba resultando demasiado para Bianca.

—¡No te vayas! ¡Dime qué puedo hacer, dame una pista! ¡Una pista!

En la imagen del papel de cartas apareció una letra mayúscula. Una R.

La letra se quedó un momento temblando y antes de desaparecer fue sustituida por una frase latina que apenas llegó a leer y no consiguió memorizar. Solo sabía que empezaba diciendo: «*In girum...*».

Luego todo quedó vacío, los sonidos se apagaron y Lena volvió a encontrarse sola junto al sarcófago de cristal donde reposaba Bianca, tan bella y perfecta como antes. E igual de muerta.

A la salida, los dos clánidas negros la esperaban sentados a la sombra de unas grandes grúas. Se pusieron en pie al verla y, con la preocupación pintada en el rostro, aguardaron que se acercara a ellos.

—No puedo traerla de vuelta —dijo Lena antes de que Imre tuviera tiempo de preguntarle—, pero podemos intentar usarla en la Trama. Quizá las fuerzas que se crean allí sean suficientes para darle el impulso que necesita para volver a la vida.

Imre apretó la mandíbula mientras asentía con la cabeza. No era lo que había esperado, pero era mejor noticia que la que había temido.

—Pero está tan débil que también es posible que la destruyan —añadió Lena—. No puedo saberlo.

Los tres se miraron sin hablar. Sus sombras empezaban a alargarse sobre la cubierta del buque.

—¿Sabéis a qué se refiere una frase latina que empieza diciendo «*In girum...*»? —preguntó Lena—. No recuerdo más.

Los dos clánidas reaccionaron de inmediato. Contestó Nils:

—Es uno de los lemas del clan negro: *In girum imus nocte et consumimur igni*. Es

un palíndromo en latín.

—Nunca fui demasiado buena en latín. Y tampoco sé qué es un palíndromo.

—Un palíndromo es una palabra o una frase que se lee igual de delante a atrás que de atrás a delante, como los números capicúas. Y que significa lo mismo o algo casi igual leída al derecho que al revés. Mira —Nils sacó su cartera del bolsillo, y escribió la frase en una tarjeta de visita—. Si empiezas a leer desde el final verás que dice lo mismo: *I n g i r u m i m u s . n . o . c . t . e . e . t . c . o . n . s . u . m . i . m . u . r . i . g . n . i .* ¿Lo ves?

Ella asintió.

—Y ¿qué significa?

—«Vagamos en la noche y nos consume el fuego» —dijo Imre sin mirarlos, con la vista dirigida al horizonte a través de unas gafas de sol muy oscuras—. No parece muy buen pronóstico para Ennis.

—O «Entramos en el círculo en la noche y nos consume el fuego» —dijo Nils—. Puede significar las dos cosas, como bien sabes. Llevamos toda la vida discutiéndolo entre nosotros —le explicó a Lena—. ¿De dónde has sacado la frase?

—Del interior de Bianca. Le he pedido una pista para saber cómo ayudarla y me ha dado eso.

Imre parecía haber recibido de pronto una inyección de energía. De un momento a otro empezó a pasear arriba y abajo de la cubierta, con las manos enlazadas a la espalda, pensando.

—Clan negro. Lo que sea que quiere decirnos es que la pista está en nuestro propio clan, el clan negro.

—No sé... —interrumpió Nils—. Si quería decir eso, habría sido mejor darle a Lena nuestro *motto*. Es mucho más corto y más fácil de retener.

—¿Cuál es? —preguntó Lena.

—*Frangor, non flector*. «Me romperé, pero no me plegaré».

Lena alzó las cejas. Efectivamente era una frase muy propia del clan negro, que los reflejaba a la perfección.

—¿No te ha dado nada más? —preguntó Imre.

—Sí. Una letra mayúscula.

—¿Cuál? —Imre la miraba con tanta intensidad que sus ojos parecía que quemaban.

—Una R.

—¿Ragiswind! —dijo sin dudarlo un segundo.

—¿Ragiswind? ¿Estás seguro? —Nils parecía poco convencido.

—Sí. Una R mayúscula y la indicación evidente de clan negro solo pueden significar que hay que acudir al antiguo *mahawk* de nuestro clan, que él seguramente sabrá algo que puede sernos útil.

—El único problema, estimado conclánida —dijo Nils—, es que nadie sabe dónde está Ragiswind desde hace unos cuantos siglos. Por no saber, ni siquiera sabemos si sigue vivo.

—Sigue vivo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Porque si Ennis nos envía a él es que ella, antes de su accidente, sabía que estaba vivo o incluso estaba en contacto con él para algo que podría tener relación con Lena.

—¿Conmigo?

—Tu madre llevaba siglos urdiendo la Trama, como Joelle, como probablemente Ragiswind y Eringard. No tendría nada de extraño que hubieran estado trabajando juntos.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo si él no quiere que lo encontremos? —Nils sonaba realmente escéptico.

—Eringard ha aparecido, ¿no te acuerdas? Estuvo en la última reunión del cónclave. Hay que preguntarle a ella y a Joelle.

—Yo tengo que marcharme a Europa. Llevadme de nuevo a Atlantis, conclánidas; debe de hacer siglos que me esperan. Vosotros buscad a Ragiswind.

—Era un gran médico. Quizá pueda hacer algo por Ennis —musitó Imre—. A lo mejor es eso lo que quería decirnos.

Nils y Lena se miraron un instante sin hablar. Estaba claro que ambos pensaban que no era esa la solución pero no querían quitarle a Imre las esperanzas.

Se encaminaron al helicóptero. Unos minutos después aterrizaban en la isla.



Nexo. Rojo

Ya estaba Lena a punto de reunirse con el grupo de los que salían para Europa cuando un chistido a la izquierda del camino llamó su atención y la hizo detenerse.

Desde detrás del tronco de una palma real una mujer vestida de rojo le hacía señas de que la siguiera.

«¡Dios mío! —pensó Lena—, ¡no me dejan en paz! ¿Qué rayos quiere ahora de mí el clan rojo?».

En cuanto formuló para sí misma las palabras «clan rojo» volvió a sentir el familiar dolor de estómago que solía traerle la furia impotente relacionada con la muerte de Clara. Detestaba a los rojos, pero no podía permitirse ignorar su existencia o sus necesidades, de modo que intentando tragarse el mal humor que sentía, se salió del camino para encontrarse con la conclánida que la había llamado. Una conclánida que solo podía ser Flavia, porque Eleonora ya formaba parte de Atlantis y Mechthild había desaparecido.

Era Flavia, efectivamente, pero un poco más allá le esperaba otra sorpresa: Dominic con el bebé en brazos y la expresión más hosca que le hubiera visto jamás.

—¿Me habéis llamado? —preguntó Lena para iniciar de alguna manera la conversación y poder marcharse cuanto antes.

Contestó Flavia, mientras Dominic se limitaba a agachar la cabeza y esconder el rostro en el cuerpecillo de su hijo dormido.

—Tienes que llevarte a Arek de aquí, Lena.

—¿Qué?

—El Shane está enloqueciendo por momentos. Lo hemos encontrado hace apenas una hora a punto de matar al bebé. Dice que ya no resulta necesario y que tenemos que echar el lastre por la borda. Es nuestro *mahawk*, tiene derecho a hacer lo que quiera con Arek y es muy capaz de matarlo. Habríamos querido hablarlo entre nosotros para buscar una solución, pero como quizá sepas, no conseguimos localizar a Miles ni a Mechthild; es posible que el Shane los haya asesinado igual que a Eleonora...

—El Shane no ha asesinado a Eleonora —interrumpió Lena.

—Nos lo ha dicho él mismo. —La voz de Dominic era ronca.

—Miente, como tantas veces. Atlantis se ha quedado con ella, al menos de momento. Es posible que regrese.

—¿La has visto tú?

—Sí.

Los ojos de Dominic y los de Lena se cruzaron durante unos segundos hasta que él bajó la vista. Su rostro era una máscara de dolor. De una cierta manera, aunque un poco avergonzada por ello, Lena sintió una punzada de satisfacción al verlo hundido.

—Gregor está de viaje hacia aquí —dijo Flavia—. No hemos podido hablar con él, pero no importa. Dominic y yo hemos decidido que el niño estará más seguro fuera de Atlantis.

—¿Por qué no lo dejáis con el clan azul?

—Joelle desea tanto establecer ese contacto con lo de más allá que sería capaz de ceder a un chantaje del Shane y entregarle a Arek a cambio de que el Shane no obstaculice la Trama. No confiamos lo bastante en el clan azul.

Lena lanzó un suspiro de exasperación.

—¿Y en mí sí?

—Tú eres el nexo —dijo Flavia—, el nexo de los cuatro clanes.

—Sabéis que os odio por lo que le hicisteis a Clara, por lo que nos hicisteis a las dos. Sobre todo a ti, Dominic. Eso no ha cambiado.

El clánida rojo la miró a los ojos, tratando de que ella sintiera su sinceridad.

—Lo sé. Y lo comprendo. Pero también sé que no odias a Arek, que es el hijo de tu mejor amiga, y es un conclánida recién nacido, inocente, indefenso. ¿Me equivoco?

Ella sacudió la cabeza en una negativa silenciosa.

—Y con esto puedes vengarte de mí, Lena. —Esbozó una sonrisa torcida, cargada de amargura—. Sé muy bien que deseas verme sufrir, que quieres que pague lo que le hice a Clara. Has ganado: no hay nada que me pueda hacer más daño que perderlo a él, que tener que permitir que alguien de fuera del clan pueda tenerlo y verlo crecer.

—¿A quién debo entregarlo? —preguntó, sin más discusión.

Flavia y Dominic se miraron.

—Arek está en tus manos. Haz lo que mejor te parezca hasta que podamos recuperarlo.

—Yo no me lo puedo quedar, conclánidas. Lo que yo tengo que hacer en el futuro próximo no me permite ocuparme de un niño.

—Déjalo con tus familiares o con algún *haito* de confianza. Ponlo a salvo, por favor. —Flavia le rogaba de un modo que a Lena le resultó sorprendente: como una simple abuela *haito* tratando de que su nieto tenga la oportunidad de sobrevivir entregándolo a alguien que tiene la suerte de poder escapar de una zona de catástrofe.

Se acercó a Dominic y miró al niño dormido. Era tan evidentemente el hijo de Clara que se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarla con el pelo recién lavado,

rubio oscuro como el de Arek, con el jersey rosa claro, los ojos brillantes y el amor pintado en el rostro, a punto de irse a Roma a celebrar su cumpleaños. Luego, aquellos mismos que ahora le rogaban, la habían engañado, violado, asesinado para quitarle a su hijo y dar un miembro más al clan. Ahora ella lo entendía mejor porque conocía el punto de vista *karah*, pero seguía sin considerarlo aceptable. Seguía queriendo que pagaran por ello.

Miró a los dos clánidas rojos, pálidos y tensos, y se sintió reconfortada por su sufrimiento. Luego aceptó al bebé que Dominic le tendía con renuencia como si le estuviera entregando su propio corazón arrancado; lo cogió desmañadamente y el pequeño se removió en sueños arrugando la carita como si fuera a echarse a llorar. Lo apretó contra su pecho dejando que la cabeza reposara en su hombro y enseguida se tranquilizó.

—No tengo costumbre de niños... —dijo en tono de disculpa.

—Te acostumbras rápido, ya verás. —Flavia besó al pequeño en la frente.

—Tendréis que solucionar vosotros la cuestión de los documentos para que no tengamos problema en las fronteras.

—En Santiago de Chile te entregarán toda la documentación necesaria nada más aterrizar. Os recogerán y os alojaréis en el *Mystery of Life*. Aunque alguien esté matando a los nuestros, nuestra infraestructura sigue funcionando bien.

—De acuerdo.

Dominic se inclinó sobre el pequeño y volvió a besarlo.

—Adiós, pequeño conclánida —susurró. Luego se dio la vuelta vencido de dolor y se perdió entre las frondas.



Nexo. Haito. Viena (Austria)

A pesar de que habían volado en primera y con todas las comodidades, fue un pequeño grupo cansado el que aterrizó en Viena una mañana gris de principios de otoño. Allí era donde se separaban sus caminos, pero el cansancio normal, sumado al *jet lag*, hacía que todos se sintieran un tanto distantes de sí mismos y sus emociones, como si todo les llegara filtrado o percibieran el mundo a través de un cristal ahumado.

Jara esperaba la conexión a Roma, donde la recogerían con el avión privado de los príncipes para llevarla a palacio. Karla estaba feliz de que se hubiera puesto en contacto con ella y le había prometido que estaría a salvo en su compañía, que esta vez nadie podría secuestrarla.

Max, en un impulso, había decidido pasarse por París para averiguar cómo estaban Joseph y Chrystelle.

Lena iba a tomar el vuelo a Innsbruck para entrevistarse con la escritora, que ya le había contestado invitándola a visitarla. El único que se quedaba en Viena era Daniel. Con Arek.

Después de darle muchas vueltas habían decidido intentar primero el plan que menos malo parecía. Si ese no funcionaba, había un plan B que era todavía más absurdo.

Dejando a Arek en brazos de Max, Daniel y Lena se apartaron unos pasos para poderse besar y despedirse con tranquilidad.

—No se te ocurra marcharte de Austria sin mí —le susurró Dani al oído—. Si no se puede hacer de otra manera, mándame a Sombra y que me lleve él.

—Sabes que eso duele horriblemente.

Él asintió con la cabeza.

—Aun así. Quiero estar a tu lado cuando crees la Trama. Los clánidas estarán cada uno en su lugar, pero yo no puedo ocupar un lugar en la Trama y eso me permite estar contigo, ayudarte en lo que pueda... ya sé, ya sé que no puedo hacer mucho... pero al menos darte ánimos, estar ahí.

Ella se abrazó a él.

—Gracias, Dani. Te prometo que estaremos juntos mientras podamos. Tú haz lo que puedas por Arek y luego ven a Innsbruck. Ves a tus padres, te despides otra vez y nos vamos a Nuuk. Luego... —Inspiró fuerte, se pasó el dedo por debajo de la nariz y le sonrió—. Luego ni yo misma sé qué puede pasar.

—Nos dejaremos sorprender.

Volvieron a besarse, Daniel abrazó a Max, dio dos besos a Jara, tomó a Arek en brazos y se marchó en dirección a la salida tratando de formular lo que pensaba decir cuando llegara a su destino.



Nexo. Innsbruck (Austria)

Al salir del aeropuerto de Innsbruck, Lena se quedó un momento mirando como embobada las montañas que rodeaban la ciudad. Sus montañas. Para ellas no había pasado el tiempo, para ellas nada había cambiado desde que casi un año atrás una simple estudiante de instituto había sido convocada al despacho de aquel falso notario y todo se había puesto en marcha.

Miró el edificio del Instituto Universitario de Deportes donde hacía diez u once meses se había sentido tan sola, tan abandonada por todos, tan sin futuro; donde había conocido a Dani. Allí mismo, en aquella vulgar parada de autobús había visto por primera vez al chico que ahora no solo formaba parte de su vida sino que estaba ligada a ella por lazos de sangre más profundos e indestructibles que los que *haito* solía llamar así refiriéndose a la familia. Ella lo alimentaba ahora con su propio *ikhôr* y él se había convertido también en otra cosa.

En apenas un año todo había cambiado y no necesariamente para mejor. El que había sido su mundo ya no existía. Clara estaba muerta. Ella misma se había convertido en un monstruo.

Pero ciertas cosas eran buenas: ahora sabía que su padre siempre la había querido (aunque ahora supiera también que Max no era realmente su padre, y que tenía uno más, de otra especie); tenía a alguien que la quería de verdad (aunque no fuera un alguien, sino dos, y de dos especies distintas); su madre, que el año anterior había creído muerta, estaba viva (aunque en una especie de coma profundo, y después de todo lo que había averiguado sobre ella, sabía con seguridad que no era la mujer que ella había amado y creía haber conocido). Tenía a Sombra (que también era un monstruo, como ella, pero de otro tipo) y era capaz de hacer cosas increíbles (que no causaban más que problemas).

En cualquier caso, lo importante era que estaba en casa, que había vuelto a Innsbruck aunque tuviera que marcharse pronto, y que iba a dormir en su propia cama después de tanto tiempo. Por la mañana acudiría a su cita; si todo salía bien, por la noche estaría ya con Daniel y al día siguiente saldrían para Groenlandia. Luego... era mejor no pensarlo. Se dejaría guiar por Sombra y aceptaría lo que tuviera que

sucedier.

Tomó un taxi y, en el camino a casa, trató de dejar la mente en blanco y descansar, de sentirse como una simple turista que llega a una ciudad bonita donde sabe que va a pasar unos días de vacaciones y se deja impresionar por todo lo que ve: las altas montañas espolvoreadas de nieve recién caída, los bosques intensamente verdes, salpicados de árboles naranjas y rojos y amarillos; el ancho río de color de jade; las cascadas de geranios y petunias en los balcones luchando ya contra el frío del invierno que se acercaba; las torres del casco antiguo iluminadas de oro contra un cielo azul cada vez más oscuro donde empezaban a aparecer las estrellas...

Al pasar por delante del supermercado donde había ido a comprar toda su vida, pidió al taxista que la dejara bajar y entró a comprar ensalada, unos huevos y pan fresco. Añadió también leche, chocolate y una bolsa de nueces. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, se prepararía algo elegido por ella y cenaría viendo la tele. Iba a volver a sentirse como una chica normal. Quizá por última vez.



Haito. Viena (Austria)

La campanilla produjo su mágico tintineo y la puerta se cerró suavemente detrás de él. Las joyas brillaban con un resplandor dorado, tranquilizador; sonaba una música extraña, con una voz grave cantando en una lengua desconocida que podría ser tibetano a juzgar por las vibrantes campanadas que la acompañaban.

El pequeño abrió los ojos y sonrió. Daniel le quitó el gorro y le devolvió la sonrisa. Tenía que reconocer que el chaval era precioso, aunque fuera hijo de aquel imbécil del clan rojo. Le pasó la mano por el pelo, por las mejillas enrojecidas, disfrutando de su suavidad.

Suponía que Oskar y Peter estarían en la trastienda tomando un té, quizá discutiendo lo que ya les había resumido por teléfono, y aparecerían en cualquier momento, pero no tenía prisa. Se estaba bien en aquel lugar tranquilo y caliente, con el bebé colgado en la mochila que llevaba al pecho.

—¡Daniel! ¿Eres tú? —Oyó una voz desde dentro—. Pasa el cerrojo, pon el cartel de cerrado y entra aquí, por favor.

Hizo lo que le pedían, apartó la cortina violeta y entró en el taller donde, como esperaba, estaban instalados Pippi y Ossi delante de dos tazones de té humeante. Un tercero, vacío, estaba frente a la silla que le habían reservado.

Se levantaron y uno tras otro le dieron un abrazo. Luego se apartaron un poco para echarle una mirada al bebé.

—¡Qué monada! —dijo Pippi—. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Unos seis meses, me parece. Se llama Arek.

—Anda, quítale algo de ropa, aquí hace mucho más calor que en la calle.

—¿Te apetece un Earl Grey o quieres otra cosa? —preguntó Ossi a la vez.

—Sí a las dos cosas.

—¡Venga, cuéntanos! —Pippi parecía impaciente por saber con detalle lo que Daniel apenas si había esbozado en su conversación telefónica.

Dani se pasó una mano por la frente, acomodó al pequeño en su regazo y empezó a diluir la miel en su taza de té.

—A ver... lo primero es decirnos que no os puedo decir mucho. Lo siento, pero es

así. El secreto no me pertenece y he prometido dar la mínima información posible.
¿Sigo?

Los dos asintieron, muy serios.

—Arek —señaló al bebé— corría peligro donde estaba y era necesario sacarlo de allí. Necesitamos que alguien lo cuide durante un tiempo; no os puedo decir cuánto. Todos sus papeles están en regla y, si aceptáis haceros cargo de él, aquí tengo un documento donde solo hay que añadir la persona o personas que se responsabilizan de él como tutor legal hasta que su familia pueda volver a hacerse cargo. Estoy autorizado a daros mucho dinero para que la cuestión económica no sea problema. No, Ossi, no pongas esa cara; es importante que tengáis dinero para poder cubrir cualquier necesidad.

—¿No puedes ocuparte tú del niño? —preguntó Pippi.

—No. ¡Ya me gustaría! Pero tengo que acompañar a Lena a un lugar donde no puedo ir con un bebé.

—¿Lena? ¿La chica de la piedra de luna? ¿Aliena? —preguntó Ossi, mirándolo con la cabeza ladeada y un ojo entornado.

Dani se dio una palmada en la frente.

—¡Aún no te la he pagado! Lo siento.

Ossi movió la mano como quitándole importancia.

—La próxima vez. ¿Le gustó?

—¿Cuándo se la diste? —interrumpió Pippi.

—Le encantó. Ya os contaré alguna vez las circunstancias, cuando tenga más tiempo. Fue de película. —Daniel no podía contarles, al menos por el momento, que se la había dado en un aparcamiento en mitad de la noche mientras sonaban disparos a su alrededor y acababan de secuestrar al mismo bebé que ahora chupeteaba feliz una sarta de cuentas de ámbar que Ossi le había puesto entre las manos. Tampoco podía decirles que él no había estado presente cuando Lena sacó la sortija de su cajita; ni que ella ahora también llevaba en la otra mano una piedra negra que le había dado otro hombre. Era todo demasiado difícil de explicar.

—Oye, Daniel... —volvió a hablar Ossi—, no te estoy diciendo que no, que conste, pero ¿no sería mejor para el peque que se lo llevaras a tus propios padres? Tu madre lo recibiría como a un nieto y estoy seguro de que estaría encantada. Y ella ya tiene experiencia de niños. Nosotros no.

Daniel hizo una inspiración profunda.

—De eso se trata, Ossi, que no puedo llegar a casa con un bebé y pedirles que lo cuiden, y convencerlos de que no es mío. No puedo decirle a mi padre que no le voy a explicar de quién es hijo y de dónde lo he sacado y por qué no puede estar con los suyos. Se ofenderían al pensar que yo no los creo capaces de guardar un secreto. Y no es eso... Es que de verdad todo es tan marciano que no puedo hablar de ello. Además, allí los vecinos empezarían a preguntar... y todo sería muy complicado, mientras que aquí... no sé... estoy seguro de que vosotros podéis inventaros algo que

cuele, si alguien os pregunta.

—Es hijo de una gran amiga nuestra que está en una clínica de desintoxicación y lo vamos a cuidar hasta que se reponga y pueda hacerse cargo ella —dijo Pippi con toda naturalidad.

—¡Eres genial! —gritó Dani, admirado.

—¿Verdad que sí?

Ossi le echó el brazo por los hombros y lo besó.

—¡Hey! ¿Qué es eso? ¿Volvéis a ser pareja? —Dani estaba agradablemente sorprendido.

—Raro, ¿no? —Ossi tendió los brazos hacia el pequeño—. Déjame que pruebe, a ver si se me da bien.

Arek cambió de manos sin perder la sonrisa.

—¿No te importa que Arek tenga dos papás adoptivos durante un tiempo en lugar de un papá y una mamá? —preguntó Pippi—. ¿Su familia estaría de acuerdo? ¿No preferirían que lo cuidase una mujer?

—Nadie podría encontrar mejores padres que vosotros. —Hizo una pausa mirándolos jugar con el pequeño. «Y además, a nadie se le ocurriría que lo tenéis vosotros», pensó—. Entonces... ¿es que sí?

—El tiempo que haga falta, no te preocupes.

Daniel sacó una tarjeta con un número muy largo.

—Si alguna vez tenéis problemas del tipo que sean, llamad a este número. De día y de noche. Decid que se trata de Arek. Os lo solucionarán todo. Prácticamente no hay límite a lo que pueden hacer.

—Pero no pueden cuidar de él.

—De momento no. Y están destrozados por ello. Por eso os lo agradecerán siempre.

—¿No nos estamos metiendo en un lío espantoso?

—Espero que no —dijo Daniel encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Llamadme también a mí si hay algo.

—Tienes prisa, ¿verdad? —preguntó Pippi.

Él asintió.

—¿Volveremos a verte? —Ossi lo miraba como si supiera mucho más que él de cosas cuya mera existencia Daniel ignorara.

—¡Ojalá!

Ossi dejó al pequeño en brazos de Pippi y, sin una palabra, fue al banco de trabajo, buscó un poco por los cajones y regresó llevando en el puño cerrado algo que entregó a Daniel. Un círculo de piedra violeta con finas vetas grises, atado con un cabo de cuero.

—¿Un talismán? —Su voz sonó ligeramente escéptica, pero Ossi no pareció ofenderse. Ya una vez le había dicho que saber no es creer.

—Cuélgatelo del cuello. Es cianita. Se supone que da valor, une los *chakras* y

ayuda a controlar el estrés, entre muchas otras cosas. Algo me dice que todo eso te va a hacer mucha falta dentro de poco. Cuando dejes de necesitarlo, vuelve a traérmelo.

—Gracias, Ossi; eres un amigo. Los dos lo sois.

Se puso en pie y, con un último abrazo, y una caricia a Arek, salió del calor de la tiendecilla a una noche cada vez más fría.



Nexo. Blanco. Innsbruck (Austria)

Lena dejó su casa con el corazón en un puño y la sensación clara de que salía de allí por última vez. Le había dejado una nota a su padre encima de la cama para que, si ella no regresaba, al menos él tuviera por escrito un par de cosas que le parecían importantes, como el hecho de que ella lo consideraba realmente su padre, el único a quien quería y el único a quien llamaría papá mientras viviera. Sabía que para Max eso sería importante y seguramente le ayudaría a soportar la situación en el caso de que ella muriera durante el contacto.

Eso había sido difícil, pero ahora venía algo que era todavía peor. Mucho peor.

Le había estado dando muchas vueltas a cómo hacerlo y al final se había decidido por lo más sencillo: había esperado unos minutos mirando por la ventana de la sala de estar hasta que vio salir a *Frau Müller*, la vecina de enfrente, con su perro, como hacía todas las mañanas a las siete y cinco desde que ella tenía recuerdo.

Luego salió de la casa, cerró con doble vuelta de llave, cruzó la calle, entró en el jardín de *Frau Müller* y se metió en el pequeño cobertizo donde la vecina guardaba los utensilios de jardinería y que estaba en la misma verja, junto a la acera. Desde el ventanuco tenía una vista perfecta de su propia casa y eso le permitiría comprobar que lo que estaba a punto de hacer había tenido éxito, pero a la vez le daría ocasión de ver algo que no estaba segura de querer ver y que ya la tenía nerviosa desde que se había levantado.

Tratar de retroceder en el tiempo, de volver al propio pasado, era algo que no sucedía todos los días. Ni siquiera sabía si era posible hacerlo, ni si ella estaba preparada para una cosa así.

De todas formas, ya lo había decidido y no tenía más remedio que intentarlo, así que se concentró en lo que quería que sucediera y, aunque no lo había hecho nunca, no le resultó demasiado difícil. Sombra le había enseñado muchas técnicas diferentes para visualizar lo que deseaba obtener y ahora no tuvo más que recordar una imagen de dos años atrás, una imagen que tenía muy clara en su mente porque fue el último día en que vio a su madre.

La noche anterior había debatido consigo misma durante varias horas a qué

momento le convenía regresar y cuando casi había decidido que lo más sensato y probablemente menos complicado sería volver al otoño de dos años atrás, unos meses después del accidente de su madre, de repente, sin saber por qué, había sentido con toda claridad que quería regresar al mismo momento en que se despidió de Bianca sin saber que era la última vez que la vería con vida.

Recordaba con toda claridad ese momento porque lo había repasado una y otra vez durante meses, siempre pensando si habría podido hacer algo para evitar que su madre fuera a Viena a encontrarse con la muerte. Por eso tenía los recuerdos tan claros: Bianca casi de verano porque era un día particularmente soleado aunque aún no era junio, con un vestido blanco de tela ligera y una chaqueta de punto rosa claro. «*Schöne Mama*», le había dicho ella al despedirse en la acera y Bianca había sonreído, feliz, y le había dicho: «*Schöne Tochter..., mein schönes Kind*». Luego Bianca se había subido al coche y ella había salido corriendo hacia casa de Clara porque ese día Brigitte les había prometido llevarlas al instituto. De eso hacía casi dos años y medio. Esa escena, a todos los efectos, estaba irremediabilmente perdida en el pasado.

Sin embargo, ahora si era capaz de hacerlo, si todo salía como ella pensaba, a las siete y cuarto se abriría la puerta de su casa y, durante un par de minutos increíbles, podría ver a su madre como era antes de morir. Y se vería a sí misma dos años más joven.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras el mundo giraba de pronto como en un carrusel que alguien hubiera lanzado a la máxima velocidad. Por un instante eterno todo se volvió borroso, de un gris acuático, como sumergido en una niebla muy espesa que fluía enloquecida frente al ventanuco que hasta ese momento había estado ocupado por la imagen de su casa, el arce japonés del jardín, violentamente rojo, y la copa amarilla del haya de los vecinos de atrás.

Cerró los ojos, mareada, y cuando volvió a abrirlos, el haya estaba ahí, pero ya no era amarilla. Estaba muy verde, y el arce seguía tan rojo como siempre porque sus hojas no cambiaban de color en otoño, solo se limitaban a ir cayendo. Sin embargo ahora no había ninguna en el suelo; lo que sí había era una profusión de margaritas de manzanilla y los toques de color de algunos tulipanes y narcisos en el macizo de la terraza.

¡Lo había conseguido! Era primavera.

En ese momento se abrió la puerta de la casa y Lena, estupefacta, se vio salir a sí misma vestida como recordaba, con vaqueros oscuros y camiseta blanca de manga corta bajo un suéter gris con capucha. Llevaba la melena más corta y parecía imposiblemente joven y alegre. Sintió que se le encogía el corazón de lástima por aquella chica que había sido ella y que no sabía todo lo que le quedaba por pasar. Que no sabía tampoco que su yo más viejo estaba escondida en el cobertizo de *Frau Müller* mirándola hablar y reír con su madre.

Bianca estaba radiante. Ahora, vista desde fuera y con la distancia, no le parecía

posible que la gente se creyera que eran madre e hija. Bianca parecía una mujer de menos de treinta años con una hija de diecisiete.

La miró con toda la intensidad de la que era capaz, fijándose en los detalles que en aquel momento de dos años atrás se le habían pasado desapercibidos. Ahora estaba claro que Bianca estaba impaciente por marcharse; que mientras hablaba y bromeaba con su hija, estaba deseando dar rienda suelta a una alegría que la llenaba y que no quería mostrar delante de Lena, pero que se notaba en el brillo de sus ojos y en la manera en que miraba constantemente hacia el coche.

Las oyó decirse «*Schöne Mama*» y «*Schöne Tochter... mein schönes Kind*»; las vio abrazarse, despedirse. Se oyó a sí misma diciendo: «Lleva cuidado en la carretera y pon un SMS cuando llegues». Y a Bianca respondiendo: «Sí, mamá». Las risas de las dos; los pasos de ella corriendo hacia la casa de Clara, sin imaginar que era la última vez en mucho tiempo que saldría sonriendo hacia el instituto.

Luego Bianca cruzó la acera casi hasta la misma ventana entreabierta donde Lena se escondía en el cobertizo, y la oyó decir en voz baja: «*Alienitschka*, preciosa mía. Hoy empieza todo. Pronto sabrás quién eres».

Tuvo que ponerse una mano en la boca para no gritar, para no salir corriendo a abrazarse a Bianca y evitar que se subiera al coche. Pero sabía que no podía hacerlo. Sabía incluso que, aunque lo intentara, no funcionaría, porque el pasado no se puede cambiar sin que las consecuencias destruyan el futuro. Solo se pueden introducir pequeños cambios sin importancia, ligeras ambigüedades... y aún así son peligrosos.

Su madre, parada en la acera, dejando que los rayos del sol calentaran su piel aún pálida, sacó el móvil, marcó un número muy largo, un número que, curiosamente, no llevaba grabado en el aparato sino que al parecer solo tenía en su memoria, y esperó casi un minuto hasta poder hablar.

Cuando por fin lo hizo, su voz sonaba exultante de felicidad.

—Podemos empezar. Sí. Dile a Nagai que ya puede marcharse de casa. Sí, como habíamos acordado. Sin explicaciones. Sin pistas. Y empieza a mover los rumores de la existencia de Clara para que lleguen al clan rojo. Yo le diré a Joseph que vaya haciendo correr la voz. —Escuchó unos segundos sin hablar—. Claro que estoy segura, conclánida. Dominic, cuando aún se llamaba Pierre y era francés, fue mi amante durante mucho tiempo, ¿no te acuerdas? Lo conozco bien. Nunca ha conseguido reproducirse y haría cualquier cosa por ello. La niña tiene sangre *karah*, por Nagai, no es una simple *haito*, aunque están tan desesperados que no creo que eso los detuviera. Todo el clan necesita un nuevo miembro. Verás como están de acuerdo, siempre que piensen que se les ha ocurrido a ellos solos. —Volvió a guardar silencio y rio suavemente—. Me voy a Viena ya mismo. Tengo cosas que hacer para que se ponga definitivamente en marcha. Con Lena todo bien; no te preocupes. En cuanto vuelva de Viena, le diré quién es. ¡Hasta muy pronto ya, conclánida!

A través de las lágrimas que llenaban sus ojos, vio a Bianca cruzar la calle de nuevo hacia la acera en sombra, subir al coche y arrancar. Lena sabía que su madre

iba a encontrarse con su asesino y que su asesino era alguien en quien confiaba; pero también la había oído preparar la muerte de Clara empezando por el abandono de su padre, Hans, a quien tanto Clara como Brigitte consideraban un humano normal y que siempre había sido un marido y un padre excelente, y que era realmente Nagai, del clan azul.

Bianca no solo sabía que Clara iba a morir sino que había orquestado personalmente su destrucción, y al parecer pensaba contárselo a ella al volver de Viena. Y suponía que la iba a convencer, que le iba a parecer bien. O quizá solo iba a contarle ciertas cosas y pensaba ocultarle otras.

Sintió que la boca se le llenaba de bilis, abrió la puerta del cobertizo y escupió al suelo una saliva amarga.

¡Y Dominic y Bianca habían sido amantes en el pasado! El asco y la angustia apenas la dejaban respirar. Ahora comprendía el miedo que había sentido en cuanto Clara le dijo que se había enamorado de Dominic. Quizá alguna vez, de pequeña, había oído a sus padres o a Bianca por teléfono hablando de él o del clan rojo o de cualquier otra cosa incomprensible que, sin embargo, se le había quedado grabada.

Frau Müller estaba al final de la calle, parada con otra señora de su edad, también con perro. Lena salió del jardín y, aún frotándose la boca, se puso las gafas de sol y pasó junto a ellas sin mirarlas, como si no las conociera.

Tenía que darse prisa en hacer lo que era necesario. Como su madre en el pasado, aunque por diferentes razones, estaba deseando salir de Innsbruck.



Rojo. Atlantis

El Shane también estaba deseando salir de aquel lugar de donde se iban marchando todos sin más explicaciones. Tenía la sensación de que de pronto, por lo que fuera, habían empezado a ningunearlo, a tratarlo como si no fuera más que un viejo loco a quien no se podía tomar en serio.

Hasta la gente de su clan le había perdido el respeto y había tenido la osadía de hacer desaparecer a Arek entregándoselo al nexo sin consultar con él. Si no fuera porque los necesitaba para abrir la Trama, los habría matado ya con sus propias manos; pero él necesitaba quedarse al margen para colocarse cerca del nexo y ser el primero en atravesar al umbral, antes incluso de que los demás se dieran cuenta de qué estaba sucediendo.

Muertos Miles y Mechthild, y desaparecida Eleonora, no quedaban más que Flavia, Dominic y Gregor, de modo que era fundamental tenerlos de cara porque si uno de ellos se negaba a colaborar, el asunto se haría imposible. Por mucho que lo deseara, no podía descargar la furia que sentía contra un miembro de su propio clan.

De los otros... Lasha habría sido un contrincante digno, pero estaba muerto. Imre era, al menos oficialmente, su socio, su «*partner in crime*» por decirlo de modo discreto. Luna era un payaso muy por debajo de su nivel. Y los clánidas azules se habían convertido en unos espantajos adornados con conchas y corales haciendo de buen salvaje en aquellas playas perdidas.

Comprendía perfectamente que en los relatos mitológicos, Zeus o Júpiter, se dedicara a lanzar rayos contra los mortales para aplacar su furia. Lo comprendía muy bien. Él también estaba deseando ponerse a lanzar rayos.

Pedir por pedir, lo que más le habría gustado sería tener el poder de lanzar una violenta tormenta magnética sobre el planeta, algo que destruyera la civilización y convirtiera a los habitantes de la Tierra en bestezuelas aterrorizadas, pero como eso, para su desgracia, estaba totalmente fuera de su alcance, no tendría más remedio que conformarse con la segunda mejor opción. Su plan. El que llevaba tanto tiempo preparando.

Había estado esperando a que todos los arcontes hubieran llegado a su destino

pero no estaba dispuesto a esperar más. Si ese extraño Sombra era quien decía ser, no tendría ningún problema en hacer que cada uno apareciera donde debía estar. Y si no, se hundirían todos juntos. En cualquier caso, la espera se había acabado. Pronto se darían cuenta sus conclánidas de que el Shane seguía siendo alguien con quien había que contar.

Iría a su *bungalow* particular, se serviría un bloody mary con mucho vodka y empezaría a hacer llamadas para desencadenar la Muerte Roja.

Su decisión estaba tomada.



Nexo. Haito. Innsbruck (Austria)

Lena miró los cartelitos de los nombres, encontró el que buscaba: EISTERER, e hizo una inspiración profunda antes de tocar el timbre. Había hecho cosas mucho más difíciles en los últimos meses, pero en cuestiones de explicar lo que estaba pasando siempre había sido al revés: los que sabían eran los demás y era ella la que tenía que escuchar e intentar aceptar lo que le contaban. Ahora se trataba de contar una historia increíble, conseguir que la creyeran y que luego, una vez aceptada la realidad de lo que tenía que decir, esa verdad fuera transformada en ficción para poder presentarla al público. Había algo de perverso en la cuestión de pasar verdades a mentiras para poder dar a conocer una realidad que afectaría a todo el planeta.

La puerta de entrada se liberó con un zumbido y una voz femenina dijo: «Hola, Lena. Es el tercer piso».

Subió a buen paso, intentando terminar cuanto antes con los preliminares. Hacía más de tres años que había conocido a la escritora y ni siquiera sabía si la reconocería al verla, porque la noche antes no había caído en buscar fotos suyas en la red y podía haber cambiado mucho.

Cuando llegó arriba, la mujer la estaba esperando en la puerta abierta con una sonrisa. Era como ella la recordaba: de estatura media, alegre, con el pelo corto rojo y negro, y un par de mechones de colores cayendo en un flequillo más largo a un lado de la cara. Tenía los ojos de color ámbar y llevaba las pestañas pintadas. Iba vestida con vaqueros negros, una camiseta blanca y un pañuelo azul. Parecía que se hubiera arreglado a propósito para honrar a los cuatro clanes.

Desde una de las paredes de la entrada, una docena de máscaras de todo el planeta las contemplaban mientras Lena se quitaba los zapatos.

La escritora la hizo pasar a su estudio: una especie de sala de estar-biblioteca inundada de sol, atestada de libros y papeles, con un rincón lleno de plantas enormes, y una vista maravillosa de la ciudad y las montañas.

Al inclinarse sobre la mesa baja para coger sus gafas, Lena vio el brillo de un medallón y no pudo reprimir una expresión de sorpresa. Lo que la mujer llevaba al cuello era una copia de museo del Collar Misterio, el mismo que ella había llevado

durante meses hasta que Atlantis se las había arreglado para fundírselo en el pecho. Ahora sabía con toda seguridad que había elegido bien, que era esa escritora y no otra, la única que podía narrar aquello.

—¿Lo conoces? —preguntó la anfitriona al darse cuenta de la mirada de Lena.

—Sí. Yo también tengo uno; regalo de familia. Forma parte de mi historia.

—¡Bien! Me alegro mucho, porque mi hija y yo lo compramos hace años en una exposición sobre el *Titanic*, en París, y desde entonces llevo dándole vueltas a la historia que yo sé que contiene, pero que se niega a salir completa. A lo mejor la has encontrado tú. Ponte cómoda, Lena. —Continuó con una sonrisa, señalándole un sofá de cuero blanco cubierto de cojines que ocupaba todo el rincón—. ¿Qué tomas? ¿Té, café, zumo?

—Nada, gracias. Acabo de desayunar.

—Como quieras. Quizá más tarde... —Se sentó también en el sofá, mirándola de frente, con las piernas recogidas en posición de loto—. A ver, cuéntame... ¿has escrito ya esa novela de la que me hablabas o solo la tienes pensada?

Lena la miró a los ojos y decidió no perder más tiempo.

—No soy escritora, ni lo voy a ser nunca. Lo que le dije por *e-mail* no era verdad, pero necesitaba hablar con usted y pensé que era la mejor forma.

—¡Vaya! —Alzó las cejas, sorprendida, e hizo una pequeña pausa—. A todo esto, no me hables de usted. Llámame Elia y de tú.

—Gracias.

—Bueno, pues si lo de la novela es mentira, tú dirás para qué querías verme.

—No es mentira... ¡ay, Dios, qué complicado es todo! Tengo que contarle algo que parece una novela, eso sí, pero es verdad, se lo... te lo juro. Es muy importante que lo sepas y que después lo escribas para que la gente que lo lea tenga la posibilidad de saber lo que está pasando y quizá darme una opinión sobre lo que yo debería hacer, sobre la decisión que debería tomar.

—¿No puedes consultarlo con tus padres, o con un profesor, o con tus amigos?

Lena sacudió la cabeza y de pronto se echó a reír. Le parecía absolutamente cómica la idea de contarle a un profesor de su instituto o a sus compañeros de clase lo que le había pasado durante el último año.

—Me tomarían por loca —dijo cuando pudo hablar de nuevo y la escritora le hubo traído un vaso de agua.

—¿Y yo no?

—No. Estoy segura de que tú me creerás.

Elia volvió a alzar las cejas y sonrió.

—Vamos a ver si tienes razón... A todo esto, mis hijos están aquí unos días, ¿te importaría que estuvieran delante? Si me vas a contar algo increíble y destinado a un público amplio, sería mejor que hubiera más gente escuchando, ¿no crees?

Por un instante pensó que podría ser peligroso para ellos; recordó el momento en que, en el hostel de Koh Samui, le contó a los *yamakasi* lo que estaba sucediendo y

cómo les avisó de que su vida podía correr peligro, sin que ellos acabaran de creérselo. Recordó en un relámpago todo lo que sucedió después. ¿Debía decirle a Elia que lo que iba a contarles podía resultar peligroso?

Pensó también, y casi a la vez, que cuanta más gente lo supiera, los que de verdad estarían en peligro serían sus conclánidas, y sus familiares, y ella misma. Pero todo eso lo había pensado ya mil veces; no tenía sentido seguir dándole vueltas a la cuestión, había decidido hacerlo de ese modo, se había puesto de acuerdo con Dani, y pensaba cumplir su palabra.

—De acuerdo —dijo—. ¿Ellos también escriben?

—No. Pero leen todas mis novelas y entienden de narración. Espérame un momento.

Salió del estudio y un instante después regresó con sus hijos, los dos más altos que ella: una chica delgada de unos veinte años, de larga melena castaña y ojos almendrados, y un chico unos años mayor, de pelo muy corto, barba morena recortada, y brillantes ojos oscuros. Era evidente que eran hermanos.

—Estos son Ian y Nina. Os presento a Lena Wassermann.

Todos tomaron asiento y los tres se quedaron mirando a Lena con expresión de curiosidad.

—Bueno... —comenzó ella—, perdonadme, pero es que no sé por dónde empezar. Quizá por el *PORG Volders* —dijo casi para sí misma.

—¿Has ido a ese instituto? —preguntó Nina, agradablemente sorprendida.

—Sí. ¿Tú también?

—Sí. Acabé hace cuatro años; a lo mejor por eso no te conocía. ¿Rama de música o rama ecológica?

—Música —contestó Lena.

—¡Como yo!

—Aunque la música no es realmente lo mío —añadió Lena, antes de que la conversación se desviara hacia ese tema—, pero era lo que quería hacer mi mejor amiga, y a mí me daba igual. —Calló de golpe, pensando: «Sí. Podríamos empezar por ahí. Por mi amiga; por Clara».

Pero Nina ya estaba preguntando:

—¿Tuviste al profesor Alexander?

Lena giró los ojos hacia arriba en plan payaso e hizo un gesto ampuloso de atusarse la melena. En un par de minutos, Nina había logrado que hubiera vuelto a convertirse en una chica normal hablando de sus tiempos del instituto.

—Nadie se libra del guaperas en la rama de música —contestó.

Al parecer todos conocían al profesor y sus ambiciones de estrella del pop, porque todos se rieron y Lena pensó que en ese mismo momento, el músico guaperas de la rubia melena ondulada aún estaba vivo y no sabía que solo le quedaban poco más de dos años hasta que el gigante de los ojos de hielo le volara la cabeza de un disparo.

—Lo que os voy a contar es absolutamente confidencial —dijo entonces, poniéndose muy seria de pronto—. Voy a contaros cosas que para mí ya han sucedido, pero que para vosotros están aún en el futuro. Es fundamental que sepáis que no debéis intentar cambiar nada en absoluto de lo que pronto sabréis que va a suceder.

—¿Nos estás diciendo que vienes del futuro? —preguntó Ian con total seriedad, como si la creyera, pero quisiera asegurarse de haberla entendido bien.

Ella se quedó mirándolo. No se le había ocurrido ver así la situación. Un par de horas antes, ella había saltado hacia atrás en el tiempo, sí, pero no había formulado la situación ni siquiera para sí misma. Por eso le había sorprendido tanto la pregunta del muchacho.

—Sssí... supongo que se puede decir así. Pero solo dos años y pico. Y en cuanto salga de aquí, volveré a mi... bueno... a mi tiempo normal.

—Entonces... —intervino Elia—, ¿para qué ha sido necesario este... salto a tu pasado?

Lena suspiró, aliviada. Para eso sí tenía respuesta.

—Precisamente para darte tiempo a ti de narrar la historia y que los lectores tengan tiempo de leerla antes de dar su opinión en la red.

—¿Está ya cerrada? ¿Tiene final?

Lena negó sin palabras primero. Luego añadió:

—De eso se trata. Falta muy poco para el final, pero ese final puede afectar a toda la humanidad y nos ha parecido —Los tres se miraron al darse cuenta de que Lena había dicho «nos» sin dar más explicaciones— que habría que dar al menos la ocasión de que ciertas personas sepan qué está pasando y que puedan expresar su opinión sobre algo que está a punto de suceder... que sucederá dentro de una o dos semanas. Algo que, en gran parte, depende de mí y que yo aún no sé bien si debo hacer o no. Es normal que no entendáis nada. Enseguida os lo explico. Escuchadme.

Las tres horas siguientes pasaron en un suspiro. En dos ocasiones Ian fue a la cocina a preparar un té mientras las mujeres hacían a Lena preguntas de detalle; luego uno tras otro fueron pidiendo precisiones, haciendo resúmenes de lo que acababan de oír y comentando entre ellos ciertas cosas hasta asegurarse de haberlo entendido todo bien. Al cabo de un rato se hizo el silencio mientras los tres, cada uno a su manera, trataban de digerir lo que habían oído.

Lena fue al baño y, cuando salió al cabo de unos minutos, había alguien más en el estudio: un hombre alto y delgado, con bigote, de aspecto juvenil, que no podía ser sino el padre de los dos jóvenes: las largas pestañas y el brillo de los ojos eran iguales en los tres.

—Este es Klaus —dijo Elia—, mi marido. Le acabamos de hacer un miniresumen. Voy a poner algo de comer. Vosotros quedaos aquí y seguid hablando. Yo necesito pensar y vosotros tendréis ya hambre.

Lena iba a protestar, pero apenas había dicho dos palabras cuando su estómago

produjo un ruido sordo que decía bien a las claras que necesitaba combustible.

Comieron en la terraza, al sol, frente al Patscherkofel, la gran montaña redondeada que, vista desde allí, parecía el Fuji Yama, junto a un rododendro en flor. En la parte alargada del balcón, un par de sacos de tierra y unas macetas dejaban claro que alguien estaba en pleno esfuerzo de jardinería.

—Este año ha tardado tanto en llegar la primavera que no estaba segura de poner flores en el balcón, pero al final me he animado —dijo Elia, dejando un gran cuenco de ensalada sobre la mesa.

Klaus sirvió un blanco frío, curiosamente un Rotgipfler, el vino favorito de Lena y de Bianca, el mismo que ella había destapado al llegar al piso de París al comienzo de su huida, y durante un rato hablaron de comida, de vinos y de viajes hasta que la conversación volvió a referirse a la historia de Lena.

—Lena —dijo Klaus, mirándola con simpatía—, sé que lo que voy a decir puede sonar muy mal, pero tengo que hacerlo.

Ella levantó la vista del plato y se quedó a la espera, un poco tensa.

—He disfrutado mucho de la historia que nos has contado; bueno, del resumen que me han hecho de ella, y no quiero que pienses que dudo de tu palabra, pero la verdad es que resulta muy difícil de creer que todo sea cierto. Yo puedo creer que tú lo crees realmente, pero aceptar toda esa historia como algo real es... en fin... no es fácil.

Ella asintió, muy seria.

—Por eso... te pediría... ¿no podrías hacer algo que demuestre que no son todo invenciones, fantasías?

—Ahora querréis que atravesase la pared o algo similar, ¿no?

—No —intervino Elia de inmediato—. En ningún caso. No podemos consentir que te debilites haciendo eso; necesitas toda la fuerza que tienes para hacer lo que te espera.

Klaus le echó a su mujer una mirada ligeramente reprobatoria, pero no dijo nada. Lena se quedó un momento callada, pensando.

—Creo que ya sé lo que puedo hacer, pero tenéis que permitírmelo. No quiero volver a entrar en la mente de nadie que no me acepte.

—¿Vas a entrar en nuestra mente? —preguntó Ian con una sonrisa maravillada.

—Si queréis, sí. Os lo contaré todo directamente. Os enseñaré... no sé bien cómo llamarlas... escenas quizá... imágenes... que luego se quedarán en vuestras mentes como recuerdos, como si lo hubierais soñado, o visto en el cine, o quizá vivido hace tiempo. La verdad es que no lo sé seguro. ¿Me dejáis?

Todos asintieron con una sonrisa tensa mirándose entre sí como para asegurarse de que nadie tenía nada en contra.

Un instante después sintieron algo que luego cada uno explicó a su manera pero que podía resumirse en una especie de explosión de luces y colores que a una velocidad enloquecedora se coagulaban en imágenes, unas estáticas y otras en

movimiento, como fotos y videoclips, unas con sonido, otras mudas. Momentos de la historia de Lena que pasaban con una rapidez de vértigo y, sin embargo, eran perfectamente comprensibles y se iban enlazando hasta construir una cadena de sentido de la que se desprendían también emociones, sensaciones, a veces incluso olores o percepciones táctiles, como en un sueño extraordinariamente vívido.

Todos coincidieron al aspirar medio segundo, ahogando un grito cuando la figura de Sombra apareció en sus mentes. Sombra como ella lo había conocido en el hotel de París. Extraño. Terrible. Imposible de comprender.

Luego sus rostros se iluminaron con las imágenes de Atlantis, con la belleza incomprensible de la ciudadela.

La misma Lena estaba perpleja al darse cuenta de que lo que le había costado más de dos horas narrar de palabra, y eso que solo había sido un resumen, era comunicable en unos minutos usando el lenguaje de la mente.

Cortó la comunicación dejando que Atlantis quedase flotando un momento más entre ellos, como un espejismo lleno de belleza. Luego los miró uno a uno, sonrió y alzó las palmas de las manos.

—¿Bien? —preguntó.

Los cuatro asintieron en silencio. Se habían quedado sin palabras.

Al cabo de unos momentos, Klaus rellenó las copas y todos tomaron un sorbo de vino frío que les vino muy bien porque se les había quedado la garganta seca.

Curiosamente, en lugar de comentar lo que habían vivido, Elia hizo una pregunta técnica. Sabía que Lena no tenía mucho tiempo y había cosas que era necesario aclarar.

—Dime, ¿hasta qué punto tengo libertad de invención?

—La que quieras. La que consideres necesaria para contar la historia. Yo tampoco lo sé todo ni te he podido contar lo que han hecho o pensado las demás personas. Eso lo tendrás que poner tú. Os habréis dado cuenta de que todo lo que he podido pasaros era desde mi punto de vista o bien cosas que me habían contado a mí, pero que yo no he vivido.

—Pero quieres que se sepa que es una historia real.

—No lo sé. Solo quiero poder decirme a mí misma que traté de que *haito* supiera lo que estaba pasando.

—Es que si lo cuento como una realidad que a mí me consta o como un testimonio tuyo, nos van a encerrar a las dos. A menos que estés dispuesta a hacer con todo el mundo eso que has hecho con nosotros. Y entonces ya no hace ninguna falta escribir la novela.

Lena sacudió la cabeza en una negativa.

—Podría ser una buena estrategia publicitaria —intervino Klaus—. Novelas hay a miles, pero si se dice que una historia está basada en hechos reales... eso suele atraer muchísimo.

—Sí, puede que tengas razón, papá —dijo Nina—, pero eso pone a *karah* en

peligro. Ellos no pueden consentir que todos sepamos que existen.

—Y si *karah* está en peligro —añadió Ian—, se defenderá. La verdad, no me apetece nada la idea de que *karah*, con todo su poder y su riqueza, decida que el resto de la población del planeta sabe demasiado.

—O sea —continuó Elia—, que mejor lo dejamos como ficción y que los lectores más imaginativos se den cuenta de la realidad.

Todos asintieron con la cabeza.

—Y cuando una editorial se interese por el proyecto... ¿tampoco le digo nada a la editora? —insistió Elia, casi para sí misma.

—No. Mejor que no, para que no caiga en la tentación de publicitarlo como novela-testimonio. No sería la primera vez que *karah* quita de en medio a un autor o a una editorial, disfrazándolo de otra cosa, evidentemente, cuestiones políticas, religiosas... o simples accidentes, claro. Como el de mi madre. —Lena agachó la cabeza intentando no llorar delante de todos.

Nina cambió una mirada con su madre, y le cogió la mano.

—¿No puedes hacer nada por evitar ese... accidente, Lena?

Ella sacudió la cabeza.

—Tiene que suceder. Pero quizá unirla a la Trama funcione. Gracias por la paciencia y por la comida —dijo poniéndose de pie—. Tengo que irme. Habéis sido estupendos, de verdad. Si todo sale bien, quizá volvamos a encontrarnos dentro de tres años.

La familia en pleno la acompañó a la puerta y Lena los abrazó a todos antes de irse. En un par de horas se sentía ya como si los conociera de siempre y por un momento pensó que habría sido muy buena idea dejarles a Arek. Pero Elia iba a tener mucho trabajo en los próximos años y un bebé surgido de ninguna parte, viviendo de pronto en una familia, despierta demasiada curiosidad. Esperaba que Dani hubiera tenido éxito con sus amigos vieneses.

—Lena —preguntó Elia antes de que se marchara—, si necesito más información o quiero consultarte algo... —Se miraron y Elia se interrumpió—, pero ¡qué tonta soy! Cuando salgas por esa puerta ya no tendré acceso a la Lena del futuro, a la que sabe. Podría ir al instituto de Volders y hablar con la Lena de mi tiempo, pero ella aún no sabe nada de lo que le espera... ¡qué complicado es todo! Aunque... ya sé... intentaré que me inviten a dar una charla en vuestro instituto para que me conozcas y te pueda decir que si alguna vez escribes una novela, vengas a verme.

—¿Quieres decir que aún no has estado en Volders? —Lena no se había dado cuenta hasta ese instante de ese grave fallo cronológico.

Elia negó, sonriendo.

—Lo que significa que lo voy a hacer este mismo curso, no te preocupes. Hablaré con el director. —La abrazó de nuevo—. ¡Suerte, Lena! ¡Cuídate y piensa en todos nosotros, en todos los que compartimos este pequeño planeta azul, *haito*, *karah*, los animales, las plantas... todo lo que está vivo!

Ella asintió.

—Oye, Lena —preguntó Ian para romper un poco la solemnidad del momento—, ¿ese Shane es así de horroroso visto al natural?

Ella sonrió.

—¡Oh, no! —Hizo una pequeña pausa llena de mala intención—. Mucho, mucho más.

La acompañaron las risas mientras bajaba la escalera sintiéndose mucho más ligera que al llegar.

Solo diez minutos más tarde, cuando ya caminaba por la orilla del río en dirección al casco antiguo, se le ocurrió pensar que ni siquiera se le había pasado por la cabeza ofrecerles la posibilidad de convertirse en familiares. Y lo que más le extrañaba: que ninguno de ellos hubiera preguntado siquiera.

Ya frente al Goldenes Dachl, el Tejadillo de Oro, símbolo de la ciudad, se compró un helado gigante de cinco sabores y dio su último paseo por el pasado, antes de regresar a su tiempo y a la misión que la estaba esperando en Groenlandia.



Haito. Nexo. París (Francia)

En el aeropuerto de Orly, Max estuvo a punto de estrellar el móvil contra el pulido suelo de mármol, de pura desesperación. Llevaba casi un día tratando de localizar a Lena y no había forma humana de contactar con ella.

Claro que era posible que hubiese apagado el móvil por cuestiones de seguridad, pero se había puesto en contacto con Daniel y con Ritch y ellos tampoco sabían nada, salvo que estaba previsto que salieran para Nuuk lo antes posible.

No tenía sentido contactar con Emma para darle ese tipo de noticias y estaba seguro de que a los otros clanes les importaría un pimiento lo que a él lo estaba poniendo tan nervioso. Había oído rumores de que varios miembros del clan rojo habían desaparecido. Sabía casi con total seguridad que Albert ya no se contaba entre los vivos, aunque nadie le había dicho que estaba muerto ni quién había sido su asesino. No tenía ni idea de si en el clan azul faltaba alguien, ni si el clan negro estaba teniendo ese tipo de problemas, pero lo que estaba claro era que los clanes blanco y rojo estaban desapareciendo, y no podía creer que se tratase de algo casual.

Tendría que ir él también a Groenlandia si quería tener ocasión de hablar con su hija. Pensaba hacerlo de todos modos, pero al principio se había hecho la ilusión de poder pasar un par de días en casa, en Innsbruck, y ahora ya no sabía si ir a Austria o dirigirse directamente a la estación polar.

Había veces, muchas, que le gustaría dormirse durante un par de años y que, al despertar, las cosas se hubiesen arreglado solas. Despertar y que Bianca estuviera a su lado, viva y llena de energía como siempre. Que Lena siguiera siendo adolescente, con sus penas de niña y sus pequeños éxitos escolares. Que Clara y Lena siguieran llenando la casa de risas, y música a todo volumen, y secretos de chicos.

La repentina vibración del teléfono en su mano, por inesperada, estuvo a punto de conseguir lo que antes había podido evitar: que el aparato se estrellara contra las losas del aeropuerto.

Consiguió contestar antes de que dejara de sonar la vibración.

—Wassermann.

—¿Papá?

El alivio lo hizo tener que apoyarse en una columna.

Estaba viva. Lena seguía viva y estaba localizable de nuevo.

—Papá, tengo como cien llamadas perdidas de tu número. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —No pudo evitar un cierto tono agresivo; al fin y al cabo, por muy nexo que fuera, seguía siendo su hija de diecinueve años—. Que no había manera de localizarte. ¿Dónde rayos te habías metido?

—Es largo de contar. —«Y tan largo... —pensó—, pero sobre todo complicado. ¿Cómo le voy a decir por teléfono que no me llegaban sus llamadas porque estaba dos años y pico en el pasado?»—. Te lo explicaré cara a cara. Anda, dime, ¿qué pasa?

Max inspiró hondo para que su voz no sonara tan temblorosa como se sentía el resto de su cuerpo.

—Que Joseph y Chrystelle han desaparecido.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Y no me preguntes ahora si estoy seguro, porque claro que lo estoy —añadió Max, al no recibir ninguna reacción por parte de su hija.

—No te lo iba a preguntar, papá. Sé que cuando dices algo, lo has comprobado. Supongo que nadie ha denunciado su desaparición ni ha encontrado sus cadáveres.

Max se subió las gafas con el índice de la mano libre. Definitivamente Lena ya no era la niña que él había estado añorando momentos antes.

—No. Se han evaporado, sin más. Como al parecer ha sucedido con los clánidas rojos y con Albert.

Lena se aclaró la garganta.

—Lo de Albert tiene nombre. Te lo contaré cuando nos veamos. Lo otro, lo del clan rojo, yo tampoco tengo ni idea. Pero no sé si en el caso de Joseph y Chrystelle estamos hablando de lo mismo, la verdad. Ellos no eran clánidas. ¿Quién podría tener interés en hacer desaparecer a un par de ancianos? ¿No podría ser simplemente que han tenido que ingresar a Joseph y Chrystelle está con él en la clínica?

—No. He preguntado a todos los vecinos. Nadie los ha visto volver de Atlantis. Al parecer no han vuelto a verlos desde que a finales de la primavera se fueron de París, supongo que cuando fueron a Amalfi a recoger a Arek, recién nacido, y luego a Viena con Emma y con Albert, a hacer de abuelos del bebé.

—Curioso —dijo Lena.

—No les llega correo porque lo desviaron al marcharse. Nadie ha visto una ambulancia en la puerta ni nada fuera de lo normal. Simplemente no están allí ni han estado en mucho tiempo. ¿Qué hacemos ahora?

—Nada. ¿Qué vamos a hacer? Aparte de que en estos momentos no podemos perder tiempo investigando qué ha sido de dos familiares, ni si se han marchado por su voluntad o alguien ha decidido eliminarlos. Tenemos muchas otras cosas que hacer.

—¡Lena! Esas dos personas eran prácticamente mis suegros. ¡Tus abuelos!

—Yo nunca he tenido abuelos, papá. A Joseph y Chrystelle los conocí hace nueve

o diez meses. Y lo primero que hicieron fue mentirme y enseñarme fotos falsas de la infancia de mamá.

—Eso no tiene importancia, hija. Todos mienten.

En Innsbruck, sentada sobre el pretil del río, después de haberse terminado el helado gigante y de haber vuelto a su propio tiempo, Lena recordó el momento en que oyó la misma frase, pronunciada por *Miss Tittiporn*, la familiar del clan azul que parecía un hombre disfrazado. En Bangkok, en el Night Market, antes de saber que Atlantis existía, antes de saber que ella misma era *karah*.

Ese podría ser el lema de los cuatro clanes, al parecer: Todos mienten.

—Dime, Lena —insistió la voz de Max—, ¿qué quieres que haga ahora?

—Toma un avión a Copenhague. Nos reuniremos allí para volar a Nuuk.

—¿Cuándo? Yo te estoy llamando desde Orly.

—Entonces lo mejor es que salgas con el próximo vuelo y, si te sobra tiempo en Copenhague, puedes ir a ver la Sirenita, el Tivoli, o el museo de barcos vikingos. —Max sabía que Lena lo decía en serio, pero por un momento sintió que se burlaba de él: una clánida animando a un pobre *haito* para que se entretuviera un rato solo hasta que ella pudiera concederle su atención—. Nosotros llegaremos lo antes que podamos. Yo ahora me encuentro con Dani y vamos al aeropuerto a ver qué posibilidades hay. En el peor de los casos, siempre nos queda recurrir a Sombra para que nos lleve allí.

—Lena, ¿te has llegado a enterar de que dos de mis más viejos y queridos amigos, míos y de tu madre, los que le salvaron la vida a ella en el pasado, familiares de tu propio clan, han desaparecido sin dejar rastro?

Max sabía que en esos mismos momentos, Lena se estaba mordiendo los labios y era necesario esperar unos segundos.

—Sí, papá, me he enterado. Y, conociéndote, puedo suponer que has entrado en el piso y lo has registrado de arriba abajo, y a pesar de ello no has encontrado nada que nos pueda poner en la pista correcta. ¿Me equivoco?

—No.

—Pues entonces, de momento no hay nada que hacer. Reúnete con nosotros en Copenhague, papá. Si se nos ocurre algo, siempre puedes irte a buscarlos, si tan importantes son para ti.

—No te entiendo, Lena.

Hubo un silencio en el que Max oyó el motor de un avión que en ese momento bajaba sobre Innsbruck para aterrizar.

—Tengo que ir a Groenlandia a reunirme con Sombra —dijo en una voz tan neutra que Max supo instantáneamente que estaba cerrando el paso a todas sus emociones para no echarse a llorar—. No sé lo que va a pasar después, pero sé que dolerá, que dolerá mucho, y que posiblemente será lo último que haga en la vida. Me están pasando cosas tan terribles que ni siquiera puedes imaginar... y me reprochas que no me preocupe de dos ancianos que apenas conozco porque tanto mamá como tú

me los habéis ocultado durante toda mi vida. Haga lo que haga nunca parece ser bastante, o no ser lo que se esperaba de mí... —Su voz fluctuó y guardó silencio durante unos segundos—. Perdona, papá. Estoy muy cansada y aún tengo que hacer un viaje muy largo. Perdona. Haz lo que mejor te parezca. Puedes quedarte en París, si quieres, y seguir buscando. Lo entiendo, no te preocupes.

—¡Lena! ¡Lena, hija, no cuelgues!

Ella tenía ya el dedo sobre la tecla roja pero la voz de su padre, apremiante y angustiada, la hizo esperar aún antes de desconectar.

—Lenutschka, pequeña —dijo a toda velocidad, por el miedo a que ella cortara la comunicación, quedándose con una sensación falsa y dolorosa de lo que él sentía—, tú sabes que no hay nada en el mundo más importante para mí que tu vida, tu felicidad, tu sonrisa. Yo iría a pie a Groenlandia si hiciera falta; me cambiaría por ti si pudiera. Yo me dejaría matar por ti. Tú lo sabes, ¿verdad? —Al otro lado de la línea se oyó un suave sollozo—. ¿Lo sabes?

—Sssí —sonó muy bajito en el auricular.

—Si en todos estos últimos años te parecí un padre frío y racional fue porque Bianca me pidió que me distanciara de ti. Me dijo que era lo mejor para tu futuro. ¡Y me costó tanto... tanto! Sin embargo lo hice. Por ti. Por ella. Pero yo te quiero más que a nada ni nadie en el mundo. Eres mi hija. Mi niña preciosa. Da igual lo que diga ese engreído de Keller. —Los sollozos aumentaron de intensidad—. ¡Anda, tonta, no llores! Ve a buscar a Daniel y dile que te abrace de mi parte un buen rato. Luego ya, que te abrace a su manera si quiere... pero después; primero un abrazo de parte de tu padre, ¿de acuerdo?

—Papá... —susurró Lena—, papá... me siento tan sola... tengo tanto miedo...

—Pronto estaremos juntos, cariño. Cogeré el primer vuelo a Copenhague. Te espero allí. Ven pronto. —La impotencia de oírla llorar desesperada y no poder abrazarla, acariciarle el pelo, darle seguridad como había hecho durante toda su vida era algo que lo desgarraba por dentro, pero sabía que no podía cortar la comunicación así, de modo que se esforzó por encontrar una nota humorística que la hiciera reír, o sonreír, al menos. Pero no se le ocurría nada. Él también habría necesitado que alguien lo animara. Él estaba a punto de llevar al matadero a su única hija.

Y se había estado preocupando por cosas sin importancia.

—Papá, tengo que dejarte. Ya veo a Dani.

—¿Dónde estás?

—Al lado de la universidad, en el pretil del río, mirando el agua. —Su voz iba sonando cada vez más tranquila.

—¿Debajo del sauce?

—Sí —Max sabía que Lena estaba sonriendo. Habían estado sentados muchas veces allí mismo, hablando de todo tipo de cosas mientras esperaban que empezaran las conferencias que habían seguido juntos durante un semestre, todos los jueves a las cinco. Unas conferencias divulgativas sobre física cuántica que a los dos les parecían

lo más cercano a la magia que habían visto nunca.

—Dale recuerdos míos.

—¿Al sauce?

—¡Claro! Y a Dani. Nos vemos mañana, princesa.



Nexo. Sombra. Innsbruck (Austria)

Era verdad que le había parecido ver a Dani acercándose al lugar donde se habían citado, pero aunque acababa de darse cuenta de que no era él, no había querido seguir hablando con su padre. No era momento de ablandarse, de dejarse llevar por las lágrimas, por los recuerdos de la adolescencia, por los sentimientos humanos, y volver a comportarse como una niña pequeña.

No estaba segura de que le conviniera tener a Max a su lado cuando se acercara el momento crucial. Para él sería extremadamente doloroso y a ella la desequilibraría. Por no hablar de que él aún ignoraba que Bianca seguía viva, o al menos no estaba muerta del todo, y de que Imre consideraba que su plazo se había cumplido y ahora Max ya no tenía ningún derecho sobre la que había sido su esposa. Todo eso haría las cosas muy, muy difíciles. Casi sería mejor que Max se marchara en busca de Joseph y Chrystelle, pero ahora, después de lo que le había dicho, tendría que inventar una buena razón para enviarlo a seguir su rastro; una buena mentira, se corrigió.

«Todos mienten», repitió en su interior.

Sí. A veces no hay más remedio.

Miró hacia arriba, a las ramas del sauce que un rato antes estaban llenas de hojas jóvenes, verdes y frescas como plumas, y ahora que había vuelto a ser otoño se habían quedado peladas de un momento a otro. En el tiempo pasado el sol pegaba fuerte junto al río, no eran más que las cuatro de la tarde de un día de primavera. Ahora, en el tiempo presente, a las cuatro de un día de otoño, casi había anochecido y estaba empezando a hacer frío. Se puso en pie con un estremecimiento y echó a andar hacia la biblioteca universitaria mientras le escribía a Dani que se encontrarían allí.

De pronto la oscuridad se la tragó de nuevo y, aunque no era la primera vez que le pasaba, sintió ganas de aullar de terror.

—¿Sombra? —consiguió preguntar, aún temblorosa.

—Sí.

—¿Qué pasa? ¿No puedes venir a buscarme sin matarme a sustos?

Como tantas veces, Sombra ignoró su pregunta, voluntariamente, supuso Lena.

—Sombra va a empezar a situar a los arcontes y necesita conocer tu elección.

—¿Tanta prisa hay?

—Madre está receptiva. Las condiciones son adecuadas. Existe una buena ventana de oportunidad.

—¿Eso quiere decir que si esperamos se cerrará y no podremos comunicarnos?

—Sombra necesita tu lista de arcontes.

Lena bufó, aunque no tenía boca con la que hacerlo. Se figuraba que su cuerpo habría quedado en proceso de entrar en la biblioteca universitaria de Innsbruck, haciéndose pasar por el de una chica viva y normal, mientras que su personalidad auténtica estaba charlando con Sombra en algún lugar sin tiempo en medio de las tinieblas más absolutas. Esperaba que su maestro no se hubiera limitado a dejar su cuerpo tirado sin más en la acera.

—Como quieras, pero alguien debía haberte enseñado unas mínimas formas de comportamiento social, maldita sea. Escucha, esta es: Clan rojo: Flavia, Dominic, Gregor. Clan azul: Joelle, Yerek, Nagai. Clan negro: Nils, Alix, Jeanette. Clan blanco: Emma, Tanja, Bianca. ¿Te parece bien?

—La decisión es tuya.

—¿No tienes preguntas? ¿No te extraña nada?

—Sombra constata que solo has elegido a las mahawks de dos clanes. Imre y Shane no aparecen en tu lista.

—Así es.

Lena le abrió la mente invitándolo a mirar. Imre le había pedido que no lo eligiera, para poder estar todo el tiempo junto a Bianca, que no podía moverse por sí misma. Y Bianca era la última posibilidad del clan blanco: tenía que formar parte de la Trama, de modo que si Imre quería estar a su lado, tenía que prescindir de participar.

Lo del Shane había sido una decisión personal y bien meditada. No quería contar con aquel demente por varias razones: no sabía cómo podía afectar al equilibrio de fuerzas que se produciría cuando todos ellos entraran en contacto; no quería que los del otro lado —fueran quienes fueran— juzgaran a *karah* por clánidas como el *mahawk* rojo; y después de haber hablado con Jara durante el viaje tenía la sensación de que el contacto con Shane nunca era positivo para nadie más que quizá para él mismo.

Le mostró también a Sombra su duda respecto a la participación de Bianca porque no estaba consciente. No hubo reacción en contra, lo que le hizo suponer que estaba bien así.

—¿Qué va a pasar cuando estemos todos juntos, Sombra?

No creía que su maestro se molestara en contestarle pero, increíblemente, lo hizo.

—Vibraréis juntos. Tejeréis la Trama. Vibraréis. Os reconocerán. Se dará un primer contacto.

Lena sintió un escalofrío.

—¿Contacto con quién? ¿Con gente como nosotros, pero de otro mundo, de otra

realidad?

—*Con Madre. Con el Núcleo.*

Otras veces, a lo largo de sus meses de entrenamiento, cuando Sombra le explicaba algo o le daba alguna respuesta, le ofrecía también imágenes que ilustraban lo que trataba de enseñarle. Ahora, sin embargo, no había más que negrura, una negrura impenetrable como una pared alzada a propósito para esconder lo que se ocultaba detrás.

—*¿Son karah?*

—*No. Vosotros sois karah.*

—*¡Ya lo sé, maldita sea! ¡No me trates como si fuera imbécil!*

Sombra no contestó. Lena aguantó un tiempo y acabó explotando de nuevo en preguntas.

—*¿Y si no son karah, para qué quieren comunicarse con nosotros?*

—*No quieren comunicarse con vosotros.*

—*¿Ah, no?*

—*Quieren entrar en contacto con el Anima Mundi, como lo llamáis aquí.*

—*¡El Anima Mundi somos nosotros, maldita sea, los cuatro clanes!*

—*No.*

Sombra no usaba tonos de voz cargados de emoción como hacían *karah* y *haito* y, sin embargo, ese «no» había sonado más definitivo de lo normal, como el portón de un castillo al cerrarse en las narices de alguien que busca refugio allí después de haber caminado toda la noche por un bosque infestado de lobos.

—*¿No? Es lo que me dijeron los conclánidas, lo que dijo Joelle en Atlantis, cuando nos reunimos en cónclave.*

—*Karah tiene muchas ideas erróneas, confusiones que se han originado a lo largo de los siglos.*

—*¿Como cuáles?*

—*Como esa.*

—*Ya. A veces Sombra era exasperante. ¿Y cuáles más? Dame otro ejemplo.*

—*Karah piensa que los clánidas son superiores a haito.*

—*Claro que lo son.*

—*¿Por qué?*

—*Porque... porque... viven más tiempo.*

—*Muchas especies sobre la Tierra viven más tiempo: los elefantes, las ballenas, las secuoyas, los hongos...*

—*Y son más bellos.*

—*Eso es cuestión de apreciación subjetiva.*

—*Son ricos y poderosos.*

Sombra no respondió. Lena podía notar cómo sus últimas palabras habían quedado reverberando en la nada, como un eco lanzado hacia delante en la inmensidad. Un eco que no se apagaría hasta que pudiera chocar con algo que no

existiría jamás. A ella misma le pareció una completa estupidez lo que acababa de decir. Una estupidez muy propia de la arrogancia de *karah*. Estaban hablando de poner en contacto distintos planos de realidad; ella misma había flotado en el espacio exterior entre las estrellas, con Sombra, viendo desde fuera el diminuto planeta que llamaban hogar, apenas una burbuja de vida en el universo infinito... y ahora decía que la superioridad de *karah* se basaba en que tenían más dinero. ¡Qué ridiculez, qué absurdo!

—*Karah ha sido creada, Lena. Karah es una especie construida para alcanzar unos fines concretos. Como Sombra. Haito, por el contrario, es producto de una evolución, de una adaptación natural a su medio. Haito ha sobrevivido catástrofes y mutaciones para llegar a ser lo que ahora es. Karah siempre ha sido lo que es, desde el principio. Sus cambios han sido solo sociales, superficiales. No tienen fantasía, no saben crear, no tienen apenas empatía, ni personalidad; lo poco que tienen es una mimesis de haito, para poder ocultarse entre ellos en espera del momento adecuado para intentar el contacto.*

—*¿Me estás diciendo que karah es inferior a haito?*

—*Los términos inferior y superior no son útiles ahora, Lena. Karah es prescindible.*

—*¿Por qué?*

—*Porque puede volver a ser creada una y otra vez.*

—*Pero... pero si su angustia es precisamente que ya no pueden reproducirse, que están en peligro de extinción... o estamos, ya no sé bien cómo formularlo. Dicen que hay algo en este planeta que los está matando, que está impidiendo que se reproduzcan con normalidad...*

—*Se engañan. Siempre ha estado previsto que fuera así. No deben ser más. Si fueran muchos más, habrían destruido ya por completo la vida en el planeta. Son invasivos, destructores.*

—*Pero ellos quieren entablar ese contacto, abrir esa puerta.*

—*Quieren entablar ese contacto porque es la razón de su existencia, porque han sido creados para eso. No sirven para nada más. Son...* —Sombra se interrumpió, como si estuviera reajustando sus conceptos—. *Sois... una herramienta de contacto. Nada más. Nada menos.*

—*Una simple herramienta* —musitó Lena, preguntándose a quién iban a servir de herramienta. Sombra no se lo había dicho y ella casi no se atrevía a preguntarlo, de modo que preguntó otra cosa que le importaba aún más—. *Entonces... ¿moriremos al abrir ese paso?*

—*No necesariamente. Probablemente dependa de si el Núcleo os necesita aún.*

—*Pero no lo sabes.*

—*No. Sombra es un mentor, un maestro, un defensor cuando hace falta. Nada más. Nada menos.*

Hubo un silencio muy largo en el que Lena se limitó a dejarse llevar por miles de

ideas y pensamientos enfrentados hasta que se sintió flotar a la deriva sin emociones, sin proyectos, sin miedo.

—Sombra... si sobrevivo... ¿seguirás ahí?

—Sombra estará mientras estés, será mientras tú seas.

—¿No podrías decir «yo» alguna vez?

—Sombra no tiene yo. No lo necesita para llevar a cabo sus funciones.

—Yo necesitaría que tú lo tuvieras, ¿sabes?

Lena sintió la caricia inmaterial que ya había aprendido a aceptar como el único abrazo que su maestro era capaz de dispensar.

—Vuelve a tu vida, Lena. Sombra vendrá a buscarte cuando llegue el momento.

Cuando abrió los ojos, parpadeando enloquecida frente a la luz, estaba en un sillón de la biblioteca y Dani, con expresión preocupada le estaba apretando la mano.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué tienes? ¿Te has mareado? ¿Quieres que llame a un taxi?

—¿Un taxi?

—Para ir al aeropuerto.

Ella sacudió la cabeza, como si le costara comprender las palabras de Daniel.

—No. Sí. Quiero decir, sí quiero que llames a un taxi, pero no vamos al aeropuerto aún. Vamos a un hotel. Luego a cenar bien y a dormir. Sombra me ha dicho que vuelva a mi vida y pienso hacerlo aunque solo sean las próximas diez o doce horas. Me lo he ganado. Nos lo hemos ganado —dijo abrazándose a él con todo el amor humano del que era capaz.



Haito. París (Francia)

Max miró de nuevo el reloj, como si a fuerza de mirarlo los minutos acabaran por decidirse a pasar más deprisa. Faltaban apenas tres para que abrieran el embarque a Copenhague y estaba deseando meterse en el avión y tratar de dormir un poco antes de llegar. Ya había reservado un hotel en el centro; cenaría allí mismo y se metería en la cama lo antes posible, seguramente con algún sedante suave para no tener que pasarse la noche dando vueltas y vueltas poniéndose cada vez más nervioso.

En la puerta de enfrente a la suya, donde los pasajeros esperaban embarcar para Milán, una mujer que ya antes le había llamado la atención porque estaba palidísima y no parecía encontrarse demasiado bien, se agarró de repente el estómago con las dos manos y vomitó con tal fuerza que el vómito aterrizó un par de metros más allá, salpicando incluso a algunos de los que circulaban por la cinta rodante.

Inmediatamente, los que la rodeaban se apartaron de ella, salvo los que al parecer pertenecían a su grupo porque llevaban las mismas camisetas de un amarillo intenso donde se leía «God's Singers. Gospel Choir».

En el mismo momento, el vuelo de Max empezó a embarcar y él se puso en pie estirando todos los músculos mientras pensaba que si lo que tenía la mujer era, por ejemplo, una gastroenteritis contagiosa, en el mundo actual el virus se habría extendido por todo el planeta en menos de veinticuatro horas.

Disimuladamente, se tapó la nariz y la boca con el pañuelo de tela que siempre llevaba en el bolsillo, aunque su hija solía tomarle el pelo por ello, y en cuanto llegó al interior del aparato, se metió en el baño, se lavó las manos a conciencia con el agua más caliente que pudo conseguir y se puso los guantes que había comprado en previsión del probable frío de Dinamarca y el más que seguro de Groenlandia.

Sabía que estaba exagerando y que seguramente aquella mujer habría cenado la noche anterior en algún restaurante poco recomendable en cuestiones de higiene, pero no podía correr el riesgo de ponerse enfermo precisamente ahora, de modo que prefería pasarse un poco a no llegar.

Se acomodó lo mejor que pudo en el incómodo asiento y antes de despegar de París, ya se había quedado dormido.



Negro. Atlantis

Nils se quedó unos segundos mirando el móvil, volvió a leer el mensaje de texto, lo cerró y volvió la mirada al mar que reverberaba como un manto de lentejuelas bajo el sol de mediodía. No habría podido decir qué sentía. Era casi como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

Un momento antes estaba a punto de ponerse a dar gritos de desesperación por seguir allí, encerrado en una isla en medio de la nada sin saber cuándo iba a suceder algo que rompiera aquella monotonía, aquella terrible soledad. Ahora, de repente, se había quedado rígido y la ligera capa de sudor que cubría su cuerpo se había enfriado de golpe.

El mensaje era de Lena. Breve y directo:

«Todo está a punto de ponerse en marcha. Sombra tiene tu nombre en la lista. Supongo que pronto irá a buscarte. Un beso, mi amor. Cuídate».

Siempre había imaginado que Lena lo pondría en esa lista; ella le había dicho que necesitaba contar con los conclánidas en los que más podía confiar pero, a la vez, también se había hecho ilusiones de que ella prefiriera tenerlo consigo donde fuera que se encontrara el punto central de la Trama que ella ocuparía, para apoyarse en él, para que pudiera ayudarla en su misión. Al parecer ese papel iba a ocuparlo el otro, el *haito*.

Suponía que ella había enviado el mensaje desde Austria, donde ya habría caído la noche, poco antes de marcharse hacia Groenlandia.

¿Adónde lo llevaría Sombra? ¿Sería doloroso? ¿Sería el final? ¿El final de su vida, de su mundo?

Ahora que se acercaba el momento de intentar el contacto, ya no le parecía una buena idea; ni siquiera le parecía una idea aceptable. Era simplemente una locura, un suicidio colectivo. Y por lo que le había contado Imre, a la arrogante locura que estaba a punto de cometer *karah* al abrir las puertas de su mundo a algo desconocido, se iba a añadir, si no se le ponía remedio con rapidez, la salvaje locura que el Shane estaba planeando. Imre no había sabido o querido decirle de qué se trataba exactamente pero, conociendo al *mahawk* rojo y por las informaciones dispersas que

había ido reuniendo poco a poco, lo más probable era que hubiese urdido algún tipo de plan para destruir el planeta o al menos la humanidad.

Había que hacer algo en contra. Pero Sombra estaba ya empezando a moverse para crear la Trama, según las informaciones de Lena.

Esbozó una sonrisa amarga: tantas reuniones, peleas, desconfianzas... tanto darle vueltas a las pistas heredadas de otros siglos y ahora resultaba que los clánidas no tenían que hacer nada en absoluto, salvo esperar a que Sombra viniera a buscarlos y los llevara a donde tenían que ir, a ocupar su lugar en la Trama.

Rufus y León quedarían desolados, después de todo el tiempo que habían dedicado al estudio de cada mínimo indicio que poseían. Y Jeanette, como siempre, pensaría que era un insulto deliberado a sus nietos.

¿A quién más del clan negro habría escogido Lena? Ya se enteraría cuando llegara el momento.

Volvió a mirar el mar, esta vez con la sensación de que podría ser la última vez que lo hacía. Nunca antes lo había pensado.

Quizá fuera así como se sentía siempre *haito*. Siempre con la conciencia de que la vida era breve, ridículamente breve, efímera. Quizá por eso vivían con esa intensidad, con esa desesperación por aprovechar cada momento, por probar todo lo que la vida podía ofrecer antes de que fuera tarde.

Era una sensación curiosa. Impropia de *karah*. Pero no desagradable. Un cosquilleo que nunca había sentido.

Antes de ir a despedirse de Imre y de sus demás conclánidas, se daría un baño en el mar. Por si era la última vez.



Negro. Azul. Blanco. Rojo. Atlantis

Imre había avisado a Joelle de que le gustaría visitarla antes de que sus caminos se separaran. Quería hablar con ella sobre la solución que habían encontrado al problema de la falta de clánidas blancos y pedirle su opinión sobre si le parecía oportuno que Emma lo supiera de antemano, pero cuando llegó a la cabaña de Él, se encontró a la *mahawk* blanca sentada en la veranda y de un momento a otro decidió que no era necesario seguir ocultando nada.

Había en la reunión una tercera mujer a la que le costó unos segundos reconocer, a pesar de que la había visto brevemente en la última sesión del cónclave.

—¡Eringard! —dijo, besándole la mano—. Bienhallada seas, conclánida. ¿Has venido sola, o te acompaña Ragiswind? Hace mucho que no nos vemos y quisiera saludarlo antes de marcharme.

Las otras dos clánidas tendieron también sus manos como si, al estar de nuevo juntos los más viejos, hubieran vuelto automáticamente a las costumbres que aprendieron en su primera vida. De un momento a otro Imre se sintió un poco ridículo con sus vaqueros y su camiseta negros, como si estuviera en ropa interior en mitad de un salón de damas.

—¡Vaya, vaya! —Sonó de pronto una voz chillona que hizo que todos los presentes se estremecieran—. ¡Qué agradable darse cuenta de cuánto se me aprecia entre mis conclánidas! Una reunión de *mahawks* a la que no he sido invitado. —El Shane subió como un emperador los tres peldaños que desde la playa llevaban a la veranda y se quedó mirándolos, malhumorado.

—No es una reunión de *mahawks*, Shane. Ha sido pura casualidad. Yo solo he venido a despedirme —contestó Imre poniéndose de pie para cederle su asiento en un vago intento de aplacarlo.

—¿Despedirte? ¿Te marchas, queridísimo? ¿Puedo saber adónde?

—Yo tampoco lo sé, conclánida. Solo sé que dentro de poco tendremos que ponernos en marcha a donde el nexo nos convoque.

—Lo que significa que supones que tú formarás parte de los clánidas elegidos como arcontes.

—Yo no sé nada de la elección del nexo —mintió Imre con naturalidad—. Pero tengo que estar preparado de todas formas. Suceda lo que suceda, no me voy a quedar aquí cuando os vayáis marchando todos.

—Entonces, nobles conclánidas, si no estáis intrigando a mis espaldas... ¿se puede saber qué estáis haciendo aquí? ¿Esperar la salida de la luna sobre los cerezos en flor, como hacen los japoneses?

—Estamos tratando de discurrir una manera de solucionar el problema más acuciante que tiene *karah* en estos momentos —contestó la *mahawk* blanca en tono agresivo. No le hacía ninguna gracia la idea de discutir la cuestión con Shane, pero tampoco podía evitarlo.

—¿Qué problema?

Emma chasqueó la lengua con fastidio.

—No te hagas el inocente, Shane. Sabes muy bien que, ahora que Lasha ha muerto y antes de morir ha asesinado a Albert, el clan blanco ha quedado reducido a Tanja y a mí. Lena es también de nuestro clan, pero siendo el nexo tiene que ocupar la posición central. Nos falta un arconte blanco. Y no solo eso: nos seguirá faltando uno, aunque retrasemos en cien años nuestro propósito, porque con la muerte de Lasha y Albert, el clan blanco ha perdido a todos sus varones. —Emma cerró fuertemente los labios, en un rictus de amargura.

—¿Y pensáis que ese problema se puede solucionar sentándose a charlar?

—Somos tres de las conclánidas más viejas y hace tiempo que no nos habíamos visto —continuó explicando Emma con una expresión que dejaba bien claro que estaba intentando aguantar con paciencia antes de explotar—. Se me había ocurrido que quizá ellas supieran si en los últimos siglos alguno de los hombres del clan blanco había conseguido procrear con una mujer de otro clan. Aunque no sería ideal, sería mejor que nada y podríamos tratar de hallar la oveja perdida y sumarla a la Trama. Pero no parece que haya sido el caso.

El Shane inclinó la cabeza a un lado entrecerrando los ojos mientras Imre, uniendo las manos palma contra palma, se daba golpecitos en los labios, pensativo.

—Sé que resulta algo vergonzoso pedirnos que desveléis ciertos asuntos genealógicos que nunca nos han parecido relevantes, pero me parece de absoluta necesidad. Si sabéis de algún descendiente blanco, ahora es el momento de decirlo —concluyó Emma.

Imre estaba a punto de decirles que el problema, de momento, había quedado resuelto, y ya iba a explicarles la situación en la que se encontraba Bianca, cuando intervino Eringard.

—Shane, me parece recordar que la que hoy en día llamáis Flavia, tu conclánida roja, en algún tiempo fue Lennaig y, si no me equivoco, desapareció durante una larga temporada con Alain, un clánida blanco. ¿No es cierto?

—Yo no recuerdo a ningún Alain —dijo Emma.

—Porque fue antes de tu tiempo, querida, y porque en la época a la que yo me

refiero, sobre finales del siglo XVI, principios del XVII, Alain vivía en Polonia. Ragiswind y yo también vivimos en Cracovia por entonces. Lennaig tuvo un niño que fue entregado al clan rojo, si mal no recuerdo.

El Shane enarcó una ceja. No quedaba claro por su expresión si lo que acababa de aportar Eringard le había molestado o no.

—Para la edad que tienes, estimada Eringard, tienes una memoria prodigiosa.

—Te recuerdo que somos coetáneos, Shane; de los pocos que quedan nacidos en el siglo XI.

—¿Es verdad lo que acaba de decir? —preguntó Emma al *mahawk* rojo.

Él se encogió de hombros y mostró las palmas de las manos, como si se rindiera.

—En otros tiempos habría dicho que miente. Por aquellas necedades de salvaguardar el honor y la pureza de sangre de mi clan... pero ahora ya no vale la pena. Sí. Es verdad. Tiene razón. Nuestro joven Dominic nació de Flavia y un conclánida tuyo, blanco, que perdió la vida en la revolución francesa y que por aquellas fechas era el duque de La Marck. Y nuestro último miembro, como todos sabéis, es Arek, nacido de Dominic, blanco y rojo, y de Clara, una niña mediasangre nacida de la mezcla de *haito* y un clánida azul. Los rojos decidimos hace tiempo que eso de la pureza de la sangre es una estupidez.

»Realmente, conclánidas, creo que ya va estando bien de darle vueltas a esas cuestiones. Nos hemos contagiado de *haito*. Da igual quién haya nacido de quién. La muerte a todos iguala, dice *haito*, y creo que es verdad. La vida también iguala, por otro lado. Siendo tan pocos como hemos sido siempre, es absurdo creer que cada clan ha preservado su pureza. ¿No os ha extrañado nunca que seamos capaces de saber si un individuo tiene sangre *karah* al probar unas gotas de su *ikhôr*, pero que no podamos distinguir de qué clan es? Si fuera cierto que cada clan es diferente, lo notaríamos.

Todos callaron durante unos momentos.

—¿Y no se os ha ocurrido pensar —comenzó Joelle, despacio, como si fuera formulando sobre la marcha un pensamiento que aún no había madurado— que, quizá debido a todas esas mezclas que se han producido a lo largo de los siglos, ahora, cuando los arcontes ocupen por fin su lugar, la Trama no funcione, precisamente por falta de pureza de cada clan?

Los clánidas fijaron la mirada en la *mahawk* azul, preocupados.

—Eso lo descubriremos muy pronto, Él —dijo Imre poniéndose de pie.

—No lo descubriremos. —Emma se levantó también— porque si el único que existe, además de Tanja y de mí, que tiene algo de sangre del clan blanco es Dominic y él ocupa un lugar como arconte rojo, no habrá Trama.

—Quizá Sombra encuentre una solución. —Imre había estado dispuesto a contarle a Joelle que Bianca seguía viva y que, a pesar de que estaba inconsciente, habían decidido intentar usarla como tercer arconte blanco. Ella y Bianca habían sido amigas durante mucho tiempo; también por eso había pensado decírselo. A Emma

también se lo habría contado; al fin y al cabo, aunque para *karah* eso no fuera tan relevante, Emma era la madre de Bianca. Incluso habría hablado delante de Eringard, a la que no le importaba demasiado la cuestión de un modo u otro; pero no estaba dispuesto a que el Shane se enterara de que Bianca estaba más viva de lo que él creía y que podía ser usada en la Trama. Si el Shane averiguaba que la pieza clave para tratar de abrir la puerta era Bianca, haría cualquier cosa por quitársela de encima.

—Ese muchacho de tu clan —preguntó Emma antes de que Imre se marchara—, el más joven... ese que pasa tanto tiempo con Lena...

—¿Nils?

—Eso es. ¿No llevará, por casualidad, sangre del clan blanco?

Imre la miró con una sonrisa sardónica. Emma y él nunca se habían llevado bien.

—¿De quién, conclánida? ¿De Albert? ¿De... Lasha? ¿Tú crees que una mujer del clan negro se uniría a uno de los vuestros para procrear? El clan negro siempre ha sido puro.

Eringard tosió delicadamente. Tenía la sensación de que Imre había olvidado o estaba tratando de que los demás olvidaran que él mismo había nacido de Ragiswind, antiguo *mahawk* del clan negro, y de ella, clánida azul.

—No te hagas ilusiones, bella Emma —intervino el Shane haciendo girar un delgado bastón de bambú entre sus manos huesudas—, mi dulce y hermosa Beatrice de otros tiempos. Nils no tiene una sola gota de *ikhôr* del clan blanco. Es puro clan negro, ¿no es así, Imre? Nacido de Gilraen, que murió en algún lugar de Europa en la segunda guerra mundial, y de nuestro honorable *mahawk* negro aquí presente.

—¿Nils? ¿Fuiste tú quien engendró a Nils? ¿No nació de Marc Antoine, que desapareció en Asia durante la guerra del opio? —preguntó Eringard, sorprendida, mirando fijo a Imre.

El *mahawk* negro se encogió de hombros. Ya empezaba a darle todo igual y no soportaba toda aquella conversación de antepasados y descendientes.

—¡Qué más da todo! ¿Qué importancia puede tener que yo haya engendrado a Nils? Nunca nos han preocupado esas necesidades *haito*.

El Shane había empezado a reírse muy bajito. No podía evitar el placer que sentía contrariando a Imre.

—Dejadme recapitular antes de que nos separemos quizá para siempre, conclánidas. Dejadme ser, por una vez, por una vez irrepetible, un cotilla de pueblo, una portera de casa de vecindad, un guionista de culebrón de tercera categoría —se interrumpió para soltar una buena carcajada—. Miradnos, miradnos así como estamos ahora: Eringard es la madre de Imre. Y, considerando que Imre y Bianca son o fueron pareja, ya que tienen una hija común, Aliena, podemos decir que Emma es la suegra de Imre. Eringard y Emma son consuegras y abuelas de Lena. Y mi humilde persona es también abuelo de la criatura porque Emma y yo fuimos pareja hace mucho y engendramos a Bianca. De lo que se desprende que Imre es mi yerno. Ahora. En esta vida. —Se acercó a él y le pasó la mano por la barbilla, con delicadeza—. Porque

hace varios siglos, y cuando yo era mujer, Virginia della Rovere, él era Leonardo Malatesta, mi amante. —Volvió a reír pero la risa sonó falsa—. Curioso, ¿verdad? Pasar de amante a yerno. Pero aún hay más: Ahora Nils, hijo de Imre y nieto de Eringard, es pareja de Aliena, su medio hermana. ¿No es todo maravilloso?

—Tú no lo sabes todo —dijo Joelle, molesta.

—No, dulce, seguramente no. Pero sé un par de cosas más que tú y que todos. Sé, por ejemplo, que el fin del mundo ha empezado ya.

Todos se quedaron mirándolo.

—No digas necedades —zanjó Emma.

En ese mismo instante sonó un teléfono.

—¡Vaya! —exclamó el Shane, fastidiado—. ¡Qué anticlímax!

Imre sacó el aparato del bolsillo con un gesto de disculpa y se apartó un par de pasos, pero no se trataba de una llamada. Era un mensaje de texto.

«De Lena para los conclánidas de Atlantis.

Sombra tiene la lista de los arcontes: Clan rojo: Flavia, Dominic, Gregor. Clan azul: Joelle, Yerek, Nagai. Clan negro: Nils, Alix, Jeanette. Clan blanco: Emma, Tanja, Bianca.

Saludos. ¡Primero es karah!»

Imre cerró un instante los ojos, inspiró hondo y se volvió hacia ellos. Estaba satisfecho de que Lena hubiese cumplido su palabra y le hubiera permitido acompañar a Bianca en lugar de colocarlo en la Trama junto con otros dos miembros de su clan; pero, por otro lado, era una sensación extraña el darse cuenta de que por primera vez en toda su existencia, *karah* iba a hacer algo fundamental, algo que llevaban dos mil años esperando, en lo que él no tendría parte.

Ni él, ni Shane, por lo que parecía. Ni Eringard.

Al darse cuenta de que todos lo miraban intrigados, se limitó a leer el mensaje en voz alta. Curiosamente, las tres mujeres hicieron el mismo gesto: una inspiración y una o dos manos tapando la boca, mientras los ojos se abrían desmesuradamente.

El Shane se quedó mirándolo fijo, achinó los ojos y, lentamente, sonrió. Aquella niña que seguramente pensaba que así lo estaba castigando, apartándolo de lo que iba a suceder, no se había dado cuenta de que, al no asignarle plaza en la Trama, estaba cumpliendo justamente lo que desde siempre había sido destinado. Él era el arcano 0, el Loco, el opuesto del Mundo, que era ella, Lena. Era fundamental estar libre de la Trama para poder cruzar la puerta en el mismo momento en que empezara a abrirse. Y ella se lo había puesto en bandeja pretendiendo castigarlo.

Tenía ganas de ponerse a dar saltos de alegría, pero por una vez decidió actuar con sensatez y no mostrar a nadie la sensación de triunfo que lo llenaba.

—¿Bianca? ¿Cómo que Bianca? —casi gritó Emma—. ¡Esa muchacha se ha vuelto loca!

—¿Bianca no había muerto? —preguntó Eringard, mirando a todas partes como para que alguien le explicara aquello.

—Imre, ¿puedes ponerte en contacto con Lena? —preguntó Joelle, muy pálida.

—Sí, por supuesto.

—Tengo que hablar con ella. Hay que hacer cambios.

—¿Cambios, qué cambios? —El Shane reaccionó como una serpiente dormida al oír pasos cerca de su refugio.

—Esa lista no puede ser la definitiva.

—¿Por qué?

—No puedo explicaros ahora todo lo que nunca habéis tenido interés en aprender, pero la arrogancia de esa muchacha puede costarnos cara. Tengo que hablar con ella.

La mente de Eringard daba vueltas a tal velocidad que los pensamientos parecían una cascada de aguas revueltas despeñándose por un barranco. No era posible que aquella niña hubiera decidido prescindir de ella y de Ragiswind, que llevaban casi mil años propiciando su nacimiento. Tenía razón Joelle: había que hacer cambios, pero más que nada porque no podían consentir quedarse fuera, ahora que por fin todo había salido como deseaban. Ragiswind había esperado demasiado tiempo, no se había mostrado a Lena y ella, ahora, demostrando una completa ignorancia del Tarot y un completo desprecio por Joelle, la única además de Ragiswind que realmente sabía interpretar los arcanos, había decidido dejarlos al margen de lo más importante que *karah* estaba a punto de hacer en toda su existencia.

—Lo siento, Él. Lena no contesta. —Imre volvió a guardar el aparato en el bolsillo—. Es posible que haya apagado el móvil. En Austria ahora debe de ser más de medianoche. Tendremos que esperar hasta mañana.

—Si antes no viene Sombra. —Joelle volvió a sentarse en su lugar favorito, frente al mar, con los ojos cerrados—. Por favor, que alguien avise a Rufus y a León. Necesito trabajar un rato con ellos. Y tú, Eringard, ve a buscar a Ragiswind. Ya es hora de que todo salga a la luz.

—¿Ragiswind? ¿Nuestro honorable antiguo *mahawk* negro anda por aquí y no se lo había dicho a nadie? ¡Vaya, vaya, conclánidas! —dijo el Shane frotándose las manos—. ¡Y yo que me aburría en esta isla! ¡Por fin se está poniendo interesante la situación! ¡Por fin empiezan a pasar cosas!



Haito. Costa del Adriático

En el pequeño apartamento que le habían asignado en el tercer piso del Palacio Real, frente al mar, con toda la espléndida vista de la bahía y del puerto deportivo, Jara estaba a punto de apagar el televisor cuando una de las noticias la hizo quedarse rígida, ya con la mano tendida hacia el mando.

Los hospitales de medio mundo estaban casi colapsados debido a una ola de gastroenteritis alarmantemente contagiosa que se había declarado hacía menos de veinticuatro horas. Los ingresados no respondían a ningún tipo de tratamiento; había ya más de setecientas víctimas solo en Europa, y ciertos expertos empezaban a decir que podría tratarse de una pandemia de origen desconocido.

La pantalla mostraba la entrada de urgencias de un hospital en París donde se amontonaban docenas de personas, algunas aún de pie, muchas tumbadas directamente en la acera mientras el personal se afanaba en ir recogéndolos con camillas y con sillas de ruedas; pero daba la sensación de que muy pronto iban a quedar totalmente desbordados.

La misma situación se estaba produciendo también en media docena de ciudades estadounidenses; había noticias de que en Ciudad de México había aparecido un brote, así como en Mumbay, Roma y El Cairo.

Jara se puso en pie, sintiendo una vibración interior que se iba extendiendo por todo su cuerpo. El Shane. Su imagen de pesadilla apareció de golpe en su mente. ¿Qué le había dicho en su última conversación, aún en Atlantis, con aquella sonrisa que le ponía los pelos de punta? «Yo soy la Muerte Roja, como en el relato de Poe».

Él lo sabía. No solo lo sabía, sino que había sido él quien había desencadenado aquella plaga. Estaba segura de que era así, aunque no pudiera probarlo.

Tenían que hacer algo.

¿Qué más había dicho? Algo de que cuando les resultara insoportable podían tomar una medicina de su invención. Su padre le había dicho que el Shane, entre otras muchas cosas, era propietario de una de las mayores empresas farmacéuticas del planeta. ¿Cómo había dicho que se llamaba ese fármaco? No se le ocurría en ese momento.

Lo que estaba claro era que tenía que hablar con Kentra y, sobre todo, con su marido, el príncipe Leo. Si alguien tenía una posición que le permitía hacer algo a gran escala, era él. Lo difícil sería convencerlo de que aquello estaba hecho a propósito. Leo era una persona absolutamente escéptica y pragmática. No podía contarle la existencia de *karah* porque no la creería; aparte de que si lo hacía estaría poniendo en peligro a su propio padre, a Lena, a los pocos clánidas que existían en el mundo.

Quizá la mejor forma sería a través de Kentra. El príncipe quería a su esposa y, aunque se notaba bastante que la consideraba algo simple de espíritu, siempre estaba dispuesto a complacerla. Si ella le pedía... ¿qué?

Jara empezó a morderse el labio inferior. ¿Qué le convenía hacerle creer a Kentra para que ella influyera en su marido?

En el límite de su mente empezó a perfilarse un plan que no conseguía aún precisar. Solo esperaba poder precisarlo a tiempo, antes de que hubiera muerto la mitad de la población.



Negro. Azul. Atlantis

En Atlantis, Ragiswind paseaba arriba y abajo del *bungalow* que ocupaba Luna mientras este y Eringard lo miraban pensar sin intervenir en absoluto. Lo conocían desde hacía tanto que sabían muy bien lo que él necesitaba en ese momento: concentración, movimiento, y un público al que dirigirse cuando empezara a pensar en voz alta hasta que consiguiera llegar a la decisión definitiva.

Eringard tenía razón. Había esperado demasiado tiempo para mostrarse y ahora Lena ignoraba su existencia y no había contado con ellos. Al parecer, Bianca nunca le había hablado de ellos dos ni del plan que, junto con Joelle, habían llevado adelante hasta llegar adonde se encontraban.

Poco antes de su muerte Bianca le había asegurado que todo estaba arreglado, que muy pronto empezaría a explicarle a su hija todo lo que debía saber y que, en previsión de cualquier eventualidad, le había dejado la mayor cantidad de información posible para que pudiera hacerse pronto una idea de la situación, y lo había dispuesto todo para que Lena se dirigiera directamente a París, donde recibiría el colgante de la Trama.

Todo había ido bien, salvo que Eringard y él no significaban nada para Aliena. ¿Un olvido por parte de Bianca o un movimiento deliberado para dejarlos fuera del juego como él había pensado tantas veces, aunque no supiera exactamente cuáles podrían haber sido los motivos que la llevaran a ello?

—Me temo que la dulce Bianca hizo lo que pudo para apartarnos de la Trama —dijo entre dientes.

Eringard y Luna se miraron, preocupados.

—No seas paranoico. ¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó ella—. Llevamos siglos preparando esto juntos. ¿No es más bien posible que se haya perdido algo de lo que Bianca le dejó a Lena? ¿O que ella aún no haya leído todos los documentos que presumiblemente heredó?

—¡Vamos, Eringard, no seas necia! Hace meses de cuando Lena entró en posesión de su herencia. ¡Habría tenido tiempo de leer la Biblia tres veces!

—Cuando nos contó su historia en Koh Samui —intervino Luna—, cuando ella

aún no sabía que yo era clánida, habló de manera bastante amarga de su madre. Nos contó que estaba descubriendo que Bianca no era en absoluto la persona que ella había conocido, que era mentirosa, egoísta, manipuladora...

—Muy aguda, la niña —comentó Ragiswind con sarcasmo.

—En fin —concluyó Luna—, que no me extrañaría que por entonces decidiera dejar de confiar en su madre y en las instrucciones que hubiera podido darle.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —Eringard llevaba ya demasiado tiempo en la isla y necesitaba tener la sensación de que estaban de nuevo en marcha.

—Ir a hablar con ella, obviamente.

—¿Adónde? —preguntó Luna.

—A la estación polar. Es el único lugar donde nos consta que estará próximamente.

—Pero no sabemos dónde está esa estación. —Luna miraba a su antiguo mentor con la esperanza pintada en el rostro.

—Claro que lo sabemos —contestó Ragiswind con una amplia sonrisa—. Nuestra querida Bianca, cuando era Ennis, pasó allí bastantes años. Sabemos exactamente cómo llegar. Pero si quieres venir con nosotros, hay que salir cuanto antes. Tu nombre no está en esa lista, mosquito, pero Sombra podría acudir si Lena cambia de idea o si Joelle la convence. Tiene tu nombre en esa lista.

—Si me reclaman, no me importaría cambiarme por vos, maestro. Sabéis que nunca he deseado formar parte de la Trama.

—Lo sé, y es probable que te tome la palabra.

—Será un honor.

—Vamos a despedirnos de Joelle. Salimos esta misma noche.



Haito. Blanco. Estación polar

Después de rogarle un poco a Ritch y a Tanja, Anaís había conseguido que la dejaran acompañarlos al interior del artefacto, como seguían llamándolo, a pesar de que ambos científicos estaban convencidos de que lo que tenían entre los hielos no era una construcción en el sentido tradicional sino más bien un ser orgánico ya muerto, o eventualmente una creación artificial pero orgánica que, a juzgar por el análisis que habían comenzado de lo que podría llamarse la piel del objeto o del extraño ser, había estado expuesta a un viaje interestelar.

Anaís siempre había sido curiosa y ahora, con la posibilidad de entrar en un lugar como el que apenas si vislumbraba tras los cristales blindados, no conseguía retener su impaciencia.

—Lo que más me gusta de ti —le dijo Ritch mientras la ayudaba a ponerse el traje protector— es que eres igual de curiosa que yo.

—Pero bastante más prudente —dijo ella dándole un rápido beso en la oreja antes de que le ajustara la parte superior—. Si veo que hay peligro, me largo a toda velocidad. Que conste. Estás avisado.

—No hay peligro. Tanja y yo hemos entrado docenas de veces a tomar muestras y a hacer fotos.

—Y a pasearte sin ninguna razón. ¿Crees que no me he dado cuenta?

Ritch sonrió. Era verdad. Muchas veces, cuando las mujeres estaban en sus cuartos o incluso por la noche, mientras ellas dormían, se había puesto el traje de protección y había entrado en el artefacto solo por el placer de hacerlo. Cada vez estaba más convencido de que aquello que tenían allí era algo procedente del espacio exterior, algo cuyo origen no estaba en la Tierra, y la simple idea de tener frente a sus ojos lo que posiblemente había sido un organismo extraterrestre lo llenaba de asombro y deleite.

Estaba deseando que llegara Lena porque, a juzgar por algunas cosas sueltas que le había contado de sus experiencias en el interior de Atlantis, tenía la esperanza de que cuando ella entrara, empezaran a pasar cosas inimaginables.

—¿Listos? —preguntó Tanja.

Le contestaron con la cabeza y entraron en la cámara estanca. Unos momentos después, Anaís contemplaba con sus propios ojos, abiertos como platos, el extraño paisaje que se desplegaba a su alrededor.

—Ritch, ¿no tienes la impresión de que está todo... no sé bien cómo decirlo... — Tanja se esforzaba por precisar lo que creía haber captado— como más... esponjoso?

Él se quedó quieto, mirando a su alrededor, iluminando con la potente linterna que llevaba las paredes, el techo y el suelo de su alrededor. Todo seguía de ese color amarronado que uno asocia con las momias, los pergaminos y los desiertos, pero aquí y allá se distinguían lugares más frescos, como si se hubieran hinchado ligeramente desde la última vez que habían estado allí.

—Sí. Sé a qué te refieres. Como si estuviera reviviendo hasta cierto punto... como cuando tienes una maceta con albahaca para los espagueti, te olvidas de regarla un par de días y cuando la ves ya muy mal, le echas agua y al cabo de unas horas se va poniendo más fresca y más pimpante, y tienes la sensación de que por esta vez se ha salvado.

Tanja sonrió imperceptiblemente. Le hacía gracia la manera de hablar de Ritch pero tenía tan poca costumbre de hacer vida social que prefería seguir callada y que nadie le notara que podía apreciar ciertas cosas, como el humor. No en vano, según Joelle, la carta que la representaba en el Tarot era la número IX, el Eremita.

Así, como un eremita, había pasado los últimos treinta años de la vida que aún estaba viviendo con el nombre de Tanja Kurova-Gutridottir, después de otras en las que sus relaciones sociales habían sido algo más numerosas. Pero llevaba en el mundo desde el siglo XIV y la existencia empezaba a pesarle; por eso no había tenido ningún inconveniente en dejar que se extinguiera su clan, y ahora estaba dispuesta a participar en la locura colectiva de *karah*. No temía a la muerte y su mente científica estaba deseando enfrentarse con lo que hubiera más allá. Si lo había.

—¿Qué crees tú que puede significar eso, Tanja?

La mujer se encogió de hombros y los precedió por el corredor que llevaba a la cámara circular de donde partían todos los pasillos y estancias.

Anaís se apoyó un instante en el hombro de Ritch, que la miró preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí. No es nada. Una especie de ligero mareo.

—Es impresionante, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y siguió caminando despacio a su lado, volviendo la vista de un lado a otro acompañándola del haz de luz de su linterna.

—Me recuerda a *Alien* —dijo por fin en voz muy baja, para que Tanja, que caminaba unos metros por delante de ellos, no pudiera oírla—. Tengo la sensación de que puede pasar cualquier cosa de un momento a otro. Y no me refiero a una sorpresa agradable.

Ritch esbozó una sonrisa.

—¡Qué imaginación la tuya!

—Para un momento, Ritch. —Anaís empezaba a sentir un ataque de debilidad, como un bajón de azúcar muy intenso; se quedó quieta, y para no caer, apoyó el hombro en la pared—. ¡Ritch! —gritó, desesperada un segundo después—. ¡Ayúdame! ¡No puedo soltarme!

—¿Qué?

El chico le dio la mano y tiró de ella con fuerza, pero el hombro de Anaís seguía apoyado en la pared, como si estuviera pegado con pegamento plástico. Un par de segundos después, toda la zona de la pared alrededor del hombro de la muchacha estaba hinchada y parecía ir ganando terreno, como si se tratara de una especie de barro que quisiera tragarla.

—¿Duele? —preguntó Ritch, que seguía tironeando de ella, esta vez agarrándola firmemente por la cintura.

Ella negó con la cabeza, con los ojos espantados.

—¡Tanjaaaaa! ¡Tanjaaaaa! —gritó—. No me oye. Espérame aquí, voy a buscarla.

—¡NO! ¡No me dejes sola, Ritch! ¡No te vayas!

—Tengo que buscar ayuda, Anaís. No te va a pasar nada. Vuelvo enseguida.

Richard salió corriendo por el pasillo por donde se había adelantado Tanja. Un minuto después los dos estaban de vuelta y miraban a Anaís sin saber qué hacer. Ahora toda la curva del hombro había desaparecido dentro de la pared, como si fuera de goma.

—Tendremos que intentar quemarlo, a ver si reacciona —dijo Ritch—. Voy a buscar un soplete.

—No, espera. —Tanja sacó una lanceta que llevaba en el cinturón de las herramientas—. Vamos a ver si siente esto.

—Con eso y otros instrumentos similares hemos estado recogiendo pruebas y nunca ha mostrado ninguna reacción.

Anaís se agarraba a Ritch y, empujando con los pies en el suelo, trataba de separarse de la pared, sin éxito.

—Con suavidad, con cuidado, que si tiene una mínima inteligencia no lo interprete como un ataque —aconsejó Ritch—. Piensa que le estás haciendo cosquillas, a ver si pasa algo.

Tanja empezó a pasar la lanceta por el contorno del hombro de Anaís, como si estuviera fileteando un pescado, separando la carne de la espina. Mientras tanto Ritch seguía tirando de la muchacha con firmeza, sin cejar en el esfuerzo.

—¿Notas algo?

—No. No parece reaccionar en absoluto.

—Espera, déjame a mí. —Tanja le estaba tendiendo la lanceta, pero él negó con la cabeza. No. Quiero probar otra cosa.

Se plantó frente a Anaís, abrió los brazos como si fuera a abrazarla y puso las palmas de las dos manos a los lados del hombro enterrado.

—Tanja, intenta tirar ahora de ella.

Poco a poco, tan lentamente que tardaron en darse cuenta de que la maniobra estaba teniendo éxito, el hombro de Anaís fue apareciendo de nuevo hasta que, con un ligero ruido de succión, quedó totalmente libre.

—¡Vámonos de aquí! —sollozó ella, más aterrorizada ahora que estaba libre que cuando se sentía atrapada por la pared.

—Sí, marchaos. Yo voy enseguida. Creo que no es conveniente hacer las cosas tan deprisa; creo que tengo que retirar las manos muy despacio. No sé por qué, pero pienso que es lo mejor.

Tanja le había pasado el brazo por los hombros a Anaís y, paso a paso, se iban alejando hacia la entrada al laboratorio.

—Hazle un escáner completo a Anaís. Tenemos que asegurarnos de que no ha dejado huella.

—No te entretengas, Ritch. Eso es algo que no había sucedido nunca. No quiero arriesgarme a que te pase a ti lo mismo.

—Es curioso, pero no, a mí no me pasa. Parece que esta pared no tiene interés en mí.

Anaís había empezado a temblar violentamente.

—Date prisa, Ritch. No me gusta esto. Quiero poder cerrar esa maldita puerta cuanto antes.

—Sí, Tanja, ya voy, ya voy. —Lentamente, con mucha suavidad, Ritch fue apartando las manos del contacto gomoso de la pared hasta que consiguió retirarlas por completo. Allí donde habían estado apoyadas aún pudo ver durante unos instantes la marca de sus dedos cubiertos por los gruesos guantes; luego la superficie volvió a quedar lisa.

—Interesante —murmuró. Y con una última mirada, echó a correr hacia la puerta estanca que las mujeres ya habían atravesado.

No sabía por qué, pero empezaba a sentir que aquel artefacto sentía una cierta afinidad por él, o un cierto interés, similar al suyo. Se preguntó qué pasaría si pusiera sobre la pared sus manos desnudas, pero el recuerdo del hombro de Anaís enterrado en aquella goma momificada lo disuadió muy pronto de intentarlo.

Quizá más adelante tendrían tiempo para ir probando otras cosas. Aquel misterio no sería nada fácil de resolver.

A pesar del susto que acababa de llevarse al ver a su novia atrapada en aquello, cuando cerró la puerta tras de sí, sonreía.



Nexo. Innsbruck (Austria)

De pie frente a la ventana del hotel, Lena contemplaba la oscuridad puntuada por algunas luces que se habían ido apagando en el tiempo que llevaba allí. Daniel dormía profundamente pero ella no conseguía relajarse.

Había enviado los mensajes de texto que él le había sugerido, uno a Nils, uno a Imre, para que estuvieran preparados y pudieran informar a los demás, y ahora, cansada de dar vueltas en la cama, había decidido levantarse y pensar mientras miraba la ciudad que siempre había considerado su hogar y que probablemente no volvería a ver.

Sabía que si despertaba a Dani y le pedía que le hiciera compañía, podía contar con él seguro, pero era mejor dejarlo dormir, que uno de los dos tuviera la cabeza clara al día siguiente, cuando volvieran a ponerse en marcha.

Le resultaba curioso pensar que en aquel pequeño nido entre montañas, en esos mismos momentos, había gente durmiendo que la conocía, que había compartido cosas con ella: fiestas de cumpleaños, sesiones de cine, exámenes, clases de natación..., gente que incluso la apreciaba o la había apreciado en algún momento y que quizá se estuviera preguntando qué habría sido de ella. Se acordó de repente de que Brigitte estaría en su casa, ya vacía, sin Hans y sin Clara, sin haber llegado a saber que Hans era un clánida azul que realmente se llamaba Nagai, y Clara había sido engendrada a propósito para acabar siendo asesinada por el clan rojo; ignorando que había un niño llamado Arek que era su nieto y ahora estaba al cuidado de unos desconocidos en Viena. Por un instante su parte *haito* estuvo a punto de ganar y pensó que tenía que ir a visitar a Brigitte, abrazarla, darle algún consuelo. Pero ¿cómo iba a soportar la mirada de Brigitte cuando, al verla, volviera a hacérsele presente que Clara estaba muerta y Lena, su mejor amiga, seguía viva? ¿Y qué le iba a decir ella? ¿Qué podía contarle?

No eran más que locuras, espejismos que el cerebro urde después de medianoche, cuando todo es silencio y soledad.

Sin saber bien qué estaba haciendo, Lena se sentó en el suelo cubierto por una mullida moqueta color marfil y, uno tras otro, empezó a sacar todos los objetos que

habían recorrido el mundo junto a ella desde el lejano día en que el falso notario le entregó la caja misteriosa, aquella caja con estampado navideño que le produjo escalofríos solo con verla.

Curiosamente, aún le quedaba dinero; al menos al día siguiente no tendrían problemas para salir del hotel. Los tres pasaportes con las tarjetas de crédito. Las llaves. Solo había necesitado la del piso de París y la de Bangkok. Quizá una de las otras abriera ese apartamento que según Imre su madre poseía en Viena y ella no conocía aunque ahora, seguramente, era suyo por herencia. Se encogió de hombros. No creía poder averiguarlo pronto.

La lista de nombres que un año atrás no le sonaban de nada y le había parecido tan misteriosa. En esa lista estaba toda *karah*. Todos sus conclánidas.

La lista de lugares.

Se mordió el labio inferior. En casi todos los que había visitado había sufrido las horribles pesadillas que indicaban que se trataba de un nodo de los muchos que cubrían el planeta formando, posiblemente, una red sobre la que era posible construir la Trama o al menos una de las muchas tramas posibles. Lugares donde podía colocarse un arconte aislado, pero no clánidas de diferentes colores porque entonces aparecía uno de esos espantosos *urruahkhim* para dispersarlos o destruirlos.

La foto de la estatua en la tumba, la mujer sin rostro que se había encontrado no en el cementerio de su propia ciudad sino en las entrañas de Atlantis. El dado verde con sus ojos oblicuos, alienígenas, que la había conducido hasta allí por los laberintos de la ciudadela.

La pequeña linterna con su luz azul que le había sido útil en dos ocasiones. El artículo sobre las joyas del *Titanic* que ella no se había molestado en leer durante meses, suponiendo que no tenía gran importancia y luego le había dado una pista crucial. La foto del *oncle* Joseph y Chri-Chri, los pobres familiares que ahora habían desaparecido y seguramente estarían muertos.

Suspiró, pensando en su padre. Ya lo llamaría al día siguiente; ahora estaría durmiendo, que era lo que tendría que hacer ella también.

El ingenuo mapa de Atlantis donde solo se leía una palabra que ahora ya podía entender: «Él». El pisapapeles de cristal que posiblemente representaba el laberinto que había tenido que recorrer en la ciudadela y al que nunca le había prestado la mínima atención.

Todos esos objetos, que al recibirlos le habían parecido tan absurdos, se habían revelado perfectamente útiles y ahora le permitían trazar su recorrido, el camino que había seguido a lo largo de los meses hasta encontrarse donde estaba ahora: de nuevo en el punto de partida, pero solo por una noche más, para lanzarse a la recta final, al último salto.

Recordó que, entre las cosas de la caja, solo una había quedado atrás: el pequeño león de peluche, gemelo de Alex, su animalito de la infancia, donde había descubierto el lápiz de memoria cuando estaba en el hotel de Amalfi, cerca de Villa Lichtenberg.

Al ser arrebatada de allí por Sombra, el peluche quedó abandonado en el cuarto de la pensión. Todo lo demás había sobrevivido los viajes por el mundo. Todo lo demás estaba allí, con ella.

Pasó la mano por los objetos, como si quisiera leerlos a través del tacto, en la semioscuridad; separó los que aún no habían revelado su utilidad y fue colocándolos en la mesa de café donde quedaron como una extraña colección en un museo impredecible. Eran cuatro:

Un pequeño reloj de arena lleno de glóbulos azules que subían en lugar de bajar; un encendedor que parecía una pistola y posiblemente se podía tomar por auténtica; un huevo de plástico lleno de cápsulas blancas y negras; un teléfono móvil de modelo antiguo.

Todos los demás objetos habían tenido sentido y le habían resultado útiles en alguna ocasión. ¿Sería posible que a estos les llegara también el momento?

Aunque no podía creer que Bianca lo hubiese tenido todo, absolutamente todo previsto, lo cierto era que parecía no haberse equivocado en nada. Y ella misma, a pesar de que ahora era capaz de hacer milagros, no podía predecir el futuro; no tenía ni idea de para qué servía todo aquello ni de si en algún momento aquellos cuatro objetos acabarían siéndole útiles.

Abrió el huevo de plástico, dejó caer las cápsulas sobre la mesa y pasó la mano lentamente sobre ellas, tratando de captar algo. Su madre siempre había sido contraria al uso de fármacos. Ni siquiera en el piso de París había podido encontrar un miserable sedante, cuando Bianca sabía seguro lo asustada que estaría al llegar allí. Sin embargo, le había dejado veintidós cápsulas de una sustancia desconocida. Tendría que llevarlas a analizar cuando volviera a tener tiempo libre.

¡Ja! ¡Tiempo libre!

¡La estación polar! La idea le vino de golpe: Tanja debía de tener todo tipo de aparatos allí. Ella o Ritch podrían analizarlas y decirle qué contenían. Un misterio menos.

Volvió a suspirar y, mirando por encima del hombro, vio a Dani darse la vuelta en la cama. Tendría que intentarlo de nuevo. Tal vez ahora consiguiera dormir.

Solo le quedaba el reloj de arena («Bianca supone que en algún momento necesitarás medir tres minutos»), las cápsulas («ya te enterarás cuando las analicen»), la pistola falsa («más vale que no haga realmente falta, porque no te va a servir de mucho si de verdad necesitas una pistola») y el móvil.

Lo cogió, curiosa por primera vez, y le dio un par de vueltas entre las manos preguntándose por qué nunca se le había ocurrido encenderlo. Habían sucedido demasiadas cosas y sencillamente se había olvidado de él. ¿Y si lo ponía ahora en marcha?

Le pediría una clave, una contraseña que ella no tenía y no le serviría de nada.

¿No la tenía?

¿Cómo era posible que su madre lo hubiera pensado todo y no se le hubiese

ocurrido dejarle la contraseña que abría el móvil que ella misma le había legado? Tenía que estar en alguna parte.

Cerró los ojos, tratando de recordar si había algo más en la caja. No. Todo estaba allí.

Quizá la clave estuviera en alguno de los archivos que Bianca había dejado en el lápiz de memoria. Pero no recordaba nada parecido.

Volvió a ponerse de pie y fue hacia la ventana con el teléfono en la mano. ¿Y si no tenía contraseña? A lo mejor era tan sencillo como eso.

Sonrió y apretó el botón. Inmediatamente el móvil se encendió, bañando la habitación en una luz verdosa. Un segundo después apareció una ventanilla. Sí, necesitaba una clave. Una clave que ella no tenía.

Maldijo en voz baja para no molestar a Dani. Llevaba casi un año sin que le hubiera importado un pimiento el teléfono y ahora que por fin le interesaba no había manera de acceder. Podía cruzar paredes y saltar miles de kilómetros y resucitar a los muertos pero no era capaz de abrir un móvil que le pedía una contraseña. ¡Maldición! ¡Maldición!

Se acuclilló de nuevo frente a su herencia. Estaba segura de que su madre había previsto la necesidad de darle la clave; solo tenía que saber dónde la había puesto. ¿Y si la había ocultado en la caja donde estaban las cosas? No tenía ni idea de dónde podía estar esa caja... tal vez en el piso de París.

El piso de París. ¿Cómo había conseguido ella llegar hasta allí?

Recordó el papel donde, en letras griegas, estaba escrita la dirección y luego, al llegar... había una clave para que se abriera la puerta de entrada. ¿Cuál era la clave? Sabía que la tenía memorizada. Su madre la había entrenado desde su primera infancia a memorizar números, nombres, direcciones... Sabía que la había guardado en su «castillo de la memoria» y sabía que tenía que estar allí, de modo que se sumergió en su castillo, buscando.

Uno, dos, uno, dos, dos. Lo había memorizado como un ritmo y estaba guardado encima del piano de la salita imaginaria. 1 2 1 2 2.

Pero el móvil solo admitía cuatro dígitos, de modo que puso los cuatro primeros sabiendo incluso antes de marcarlos que eran esos: 1 2 1 2. El veintiuno, el Mundo, el número que la representaba en el Tarot, al revés, dos veces. Rebuscado y efectivo, como todo lo que hacía Bianca.

Lena sonrió mientras marcaba la clave.

«¡Cuánto te quiero, mamá! ¡Qué lista eres!».

El móvil aceptó la contraseña.

Lena abrió la lista de contactos con la mayor curiosidad que hubiera sentido en su vida.

Solo había uno, pero ese le quitó la respiración.

R.

Ragiswind.



Haito. Nexo. Innsbruck (Austria)

Daniel estaba en el vestíbulo del hotel donde habían pasado la noche, esperando a Lena, que estaba pagando la factura.

El día anterior se había despedido de sus padres después de darles unas explicaciones semiverdaderas sobre el trabajo que supuestamente estaba haciendo para una familia de millonarios y que, en la base, les había dicho, consistía en hacer de acompañante-secretario de diferentes miembros de la familia en sus viajes. Los había tranquilizado explicándoles que solo se había comprometido hasta después de Navidad y, en cuanto empezara en marzo el semestre de verano, volvería a la universidad a terminar la carrera de física, pero con unos buenos ahorros en el banco.

Le había resultado extraño y doloroso tener que mentirles, pero el saber que los estaba protegiendo lo había ayudado bastante.

Y ahora, mirando por la cristalera del hotel el pasaje de tiendas elegantes de la ciudad donde había pasado toda su vida, se sentía extraño, desligado de todo, como si de repente el Daniel de siempre hubiera sido sustituido por otro hombre más frío, más viejo; un hombre que ya no podía hacer planes porque el futuro ya no le pertenecía. Era realmente curiosa la sensación. Como si mirase la vida a través de un cristal blindado que le permitiera verla, pero no participar en ella. Quizá se debiera a la sangre *karah* con la que había sido alimentado. Quizá por eso se sentía tan diferente en ocasiones.

Se preguntó fugazmente si alguna vez volvería a pertenecerle su propia vida, pero el pensamiento le llegó como de lejos, como si lo hubiera pensado otra persona.

De pronto un rostro entre la gente le llamó la atención y, sin decidirlo, se lanzó a las puertas del hotel y alcanzó a la muchacha en un par de pasos.

—¡Theresa!

La chica se volvió y una enorme sonrisa iluminó su rostro al reconocer al que había sido su primer novio, aún en el instituto.

—¡Dani! ¡Qué alegría! Me habían dicho que estabas en Viena.

—Normalmente sí, pero estoy de paso por Innsbruck para ver a mis padres. Me voy hoy otra vez.

—¡Qué lástima! ¿Tienes tiempo para un café?

Él sacudió la cabeza en una negativa, sonriendo, y desvió la vista hacia el interior del hotel, hacia el mostrador donde Lena estaba terminando de hacer el *check-out*. Theresa siguió su mirada.

—¿Tu novia?

—Sí.

—¡Qué guapa, Dani!

Él miró a Theresa, ligeramente sorprendido. Claro que sabía que Lena era una chica muy mona y cuando se arreglaba podía resultar realmente guapa, pero hacía mucho que no la había visto por los ojos de otra persona y ahora, mirándola desde el punto de vista de Theresa, tuvo la sensación de que veía a Lena por primera vez. O tal vez hubiera cambiado en los meses que llevaba viviendo experiencias extremas y él no se hubiese dado cuenta.

La chica que ahora estaba sonriéndole al recepcionista parecía mayor que la Lena que se había despertado junto a él dos horas antes; más madura, más cosmopolita. Llevaba la melena recién lavada y su pelo brillaba bajo las luces del *lobby* como en el anuncio de un champú. Iba vestida con toda sencillez, con vaqueros blancos, camiseta blanca y una chaqueta de punto negra, pero había algo en sus movimientos que era pura armonía y la hacía destacar de los demás como si hubiese un foco de teatro iluminándola.

Por primera vez desde que la conocía, Daniel se dio cuenta de que Lena era *karah*.

—¿Es extranjera? —preguntó Theresa sin dejar de mirarla.

—Sí. —Era más fácil explicar su belleza y su aura achacándolas a un origen exótico—. De madre española y padre ruso. —Mentalmente pidió disculpas a Max. Tampoco estaba seguro de que Imre hubiera sido alguna vez realmente ruso, pero daba exactamente igual—. Me he alegrado mucho de verte, Theresa.

—Llama cuando vuelvas a pasarte por aquí. ¿Estás bien, Dani? —preguntó antes de marcharse, poniéndole una mano en el brazo.

—Sí, claro, muy bien. —Se había alegrado de verdad de ver a Theresa, pero ya no tenía ganas de conversación y sabía que Lena iba a empezar a buscarlo enseguida.

—Es que te noto... no sé... más adulto. —Dani se rio con una carcajada que a los dos les sonó falsa—. Pero a la vez más angustiado. ¿De verdad que no te pasa nada?

—Tengo que irme, Theresa. ¡Cuídate!

La muchacha se quedó donde estaba, mirándolo alejarse, entrar en el hotel y abrazar a su novia, y sintió una punzada de envidia. Ella también tenía novio otra vez, le iban bien las cosas, estaba a punto de terminar biología, y cuando ella y Dani se separaron, lo hicieron de común acuerdo, por eso habían seguido siendo amigos. Sin embargo el Daniel de entonces no se parecía ya al de ahora. Había algo en él que era profundamente distinto: algo oscuro, ligeramente peligroso, muy atractivo.

Por encima del hombro de la chica, le dirigió una última mirada y a Theresa le

pareció la mirada de alguien que, desde un barco, ve alejarse la costa a la que cree que nunca más regresará.

Los vio salir del hotel abrazados, subir a un taxi, desaparecer. Le extrañó que, estando en Innsbruck, hubieran pasado la noche en un hotel y que llevaran una mochila pequeña cada uno por todo equipaje.



Haito. Copenhague (Dinamarca). Costa adriática

Max se despertó sobresaltado y, por un segundo, no supo dónde estaba ni qué estaba pasando. Su móvil sonaba imperturbable y le dio tiempo a varios pitidos más hasta que consiguió estirar el brazo, tocar la mesita de noche —«Hotel, estás en un hotel de Copenhague», se dijo con cierto alivio— y contestar.

—¿Lena? —Podría darse el caso de que ya hubieran llegado y lo estuvieran esperando en el aeropuerto.

—No, Max. Soy yo, Jara.

¿Jara? Le llevó medio segundo darse cuenta de quién era la mujer que quería hablar con él. Ella debió de notarlo porque añadió:

—Jara Mendívil, la hija de Iker, esto... de Luna. Estoy en el palacio, ¿te acuerdas? Con la... —Había estado a punto de decir «la princesa Karla», pero le habían avisado de que procurara no usar nombres en las conversaciones telefónicas y se corrigió—: hermana Kentra.

—Claro, mujer, claro, perdona, es que me has pillado durmiendo.

—¡Oh, lo siento, Max!

—Da igual. Dime.

—Es que llevo toda la noche sin dormir, pegada al televisor y no aguantaba más. —Su voz sonaba tensa y controlada, como si estuviera haciendo grandes esfuerzos para no caer en la histeria, para no ponerse a gritar.

—¿Qué ha pasado?

—Pon la tele. Seguro que todos los canales dan la misma información.

Con una horrible sensación helada en el estómago, Max se puso las gafas y echó una mirada circular al cuarto buscando el mando de la tele. Salió de la cama trastabillando y encendió el aparato. Las primeras imágenes mostraban un caos en alguna carretera, con gente tirada por el suelo, portezuelas abiertas, coches atravesados, personas llorando sentadas en el arcén o dando vueltas como sonámbulos sin dirigirse a ninguna parte, mientras una buena cantidad de personal sanitario con mascarillas trataba de hacerlos caminar en dirección a las ambulancias —muchas ambulancias— que esperaban unos cientos de metros más allá en una vía

de servicio, con todas las luces encendidas iluminando el bosque intermitentemente con sus ráfagas azules.

El comentario estaba en una lengua incomprensible para él, danés probablemente, así que pasó varios canales buscando algo que pudiera entender. ¿Qué demonios había pasado y por qué aquella muchacha estaba a punto de ponerse histérica? Parecía un horrible accidente de carretera y, por el paisaje, podría ser en cualquier punto de Europa central o del norte. Sin embargo, Jara lo había despertado a las — miró su reloj— seis y cuarto de la mañana, para decírselo. No podía ser un simple accidente de tráfico lo que la tenía tan angustiada; la muchacha no era tonta. Había tenido ocasión de hablar con ella muchas horas en el viaje desde Atlantis.

—¿Lo estás viendo, Max?

Encontró por fin una cadena alemana, se sentó en el borde de la cama y se quedó atónito porque las imágenes que pasaban no eran las mismas y sin embargo se trataba de algo similar, solo que esta vez no era un accidente de tráfico sino un embotellamiento de varios kilómetros en la salida de Frankfurt. Pero a medida que el helicóptero bajaba sobre él, iba mostrando gente que abandonaba sus coches para salir a los campos de al lado de la carretera a vomitar.

Le vino a la cabeza la imagen del día anterior, en el aeropuerto de Orly, de la mujer estadounidense del coro de Gospel que había vomitado con esa violencia. Era justo lo que se veía ahora por televisión, solo que no era una sola persona: eran docenas las que se arqueaban, dobladas de dolor, entre la niebla del amanecer, como figuras de una película de terror.

Otros se agachaban entre las matas de la mediana de la autopista, cada vez con menos pudor, y luego se tumbaban sin más, sin subirse siquiera los pantalones, sobre la tierra cubierta de escarcha.

El comentarista, con la voz grave y apresurada de las grandes emergencias, hablaba de una posible pandemia que de momento no se podía controlar y que empezaba a desbordar a los servicios hospitalarios, una nueva peste. Los primeros síntomas eran vómitos violentos y diarreas, seguidos por intensas hemorragias.

—¿Qué está pasando, Jara? —preguntó Max con la boca seca.

—La Muerte Roja, Max.

—¿Quéé?

—El Shane. ¿Te acuerdas de que te lo conté en el avión? El Shane ha desencadenado la Muerte Roja. ¡Max! ¿Estás ahí?

El hombre tragó saliva. No podía dejarse llevar por la histeria. Tenía que mantener la calma y tranquilizar de paso a aquella chica que podía ser su hija.

—Sí. Estoy aquí. Estoy pensando.

—El Shane me dijo que sus laboratorios habían inventado un fármaco. Llevo toda la noche pensando cómo se llamaba y ya me acuerdo: Reddest, se llama Reddest.

—Muy propio de ese hijo de puta. Rojo, como él. Rojísimo.

—Pero he estado dándole vueltas a lo que me dijo en Atlantis y estoy segura de

que no puede tratarse de una medicina. El Shane quiere destruirnos a todos, así que lo más probable es que ese fármaco potencie la enfermedad o mate directamente, pero supongo que lo publicitarán como la única posibilidad de atajar la epidemia.

—Es lo más probable, sí.

—Y cuando se den cuenta, será tarde.

Max cerró los ojos y se apoyó contra la cabecera acolchada de la cama. Así exactamente se sentía también su cerebro: acolchado. Todo su mundo, tanto el privado como el exterior se estaba haciendo añicos y él se sentía invadido por una parálisis que no le permitía ni pensar con claridad. Le habría gustado poder taparse la cabeza con el edredón, darse la vuelta, despertar de esa pesadilla y seguir durmiendo.

Pero las imágenes que seguían pasando por la pantalla, aunque hubieran podido salir de cualquier pesadilla, eran realidad y no podía ignorarlas. Mientras hablaba con Jara fue pasando canales alemanes, escandinavos, franceses, BBC, CNN... imágenes de China, de Estados Unidos, de Nueva Zelanda, de Centroáfrica, de México, de Argentina... lo mismo en todas partes.

—Max, escúchame, llevo toda la noche pensando qué podemos hacer.

—Nada —dijo él en un impulso, sin reflexionar.

—No digas eso.

—¿Cómo se puede detener una pandemia, Jara? No me digas que has dado con la solución, y ni siquiera estudias biología ni medicina. Lo único que podemos hacer es huir, y no me refiero a la población en general, sino a nosotros. Yo salgo hoy para Groenlandia. Tú compras un billete a Nuuk ya mismo, por internet, te duchas bien con jabón y el agua más caliente que soportes, te vistes de modo que haya la menor cantidad de piel al aire, te pones una mascarilla y unos guantes y vas en taxi al aeropuerto, sin besar a nadie para despedirte, sin dar la mano a nadie, sin tocar nada con las manos desnudas. ¿Está claro? Con un poco de suerte, si sales hoy aún no habrán cerrado los aeropuertos y conseguirás llegar a Nuuk sin contagiarte. De allí te recogerán para llevarte a la estación polar.

—No puedo hacer eso, Max.

—¡Por supuesto que puedes! Es tu única oportunidad. ¿Has hablado ya con tu padre? ¿Qué dice él?

—No consigo localizarlo. Debe de haberse marchado de Atlantis y estará de viaje.

—Entonces hazme caso a mí como si fuera tu padre, Jara. Ya sé que eres oficialmente adulta y que puedes hacer lo que mejor te parezca, pero fíate de mí, por favor. Tienes que moverte ya, antes de que empiecen a cerrar todos los transportes públicos para evitar que la enfermedad se extienda aún más.

—Ya es tarde para evitar eso.

—Sí. Yo lo sé, tú lo sabes y probablemente ellos también, pero en momentos de crisis la población necesita tener la sensación de que sus gobiernos están haciendo algo para protegerlos y por eso se toman medidas, las que sean, aunque no valgan

para nada. Una de esas medidas básicas es cerrar transportes y declarar cuarentenas. Si no sales de ahí ya mismo, tendrás que quedarte pase lo que pase.

—Es que se me ha ocurrido algo que podemos hacer.

Max había sacado su portátil y ya estaba mirando vuelos desde todos los aeropuertos adriáticos hacia Copenhague, así que no reaccionó de inmediato a las palabras de Jara.

—¿No quieres saber lo que se me ha ocurrido? —Esperó dos segundos y en vista de que Max seguía sin contestar, añadió—: Yo misma sé que es una locura, pero podría funcionar. Al menos para intentar que nadie consuma Reddest.

—Hay un vuelo desde Ljubljana que sale esta tarde a las 14.10 para Copenhague. ¿Puedes llegar hasta allí?

—¡Max! —casi gritó Jara—. ¡Escúchame, maldita sea! No me voy a mover de aquí de momento. Tengo que quedarme para poder llevar adelante el plan. Escúchame y no seas cabezota. Si crees que puede funcionar, necesito que reúnas a unos cuantos clánidas, quizá baste incluso con uno que se anime a colaborar, y que los mandes aquí lo más rápido posible. A mí no me conocen y no sé cómo ponerme en contacto con ellos.

—Olvídate de eso, Jara. Yo sí los conozco de toda la vida. Les importa un bledo lo que pase con *haito*. No somos nada para ellos. Les da igual que desaparezca la mitad de la población del planeta. Esto lo ha hecho uno de ellos, por si no te acordabas.

—No todos son como el Shane. Mi padre es *karah* y no es así.

A Max se le escapó un «¡ja!» y tuvo que completar la frase.

—No es por hablar mal de tu padre, Jara, pero te aseguro que tampoco lo conoces.

—Solo se trata de hacer un poco de teatro... —dijo ella en voz plañidera—. Por favor, Max. Es lo único que podemos hacer pero tal vez funcione.

—¿Teatro?

—Max, siéntate donde sea, escúchame bien y deja que te explique lo que se me ha ocurrido. ¿De acuerdo?

A su pesar, Max sonrió. La muchacha era tan testaruda como su propia hija. Luna la había educado bien.

—De acuerdo. Te escucho.

Cuatro mil kilómetros más al sur, frente al mar que se iba cubriendo de lentejuelas doradas, Jara inspiró hondo y empezó a hablar.



Rojo. Pacífico Sur

El Shane contemplaba su obra por televisión, con una sonrisa en los labios, dando vueltas al bastón entre las manos. Era realmente fascinante lo que se podía conseguir con un simple virus. Algo tan diminuto que durante siglos ni siquiera se había podido ver por un microscopio, y que mataba con tanta rapidez y efectividad; tan natural...; mucho mejor que una bomba del tipo que fuera.

Su inteligencia le daba algunas veces, pocas por desgracia, cada vez con menos frecuencia, un auténtico escalofrío de felicidad. Ahora que el sexo había dejado de interesarle, que el dinero le aburría y que el poder le hastiaba, aquello todavía le daba una chispa de deleite. Era también poder, claro, pero sobre todo era la satisfacción de darse cuenta de que aún era capaz de diseñar un plan altamente complejo y que todo funcionase a la perfección.

Eso sí, siendo sincero, tenía que reconocer que se había precipitado un poco. Había convertido el mundo en un caos unos días antes de lo que le convenía tanto a *karah* como a él mismo.

Su carácter impaciente le había hecho moverse antes de tiempo aunque, de momento, él podía estar tranquilo y llegar a cualquier puerto sin problema. Al fin y al cabo no había muchos submarinos privados en el mundo. Sonrió al pensarlo. Eso le había permitido ir y venir de la isla de los pirados sin que nadie se diera cuenta.

Pero ahora, con la Muerte Roja haciendo estragos por el planeta, en cuanto desembarcara empezaría a tener dificultades. Habrían puesto todos los puertos en cuarentena y, de momento, no sabía exactamente cómo resolver ese obstáculo; pero no le angustiaba particularmente. A lo largo de su vida, su larguísima vida, no había encontrado casi nunca una situación que no pudiera resolverse con dinero. *Haito* era una especie fácil de corromper; una especie corrupta, que además había ido perdiendo con los siglos el sentido de la decencia y del honor. Y él tenía dinero en cantidades astronómicas. No había nada ni nadie en el mundo que el Shane no pudiera comprar.



Negro. Océano Pacífico

Ragiswind estaba furioso, más furioso de lo que Eringard y Luna lo habían visto jamás, con esa furia fría tan propia de él y que era mucho más terrible que los arrebatos de cólera de su juventud.

Si lo hubiera tenido a su alcance, el antiguo *mahawk* negro habría estrangulado al *mahawk* rojo con sus propias manos. Y no por desencadenar la pandemia que estaba arrasando el planeta. Pandemias había habido muchas a lo largo de sus más de mil años de vida, y *haito* siempre se las arreglaba para sobrevivir, procrear, continuar multiplicándose. Igual que las cucarachas.

Lo que no podía perdonarle al Shane era el momento que había elegido para ello, esa desconsiderada y estúpida forma de interferir en sus planes, los planes que llevaba ochocientos años forjando y que por fin, justo cuando iban a dar sus frutos, podían malograrse por la imbecilidad de un conclánida que debía de estar volviéndose senil. Al fin y al cabo, solo tenía un siglo menos que él. Si no se equivocaba, el Shane había nacido en el siglo XI.

Ragiswind sabía que su tiempo se acababa y la sensación de tener al alcance de la mano el mayor deseo de su existencia y que quizá no le llegara la vida para poder cumplirlo le resultaba enloquecedora.

Había cometido el típico error de *karah*: pensar que había tiempo, mucho tiempo, que no era necesario apresurarse. Y de golpe, el tiempo se estaba terminando, como cuando al volcar un reloj de arena se tiene la impresión de que los últimos granos pasan cada vez más deprisa, mucho más rápido que los anteriores.

En el helicóptero que los llevaba a Lima, de donde pensaban volar a Montreal y de allí a Nuuk, Ragiswind apartó la vista con profundo desagrado de la pantalla de la tableta donde, con muchas interrupciones debidas a la falta de cobertura, Luna y Eringard miraban, fascinados, el caos en que se había convertido la civilización. Prefería perder la vista en la azul inmensidad del océano y seguir haciendo planes, cálculos... lo que había hecho desde siempre.

Por fortuna hacía mucho que el vuelo hasta Nuuk había sido organizado y, si al llegar a Lima descubrían que la mayor parte de su equipo había contraído la

enfermedad, siempre podrían pilotar ellos mismos el avión privado. Los tres tenían licencia y, aunque tardarían más por cuestiones de cuarentenas y de permisos, al menos no dependerían de *haito* para llegar adonde querían ir.

Esa había sido siempre la máxima de *karah*: no depender jamás de *haito*. Usarlos sí, pero no depender de ellos.

Eringard le puso una mano en el hombro y, aunque no llegó a sonreír, Ragiswind cruzó su mirada con la de ella y sintió de inmediato cómo algo en él perdía parte de su rigidez.

Siempre había sido su compañera, su otra mitad. Durante siglos lo habían compartido todo, salvo algunos pequeños secretos sin mayor importancia que era mejor que cada uno guardase para sí mismo, para poner burbujas en una relación tan estrecha como siempre había sido la de ellos.

Eringard tampoco era joven, pero le quedaba más tiempo que a él. Si él no alcanzaba a ver su sueño realizado, ella sí lo vería. Y eso, que debería alegrarle, lo ponía aún más furioso. No era justo. No era justo estar tan cerca y que no hubiese ninguna garantía de conseguirlo.

Por segunda vez.

Su mente se perdió en antiguos recuerdos, tan antiguos que tenía que esforzarse para creer que eran auténticas imágenes de su propia vida y no sueños que nunca fueron realidad.

Muchos, muchos siglos atrás, él había creído ser un nexo.

Aún le sabía amargo el recuerdo, a pesar del tiempo transcurrido. Nunca había sido bueno aceptando la derrota.

Perdió la vista en la inacabable superficie del océano recordando aquel viaje. Más de tres años le había llevado llegar a Atlantis. Tres años y cuatro meses en los que solo estuvo sostenido por su fe y su deseo, ambos inquebrantables.

Había tardado meses en decidirse, pero al final, después de la victoria cristiana de las Navas de Tolosa contra los almohades del califa Muhammad An-Nasir, recogió su botín y, en lugar de regresar a sus tierras en el norte, pasó a Portugal, donde mandó construir y aparejar una carraca de mediano tamaño con el pretexto de comerciar con las poblaciones de la costa africana.

Reunir una tripulación adecuada para la carraca fue una pesadilla porque muy pocos estaban dispuestos a aventurarse en un viaje tan poco claro, y solo con mucho oro consiguió la colaboración de dos docenas de marinos borrachos y pendencieros que no tenían prácticamente nada que perder.

Una vez al sur de las islas Canarias, que habían sido descubiertas pero aún no colonizadas, desveló al capitán su verdadero rumbo: iban a internarse en la mar oceánica hasta unas tierras que nadie había visto jamás. La respuesta, como ya había supuesto él fue una negativa absoluta.

Y la solución, como también había supuesto, consistió en ofrecerle una disyuntiva clara: la muerte a punta de espada o bien beber de su sangre para prolongar su

existencia.

Por fortuna, hombres como el capitán Velasco, que no creían ni en Dios ni el diablo, eran relativamente fáciles de convencer y, una vez realizado el mismo trato con el contramaestre, a la tripulación no le quedó más remedio que resignarse al látigo y al peor terror de su vida y seguir adelante hacia unas costas que según ellos no podían existir y que él mismo solo conocía por el mapa que había heredado de su aya egipcia, Nephtys.

Ahora, setecientos años después, volando sobre la extensión del Pacífico, Ragiswind recordaba con asombro su valentía de antaño, el miedo casi insuperable de las noches estrelladas en alta mar cuando los marineros se ataban a los mástiles para no caer al agua, borrachos de aguardiente, la incertidumbre que lo corroía viendo que se acababan los alimentos y el agua dulce, y sin embargo la maldita costa que tan cercana parecía en el mapa de Nephtys no aparecía en el horizonte.

Nunca supo exactamente adónde habían arribado, pero en otra vida posterior, menos aventurera, calculó que probablemente habían sido las costas del actual Panamá.

Allí abandonó la carraca, cuyo capitán prometió esperarlo, y con la ayuda de diferentes tribus fue descendiendo por la costa oeste de Sudamérica hasta que, de pronto, una noche, empezó a sentir en sueños la voz de Atlantis.

—Estás pensando en la primera vez, ¿verdad? —La voz de Eringard sonaba clara en sus auriculares y le arrancó una sonrisa. ¡Qué bien lo conocía!

Ragiswind asintió.

—¿Cómo pudiste ser capaz de lanzarte al océano sin saber adónde ibas?

—Sabía adónde iba. —Él siguió sonriendo, recordando—. Desde la costa de Chile la voz de Atlantis era como un faro acústico. Los mapuches me ayudaron a hacer un *huampu* para lanzarme al mar.

—¿Qué es eso? —preguntó Luna.

—Una especie de canoa que se hace vaciando un tronco de colihue con hacha y fuego.

—Una canoa, una pala y el océano. ¡*Masel tov*, maestro!

—Te olvidas de que estaba en mi apogeo, era apenas mi segunda o tercera vida, y de que antes había estado con los *normannen*, mosquito. Tenía costumbre de llevar el trasero a unos centímetros del agua. Y te aseguro que la sensación de estar por fin en el buen camino me impedía tener miedo. Después de tantos esfuerzos solo quería llegar.

—Y llegasteis.

—Llegué. Todo estaba como hoy, pero desierto. El clan azul aún no se había instalado allí. Fue como descubrir un planeta.

—¿Cómo conseguisteis encontrar la ciudadela? Más bien, ¿cómo sabíais que teníais que buscar algo?

Eringard sonrió, cerró los ojos y se acomodó para dormir un poco. Ella conocía la

historia.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, maestro. Aún nos queda un buen rato de viaje.

—No deberías llamarme maestro, ni hablarme de vos. Somos simplemente conclánidas. *Karah*. Nadie es más que nadie.

—Lo sé, lo sé. Tú me lo enseñaste. Hace tanto que no nos vemos que es fácil caer en las antiguas costumbres.

—Así es. Yo sigo llamándome a mí mismo Ragiswind, como entonces.

—¿Por qué viniste al fin del mundo en busca de Atlantis? ¿Qué querías hallar?

Ragiswind suspiró. El muchacho no sabía nada de todo aquello y quizá fuera mejor así, pero ya no le quedaba mucha vida. Si no lo contaba ahora, todo se perdería. O bien sería Eringard quien lo contara y, aunque estaba seguro de que su compañera intentaría ser fiel a su memoria, nunca sería lo mismo. Tragó saliva y confesó.

—Hace varios siglos, en mi ignorancia, yo creía ser un nexo.

Luna no dijo nada y el silencio se estiró sobre el ruido del rotor del helicóptero.

—Nadie sabía nada entonces —continuó Ragiswind—. Yo solo tenía la información que había logrado reunir mi aya; una familiar inteligente y orgullosa de servir a *karah*. La que me enseñó todo lo que yo sabía en aquella época sobre los clanes. Me enseñó también a ser un auténtico clánida y a respetar a las mujeres.

—Notable, considerando la época.

—Todo en ella era notable. —Hizo una pausa recordando sus rasgos finos, altivos, su piel bronceada, sus grandes ojos en forma de almendra—. El caso es que de ella heredé ese mapa que luego hice fundir en la campana de Praga, y ese mapa me decía que el mundo era mucho más grande de lo que pensábamos, que había un lugar especial en el fin del mundo, el que estaba marcado con una estrella. Y yo necesitaba saber qué había ahí.

—También había otra marca, aproximadamente en el centro de España.

—Allí ya había ido muchas veces sin éxito. Ahora sé que se trata de unas cuevas que en aquellos tiempos no eran accesibles. Por eso nunca llegué a saber qué era lo que indicaba el plano. Pero el otro símbolo, esa estrella..., no me dejaba dormir. Y como Nephtys me había dicho que yo era el Sumo Sacerdote en la ROTA de símbolos... En fin... tú has vivido en una época en la que la Iglesia era todopoderosa. Te puedes imaginar muy bien que si a un adolescente se le dice que es el Sumo Sacerdote, el adolescente empieza a soñar y acaba creyendo que su destino apunta a lo más alto.

»Podría haber llegado a Papa, pero no me interesaba; esa era una dignidad a la que solo *haito* desea aspirar. Yo, por mi parte, deseaba ser el nexo de los cuatro clanes. Pero para eso había que tener sangre de todos ellos y *karah* no es amante de genealogías; es muy difícil saber quién engendró a quién, sobre todo porque nadie lleva registros de la infamia y durante siglos *karah* ha creído que mezclar su sangre es

una infamia, especialmente si uno nace en el clan negro, como tú y como yo. —Luna asintió en silencio. Sabía muy bien de qué hablaba Ragiswind—. Así que yo, simplemente, decidí que en mi caso sería posible y que solo tenía que intentarlo.

—Y te lanzaste al otro lado del mundo en busca de lo desconocido.

—Efectivamente. —Hubo una breve pausa—. Y lo encontré. Descubrí la ciudadela, la recorrí, la exploré a lo largo de muchos meses sobreviviendo a solas en la isla. Yo, por entonces, ignoraba que Sombra tenía que reconocirme. Llevaba el colgante al cuello de día y de noche, esperando que algo en aquella extraña ciudad entrara en sintonía con él. Y al principio pareció que podría suceder.

En la mente de Ragiswind surgió la imagen de un hombre joven internándose en un laberinto que parecía el interior de un cuerpo gigante, bañado en una inquietante luz rosada, como sangre diluida, agarrando con la izquierda el medallón de diamantes y con la derecha la espada que nunca lo abandonaba; el lugar donde se bifurcaban los caminos; su miedo de perderse y no poder regresar nunca a la luz del día; su duda de qué camino tomar.

Luego, al cabo de un tiempo que no recordaba, su mano izquierda soltando el medallón para sacar una moneda de oro que decidiera por él; la moneda incomprensiblemente suspendida en el aire, girando perezosamente frente a sus ojos espantados hasta que, de pronto, con un salto y un guiño de luz, echó a volar frente a él para conducirlo a un lugar donde una voz le preguntó su verdadero nombre.

—Llegué a un lugar que ya conocía de mi infancia, algo que ahora supongo que estaba solo en mi cerebro y la ciudad estaba creando para mí; pero a mí, entonces, me pareció real. Allí es donde me preguntaron mi verdadero nombre.

—Y ¿qué dijiste?

—El que mi aya me había confiado en secreto. Ella siempre me dijo que los clánidas teníamos nombres verdaderos que se iban transmitiendo de generación en generación. Los conocía todos. De niño me encantaba oírse los recitar. Más adelante llegué a pensar que tal vez los había inventado para hacerme feliz, para saciar mi sed de misterio y de conocimientos arcanos. Ahora ya no sé qué pensar, porque es evidente que el nexo usó su nombre secreto para poder entrar en lo más profundo de la ciudadela y ese nombre era el que Bianca le había dejado en su testamento; el que los tres —cabeceó en dirección a Eringard, que se había dormido— pensamos que debía de ser el que le correspondía: Lan Rheis.

—¿Cuál era el tuyo?

—El mío es Thyn Rheis. Eringard es Nun Rheis. Tú eres Thyn Nur.

Luna, que hasta ese momento, sentado junto al piloto, había estado hablando con Ragiswind por los auriculares sin mirarlo, se giró hacia atrás y cruzó la mirada, perpleja, con la de su maestro.

—¿Por qué vosotros tres os llamáis igual de apellido siendo de clanes distintos? Ragiswind sonrió.

—No es un apellido. La primera parte corresponde al clan. El nexo tiene el

nombre genérico del clan blanco, que es su clan de nacimiento: Lan. Tú y yo tenemos Thyn, clan negro. Eringard es Nun, clan azul. Luego, dentro de cada clan, hay un puñado de nombres que pasan de generación en generación y a la vez marcan el carácter de quien los lleva. Lena, Eringard y yo somos Rheis; conclánidas que, en general, tienen posiciones de influencia en su clan, aunque no siempre dentro de la jerarquía oficial. Se dice que somos buenos para tomar decisiones, manipuladores a veces... una especie de pivots de nuestro clan.

—¿Y yo?

Ragiswind se encogió de hombros, como quitándole importancia a lo que iba a decir.

—No creo que te extrañe, mosquito. Se dice que los que lleváis el nombre Nur sois sensuales, impulsivos, curiosos, independientes... Afectivos... aunque no tanto como los Kai. No sé, muchacho. Quizá sea como la astrología para *haito*. Cosas que a veces se dan y a veces no. Casualidades, tal vez. ¿Quién sabe?

—No me has dicho qué pasó por fin en Atlantis, maestro... conclánida —se corrigió.

—Nada. No pasó nada. Llegué hasta un punto y luego no conseguí avanzar más. Yo no era el nexo, ¿comprendes? Todas mis ilusiones se habían revelado vanas. Atlantis me rechazó.

Hubo otro silencio que Luna no se atrevió a romper porque sabía que Ragiswind le había confiado un enorme secreto y lo correcto era aguardar hasta que él volviera a hablar, como hizo al cabo de un par de minutos.

—Pero no todo fue en vano. Al menos eso nos sirvió para poder entrenar adecuadamente al nexo, para darle toda la información necesaria. Bianca dejó a Lena un legado con todo lo que necesitaría llegado el momento: todo lo que ella había aprendido de mí, de mi experiencia en Atlantis. Al menos hasta el punto adonde yo conseguí llegar. Así, ahora, pronto, todo podrá suceder.

—Entonces... —Luna se interrumpió porque no estaba muy seguro de que su pregunta fuera bien recibida—. Todas aquellas estupideces que Lena heredó de Bianca... ¿tenían realmente sentido? ¿Servían de algo? —Recordaba con total claridad lo que se rio para sus adentros cuando Lena, aquella noche en Koh Samui les contó a él y a los *yamakasi* lo que contenía la caja que había heredado de su madre.

—Todo tenía su razón de ser. Eso hará que muy pronto veamos si nuestras leyendas tenían fundamento, si podemos contactar con el lugar del que procedemos.

—¿Cuánto tiempo lleváis Eringard y tú preparando este momento?

Ragiswind hizo una inspiración profunda.

—Desde que volví de aquel viaje al fin del mundo, mosquito. Durante un tiempo llegué incluso a pensar que tú podrías engendrar al próximo nexo.

—¿Yo?

—No vale la pena darle vueltas al asunto. No ha sido así. Necesito descansar un poco, conclánida. Nos espera un largo viaje y unas conversaciones difíciles a la

llegada. Ya no soy joven y no tengo más remedio que economizar mis fuerzas.
Despiértame al llegar.



Haito. Copenhague (Dinamarca). Costa adriática

Jara dejó de hablar y se hizo un silencio solo interrumpido por las voces que surgían del televisor hablando de que la situación empezaba a hacerse cada vez más angustiada.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿No te parece que es la única posibilidad que tenemos?

Max soltó de golpe todo el aire que había estado reteniendo en los pulmones mientras la chica le contaba su plan. Era una locura, pero tenía que conceder que era una locura viable y que a él, de momento, no se le ocurría nada que fuera ni mínimamente mejor que lo que ella acababa de esbozarle.

—Nuestra única oportunidad de detener la plaga en lo posible es que el príncipe Leo esté dispuesto a acudir a las Naciones Unidas solicitando que nadie compre ni use el Reddest de los laboratorios del Shane.

—Ya, ya. —Lena habría captado de inmediato que Max necesitaba un tiempo para pensar en lo que había oído, para sopesar los pros y los contras antes de dar su opinión, pero Jara estaba acostumbrada a la rapidez de su propio padre, de don Juan de Luna, alias Iker Mendivil, y la sacaba de sus casillas la lentitud de su interlocutor.

—La única que puede convencer al príncipe es su mujer —repitió—, y a ella solo la podemos convencer haciendo que se lo diga directamente al menos un ángel atlante, o dos o tres, todos los posibles. Ya te lo he dicho: al cabo de mucho insistir ella me contó la aparición del ángel cuando su iniciación. Sé lo que tenemos que hacer. Lo que pasa es que necesitamos a alguien que sea capaz de levitar y que de verdad parezca un ángel.

—¡Fácil! —dijo Max con todo el sarcasmo del que fue capaz. Jara no pareció notarlo.

—A mí sí que me lo parece. ¡Joder, Max! Tu hija es capaz de resucitar a los muertos. ¿No va a poder levitar unos centímetros y lanzarle a Kentra una mirada profunda? Con eso y a ser posible el refuerzo de otro par de ángeles, para decorar como si dijéramos, la hermana quedará convencida. Y si, con un poco de suerte, conseguimos que su marido esté presente y lo vea también con sus propios ojos, entonces ya no tenemos que preocuparnos de nada.

—¿Qué sugieres que hagamos, en ese caso?

—Tú te vas a Nuuk como estaba previsto. Se lo cuentas todo a Lena, elegís a un par de «ángeles», me decís dónde van a «aparecer» y yo hago lo demás. Me pongo ya mismo a decirle a Kentra que hay que rezar pidiendo la ayuda angélica, que necesitamos que vengan a aconsejarnos para salvar a su pueblo y a todo el planeta de la Muerte Roja.

—¿La vas a llamar la Muerte Roja?

—De algún modo hay que llamarla, y parece que los periódicos aún no han dado con un nombre. Empezaré a pasarlo por Twitter hoy mismo. ¿Tú estás en Twitter?

—No.

—Pues apúntate y empieza a comunicarlo a todo el que te quiera oír. Díselo también a Daniel y a todos los que tengan posibilidades de hacerlo, pero no nombres el Reddest todavía. Es importante que eso sea una información que el príncipe pueda dar como primicia. Sin decir de dónde ha sacado la información, claro. —La sonrisa se oía a través del teléfono—. Si dice que se lo han chivado unos ángeles, lo mismo lo encierran directamente.

—Jara, esto es una locura.

—Todo es una locura, Max, pero esta locura puede costar la vida a toda la humanidad. Hay que hacer algo, ¿no crees?

—Sí, Jara, hay que hacer algo. Empieza a trabajarte a la hermana. Yo me voy al aeropuerto. Seguiremos en contacto. ¡Y no te olvides de protegerte del maldito virus!
—gritó antes de que Jara pudiera colgar.

—Te lo prometo, Max.



Haito. Nexo. En vuelo

Daniel, Max y Lena habían conseguido salir de Copenhague en el último avión de la semana que probablemente sería también el último hasta que la plaga pudiera considerarse bajo control.

Apenas habían tenido tiempo de saludarse antes de instalarse en sus asientos y luego aún habían tenido que pedir un par de favores a otros pasajeros para poder sentarse los tres juntos a intercambiar las noticias más urgentes. Lena estaba entre los dos hombres; cada uno le tenía cogida una mano y, a través del tacto, ella podía sentir sin tener que usar siquiera sus poderes especiales, que ambos estaban muertos de miedo por lo que se avecinaba y que los dos pensaban que no le quedaba mucho tiempo de vida. Le habría gustado tranquilizarlos, pero no quería tener que mentir en ese asunto y tampoco podía decirles que no iba a pasar nada, porque no tenía ni idea de lo que iba a pasar y también ella temía que su padre y su novio tuvieran razón y este fuera el último viaje que harían juntos.

En voz baja, Max empezó a contarles lo que había decidido con Jara hasta que Lena lo interrumpió.

—Piénsalo para ti mismo, papá. Yo, si me permites, entraré y lo veré todo. Luego se lo pasaré a Dani.

Max asintió mientras se removía, inquieto, en el asiento. Lena entendió muy rápido qué le pasaba.

—No te preocupes. Solo miraré ese tema; no voy a bucear en tus recuerdos privados, papá.

Él se sonrojó ligeramente.

—No tengo secretos.

Lena se echó a reír.

—Todo el mundo tiene secretos. Y hay cosas que una hija no tiene por qué saber. Igual que al revés —terminó, guiñándole un ojo.

Max asintió y empezó a pasar revista mental a lo que habían acordado él y Jara. Al cabo de un minuto, Lena cabeceó afirmativamente, lo mismo que Daniel.

—Buena idea. Pero no sé si yo tendré tiempo para esa excursión. —Lena se

pasaba la mano por los ojos como si se le hubieran llenado de telarañas—. No tengo ni idea de lo que Sombra tiene planeado para mí y sobre todo no tengo ni idea de su cálculo de tiempo. Lo mismo nada más llegar tengo que marcharme de nuevo. Y esta vez no creo que podáis venir conmigo.

—Tendrás que convencerlo de que hay que hacer lo posible por salvar a *haito* — dijo Dani apretándole la mano.

—Tú lo has visto. Sabes que a Sombra no se le puede convencer de nada. Y que *haito* le parece prescindible.

—Tienes que intentarlo.

—Lo intentaré, por supuesto. —Lena dio un ligero apretón a las dos manos que sujetaban las suyas y cerró los ojos—. Tengo que pensar un rato.

—Duerme un poco, hija; te sentará bien.

—Sí, cariño, descansa.

Lena sonrió sin abrir los ojos. Era una maravillosa sensación sentirse querida, protegida, mimada. No duraría mucho, pero mientras durara valía la pena saborearla. Pensó en Nils; en dónde estaría, en si se sentiría solo, en si también tendría miedo por ella, por el mundo que estaba en peligro, por sí mismo. Trataría de llamarlo al llegar a Groenlandia.

Inspiró hondo y relajó todos los músculos. No sabía lo que le esperaba en la estación polar pero hasta ese momento había conseguido sobrevivir a todo lo que la vida le había puesto delante. Haría todo lo que estuviera en su mano y, si en esta ocasión ya no era posible sobrevivir, al menos podía decir que en sus diecinueve años había sentido, vivido, aprendido, experimentado más que otros en noventa. Había sido una hermosa vida, llena de amor, de protección, de misterio. No se podía pedir más.

En cuanto llegaran a Nuuk, se apartaría unos minutos y llamaría al número de R que su madre le había dejado en el móvil antiguo. No se le ocurría qué iba a decir, pero si Bianca, incluso en el límite de la vida y la conciencia en el que se hallaba, había reunido la fuerza necesaria para decirle que contactara con R, eso tenía que significar algo y quería saberlo antes de que toda su mente tuviera que concentrarse en otras cosas.

Luego tenía que solucionar el problema de los ángeles atlantes, enfrentarse a lo que fuera que su clan tenía escondido entre los hielos, reunirse con Sombra y, por fin, ocupar su lugar como nexo en una Trama de fuerzas cósmicas impredecibles.

Esos eran sus planes para las vacaciones de Halloween, si alguien quería saberlo. Planes para Navidad no tenía. Estaba casi segura de que no llegaría tan lejos.



Azul. Atlantis

Joelle, Arúa, Nele, Yerek y Nagai dejaron caer las manos que habían estado agitando en un saludo de despedida. Volvían a estar solos en la isla y eso, que siempre había sido maravilloso, de repente les daba una horrible sensación de aislamiento y soledad.

Después de las semanas pasadas en contacto con sus conclánidas se habían dado cuenta de que no había sido bueno vivir tantos siglos separados, perdidos en mitad del océano, sin compartir nada con los únicos seres que eran como ellos.

Cuando el *Black Shadow* se perdió detrás del horizonte llevándose al clan negro, todos se miraron sintiendo una tristeza desconocida.

—Pronto volveremos a vernos —dijo Joelle, tratando de sonar alegre.

—Y quizá sea el final —añadió Yerek, con su voz grave, más dulce ahora.

—¿Es lo que pensáis todos? Después de tantos siglos de espera y de trabajo, ¿ahora perdéis la esperanza?

—Él, no te ofendas —dijo Nele—, pero la mayor parte de nosotros estamos asustados, clánidas y familiares por igual. Mientras hacíamos planes y durante el cónclave todo era excitante, nuevo, fantástico, pero ahora, poco a poco... yo he estado hablando con los conclánidas... si pudieran, casi todos darían marcha atrás.

—¿Casi todos? —Los labios de Joelle estaban apretados, curvados hacia abajo.

—Salvo el Shane, que es un monstruo; Imre, que oculta algo y tiene sus propios planes, y posiblemente los gemelos, Rufus y León. Los demás amamos nuestro mundo como es y tememos que quede destruido.

—Todos votasteis a favor.

Yerek le puso una mano en el hombro.

—Y honraremos a nuestro clan, Joelle.

—¡Ánimo, conclánidas! —dijo Él, sonriendo voluntariosamente—. Solo estáis así por... algo como la depresión posparto. Ya no tenéis costumbre de estar solos en casa.

—De hecho —dijo Nele, mirando a Arúa significativamente—, nosotras nos vamos de aquí esta tarde. Yo casi no he tenido ocasión de ver el mundo y quiero hacerlo mientras aún sea posible.

—Yo también me voy, Él —dijo Nagai, como aprovechando la ocasión que se le brindaba.

—Tú no puedes moverte de aquí, Nagai —dijo Joelle imperiosamente—. De momento y hasta que no consiga hablar con Lena y la convenza de ciertas cosas, formas parte de la Trama. Tienes que estar siempre localizable.

—Estoy convencido de que Sombra me encontrará donde esté.

—Estáis todos locos. ¿No sabéis que la Muerte Roja anda por el mundo? Este es prácticamente el único lugar del planeta con garantías de evitar el contagio.

Los clánidas se encogieron de hombros.

—La naturaleza *karah* es fuerte, Joelle —dijo Yerek—, tú lo sabes. Y si de todas formas vamos a morir...

—¿Os habéis vuelto todos locos? ¿Por qué habríamos de morir? —Joelle empezaba a no comprender en absoluto a sus conclánidas.

—No tiene que ser la muerte, Él, te lo concedo; pero tú, precisamente tú, tienes que saber que, si se da ese contacto, el mundo no volverá a ser el que conocemos. Tanto si nos permiten pasar al otro lado como si son los otros los que vienen aquí, todo cambiará por completo. Yo quiero volver a ver las pirámides de Egipto, por si acaso.

—Así que tú también te vas, Yerek...

—Sí, querida *mahawk*. Si todo sale bien, nos veremos en la Trama muy pronto.

—Me abandonáis, entonces. Abandonáis Atlantis. Sois unos traidores, conclánidas.

—*Karah* va a abandonar su propio mundo, *mahawk*. Esa traición es mucho mayor —dijo Nele con suavidad.

—Eres la más joven de nosotros, no puedes comprender...

—Quizá por ser la más joven me siento en casa aquí, en este pequeño planeta azul que es todo lo que conozco, todo lo que tengo. La curiosidad me hizo votar a favor del contacto, pero ahora temo por mi mundo.

—¿Así que tú también te vas, Nagai? —Joelle se volvió hacia el clánida con una luz de esperanza en los ojos, con la ilusión de haberlo entendido mal. Nagai había participado más que ninguno de ellos en el plan; durante más de veinte años había vivido como *haito* en Innsbruck para poder engendrar la falsa esperanza del clan rojo. No podía creer que él también quisiera marcharse.

—Sí, Joelle. Quiero volver a ver a Brigitte.

—¿A Brigitte?

—La *haito* con la que conviví tanto tiempo; la madre de Clara.

—¿Por qué?

—Le debo una compensación, una explicación al menos.

—No le debes nada. No es más que una miserable *haito* que sirvió a nuestros propósitos, como tantos *haito* antes que ella.

—No tengo por qué convencerte de nada, *mahawk*. Es mi decisión. Honraré a mi

clan cuando me necesite; hasta entonces, mi tiempo es mío.

Lentamente, con gestos de despedida apenas esbozados, fueron alejándose, perdidos ya en planes para un futuro cercano que todos creían el último que alguna vez podrían vivir.



Blanco. Haito. Estación polar (Groenlandia)

Tanja cerró suavemente la puerta del cubículo que compartían Ritch y Anaís después de haberlos alimentado a ambos. Compartir *ikhôr* resultaba agotador, sobre todo para *haito*, por eso había preferido ir ella al cuarto de los jóvenes y retirarse al propio espacio en cuanto hubieran recibido bastante.

Nadie sabía cuándo se pondría todo definitivamente en marcha y era mejor tener ciertos asuntos arreglados antes de que empezaran a suceder cosas que ya no podrían controlar.

Había probado la sangre de los dos familiares para darse cuenta de cuánto *ikhôr* necesitarían. Muchos conclánidas no lo hacían jamás; se limitaban a alimentar a los suyos cuando suponían que les hacía falta o cuando más les convenía a ellos, y luego sus familiares sufrían toda clase de desarreglos. Ella siempre había sido una persona organizada, metódica, exagerada según Harrid, neurótica incluso, había llegado a llamarla.

¡Pobre Harrid! No había conseguido matarla como quería y ahora era él quien ya no se contaba entre los vivos. Pero era natural. Había nacido en el siglo XI. Aunque *karah* tratara de olvidarlo, eran tan mortales como cualquier otro organismo vivo.

Mientras caminaba hacia su habitación se pasó el dedo medio de la mano izquierda por los labios tratando de reconocer el sabor que se le había quedado en la boca. Extraño. Muy curioso. No conseguía saber a qué le recordaba. ¿Era posible que la sangre de uno de ellos hubiera conservado el sabor del último clánida que lo alimentó? ¿Procedería ese sabor de la sangre de Albert, de la de Emma?

Solo sabía seguro que conocía ese sabor, que lo había probado antes. Mucho tiempo atrás. Era un sabor antiguo, un sabor que le hacía recordar otras vidas.

No tenía importancia por el momento. Ya se acordaría. Ahora lo que necesitaba era descansar un rato, ya que dentro de un par de horas tendría que sacar el helicóptero para ir a recoger a Lena, Max y Daniel que tomarían tierra en el aeropuerto de Nuuk y era fundamental estar despejada.



Azul. Lima (Perú)

Nada más llegar a Lima, Nagai se despidió, aún en el puerto, de Rufus y León, los gemelos que desde hacía unas semanas y por decisión de todos los clánidas azules pertenecían a su clan. Durante el tiempo pasado en Atlantis habían entablado una amistad basada sobre todo en una afinidad de caracteres y en el hecho de que Rufus y León nunca se habían sentido del todo *haito* pero tampoco *karah* mientras que Nagai, después de tantos años de convivencia con una mujer *haito* y una hija mixta, había dejado de sentirse solo *karah* para empatizar cada vez más con la mayor parte de la población del planeta.

De hecho, había sido a lo largo de varias conversaciones con los gemelos que Nagai había llegado a la conclusión de que era justo regresar a Austria y darle a Brigitte alguna explicación de lo sucedido.

Era consciente de que, desde el punto de vista *haito*, el destino de Clara era una atrocidad. Como clánida, sin embargo, sabía que cuando diseñaron el plan parecía absolutamente necesario engendrar a una hija para sacrificarla y, así, proteger al nexo mientras crecía.

Ahora ya no estaba tan seguro de que fuera así. Se había dejado manejar por Joelle como todos sus conclánidas, suponiendo siempre que Él, la más sabia de todos ellos, habría sopesado todas las opciones hasta dar con la mejor. Pero la mejor, ¿para quién?

A él le había costado veinte años de fingimiento, de llevar una vida que no era la que deseaba, aunque tenía que reconocer que se había acostumbrado rápido y había acabado por gustarle.

A Brigitte le había costado un dolor infinito: perder primero a su marido, a quien adoraba, y luego a su hija y a su nieto cuando ya se había hecho la ilusión de que podría volver a ser feliz.

A Clara, a su Clara, le había costado la vida.

Y no era justo. No era justo.

Ni era decente que él, su mismo padre —porque en términos *haito* él era el padre de Clara, no un simple conclánida— la hubiera entregado como un cordero al

cuchillo del sacrificio. Una niña tan dulce, tan inteligente, tan guapa. Su pequeña.

Ahora quería intentar al menos que Brigitte comprendiera la situación y, si resultaba posible, tal vez que llegara a conocer a su nieto, a Arek. Aunque para eso tendría que conseguir que el clan rojo le dijera dónde estaba el niño.

Su nieto.

Tragó con desagrado una saliva amarga.

No. No iba a llegar a ese nivel de perversión pensando en el pequeño como «su nieto». No podía caer tan bajo. Era simplemente el nieto de Brigitte y para ella era importante. Eso bastaba.

‡ ‡ ‡

Rufus y León se quedaron mirando a Nagai —ahora de nuevo Hans Gärtner, ciudadano austriaco— hasta que se perdió en el interior del edificio de inmigración.

—¿Crees que se ha vuelto de verdad más humano? —preguntó Rufus.

León se encogió de hombros.

—Quizá un poco. Cuando está con nosotros. En cuanto está rodeado de conclánidas vuelve a ser puro *karah*.

—A veces me pregunto por qué nos hacía tanta ilusión conocerlos, presentarnos, que nos aceptaran entre ellos.

—Ahora somos clánidas azules. No está nada mal lo que hemos conseguido.

Cuando hablaban solos los dos, ambos tenían la sensación de que la conversación era realmente un monólogo ya que casi sabían o al menos intuían lo que el otro estaba a punto de decir.

—¿Conseguido? Lo que hemos conseguido ha sido contribuir con los conocimientos de toda una vida para que luego nos digan que no habría hecho falta, que ni Sombra ni el nexo necesitan nada de lo que estábamos tan orgullosos de poder ofrecer.

—Nos han reconocido como conclánidas.

—No te engañes, hermano. Siempre seremos mediasangres.

—«En lo puro no hay futuro», como dice Jarabe de Palo.

—«En lo puro no hay futuro, la pureza está en la mezcla, en la mezcla de lo puro que antes que puro fue mezcla» —cantaron juntos.

—¿Volvemos a casa?

—¿Y perdernos el final? ¿Y morir de gastroenteritis de diseño en Río? ¡Qué vulgaridad!

Se sonrieron.

—¿Entonces?

—A España, hermano. Es allí donde se decidirá todo.

—Pues vamos rápido antes de que empiecen a cancelar todos los vuelos. Haz el favor de cojear más, a ver si hay suerte y nos ahorramos la cola.



Blanco. Nuuk (Groenlandia)

Lena echó una mirada a los dos hombres y la mujer que, sentados a una mesa del único bar del aeropuerto de Nuuk, tomaban café esperando a que ella terminara de hablar y cerró los ojos con fuerza mientras los pitidos del móvil sonaban en su oído. Le daba seguridad saber que estaban cerca: su padre, su novio y su conclánida Tanja Kurova-Gutridottir, clan blanco como su madre, como ella misma, que había venido a recogerlos en helicóptero, dejando a Ritch y a Anaís en la estación polar.

Notaba el estómago contraído mientras sonaba el teléfono. Sin saber por qué, no quería hablar con aquel clánida, por muy cercano a su madre que hubiera estado siempre. Debería haber sido él quien, dos años atrás, se hubiera preocupado de contactar con ella al enterarse de que Bianca había muerto y ella estaba sola, sin guía, sin saber siquiera quién era de verdad.

¿Por qué no la había llamado en tantos meses? ¿Por qué no se había presentado en Atlantis durante el cónclave? ¿Dónde estaría ahora? ¿En qué lugar del mundo estaría sonando su móvil? ¿Qué aparecería en el *display*? ¿Bianca? ¿Esperaría Ragiswind que ella dijera «Bianca» cuando se estableciera por fin la comunicación?

Al cabo de tantos pitidos que había perdido la cuenta, el teléfono quedó mudo. Lena apoyó la frente contra la pared. Estaba fría. Como el interior de sí misma.

Cerró el móvil, se lo guardó en el bolsillo y fue a reunirse con los demás. Ya lo intentaría más tarde.



Negro. México D.F.

Ragiswind sintió la vibración del móvil en el bolsillo de la americana, justo sobre su corazón que, en ese instante, empezó a latir con mayor rapidez.

Era imposible que nadie lo llamara a ese número que solo conocía Eringard. Y Eringard estaba en ese momento con Luna, a unos metros de él, negociando con uno de sus hombres de confianza en el aeropuerto de México D.F. para poder seguir vuelo hacia Canadá.

Todo el aeropuerto era una locura, a pesar de que no habían visto a ningún afectado por la misteriosa plaga, la gente estaba tensa, nerviosa, algunos francamente histéricos, y las miradas empezaban a ser de recelo, como los clánidas recordaban de otros tiempos, en los comienzos de la peste negra. Todo el mundo buscando un chivo expiatorio a quien cargar con las culpas. Estaba seguro de que, si las cosas seguían así, pronto se empezaría a hablar de la llegada del Anticristo y eso complicaría aún más la situación. Era fundamental llegar cuanto antes a su destino, antes de que *haito* entrara en una espiral de violencia y locura incontrolables.

El Shane había hecho a *karah* un flaco servicio en el peor momento de toda su historia sobre el planeta, y pagaría por ello en cuanto hubiese ocasión.

Mientras sus conclánidas hablaban con el contacto mexicano, un hombre recio de frondoso bigote, sintió vibrar el aparato durante lo que le pareció una eternidad sin decidirse a sacarlo allí, delante de todo el mundo, y mirar quién era la persona que, imposiblemente, lo estaba llamando. Luego la vibración se apagó justo cuando Eringard, con una sonrisa, se giraba hacia él haciéndole un gesto de O.K. y el mexicano los precedía por un pasillo que llevaba presumiblemente a un avión que los sacaría de allí.

Aprovechando que era el último de la fila, metió la mano en el bolsillo interior, sacó el móvil y echó una rápida ojeada al *display*.

Lógicamente, en la pantalla aparecía un número desconocido, sin indicación de nombre.

No iba a tener más remedio que llamar y enterarse de qué estaba pasando. ¿Ya mismo? ¿Debía llamar en ese mismo instante o sería más sensato esperar, reflexionar

y hacerlo más adelante, ya en Canadá o en Groenlandia?

En cualquier caso, lo que tenía que hacer era llamar a Lena para avisar de su llegada a Nuuk y, sobre todo, para tratar de arreglar el asunto de la participación de Eringard y la suya como arcontes en la Trama. Pero eso ya lo haría más tarde, mientras que el otro asunto podía ser crucial. ¿Quién sería el que estaba tratando de ponerse en contacto con él? ¿Y para qué?

Salieron a un hangar donde un avión de pequeño tamaño esperaba con los motores encendidos. Por las ventanillas se veían pasajeros con la cara cubierta por mascarillas quirúrgicas. Oyó sin prestar mucha atención que el mexicano le explicaba a Luna algo de que había que darse prisa y que con ese aparato llegarían a Nueva Orleans sin problemas. Allí podrían tomar un avión de línea a Nueva York que ya estaba reservado y de ahí pasarían a Canadá en tren. Luego se ocuparía su contacto canadiense.

Si no llamaba de inmediato al número desconocido, en cuanto embarcaran en ese dudoso aparato lo más probable era que ya no pudiera hacer ninguna llamada hasta que volvieran a estar en tierra, de modo que echó una mirada circular, descubrió un signo de WC y, con unas señas claras a sus conclánidas, que fueron recibidas con miradas de exasperación, se dirigió a toda prisa al lavabo mientras apretaba el botón de rellamada.

Nada más cruzar la puerta, alguien contestó. Ragiswind se apoyó en la pared con los ojos cerrados para favorecer la concentración. Oía fuertemente a orina y a desinfectante. Un grifo mal cerrado dejaba caer rítmicamente una gota sobre la porcelana del lavabo. No había nadie más.

La persona que había contestado se limitaba a guardar silencio, esperando que fuera él quien comenzara a hablar. Aguardó unos segundos, pero no tenía tiempo que perder; no podía esperar a ver quién tenía más aguante.

—¿Quién es usted? —acabó por preguntar.

—Usted me está llamando a mí. Es usted quien debe identificarse, ¿no le parece? —La voz era joven y femenina. ¿Lena? ¿Era posible que se tratara de Lena? ¡Claro que era posible! ¡Era perfectamente lógico! Bianca debía de haberle dejado a su hija aquel teléfono en herencia; la única forma de contactar con Ragiswind, su compañero de conspiración.

Suspiró con alivio. Ahora podría matar dos pájaros de un tiro.

—Sabes muy bien quién soy, conclánida. Tú me has llamado hace unos minutos, pero te ayudaré: soy Ragiswind. ¿Querías hablar conmigo?

—Sí. —Desde que había oído su voz, Lena estaba dándole vueltas a dónde la había oído antes; esa dicción culta, ese tono grave; una hermosa voz de bajo—. Necesito hablar contigo, *mahawk*.

—Hace mucho que nadie me llama así.

—Te llamo como te corresponde. Por lo que yo sé, nunca dejaste de ser *mahawk* del clan negro, pero al desaparecer sin explicaciones, tuvieron que elegir a otro. A

Imre.

—Estás bien informada. Dime ¿qué quieres de mí?

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Ni yo misma lo sé. Es difícil de explicar.

—No tengo apenas tiempo.

—¿Dónde estás?

—Tratando de llegar a Nuuk.

—¿A Nuuk? —El destino del *mahawk* negro la pilló por sorpresa. Ni lo sabía, ni acababa de entender qué pensaba hacer reuniéndose con lo que quedaba del clan blanco en Groenlandia.

—Eringard, Luna y yo necesitamos hablar contigo. ¿Te ha llamado ya Joelle?

—No. —Las cosas estaban empezando a complicarse de una forma increíble.

—Al parecer hay algún tipo de error en la lista de arcontes. Eringard y yo tenemos que formar parte de la Trama. Solo los clánidas representados por un arcano del Tarot podemos ser arcontes.

Hubo un silencio por parte de la muchacha que Ragiswind no interrumpió hasta que, pasado un minuto en el que casi se la podía oír pensar, el *mahawk* negro, consciente de que el tiempo apremiaba, añadió:

—Pero eso no importa ahora. Tú decías que me necesitabas...

—Sí —interrumpió ella. Él continuó como si Lena no hubiese hablado.

—... y lo que el nexa necesita es más importante que cualquier otra cosa. Dime lo que puedo hacer por ti.

Lena carraspeó y se aclaró la garganta.

—No por mí, *mahawk*. Bueno... también por mí, claro... —Hubo otra pausa—. Tienes que ayudar a mi madre.

—¿A tu madre? —Esta vez la voz de Ragiswind sonó casi chillona—. Tu madre está muerta, criatura. No es posible que no lo sepas.

—No. No lo está.

En ese momento se abrió la puerta del lavabo y Luna empezó a hacer gestos perentorios que dejaban bien claro que no había tiempo que perder. En el espejo polvoriento, el rostro de Ragiswind era una mancha blanquecina.

—Bianca murió hace dos años y medio en Viena —insistió Ragiswind, hablando despacio como para convencer a un niño pequeño, para que todo quedara claro y no hubiese lugar a dudas.

—¡Maestro! —La voz de Luna se oía con toda claridad en Nuuk; incluso el tono apremiante que el clánida apenas podía controlar—. Os estamos esperando. Si no vamos ya, despegarán sin nosotros.

—Ven a Nuuk, *mahawk* —dijo Lena en voz neutra, haciéndose cargo de la situación—. Te lo explicaré todo.

Ragiswind sabía que no tenía tiempo para seguir parlamentando, pero sabía

también que tenía que aprovechar la ocasión y dejar el asunto zanjado.

—No sé lo que quieres de mí, niña, pero te digo desde este mismo momento que el precio es que Eringard y yo formemos parte de la Trama. Si estás dispuesta a aceptarlo, iremos a Nuuk y te ayudaré en lo que necesites. Si no, desapareceremos y nunca nos encontrarás.

—¡Maestro, por Júpiter! ¡Daos prisa! —Luna mantenía la puerta abierta y seguía haciendo gestos con la mano libre.

—De acuerdo, *mahawk*. Llámame cuando lleguéis a Nuuk.

Ragiswind colgó mientras corría ya tras de Luna en dirección al aparato que los esperaba. Aún no sabía qué pensar ni qué sentir. Por un lado había conseguido la palabra de Lena de que participarían en la Trama. Por otro, ese enigma de Bianca lo estaba empezando a volver loco y no sabía si era una argucia, un error, una mentira, o una verdad absolutamente incomprensible. Pero en cualquier caso, si Bianca estaba viva, todos sus planes tendrían que cambiar.



Blanco. Nuuk (Groenlandia)

En cuanto se cortó la comunicación, Lena vio que había recibido un mensaje de texto. De Joelle.

«Tenemos que hablar, Lena. La lista de arcontes de la Trama que nos has enviado no puede funcionar. Ponte en contacto cuanto antes, a ser posible por videoconferencia».

Soltó un bufido y se dirigió hacia la mesa donde esperaba su gente. Sombra había aceptado su lista. No era posible que hubiese ningún tipo de error. ¿O sí? Tenía la sensación de que las cosas iban cada vez peor y no había nada que le apeteciera más en el mundo que desaparecer, quitarse de en medio y dejar que los mayores se ocuparan de todo.

¡Una vida deseando ser mayor y ahora le encantaría volver a la infancia!

Su móvil volvió a vibrar. Un mensaje de texto de Nils: «Sigo esperando que pase algo. Pienso en ti. Te extraño tanto que duele».

Se sentó a la mesa donde los otros tres levantaron la vista para acogerla con una pregunta en los ojos.

—Ragiswind, Eringard y Luna vienen hacia aquí. Quieren participar en la Trama. Joelle dice que la lista de los arcontes que he elegido no es correcta. —Resumió, sin decir una palabra sobre el trato que había hecho con Ragiswind. Ellos no sabían que Bianca no estaba del todo muerta y no le parecía el mejor momento para que se enteraran—. ¿Tú lo conoces, Tanja?

—No. Nunca llegamos a coincidir. Solo sé lo que se dice de él: que siempre consigue lo que desea. Pero también se decía de Lasha, y ya ves.

—¿Qué?

—Que no conseguí matarme.

—¿Lasha trató de matarte? —preguntó Max, escandalizado.

Tanja sonrió.

—Esa es siempre la primera solución que se le ocurre a *karah*. Harrid no quería que abriéramos la puerta; la solución evidente era diezmar su propio clan para que no hubiera suficientes arcontes blancos. Por eso mató a Albert.

—Pero entonces sí que ha conseguido lo que buscaba. De hecho ya no hay más posibilidades y la verdad es que me extraña muchísimo que todos sigáis haciendo como que no hay ningún problema —dijo Daniel, mirándolos uno tras otro como esperando una respuesta.

—Yo, personalmente —dijo Tanja después de aguardar unos segundos por si Lena quería hacerse cargo de contestar—, creo que todo eso de la pureza de sangre y los cuatro clanes y demás son meras leyendas, zarandajas que se han ido creando y amontonando al correr de los siglos para justificar nuestro aislamiento, nuestra violenta competitividad. Estoy convencida de que da igual de qué clan sean los arcontes y de lo puro que sea su *ikhôr*. Sombra no está preocupado por la falta de un arconte blanco, ¿verdad, Lena?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces —preguntó Max—, ¿tú para qué crees que sirven los arcontes?

Tanja se pasó la mano suavemente por las ondas pálidas de su pelo.

—Ya sé que suena a tomadura de pelo y que mis colegas científicos de cualquier especialidad querrían quemarme junto con todos mis títulos universitarios y mis publicaciones, pero al correr de los tiempos he llegado a la conclusión de que se trata de crear una red de energía de tamaño planetario que empieza a desarrollarse cuando doce clánidas y un nexo se colocan en puntos clave llamados nodos. Esas cuestiones de la pureza de la sangre deben de habérsenos contagiado de *haito* al correr de los siglos. No creo que importe demasiado de qué clan sean, mientras sean *karah*.

»Es posible que Sombra u otra entidad similar tenga que unirlos o canalizarlos de manera que todos juntos formen algo que produzca un impulso energético que sea reconocido por el otro lado. Por usar un ejemplo sencillo, sería como cuando dos equipos de ingenieros comienzan la construcción de un túnel por ambos lados de una montaña hasta que se encuentran en la mitad. O bien se trata de lanzar una señal para que los otros sepan que estamos listos y pongan el resto.

—Pero ¿qué clase de energía podría hacer algo así? —preguntó Daniel, fascinado.

—Ni idea. Ritch y yo lo hemos hablado mucho y, obviamente, los dos tenemos una inmensa curiosidad pero casi ninguna respuesta.

—Entonces, más que abrir una puerta, sería tender un puente o cavar un túnel —dijo Max.

—Da igual cómo lo llares, pero a mí me gusta más la imagen del túnel, aparte de que, estirando mucho las metáforas y las posibilidades, y citando a Ritch que es más imaginativo de los dos, puedo figurarme una especie de singularidad creada a propósito, de agujero de gusano portátil, digamos, que se puede abrir a voluntad en cualquier lugar del universo para comunicar el mundo originario con otro punto donde previamente hayan sido enviados seres como nosotros, con la capacidad de abrir esa comunicación. No creo que pueda hacerse, pero tengo que confesar que suena atractivo.

—O sea, que *karah* sería una especie de embajador, de enviado a otros mundos

para contactar.

—Posiblemente —dijo Tanja con una pequeña sonrisa complacida.

—Según Sombra —intervino Lena que hasta ese instante había seguido con interés pero en silencio la conversación de los demás—, *karah* es un instrumento de contacto, sí, pero no son enviados, ni embajadores ni nada tan altisonante. *Karah* es una herramienta. —Todos la miraron sin saber bien cómo tomarlo—. Prescindible —añadió.

Nadie dijo nada y cuando quedó claro que estaban esperando más información, Lena se vio obligada a seguir hablando.

—Me temo que a lo largo de los siglos, o de los milenios, *karah* ha exagerado un poco el esplendor de su existencia y de su misión, por llamarla de algún modo. Estoy empezando a pensar que no hay ningún *glamour* en ello. Hemos sido creados para contactar. Punto.

—Es un concepto interesante —dijo Tanja entornando los ojos—. Un concepto que, en caso de confirmarse, no gustará a los conclánidas. —Eché una mirada al enorme reloj lleno de diales que llevaba en la muñeca—. Detesto daros prisas, pero hay que marcharse. Tenemos autorizado el despegue para dentro de unos minutos.

Todos se pusieron de pie. Tanja y Lena echaron a andar por el pasillo, delante de los dos hombres.

—En ese caso —dijo Max a Daniel quedándose un poco atrás para que no lo oyeran ellas, nadie nos garantiza que los del otro lado sean en absoluto parecidos a nosotros.

—No te sigo —dijo Daniel poniéndose a su lado.

—Lo mismo son tonterías mías, pero imagina que los humanos, por lo que sea, queremos contactar con los habitantes de las profundidades abisales... no sé... medusas gigantes o peces ciegos o lo que sea...

—Vale.

—Entonces lo que enviamos como herramienta de contacto es algo que pueda sobrevivir en ese medio, ¿no? O bien robots con capacidad de aguantar las condiciones extremas del fondo del océano, o bien, si nuestra ciencia da para tanto, algún tipo de ser orgánico más o menos parecido a los seres con los que queremos contactar. ¿Me explico?

—Sí, está claro.

—Pues en ninguno de los dos casos los seres que establecen el contacto se parecen lo más mínimo a nosotros, los humanos. Lo que significa que las medusas de las profundidades no tendrían ni idea de con quién iban a jugarse los cuartos al aceptar que se diera esa comunicación.

—O sea, que tú piensas que puede ser una trampa.

Max se encogió de hombros.

—No necesariamente una trampa, pero sí una forma de predisponernos a desear ese contacto. Si los encargados de construir el «túnel» tuvieran aspecto de pulpos

caníbales, por exagerar un poco, los humanos llevaríamos siglos en guerra con ellos y ni se nos ocurriría tratar de abrir esa puerta.

—Tampoco nos han preguntado.

—Sí. Eso es lo que más me preocupa —dijo bajando aún más la voz—, que a pesar de todo, *karah* está llevando adelante el plan sin pensar para nada en *haito*. Yo pensaba que se trataba de su maldita prepotencia, pero ahora empiezo a creer que no pueden evitarlo, que a lo mejor fueron creados precisamente para eso, sin más. Para abrir ese contacto sin consultar con nadie, como fue previsto por sus amos, por sus creadores. Y eso me da escalofríos.

—Me estás asustando de verdad, Max.

—Ya. Es justo como me siento yo.

—Pero Lena ha pedido a una escritora que narre la historia y pronto podrá hacer una consulta *online*.

—Dani, por favor, no me digas que una encuesta *online* para lectores de novelas fantásticas te parece una cosa seria. Es una simple coartada, aparte de que mi hija ni siquiera se ha comprometido a hacer lo que opine la mayoría.

—¿Crees que miente? —Dani sonaba entre ofendido y escandalizado.

—Creo que Lena es una buena chica que no quiere sentirse culpable porque ha recibido una sólida educación *haito*, pero que en la base, y cada vez más, es el nexo de los cuatro clanes de *karah*. Todo león nace carnívoro, Daniel, y no se le puede adiestrar para ser vegetariano. Solo hay que procurar no estar cerca cuando empieza a tener hambre.



Blanco. Nexo. Estación polar (Groenlandia)

Ritch los estaba esperando en el helipuerto dando saltos de impaciencia. Lo vieron ya desde arriba, mientras Tanja inclinaba el aparato para el aterrizaje y todos sonrieron al verlo hacerles amplios saludos con los dos brazos en mitad de la extensión helada, violentamente blanca, donde su figura era un monigote verde y naranja.

—Es agradable volver a casa y que alguien se alegre —comentó Tanja—. Hacía décadas que no me había pasado.

—Yo no estoy seguro de que sea alegría —dijo Max. Pero su voz se perdió en el estruendo del rotor.

En cuanto se posó el aparato, Ritch se acercó a toda carrera, abrió la puerta del piloto, agarró a Tanja y casi la arrastró al exterior.

—¡No te lo vas a creer! ¡Ven enseguida! No sé qué le pasa, pero está reviviendo... está cambiando todo... ¡ven rápido!

A Tanja se le desorbitaron los ojos y salió corriendo detrás de Ritch haciéndole señas a los demás de que los siguieran. Max y Dani echaron a correr también, contagiados por ellos. Lena, por el contrario, se quedó rígida al pie del helicóptero sin que nadie se diera cuenta.

Todos sus sentidos, los normales y los que hasta ese momento ni siquiera sabía que poseía, se acababan de ver asaltados por un flujo de percepciones tan enorme que casi le habían provocado un *shock* que la estaba inmovilizando para darle tiempo a procesar toda la información que había empezado a caer sobre ella como un avalancha.

Nunca había sentido nada tan poderoso como lo que había allí, algo que la inundaba, ahogándola con su reconocimiento, proporcionándole una especie de euforia que no la dejaba respirar.

De un segundo a otro, el paisaje congelado, liso y blanco que la rodeaba se había convertido en un caleidoscopio de colores que giraban a su alrededor intentando acariciarla, entrar en ella, instalarse entre las células que formaban su cuerpo de carne. Los olores se despeñaban sobre ella enloqueciéndola con su intensidad; el crujido de las pisadas de los que ya ni siquiera estaban al alcance de su vista sonaba

como una cascada, pero llena de matices, como si mil instrumentos distintos estuvieran ensayando sin conseguir todavía unirse en una melodía única.

Sintió el sabor del frío como una suavidad cremosa y azul que olía a frambuesas y chisporroteaba como una bengala. En una sucesión de relámpagos se sintió unida a todos sus conclánidas repartidos por el mundo y supo con total precisión qué estaban haciendo y sintiendo en ese instante.

Su propia mano era la que acariciaba la frente helada de Bianca mientras Imre la contemplaba con un desgarramiento impotente, ahogándose de deseo de que abriera los ojos y lo mirase de nuevo. Dominic paseaba como una fiera enjaulada por la terraza de un apartamento en Roma desde el que se veía el río y la Isla Tiberina; sentía su impotencia, su desesperación al pensar qué le habría pasado a Eleonora y sobre todo dónde estaría Arek y con quién. Al otro lado del río, Flavia se estaba dando un baño de espuma en una enorme bañera circular de mármol blanco y cada vez que oía un crujido en la casa, a pesar del musculoso y letal guardaespaldas que protegía la puerta, se encogía temiendo que hubiese llegado el misterioso asesino que acabaría con ella como ya había hecho con sus dos conclánidas, Mechthild y Miles. El corazón de Lena se aceleraba con el miedo de Flavia.

Sentía el dolor de los labios mordidos de Alix, que acariciaba la espalda desnuda de Maël mientras él dormía en una gran cama con dosel de seda negra y ella veía por televisión, sin volumen, las imágenes de cómo la plaga desatada por el Shane se iba extendiendo por el mundo. Sabía que se habían refugiado en un palacete de caza en la zona del Loira que le pertenecía, cambiando de nombre, desde hacía más de cuatro siglos y, desde que habían llegado, se había entregado simplemente al amor de Maël sabiendo que pronto alguien vendría a arrancarla de su lado para que pudiera participar en la Trama.

El sabor del *southern comfort* que Gregor tomaba lentamente en un pequeño bar de La Valetta, llenaba su boca, mientras contemplaba la extensión dorada del gran puerto maltés, sintiendo los rayos del sol poniente acariciarle cálidamente el rostro, tratando de dejar la mente en blanco y gozar conscientemente de aquellos simples placeres que siempre habían sido evidentes y que quizá no volvería a disfrutar. Lena era Gregor, pensando por un momento volver a su sanatorio suizo, decidiéndose en contra por fin; sabiendo que aquello ya no le interesaba. Solo había formado parte de un plan durante veinte años. Recordaba el ataque de los turcos allí mismo, en Malta, en el siglo XVI, cuando él era caballero hospitalario. Había sobrevivido entonces. Ahora, si sobrevivía, cambiaría de ambiente y de profesión. Empezaría de nuevo. Acababa de decidir que no pasaría al otro lado.

Nele y Arúa estaban tomando un desayuno temprano en un hotel de San Francisco y, aunque estaban calladas y parecían concentrarse en los platos que iban eligiendo, ambas sentían que habían cometido un error al permanecer encerradas tanto tiempo en Atlantis bajo la tutela de Joelle, dejándose arrastrar por el entusiasmo de los demás clánidas para acabar dando su voto a algo que era una locura y que,

realmente, no deseaban. Nele se había cortado el pelo. Lena disfrutaba la sensación de pasarse la mano por la nuca y sentir los pelillos tan cortos. Arúa llevaba un diamante en el anular que destellaba al sol mientras removía su café; le daba satisfacción mirar un objeto tan bello. Ambas estaban nerviosas y un poco tristes. Tenían planes de salir a caminar por la ciudad, a mezclarse con la gente antes de que se declarase una cuarentena. Lamentaban llevar tanto tiempo alejadas de la civilización.

Luna contemplaba el paisaje por la ventanilla de un tren. Bajo la primera luz de la mañana los bosques parecían arder amarillos, rojos, naranjas... recortándose contra un cielo imposiblemente azul. El *Indian Summer* se desplegaba ante él en toda su magnificencia mientras el tren los llevaba hacia el norte, hacia la frontera de Canadá. Ragiswind y Eringard se habían ido a la cafetería y él había estado intentando sin éxito ponerse en contacto con Jara, lo que hacía que estuviera de un humor de perros. Nunca hubiera debido salir del valle del Tiétar. Se sentía absurdo, agotado, estúpido, como si una parte de su ser hubiera hecho una regresión a la infancia y hubiese perdido la capacidad de decidir sobre su vida y sus actos. Su cuerpo se sentía como una cuerda elástica tensada hasta el máximo a punto de soltarse y convertirse en un látigo.

En el vagón restaurante Lena percibió la presencia del clánida más viejo que había conocido desde que había entrado en relación con *karah* y, por puro impulso, retrocedió para evitar su contacto directo. No sabía si él podía darse cuenta de que ella lo miraba y prefería que no lo supiera, pero no pudo evitar echar un rápido vistazo a su mente y se quedó perpleja. Su mente era lisa, pulida, estaba cuidadosamente guardada y era como asomarse a un espejo que no reflejaba nada más que a la persona que se inclinaba sobre su superficie. En el interior de Eringard, por el contrario, se movían pensamientos azules como jirones de niebla que a veces tomaban la forma de clánidas que Lena conocía. —Luna estaba muy presente en sus imágenes mentales, y Bianca, y Joelle— y a veces escenas, probablemente imaginadas, en las que se veía junto con Ragiswind caminando por paisajes como sacados de ilustraciones de *fantasy*. Ambos estaban deseando que comenzara el contacto con el otro lado y estaban dispuestos a cualquier cosa por lograrlo.

Yerek estaba absorto en la puesta de sol tras las pirámides. Se había sentado frente a la Esfinge y, por primera vez en muchos años, había encendido un cigarrillo turco que se iba quemando lentamente entre sus dedos y ponía un delicioso cosquilleo en sus pulmones y en los de Lena. Encontraba reconfortante contemplar las ruinas de épocas históricas que no recordaba personalmente, que ni siquiera asociaba con ningún conclánida que él hubiera conocido. Se levantó un vientecillo helado y lo recorrió un escalofrío; hacía tiempo que no había tenido frío y lo encontró agradable.

Envuelta en un pareo azul, Joelle estaba comiendo un mangostán en la veranda de su *bungalow* frente al mar, consumida de impaciencia por el silencio de Lena, y aún furiosa por la traición de sus conclánidas. Frente a ella, en una mesa baja, una tirada

de Tarot le ofrecía un mensaje incomprensible, una comunicación a la que no conseguía encontrarle el menor sentido. Las cartas estaban sujetas por piedras redondeadas y grandes conchas para evitar que el viento las arrastrara. Lena las miró sin comprender.

En la terraza de un hotel en Sídney, con una copa de champán en la mano y un aspecto totalmente nuevo, Emma miraba el edificio de la ópera, brillantemente iluminado, recordando la obra a la que había asistido apenas unas horas atrás: *Alceste*, de Willibald Gluck. Le habría gustado oír a Lucia Popp en *La flauta mágica*, pero Lucia Popp había muerto hacía tiempo. Igual que Albert. Su tiempo con Albert se había acabado; ella no podría ofrecer su vida por la de él como sucedía en el mito de Alceste. Tampoco se llegaría a un final feliz. Su interior era un paisaje rocoso. Estaba deseando que Sombra viniera a buscarla. Estaba deseando vivir la catástrofe.

En otro lugar de Australia, Jeanette acababa de meterse en su cama con un suspiro de felicidad. Unos pensamientos relativos a sus conclánidas le pasaron por la mente pero los apartó como moscas molestas y se quedó dormida pensando en que, apenas saliera el sol, haría que le ensillaran a *Deep Shadow*, el mejor caballo de su cuadra, y cabalgaría un par de horas por el desierto. La penumbra del cuarto era fresca, relajante, invitaba a olvidar.

Unas figuras de colores danzaban alegremente sobre sus ojos mientras una música suave sonaba en algún lugar de una casa de techos muy altos. De vez en cuando un rostro sonriente entraba en su campo de visión y unas manos cálidas le hacían cosquillas. Arek era el único conclánida feliz en todo *karah* y Lena, por un instante, sintió la tentación de quedarse junto a él, dentro de él, y olvidar el resto del mundo.

El Shane, quieto como una sombra roja, miraba hincharse las olas del océano como un gigantesco mar de brea. Respiraba superficialmente, una respiración de reptil que lo aislaba de todo. Su mente era un revoltijo de imágenes de muerte teñidas de colores circenses. Lena apartó la atención de él.

En lo alto de la pirámide del sol en Teotihuacán, Nils se acababa de poner las gafas oscuras y pensaba intensamente en ella, en cuánto le gustaría estar con Lena, viendo la luz inundar poco a poco el gigantesco recinto aún vacío de turistas. Había pasado la noche allí, en soledad, esperando el momento en que todo diera comienzo, rogando porque Sombra viniera a llevarlo a ocupar su lugar en la Trama, pero no había sucedido. Empezaba otro día, la plaga se iba extendiendo y hasta la sensación de inminencia se iba diluyendo poco a poco como la sangre en el agua. Apretó fuerte entre las manos una pulida piedra de obsidiana y empezó a bajar los escalones para volver a la ciudad. Durante unos momentos, Lena se abrazó a él y su cuerpo inexistente se superpuso al del hombre haciéndole sentir su presencia, dándole calma y alivio.

En el mismo instante, con un estremecimiento, Lena vio a Nagai avanzar por el familiar jardín de la casa de Clara. ¡Había vuelto a Innsbruck! Supo que había decidido hablar con Brigitte, con la que había sido su esposa durante tanto tiempo,

explicarle las cosas, ofrecerle algo de consuelo. Estaba tenso, sentía un ahogo en el pecho mientras sus dedos apretaban las llaves que hacía casi tres años que no utilizaba. Lena sentía el metal, los picos fríos de las llaves en su mano. Había tratado de localizar a Brigitte por teléfono sin éxito y ahora había decidido por fin pasarse por la casa sin más, sabiendo que no quedaba mucho tiempo. Lena compartió con él su recuerdo de Clara, su pena por lo pasado, su satisfacción de estar haciendo lo único que podía hacer ya.

Todas las imágenes, las sensaciones, los olores, los pensamientos que llegaban a su mente eran absolutamente simultáneos. Lena, admirándose de sí misma, podía percibirlo todo a la vez, en el mismo momento, y con la misma claridad, como si estuviera en presencia de un Aleph que solo reflejara a *karah*, que le mostrara a todos sus conclánidas sin superponerse ni valorar: sus sensaciones, sus pensamientos, sus sentimientos, sus esperanzas, temores y deseos.

Vio a Tanja y a Ritch, agitadísimos, ya vestidos con los trajes de protección biológica total, entrar en un pasaje vivo que la llamaba con una intensidad insoportable; compartió su entusiasmo por lo que estaban viviendo, su chispa de temor, su agradecimiento y, sin decidirlo ni darse bien cuenta de lo que estaba haciendo, su cuerpo se puso en marcha hacia la estación, dispuesta a encontrarse con lo que la llamaba.



Azul. Haito. Innsbruck (Austria)

Al entrar en el que había sido su piso durante dos décadas, Nagai no pudo evitar un suspiro de angustia. Veinte años no era mucho para un clánida, pero habían sido veinte años muy intensos porque era la primera vez que compartía su vida con una *haito* y que le había resultado necesario pasar por humano durante tanto tiempo seguido. Había sido también la primera vez que había conseguido reproducirse y, aunque la niña no era más que mediasangre, aún recordaba la ola de orgullo que lo había inundado al tomarla en sus brazos por primera vez, en el hospital.

Ahora, viendo las fotos enmarcadas de la preciosa muchacha en la que se había convertido su pequeña, sintió un ahogo en el pecho al pensar que estaba muerta y enterrada. Por su propia decisión, por su orgullo de clánida.

La casa estaba limpia y ordenada; olía ligeramente a naranja y canela, como le gustaba a Brigitte, y, aunque era un día gris, los colores alegres del salón recordaban más a la primavera que al otoño.

Paseó por la casa recorriendo todas las habitaciones, esperando encontrar alguna pista de Brigitte. Pero ¿qué pista iba a encontrar si ella no tenía a quién dejarle una nota, si su marido la había abandonado y su hija estaba muerta?

En el dormitorio la cama estaba hecha, pero con la colcha arrugada. Era evidente que se había tumbado un rato, seguramente vestida, y luego, al levantarse, no había alisado la cama, lo que era muy raro en ella. Pero ahora vivía sola; quizá hubiese cambiado de costumbres.

Sobre la mesita, cubierta por una fina capa de polvo, también poco habitual en la que había sido su mujer, había varias cajas de pastillas, tranquilizantes y somníferos en su mayoría, y una cinta de contestador telefónico.

La cogió, fue a la cocina, donde estaba el teléfono fijo, y metió la cinta porque de repente le apetecía oír la voz de Clara, que era quien había grabado el mensaje. A menos que Brigitte lo hubiera cambiado.

Sonó como él la recordaba: limpia, alegre y con un ligero tono de picardía. «Hola, aquí Brigitte, Hans y Clara Gärtner. En este momento no nos pillas en casa, pero nos alegramos de que hayas llamado. Deja tu mensaje y te llamamos nosotros, ¿vale?».

Creía que no había mensajes, pero un ligero carraspeo lo detuvo. Alguien había llamado y, por un momento, estaba pensando si iba a hablar o no. Volvió a sonar el carraspeo indeciso y luego una voz conocida pero que no esperaba oír nunca más lo dejó clavado en la cocina.

—Mmm... hola, Brigitte. Hola, Clara. Soy Bianca. Estoy tratando de localizar a Hans pero no me coge el móvil y, como es importante, no tengo más remedio que repetir lo que ya le he dejado en el buzón de voz. No lo oigáis vosotras para no estropearos la sorpresa, ¿de acuerdo? —Hasta ahí la voz sonaba ligera y juguetona. Bianca estaba tratando de convencer a las dos mujeres de la casa de que el mensaje tenía algo que ver con una sorpresa que él pretendía darles y que necesitaba la ayuda de su amiga y vecina. Luego, un par de segundos después, como dándoles tiempo a ellas de parar la cinta o salir de la habitación, su voz se hacía más urgente y más seria —. ¡Hans! No sé dónde te has metido. Espero que no te hayas marchado ya. Escúchame, esto es importante. No hagas lo que te dije hace un par de horas. Cambio de planes, ¿me entiendes? Haz vida normal, como hasta ahora. Ya te avisaré si vuelve a darse una oportunidad.

La cinta siguió girando pero no había nada más.

Hans cerró los ojos con fuerza y apoyó la frente contra el armario de la cocina. Nunca le había llegado aquel mensaje que Bianca debió de dejarle el día en el que él, siguiendo las instrucciones que ella misma le había dado un par de horas antes, se había marchado para siempre. Lógicamente, nada más salir de casa había destruido el móvil para que nadie pudiera localizarlo. Ese era el plan: abandonar a las dos mujeres para que fueran presa fácil del clan rojo. No debían encontrarlo jamás.

Se preguntó por qué Bianca lo habría llamado para cancelar el plan, pero ya era imposible obtener una respuesta. Ella había muerto poco después, asesinada por su propio *mahawk*, el loco de Harrid, o Lasha como se había llamado en su última vida, y él nunca llegaría a saber qué había sucedido.

Sacó la cinta, se la echó al bolsillo de la americana y cruzó la sala de estar hasta el balcón acristalado que Brigitte siempre había llamado «el invernadero» y que era todo su orgullo. Faltaban muchas plantas y las que había estaban mustias. Su exmujer viajaba mucho por cuestiones de trabajo, pero le pareció raro que no hubiera dejado a alguien encargado de regarle las plantas. O lo había hecho y esa persona se había descuidado una barbaridad.

Se encogió de hombros, listo para marcharse. Su intención había sido buena, pero no había conseguido hacer lo que había planeado: verla, explicarle al menos parte de lo que tenía derecho a saber.

Cuando ya estaba cerrando la puerta con doble vuelta de llave, como la había encontrado al llegar, Mona, la vecina de enfrente, con la que Brigitte siempre se había llevado muy bien, abrió la suya y se quedó mirándolo.

—Vaya —dijo al cabo de un par de segundos de contemplarlo como se mira a una cucaracha—. A buenas horas apareces. Te habrás dado cuenta de que Bri no está en

casa.

Detestaba que Mona la llamara Bri y ella lo sabía.

—Sí. Ya la llamaré cuando vuelva.

—No te molestes. No va a volver. Bri se suicidó hace un par de semanas.

Nagai sintió cómo la sangre desaparecía de su rostro.

—Somníferos. No debió de sufrir demasiado. En ese momento, digo. Antes sí, mucho. Cuando murió Clara, y... el bebé. Y antes aún. Cuando tú te largaste con su mejor amiga.

—¿Qué?

La vecina notó que la sorpresa era genuina y eso la sorprendió a ella, pero supuso que él llevaba ya mucho tiempo contándose las cosas a su modo y, como hacía casi dos años del accidente, lo mismo había conseguido olvidar todo el asunto.

—¿No te largaste con Bianca Wassermann?

—No.

—¡Vaya! ¡Qué curioso! Si hasta te dejó un mensaje en el contestador... poco antes de tener el accidente mortal. Siempre creímos que le estaba muy bien empleado... por zorra.

—Clara... —consiguió articular con la voz ronca—. ¿Clara también pensaba eso? ¿Que yo me había ido con Bianca?

Mona sacudió la cabeza, sacó un cigarrillo del delantal, lo encendió con calma y le tiró el humo a la cara.

—Bri y yo pensamos que era mejor no decirle nada. Ni a ella ni a Lena. Ella estaba fatal con el asunto del novio aquel que la llevaba a maltraer y Lena, al fin y al cabo, acababa de quedarse sin madre. De ese asunto, Bri solo hablaba conmigo. Yo creía que la estaba ayudando, que acabaría por superarlo... y al final no hubo nada que hacer... Y todo por tu culpa, Hans. Eres un hijo de puta —lo dijo suavemente, con naturalidad, como si dijera que tenía el pelo oscuro. Luego le cerró la puerta en las narices sin una palabra más.



Negro. Azul. New Hampshire (Estados Unidos)

—Eringard, ¿has sentido algo? —En el vagón restaurante, Ragiswind miraba intensamente a su compañera mientras el tren que los llevaba hacia Canadá se deslizaba entre bosques de color de fuego.

Ella se concentró un instante antes de contestar y luego negó con la cabeza lentamente.

—¿Qué crees que había?

—Alguien ha intentado mirar dentro de mí.

—El nexo, supongo.

—Se está volviendo cada vez más poderosa. Creo que no nos conviene ir a donde ella está. He conseguido su palabra de que nos usará en la Trama; con eso basta.

—¿A cambio de qué?

—No te entiendo, Eringard.

—Claro que me entiendes. ¿A cambio de qué has conseguido que ella nos coloque en la Trama?

—Nada importante. Necesita mi ayuda —añadió al cabo de un minuto de silencio por parte de ella.

—Para hacer ¿qué?

Con renuencia, Ragiswind acabó por decir:

—No me he enterado bien, pero ha dicho algo de que su madre me necesita. Un sinsentido, evidentemente.

—Aha. Entonces hay algo de cierto en ello.

—¿En qué? Te estás volviendo muy críptica con los años.

Eringard sonrió, complacida.

—En Atlantis, Imre recibió la lista de arcontes que tan enfadada tiene a Él. En esa lista aparecía el nombre de Bianca. —A Ragiswind se le dilataron las pupilas, como siempre que algo le interesaba particularmente—. Emma, Joelle y yo pensamos todo tipo de cosas: desde que la muchacha se ha vuelto loca, a que es una trampa para reunir información sobre la muerte de su madre; desde que la lista es de Sombra y este ignora que Bianca ha muerto, hasta que lo ha hecho Lena a propósito para

provocarnos y que tengamos que suplicarle un lugar como arcontes.

—Y no te pareció lo bastante importante como para decírmelo.

—Igual que a ti tampoco te ha parecido necesario contarme hasta ahora que Lena habla de Bianca como si siguiera viva.

—Los secretos mantienen la tensión en la pareja —dijo Ragiswind con sorna.

—Siempre lo he creído así, querido mío. ¿Un coñac?

—¿Por qué no?

Hubo unos minutos de silencio y reflexión por parte de ambos. Llevaban tanto tiempo juntos que la ausencia de palabras era casi un diálogo.

—Entonces... ¿vamos o no vamos a Nuuk? —preguntó por fin Eringard.

Ragiswind puso la copa bajo su nariz y aspiró con deleite mientras sacudía la cabeza en una negativa.

—No. No vamos. Enviamos a Luna. ¿Qué te parece Quebec para esperar acontecimientos?

Ella sonrió.

—Bien. Siempre me gustó el Canadá francófono.

Se estrecharon las manos por encima de la mesa como dos adolescentes.

—Aunque también me gustaría volver a ver mi país —añadió él.

—¿Tu país? —La risa de Eringard era musical y contagiosa.

—Digamos el lugar donde nací —contestó Ragiswind cuando se recuperó después de un buen rato de carcajadas—. Me gustaría ver Toledo una vez más. También Granada, si fuera posible.

—Volaremos desde Quebec. —Cogió su tableta y se enfrascó en la búsqueda—. Ve tú a decirle a Luna que hay cambio de planes.

Ragiswind se acabó el coñac de un sorbo y se puso en pie, sintiendo que algo en su cuerpo estaba empezando a cambiar. El final se acercaba.

Apretó los dientes y le dio la espalda a Eringard. No estaba dispuesto a que ella supiera lo poco que faltaba.



Nexo. Estación polar. Groenlandia

Cuando Lena llegó a la entrada de la estación de investigación científica —un edificio achaparrado que apenas si se distinguía de la blancura del paisaje— fue como si se dejara caer desde un tobogán muy alto y muy inclinado. Algún tipo de fuerza la atraía del mismo modo que un imán atrae las limaduras del hierro, pero no sentía miedo, ni siquiera inquietud. No podría decir por qué, pero algo en ella reconocía aquello con lo que estaba a punto de encontrarse y sabía que estaban hechos para unirse, para, juntos, convertirse en algo mucho mayor de lo que eran por separado. Por primera vez desde que había comenzado aquella etapa de su vida sabía con toda claridad, con un conocimiento prístino que sentía en los huesos, que ella era diferente del resto de la humanidad, que era diferente incluso de *karah*, que la sensación que todo adolescente y joven adulto experimenta de ser otra cosa era, en su caso, totalmente exacta. Por primera vez entendía que su madre le hubiese puesto ese nombre que tanto le había pesado en su infancia: Aliena. La extraña, la nacida en otro lugar, la extraterrestre.

Y por primera vez no solo no le importó, sino que lo recibió con alegría. Si siempre se había sentido lobo entre perros y se había pasado la vida adaptándose a ser perro, ahora sabía que era un lobo, que estaba en su naturaleza y no era culpa suya ser como era.

Mientras recorría los pasillos de la estación a toda velocidad, internándose más y más en el hielo, el alivio la iba llenando como un líquido tibio y sedante. El alivio, y la maravillosa sensación de estar donde debía estar, de haber descubierto quién era realmente y cuál era su lugar en el mundo, algo que pocas personas tienen el privilegio de encontrar a lo largo de su vida. Una ola de agradecimiento surgió en su interior haciéndola sonreír. Esa era una reacción *haito* enseñada por su padre humano. «Agradece siempre lo que te hace feliz; date cuenta de ello, aprécialo y agradece». Querido Max.

Cruzó como una centella por la sala desde la que se accedía a la cámara estanca y, al pasar, captó las expresiones de sorpresa y horror de Max, Daniel y Anaís cuando se lanzó directamente hacia el interior del artefacto sin molestarse en enfundarse un traje

de protección. Oyó sus advertencias y sus consejos pero eso no ralentizó su ritmo. Ella no necesitaba protección. No había nada allí dentro de lo que tuviera que protegerse. Aquello era su hogar, su entorno natural, su otra mitad.

Al cruzar la puerta fue como encontrarse en un bosque submarino, como un arrecife de coral lleno de vida donde todo pulsaba y vibraba al contacto con su presencia. Todas las formas, extrañas para sus ojos humanos, eran sin embargo reconocibles y amigas para algo que, en su interior, reaccionaba a unos recuerdos que no le pertenecían como ser individual: recuerdos de su especie, de millones de años viajando entre las estrellas, de otros mundos, de otras galaxias.

Los colores —más colores de los que sus ojos humanos estaban preparados para percibir— le enviaban mensajes que estaba segura de poder comprender muy pronto. Le llamó la atención que una gran parte del paisaje era malva o morado o violeta, con diferentes tonos de gris y objetos o seres —aún no podía estar segura de qué era qué— brillando en naranjas ardientes o en rojo coral o en azules intensos. Largas cintas blancas, como velos vaporosos, ondeaban a su paso mientras unos pequeños círculos que le recordaban a ojos o bocas negros y con pequeñas manchas blancas se abrían y se cerraban o dejaban salir de pronto frondas como anémonas de mar que se estiraban en su dirección. Era hermosísimo y, cuando apartaba la sensación *haito* que la llevaba a ver todo aquello como extraño y potencialmente peligroso, era también tranquilizador.

Lena sabía que cuando llegara a un lugar concreto que reconocería al verlo, no tendría más que dejarse caer en él y, de pronto, comprendería todo lo que aún no sabía, Madre la reconocería y todo tendría sentido.

El medallón enterrado en su pecho se había convertido en un peso dulce, en un segundo corazón que ahora pulsaba suavemente irradiando un calor tibio por todo su cuerpo, conduciéndola al lugar donde, como clavados al suelo, Tanja y Ritch, vestidos con el traje blanco de máxima protección, la miraban espantados a través del visor.

Se vio por los ojos de ellos y se le escapó una sonrisa. Se había ido quitando la ropa por el camino y ahora avanzaba hacia ellos desnuda y descalza, poniendo los pies en aquel suelo que se había convertido en una alfombra multicolor de cilios móviles que se agitaban como la hierba de una pradera bajo el viento.

—¡Lena! —Ritch se acercó a ella con los brazos abiertos, como pretendiendo protegerla del ambiente que los rodeaba—. ¡No puedes estar así! No sabemos qué pasa ni qué es esto; puede ser peligroso.

Ella sonrió.

—No, Ritch. Para mí no.

—¿Tú sabes qué es esto? —preguntó Tanja.

—Creo que sí. Marchaos y esperadme fuera. Necesito estar sola un tiempo. No vengáis a buscarme. Yo saldré cuando haya terminado, pero creedme, no hay peligro. Sé lo que hago. Dejadme, por favor.

Los dos se miraron, nerviosos, pero Lena hablaba con tal seguridad que acabaron por convencerse de que efectivamente sabía lo que hacía, de modo que se dieron la vuelta y, aún admirados por el cambio que se había operado en aquel artefacto que unos días atrás parecía un calamar gigante amojamado y ahora era una especie de jardín, de selva exuberante y obviamente no humana, se fueron alejando de la sala central.

Al final del corredor, cuando el siguiente giro ya los llevaría de vuelta a la estación y no les permitiría seguir viéndola, aún alcanzaron a distinguir a Lena recostada contra una de las paredes, como fundida con la flora de colores que, poco a poco, parecía ir cubriendo su cuerpo pálido.

El terror los ganó durante unos segundos. Luego, sin saber cómo, algo en su mente se iluminó y ambos recibieron una ola de calidez, de paz y alegría, acompañada por el mismo mensaje.

—No os preocupéis, conclánidas. He vuelto a casa. Todos hemos vuelto a casa.

Tanja y Ritch se miraron como para comprobar que el otro había sentido lo mismo y paso a paso, con la mente confusa, mirando bien dónde ponían las botas, regresaron a la estación.



Haito. Blanco. Estación polar. Groenlandia

—Tenemos que sacarla de ahí —dijo Max, poniéndose en pie en un arrebató de impaciencia—. Lleva más de un día metida en... eso... lo que sea... Tenemos que ir a ver qué le pasa, si necesita algo, si ha comido...

—Aunque no haya comido, un día no mata a nadie, Max. —Tanja no lo decía solo para tranquilizarlo. Su carácter la llevaba a ser razonable, pragmática y bastante fría.

—Es mi hija. ¿No te parece natural que me preocupe por ella?

—Es un ser perfectamente adulto que no necesita que su progenitor se ocupe de él. Eso es algo que nunca he conseguido asimilar en el comportamiento *haito*, esa obsesión por los hijos cuando ya pueden valerse por sí mismos. Aparte de que ni siquiera la has engendrado tú.

—Yo tampoco la he engendrado y me preocupo por ella. —Daniel estaba empezando también a ponerse de mal humor después de más de un día de inactividad forzada en medio de un paisaje de hielo. Ritch y Anaís tenían al menos la posibilidad de retirarse juntos a la habitación y el tiempo no se les hacía tan largo.

—Eso es comprensible. Porque tú eres su pareja sexual, y de su supervivencia depende la supervivencia de tus genes.

—Haces que parezca que no somos más que animales.

—¿Qué diferencia hay entre los animales y vosotros?

—La inteligencia. La civilización. El sentido del humor. La creatividad. La compasión. La libertad de elección.

—Características que habéis desarrollado para sobrevivir mejor y que os han valido la supremacía sobre las otras especies.

—¿Y *karah* es diferente? Si lo he entendido bien, no pensáis más que en la reproducción, como cualquier animal. Ni siquiera dejáis un espacio a los sentimientos.

—Los sentimientos controlados sirven también a la supervivencia. Descontrolados, matan.

—Vamos a dar un paseo al exterior, Max —propuso Daniel, dando por acabada la

conversación con Tanja. Ella, sin inmutarse, siguió trabajando en su ordenador—. Me vuelve loco estar aquí encerrado.

—¿Y Lena?

—Dijo que saldría cuando hubiera terminado. Confía en ella. ¿Se sabe algo de Jara? —preguntó mientras se vestían para salir.

—Está bastante desesperada, la pobre. Se ha ido con los príncipes a Ginebra, a una reunión extraordinaria de la ONU, y no hace más que mandarme mensajes insistiendo en que presione a Lena para resolver el asunto de los ángeles y que el príncipe Leo pueda comunicar lo del maldito fármaco que va a matar a media humanidad. Si no nos damos prisa, el Shane lo lanzará y ya no podremos hacer nada.

—¿A qué crees tú que está esperando?

—Supongo que espera a que Sombra lleve a Lena al nodo central y empiece a crearse la Trama. Entonces cada arconte estará ya donde debe estar y él podrá lanzar el arma definitiva y olvidarse de todo.

—¿Por qué lo hace, Max? —Daniel sonaba más triste que furioso. Siempre había tenido dificultades para entender la maldad.

Max no necesitó tiempo para responder; hacía mucho que lo tenía pensado.

—Porque puede. Supongo que esa es la única respuesta: porque puede. Supone que su tiempo aquí se ha acabado y ha decidido dejar limpia la casa por si alguna vez puede o quiere volver. Me figuro que a sus ojos no somos más que cucarachas, ya has oído a Tanja.

—Pero Lena dijo que *karah* no era más que una herramienta de contacto. No tienen motivo para esa prepotencia.

—¿Y tú crees que un comentario de Lena va a borrar miles de años de vanidad y egolatría? No lo creerán hasta que no les quede más remedio. Yo tampoco, la verdad.

—¿Por qué? ¿A ti también te parecen superiores?

Max sacudió la cabeza, se puso el gorro de piel y echó a andar delante de Daniel poniéndose los guantes térmicos.

—Si ellos son una herramienta de contacto, ¿qué somos nosotros? ¿No me dirás que... los de ahí afuera... sean quienes sean... quieren contactar precisamente con nosotros, con una especie que hasta a *karah* le parece despreciable? ¿Crees de verdad que quieren acogernos y enseñarnos todo lo que nos falta y llevarnos a una especie de Naciones Unidas Estelares donde todos seremos hermanos? —Siguió sacudiendo la cabeza—. Quizá el Shane esté haciendo punto por punto lo que debe hacer, lo que está en su programación genética o del tipo que sea: destruir la vida inteligente sobre el planeta justo en el momento en que se ve posible la comunicación con el otro lado: para que la especie autóctona haya desaparecido cuando lleguen los otros.

Daniel se quedó parado en la misma puerta de la estación, mirando fijamente a Max. No quería creer que fuera posible lo que acababa de esbozar, pero tenía que confesarse a sí mismo que sonaba condenadamente posible.



Negro. Azul. San Esteban del Valle (Ávila. España)

Ragiswind cerró el libro que había estado leyendo y se quedó quieto donde estaba, contemplando las llamas de la chimenea que devoraban un grueso tronco seco. Eringard, recostada a su lado en el sofá, con otro libro casi igual pero de otro color, alzó la vista hacia él, esperando que empezara a hablar, lo que sabía con toda seguridad que sucedería al cabo de un par de minutos.

Estaban solos en el salón del hotel, una habitación acogedora de maderas oscuras y sofás profundos y cálidos, leyendo en silencio, como tantas veces, disfrutando del calor del fuego en la noche de otoño del valle del Tiétar.

—La idea de publicar nuestra historia —dijo Ragiswind al cabo de un rato de contemplar la hoguera— es ridícula, pero hay que conceder que la novela está bien escrita y tiene sentido.

—El principio es demasiado juvenil —dijo ella, que iba por el último tercio del primer volumen de *Anima Mundi*, una novela que les había llamado la atención en la tienda del aeropuerto al llegar a Madrid porque, al leer la contraportada les había saltado a la vista una palabra: «karah»—, pero luego, poco a poco, todo empieza a concentrarse en nosotros, nuestra existencia, nuestro deseo de contactar con la otra realidad. Es cierto que consigue resumir bastante bien quiénes somos.

—Es la primera vez que alguien ha conseguido revelar la existencia de *karah* y seguir vivo. —Ragiswind se frotaba lentamente las manos, que se le habían quedado frías de sostener el libro.

—Pero no tiene importancia, querido. Nadie daría crédito a una cosa así. Y más, publicado como literatura para jóvenes adultos.

—¿Tú crees? La autora está muy bien documentada. Tiene que haber sido un conclánida el que le ha contado todo esto. Me pregunto para qué. —Hubo un silencio en el que solo se oía el crepitar del fuego y algún ruido lejano que indicaba que la cocina estaba empezando a ponerse en marcha para la cena—. Y ¿quién habrá sido? Es increíble cuánto sabe de nosotros. No hay muchos conclánidas que tengan tanta información y sean capaces de exponerla de forma que otra persona pueda, con ella, crear un todo coherente.

—¿Te has dado cuenta de que ya desde el principio de la primera novela, sales tú? Eso ya resulta llamativo, considerando la cantidad de tiempo que llevamos ocultos, trabajando en la sombra. Sin embargo tú, a quien todos han olvidado, a quien ya casi nadie conoce, sales desde el principio. Bueno... y yo. Ya en la página doce. —Le tendió el grueso volumen negro y rojo—. Y un poco más adelante, tú de nuevo: el misterioso desconocido que cita a Nils en el cementerio de Mühlau.

—Sí. Parece que la autora tiene una intuición especial. Si salimos de esta, habrá que hacerle una visita a esa Elia Barceló. Y habría que hacer desaparecer ese libro; la trilogía completa.

—¿Te has dado cuenta de que aquí mismo, en este hotel, tienen un ejemplar del segundo volumen expuesto en el mostrador? —Eringard miró por encima del hombro hacia el rincón, ahora en penumbra, donde estaba la pequeña recepción.

Ragiswind se puso en pie, se acercó al lugar que Eringard indicaba y vio el mismo libro negro y azul que él acababa de leer. En la pared, un esbozo a lápiz de varios lugares del jardín decía: «Molino del Cubo, visto por Elia Barceló».

Cogió el volumen, lo abrió y leyó la dedicatoria.

—Parece que es amiga de la casa —comentó en dirección a su conclánida—. ¡Qué casualidad que hayamos venido precisamente a alojarnos aquí! ¿Te recomendó algún conclánida esta posada?

—¡Qué suspicaz eres, Ragiswind! Era simplemente el mejor hotel de la zona.

—Siempre me inquieta que las cosas empiecen a relacionarse; tú lo sabes. Nada sucede por casualidad.

Antes de que Eringard pudiera responder, unos pasos en la escalera de madera la hicieron callar y volver a abrir el libro, como coartada para dejar claro que no deseaba charlar con nadie.

—Hablando de casualidades...

Rufus y León, vestidos para la cena con sendos trajes de terciopelo azul oscuro, los miraban con sorpresa.

—¡Qué pequeño es el mundo, conclánidas! —saludó Ragiswind, no sin cierta ironía—. ¿Debo llamaros conclánidas?

Los gemelos se miraron brevemente.

—Tenemos el honor de pertenecer al clan azul, *mahawk*. Puedes llamarnos así.

—Sabéis quiénes somos, pues.

Ambos inclinaron la cabeza.

—¿Aceptaréis nuestra invitación a cenar? Por lo que he oído sois quienes más sabéis sobre nosotros.

—Llevamos toda la vida deseando conoceros, a ti y a Eringard. Será un honor.

Bajaron juntos los dos tramos de escalones que los separaban del restaurante: una hermosa sala diáfana con vigas de madera en el techo y grandes ventanales por los que se adivinaba una fronda de castaños y nogales plateados por la luz de la luna y agitados por el viento.

Se sentaron a una mesa de mantel blanco y copas relucientes. No había nadie más en el comedor.

—¿Puedo preguntar a qué habéis venido?

—Queremos —dijo uno de los gemelos echando una ojeada a la sala vacía y bajando la voz de todas formas— lo mismo que vosotros: estar presentes cuando suceda.

—¿No vais a formar parte de la Trama? —preguntó el otro gemelo.

Contestó Eringard, poniendo una mano sobre la mano de Ragiswind.

—Por supuesto. Pero queríamos volver a Toledo, donde mi conclánida vivió hace tiempo. Luego, cuando llegue el momento, Sombra nos indicará adónde hay que ir.

—Es posible que Sombra no os indique nada, conclánidas.

Antes de que pudiera continuar, apareció Luis Miguel, el dueño de la posada, les ofreció la carta y conversaron sobre platos y vinos durante unos minutos. Los ojos brillantes del hombre fueron recorriendo los rostros de los cuatro, tratando de adivinar qué relación había entre ellos.

—¿Qué has querido decir? —preguntó Eringard, en cuanto volvieron a quedarse solos.

Los hermanos se miraron y, como siempre, uno de ellos empezó a hablar; al cabo de un par de frases continuaba el otro como si no tuvieran más que un único pensamiento.

—No podemos estar seguros, pero por ciertas cosas que hemos leído en textos fragmentarios, es muy posible que no sea Sombra quien se ocupe de llevar a los arcontes a sus lugares designados, ya que él es exclusivamente el mentor del nexo...

—... sino que esa tarea esté reservada a esos otros seres de los que se habla en las leyendas de *karah*. —Ragiswind y Eringard cruzaron una mirada interrogativa; el clánida azul continuó—. Quizá hayáis oído hablar de ellos: los *urruahkhim*.

—¿Esos no eran..., según las leyendas medievales, una especie de... de ángeles negros... de asesinos? —Eringard se inclinaba hacia delante, deseando tener una respuesta antes de que el dueño, que había regresado con el vino que habían pedido, volviera a entablar conversación con ellos.

—Nadie sabe bien lo que son ni para qué están aquí, pero hay varias narraciones en las que los *urruahkhim* aparecen y arrebatan a un clánida para llevarlo a otra parte.

—Leyendas sin fundamento... —comentó Ragiswind, displicente, mientras probaba el vino que Luis Miguel acababa de servirle.

—Sin embargo, hace muy poco tiempo apareció un *urruahkh* frente a varios testigos.


El antiguo *mahawk* movió la mano derecha, arriba y abajo en un gesto claro de restarle importancia a la cosa.

—¿Lo sabíais? —Los gemelos parecían realmente sorprendidos—. ¿Quién os lo ha contado?

—El nexo, conclánidas. Ella estuvo presente en aquella... aparición.

La puerta del restaurante se abrió con un chirrido y, de repente, la sala se llenó de voces y risas. Cuatro o cinco parejas de treintañeros bajaban las escaleras como una invasión de vándalos y alanos.

—Más tarde hablaremos —propuso Eringard—. Disfrutemos ahora de la cena.



Blanco. Haito. Estación polar. Groenlandia

Ritch y Tanja se inclinaban sobre el papel donde podía leerse el resultado del análisis de las cápsulas que Max, de parte de Lena, les había dado para analizar.

—¿Tú estás segura?

Tanja se encogió de hombros.

—No soy química, pero el ordenador central parece estar seguro. La composición es tan simple que no creo que haya lugar a errores.

—Cianuro potásico.

—Casi puro, sí.

—¿Para qué le dejaría Bianca a su hija veintidós cápsulas de cianuro? Si era para suicidarse en caso de que las cosas se pusieran fatal, con una es más que suficiente.

—Pues sí.

—Y los arcontes son doce más el nexo.

—Así es.

—¿Tú asocias el número veintidós con algo?

Tanja movió la cabeza lentamente de lado a lado.

—Yo tampoco. —Ritch se pasó las dos manos por el pelo revuelto, tironeando de él hacia atrás.

—¿No hay algo en el Tarot que tenga relación con esa cifra? —preguntó Anaís, que había entrado un momento antes a decirles que ya estaba la comida lista.

—¿Con el Tarot? —Tanja la miró con una expresión entre el asco y el desprecio—. ¿Tú también crees esas estupideces?

Como siempre que alguien trataba de hacerla de menos, Anaís sintió cómo la agresividad subía en su interior, a pesar de la cariñosa mirada que le estaba dedicando Ritch, como si dijera «no le hagas caso; ella es así de seca». La agradeció con toda su alma, aunque no sirvió de nada.

—Yo no, listilla. A mí todas esas cosas me la rascan, como sabrías si me conocieras. Pero hay muchos clánidas que se lo creen. Ellos sí. ¿O no has oído nunca hablar a Joelle? Además, era solo una idea, considerando que a tu mente privilegiada no se le ocurre nada mejor. La comida está lista; eso es lo único que tenía que decirnos.

—Se dio la vuelta sin una palabra más.

—Espera, cariño. Voy contigo. Aquí hemos terminado. ¿Vienes, Tanja?

—Enseguida. Id delante.

Ya en el pasillo, Ritch le cogió la mano a su novia, la giró hacia él y la besó en la boca.

—Me encanta que seas una chica dura de pelar y que no te dejes avasallar ni por *karah* ni por nadie —le dijo con las manos en sus hombros, mirándola de frente.

—Menos mal que te gusta, porque la verdad es que no puedo evitarlo. ¡Tengo unas ganas de volver a la vida normal!

En la mirada de Ritch se encendió una chispa de tristeza.

—Ya nunca volveremos a la vida normal, Anaís. Lo sabes. Lo hemos hablado. Los dos hemos consentido en ser familiares del clan blanco. La vida normal será esto o algo parecido ya para siempre.

—¿Tú crees que después de lo que va a pasar seguirá habiendo clan blanco, Ritch? Solo queda esa imbécil de ahí dentro, la creída de Emma, el tal Willy que no sé dónde se habrá metido y solo es familiar; Max, Dani y nosotros, que no somos más que humanos contaminados.

—Joseph y Chrystelle...

—Que seguramente están muertos...

—Y Lena.

—Lena... —Anaís se mordió el labio inferior—. Lena es otra cosa, Ritch. Lena es un monstruo.

—¿Qué dices?

—En el sentido original de la palabra: algo diferente, divino, que viene a nosotros para traer un mensaje o avisar de algo. Es de las pocas cosas que recuerdo de cuando tuve que hacer latín. Monstruo viene de *monstrare* y de *monere*, «enseñar» y «avisar». Aún me acuerdo de la frase: *Monstrat futurum, monet voluntatem deorum*. «Muestra el futuro, advierte de la voluntad de los dioses».

Ritch la miró fijo un segundo y, juntos, echaron a andar hacia el comedor.

—Lena no es humana, Ritch, nunca lo ha sido, pero ahora es cuando cada vez queda más claro.

—Puede que tengas razón —dijo por fin—. Pero en ese caso, si los otros, los de ahí fuera, son como ella, entonces hemos tenido suerte. Podremos hablar con ellos.

Guardaron silencio hasta llegar a la salita donde comían. Anaís se dirigió al fondo, activó su tableta y se puso a buscar algo mientras los hombres ponían la mesa. Al cabo de apenas dos minutos se levantó y fue hacia ellos.

—Tenía yo razón —dijo, sentándose con una sonrisa—. El Tarot tiene veintidós cartas.

Los tres hombres levantaron la vista hacia ella, dos sin saber de qué hablaba, Ritch con un principio de comprensión.

—Así que Bianca no estaba del todo segura de que ese contacto fuera a ser

positivo —resumió Ritch—. Se preocupó de que, si las cosas salían realmente mal, todos los clánidas que están representados en el Tarot pudieran elegir una muerte rápida.

—¿Alguien quiere explicarnos qué narices pasa? —preguntó Daniel, ya algo picado.

Anaís y Ritch empezaron a hablar casi a la vez.



Nexo. Núcleo. Groenlandia

Penetrando cada vez más profundamente en el cuerpo y la mente de aquello que el clan blanco, a falta de mejor expresión, había llamado «el artefacto» y a lo que Sombra se había referido como «el Núcleo», Lena empezó a sentirse más y más ligera, como si con cada segundo que pasaba fuera perdiendo todo lo que hasta hacía muy poco tiempo le había pesado física o psíquicamente y empezara a flotar feliz, lejos de todas las preocupaciones. En su interior surgían haces de luz que danzaban cambiando de color y de forma, como volutas de sedante niebla aromática entre las que podía perderse sin peligro, de nuevo una niña jugando con los arcoíris que se encendían de pronto cuando un rayo de sol atravesaba los cristales tallados que su madre tenía en la mesa de trabajo.

Ahora entendía lo que había visto en el interior de Sombra en una de sus visitas. Su mentor intentaba recrear para sí mismo aquel juego de luces y sentimientos, quizá para creerse algo más cerca de casa, algo menos solo.

Por extraño que fuera lo que le estaba sucediendo, era verdad lo que le había dicho a Ritch y a Tanja antes de que se marcharan: aquello era lo que llevaba toda la vida buscando; aquello era su hogar.

De pronto todo tenía sentido.

Lo que la rodeaba era una vaina viajera que a lo largo de un tiempo inconcebible había recorrido millones de millones de kilómetros de espacio, de vacío entre las galaxias, hasta llegar a un planeta donde hubiese vida o al menos la posibilidad de que llegara a haberla. La vaina había sido creada, cultivada y enviada por una civilización tan diferente a la de los humanos que, de momento, ni siquiera podía acceder a imágenes comprensibles para ella.

Sabía, sin embargo, que aquella especie tenía una organización social basada en cuatro clanes que *karah* había reproducido a su manera en la Tierra, y sabía también que muchas otras vainas habían sido enviadas en busca de vida inteligente.

No comprendía con claridad muchas de las cosas que la vaina se esforzaba en mostrarle, pero creía haber captado que aquellas vainas viajeras, creadas para sobrevivir en el espacio exterior durante todo el tiempo que se hiciera necesario,

llevaban en su interior una especie de semillas que podían combinarse con cualquier especie que encontraran en sus viajes para crear unos seres que, por una parte, pudieran pasar desapercibidos entre la población autóctona del planeta, y por otra fueran capaces de cumplir la misión para la que habían sido enviados: conectarse entre sí cuando se dieran las circunstancias perfectas y crear una Trama de fuerzas que permitiría establecer una comunicación directa e instantánea con el mundo de origen. Lo que significaba que las leyendas de *karah* partían de un hecho objetivo, pero a lo largo de los siglos se habían ido tiñendo de supersticiones y ya era casi imposible distinguir lo que era real y necesario de lo que era puramente folclórico.

Ahora comprendía que cuando Sombra hablaba de «Madre» se refería al mundo original que, mientras tanto, debería haber recibido la señal de que, en algún lugar del universo, sus enviados estaban a punto de reunirse para crear ese puente que uniría a las dos civilizaciones; pero ella misma no conseguía saber qué era lo que les esperaba al otro lado, de modo que se esforzó por formular las preguntas «¿cómo son?» y «¿qué quieren de nosotros?», pero las imágenes que posiblemente fueran una respuesta no resultaban comprensibles para su mente. Al menos aún no. Estaba segura de que antes o después todo aquello tendría sentido, como lo tenía el hecho de estar dentro de un ser vivo que acababa de «resucitar» al sentir que se acercaba uno de los suyos, el nexo, el que portaba el símbolo de la Trama fundido en su cuerpo. La vaina había estado muy cerca de extinguirse definitivamente, pero las señales recibidas desde el primer momento, desde que se colgó al cuello el medallón, y tanto Sombra como los *urruahkhim* se activaron, hicieron que la vaina empezara a regenerarse y a esperar la llegada del nexos.

Luego, cuando entró en Atlantis, la vaina volvió a recibir una señal y a acelerar su regeneración y ahora, por fin, estaba llegando al máximo de sus posibilidades.

Ahora Lena entendía también que Atlantis era el Nido, una «hija» de la vaina original, creada para poder ofrecer un hogar a los nuevos seres, a los primeros especímenes de *karah*, en un lugar más favorable a la vida, ya que la vaina en la que ella se encontraba ahora había quedado atrapada entre los hielos durante muchos miles de años. Y sabía que la ubicación de Atlantis no siempre fue esa; que el Pacífico Sur fue el último lugar elegido por el Nido para apartarse de los ojos de la especie humana que estaba empezando a conquistar su planeta y a explorar todos los lugares a su alcance.

Creía haber entendido también algo que todavía no había acabado de digerir: que si la especie dominante en el planeta hubiera sido otra —los tigres, o los delfines, o los elefantes, o las cucarachas— *karah* habría establecido sus cuatro clanes entre ellos y ahora no tendrían aspecto humano sino felino, o de mamífero marino, o terrestre, o serían pequeños insectos. Algo en su parte humana se sentía profundamente asqueada por la idea mientras que la otra parte que compartía su mente encontraba absolutamente natural la posibilidad. Lo importante no era el aspecto que *karah* adquiriera en cada lugar; lo importante era el Anima Mundi.

En cuanto su cerebro hubo formulado esas palabras, en lugar de continuar la asociación lógica y seguir explorando lo que acababa de entrever en relación con el Anima Mundi, la otra parte puramente humana de su mente le lanzó de golpe un aviso que la sacudió con un escalofrío.

Ella era *karah*, pero también era *haito*. Lo bastante *haito* como para haber recordado de golpe que la supervivencia de la humanidad dependía de que alguien pudiera detener la plaga que el Shane había desencadenado.

Arrancándose del íntimo contacto que mantenía con el Núcleo, rebuscó en sus recuerdos lo que le había contado Max, lo que le había pedido que hiciera.

Se dio cuenta de que, por algún extraño mecanismo, su conciencia había crecido hasta el punto de que se sentía capaz de atender a la vez a lo que estaba aprendiendo, comprendiendo, y a lo que tenía que hacer para ayudar a los suyos, a los que siempre había considerado los suyos.

Sin saber cómo lo hacía, rastreó, buscando la presencia de Jara Mendívil en algún lugar del planeta. En unos segundos la había encontrado. Ponerse en contacto con ella no ofreció ninguna dificultad.



Haito. Ginebra (Suiza)

Jara se sintió sacudida por una náusea tan espantosa que, por un instante, pensó que era un ataque al corazón. Había leído en alguna parte que, en las mujeres, los infartos de miocardio se anuncian con un terrible malestar de estómago. Pero ella era joven, y no estaba haciendo nada que justificara un fallo cardíaco. Se había limitado a acompañar a sus amigos, los príncipes, a Suiza y ahora, mientras el príncipe Leo acudía personalmente a la reunión convocada de emergencia por la ONU, ella estaba en el hotel donde se alojaban, en el saloncito de la *suite* de la princesa dándole vueltas a si decirle directamente lo que sabía del Shane y del Reddest o esperar a que alguien se pusiera en contacto con ella; pero tenía miedo de esperar más. Las noticias eran cada vez más alarmantes. Si no hacían algo pronto, ya no habría nada que hacer.

Kentra, vestida de blanco como siempre, rezaba sentada en un sillón con las manos cruzadas en el regazo y la vista perdida en las montañas nevadas mientras el televisor, sin volumen, seguía ofreciendo imágenes tomadas por cámaras-robot de autopistas colapsadas, atascadas de coches cuyos conductores y pasajeros habían muerto o agonizaban sobre el asfalto sin que los servicios sanitarios consiguieran llegar a ayudarlos a todos; planos de aeropuertos ocupados solo por cadáveres entre charcos de vómitos y sangre que ya nadie iba a limpiar, mientras los que aún se tenían de pie se tambaleaban apoyándose en las paredes buscando una salida; ciudades vacías, sus calles desiertas, sus trabajos abandonados por el miedo al contagio; todo el mundo escondido en sus casas, tratando de sobrevivir al enemigo invisible.

Jara se dobló sobre sí misma, agarrándose el estómago sin poder reprimir un jadeo. Al oírlo, Kentra salió de su estupor y la miró horrorizada.

—¡Jara! ¡Hermana! ¿Te encuentras mal? ¿No te habrás contagiado? ¿Quieres que llame al médico?

La muchacha la miró con ojos desorbitados. No se le había pasado por la cabeza que pudiera tratarse de eso, de un vulgar contagio, después de todas las precauciones que habían tomado. Pero si era eso, entonces...

Entonces iba a morir, como casi todos los que se contagiaban de la Muerte Roja.

Sin poder evitarlo empezó a gemir, aterrorizada, sin quitar la vista de Kentra que se debatía entre su empatía natural que la llevaba a ayudar y su miedo a contagiarse.

Cuando Jara estaba ya a punto de salir de la salita para refugiarse en su cuarto y tratar de llamar a su padre, antes de sentirlo ella misma, alcanzó a ver que los ojos de Kentra se desorbitaban y, de pronto, se hacían enormes, líquidos, casi transparentes, como si estuvieran viendo algo que no le cupiera en la mente. Un segundo después, estaba de rodillas mirando fascinada a algún punto de la habitación donde no había absolutamente nada.

De pronto, Jara dejó de sentir dolor, sus rodillas se doblaron como las de Kentra y de un instante a otro, inexplicablemente, la habitación donde ambas estaban desapareció y se encontró en un lugar enorme y oscuro, como una cueva gigante, donde podía sentir la presencia de otras personas igual de aterrorizadas que ella mirando fijamente cómo surgía en el centro del aire una luminosidad primero temblorosa y fluctuante que se iba coagulando hasta convertirse en una lágrima de puro fuego dorado tan brillante que hacía llorar por el esfuerzo de mirarla.

Curiosamente, sin que hubiera podido explicarlo de haber recibido una pregunta, Jara sabía con total claridad que había más de cien personas viviendo lo mismo que ella en esos momentos, y que muchas de esas personas eran los hombres y mujeres más poderosos del planeta; que todos sentían miedo y fascinación por igual; que no eran más que simples humanos confrontados con lo más extraño que habían experimentado en sus vidas.

Salvo la hermana Kentra, que era la única que comprendía lo que estaba pasando y daba gracias desde lo más profundo de su alma por la generosidad de los ángeles atlantes al haber acudido en el peor momento de la historia de la humanidad, todos los otros luchaban para aceptar lo que estaban viviendo. Tanto los creyentes, como los no creyentes. Curiosamente, los que tenían fe en una religión concreta tenían más dificultades para aceptar que lo que se estaba desarrollando en su presencia era claramente sobrenatural pero no se adecuaba a sus creencias; y eso les causaba terror.

La pequeña esfera de fuego, que al principio parecía una estrella comprimida, se estaba alargando, estirando hacia los lados y hacia arriba hasta formar una especie de cruz refulgente. La cruz se fue convirtiendo en una figura humanoide mientras de los brazos surgían una especie de velos blanquecinos que ondulaban perezosamente a su alrededor, como unas finas alas o un vestido vaporoso.

La figura, tres veces más alta que un humano grande, tenía largos cabellos de plata y los ojos, cerrados, dirigidos hacia abajo.

Jara volvió a gemir, recordando a Lasha. Kentra sonrió, extática, pensando en su iniciación, el momento en el que el Maestro la condujo al templo para ser aceptada por el ángel Israfel. Todos los demás, incluido el príncipe Leo, temblaban como hojas ante la terrible presencia. Pero el príncipe había oído muchas veces de labios de su esposa la narración de la aparición del ángel en el santuario de la isla. Nunca había podido creerlo y ahora resultaba que era verdad, que su mujer había vivido realmente

aquella experiencia sobrenatural.

La palabra «ángel» en más de cien lenguas se coaguló, con más de cien asociaciones distintas, en todas las mentes que estaban teniendo el privilegio de ser testigos de la aparición.

Cuando un segundo después los ojos de la enorme figura refulgente se abrieron y los traspasó con su mirada de fuego helado, de todas las gargantas se escapó un gemido.

No necesitó hablar. Antes de que pudieran preguntarse cómo lo sabían, todos habían comprendido que la plaga era un ataque intencionado y sabían que el príncipe Leo les proporcionaría más información sobre el fármaco que debían evitar, así como sobre los lugares donde se había originado el virus asesino.

En cuanto el conocimiento alcanzó a todos los presentes, la figura angélica comenzó a desdibujarse y entonces Kentra gritó con todas sus fuerzas:

—¡Dinos tu Nombre, Divinidad! ¡Dinos a quién debemos nuestras vidas! ¡Me humillo ante ti y te reverencio! ¡Yo soy Kentra, nombrada por Israfel y única creyente en la *Lux Aeterna* ahora que todos han muerto! ¡Dale un nombre a mi hermana Jara, ángel atlante! ¡Haz que seamos dos a ensalzar vuestro nombre y cantar vuestras alabanzas, por la Rosa de Luz, para toda la eternidad! ¡Déjanos saber tu nombre!

Por un momento todo quedó en suspenso, como si el ángel estuviera pensando en castigar tamaña osadía enviando un rayo a destruir a aquella pobre humana que se había atrevido a interpelarlo. Luego, tan suave como el susurro de la brisa entre las hojas, les llegó una voz directamente a sus cerebros.

—Yo soy... —Hubo una pausa en la que nadie se atrevió a respirar siquiera—. Nanael, el cuarto ángel atlante. Tú eres Kentra y sobre ti extiende su mano protectora mi hermano Israfel. Jara es a partir de ahora mía y su nombre es Sondra.

Un instante después, el ángel, el inmenso lugar oscuro y todas las demás personas habían desaparecido dejando a Kentra y a Jara de nuevo solas, arrodilladas en la salita de la *suite*. Se arrastraron la una hacia la otra para abrazarse, con un júbilo como no habían sentido en toda su vida.

—Ahora eres de los nuestros, hermana Sondra, ahora ya somos dos.

Muy cerca de allí, en la sala de sesiones de la sede de las Naciones Unidas, todos los políticos presentes, unos aún en el suelo y otros tambaleándose para llegar a un asiento, se miraban buscando en los ojos y en el comportamiento de los demás la prueba de que lo que acababa de sucederles no había sido una alucinación causada por el cansancio y el estrés. De que realmente habían visto a un ángel que les había indicado el camino que tenían que seguir para atajar la plaga.

Entonces el príncipe Leo pidió la palabra y todos los rostros se volvieron hacia él.

The background of the page is a solid, muted brown color. Overlaid on this background are several dark, black silhouettes of tree branches. The branches are of varying thickness and are scattered across the page, with some extending from the top and others from the bottom. The silhouettes are simple and lack leaves, giving them a stark, graphic appearance.

TERCERA PARTE



Sombra flotaba en la semiinexistencia como todas las veces en las que Lena no necesitaba tenerlo a su lado. Siempre había una unión entre ellos, pero en esos momentos ella estaba en el Núcleo y su presencia no era requerida. Faltaba ya muy poco para que llegara el momento de comenzar. A partir de ese momento, Sombra empezaría a analizar su actuación para aprender de los aciertos y los errores cometidos y poder pasar la información a sus creadores. Un humano habría empezado a hacer planes para lo que vendría después. Pero Sombra no era humano. No había un después.

Lo que sí existía era el presente y en ese presente, calibrando todos los datos de los que disponía, sabía lo que era necesario hacer para que el contacto pudiera realizarse. Debería haber estado totalmente seguro. Sin embargo no lo estaba, y eso hacía que en la nebulosa existencia a la que se había retirado, algo en él siguiera sopesando variables.

Era la primera vez que había llegado hasta ese punto y, consecuentemente, le faltaban ciertas experiencias para que la certidumbre fuera del cien por cien, pero había unos cuantos datos mínimos, casi marginales, que no eran correctos, que no coincidían con las pautas que tenía implantadas. Y no tenía manera de averiguar si, en esas condiciones, debía cumplir con su parte para abrir el contacto o retrasarlo hasta que las órdenes de Madre fueran inequívocas.

La ventana de oportunidad estaba dada, la señal recibida, los *urruahkim* activados, el nexo en el Núcleo. No había más que dar la orden de crear la Trama y llevar a Lena al nodo central. Entonces todo se pondría en marcha y los dos mundos quedarían conectados.

Pero había algo que faltaba, algo que no entraba en sus parámetros. Dos cosas, sobre todo. Una: que los colores no eran correctos. Dos: que no había siquiera indicios de que el Anima Mundi, como lo llamaba ahora *karah*, fuera a manifestarse. Y eso era fundamental para establecer el contacto.

Sombra no tenía la capacidad de tomar la decisión sobre si debía intentarse o no. Tendría que ser el nexo quien decidiera. Tendría que explicarle aún algunas cosas.



Nexo. Blanco. Haito. Estación polar

Cuando al cabo de tres días, Lena volvió a reunirse con sus compañeros, hubo unos instantes de vacilación antes de los primeros abrazos porque la transformación que se había operado en ella era notable, a pesar de lo difícil que hubiera resultado decir concretamente en qué había cambiado.

Seguía siendo la misma chica de melena castaña con mechaz claras, miraba a los ojos con la misma sinceridad de siempre y sonreía igual. Sin embargo, había algo en ella que antes no estaba y que la hacía diferente.

—Es como si antes Lena fuera Lena, con su cuerpo y su alma, y ahora fuera Lena llevando el cuerpo de Lena —le dijo esa noche Anaís a Ritch, en la cama.

—Suenaz película de terror —contestó él, admirado por la formulación—. Pero entiendo lo que dices. Leí una frase que me encantó y que suena parecido: «No eres más que un fantasma conduciendo un esqueleto recubierto de carne hecho de polvo de estrellas».

—¿Qué crees tú que es lo que tiene ahora, de más o de menos? —insistió Anaís.

Ritch sacudió la cabeza, encogiéndose de hombros luego, antes de contestar.

—Habría que preguntarle a Daniel. Lo mismo él ha notado más cosas.

Daniel, efectivamente, había notado más cosas, hasta el punto de que a la hora de irse a dormir había estado retrasando el momento e incluso le había ofrecido a Lena que durmiera sola para estar más ancha y poder descansar de todo lo que había vivido en el interior de aquella cosa. No quería reconocerlo ni ante sí mismo, pero su novia, ahora, le daba miedo.

—No te preocupes, hombre —le había dicho ella con una sonrisa—. Te juro que no te voy a comer y que no se trata de la invasión de los ultracuerpos. Sigo siendo yo. Solo que me han pasado cosas que me han marcado, que me han cambiado profundamente. No lo puedo evitar. Hay veces que me gustaría que no hubiera sucedido, pero ya no hay vuelta atrás.

—¿De verdad no puedes contarnos nada de lo que te ha pasado ahí dentro?

Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—Ya os lo he dicho antes a todos. No es que no pueda en el sentido de que me lo

haya prohibido alguien; es que no soy capaz, no hay palabras que sirvan para describir lo que hay ahí, lo que me ha pasado, el ser o los seres con los que he estado en contacto. Quizá con el tiempo, cuando me serene un poco y vaya asimilando lo que he sentido pueda ir comunicando fragmentos de información, pero de momento es... no sé... como si a un indio de la selva lo llevas a París dos horas y luego le pides que te cuente qué es Europa y cómo son los europeos... No sé lo que visto, Dani. No entiendo lo que han tratado de explicarme. Solo tengo claro que cuando formemos la Trama, entenderé mucho más.

—¿Y tienes también idea de qué pasará luego?

Ella sacudió la cabeza lentamente en una negativa.

—Solo tengo la idea de que de algún modo seremos algo más de lo que somos en estos momentos, igual que yo también he crecido o me he ensanchado o como quieras llamarlo desde que he entrado en contacto con el Núcleo. Lo que me gustaría creer es que vamos a comprender muchas cosas, que nos van a guiar por un camino de descubrimiento que nos va a hacer mejorar como habitantes de este planeta, pero eso es lo que quiero creer —enfaticó claramente el «quiero»—. No significa que vaya a ser así necesariamente.

—Elia ya ha publicado la tercera parte de la trilogía.

Lena se quedó quieta, boca arriba, mirando el techo.

—Y en su novela... —preguntó por fin—, ¿se hace esa consulta *online*? ¿Qué dicen los lectores? ¿Debo hacerlo? ¿Debo formar la Trama?

—Aún no la he leído, Lena. Solo he visto la noticia en la red pero, por lo que he podido averiguar, la mayor parte de los lectores no ha participado en la votación. O piensan que es una broma y que da igual o es que ya no tienen interés en la participación democrática. La corrupción, los escándalos políticos y el fracaso de los partidos han hecho que muchísimos jóvenes piensen que no vale la pena dar su opinión para nada. ¡Y yo que casi rompí contigo porque pensaba que no podíamos arrancarle a los humanos la posibilidad de expresar su deseo en algo tan fundamental para su futuro! ¡Y ahora resulta que les da igual!

—No importa, Dani. Ahora sé que no tengo elección. No hay vuelta atrás. Sencillamente no puedo negarme.

—¿Pase lo que pase?

—Sí.

Sus manos se encontraron sobre la sábana y se estrecharon fuerte, aunque no se miraban.

—Sombra vendrá a buscarme en cualquier momento. Se nos acaba el tiempo, mi amor —dijo ella con un temblor en la voz.

Se giraron de medio lado para poder verse. A Daniel, a pesar de todo, le resultó tranquilizador que los ojos de Lena estuvieran llenos de lágrimas, aunque ya no tuvieran el color que él recordaba. Ahora eran grises con chispas de color violeta y, con la humedad que los llenaba, parecían inmensos y cálidos.

—Me habría gustado ser una chica normal, ser tu novia, haber podido ir a bailar, a ver museos, al cine... irnos juntos de vacaciones... que hubieras conocido a mis padres... haber conocido a tu familia... haber alquilado un piso para los dos... estudiar juntos. Lo siento mucho, Dani. Te lo he estropeado todo. —Su voz era cada vez más ronca, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y, poco a poco, iban empapando la almohada hasta que Dani la abrazó, se subió encima de ella y empezó a besarla con desesperación.

—No me arrepiento de nada, Lena —le dijo entre dos besos—. De nada. Volvería a hacerlo una y mil veces. Te quiero y te querré siempre, pase lo que pase. Hasta el final.



Rojo. Azul. Negro. Valle del Tiétar (España)

El Shane llevaba apenas dos horas en la habitación del Molino del Cubo cuando, harto de ver las imágenes que pasaban por televisión, estrelló el mando contra la pared y, con un bufido, se calzó y salió al exterior. Detestaba la inactividad pero, sobre todo, detestaba la sensación de estar perdiendo por completo el control de las cosas. Aquella estúpida plaga que había desencadenado era algo que ya no le concernía y sin embargo, a pesar de ello, le fastidiaba profundamente que su fármaco-estrella, el Reddest, que habría sido la puntilla perfecta a un excelente trabajo, acabara de ser prohibido por «no haberse podido comprobar todavía su eficacia y su funcionamiento en organismos humanos». Al menos esa era la excusa que habían puesto. ¡Malditos imbéciles!

No hacía más que darle vueltas y vueltas a la cuestión de cuál de sus conclánidas podría haberse enterado a tiempo de la existencia del Reddest y cómo podría haber conseguido que en las más altas esferas del poder se dictaran normas en su contra. Le gustaría averiguarlo y hacérselo pagar. Pero ahora había cosas más atractivas en el horizonte.

No había recibido noticias de Imre y eso, como ya se había imaginado, solo podía significar que el *mahawk* negro había perdido de vista la misión que aún tenía pendiente, el trato que habían acordado tanto tiempo atrás, que seguramente pensaba que ya no era necesario terminar con *karah*, con todos los conclánidas que no fueran necesarios para formar la Trama. ¡Ja! Ya no podía faltar mucho para que se diera cuenta de que le habría convenido cumplir su parte. Y cuando se diera cuenta, esperaba poder estar cerca de él porque le gustaría verle la cara. Nadie, nadie, nunca, traicionaba al Shane sin pagar por ello.

En el jardín, se detuvo frente a una escultura de metal que representaba una especie de pájaro extraño, de plumas enhiestas. Si no fuera porque no pensaba vivir mucho más tiempo ni en Londres ni en el planeta que lo albergaba, lo habría comprado. Le parecía simpático aquel bicho. Le recordaba a sí mismo. Y más en ese momento, cuando la luz del sol poniente lo bañaba todo del color de la sangre. Un pájaro simpático, un poco loco, con plumas metálicas que podían convertirse en hojas

afiladas.

A contraluz, vio acercarse dos siluetas conocidas y se plantó en mitad del sendero de piedras blancas para enfrentarse a ellos.

—¡Vaya! Los mediasangres han venido a cumplir su vocación de buitres, por si queda algo de carroña que repartirse cuando se sacien los machos alfa. ¿Me equivoco?

Los gemelos miraron al Shane, se miraron un instante y se separaron de inmediato para pasar uno a la izquierda y otro a la derecha del *mahawk* rojo sin decir palabra, como si no lo hubieran visto en la vida.

—¿Os ha comido la lengua el gato? ¿Vuestro flamante clan azul no os ha enseñado a contestar a un *mahawk* cuando se dirige a vosotros?

—Déjalos en paz, conclánida. —Sonó una voz grave desde la oscuridad de una pérgola cubierta por una vegetación tan tupida que nadie se había dado cuenta de que allí pudiera ocultarse alguien—. No malgastes tu ingenio.

El Shane se volvió como un relámpago. Hacía mucho que no había escuchado esa voz.

—¿Ragiswind? ¿Mi honorable conclánida, *mahawk* en tiempos, del clan negro?

—Sabes muy bien que sí.

Se acercaron el uno al otro midiéndose con los ojos y, casi a la vez, tendieron el brazo derecho desnudándolo con el izquierdo para estrecharlo a la romana.

—¿De dónde sales? —preguntó el rojo.

—Del mismo sitio que tú.

—¿Has estado en Atlantis? No te he visto.

—Hace mucho que no me ha visto nadie —dijo Ragiswind con una media sonrisa—. Es mejor así. Nunca he sido dado a las exhibiciones públicas. Al contrario que tú.

Echaron a andar lentamente, en la incipiente oscuridad, por la cuesta herbosa que llevaba al jardín de abajo, hacia la zona de la cascada, en dirección a la alberca.

—Supongo que no querrás decirme qué has estado haciendo todos estos siglos. Tengo que confesar que desapareciste tan bien que durante un tiempo mis espías no lograron encontrarte y luego... mi vida siempre ha estado muy llena y, simplemente, me olvidé de ti.

—Ese era el plan, efectivamente. —Ragiswind volvió a sonreír. Curiosamente incluso para sí mismo, encontraba divertido haber vuelto a toparse con Shane—. Pero no me importa que sepas lo que he estado haciendo todo este tiempo.

Hubo unos instantes de silencio mientras cruzaban la gran piedra que hacía de puente en la acequia y que a la luz azulada del ocaso destacaba pálida en la penumbra.

—He estado preparando el advenimiento del nexo, como puedes suponer. No ha sido fácil, han sido necesarios unos cuantos siglos, pero lo hemos conseguido.

—Mis felicitaciones.

—Tanto tú como yo lo hemos conseguido, conclánida. —Su tono de voz

implicaba que creía estar dándole una gran sorpresa. El Shane soltó la carcajada—. ¿Lo encuentras gracioso? ¿No me crees?

—Claro que te creo. Hace mucho que lo averigüé, estimado *mahawk*. Hablando como habla *haito*, tanto tú como yo somos abuelos de Lena. ¿Te sorprende que lo sepa?

—En absoluto —mintió Ragiswind.

—Te concedo, en cualquier caso, que tú has sido el auténtico motor del asunto y que yo he tardado bastante en enterarme. Toma. Te las has ganado. —El Shane arrancó la rama de un árbol que se recortaba como una silueta de tinta china contra el horizonte violeta y se la tendió.

—¿Laurel? Muy ocurrente.

—Permíteme otra pregunta personal. ¿Cómo es posible que sigas vivo? Si no recuerdo mal, naciste en el siglo XI.

—Me alimento sanamente y vivo en pareja.

El Shane se echó a reír estentóreamente.

—No recordaba que fueras gracioso, la verdad. Debes de haber mejorado con los años. Asumo que tu respuesta significa que no me lo vas a decir.

—Admiro tu agudeza.

—Cambiemos de tema entonces.

Habían llegado a la alberca que brillaba oscura y temblorosa reflejando las primeras estrellas. Se había levantado un viento frío que agitaba las hojas de los nogales y las iba arrancando de sus ramas. El arroyo murmuraba misterioso, despidiéndose del verano.

—Dime, Ragiswind, y ¿ahora? ¿Qué va a pasar ahora que hemos logrado producir un nexo y llegar con vida hasta este glorioso siglo XXI?

El antiguo *mahawk* negro hizo una inspiración profunda con la vista perdida en el fondo del valle, donde la imponente ruina del castillo de Mombeltrán, iluminado como una joya de ámbar, destacaba sobre la negrura.

—Ahora, Shane, si tenemos suerte, veremos qué hay más allá.



Negro. Océano Pacífico

Imre estaba sentado a la cabecera de Ennis, contemplando su rostro de mármol, luchando contra el desánimo que cada vez lo invadía con más frecuencia y mayor intensidad. Sin saber exactamente por qué, con cada hora que pasaba sentía más y más que todos sus esfuerzos estaban condenados al fracaso, que Ennis jamás despertaría de aquella extraña muerte, que nada de lo que él hiciera o dejara de hacer tendría la menor influencia sobre los acontecimientos.

Y tenía que reconocer, aunque solo fuera ante sí mismo, que estaba cansado, muy cansado, viejo, ahído de todo, como después de un largo banquete en el que se ha comido y bebido más de lo razonable.

Sorprendiéndose a sí mismo, se dio cuenta de que quería morir, descansar, abrazarse a Ennis y dejarse arrastrar por las tinieblas. De modo que se puso en pie, rechazando violentamente el momento de debilidad, besó en los labios a su bella durmiente, que en cada visita parecía más pálida y más lejana, y salió a cubierta, a una noche fresca pero sin viento, de cielo estrellado, sin luna. El mar, oscuro, poderoso, estaba en calma, moviéndose bajo el buque con olas lentas, redondas, como los músculos de un gran felino hecho de agua.

Cruzó la inmensa y solitaria cubierta del carguero y se quedó mirando el horizonte de poniente, que aún conservaba un suave reflejo violeta. Conectó el reproductor y en sus oídos comenzó a sonar *Oxygène* por enésima vez mientras, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, veía desaparecer los últimos colores del cielo.

Nunca había creído en milagros y misterios esotéricos y ahora, en aquel carguero silencioso en medio del mar, se sentía profundamente estúpido esperando que aquel incomprensible ser de pesadilla los convocara y los arrastrara a donde fuera para cumplir una misión que cada vez se le antojaba más absurda.

No había conseguido averiguar dónde estaba Ragiswind, ni siquiera si realmente seguía vivo. Quizá Lena hubiera tenido más suerte. Quizá no importara ya.

El mundo se anegaba en sangre y muerte; en las ciudades, la plaga continuaba matando como en los peores tiempos de la peste negra, pero en mitad del mar el aire

era puro y todo parecía lejano, carente de importancia.

Sabía que estaba llegando al final y se alegraba.

‡ ‡ ‡

Un escalofrío recorrió los cuerpos inexistentes de los cuatro *urruahkchim* cuando Sombra activó la señal que debía despertarlos para crear la Trama. De un instante a otro salieron del sueño en el que estaban sumidos y la energía empezó a zumbar dentro de ellos reconstruyéndolos, formándolos de nuevo para la misión que se les había encomendado en una estrella tan lejana al lugar donde se encontraban ahora que ni siquiera aparecía en las cartas estelares más precisas.

Sombra había dado la señal después de haber considerado todos los factores a su alcance y, si hubiera estado en su naturaleza la capacidad de temer, habría sentido temor o al menos inquietud al hacerlo porque sabía que los parámetros de contacto no eran perfectos, pero eran lo más aproximado que podrían lograr, y los impulsos procedentes de Madre eran inequívocos. El origen deseaba que se intentara la comunicación y esas habían sido sus órdenes.

En menos de un segundo los *urruahkchim* estaban listos para transportar a los doce arcontes a sus respectivas posiciones mientras Sombra se materializaba junto a Lena. Sabía que para ella era importante percibirlo con todos sus sentidos humanos normales, que eso aumentaba su seguridad y la tranquilizaba; de modo que adquirió de nuevo el aspecto con el que se habían conocido, el del hombre alto, fibroso y oscuro, de cabeza calva y ojos intensamente negros, y apareció en su habitación.



Nexo. Sombra. Estación polar

Lena acababa de cerrar el grifo de la ducha cuando sintió un desplazamiento del aire detrás de ella y, con un mal presentimiento y el vientre agitado, se giró hacia la puerta con los ojos muy abiertos y el agua escurriéndole desde la melena, trazando caminos cada vez más fríos sobre su cuerpo desnudo.

Sombra la miraba fijamente desde sus ojos oblicuos y oscuros, inexpresivo, hierático, como aquella lejana vez, en París.

—¿Ya es hora? —dijo ella con palabras audibles.

—Es el momento.

—¿Tengo tiempo de secarme? —preguntó, intentando animarse haciendo una broma.

Sombra la miró fijamente y, un parpadeo después, Lena estaba seca.

—Vístete.

Ella sonrió.

—Estás aprendiendo, maestro.

—Sombra sabe que tu parte humana es más eficiente cuando tu cuerpo está cubierto de ropa.

—¿Qué me va a pasar? ¿Qué nos va a pasar ahora?

—Sombra lo ignora.

—¿No te lo implantaron, programaron, lo que sea? —Había un punto de impaciencia en la voz de Lena.

—No es necesario. Sombra sabe lo que debe saber. No más. No menos. Tú eres el nexo. Tú sabes.

—No, Sombra, no sé nada. —Su maestro no la contradijo—. ¿Está todo bien? — Por primera vez desde que lo conocía, o quizá fuera porque desde el contacto íntimo con el Núcleo había adquirido una sensibilidad más profunda, Lena sintió una vacilación, una cierta inseguridad en su mentor. Y eso hizo que también ella sintiera un escalofrío de incertidumbre. ¿Era posible que Sombra tuviese miedo? Si Sombra tenía miedo de algo, eso haría que todo su esquema de la realidad se tambaleara. Pero no tenía por qué ser así. Era solo una estúpida apreciación por su parte.

No era infrecuente que Sombra no contestara una pregunta suya, pero en esta ocasión era como si el retraso en responder estuviera condicionado porque no sabía realmente qué decir o si decir algo, de manera que decidió insistir y reformular su pregunta en vez de indagar directamente en sus pensamientos.

—¿Hay algo que no sea correcto, que te haga dudar de lo que vamos a hacer?

—Los parámetros no son perfectos.

—¿Eso es lo que yo formularía diciendo que hay algo raro en el asunto?

—Es una de las opciones.

—¿Qué escenarios responderían a esa falta de perfección en los parámetros de contacto? —Lena había aprendido a formular sus preguntas del modo más eficaz posible para obtener una respuesta que pudiera comprender.

—Una posibilidad es que el material orgánico que establece el contacto se haya deteriorado hasta un punto que lo dificulta o imposibilita. Una posibilidad es que la intención original de Madre haya cambiado y los parámetros hayan sido alterados en el tiempo transcurrido entre la partida de las vainas y el momento presente. Una posibilidad es que los constructores de la herramienta de contacto se hayan extinguido mientras tanto y que sea otra especie, desconocida para Sombra, la que está intentando contactar. Pueden existir otras posibilidades, pero esas son las más plausibles.

Lena tragó saliva. Todas sonaban confusas y amenazadoras.

—A ver si lo he entendido —dijo, tratando, por puro reflejo humano, de no sonar tan asustada como se sentía, aunque era consciente de que su mentor sabía perfectamente lo que le estaba pasando por la mente—. Uno: que *karah*, a lo largo de los milenios que lleva viviendo en la Tierra, por evolución natural o por haberse mezclado con *haito* o por lo que sea, haya dejado de tener las cualidades que hacían posible el contacto.

—Así es.

—Dos: que Madre, o el mundo de origen de *karah*, se haya replanteado la cuestión del contacto y haya cerrado unilateralmente la posibilidad de conexión con nosotros.

Lena sintió un asentimiento por parte de Sombra.

—Tres: que la civilización original que lanzó las vainas a recorrer la galaxia se haya extinguido y haya ocupado su lugar otra civilización que tú no conoces.

—Sí.

—Hay otra, Sombra. También es posible que Madre haya sido atacada y vencida por otra especie que ahora quiere contactar con nosotros pero no con la intención original sino con otras intenciones que no conocemos y no somos capaces de prever.

—Existe la posibilidad.

—¿Y qué hacemos?

—La decisión es tuya. Aunque Sombra debe informarte de que el deseo por parte de Madre es perentorio.

—Pero si *karah* se ha deteriorado, entonces no funcionará... —Lena le daba vueltas a todas las opciones que habían mencionado—. ¿Tú puedes decirme si es así? Al fin y al cabo, desde que conozco a los clanes, la queja más frecuente es que ya casi no son capaces de reproducirse. Quizá eso sea un indicio de que han perdido la fuerza o la pureza necesaria para establecer el contacto.

—Eso no es indicio de falta de capacidad. Eso fue intencional por parte de Madre.

—¿Qué? Explícate, por favor.

—*Karah* tiene dificultades reproductivas desde siempre porque nunca estuvo previsto que se reprodujeran libremente. Nunca han tenido más de treinta o treinta y cinco miembros vivos a la vez. Solo doce más el nexo son necesarios para crear la Trama. Es conveniente que siempre haya al menos un tercio más y en algunas épocas incluso el doble, pero han sido concebidos para ser casi estériles. Viviendo más de mil años, si fueran capaces de procrear sin control, habrían saturado el planeta y sustituido a *haito*, la especie dominante. Eso carecería de sentido, dado que Madre busca el contacto con especies autóctonas de otros sistemas. Para evitarlo, la capacidad reproductiva de *karah* fue limitada desde su creación.

—¡Qué crueldad! ¿Qué clase de civilización avanzada e inteligente es capaz de hacer eso?

—*Haito* lo hace también con sus animales domésticos.

Sombra tenía razón. Los humanos encontraban natural castrar a sus gatos y sus perros cuando les parecía que no debían reproducirse más. Igual que controlaban la natalidad de todos los animales que necesitaban para alimentarse o para poblar sus reservas.

—Pero los clánidas no lo saben.

—Sombra ignora si son conscientes de ello o no. No es relevante.

—No. No lo saben. Y sí es relevante para ellos.

—Su reacción emocional no importa para dar cumplimiento al plan global.

Sombra tenía razón. Todo le decía que tenía razón, que no tiene ninguna importancia lo que sepa, sienta y piense la herramienta que se va a usar para llevar a cabo un proceso, para cumplir una misión, pero de algún modo se rebelaba contra ese desprecio por los pensamientos y sentimientos de *karah*. Quizá porque ella también era *karah*. ¿O no lo era? ¿O el hecho de ser el nexo y de haber sido criada como *haito* la elevaba sobre los demás conclánidas y la convertía en una especie en sí misma?

Pasó por la mente de Lena la arrogancia de Dominic cuando Clara se enamoró de él. Su sonrisa de superioridad, ese maldito orgullo que compartían todos los clánidas de ser superiores a los pobres humanos y que los había llevado a asesinar a su amiga para arrancarle el niño que esperaba. Y ahora resultaba que no eran más que animales castrados; herramientas orgánicas dispensables, prescindibles, que solo se reproducían cuando faltaban miembros en sus filas para que pudieran estar siempre dispuestos en el caso de que se diera un nexo y la especie de origen deseara entrar en contacto con el planeta en el que *karah* se encontraba.

De un momento a otro se dio cuenta de que lo entendía todo, de que ya lo sabía, de que el contacto con el Núcleo le había permitido acceder a un volumen inaudito de información que se iba revelando cuando la necesitaba.

Karah era una especie mimética para poder confundirse con la población dominante de cada lugar. Y si eran más bellos era simplemente por necesidades de supervivencia, porque *haito* trata mejor a los ejemplares más hermosos de su especie. Por eso eran también más fuertes, más resistentes, más longevos... pero eso no los hacía superiores, sino más bien lo contrario. Eso mostraba que eran aparatos, dispositivos biológicos perfectamente adaptados, perfectamente sustituibles, no los superhombres y supermujeres que ellos creían ser.

Parte de ella lo encontraba monstruoso, pero con la otra parte, quizá con el resto humano que aún conservaba, le parecía de una bellísima justicia poética y estaba deseando que lo supieran, que bajaran del pedestal al que se habían subido miles de años atrás y se dieran cuenta de que los que de verdad resultaban interesantes para Madre eran los habitantes de la Tierra, los que habían surgido en el tercer planeta de los que orbitan el Sol gracias a las condiciones naturales imperantes en su hábitat y habían evolucionado hasta ser lo que eran. ¿Cómo lo había dicho Sombra en otra ocasión? Los que no habían sido creados, como *karah*, sino que habían surgido de manera natural.

Lena se apretó las sienes con las manos tratando de poner orden en su mente. Desde que había entrado en contacto con el Núcleo todo su ser vibraba en sintonía con el sistema al que pertenecía y en cuanto relajaba un poco el control que mantenía sobre sus sentimientos, sabía que todo era correcto. Sin embargo, cuando usaba su parte *haito* para comprender lo que estaba sucediendo o para tratar de llegar a una decisión, empezaba a darse cuenta de que Madre no le gustaba, de que sentía una desconfianza innata por una civilización tan increíblemente avanzada y extraña como para llenar la galaxia de vainas viajeras cargadas de semillas que tenían la capacidad de copiar y replicar la especie original de cada planeta para luego facilitar el contacto con la especie que los había enviado. Era consciente de que, de algún modo, ella pertenecía a esa especie incomprensible y tenía un papel fundamental en el cumplimiento de sus planes, pero era algo que unas veces la asustaba, otras la llenaba de orgullo y otras le parecía sencillamente monstruoso y horrendo y hubiera dado cualquier cosa por que no fuera así.

Pero no había salida y no podía hacer nada más que dar el paso y entrar en el gran misterio.

—*Sombra, ¿está previsto que yo sobreviva a ese contacto?* —Sabía que no hacía más que retrasar el momento, como una niña que teme quedarse sola en su cuarto, en la oscuridad, y retiene todo lo posible a su madre para que no se vaya todavía.

—*El nexo es imprescindible. Sin nexo no hay contacto.*

—*Pero, una vez establecido el contacto, ya no soy necesaria, ¿no es cierto? ¿Qué pasa entonces?*

—*Si sobrevives, cuando dejes de ser necesaria como nexo, volverás a tu vida de siempre, la que tú elijas.*

—*Si sobrevivo...*

—*Sí.*

—*Durante mil años más.*

—*Aproximadamente.*

La cabeza le daba vueltas solo de imaginarlo. No conseguía hacerse a la idea de vivir tanto tiempo siempre entre desconocidos o relacionándose solamente con sus conclánidas, los mismos conclánidas siglo tras siglo, mientras el resto del mundo rozaba su vida apenas durante un momento, envejecía y se desvanecía frente a ella cada ochenta o noventa años.

—*¿Tú seguirás vivo, Sombra? ¿Qué pasará contigo?*

—*Sombra estará inactivo, esperando al próximo nexo.*

La idea de perder a Sombra, de saber que seguía ahí de alguna manera, pero que ya no estaría a su alcance, le daba pánico. Y a la vez tenía que confesarse que no solo le daba miedo la soledad que representaba perderlo sino que también sentía unos celos terribles del siguiente nexo.

—*¿No podrías quedarte conmigo?*

—*¿Para qué?*

Lena se acercó con delicadeza a la mente de su maestro y, sin palabras, le pidió que mirase en su interior, que viese por sí mismo lo que le estaba pidiendo. Lo sintió acercarse suavemente con algo que podía ser curiosidad. Le dejó ver su miedo de quedarse sola sin más compañía que un grupo de gente a la que despreciaba, construyendo relaciones efímeras con personas que morirían mucho antes que ella y a las que tendría que mantener siempre engañadas para que no llegasen a saber quién o qué era ella. Le dejó ver su necesidad de tenerlo a su lado y preguntarle todo lo que no sabía, su ilusión de que le enseñara cosas cuya misma existencia ignoraba aún. Por último le dejó ver su anhelo más profundo, el que había surgido con fuerza al contacto con el Núcleo y que todavía no había puesto en palabras ni para sí misma: el deseo de que en algún momento del futuro, cuando su vida en la tierra tocase a su fin, Sombra viajara con ella por la galaxia y le mostrara las maravillas del universo.

El lazo con Sombra era como un abrazo: suave, cálido, protector... Se rompió súbitamente cuando Sombra rompió el contacto con brusquedad pero como si no lo hubiera hecho por decisión propia.

—*Ha llegado el momento, Lena. ¿No sientes la urgencia?*

—*¿Has visto lo que te he enseñado, Sombra?* —*Antes que ninguna otra cosa, Lena necesitaba que su maestro reaccionara a lo que ella acababa de abrirla, pero su impasibilidad era total—. ¿Piensas darme una respuesta?* —*Insistió, casi furiosa.*

—*Ahora hay otras prioridades. Si sobrevives, Sombra te responderá.*

Un segundo después, el vértigo se había apoderado de su cuerpo y de su mente.



Negro. Rojo. Azul. Blanco

Nils fue el primero en notar el tirón. No habría podido decir exactamente cómo se sentía la llegada de aquel ser, pero una milésima de segundo antes de que el *urruahk* apareciera en la habitación de su hotel en México D.F., en plena noche, una vibración tan grave que solo se sentía en la médula de los huesos lo despertó y lo hizo sentarse en la cama con los ojos desorbitados y el corazón latiéndole enloquecido.

Terror.

El *urruahk* era el terror en estado puro. Lo recordaba muy bien por su aparición en la casa del clan rojo en Amalfi. Y sabía que no había escapatoria. Cuando un *urruahk* quiere algo de ti te busca y te encuentra. Siempre.

Y aquel *urruahk* había venido a buscarlo.

Intuyó su presencia enloquecedora girando a los pies de la cama en una oscuridad que se intensificaba por microsegundos hasta quedar convertida en una tiniebla viscosa, impenetrable. Luchando contra la necesidad de encogerse y aullar de terror, intentó encontrar dentro de sí la fuerza de dejarse llevar sin resistencia. Aquello tenía que ser un proceso natural, tenía que estar previsto. Él sabía que iba a venir a buscarlo para que pudiera ocupar su lugar en la Trama; Lena se lo había advertido. No había nada que temer. Aquel ser era solo un instrumento, una herramienta, una fuerza ciega que cumplía su misión a rajatabla. Algo muy distinto a *karah* o incluso a *haito*, con su libre albedrío, su voluntad propia y su capacidad de decisión. El monstruo sabía lo que era necesario hacer.

Una garra helada que sin embargo se sentía como una quemadura agarró brutalmente su cuerpo y tiró de él produciéndole, además del dolor, una náusea invencible que le arrancó una arcada desde lo más profundo del estómago. Y justo cuando estaba a punto de vomitar se dio cuenta de que no le era posible, porque su cuerpo no lo había acompañado. Lo que el *urruahk* acababa de sacar a tirones no era la carne en la que siempre había estado envuelto, sino el espíritu, el alma, el *qi*..., el nombre era lo de menos.

Por un segundo fugaz, antes de desaparecer en las fauces de aquel ser de oscuridad viva, vio su propio cuerpo tumbado en la cama del hotel. Le pareció que

aún respiraba. O al menos trató de creer que era así antes de perder el conocimiento.

Cuando Gregor volvió a adquirir conciencia de sí mismo, aún estaba gritando. No había podido evitarlo, para su vergüenza, y ahora se sentía humillado, violado, arrebatado sin concurso de su voluntad por aquel ser espantoso para ser arrojado sin miramientos, como un trapo empapado en cieno, en el lugar helado y oscurísimo en el que se encontraba tiritando de miedo y de frío, absolutamente solo.

No se le ocurrió pensar en Clara ni en todos los demás humanos que él mismo había torturado, asesinado y aterrorizado a lo largo de su extensa vida. Ninguno de ellos tenía nada que ver con él y con su sufrimiento presente. Ninguno de ellos era *karah*. El terror estaba empezando a dejar paso a la rabia y al deseo de venganza.

‡ ‡ ‡

Joelle intentaba conciliar lo que le estaba sucediendo con todo el conocimiento que había reunido durante su larga existencia, pero era imposible porque *karah* nunca había conseguido llegar tan lejos y, por tanto, no había testimonios de cómo actuaban los *urruahkhim* cuando estaban formando la trama ni de lo que podía esperar. Por el momento solo había oscuridad, náuseas, frío, soledad. El miedo la recorría como un fluido helado, paralizante. Empezaba a arrepentirse de haber dado los pasos necesarios para llegar adonde se encontraba. Después de una larguísima vida preparando ese momento, habría dado cualquier cosa por volver a estar en Atlantis mirando el mar, soñando en el futuro en lugar de estar empezando a vivirlo.

‡ ‡ ‡

La llegada del *urruahk* no fue una sorpresa para Emma. Desde la muerte de Albert lo estaba esperando como una especie de venganza imprecisa, sin saber bien de qué o de quién quería vengarse entregándose a lo desconocido con esa extraña alegría. Por eso recibió el dolor con entusiasmo, como se recibe un parto muy deseado, como se recibe la destrucción de la casa de tu enemigo, aunque el tejado también te aplaste a ti. Estaba acostumbrada al frío polar, a la oscuridad de los eternos inviernos, a la soledad. Ella era ahora la *mahawk* del clan blanco, de lo que quedaba del clan blanco, apenas ella misma y Tanja. El *urruahk* no le daba miedo.



Haito. Rojo. Valle del Tiétar (España)

El Shane miraba a las mujeres con los ojos entrecerrados y su famosa sonrisa de cuchillo curvando su boca.

«Quiero que se vaya de mi casa», le acababa de decir con total aplomo María Jesús, la dueña del hotel, una auténtica furia chispeando en sus bellos ojos oscuros que se repetía en los de su hija Marta. «No pienso tolerar el vandalismo, por mucho que esté llegando el fin del mundo con lo de la Muerte Roja. No le cobro lo que vale el mando de la tele, pero quiero que se marche de aquí hoy mismo».

Hacía mucho tiempo que nadie le había hablado de ese modo y el Shane sintió un escalofrío de placer. Sí, era una pena que se estuviera acabando el mundo. Si hubiera tenido más tiempo, la idea de domesticar a una mujer así, aunque no fuera más que *haito*, habría sido tentadora.

Imaginó por un instante a la muy honorable señora Olivia Harris, su secretaria de Nueva York, diciéndole algo de ese estilo y casi se echó a reír. Le habría cortado la cabeza en la misma oficina, habría arrojado el cuerpo por la ventana y habría ordenado que cambiaran la moqueta. Sin embargo, el valor y la firmeza de la española le resultaban confortadores; no todo el mundo sentía terror frente a él, al parecer, de modo que decidió mostrarse magnánimo.

—Mis disculpas, bella dama. Confieso que ayer noche, al ver las noticias de la plaga no me pude contener y estrellé el mando contra la pared. Esa maldita enfermedad es muy perjudicial para mis negocios.

—O sea, que lo que le pase a la gente es lo de menos —dijo Marta, con una mueca de disgusto.

—Gente hay mucha, querida niña. Demasiada.

Ambas mujeres estaban a punto de repetir su deseo de que se marchara del Molino cuando en un parpadeo la figura angulosa vestida de rojo simplemente dejó de existir.

Luego, al hablarlo, no consiguieron ponerse de acuerdo en si el amenazador zumbido como de un millón de abejas atacando a la vez había sido poco antes o poco después de la desaparición del hombre que se había inscrito como Duque d'Este. Solo

recordaban una oscuridad repentina que apenas había durado un par de segundos, el terrible sonido grave que más que un sonido era una vibración que se sentía en todo el cuerpo, y los ojos del extraño dilatándose de terror.

Un momento después, el salón del hotel estaba en calma, vacío, sin rastro de la figura de rojo.

Más tarde se dieron cuenta de que también habían desaparecido, dejando su equipaje atrás, los huéspedes de la *suite* del Castaño, el elegante matrimonio que vestía de negro, y los hermanos gemelos de la habitación de Escrofularia de Gredos; los cuatro clientes que habían cenado juntos la primera noche.



Karah. Haito. Cúpula

En medio de la fría oscuridad, de un instante a otro se hizo la luz, una luz tan brillante que resultaba casi dolorosa por contraste; subió la temperatura y, cuando consiguieron abrir los ojos, se dieron cuenta de que ocupaban cada uno un lugar en una especie de gigantesco tablero de juego cubierto por una cúpula de tinieblas donde flotaban, como nubes, una especie de relámpagos oleaginosos de colores cambiantes. En el centro, sobre un símbolo en el suelo que representaba la Trama de manera esquemática, una columna hecha de motas de luz gris plateada iba girando lentamente mientras, poco a poco, la luz ambiental volvía a disminuir de intensidad.

Los doce miembros de los clanes que constituían la trama estaban colocados en tres círculos concéntricos de cuatro personas y, a través de la columna de luz podían adivinar al que tenían enfrente, así como distinguir por el rabillo del ojo a los dos de su izquierda y su derecha, pero muy pronto se dieron cuenta de que no eran capaces de abandonar el lugar que se les había asignado, ni siquiera de moverse. Los que ocupaban el primer círculo sentían a sus espaldas la presencia de los cuatro conclánidas del siguiente círculo y estos la de los que ocupaban el tercero. Los miembros del tercer círculo veían o adivinaban a los que estaban delante, pero la distancia era tan grande que no podían apenas distinguir las expresiones en los rostros de los demás.

Aunque todos ellos sentían en su mente el aleteo de la existencia de sus conclánidas, no eran capaces de comunicarse con los otros y solo sabían con certeza de la presencia de los que podían ver. En las tinieblas del fondo, unos extraños mugidos entre metálicos y electrónicos denunciaban la presencia de los cuatro *urruahkhim*, los terribles guardianes. El centro, bajo la columna de luz plateada, seguía vacío.

Nils forzó la vista para distinguir, a través de las motas danzantes, al conclánida que ocupaba el lugar frente a él en el primer círculo y, en cuanto lo logró, no pudo evitar una mueca de desagrado: se trataba de Dominic, el conclánida rojo odiado por Lena. ¿Lo habría elegido ella así? ¿Por qué querría tenerlo tan cerca; igual de cerca que lo estaba él, que era su pareja? Dominic tenía los ojos desorbitados y estaba

tratando de cruzar la mirada con la conclánida que estaba a su izquierda, lo que hizo que Nils se esforzara también por mirarla. Le extrañó no reconocer a la mujer. Estaba seguro de conocer a todos sus conclánidas. Tampoco eran tantos. Pero lo poco que podía distinguir de ella no le bastaba para saber de quién se trataba, así que se esforzó por mirar quién ocupaba el cuarto lugar.

La mujer que ocupaba el otro lado era Joelle. Estaba seguro, a pesar de que no podía mover la cabeza, sino solo los ojos. Por lógica, si él mismo representaba al clan negro, Dominic al rojo y Joelle al azul, la mujer desconocida tenía que pertenecer al clan blanco. No era Emma y, a pesar de que apenas la había tratado en Atlantis, estaba casi seguro de que no se trataba de Tanja. Ambas debían ocupar puestos en los círculos segundo y tercero. ¿Quién era aquella mujer que parecía tener los ojos cerrados y, vestida de blanco como iba, con su extrema delgadez, parecía un fantasma?

Bianca. Solo podía ser Bianca.

Pero Bianca estaba prácticamente muerta. Él la había visto en el *container*, cuando Imre le reveló el mayor secreto de su existencia. ¿Cómo era posible que ahora estuviera ocupando un lugar en la Trama?

No sabían nada. Ni él ni nadie más en *karah*. Todos sus esfuerzos habían resultado fútiles, patéticos. Tantos siglos reuniendo retazos de información y ahora resultaba que ni siquiera tenían que ocupar un espacio geográfico concreto, que los *urruahkhim*, aquellos horribles ángeles de la muerte, los habían llevado a todos adonde debían estar y que en el fondo nada de lo que creían saber sobre sí mismos era verdad.

Le habría gustado saber quién estaba detrás de él, qué gente de su propio clan ocupaba los siguientes círculos, pero no podía volver la cabeza. ¿Alix? ¿Luna? ¿Jeanette? Por increíble que pareciera, cualquiera de ellos habría representado un alivio. ¿Imre?

Imre no estaba dispuesto a separarse de su Ennis, de Bianca como la conocían los demás. Y sin embargo allí estaba ella, como un cadáver que sigue misteriosamente de pie, sin Imre. ¿Qué habrían hecho con él? ¿Dónde estaría? Le habría gustado cruzar la mirada con su *mahawk* antes de enfrentarse a lo desconocido.

De pronto un movimiento percibido apenas por la visión periférica los hizo a todos forzar la vista para tratar de comprender lo que estaba sucediendo. Otras sombras se movían en el borde exterior del último círculo, en la zona existente entre los cuatro conclánidas del tercer círculo y las tinieblas ocupadas por los *urruahkhim*.

Gregor, que seguía aterrorizado, estuvo a punto de echarse a reír al reconocer la silueta del *mahawk* de su clan: el Shane acababa de aparecer en medio de la oscuridad como un pájaro descoyuntado. No albergaba ninguna simpatía por Shane Lancaster, pero era tranquilizador ver que, a pesar de todos sus manejos, tampoco él iba a librarse del destino común de *karah*.

Unos instantes después otra figura entró en el campo de visión de los conclánidas

que ocupaban el último círculo, pero ninguno de ellos reconoció al hombre alto, de penetrantes ojos negros que se movía como una pantera. Luego surgió una mujer, también desconocida que poco después, al avanzar hacia la zona más iluminada, fue reconocida por Emma y por Joelle: Eringard, la clánida azul perdida y recuperada.

Después, casi a la vez, Imre y Luna se materializaron en puntos opuestos de la cúpula entre el zumbido-bramido de los *urruahkhim*.

«Están trayéndonos a todos —pensó Flavia—. Para bien o para mal, *karah* está completa en esto. No era necesario elegir. Si nos destruyen, nos destruyen a todos. Si nos llevan a otro lugar, se están asegurando de que todo *karah* esté aquí. Nos hemos dejado llevar por leyendas sin sentido prestadas de *haito*. Nunca hemos sabido nada. Ha llegado la hora de la verdad».

Jeanette fue la primera en distinguir unas siluetas conocidas: Rufus y León acababan de materializarse en la oscuridad de la gigantesca cúpula como ellos mismos poco antes. Parecían atontados y apenas se movían, pero eran ellos. El orgullo la llenó como el agua. Su descendencia había sido aceptada por alguien muy superior a *karah*.

Un poco más allá habían aparecido otras siluetas más delgadas que no conseguía reconocer. Ya no quedaban más conclánidas. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Quiénes eran los recién llegados?

Emma sintió un espasmo de rabia al darse cuenta de que Sombra o quien fuera el que estaba a cargo de formar la Trama había decidido ignorar la distinción entre *karah*, *haito* y familiares de mayor o menor relación con los clanes, ya que, moviéndose torpemente entre las sombras del fondo y avanzando hacia la luz, podía distinguir no solo a los mediasangres azules sino también a Max, a Daniel, a Ritch y su muchacha recién llegada, al juguete *haito* que Alix había elegido y que ni siquiera era familiar... ¿Qué hacía allí toda aquella gente en el momento más grande de *karah*? Y, si por lo que fuera, debían estar, ¿por qué no habían traído también a Willy, y sobre todo a Joseph y Chrystelle, los familiares más antiguos de todos los clanes? No. Willy sí estaba; acababa de entrar en el círculo de luz, parpadeando, y con alivio evidente había cambiado una mirada con ella. Resultaba confortador darse cuenta de que aún quedaba alguien que se alegraba de verla.

Lentamente, los recién aparecidos, casi dos docenas de personas relacionadas de uno u otro modo con los clanes, iban acercándose a los radios que ocupaban los miembros de su color, formando pequeños racimos: Max, Daniel, Willy, Ritch y Anaís junto al blanco; *Mr. Chang*, *Miss Fu*, Jara Mendívil, Maël y el familiar de Alix junto al negro; el mayordomo del Shane y tres personas más en el clan rojo; un grupo más numeroso, además de Rufus y León, en el azul.

Los conclánidas que no formaban parte de la trama se habían colocado algunos al lado de uno de los suyos, mientras que otros habían preferido ocupar posiciones intermedias entre uno y otro clan. Eringard, Ragiswind y el Shane se mantenían en una de esas posiciones excéntricas, mientras que Imre había avanzado hasta el primer

círculo hasta colocarse junto a Bianca.

Trató de pasarle el brazo por la cintura en un reflejo inevitable de sostenerla en su fragilidad, pero debía de estar envuelta en algún tipo de escudo de energía porque no consiguió acercarse a más de veinte centímetros de ella, de modo que tuvo que conformarse con ponerse a su lado, como dando a entender a quien quisiera comprender su relación que él y ella estaban juntos y juntos se enfrentarían a lo que pudiera suceder.

Entonces, muy lentamente, empezó a dejarse sentir una vibración que fue subiendo de tono, subiendo, subiendo, cada vez más aguda, cada vez más afilada, hasta que todos los presentes sintieron que no podrían soportarlo mucho más, que acabarían por estallarles los oídos y los ojos. Algunos empezaron a morderse los labios hasta la sangre, otros se pusieron a gemir primero, luego a gritar, otros sollozaban...

Y de un momento a otro cesó.

En el silencio, de repente, la figura desnuda y blanca del nexo, intensamente iluminada de violeta, se materializó dentro de la plateada columna de luz. Lena tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y los brazos cruzados frente al pecho, con las palmas de las manos apoyadas en los hombros. Parecía una imagen de Klimt, entregada, distante de todo y de todos, lejana en su belleza y en su misterio. Daniel y Nils tragaron saliva, incapaces de apartar los ojos de ella. Max se cubrió la cara con las dos manos. Había llegado el momento. Ya no podía hacer nada por su pequeña, salvo verla inmolarse por algo incomprensible que nadie deseaba.

Un instante después, por encima del nexo apareció una figura como un coágulo de oscuridad que solo por un segundo tuvo una forma vagamente humana. —Sombra, pensaron todos los que lo habían visto en el Cónclave— antes de convertirse en una especie de ominosa nube negra con ocasionales destellos de color que colgaba encima de ella como arrojando su cabeza.

—Protégela, Sombra —susurró Max—. Protege a mi hija.

De pronto todo comenzó a girar, como si alguien hubiera quitado el tapón a una bañera gigante, y, acompañando al remolino, surgió un sonido estridente, agudísimo, que todos sentían como si su cuerpo y su alma se hubieran convertido en una goma que estuviera siendo estirada en direcciones opuestas. Los *urruahkhim* empezaron a dar vueltas más y más deprisa alrededor del círculo exterior hasta que sus figuras se convirtieron en un simple borrón de tinieblas aullantes rasgadas por relámpagos que dolían.

Los doce arcontes se pusieron rígidos y entonces sucedió algo que los dejó a todos primero perplejos y luego maravillados: de un momento a otro, lo que habían sido doce personas únicas e individuales, encerradas cada una en sí misma, sintieron de pronto que todas las barreras entre el «yo» y «lo otro» caían como muros que se van derrumbando con las sacudidas de un terremoto y unos segundos después podían sentir la presencia de los demás, pero no como individualidades sino como trazos de

un diseño que solo juntos adquirirían sentido. De pronto ya no eran rojo, negro, blanco y azul, ni eran Emma, Alix, Flavia, Yerek..., sino que eran la Trama, focalizada en el nexa, lanzando toda su energía hacia el exterior, hacia un punto que no podían ver pero que sentían con absoluta claridad, como una pulsación enloquecida ganando impulso para saltar a las estrellas.

Y al mismo tiempo que eran la Trama en una dimensión, en otra a la que nunca habían tenido acceso empezaban a extenderse, como buscando ampliar la energía que proyectaban para recoger la de otros seres vivos de su alrededor.

Desde su posición, a la vez dentro y fuera, arriba y abajo y más allá de la Trama, Sombra observaba la escena fascinado por los acontecimientos que nunca antes había presenciado. Era una fantasía de color creada por las interacciones de los clánidas que desde sus posiciones, además de formar un haz de luz potentísimo, gris y violeta, enviaban zarcillos de sus propios colores buscando unirse con todos los demás y más allá, fuera de la cúpula virtual, hacia el resto del planeta, buscando despertar el Anima Mundi, que, al contrario de lo que siempre habían pensado los clánidas, no era la unión de los cuatro clanes ni se refería a *karah*.

En un relámpago de comprensión repentina se dieron cuenta de lo que significaba; entendieron el porqué del nombre y su historia, y el sentido de la existencia del concepto.

El Anima Mundi era la conciencia de todos los seres vivos de la Tierra unidos en una esfera sentiente, y *karah* era la encargada de canalizar toda la energía del mundo para el contacto no solo de *haito*, sino de todo lo que pudiera aportar una chispa de energía y de consciencia a la comunicación con la otra inmensa esfera que había despertado muchos milenios atrás y había emprendido la tarea de buscar en la galaxia otros lugares donde se hubiera producido el fenómeno. El Anima Mundi era el alma de Terra, del tercer planeta en torno al Sol, donde había surgido primero la vida y luego, poco a poco, la civilización y luego la consciencia y el deseo de trascendencia y de contacto con el resto del universo.

Todos se sintieron sacudidos por la comprensión, por el conocimiento, por saberse parte diminuta y fundamental de un gigantesco mosaico aún incomprensible. Fue un momento en el que, cada uno a su manera, se sintió rozado por el asombro supremo, por la delicia extrema, por una especie de sentimiento de contacto con la divinidad.

Lena empezó a gemir audiblemente. El dolor de canalizar toda aquella energía desatada la estaba rompiendo por dentro, como en sus peores pesadillas. No tenía conciencia del tiempo transcurrido ni del que podría transcurrir aún hasta que se diera el contacto y pudiera dejar de sentir. Notaba las olas de energía enloquecidas que la desgarraban y en su desesperación se aferraba a la ayuda de su maestro que planeaba a la vez por encima de ella, por dentro de su ser y a su alrededor.

La necesidad de reunirse con Madre, fuera aquello lo que fuera, era absoluta porque algo en ella sabía que, en cuanto se fundiera con Madre, acabaría el dolor.

De pronto, cuando parecía que no sería capaz de soportarlo un segundo más, toda aquella energía desapareció en un instante dejándola débil y recorrida por la náusea, con una terrible sensación de frustración absoluta. La energía había dejado de fluir. La Trama se había roto. Madre se había vuelto de nuevo inalcanzable.

¿Qué pasa, Sombra? ¿Qué ha pasado?, consiguió formular en su interior, sacudida por un temblor incontrolable.

Clan blanco. Falla un miembro. Ausencia. Vacío.

—¡Mamáaaa! —gritó Lena sin poder evitarlo, sabiendo que una ausencia en el clan blanco solo podía deberse a la muerte de su madre. Esta vez la muerte definitiva.

Todas aquellas fuerzas desatadas, al contrario de lo que esperaban, habían acabado por destruir la frágil salud de Bianca, que ya no era capaz de continuar, que ya prácticamente había dejado de existir. Había caído al suelo como una marioneta con las cuerdas cortadas. Imre la sostenía en su regazo, mirándola desolado, como una Pietá invertida.

Los arcontes, ahora que habían probado la sensación de pertenecer a algo mucho mayor que la suma de sus individualidades, sentían una perplejidad, un vacío tan grande que casi dolía y, vanamente, estiraban sus mentes hambrientas en dirección al nexo para que restableciera la conexión.

Incluso los demás, los que no habían formado parte de la Trama pero se habían sentido tocados por aquel contacto, se agitaban, nerviosos y perdidos al dejar de percibir la energía recorriéndolos, conectándolos.

Lena no podía apartar la vista de su madre que ahora sí, ya, definitivamente, iba a dejar de existir.

Max se acababa de dar cuenta de la presencia de Bianca y, sacudido por los temblores, se había tenido que sentar en el suelo y enterraba la cabeza entre las piernas ayudado por Daniel y por Ritch mientras Anaís trataba de guiar su respiración para que no se desmayara. «Inspira hondo, Max. Suelta el aire poco a poco. Así, con calma. Inspira...».

Imre levantó la cabeza del rostro de mármol de Ennis y, anonadado, clavó la vista en los ojos de Lena en una petición de ayuda tan desesperada que no podía desoír-la. Pero sus posibilidades se habían acabado; era el nexo y su poder era inmenso, sí, pero Bianca estaba más allá de toda ayuda. Y aunque la había traicionado desde el mismo momento de su nacimiento, aunque le había mentido a lo largo de toda su vida, aunque aún le dolía la escena que había vivido —revivido— recientemente en la que había visto a Bianca dar la orden para poner en marcha el plan que llevaría a la muerte de Clara y mucho después a su propia muerte como nexo consumida por las fuerzas del contacto, de todas maneras, Lena seguía queriendo a su madre aunque fuera en medio de la rabia, la incomprensión y el dolor. Bianca la había abandonado, no le había importado dejarla en manos de los clanes para que la usaran y la destruyeran, no se había preocupado de qué le sucedería una vez que se convirtiera en el nexo pero, a pesar de todo, ella, Aliena Wassermann, no podía dejar de intentarlo

incluso sabiendo como sabía que no había nada que hacer. Pero quería sentir una vez más, si aún era posible, la dulzura del contacto con su madre antes del final definitivo. De modo que, olvidándolo todo, se sumergió en el ser que había sido Bianca, la mujer que la había concebido y llevado en su vientre, la mujer que la había educado, querido, mimado durante casi dieciocho años, la que la llamaba «Alienitschka, mi niña blanca y negra» y le cantaba canciones y le contaba cuentos y le había dado las «Instrucciones para volver a casa».

Nada más entrar se dio cuenta de que algo no era natural. La última vez que había intentado el contacto con su madre, en el carguero donde la mantenía Imre en el *container* que encerraba una especie de jardín encantado, la había encontrado muy débil, muy lejana, pero en un proceso lentísimo de recuperación. Ahora, por el contrario, su cuerpo, con independencia de su espíritu, había sido envenenado una vez más. A propósito. Para que nunca llegara a salir del coma.

Alguien le había vuelto a inyectar recientemente un poderoso veneno de acción retardada que ya casi la había matado.

¿Quién? Y ¿por qué?

Entró en la mente de Bianca que era ya un mar de olas lentas en las que flotaban fragmentos de recuerdos, de sentimientos, trozos de vidas pasadas, pecios de proyectos, de ilusiones, de sueños perdidos...

Mamá, susurró. Mamá, ¿sigues ahí?

Vio entre nubes la sonrisa de un Max jovencísimo, con la torre Eiffel al fondo; vio el salón de un palacio en Viena, la reverencia de un hombre vestido de negro — ¿Imre en otra vida?— con barba y unos ojos brillantes como joyas clavados en los suyos; vio unos jardines italianos bajo el sol de agosto desde la ventana de un dormitorio donde, sobre una cama vestida de seda blanca, había una carta escrita en papel florentino; vio un abanico pintado con su retrato, cuando era Mariana de Miraflores, rodeado de rosas rojas; vio su propia carita de recién nacida, rosada, perfecta y pudo sentir la corriente de amor que venía de su madre, aunque la hubiera tenido a propósito para traicionarla y abandonarla cuando llegara el momento.

No te abandoné.

La voz de Bianca sonaba extrañamente clara en su oído interior. Su voz de siempre, dulce, alegre, fresca.

Descansa, mamá. No importa.

Sí importa. Escucha. Mira. A mí me importa.

Sintió el esfuerzo de Bianca por convocar conscientemente un recuerdo concreto con toda la nitidez de la que era capaz.

Vio a su madre conduciendo feliz, entusiasmada, aquel día de mayo por la autopista de Viena. Compartió sus pensamientos, su alegría de que, después de tantos siglos, todo estuviera a punto de ponerse en marcha, repasó la conversación que acababa de mantener por teléfono en la que, por fin había podido confirmar que todo estaba listo.

Y entonces, de repente, en la parada que hizo para repostar gasolina, vio a su madre sacar el móvil para controlar sus mensajes y abrir el que ella le acababa de enviar desde el Instituto: «Sigo sin saber lo que quiero estudiar, pero tengo claro que lo que yo quiero por encima de todo es ser como tú. Te quiero, mamá».

Había olvidado que le había mandado ese mensaje durante el recreo, después de haber estado un rato discutiendo con Clara sobre qué les gustaría hacer al terminar el bachillerato.

Vio a su madre leer varias veces el texto, sonreír, ponerse seria, volver a sonreír, esa sonrisa pálida de cuando algo le dolía, quedarse mirando la foto que le había hecho un par de días antes cuando habían estado un rato trabajando en el jardín y habían estado hablando de qué pensaba estudiar, de qué ilusiones y planes tenía para su vida.

Lena sintió el proceso mental de su madre que, en ese instante, se dio cuenta de que todo aquel futuro no existiría jamás para ella porque ya estaba todo establecido, y en ese instante decidió que tenía que dejarla elegir, que en cuanto volviera de Viena empezaría a enseñarle quién era y qué se esperaba de ella, pero sobre todo, que, dijeran lo que dijeran los conclánidas que habían colaborado hasta entonces en la obtención de un nexo, no lo pondría en marcha en ese momento, sino más adelante, cuando Lena hubiera sido informada de todo y pudiera opinar sobre el asunto.

Luego vio a Bianca llamar al mismo número al que había llamado antes y decir en el buzón de voz: «Operación cancelada. Te lo explico en Viena. No hagas nada. Llamaré ahora a Nagai para cancelar. Nos vemos en un par de horas. Por fin».

¿Es ese clánida con el que hablabas el que ha tratado de matarte dos veces, mamá? ¿O fueron dos los asesinos? ¿Fue Lasha? ¿Y quién más, quién más? ¿Querían matarte porque anulaste la operación, porque querías retrasarla?

Sintió la sonrisa de Bianca como una brisa entre las hojas. Su impaciencia siempre la hacía sonreír.

Supongo que esa fue la razón principal, sí. Yo llevaba siglos colaborando con Ragiswind, Eringard y Joelle para que el plan funcionara. Hacía décadas que no nos habíamos encontrado entre nosotros para que los conclánidas no sospecharan lo que estábamos tramando. Íbamos a vernos en Viena para celebrar nuestro éxito cuando lo llamé para anular ese primer paso, Ragiswind no estaba dispuesto a esperar más, Lenutschka. Se le acababa el tiempo. No quería que tú pudieras decidir, ni que yo estuviera a tu lado para guiarte. Sabía que yo te había dejado instrucciones para el caso de que a mí me sucediera algo, de modo que mi presencia no era fundamental. Podía prescindir de mí y eso hizo. Cuando nos encontramos en mi piso de Viena puso un somnífero en mi taza de té y luego me inyectó un veneno. Aún pude darme cuenta pero no pude defenderme ya. Después... nada. Ya no recuerdo nada. Salvo que tú viniste a verme en algún momento... Desde entonces lucho por poder decirte todo esto. Ahora ya lo sabes... Nunca te traicioné. Nunca te abandoné. Lo siento, cariño. Te quiero. Eres la persona a la que más he querido en todas mis vidas... siento

haberte dejado sola... siento tener que dejarte otra vez...

Lena notaba cómo la debilidad se iba apoderando de Bianca, lo fuerte que era el deseo de dejarse ir, de dejar de luchar para mantenerse consciente, para poder articular pensamientos coherentes, palabras que, aunque no eran pronunciadas, debían ser lo bastante claras para que su hija pudiera comprenderlas. Sabía que era agotador para su madre, pero aún no podía dejarla descansar; tenía que saber algo más.

Mamá... mamá... ¿quién ha sido el que te ha hecho eso ahora? ¿También Ragiswind, al darse cuenta de que seguías viva?

Parecía que Bianca ya no se sentía capaz de articular palabras y, a cambio, le ofreció una imagen: ella en su caja de cristal, en el invernadero en el que Imre la había metido para protegerla; una figura vestida de rojo, con la capucha echada sobre la cara, inclinándose sobre ella, susurrándole, sacando una jeringuilla de entre los pliegues de su ropa. El destello del metal bajo la luz, el pinchazo, el dolor de quemadura del líquido entrando en su vena... el canturreo del hombre: «Óyeme bien, bella durmiente. Dile a tu amado, el *mahawk* negro, que nadie, nunca traiciona al Shane sin pagar por ello», sus pasos alejándose.

¿Por qué, mamá, por qué? ¿De qué traición habla?

Ya no hubo respuesta, salvo una caricia lejana, un destello de ropa de cama blanquísima, de sábanas cálidas bañadas por el sol que entraba por la ventana del dormitorio donde tantas veces habían compartido libros, películas y conversaciones, y el olor a lavanda que siempre había asociado con su madre.

El grito de Imre, como el rugido de un tigre herido de muerte, la devolvió a la realidad.

—¡Ennis! ¡Ennis! ¡Vuelveeee! —El cuerpo de la mujer desmadejado entre sus brazos, la cabeza cayendo hacia atrás, sin vida—. ¡Nooooooo!

Max se acercó casi a gatas hasta donde yacía la mujer que había sido su esposa y él había creído muerta desde hacía dos años. Aunque seguía entre los brazos del *mahawk* negro, le tomó la mano suavemente y la besó, acunándola después contra su pecho. Imre levantó la cabeza como una cobra pero luego volvió a agacharla sin hacer nada más. ¿Qué más daba ya? Aquel pobre *haito* miserable sufría probablemente tanto como él. ¿Qué importaba ya? A su manera, él también la había querido.

—¡Qué emotivo cuadro, niños y niñas! —Se alzó, chirriante, la voz del Shane—. Ahora que nos hemos saciado de patetismo, sugiero que nos marchemos de aquí cuanto antes. Está claro que el asunto del contacto con... —agitó la mano, impaciente— lo que sea... no va a funcionar y yo, por mi parte, empiezo a cansarme de este teatro. A menos que quieras intentarlo de nuevo, Aliena...

—¿Cómo vamos a intentar nada, mamarracho? —Emma, sin poder moverse de su lugar, pero con toda la furia del mundo en su voz, siguió escupiendo las palabras dirigidas no solo al Shane sino a todos sus conclánidas—. El clan blanco ha perdido a

su último miembro. Solo quedamos Tanja y yo. Ya no tenemos hombres. Nuestro clan dejará de existir y, con él, toda posibilidad de volver a intentarlo. ¡Nos habéis destruido! —Un sollozo surgido desde lo más hondo de su garganta interrumpió su tirada—. Ahora ya lo comprendo. ¡Es la venganza del clan rojo! Matasteis a Bianca cuando todo estaba a punto de comenzar, matasteis a Albert, matasteis a Lasha...

—Poco a poco, señora mía —interrumpió el Shane—. No confundamos. Lasha murió de vejez, por así decirlo. Fue él quien mató a Albert por razones que ni conozco ni me importan un ardite. Por lo que yo sé, el accidente de Bianca fue eso, un accidente. En cualquier caso a Bianca yo no le toqué un pelo de la ropa, y no por bondad, sino simplemente porque estaba ocupado en otros campos y no llegué a enterarme de lo que estabais tramando...

—Tú eres el segundo asesino de mi madre, *mahawk* —dijo en ese momento Lena con una frialdad tal que puso carne de gallina a todos los que la oyeron—. La envenenaste hace unos días para que no pudiera despertar jamás.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, casi simultáneamente, el Shane rompió a reír mientras Imre, pasándole con extrema suavidad a Max el cuerpo de Ennis, como si solo estuviera dormida, se levantó del suelo como una pantera y echó a correr hacia el *mahawk* rojo con el rostro convertido en una máscara de odio.

—Y ¿eso quién te lo ha dicho, preciosa? ¿La misma difunta? Me has pisado la sorpresa. ¡Con la ilusión que me hacía que Imre lo supiera por mí! —Alcanzó a decir el Shane antes de que Imre lo alcanzara y lo derribara saltando sobre él.

El puño derecho de Imre se abatía una y otra vez con regularidad de metrónomo contra la cara del Shane mientras la mano izquierda lo sujetaba del cuello contra el suelo y la sangre salpicaba en todas direcciones. El hombre se retorció como una serpiente, intentando enroscar sus piernas en el cuerpo de Imre para poder quitárselo de encima, pero la fuerza del *mahawk* negro estaba magnificada por su odio y su sed de venganza y el anguloso clánida rojo no conseguía sacudírselo.

Los arcontes que formaban la Trama seguían anclados a sus lugares sin más posibilidad que mover los ojos a izquierda y derecha para distinguir lo que estaba pasando a su alrededor y los demás, el resto de *karah*, *haito* y familiares se habían quedado atónitos ante la violencia de Imre y, secretamente, pensaban que el Shane se lo tenía muy merecido. Ni siquiera su mayordomo parecía dispuesto a hacer nada para ayudar a su amo pero, de todas formas, los familiares de los distintos clanes se observaban con prudencia por si se hacía necesario contrarrestar algún ataque.

En un movimiento relámpago el *mahawk* rojo, como un prestidigitador, sacó una cuchilla de entre sus ropas, y consiguió pasarla por un lado del cuello de Imre casi con suavidad. El clánida negro, sorprendido por el escozor repentino de la cuchillada, se llevó la mano izquierda al cuello, de donde brotaba abundantemente la sangre.

—¡Cobarde! —susurró Imre.

Pero antes de que pudiera volver a afianzar su presa, el Shane consiguió salir de debajo del cuerpo de su enemigo y echó a correr hacia el círculo de oscuridad que

rodeaba la Trama. Todos contuvieron la respiración. Allí no había escapatoria. Solo estaban los *urruahkhim*. No había nada más.

Por una fracción de segundo, antes de que los *urruahkhim* se lanzaran contra el *mahawk* rojo para aniquilarlo, Lena pensó que quizá podría detenerlos, pero hacerlo no estaba en su mano.

Cuando ya se había puesto en marcha interiormente para evitar que sucediera, se dio cuenta con perplejidad de que los poderes que había ido adquiriendo a lo largo de su entrenamiento parecían haberse suspendido.

¡Sombra! ¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo actuar?, gritó, desesperada, hacia su mentor.

Ahora eres el nexo en la Trama. Todo lo que eres, lo que tienes y lo que puedes está al servicio del contacto. Solo se mantiene la comunicación con los que te rodean, pero no puedes intervenir en nada más.

Lena sabía que esos poderes seguían en algún lugar de su interior, que podría activarlos cuando saliera del centro de la Trama, pero por el momento, por lo que decía Sombra, mientras actuara como nexo, toda su fuerza y su poder habían desaparecido. Casi cegada por la sorpresa, descubrió que no podía intervenir en nada que no tuviera una relación directa con la misión para la que había sido entrenada.

Todavía era capaz de ponerse en contacto mental con los arcontes y con todos los que en aquellos momentos poblaban la cúpula virtual donde se encontraban. Por eso había podido hablar con su madre. Pero no habría podido salvarla incluso si sus daños físicos hubieran sido leves, ni ahora estaba en su poder contener la furia de los *urruahkhim*. Aunque no se trataba de furia. Ni siquiera era una decisión por parte de los arcángeles, como alguien los había llamado en siglos anteriores. Era un puro automatismo. Nadie podía salir de la cúpula ni atravesar el último círculo. Ni siquiera se encontraban en un lugar con existencia real como todos los lugares en los que habían estado en su vida. Ocupaban otro plano de realidad.

Los tres clánidas rojos gritaron a la vez cuando el Shane siguió corriendo en dirección a los monstruos.

—¡Nooooo! ¡Vuelve, Shane!

—¡El Shane no necesita la ayuda de nadie para pasar al otro lado! —contestó a gritos, con una sonrisa de oreja a oreja deformándole el rostro mientras se lanzaba de cabeza contra el muro de tinieblas.

Durante unos segundos solo quedaron sus locas carcajadas antes de ser tragado por la oscuridad. Luego no hubo más sonido que el zumbido enloquecedor de los *urruahkhim*.

‡ ‡ ‡

Apretándose el cuello con las manos y dejando un rastro de sangre a su paso, Imre caminó de vuelta hasta el primer círculo de la Trama, se dejó caer junto a Ennis y

Max, apoyó la cabeza en el regazo de la mujer que había sido el único amor de su vida y, mirando a Nils, le sonrió con un leve movimiento de asentimiento, una despedida.

Sintió en su interior la mente de Lena aleteando inquieta, buscando inútilmente la posibilidad de reparar el daño causado por el Shane.

Aliena. Su descendiente. La contribución de Imre y Ennis a los clanes: el nexo. Tenía todos los motivos para sentirse orgulloso, colmado. La vida ya no le traería nada mejor y, ahora que Ennis no estaba, tampoco tenía sentido intentar pasar al otro lado.

Déjalo, Lena —susurró con la voz de la mente.

Lo siento, conclánida. No puedo curarte.

Déjalo. Ha sido una larga vida, una buena vida. Quiero irme. Con ella.

¿Y si después no hay nada?

Sea. Me arriesgaré.

Lena se acercó inmaterialmente a Imre, que, por la pérdida de sangre, estaba cada vez más débil.

Cuida de Nils, Lena —dijo con sus últimas fuerzas.

Vas a morir, mahawk. No tienes derecho a encomendar misiones a los vivos. Haré lo que yo considere.

No pido más. Eres digna de mí.

El orgullo del clan negro, la maldita *hybris*, incluso en el mismo momento de la muerte. *Frangor, non flector*. «Me romperé, pero no me doblegaré». Incongruentemente, el lema les hizo sonreír a los dos.

Me habría gustado conocerte en otras circunstancias, Imre. —Lena le pasó por la frente una mano inmaterial—. *No te preocupes de nada. Descansa. Duerme.*

¿El... clan... negro?

Sobrevivirá.

El *mahawk* negro suspiró, cerró su mano ensangrentada sobre la blanca de Ennis y quedó con los ojos abiertos frente a la oscuridad de la cúpula atravesada por relámpagos violeta.

‡ ‡ ‡

Es posible continuar si es tu voluntad —Lena oyó la voz de Sombra en su interior mientras ella aún luchaba por reaccionar frente a lo que acababa de suceder y a todo lo que su madre le había contado antes de morir. No podía apartar la vista de los cuerpos inmóviles de Imre y Bianca cubiertos de sangre; de la terrible expresión de dolor y desamparo de su padre, Max; de aquel tablero macabro en el que, como figuras de algún extraño juego, dispuestas e inmóviles, se encontraban todas las personas que significaban algo para ella en el mundo.

¿Deseas hacerlo, Lena? ¿Deseas reestablecer el flujo de energía? —Sombra

sonaba apremiante. Casi no la dejaba pensar. Su pensamiento se cruzaba con los de ella, se superponía como un anuncio luminoso, como una repetitiva cuña publicitaria —. *¿Quieres comenzar de nuevo? Debes comenzar de nuevo.*

Yo... sí... no sé... espera un momento... Dime, ¿cómo es posible? ¿Qué vamos a hacer? Nos falta un arconte blanco. ¿O da igual? ¿O eso de los colores no era más que otra de las leyendas de karah?

Todos los arcontes deben pertenecer a karah, pero basta si parte de su ikhôr pertenece a uno de los colores.

¿Entonces? ¿Significa eso que tenemos a algún conclánida que es, aunque solo sea parcialmente, miembro del clan blanco?

Sí.

Lena lo pensó durante un momento, aún confusa.

De acuerdo. —Decidió por fin—. *Procede. Comencemos de nuevo.*

No estaba muy segura de querer continuar con aquello pero sí sabía que quería terminar de una vez.

Un segundo después, para su asombro y el de todos los presentes, Ritch estaba plantado, temblando de pies a cabeza, en el lugar de Bianca.

—¿Qué haces tú ahí? —Oyeron gritar a Anaís con un filo de histeria en la voz.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Ritch en voz ronca—. No es posible. Tiene que haber algún error. Yo no soy *karah*.

—¡Sombra! —En esta ocasión, Lena usó su voz externa para que todos pudieran oír lo que respondiera el maestro—. ¿Por qué está ahí Ritch? Solo es familiar del clan blanco.

—Ritch es *karah*. Fue engendrado por un clánida y concebido por otra clánida.

—¿Una clánida blanca? —El tono de Emma decía bien a las claras que le parecía entre absurda y monstruosa la idea—. ¡Eso es imposible! Yo sé que yo no fui y, si fuera descendiente de Bianca, lo sabría. Ella nació de mí; estuvimos muy unidas durante mucho tiempo.

—Dejad las especulaciones. No hay tiempo. Es descendiente mío —dijo en ese momento Tanja en voz firme.

—¿Concebiste un hijo para el clan y lo abandonaste?

—Así es.

Todos los que lo habían tratado un poco sabían que Richard Thomas Brown se había criado en un orfanato en Estados Unidos y nunca había recibido ningún tipo de información sobre sus padres biológicos.

—¿Por qué? —Emma continuaba escandalizada.

—Tuve mis razones y no me parece que sea el momento adecuado para exponerlas. Ahora que el clan blanco vuelve a tener los miembros necesarios, propongo que continuemos —zanjó Tanja.

—Pero... pero es monstruoso... Si Richard es un conclánida... es una monstruosidad que haya recibido *ikhôr* nuestro, como un familiar. Ni siquiera

sabemos qué puede suceder.

Si Tanja hubiera podido encogerse de hombros, lo habría hecho, pero no podía mover más músculos que los de la cabeza.

—Y ¿quién fue el padre? —preguntó Anaís.

—Da igual. Terminemos con esto. Me he pasado más de treinta años sin saber de dónde vengo y te juro que me da igual quién fuera mi padre biológico. O mi madre, si vamos a eso. Yo soy yo. —Ritch seguía pálido pero parecía haberse recuperado lo bastante como para volver a ser él mismo—. ¿O ya no me vas a querer si soy *karah*?

Anaís se acercó para besarlo y se topó con la protección invisible que se lo impedía, de manera que, como antes Imre, se limitó a quedarse de pie junto a él.

—¿No va a preguntarme nadie si acepto colaborar en esto? —preguntó Ritch tratando, como siempre, de superar la situación a base de sentido del humor.

Nadie le contestó. Estaba claro que no consideraban necesaria su aquiescencia. Durante unos segundos no hubo más que un silencio enfatizado por el sordo rugido de fondo de los *urruahkhim*.

—Propongo que dejemos todo este teatro —dijo de pronto Dominic, que también ocupaba el primer círculo—. Desde que decidimos intentar este maldito contacto han perdido la vida muchos de los nuestros y no tenemos la menor idea de si nosotros vamos a sobrevivir o qué puede sucedernos. Nuestro clan ha perdido a Eleonora, a Mechthild y a Miles. También hemos perdido a nuestro *mahawk* lo que, ¿para qué negarlo?, no nos entristece particularmente. Estaba loco, era cruel y había conseguido que los clanes estuvieran perpetuamente enfrentados. Ahora tenemos la posibilidad de que todo sea diferente. Tenemos un niño que nos necesita y que debe ser entrenado para ocupar su lugar en el mundo. ¿No os parece que podríamos volver atrás? Todos, o al menos todos los que ocupamos lugares en la Trama, hemos sentido lo que podría significar tener ese contacto entre nosotros. ¿No os habéis sentido como nunca en vuestra vida? ¿No os habéis sentido parte de un todo, en resonancia y armonía con el mundo? ¿No creéis que vale la pena sacarle partido a eso?

Lena, Madre espera.

Empezaba a haber miradas de asentimiento entre los clanes. En un recorrido relámpago por las mentes de los arcontes, Lena pudo sentir que la mayor parte de ellos estaba a favor de la propuesta de Dominic, salvo Emma y Joelle que llevaban demasiado tiempo propiciando aquel contacto y no deseaban volver a su vida anterior.

Una luz de esperanza se acababa de encender en el interior de Daniel al pensar que quizá todos pudieran volver al mundo de antes de aquella locura. Rufus y León se sentían decepcionados pero a la vez pensaban con nostalgia en su vida de estudio y bienestar en Río de Janeiro. La mayoría de los familiares sentían que ya habían visto bastantes cosas extrañas y que todas sus expectativas habían quedado colmadas.

Madre apremia. Madre espera.

Dominic, por mucho que ella lo detestara, tenía razón: habían muerto demasiados

conclánidas. Bianca, Lasha y Albert del clan blanco. Imre, el *mahawk* del negro. El clan rojo había pagado muy cara su participación en el plan y la muerte de Clara: Eleonora, Mechthild, Miles y el Shane habían perdido la vida. Solo el clan azul había salido indemne. Pero de todas formas, *karah* estaba cada vez más cerca de la extinción. ¿Le importaría eso a Madre? ¿No eran, después de todo, unas simples herramientas prescindibles?

Lena. Contactar. Madre lo exige.

Madre quería comunicarse con *haito*, con la especie dominante del planeta, y a través de *haito* con toda la energía del mundo, con el Anima Mundi que debía estar formada por todos los seres sentientes y que, en ese caso, aún no estaba realmente desarrollada porque los humanos todavía no estaban en disposición de entablar contacto con otras especies como las ballenas, los monos, los delfines, las hormigas, las abejas, las águilas..., ni siquiera de reconocer su consciencia. De hecho, Madre no debería estar interesada aún en un planeta en el que la especie dominante seguía aislada del resto de seres que compartían con ella el mismo espacio. ¿Por qué tanta prisa, de repente?

Lena. Ahora. YA. Inicia la reacción. Madre lo ordena.

¿Lo ordena? La elección del verbo llevó al nexo a la decisión contraria a la que Sombra esperaba.

—Creo que Dominic puede tener razón. Quizá debamos esperar y volver a discutirlo con calma ahora que hemos perdido a ocho conclánidas —dijo en voz alta, con calma y firmeza—. Tengo que preguntar a Sombra si aún está en nuestra mano detener el proceso que hemos iniciado y anularlo.

—¿Anularlo? —La voz grave, cultivada y al mismo tiempo amenazadora que acababa de surgir de entre las tinieblas de detrás del tercer círculo despertó en muchos de los presentes un cosquilleo de reconocimiento aunque hacía mucho que no la habían oído—. No vamos a anular nada, niña. Ha costado mucho, demasiado, llegar hasta este momento para anularlo ahora sin más.

—¿Ragiswind?

—El mismo, joven conclánida.

—Tú mataste a mi madre en Viena. No creas que lo ignoro.

—Era necesario. Tu madre también quería anular el plan que habíamos urdido durante siglos. Comprenderás que no podía permitirlo. Igual que no voy a permitir que se malogre ahora este plan.

Ragiswind avanzaba lenta, firmemente, desde la oscuridad del último círculo hacia la luz plateada y violácea que encerraba al nexo. A su paso, los arcontes se esforzaban por ver qué llevaba entre los brazos, era un bulto de tamaño mediano.

—Pero no todo ha sido negativo, niña blanca y negra. Has disfrutado también de momentos placenteros. También formaba parte de nuestro plan que Nils Olafson se interesara por ti. ¿Recuerdas nuestro encuentro en el cementerio de Mühlau, conclánida negro?

Nils intentó verle la cara, pero aunque estaba detrás de él ya lo había reconocido por la voz, aquella voz persuasiva que a la salida de la luna sobre el cementerio aquella noche de otoño en Innsbruck le contó que Lena, la jovencita amiga de Clara que parecía no tener ninguna importancia, iba a ser crucial en el futuro de los clanes y que le convenía acercarse a ella. El que él, más tarde, empezara a sentir algo por Lena no estaba planeado y no tenía nada que ver con Ragiswind, pero después de todos los malentendidos que habían existido entre él y Lena iba a ser muy difícil que lo creyera. Apretó los dientes porque era lo único que podía hacer.

—Somos *karah*, querida Aliena —continuó el clánida negro mientras se acercaba al centro—. Hacemos lo que tenemos que hacer. Cueste lo que cueste.

—No voy a permitir que hagas tu voluntad sin la aprobación de *karah*, de todos los conclánidas, viejo *mahawk*. —La voz de Lena era seria pero no contenía ningún tipo de arrogancia ni de amenaza. Se estaba limitando a enunciar un hecho—. Y pienso castigarte por la muerte de Bianca. De mi madre. Quiero que lo sepas.

—¿De verdad? —El tono era pura ironía—. Entonces espero que estés dispuesta a hacer un pequeño sacrificio para detenerme porque, si no vuelves a poner en marcha esas fuerzas que permitirán el contacto que Eringard y yo llevamos casi mil años preparando, tienes que estar dispuesta a aceptar que este pequeño conclánida morirá antes de que nadie pueda hacer nada por salvarlo.

Ragiswind entró en la zona iluminada del primer círculo, entre Lena y Dominic, extendió los brazos y mostró lo que llevaba en el bulto que apretaba contra su pecho: Arek, dormido o drogado.

Con el brazo izquierdo sujetaba al bebé y en el derecho llevaba un pequeño puñal con empuñadura de gemas sin tallar rojas y negras. Dominic empezó a gritar tratando de librarse del campo de energía que lo mantenía sujeto.

—Y no solo morirá el bebé —añadió Ragiswind—, sino también el *haito* que amas. Como ves, estamos bien informados.

Eringard apuntaba con un revólver a la cabeza de Dani.

—Tú eliges, reina mora, como decíamos en mi juventud en Toledo.

‡ ‡ ‡

Sombra. Ayúdame, Sombra. ¿Qué debo hacer?

Contactar. Madre lo quiere. YA.

No me importa lo que quiere Madre. No puedo dejar que maten a Arek. Ni a Dani.

¡Inicia la reacción!

—¡Haz lo que te pide! ¡Inicia el contacto, Lena, por lo que más quieras! — Dominic la miraba implorante—. ¡No permitas que le hagan daño a Arek!

Todo pensamiento pragmático había desaparecido de la mente del clánida rojo. Bajo la amenaza del antiguo *mahawk* del clan negro los conclánidas estaban

cambiando de opinión a toda velocidad.

—¡No puedes dejar que nadie mate a un bebé, Lena! —Era la primera vez que Alix había hablado desde que habían ocupado sus lugares en la Trama—. Arek es el único descendiente de los clanes nacido en este siglo. —Lena sabía que el desgarró de Alix era auténtico. Llevaba siglos deseando tener un hijo y no había nada que le pareciera más monstruoso que la idea de apuñalar a un niño de seis meses.

El viejo zorro no podía haber encontrado una medida de presión más efectiva. *Karah* estaba obsesionada por la descendencia. Ante la idea de que uno de los suyos, casi recién nacido, sufriera algún tipo de daño, todos los conclánidas estaban dispuestos a cualquier cosa.

Por el contrario, a nadie le importaba particularmente lo que pudiera pasarle a Daniel. Esa amenaza había sido escogida exclusivamente para ella y solo le afectaba a ella, aunque un somero repaso al pensamiento de los presentes le dijo que a los otros humanos, a algunos de los familiares y a Ritch también les preocupaba lo que pudiera pasarle a Dani.

Nunca en toda su vida había deseado más que en ese momento poder usar el poder que había adquirido a lo largo de los últimos meses; poder reventarle el corazón a aquella rata de cloaca que se creía superior a todos porque era *karah* y llevaba mil años planeando aquello, jugando con todos sus conclánidas como si fueran piezas en un juego trivial, matando a todo el que se interponía en su camino. Si ahora al menos hubiera tenido el revólver falso que le había dejado su madre en herencia, habría podido hacer creer a Ragiswind que estaba dispuesta a volarse ella misma la cabeza, impidiendo así el contacto para siempre, a menos que dejara libres a Arek y a Daniel.

Pero era el nexó; estaba desnuda e inmóvil en su columna de luz y la pistola, igual que las cápsulas de cianuro, habían quedado atrás, en su ropa o en la mochila que siempre había llevado consigo a todas partes.

Intentó entrar en Ragiswind, a pesar de que sabía que no podría conseguirlo, que todo su poder estaba dirigido al cumplimiento de la misión impuesta por Madre milenios atrás, y, como la última vez que había tratado de hacerlo, se encontró con una superficie pulida, reflectante, como si detrás de ese espejo no hubiera nadie. El viejo *mahawk* debía de llevar siglos trabajando para anularse de ese modo en previsión de intrusiones del exterior. Con Eringard tampoco tuvo mejor suerte: podía ver como a través de unos centímetros de agua qué era lo que había en el fondo, pero no conseguía ver más allá ni era capaz de intervenir de ninguna manera para apartar la mano que sujetaba el revólver contra la cabeza de Dani.

El viejo *mahawk* negro se acercó hasta colocarse frente a ella y con la misma mano que sujetaba el puñal se quitó el sombrero de ala ancha que había llevado hasta ese momento, hizo una reverencia que a Lena se le antojó irónica, y lo tiró al suelo.

—El juego ha terminado, Aliena —dijo con voz neutra, limitándose a establecer un hecho—. Inicia el contacto y dejaré libre al pequeño y a tu *haito*. No tengo ningún

interés en hacerles daño; es solo una manera de presionarte para que hagas lo que tienes que hacer. Si hubiera otra forma de conseguirlo, lo haría de otra forma. Tú me conoces. Hace mucho que no me interesa la violencia.

—Yo no te conozco, *mahawk*.

—Claro que me conoces. Mírame bien, niña. Confía en mí como siempre lo has hecho.

Algo en la voz de Ragiswind, que en la última frase había cambiado y sonaba más vieja y más cascada, hizo que Lena lo mirara con ojos nuevos, buscando algo que unos segundos antes no estaba allí.

—¡*Oncle Joseph*! ¡No es posible! ¿Eres Joseph?

Al mirarlo, era como si estuviera viendo una imagen reflejada en el agua. Por momentos era Ragiswind, el arrogante antiguo *mahawk* del clan negro, alto, afilado, peligroso, altamente inteligente, despiadado; en el momento siguiente volvía a ser el viejo tío Joseph, el familiar del clan blanco, con su espalda curvada, su dulzura, su inteligencia compasiva, empática. ¿Cómo era posible que fuera las dos personas?

—¿Eres de verdad el *oncle Joseph*, el que conocí en París, a quien me envió mi madre?

—Sí y no, Aliena. Soy Ragiswind y a la vez soy el viejo familiar del clan blanco que te inició en este peligroso juego. Joseph existió realmente hace mucho tiempo, igual que su hija Chrystelle, pero tú no llegaste a conocerlos. Nosotros los suplantamos. Eringard y yo vivimos durante años como familiares, alimentándonos también como familiares. El *ikhôr* de *karah* no daña a *karah* sino al contrario; nos hace aún más fuertes y longevos. Parece que a nadie se le había ocurrido probarlo jamás. Fuimos nosotros los que te recibimos en nuestro piso de París, los que te explicamos lo que debías saber, los que te entregamos el medallón que desde entonces llevaste al cuello. Somos las dos cosas.

¿Sabría Bianca que Joseph y Chrystelle eran realmente Ragiswind y Eringard, o la habían engañado a ella también? Si recordaba correctamente la historia que le había contado Bianca, fueron Joseph y Chrystelle los que la habían cuidado y protegido cuando despertó en España en los años treinta, al recuperarse del coma en el que había caído después de que Lasha la empujara a la grieta del glaciar a comienzos de la primera guerra mundial. Podría ser que Ragiswind y Eringard los hubieran suplantado entonces, cuando Bianca estaba inconsciente, y que luego hubieran continuado engañándola en París. Ahora ya era demasiado tarde para preguntárselo.

—¿Por qué no te mostraste en Atlantis?

—No quería arriesgarme a ser reconocido, a pesar de que ya lo había probado en Bangkok frente al clan blanco en pleno. Nadie se fija realmente en un familiar y hacía muchos años que ellos no habían visto a Joseph y Chrystelle. Eringard lo probó también después en Atlantis y nadie se dio cuenta, pero allí yo elegí permanecer en la sombra, como siempre. No era momento de mostrarme ante ti.

—Tú lo has controlado todo, desde el principio. —Lena sentía una gran amargura, una enorme tristeza.

—Más de mil años. No puedo más. Tiene que ser ahora.

Lena, no puedes esperar más. Las señales son imperiosas. Si no contactas, os destruirán.

¿Nos destruirán? ¿Madre quiere destruirnos?

Sombra traduce lo que recibe. Todo es confusión. Sombra recibe una presión inmensa, una enorme urgencia, una sensación de peligro desconocida.

¿Peligro? ¿Para nosotros o para ellos?

Faltan datos. Solo peligro.

—Decídete, Lena —Eringard/Chrystelle la miraba fijamente y el temblor de su mano derecha mostraba bien a las claras que los nervios terminarían traicionándola—. La humanidad está luchando contra la muerte roja y tiene todas las de perder. No podemos quedarnos aquí. Se nos acaba el tiempo. Si haces que mate a este muchacho, seguiré matando hasta que no quede nadie. Llevamos mucho tiempo esperando este momento. Nada nos detendrá, te lo aseguro.

No le des el gusto a esos hijos de puta, Lena, oyó pensar a Nils, aunque él no sabía que ella lo estaba oyendo. Ragiswind es una deshonra para el clan negro. Para todos los clanes. No dejes que te manipulen usando lo que sientes por el haito. Mátanos a todos si así tiene que ser, pero no te doblegues. Arek no sentirá apenas nada. Los clanes volverán a tener descendientes. Habrá otros haito de los que podrás enamorarte, y además tú ya me tienes a mí. No permitas que nadie te obligue. Eres el nexo. Decides tú.

—Sí —susurró para sí misma—. Decido yo. Pero a mí no me afecta el lema del clan negro.

E inició el contacto.

‡ ‡ ‡

La energía la golpeó con la fuerza de un *tsunami*. De un instante a otro perdió por completo la percepción de la realidad que la rodeaba y se sintió tragada por un *maëlstrom* en el que su consciencia no era más que una chispa a punto de ahogarse.

Siempre había pensado que cuando llegara el momento, Madre la ayudaría a sobrellevar lo peor, la acogería y la llevaría a un puerto seguro. Sin embargo el dolor era cada vez más intenso y sentía el terror de todos los arcontes, llevados más allá de lo que podían soportar para crear una gigantesca trama de energía telúrica que sería capaz de mover mundos. La armonía que habían sentido antes se había difuminado y todos notaban que algo terrible, inconmensurable, empezaba a abrirse paso por las

redes que estaban creando a costa de sus vidas, algo que venía precedido de una luz verdosa tan muerta y tan fría que daban ganas de tirarse al suelo, cubrirse la cabeza y sollozar. Pero su inmovilidad era total. No podían hacer más que esperar el advenimiento de aquello para lo que no tenían nombre, algo que no les cabía en la mente, ni en el pensamiento, y que se estaba adueñando de todo, como una sombra maligna que empezara a cubrir un paisaje antes soleado.

¡Lena!, sintió la voz de Sombra, alterada por primera vez desde que lo conocía, ¡Lena! ¡No es Madre! ¡Sombra no reconoce lo que se acerca! ¡Es dañino! ¡Es pura destrucción! ¡Apártate de su camino!

¡Hay que cerrar el contacto, Sombra! ¡Ayúdame a cortar el paso!

No es posible. Está desactivando a los urruahkhim y eso es totalmente imposible. Los urruahkhim son indestructibles. Sombra no sabe qué es, quién es, pero es inmensamente poderoso.

Lena, debatiéndose entre las olas de fuerza que la doblegaban, lanzó el mensaje hacia todos los que podían escucharla en la cúpula, tanto arcontes como humanos como conclánidas. Era fundamental que supieran lo que estaba pasando, que pudieran calcular el riesgo y, eventualmente, buscar una salida a lo que estaba a punto de suceder.

La luz verde había empezado a puntearse de pequeñas explosiones naranjas, puntos que estallaban en silencio como llagas purulentas sobre la extraña luminosidad mortecina.

—¡Sigue, Aliena, sigue! No hay parto sin sangre. —Ragiswind, menos afectado que los arcontes por la magnitud de las olas de energía que los atravesaban quemándolos por dentro, miraba fijamente con una extraña expresión fascinada en el rostro la columna verde en la que Lena seguía encerrada. Se había acercado a Eringard que también contemplaba embelesada, aunque con un punto de incertidumbre, el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos y así, juntos, la mano de él sobre el hombro de ella, el bebé drogado recostado en su hombro, se estaban dejando llevar por el asombro, por la infinita magia del momento, gozando de su triunfo, disfrutando de haber conseguido llegar hasta allí.

—¡Tenemos que parar eso! —gritaba Lena sin saber ya si lo hacía con su voz humana o con la voz de la mente—. ¡Ayudadme a parar eso o nos destruirá a todos! ¡No soy capaz de contenerlooooo! ¡Sombra se está debilitando! ¡Esa cosa quiere matarlo!

En ese momento, dos de los humanos que contemplaban, aterrados, el desarrollo de los acontecimientos, salieron de su inmovilidad y, tras un cabeceo común para confirmar que el otro sabía lo que iban a hacer, se lanzaron juntos a la carrera. Al cabo de unos metros, Anaís se detuvo, hizo estribo con las manos, y Maël, apoyándose en ellas, dio una voltereta, saltó con toda su fuerza sobre la espalda de Ragiswind y Eringard y los derribó, aplastándolos contra el suelo con su peso. Un segundo después, también Anaís caía sobre ellos como una furia. Ella y Eringard se

enzararon en una lucha por el arma mientras, a su alrededor, otros luchaban contra Ragiswind y el familiar que los acompañaba para reducirlos. Sonaron unos disparos, pero antes de que el viejo *mahawk* y su compañera pudieran darse cuenta de qué estaba ocurriendo, casi todos los familiares de los distintos clanes se habían lanzado sobre ellos y Anaís daba una soberbia patada al revólver, que se perdió en las tinieblas.

Jara, deslizándose como una serpiente entre los cuerpos en lucha, había conseguido hacerse con el bebé y lo llevaba hacia atrás para ponerlo a salvo dentro de lo posible.

—¡Dámelo! —le dijo Luna, saliéndole al paso.

Jara lo miró de hito en hito a la luz de la columna central, cada vez más cadavérica. El hombre, que siempre había creído su padre, estaba pálido como una estatua de cera, el pelo se le pegaba a la frente y la tensión de su rostro lo hacía parecer una máscara de la muerte.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿Ya no confías en tu padre? He sido guerrero casi toda mi vida. Puedo proteger a ese conclánida mucho mejor que tú. ¡Dámelo!

Con renuencia, Jara se desprendió de Arek y se lo entregó a su padre, que lo estrechó contra su pecho. A su alrededor, los gritos y sollozos de los arcontes iban en aumento mientras el chirriar de los *urruahkchim* agonizantes amenazaba con volverlos locos a todos. Jara pensó por un instante que era lógico que los Evangelistas estuvieran relacionados con animales. Si en algún tiempo pasado alguien pudo oír a los *urruahkchim* y vivir para contarlo, estaba claro que había oído mugidos de toro, chillidos de águila, rugir de león y gritos humanos. Todo junto y en una completa desesperación.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Muévete! ¡Ven conmigo! —apremió Luna, dirigiéndose hacia el círculo de tinieblas donde los *urruahkchim* aullaban su dolor y tendiendo su mano a Jara para no perderla.

—No podemos. Ya has visto lo que le ha pasado al Shane. Lena dice que tenemos que detener lo que sea que se acerca. ¡Hay que hacer algo, papá! —Jara tenía que gritar para hacerse oír entre el estruendo.

—¿Qué? ¿Qué podemos hacer? ¿Estáis todos locos? ¡Hay que largarse! ¡No podemos hacer nada, no podemos detener eso, sea lo que sea!

¡Lena, invierte el proceso! ¡Desconecta! ¡Desactiva! ¡No es Madre! ¡Sombra te cubre! ¡Desconectaaaa!

Lena había llegado a un punto en el que aún podía comprender lo que su maestro le decía, pero ya no era capaz de seguir sus instrucciones. El dolor era tal que estaba a punto de perder la razón. Solo quería que se acabara, que dejara de doler, que aquel monstruo que la atravesaba como en sus peores pesadillas infantiles terminara de una vez de recorrer la distancia que los separaba, que terminara de cruzar el puente en el que se habían convertido su cuerpo y su alma y la reventara al salir. Para dejar de sentir, para dejar de pensar.

Todo había sido un gran engaño, una terrible trampa. Madre había dejado de existir y alguien se había apropiado del mecanismo para acercarse al planeta y, aprovechándose de la ignorancia y de la estupidez de *karah*, que se había ido deteriorando con el paso de los milenios, entrar a saco en un mundo todavía primitivo, un mundo que aún no había conseguido despertar su Anima. Y eso, que a Madre le habría hecho desistir y esperar un par de miles de años más, a aquellos que se anunciaban con la luz verde no les causaba problemas. Probablemente porque su intención no era la de conectar pacíficamente con la Tierra y sus moradores.

Sintió en su interior un grito desgarrador.

¡Sombra! ¿Qué te pasa?

No puedo contenerlos más, Lena. Sombra está a punto de ser destruido para siempre. Sombra quería protegerte hasta el final. Su misión ha fracasado.

¡Vete! ¡Sálvate! ¡Sálvate ahora y vuelve cuando puedas, cuando estés mejor! ¡Sombra! ¡Soy el nexo! ¡Te lo ordeno!

Lena no consiguió entender la respuesta de Sombra porque de repente la columna de luz que la había sostenido hasta ese momento perdió todas sus motas plateadas y su cuerpo físico cayó al suelo en un charco de luz intensamente verde con manchas amarillas y anaranjadas que se iban extendiendo como insectos sobre ella.

Todos los arcontes se arquearon hacia atrás entre alaridos, sus columnas vertebrales convertidas en segmentos flexibles que permitían que sus cabezas llegaran a tocar sus talones en medio de una luminosidad enfermiza que no les permitía ver con claridad, como si fueran ya cadáveres de ahogados cayendo hacia el fondo del mar.

En ese momento, justo cuando casi todos los presentes habían decidido entregarse a la fatalidad y dejar de luchar contra lo imposible, Rufus y León, después de cambiar unas palabras boca a oreja, echaron a correr con un propósito que a los demás se les escapaba por completo aunque para ellos parecía estar meridianamente claro.

Cogieron al pasar la mano de Jara, que soltó un chillido de pánico, y, arrastrándola, la llevaron con ellos hacia el centro de la Trama, donde Lena, entre los brazos de Daniel, que sollozaba sin siquiera darse cuenta, se sacudía como una muñeca de cuerda con los ojos desmesuradamente abiertos y vacíos.

—¡Anaís! ¡Maël! ¡Os necesitamos! No sé si funcionará —dijo uno de los gemelos—, pero tenemos que intentarlo.

—¡Ven, Jara! —dijo el otro—. Tú eres la que más falta nos hace. Si esto falla, no hay salvación.

—¿Qué? ¿Qué tengo que hacer?

—¡Lo que sea! —dijo Anaís, debatiéndose entre el deseo de ir a ver cómo estaba Ritch y la evidente necesidad de quedarse para probar lo que fuera que se les había ocurrido a los gemelos. Como nadie más había tenido una idea, cualquier cosa que se pudiera intentar valía la pena.

—Sangre —dijeron los dos casi a la vez.

—¿Sangre? —Maël los miraba estupefacto.

—Lena tiene que beber vuestra sangre. ¿No lo veis?

—No, León, no lo ven —contestó su hermano—, pero da lo mismo. Si sobrevivimos, ya se lo explicaremos.

Con el puñal negro y rojo de Ragiswind, Rufus hizo una incisión en las muñecas de los tres humanos y, prácticamente a empujones porque los tres estaban en estado de *shock* y apenas reaccionaban, entre él y su hermano los llevaron hacia el lugar donde Lena se debatía para inspirar algo de aire.

León ayudó a Jara a ponerse en cuclillas junto a Lena y sostuvo la muñeca sangrante de la hija de Luna sobre la boca del nexo que, poco a poco, se fue llenando de sangre.

Al principio no sucedió nada; luego, unos segundos después, Lena, sin que cambiara su expresión ausente, empezó a tragar el líquido que, bajo aquella luz cadavérica, parecía negro.

Daniel los miró con la boca abierta y los ojos desencajados mientras Max, que había conseguido gatear hasta donde estaba muriéndose su hija, empezó a preguntar a gritos que por qué no le dejaban a él darle sangre a su pequeña.

Rufus lo tomó por los hombros con delicadeza y, hablándole suavemente al oído, lo fue apartando de allí.

—Ven, Max, si quieres ayudar, puedes colaborar en que nuestros amigos Ragiswind y Eringard no intenten nada más. Lena está en buenas manos.

Cuando llegaron al grupo que custodiaba al *mahawk* negro y su compañera, Nele, sacudiendo la cabeza, se levantó del suelo, donde había estado agachada junto a su conclánida.

—Se está muriendo. La ha alcanzado un disparo en el vientre.

Ragiswind estaba sentado al lado de la mujer con la que había compartido varios siglos, con la cabeza gacha y la mano apretando fuerte la de ella mientras le susurraba palabras en una lengua que nadie más comprendía.

Al cabo de unos momentos, al sentirse observado, alzó la vista, la paseó por los presentes y antes de volver a ocuparse de Eringard, dijo con frialdad:

—Sé que todo ha terminado. Pero me vengaré de vosotros. Me vengaré mientras me quede vida. En otra existencia fui el conde Vlad Tepes, el empalador, y mi nombre fue sinónimo de terror durante siglos. Había renunciado a la violencia, pero no me dejáis otra opción. Os destruiré a todos. Por Eringard. Por mí. Por nuestros sueños frustrados.

Nele, Max y Rufus cruzaron una mirada de preocupación; luego Max se encogió de hombros. No le preocupaban las amenazas de un pobre anciano con delirios de grandeza y comprendía perfectamente su dolor, pero su propia situación era peor: su hija estaba a punto de morir sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Como si lo sintiera así, Nele le pasó el brazo por la cintura para darle ánimos y, desde donde se

encontraban, se giraron hacia el punto central para ver lo que estaba sucediendo.

Mientras en el exterior, Lena, como un cadáver, tenía los ojos abiertos frente a la verde oscuridad de la cúpula y el cuerpo rígido y frío, en el interior, su verdadero yo se había lanzado al espacio exterior en busca de su maestro herido.

¡Sombraaaa! ¿Dónde estás? ¿Dónde estáaaaas? ¿No lo sientes? El contacto se debilita... Quizá podamos detenerloooo... ¡Contéstame, Sombra! ¡Dime que estás bien!

Anaís había sustituido a Jara y un par de minutos después Maël sustituía a Anaís. La boca de Lena siempre estaba llena de sangre humana y poco a poco, sin ser consciente de ello, iba tragando el *ikhôr* que sus amigos *yamakasi* y la hija de Luna, una casi desconocida para ella, iban ofreciéndole. Pero su cuerpo había dejado de preocuparle. El dolor había disminuido sin que supiera muy bien por qué y eso era todo lo que importaba en el terreno físico. Mucho más importante era lo que pudiera pasarle a su mentor.

¡Sombraaaa! ¡Vuelveeee! ¡No puedes morirte sin más! ¡No pienso permitirlo!

Apenas una vibración procedente del maestro le dio a entender que aún existía. Muy malherido, pero existía. Se acercó todo lo que pudo, a riesgo de desconectarse para siempre de su cuerpo físico, de su mundo, de la gente a la que amaba. Pero el amor que sentía por Sombra era tan intenso como el que sentía por todo lo que estaba a punto de perder. No podía arriesgarse a perderlo todo y, aunque no quería tener que elegir, tampoco podía dejar marchar a su maestro sin haberlo intentado.

¡Concéntrate en desconectar! ¡No pienses en nada más! ¡Sombra no es importante! ¡Vuelve y salva a haito para el futuro, para que descubran el Anima Mundi y Madre, cuando se recupere y pueda contactar! ¡Ve y salva a karah para el próximo contacto!

Sombra sonaba tan apremiante que, a regañadientes, Lena regresó a la conciencia de su cuerpo. Sabía que el maestro tenía razón, pero le partía el alma abandonarlo en las tinieblas, apagándose.

Sin embargo sabía que tenía que actuar, que ahora tenía una posibilidad, por pequeña que fuera, de negarse a aquel contacto obscuro que la estaba destruyendo y que acabaría destruyendo a *karah* y a toda la humanidad. Tenía que luchar para que no sucediera. El mundo, con todos sus defectos, no se merecía quedar a merced de aquella monstruosidad.

De modo que regresó a la conciencia de su cuerpo intentando prepararse para el choque de dolor. No lo consiguió. Nada más volver, todos sus músculos se tensaron como cables y el sudor empezó a manar de todos sus poros. Estuvo a punto de ahogarse en sangre al inspirar violentamente por la boca y acabó escupiendo y vomitando sangre y bilis encima de los *yamakasi*, de Daniel y de Jara que la miraban horrorizados sin saber cómo actuar.

—Lena —uno de los gemelos del clan azul la sacudía por el brazo—, tienes que seguir bebiendo. Aún no es suficiente. ¿No lo notas?

Ella agitó la cabeza, confusa.

—¿Notar? ¿Qué? —Los temblores la sacudían con violencia y estaba helada a pesar del sudor y del abrazo de Daniel. Alzó la vista y se encontró con un amuleto que colgaba del cuello de Dani: gris y violeta, los colores de Madre. Verlo la revivió y, concentrándose en él, tuvo la sensación de que su mente se aclaraba, de que se sentía capaz de seguir luchando a pesar del agotamiento.

—El contacto debería estar debilitándose. Tendría que debilitarse. Es así ¿no? ¿Lo notas? —El otro gemelo estaba también en cuclillas a su lado y la miraba implorante, pidiéndole con los ojos que confirmara su suposición.

—Daniel, dame tu muñeca, hace falta más sangre; tú también tienes que darle.

Dani tendió el brazo, agradecido de poder hacer algo por fin aparte de abrazarla y acompañarla en su muerte. Mientras la sangre brotaba de sus venas cortadas con un escozor de quemadura, recordó el momento en que él había bebido la sangre de ella, en la terraza del hotel de Bangkok. Ahora podía devolverle lo que ella había hecho por él.

—¿Se debilita el contacto, Lena? —León la miraba implorante.

—Sssí... creo que sssíii... —susurró ella antes de volverse hacia el interior y exponerse de lleno a la amenaza desconocida.

Era cierto lo que había dicho: la presencia de Aquello seguía allí, igual de verde y muerto, y a la vez malignamente vivo, pero estaba más lejos, menos activo, como si hubiera perdido el contacto necesario para entrar y destrozarla, como si estuviera rodeándola, buscando un lugar por donde introducirse y seguir reptando hasta atravesarla y salir por el otro lado, como en las horribles pesadillas de su infancia en las que algo sin nombre entraba en ella y la recorría y la reventaba al salir.

—Sigue bebiendo, cariño —oyó la voz de Dani, muy, muy lejana. Y el sabor de la sangre llenando su boca. Y la sensación caliente y pegajosa de la sangre goteando sobre su piel. Y la mano de alguien acariciando su frente, secándole el sudor.

Se dio cuenta de golpe, con gozosa sorpresa, de que estaba sintiendo de nuevo su cuerpo, sensaciones agradables sobre su cuerpo, y que ese cuerpo era de nuevo limitado, pequeño, frágil, y estaba agotado, pero seguía vivo.

Lo otro, lo monstruoso, se iba perdiendo en la lejanía, como una nave que se cruza con la propia amenazando un choque frontal y, sin embargo, acaba alejándose en dirección opuesta hasta convertirse en un punto brillante, verdoso, hasta desaparecer.

Tanteó a su alrededor solo con la mente, con los ojos cerrados. Los arcontes habían sobrevivido, aunque los más viejos entre ellos estaban tan agotados que su vida corría peligro, pero no era momento de ocuparse de ello. *Karah* tenía un gran poder de regeneración y, dándoles tiempo, lo más probable era que consiguieran recuperarse.

Sus cuerpos físicos habían desaparecido de allí y habían sido reclamados de nuevo por los lugares de los que habían partido. No sabía si lo que quedaba de los

urruahkxim los había devuelto a su origen o si era un proceso automático, pero no importaba. Aún no quería abrir los ojos y ver dónde estaba ella y con quién; primero tenía otras cosas que hacer.

Pasó como de puntillas por la mente de Nils, no quería que él se diera cuenta pero tenía que asegurarse de que estaba bien. Lo estaba. Casi desmayado, pero vivo, en algún lugar de Brasil o de México, creyó adivinar. Los demás señalaban su presencia como un leve latido luminoso, diseminados por el planeta.

En un destello de comprensión, se dio cuenta de que si se unían con una línea los lugares en los que se encontraban, y en los que probablemente habían estado todo el tiempo mientras sus representaciones o avatares estaban en la cúpula, formaban el dibujo de la Trama sobre el planeta. Pensó vagamente que habría que dibujarlo, recordarlo para el futuro, pero por el momento no tenía importancia.

Tenía algo mucho más urgente que hacer antes de poder abandonarse a la inconsciencia. Tenía que buscar a Sombra.

‡ ‡ ‡

Nunca supo cuánto tiempo lo buscó. Más tarde se enteró de que Dani y los humanos que la rodeaban pensaron durante días que había muerto o había entrado en un coma tan profundo que nunca regresaría a la vida, pero animados por Rufus y León, que sabían que eso sucedía de vez en cuando a los clánidas, aguantaron la espera hasta que de nuevo despertó, con una sonrisa en los labios.

Mientras en el mundo real ellos esperaban junto a Lena, ella recorría la nada, buscando a su maestro.

Lo encontró por fin replegado en la negrura helada, apenas un coágulo de partículas vivas en la inmensidad vacía.

Has venido. —Si hubiera sido posible, Lena habría jurado que Sombra estaba admirado y sorprendido de su llegada.

Sí. Quiero compartir contigo la poca energía que me queda.

Tú la necesitas para intentar cerrar el contacto con el agresor desconocido.

Eso ya ha sucedido. Con la ayuda de haito, hemos conseguido cerrarle la puerta.

Ahora necesitas la energía para sobrevivir. ¿Por qué compartir con Sombra? Ya no es necesario.

Porque tú y yo somos uno.

Sombra es para ti, Lena. No al contrario.

Te equivocas, maestro. Por una vez, eres tú quien se equivoca. Déjame darte lo poco que puedo dar.

Hubo una pausa que a Lena se le antojó larguísima.

Sea.

Sombra deslizó un zarcillo de oscuridad dentro de la mente de Lena, que lo recibió con un cosquilleo de alegría. En algún momento que nunca supo medir, el

zarcillo, ahora salpicado de destellos de color, se retiró y la emanación de Sombra se hizo más fuerte.

¿Resistirás?

Sombra resistirá. Sombra agradece aunque no comprenda.

¿No puedes hablar de ti mismo diciendo «yo», Sombra? Por favor...

Sombra no tiene yo.

¿Y si yo te lo pido? Me gustaría tanto...

No es posible. No es necesario.

Está bien —concedió Lena por fin. Era evidente que había cosas que no estaban al alcance de su maestro; cosas tan simples como referirse a sí mismo en primera persona—. *Volveremos a vernos, ¿verdad? Dime que volveremos a vernos.*

La Lena inmaterial que hablaba con Sombra en los confines de las tinieblas mientras su cuerpo de carne luchaba contra la destrucción y se llenaba de sangre humana se había puesto a llorar sin lágrimas de agua. Aquella despedida le estaba causando un infinito dolor. La palpitación del maestro herido también mostraba un dolor que ella podía comprender, y mil sentimientos que ella era incapaz de interpretar y para los que no existía nombre en lengua humana.

Su voz, al contestar, sonaba dulce, grave, lejana, llena de estrellas prometidas.

En algún tiempo futuro, Sombra te mostrará colores que no conoces más allá del lugar que llamáis Fomalhaut, más allá de Antares; verás lugares donde mueren las estrellas y lugares donde nacen. Sombra estará a tu lado cuando descubras todo lo que siempre has querido conocer. Sombra, si tú quieres, te mostrará el universo.

El alivio la colmó como la entrada en una piscina de agua tibia.

Cuando llegue el momento... cuando llegue el momento, ¿vendrás a buscarme, Sombra?

Hubo un silencio, una larga pausa de silencio sideral y al final del silencio, unas palabras que pusieron escalofríos en la piel inexistente de Lena.

Cuando llegue el momento, Lena, volaremos juntos.

Cuando sintió que su maestro ya no estaba, Lena se dio cuenta del alcance de lo que había dicho. Por primera vez desde que lo conocía, Sombra había dicho «nosotros».



Blanco. Negro. Rojo. Azul. Haito. Alpes austriacos

El clan rojo, o más bien lo que quedaba del clan rojo, que ahora había quedado reducido a tres adultos y un bebé: Dominic, Flavia, Gregor y el pequeño Arek, había ofrecido a todos los que habían participado en aquellos extraños acontecimientos del contacto unas semanas de descanso en el hotel más exclusivo de la cadena Mystery of Life, de la que eran propietarios. No todos habían aceptado la invitación pero una buena parte de *karah* y algunos *haito* se habían reunido en los Alpes austriacos para relajarse unos días y para tener ocasión de charlar y, de algún modo, cerrar aquella cadena de sucesos que había culminado con la reunión en la cúpula de tinieblas y el contacto con lo más monstruoso que habían sentido en sus vidas.

Jeanette había enviado un *e-mail* diciendo que no tenía interés en seguir relacionándose con sus conclánidas, al menos durante una existencia más. Joelle había regresado a Atlantis con la excusa de que no le quedaba mucho tiempo de vida y había aún muchos misterios por desvelar en la ciudadela. Había conseguido convencer a Yerek de volver con ella, mientras que Arúa había decidido continuar el viaje que había emprendido con Nele antes de ser convocadas a la cúpula para el contacto; Nele y Nagai habían llegado la tarde anterior. Emma, a petición de Lena, que quería reorganizar el clan blanco, se había avenido a quedarse unos días pero dejando muy claro que quería marcharse lo antes posible.

Aunque las cifras eran escalofriantes, el mundo se iba recuperando poco a poco de la pandemia desencadenada por el Shane: más de quinientos millones de personas habían perdido la vida a consecuencia de la Muerte Roja, y el balance habría sido muchísimo peor de no haber sido por la información aportada por el príncipe Leo cuyo nombre empezaba a sonar ahora como posible nuevo secretario de las Naciones Unidas. Su esposa, la princesa Karla, había decidido dedicarse en cuerpo y alma a la refundación de la Rosa de Luz en agradecimiento a los ángeles atlantes que habían evitado lo peor de la catástrofe y todos los días había cientos de conversiones a la nueva religión.

Muchos de los familiares, a pesar de que la invitación también los incluía, habían preferido irse de vacaciones por su cuenta y la mayor parte de ellos estaban también

planteándose la posibilidad de desligarse de los diferentes clanes, aunque los respectivos *mahawks* habían dejado muy claro que no tolerarían jamás que eso llegara a suceder. Pero el mayordomo del Shane se había quedado de pronto sin amo, *Miss Fu* y *Mr. Chang* habían perdido también a Imre Keller y los familiares del clan azul tenían la sensación de haber visto demasiadas cosas que no les convenían, de manera que todos se sentían un poco perdidos y por eso los clanes les habían dado unas semanas de asueto prometiéndoles una recolocación de acuerdo con sus necesidades y deseos.

Los demás habían aceptado la hospitalidad del clan rojo y ahora, uno tras otro, iban bajando a desayunar.

Era su primer día de estancia porque, cuando volvieron en sí, cada uno en su propio cuerpo, después de los sucesos de la cúpula, se dieron cuenta de que estaban en lugares muy distantes de su punto de partida y, después de unos días de recuperación, tuvieron que ponerse en marcha para llegar hasta Austria. Los clanes habían quedado diezmados y era necesario reunirse y establecer una nueva estrategia de convivencia. Todos habían cambiado mucho; lo sucedido a lo largo del último año y medio los había transformado de un modo que nunca hubieran creído posible. Por primera vez en sus vidas sentían que, si las cosas salían bien, podrían quizá iniciar una nueva etapa sin luchas, sin rivalidades estúpidas, sin la desconfianza que siempre los había caracterizado.

Daniel estaba cruzando la recepción para ir a la sala de desayunos que se había dispuesto solo para ellos cuando vio entrar a Gregor Kaltenbrunn con su maletín de médico. Se saludaron con la cabeza y Dani vio por el rabillo del ojo cómo el clánida rojo dejaba el maletín en recepción y hablaba brevemente por teléfono. Luego, inesperadamente, se dirigió hacia él y, a pesar de que las cosas habían cambiado mucho y Daniel sabía que no tenía nada que temer, sus músculos se tensaron al verlo acercarse. Era una persona que irradiaba frío con su mera presencia.

—Me han dicho que tú tienes información sobre nuestro pequeño conclánida, ¿es así? —preguntó directamente, sin saludar.

Dani asintió con la cabeza.

—Flavia y Dominic me entregaron a Arek en Atlantis para que lo llevara a un lugar seguro y es lo que hice. Si no pasa nada, llegará hoy mismo aquí; ya se lo he comunicado a Dominic.

—Si a Arek le pasa algo, *haito*, te mataré.

—Deja de hablar de matar gente, Gregor. —Flavia, con un jersey de angora rojo llama, había aparecido a su lado. Al parecer había estado sentada en uno de los sillones de la recepción, oculta por unas plantas de interior—. Esos tiempos pasaron ya. Bastantes conclánidas hemos perdido. Ahora hay que concentrarse en el futuro.

—Bien dicho, hermosa Flavia. —Dominic parecía estar de excelente humor. El hecho de estar a punto de recuperar a Arek y el hacer de anfitrión de *karah* le habían devuelto la seguridad en sí mismo.

Los tres clánidas rojos, junto con Daniel, entraron en la sala de desayuno, donde encontraron a los tres clánidas negros —Nils, Alix y Luna— con Jara y Maël, los dos clánidas azules que habían decidido aceptar la invitación —Nele y Nagai— y a Emma y Tanja.

Dani no pudo evitar una sonrisa. Decían que todo había cambiado, que habían sufrido una gran transformación después del contacto con aquella energía exterior, pero luego, en cuanto se acomodaban en una sala, se sentaban color con color, dejando muy claro quién pertenecía a qué clan.

Antes de que pudieran sentarse también aparte, Daniel se acercó al clan negro, para sorpresa de Emma, que esperaba que él, como familiar blanco, tomara asiento junto a ella y a Tanja, y se sentó al lado de Jara con toda naturalidad.

Lena, Ritch y Anaís entraron entonces riéndose de alguna de las bromas del flamante clánida blanco que se había puesto una camiseta de su color con una inscripción que decía «I don't **suffer** from insanity; I **enjoy** every minute of it».

Hacía tiempo que no habían oído reírse a nadie y se miraron casi maravillados por el sonido.

—La verdad es que una de las características de *karah* ha sido siempre la falta de sentido del humor —dijo Rufus—. Es agradable ver que existe la posibilidad de contagiarse de *haito*.

—Pues en mi caso debe de ser congénito, porque en toda mi vida como *haito* he tenido más bien pocas ocasiones de reírme y sin embargo el humor siempre me ha salvado la vida. —Ritch empezó a empujar mesas para que pudieran sentarse todos menos separados de lo que estaban—. Lo mismo es herencia de mi padre, porque, desde luego, Tanja no es muy dada a las risas.

—¿No nos vas a decir por qué lo abandonaste, Tanja? —Flavia, que era casi de la misma edad que Tanja, hizo la pregunta que todos habrían querido hacer.

—Para evitar luchas por la pertenencia a un clan. Y porque en aquel momento yo no deseaba reforzar al clan rojo.

—¿Al clan rojo? —Todos los presentes se miraron, confundidos.

—Vamos, Tanja —intervino Ritch, que acababa de servirse un café y hasta ese momento había estado haciendo como que no le importaba—, dínoslo de una vez. Me parece que lo estás deseando y te aseguro que a mí me da igual.

—Como quieras. —Tanja estaba igual de fría e impertérrita que siempre, con un jersey y unos pantalones blancos que le daban un aspecto totalmente clínico—. Fue Shane. Él nunca llegó a saberlo.

Dominic y Gregor se pusieron de pie y dieron dos pasos en dirección a Ritch, como para saludarlo con un nuevo respeto. Él siguió sentado, movió las manos nerviosamente, como espantando moscas, y se metió en la boca casi medio *croissant*.

—No os pongáis sentimentales —dijo un segundo después, en cuanto pudo hablar—. Aún no sé qué voy a hacer ahora, pero lo que tengo claro es que, si sigo relacionándome con *karah*, mi clan es el clan blanco. Son ellos los que me buscaron

cuando yo era un pobre desgraciado, son los únicos que tienen interés por la ciencia y son también las personas con las que más he compartido en los últimos tiempos y con las que mejor me llevo. Y además, aún tengo que digerir la noticia de ser hijo de ese monstruo. *Sorry, guys!*

Al cabo de unos instantes comenzaron de nuevo las conversaciones, todos empezaron a servirse el desayuno y a comentar los planes para el futuro inmediato. Lena los observaba, admirada, sabiendo cuánto habían sufrido en la Trama y lo cerca que habían estado de la aniquilación. Sin embargo su increíble naturaleza los había dotado de una resistencia tan extrema que apenas si se les notaban los sufrimientos pasados. Todo *karah* había empezado a regenerarse y algunos incluso parecían algo más jóvenes que antes de la cúpula. Dominic podría pasar de nuevo por el chico que había enamorado a Clara apenas un año atrás. Nils podría pasar por Lenny; estaba igual de atractivo que en el instituto. Alix seguía también tan esplendorosa como siempre, pero ahora producía un efecto más dulce, más suave, sobre todo cuando miraba a Maël que, al contrario que ella, parecía mayor, más adulto y responsable. Se preguntó si debería contarles alguna vez que su amor se debía a una intervención externa por su parte, pero decidió que hay cosas que es mejor no saber y que de todas formas nunca se sabe de dónde procede el amor y lo único que cuenta es el trabajo de los dos para mantenerlo, para que no se pierda, para que crezca y se desarrolle.

Se levantó para coger algo del *buffet* y se encontró con Maël que estaba esperando las tostadas. Se había cortado las rastas y el nuevo pelo corto lo hacía más adulto y más atractivo.

—¿Qué planes tienes ahora? —le preguntó.

Maël le dedicó una sonrisa esplendorosa y se acercó a su oído.

—Es *top secret*, pero a ti te lo puedo decir: Alix está embarazada. No quiere que nadie lo sepa porque aún no ha superado la vergüenza de ir a tener un hijo, que es el mayor deseo de su vida, pero fuera del clan y con un *haito*. A mí me parece una ridiculez, pero ya sabes tú cómo es el clan negro.

Lena sonrió. Sí. Sabía muy bien cómo era el clan negro.

—Enhorabuena a los dos. Me alegro de verdad. Y el clan lo necesita, ahora que Imre ha muerto, Jeanette se ha aislado otra vez y Luna parece decidido a desaparecer de nuevo.

—¿Y tú con Nils? ¿Y con Daniel?

—Aún tengo que volver a hablar con ellos, pero creo que ya les dejé claro que los quiero a los dos. O somos tres, o cada uno por su lado.

Maël soltó un silbido.

—¡Qué valiente! Yo pensaba que la solución sería tipo Guerra de las Galaxias.

—No te sigo.

—Pues que como Nils es tu medio hermano... —Lena seguía mirándolo sin reaccionar—. Lo sabías, ¿no? Los dos sois hijos de Imre Keller.

—Claro que lo sabía. Solo que, como bien sabes, eso para *karah* no tiene ninguna

importancia.

—Siempre se me olvida que eres *karah*.

—Bueno —Lena volvió a sonreír—, ahora ya no tanto, ahora llevo bastante sangre humana. ¡Rufus! ¡León! ¿Queréis explicarnos a todos lo que me explicasteis a mí cuando desperté?

Los gemelos se limpiaron la boca con la servilleta, se pusieron de pie y esperaron un instante a tener la atención de los presentes.

—Como sabéis, hemos dedicado mucho tiempo a recopilar información sobre *karah*, a reunir datos de todo tipo, leyendas, rumores... cualquier cosa. Poco a poco nos hemos ido dando cuenta que la mayor parte de lo que *karah* tenía guardado no eran más que mentiras, invenciones, locuras que no servían para nada y que habían sido contaminadas por ideas y conceptos *haito* más o menos religiosos. Por eso todos hemos perdido tanto el tiempo últimamente.

Sonaron algunas risas aisladas.

—Aunque, por supuesto, entre tanta estupidez, de vez en cuando había briznas de información fidedigna e interesante. Por ejemplo, era verdad que clánidas de más de dos colores no pueden reunirse en un nodo sin que aparezca un *urruahk* y los disuelva, como sucedió en la casa de Amalfi. Si ahora podemos estar aquí todos es porque este lugar no es un nodo.

—Y quizá también porque los *urruahkchim* están muy debilitados —añadió su gemelo.

—En cualquier caso la idea que tuvimos en la cúpula, mientras estabais formando la trama, nos vino de una de esas pocas verdades que se ocultaban entre tanta superstición: el nexo debía tener sangre de los cuatro clanes y, cuanto mayor fuera la pureza de su sangre, cuanto más *karah* fuera el nexo, tanto mejor sería el contacto.

—La sangre *karah* de Lena es, al parecer, de una pureza extrema. Sus antepasados son todos *karah*, sin mezcla de *haito*.

Los gemelos iban turnándose para contar lo que Lena les había pedido y cada vez hablaban más deprisa, excitados por la revelación y por la atención que todos los presentes les dispensaban.

—Cuando nos dimos cuenta de que algo iba mal y aquello que estaba acudiendo hacia nosotros no era lo que esperábamos, lo único que podíamos intentar era entorpecer el contacto. Pensamos que si Lena recibía sangre *haito* y su parte *karah* quedaba «manchada», el contacto sería cada vez más difícil.

—Por eso necesitábamos sobre todo la sangre de Jara, porque era la única entre los presentes que tenía sangre solo *haito*, sin gota de *ikhôr karah*. Ella es hija de dos humanos, Luna solo la crio y nunca le alimentó con su propia sangre.

—Pero no podíamos vaciar a Jara y matarla, así que recurrimos a los otros humanos que apenas si habían recibido *ikhôr* de los clanes: Anaís, Maël y Daniel.

—Por eso tú no servías, Max —dijo Rufus, echándole una mirada de disculpa—. No nos daba tiempo a explicártelo, pero tú llevabas más de veinte años como familiar

blanco.

—Sí, ahora lo entiendo. Pero me sigue fastidiando no haber podido ayudar a mi hija. —Se acercó a Lena y le echó el brazo por los hombros.

El móvil de Daniel vibró sobre la mesa.

—Esta tarde a las cinco llegan Oskar y Peter, mis amigos, con Arek. Ya están en el tren —informó a todos, que recibieron la noticia con sonrisas y cabeceos de satisfacción.

—¿Qué ha pasado con Sombra?

—¿Y con los *urruahkhim*?

Preguntaron Emma y Nagai, casi al mismo tiempo.

Los gemelos se giraron hacia Lena, dejando claro que la respuesta a esas preguntas solo la tenía ella.

—Sombra quedó muy malherido, pero se está reponiendo. A su ritmo, claro —sonrió—. Igual tarda un par de siglos o más, pero para él no significa mucho. —Inspiró hondo imaginando la delicia del momento, mil años en el futuro, en el que Sombra vendría a buscarla para llevarla a conocer el universo. Su secreto. Su secreto compartido—. Los *urruahkhim* están también muy dañados, a pesar de que supuestamente eran indestructibles. Aquello que trató de entrar en este mundo debe de ser muy poderoso. Terrible. Supongo que casi todos os disteis cuenta. De todas formas, para cuando Sombra se recupere, creo que ellos también estarán de nuevo operativos. Y hasta que haya otro nexo todo se habrá arreglado. Pero ahora dejaremos un informe detallado de todo lo que hemos vivido, de todo lo que sabemos. En los próximos meses Rufus, León y yo os visitaremos a todos para que nos contéis minuciosamente todo lo que sepáis de los últimos tiempos. Luego nosotros haremos una memoria de lo sucedido, para las generaciones futuras. *Karah* tiene que cambiar. Y cuando eso esté hecho, empezaremos la gran tarea para la que realmente nos enviaron aquí, además de establecer el contacto.

—¿Qué gran tarea es esa? —La voz los sobresaltó a todos—. ¡Honor a *karah*, conclánidas!

Se giraron hacia las puertas de entrada y allí, como un ave de mal agüero, estaba Ragiswind, vestido de negro, con un voluminoso abrigo, el sombrero puesto y unas gafas de sol impenetrables cubriendo sus ojos. En el tiempo transcurrido había envejecido; ahora su rostro era más anguloso que nunca y su piel era tan pálida y seca como el papel de arroz.

—Después de haber malogrado lo más grande que podía hacer *karah*, resulta que ahora hay una gran tarea por cumplir... ¿Te importaría decirme de qué se trata, criatura?

—Empiezo a cansarme de que me llames niña, hija y criatura, anciano —contestó Lena, separándose del grupo para enfrentarse con el antiguo *mahawk* negro—. Soy el nexo.

—Lo fuiste, pequeña. El contacto ha fallado. No habrá más en nuestras vidas.

Ahora no eres nada.

Lena paseó la vista por los presentes. Estaba claro que estaban todos con ella.

—¡Márchate, Ragiswind! Aquí no eres bienvenido. Te apartaste de los clanes por voluntad propia. Nos has manipulado a lo largo de mil años. Mataste a mi madre. Merecerías un castigo y, sin embargo, te dejamos ir sin más. Ya no eres de los nuestros. Tu vida debe de estar tocando a su fin. Ve a morir en paz.

Sin cambiar de expresión, Ragiswind se quitó el sombrero, hizo una reverencia a sus conclánidas y lo dejó sobre una mesa. Luego, lentamente, se desabotonó el abrigo, lo abrió y les mostró lo que llevaba debajo.

—Nadie saldrá vivo de aquí, conclánidas. Cuando haga estallar estas cargas que rodean mi enflaquecido cuerpo todos moriremos. Os lo avisé. Por Eringard. Por mí. Por nuestros sueños fallidos.

—No seas idiota, Ragiswind —dijo Gregor, mostrando los dientes en una sonrisa que era más bien una mueca de amenaza—. ¿No te das cuenta de que todo ha terminado? ¿Cuántos años tienes? ¿Mil cien? ¿Mil doscientos? Estás a las puertas de la muerte y aún quieres intervenir en los asuntos de los vivos.

—Es verdad que no me queda mucho, Gregor. Por eso he decidido morir acompañado... —La sonrisa de Ragiswind era la de una calavera.

—Deja al menos que Lena nos diga cuál es esa gran tarea que tenemos pendiente y que tú vas a impedir. —Gregor insistía, ante la perplejidad de sus conclánidas rojos, que nunca lo habían visto tan dicharachero.

Nils y Daniel se acercaron a Lena sin saber muy bien si querían protegerla de algo o simplemente demostrarle que estaban a su lado.

—De acuerdo, que hable. Yo también tengo curiosidad. —Ragiswind sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó despacio por la frente, que se le había perlado de sudor—. Cuéntanos qué gran tarea es esa.

—Tenemos que empezar a despertar el Anima Mundi.

Hubo un silencio. Nadie se imaginaba en absoluto de qué estaba hablando Lena.

—Aún no lo entiendo todo yo misma, pero os explicaré lo poco que he conseguido comprender hasta ahora. Cuando entré en el Núcleo... para los que no habéis estado en la estación polar del clan blanco os diré que se trata de algo enormemente antiguo que vino de fuera del planeta hace muchos miles de años.

»En algún lugar de la galaxia, al menos yo supongo que se trata de nuestra galaxia, aunque podría equivocarme, una civilización muy avanzada y totalmente distinta a la nuestra se planteó entablar contacto con otros mundos. Para ello envió unas naves orgánicas, unas vainas, que estuvieron viajando durante miles de años hasta arribar a diferentes planetas y, una vez allí, liberar una especie de semillas procedentes del mundo original que tienen la capacidad de combinarse con las especies autóctonas y replicarlas. Nosotros tenemos aspecto humano porque cuando llegó la vaina a la Tierra la especie dominante era la humana. Si en la Tierra se hubiera desarrollado una civilización de delfines, o de hormigas, o de buitres,

tendríamos ese aspecto.

Todos se miraron, perplejos. Poco a poco, los que se habían puesto de pie volvieron a sentarse, casi olvidando la amenaza que representaba el viejo *mahawk*, que escuchaba intrigado, con la cabeza ladeada, pasándose una y otra vez el pañuelo por la frente, perdiendo la vista de vez en cuando en el hermoso paisaje nevado que rodeaba el hotel.

—La idea era que *karah* asimilara la civilización dominante en cada planeta y poco a poco, junto con ellos, fueran despertando la conciencia de otras especies inteligentes hasta crear un planeta sentiente, despierto, donde varias especies pudieran unirse para ser algo más que la suma de sus componentes y entonces contactar con Madre para ir creando una red cada vez mayor. Una vez creada esa red, podríamos movernos por la galaxia, entrar en contacto con otras especies inteligentes, aprender de otras civilizaciones, compartir nuestros conocimientos y nuestra cultura con otros seres... ¿entendéis? Yo todo esto empecé a comprenderlo en el Núcleo, la vaina original que luego creó Atlantis como refugio de *karah* cuando la vaina original quedó atrapada entre los hielos del norte. Aún no lo sé todo, pero sé que nuestra misión es despertar la conciencia de *haito* y no solo la de *haito* sino también la de otras especies que comparten nuestro planeta hasta que consigamos llegar a una energía global. Lo mismo que sentimos en la Trama, ¿os acordáis?, pero mucho más amplio.

Ragiswind se quitó las gafas y se pasó la mano por los ojos. Una mano que temblaba.

—Cuéntanos más, Lena —animó Gregor Kaltenbrunn, sin apartar la mirada de Ragiswind, que se había apoyado en una de las mesas altas del *buffet*.

—No sé bien... pero imagino que en un futuro podríamos compartir experiencias con las ballenas, por ejemplo, contactar con su mente y cruzar los océanos con ellas, o participar de la mente colectiva de las abejas, o volar con las águilas... y en un futuro mucho más lejano, salir de nuestro sistema solar y entablar contacto con lo inimaginable...

—Muy bonito el cuento... —dijo Ragiswind en la voz cascada que había usado cuando era Joseph, haciendo palmas lentas—. Todo muy noble, por lo que veo... ¿Y Aquello que se acercaba a nosotros y que os negasteis a recibir?

—No sé lo que era Aquello. Solo sé que ni siquiera tú habrías querido dejarlo entrar en nuestro mundo, pero como no formabas parte de la Trama no pudiste sentirlo en toda su intensidad. Aquello no tenía nada que ver con Madre. Nos habría destruido a todos. A nosotros y nuestro planeta.

—Basta de hablar. Ya sé todo lo que quería saber. Vamos a terminar.

Sin haberlo decidido conscientemente, Lena proyectó su mente al interior del cuerpo de Ragiswind. No sabía si aún era capaz de hacerlo o si todos sus poderes habían desaparecido después de lo sucedido en la cúpula y del tiempo que había pasado buscando a Sombra, pero tenía que intentar hacer algo para detener a aquel

demente que iba a destruir a *karah* en pleno. No podía permitirlo. Y el hecho de que aquel hombre fuera técnicamente su abuelo paterno era algo que no tenía ningún valor. A pesar de su educación *haito*, ella era *karah* y debía velar por los suyos. Primero es *karah*, oyó en su mente sin saber si procedía del exterior o de sí misma. Primero es *karah*.

Por primera vez desde que lo conocía, le resultó fácil penetrar la capa reflectante que siempre había envuelto al *mahawk*. Sintió un leve rechazo por parte de él, pero estaba claro que no era capaz ya de defenderse. Su interior era como el de Lasha al final de su tiempo: todo se desintegraba, ya nada hubiera podido ayudarlo.

—Cuéntanos por qué has decidido destruir a *karah*, conclánida —estaba preguntando Gregor—. Tenemos derecho a saber por qué vamos a morir solo porque tú estás llegando al final de tu vida.

Ragiswind estaba cada vez más pálido y sudaba copiosamente. La vista empezaba a fallarle y todo giraba a su alrededor. Contestó con dificultad:

—No tengo ganas de hablar. Todo ha terminado. No merecéis ninguna explicación.

—Nos la debes, *mahawk*. Somos *karah*. No somos miserables *haito* muriendo como ratas.

¿Qué estaba haciendo Gregor? ¿Por qué esa insistencia en hacerlo hablar? Lena recorrió el interior de Ragiswind. Había algo más. Había un potente veneno de liberación lenta recorriendo sus venas. Alguien le había dado un empujoncito a la próxima muerte del viejo *mahawk*. Era cuestión de minutos, segundos quizá. No era necesario hacer nada. ¿Gregor?

De un momento a otro, Ragiswind cayó al suelo desmayado. El activador que llevaba en la mano quedó sobre la alfombra. Ritch se abalanzó sobre él y, arrastrando a Anaís de la mano salió corriendo mientras gritaba:

—¡Todo el mundo fuera de aquí! ¡Fuera, al jardín! ¡Dominic! ¡Da la orden de evacuar el hotel! ¡Todos, clientes y personal, todos fuera, por si acaso!

Un par de minutos después estaban todos al final del jardín, en el pretil desde el que se dominaba el valle y las altas cumbres nevadas que los rodeaban. Nils acababa de ponerse en contacto con uno de sus hombres de confianza que llegaría con su equipo para desactivar la bomba lo más rápido que pudieran.

Lena volvió a acercarse inmaterialmente a Ragiswind, a los retazos de recuerdos que pasaban por su mente: los ojos de Nephtys, su aya, la que lo enseñó a respetar a las mujeres; imágenes de batallas; el primer deslumbramiento al descubrir Atlantis; la tremenda frustración al darse cuenta de que él no era un nexo; el cuerpecillo de Luna entre sus brazos al poco de su nacimiento; Eringard vestida de azul en una noche de luna; un museo con las joyas del *Titanic*, el medallón de la Trama brillando tras el cristal...

Su conciencia se estaba desligando de su cuerpo material. Ya no sufría. Lena lo dejó descansar y volvió a su propio cuerpo, al jardín nevado donde estaban los

demás.

—Entonces, ¿has sido tú, Gregor? —estaba preguntando Dominic, admirado.

—Conseguí recordar dónde vivía. Sé que siempre tuvieron una casita cerca de Innsbruck, él y Eringard, incluso cuando aún era el *mahawk* en activo. Pensé que valía la pena probar. Me colé en la casa y, aprovechando que ya estaba viejo y se había tomado un somnífero, le inyecté un veneno lento. Tendría que haberse muerto en casa, sin más, y yo habría ido esta tarde con mi equipo a hacer desaparecer el cadáver, pero no me di cuenta de que tenía planes para matarnos. No miré por la casa antes de irme. Si lo hubiera hecho habría encontrado los explosivos. En fin... la cosa ha acabado bien.

—Ha sido una excelente idea, conclánida —dijo Dominic.

—El clan rojo ha tenido siempre excelentes envenenadores —contestó Gregor con una sonrisa llena de orgullo.

Lena hizo una seña discreta a Daniel y a Nils, los llevó aparte, les dijo algo en voz muy baja y luego se cogió de la mano de Max.

—Nosotros nos vamos. Os llamo luego y ya quedamos para mañana.

Sin dar ocasión a que nadie dijera nada, caminaron el silencio hasta el aparcamiento.

Lena metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño reloj de arena del legado de su madre; fue jugueteando con él, mirando los glóbulos azules que subían en vez de bajar, mientras cruzaban el jardín nevado que brillaba bajo el sol como una joya del color de su clan.

—¿Para qué crees tú que me dejó mamá este reloj que mide tres minutos?

Max se encogió de hombros.

—Hemos resuelto ya tantos misterios que creo que podemos dejar uno sin resolver. Aunque, mira, en cuanto tengamos ocasión, podemos hacernos un huevo pasado por agua. Nos hemos quedado sin desayuno.

Se subieron al coche y Max arrancó mientras Lena se removía, inquieta, porque se acababa de sentar sobre algo que había en el asiento. Dio un par de tirones y sacó a Alex, el leoncito de peluche que creía perdido para siempre en aquella pensión de la costa de Amalfi.

—¡Papá! ¡Qué alegría! ¿De dónde lo has sacado?

—Lo rescaté hace meses, pero no había tenido ocasión de dártelo.

Lena lo estrechó contra su cara, contra su cuello, feliz de repente por haber recuperado un trozo de infancia, de normalidad, de algo que creía perdido para siempre. Las lágrimas de alegría se deslizaban por sus mejillas.

—Bueno, princesa, pues dime a dónde vamos.

—A casa, papá. Nos vamos a casa. Tú y yo. A casa.

FIN

14.9.14

Octubre 2009 Madrid - Septiembre 2014 Quinta del Pino (Elche)/Innsbruck



Nota de la autora

Cuando en octubre de 2009 escribí la primera escena de esta novela en un café de Madrid cerca del Museo del Prado, no sabía dónde me estaba metiendo. Sabía que iba a ser un libro largo, con muchas peripecias y muchos personajes, una auténtica novela de aventuras. Pero pensaba entonces que sería ligero, fácil, rápido. No tenía ni idea de que acabaría siendo una trilogía; no imaginaba que acabaría escribiendo mil quinientas páginas y dedicando cinco años de mi vida a la tarea.

He disfrutado mucho creando este mundo y esta historia. Amo profundamente a todos mis personajes, incluso a los más desagradables. Me da mucha pena pensar que ya he terminado de narrar sus historias, que probablemente nunca volveré a vivir experiencias a través de ellos, en el tiempo y el espacio. Y a la vez me da mucha alegría haber llegado al final; haber conseguido narrar la historia que quería narrar: esa curiosa historia cuyo germen se clavó en mi mente en 2003 cuando en una exposición sobre el *Titanic* en París, mi hija y yo nos enamoramos del Collar Misterio. Yo sabía que allí había una gran historia, pero tardé casi seis años en encontrarla y otros cinco en escribirla.

Anima Mundi ha acabado siendo una novela coral y sobre todo híbrida, mezclada de novela de aventuras, fantástica, juvenil, de ciencia ficción, de amor...; ha recibido el Premio Celsius 2014 a la mejor novela de ciencia ficción y fantasía publicada en España; ha conseguido enamorar a muchos lectores.

‡ ‡ ‡

Quiero darte las gracias, a ti que estás leyendo estas líneas, por haberme acompañado hasta el final, por todo el mundo, saltando en el tiempo, atravesando millones de kilómetros de vacío helado hasta llegar aquí. Tu compañía ha hecho posible que eso sucediera. Ahora nos separaremos y cada uno emprenderá otros caminos, pero hemos hecho juntos este viaje, y yo creo que ha valido la pena. ¡Volveremos a vernos!



ELIA BARCELÓ ESTEVE. Nace en Alicante el 29 de enero de 1957. Es licenciada en Filología Anglogermánica e Hispánica y Doctora en Literatura Hispánica. Ha trabajado como traductora e intérprete e impartiendo clases de inglés. Durante 10 años fue directora y actriz de teatro universitario en español y alemán.

Desde 1981 vive en Innsbruck (Austria), donde trabaja en el Departamento de Romanística de la Universidad. Imparte clases de literatura hispánica, cultura y civilización españolas, composición y estilística, y escritura creativa. Ha dirigido varios talleres de escritura en solitario y junto a otros autores como Luis Sepúlveda, Laura Grimaldi, etc.

Ha publicado novelas, ensayos y más de cuarenta relatos en antologías y revistas españolas y extranjeras. El género que mejor la define es el fantástico, seguido de cerca por el histórico y el criminal, sin olvidar el terror. Parte de su obra ha sido traducida a más de diez idiomas: francés, italiano, alemán, catalán, inglés, griego, húngaro, holandés, danés, noruego, sueco, chino y esperanto. Y varios de los cuentos de su libro *Futuros peligrosos*, han sido adaptados al cómic. Durante dos años colaboró en el *País de las Tentaciones* con artículos de opinión.

A la pregunta de por qué escribe, la autora responde:

«Escribo porque me gusta, porque me divierto enormemente y porque, hasta cierto punto, quiero dar a otras personas la satisfacción que yo recibo leyendo las novelas y relatos de otros escritores. Los ratos que pasé leyendo en mi adolescencia fueron de los más felices y plenos de mi vida y me gustaría devolver algo de lo que recibí, dar a

los jóvenes de ahora algo de lo que me dieron a mí en esa época y que formó las bases de mi pensamiento y mi comportamiento actual».

Premios

- Premio Ignotus 1991, por *La estrella* (cuento).
- Premio Internacional de Novela Corta de Ciencia Ficción de la Universidad Politécnica de Catalunya 1993.
- Premio de Literatura juvenil de Edebé 1997 por *El caso del artista cruel*.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2001.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2002.
- Segundo Premio Libros Mejor Editados (Modalidad infantil y juvenil) 2004, por *Trafalgar*.
- XV Premio Edebé 2007, en la modalidad juvenil, por *Cordeluna*.
- Premio Internacional UPC, por *El Mundo de Yarek*.
- Premio Los Mejores Libros y para Niños y Jóvenes del Banco del Libro de Venezuela 2008, en la categoría Juveniles Originales, por *Caballeros de Malta*.